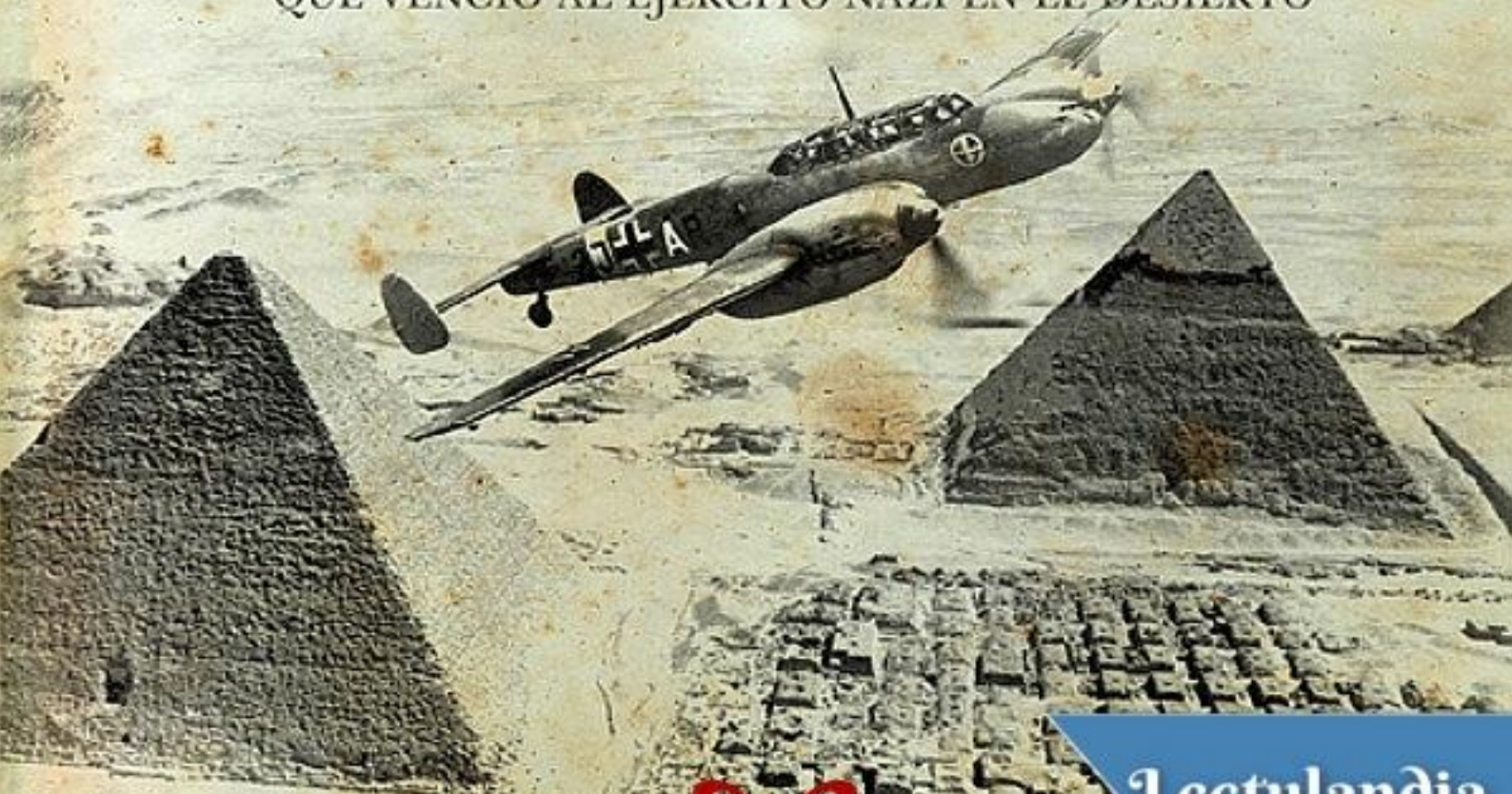


«Denme libertad y no habrá límites para los efectos que puedo crear en el campo de batalla.
Puedo crear cañones donde no los hay y hacer que disparos fantasmas crucen el mar.
Puedo colocar un ejército entero en el terreno si eso es lo que quiere,
o aviones invisibles, incluso puedo proyectar en el cielo una imagen
de Hitler sentado en el wáter a miles de pies de altura.»

JASPER MASKELYNE

El **MAGO** *de* *la* **GUERRA** **DAVID FISHER**

LA HISTORIA REAL DEL ILUSIONISTA
QUE VENCIO AL EJERCITO NAZI EN EL DESIERTO



SE

Lectulandia

Jasper Maskelyne fue uno de los magos británicos más célebres de toda la historia, criado en una familia de famosos ilusionistas inventores de artefactos de magia que a todos nos suenan hoy día. Al estallar la Segunda Guerra Mundial ofreció con empeño patriótico sus servicios al ejército inglés con la idea de que su magia podía ser muy útil en el campo de batalla. Pese a las continuas reticencias, consiguió ser destinado en el norte de África justo cuando los británicos se batían en retirada y el *Afrika Korps* alemán asediaba El Cairo. Ante la desesperada situación por la potencia y excelente preparación de la maquinaria de guerra nazi, dirigida por el mariscal Rommel, apodado el *zorro del desierto*, pronto el mando inglés se agarra a toda posibilidad para hacer frente al contrario y se fraguan algunas de las sugerencias de Maskelyne: armar ejércitos falsos, despistar con trucos de ilusionismo, convencer a potenciales aliados con espectáculos de magia, hacer desaparecer objetivos vitales a la vista del enemigo, hasta fraguar el mayor engaño militar de la historia en la batalla de El Alamein; una victoria que cambió el signo de la guerra como por arte de magia.

Mediante sus trucos Maskelyne se convirtió en el mago de la guerra y en un héroe capaz de engañar al ejército nazi desviando sus duros bombardeos a un falso puerto de Alejandría, hacer desaparecer el Canal de Suez a la vista aérea, despistar a los radio-espías alemanes en el transcurso de un espectáculo en el Palacio Real de El Cairo o conseguir el apoyo de un jefe indígena en un asombroso duelo de magos entre Oriente y Occidente.

Lectulandia

David Fisher

El mago de la guerra

La historia real del ilusionista que venció al ejército nazi en el desierto

ePub r1.0

Titivillus 20.02.2018

Título original: *The War Magician*

David Fisher, 2004

Traducción: Juan Bonilla

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a
Richard Curtis Bob y Catherine Carien Forgione
Joyce Heiberger
Paul Heller
Rosemary Rogers
por su apoyo
durante la época en la que yo vagaba por mi propio desierto.

El estallido de la guerra en 1939, que predecía miserias inevitables para todo el mundo, significó diferentes cosas para diferentes personas. Para mí, implicó algo muy extraño y bastante inquietante —centrar toda mi imaginación y conocimiento en la cuestión sobre cómo movilizar de la mejor forma posible el mundo de la magia contra Hitler.

JASPER MASKELYNE



INTRODUCCIÓN

Es sabido que en el siglo XVII un rechoncho granjero inglés llamado John Maskelyne ejerció como juez de paz en la comarca de Cheltenham. En cierta ocasión se le requirió para que presidiese el tribunal que habría de juzgar a un extranjero, un pequeño negro deforme que misteriosamente había aparecido por la comarca, vestido con un insólito traje de seda negra. Conocido por el nombre de *el Tamborilero de Tedworth*, fue acusado de practicar magia negra. Las pruebas que se ofrecieron contra él fueron tales que John Maskelyne lo declaró culpable de brujería y lo desterró de las plantaciones americanas.

Poco después una gran calamidad se cernió sobre la finca Maskelyne. Inexplicablemente los cultivos se echaron a perder. El ganado enfermó y murió. Un incendio en el establo destruyó la escasa cosecha de maíz. Por la noche, en las horas más oscuras, un pequeño hombre negro fue visto cojeando sobre aquellos campos.

Y de repente la finca empezó a florecer de nuevo. Las cosechas crecieron altas y fuertes en los campos. El ganado engordó gracias a la leche. Durante la hambruna que castigó a la zona sólo el granero de Maskelyne se llenó a reventar de maíz, y muy pronto en los bolsillos del granjero empezaron a sonar las monedas de oro.

Por eso se contó a lo largo y ancho de la región que el granjero John Maskelyne había adquirido, a cambio de su alma mortal, los poderes de la magia negra para él y diez generaciones de sus descendientes.

En los años que siguieron pareció de veras que la familia Maskelyne poseía poderes extraordinarios. La saga maduró con científicos, magos y hombres de gran reputación. Nevil Maskelyne, de la tercera generación, ocupó el cargo de astrónomo real en la corte del rey Jorge III. Fue el primero en medir el número de décimas de que se compone un segundo para calcular el peso de la tierra, y realizó grandes descubrimientos acerca del movimiento de los astros en los cielos.

Sobre Peter Maskelyne, de la quinta generación, se dijo que practicaba la alquimia. Después de su muerte sus cuadernos de notas fueron quemados en hoguera pública, y las llamas alcanzaron, al parecer, distinguidos e inusuales colores.

En la octava generación nos encontramos con John Nevil Maskelyne, un importante inventor a quien se considera el padre de la magia moderna. Creó la

afamada Caja Falsa, en la que dos personas aparentemente cambian sus posiciones en un instante, aprendió a elevarse del suelo y encaramarse en la lámpara araña de cristal, y era capaz de encarnizar a los espíritus y materializarlos en su propio cuerpo para conversar con ellos. Fundó la organización en la que se agrupaba la élite de los magos, El Círculo Mágico, y publicó la primera edición del *Maskelyne's Magical Misteries* en el legendario Teatro Egipcio de Londres. Perfeccionó además el teclado de las máquinas de escribir e inventó *Psycho*, el portento de la década de los setenta del siglo XIX, un hombre mecánico que jugaba a las cartas de modo infalible.

A la décima generación pertenecía Jasper Maskelyne, el mago de la guerra. A él le tocaría el más difícil todavía: emplear el poder de la magia contra el más terrible enemigo de la Historia. Y al terminar su titánica batalla, habría añadido la más extraña y significativa página a la leyenda familiar.



I

Primavera de 1940

Jasper Maskelyne estaba bebiéndose un vaso de cuchillas de afeitar cuando empezó la guerra. Se trataba de un truco antiguo que había popularizado su abuelo, el legendario John Nevil Maskelyne, y que a menudo había realizado también su padre, Nevil Maskelyne: siempre fascinaba a los espectadores. Cuando él empezaba a sacarse de la boca las seis hojas cortantes, convenientemente engarzadas por un hilo como diminutas láminas colgadas en un tendedero, vio a un joven capitán del Ejército avanzando precipitadamente por el pasillo. Puso cuidado en no quedarse mirando al oficial, para no atraer la atención de los demás sobre él, pero aún así trató de verlo escrutando las filas de butacas. Finalmente el Capitán se detuvo cerca del escenario y se reclinó sobre una hermosa mujer para susurrarle algo a un coronel. Para cuando Jasper descubrió la rosa fresca que brotaba del escenario, y la cogió, el Coronel se apresuraba en abandonar el teatro. No miró atrás.

Jasper olió la flor escarlata, disfrutando un instante de su aroma, y luego la arrojó al aire. De repente estalló convertida en humo y desapareció. El público vitoreó este número, y él hizo una reverencia para agradecer los aplausos, pero al hacerlo se acordó de los dos soldados y se dio cuenta de que lo que se había esfumado en el aire era la paz.

Antes de aquel día, el 9 de abril de 1940, las tropas alemanas habían atacado Noruega y Dinamarca, dando por terminados los nueve meses de «Guerra Aburrida» o «Falsa Guerra». El largo invierno se había pasado esperando que comenzase el momento de empezar a luchar. Por fin el Ejército se encontraría con su enemigo.

La Guerra contra Alemania fue oficialmente declarada el 3 de septiembre de 1939, cuando en un ataque relámpago los nazis invadieron Polonia, pero se había limitado hasta entonces a combates navales. Luego de un breve periodo de conmoción angustiosa, restaurantes, teatros y cines reabrieron, y la vida en Inglaterra siguió como de costumbre. Pero la invasión escandinava emprendida por Hitler el 9 de abril marcaba el comienzo de la guerra terrestre, e Inglaterra se anegó de un patriótico fervor. Largas colas de voluntarios se formaban en los centros de

reclutamiento de todo el país. Maskelyne se puso su traje más elegante, se colocó una flor fresca en la solapa, y se unió a la cola en el Centro de Alistamiento de Oficiales de Reserva de Hobart House. Pero al contrario que los otros hombres que voluntariamente se alistaban para empuñar armas convencionales contra los alemanes, él albergaba planes mucho menos comunes y mucho más osados. Había pensado en activar el mundo de la magia contra Hitler.

Jasper Maskelyne formaba parte del mundo de la magia desde su nacimiento. Durante dieciséis años, desde que el relojero John Nevil Maskelyne había transformado el Teatro Egipcio de Piccadilly en el «Hogar del Misterio», los Maskelynes habían sido la primera familia de ilusionistas en Europa. El legendario John Nevil, «Padre de la Magia Moderna», había hecho uso de la Caja Falsa, en la que un ayudante desaparecía en una cabina que había sido sellada y que después se inspeccionaba, y el Ojo de la Aguja, en el que una persona aparentemente atravesaba un minúsculo agujero en una plancha de acero para intercambiar su lugar con otro que había sido metido dentro de una caja de metal, además de otros muchos trucos ilusionistas que se habían convertido en clásicos de los espectáculos de magia. Además había perfeccionado a *Psycho*, el jugador de cartas, un hombre mecánico que fumaba cigarrillos y deslumbró a Europa, había inventado las sesiones matinales, había diseñado el teclado de la máquina de escribir, y había fundado el exclusivo club de magos, El Círculo Mágico.

Su hijo, Nevil Maskelyne, había llevado el negocio familiar al opulento St. George's Hall, en Regent Street en el West End. Durante su reinado en lo más alto del cartel, *Maskelyne's Magical Mysteries* se convirtió en una de las atracciones más populares de Londres, y los más célebres ilusionistas de Europa habían asombrado al público desde el escenario de St. George. Durante la Primera Guerra Mundial, Nevil Maskelyne sirvió en el Ejército inglés, donde inventó un engrudo que protegía a las manos de los artilleros de las abrasiones que producían los fogonazos de los cañones. También adiestró a magos-espías para T. E. Lawrence en Arabia. Después de la muerte de Nevil en 1926, le tocaba el turno de salir ante los focos a Jasper Maskelyne, de veinticuatro años.

Era un papel para el que se había preparado cuidadosamente. Pasó la infancia viendo cómo la realidad se volvía cada vez más turbia. Había crecido en el taller bajo el escenario aprendiendo como fabricar objetos que se materializaban o desaparecían, volaban en el aire o aparentaban ser precisamente aquello que no eran. De su abuelo aprendió que, con imaginación y conocimiento, las fantasías pueden llegar a convertirse en realidad. Con el equipo adecuado, cualquier cosa era posible.

Tenía sólo nueve años cuando hizo su debut en el escenario, ayudando al afamado mago David Devant en una actuación dirigida a la realeza en el Teatro Palace, y después de eso a menudo trabajó tras las bambalinas en St. George's Hall. Así que estaba bien preparado para ocupar su lugar en el centro del escenario cuando le llegó su turno.

Jasper se convirtió rápidamente en uno de los más famosos magos de Londres. Medía 1,93 y era guapo en el estilo vistoso de aquella época. Su pelo era negro y resplandeciente y se lo peinaba hacia atrás con extremado celo, y el bigote lo llevaba siempre pulcramente recortado y cepillado. Sus profundos ojos verdes y los hoyuelos que se le formaban al reírse, combinados con otro que tenía en la barbilla, hacían de él un digno rival de la bravuconería de los ídolos de las matines.

Su espléndida apariencia, y la sofisticada presencia que lo capacitaba para convencer a patrones escépticos de que debían confiar en que un simple truco de ilusionismo era una proeza de máxima dificultad, lo convirtieron en un habitual de las películas sonoras, de las que llegó a ser protagonista de una serie, interpretando a un detective que utilizaba la magia para resolver crímenes.

Pero cuando el mundo marchó a la guerra en 1939 se apartó del negocio del espectáculo y empezó a incubar la idea de adaptar las técnicas de los espectáculos de magia al campo de batalla. Creía firmemente, según le había enseñado su abuelo, que con imaginación y conocimiento cualquier cosa es posible.

La perspectiva del servicio militar le excitaba. Aunque su fama se extendía por toda Europa, había pasado la mayor parte de su vida intuyendo que era un personaje del reparto de la obra de otro. Su vida, como la de cualquier Maskelyne, había sido cuidadosamente planeada, y él se había limitado a seguir con diligencia ese plan. La guerra representaba la oportunidad para salirse del sombrío molde de su abuelo y su padre. El nombre Maskelyne carecería de significado en el fragor de la batalla. Los contactos familiares no podrían detener los misiles nazis. Los carpinteros del taller no podrían crear trucos de ilusionismo para él. Sería lo que era, y dependería por entero de sus propias aptitudes.

Jasper admitió que era demasiado viejo para marchar a las trincheras en campo de nadie y reconoció que había padecido ocasionalmente males de movilidad, pero insistió en que podría servir para algo de más valor que para rellenar un cañón. «Si puedo colocarme en el foco de las potentes luces y engañar a una audiencia que se encuentra a sólo la extensión del foso de la orquesta, también puedo engañar a los espías alemanes que se encuentran a quince mil pies de altura, o a millas de distancia».

Tan desesperadamente luchó por conseguir que lo aceptaran, que el Ejército pareció determinar prescindir de él, como si hubiera algo de vergonzoso en permitir que un actor de *music hall* tomara parte en el serio negocio del crimen. Le resultaría más fácil hacer levitar a todo un coro que convencer a un simple oficial de que su colaboración sería de ayuda. Aunque las cualificaciones de Maskelyne incluían pruebas de su profesionalidad en óptica, mecánica aplicada y de su destreza práctica en campos que iban de la electrónica a la falsificación de documentos, para los oficiales de reclutamiento del Ejército de Su Majestad, pensar que un mago fuera a la guerra les recordaba imágenes de Merlín convirtiendo al rey Arturo en un pájaro y a Moisés haciendo que se abriese el mar Rojo. La batalla por la supervivencia de

Inglaterra se empezaba a pelear en los cielos, y muchachos valientes que carecían de armas adecuadas para defenderse perdían la vida en los campos de batalla, así que no parecía que fuera tiempo de varitas mágicas o conjuros amenazantes.

Cuando los nazis lanzaron su guerra relámpago en la primavera de 1940, Maskelyne asedió la oficina de alistamiento. Impacientemente aguardó ante el centro de reclutamiento de Hobart House a que cayeran los Países Bajos, recorrió largos corredores grises mientras el gobierno de Chamberlain caía en desgracia y era reemplazado por el del perro de presa Churchill, y se sentó en las salas de espera de los despachos de Whitehall mientras Bélgica caía y se producía el desastre de Dunkerque. El 22 de junio, la fecha de la oscura noche de la rendición de Francia, compartió una última botella de vino clarete con Mary, que hacía catorce años que era su mujer, y le dijo amargamente: «después de todo parece que yo no tendré que ir a la guerra sino que la guerra va a venir a mí».

En septiembre, mientras un millar de aviones de la Luftwaffe sobrevolaban a diario el Canal de la Mancha y el Ejército italiano de Mussolini desplazado en Libia avanzaba a través del desierto occidental a pasos agigantados para defender Egipto, Maskelyne tomó la decisión de unirse a la Home Guard. Pero antes de ello consiguió que H. Hendley Lenton, un bien situado amigo de la familia, contactase con el primer ministro Churchill. «He tenido conversaciones con el señor Jasper Maskelyne (“The Maskelyne”) —escribió—, y me ha convencido de que hay grandes posibilidades (él dice certezas) de que algunos de sus “trucos” si se aparejan con grandes poderes o se utilizan de otro modo podrían convertirse en activos muy valiosos en las presentes circunstancias bélicas y en particular contra los ataques aéreos».

El Primer Ministro consultó esta sugerencia con su ayudante personal para asuntos científicos, el profesor Frederick Alexander Lindemann, y fue concertado un encuentro.

Maskelyne se sentó frente al profesor en un despacho confortable de Whitehall y expuso su plan. Lindemann lo escuchó fascinado, pero sin apearse de su escepticismo. Una cosa era embaucar a un público receptivo en las condiciones adecuadas, dijo, y otra muy distinta engañar a la máquina militar más sofisticada de la historia. Por fin la conversación llegó a los detalles específicos.

—¿Qué clase de cosas propone hacer? —preguntó el profesor.

Jasper respondió con voz calma.

—Denme libertad, no hay límites para los efectos que puedo crear en el campo de batalla. Puedo crear cañones donde no los hay y hacer que disparos fantasmas crucen el mar. Puedo colocar un ejército entero en el terreno si eso es lo que quiere, o aviones invisibles, incluso puedo proyectar en el cielo una imagen de Hitler sentado en el water a miles de pies de altura.

La primera reacción de Lindeman fue descartar los propósitos de Maskelyne por disparatados, pero por alguna razón vaciló, y llegó el momento en que estaba imaginándose de veras lo imposible. ¿Hitler en el water? Los bordes de sus labios se

estiraron en una sonrisa.

—Suenan un poco excesivo, lo sabe. ¿Cómo se propone hacer todas esas cosas?

—Mire allí —le respondió Jasper señalando un punto en el techo, detrás del profesor.

Lindeman hizo girar su silla y observó el área que había señalado Maskelyne. No parecía que hubiera nada allí. Se reclinó levemente y se ajustó las gafas, pero seguía sin distinguir nada en el techo.

—No veo nada —dijo.

—Exactamente, porque no hay nada que ver. Pero ha reaccionado precisamente como lo hubiera hecho cualquiera. En verdad, ni siquiera tendría que haber dicho nada, me hubiera bastado con mirar fijamente allí, y usted se hubiera vuelto para mirar. Así es la naturaleza humana. Y la magia, el trabajo que yo hago, no consiste en otra cosa que un poco de sugestión, algo de conocimiento de la naturaleza humana y el uso de las bases elementales de los principios científicos. La consumación de la expectación planteada cuidadosamente. En verdad, no es tan diferente del arte del camuflaje militar. Yo puedo hacer que los nazis vean pistolas donde ellos esperaban ver pistolas y soldados donde ellos creen que los soldados deben estar. Es bastante simple.

Lindemann se cruzó de brazos, se recostó en su silla y miró fijamente al mago. «Y bien, ¿por qué no?», se preguntó. Los forajidos de Hitler habían hecho pedazos todos los conceptos tradicionales del arte de la guerra, no había nada que perder si se intentaba utilizar algo nuevo.

—De acuerdo —terminó aceptando—. Ahora mismo una vigorosa dosis de magia podría servirnos de medicina. Haré algunas pesquisas patrocinándolo.

Después de pedir a Maskelyne que fuese a rellenar algunos documentos necesarios, Lindemann cerró los ojos y trató de imaginarse al Führer en el water. El pensamiento le hizo estallar en carcajadas.

Anocheaba cuando Jasper abandonó Whitehall, y Londres se escondía en los búnkeres para pasar la noche. Miles de personas se dirigían a los túneles de metro, armados con colchones, mantas, juegos y leche en polvo para los niños demasiado jóvenes como para ser evacuados a zonas seguras del país. Maskelyne esperó durante bastante rato en una parada de tranvías, pero los ataques de la Luftwaffe habían obligado a la interrupción de los servicios de los transportes a la intemperie. Por fin se decidió por el menos cómodo subterráneo, y luego le quedaba todavía un largo trecho para llegar a casa.

Caminó las últimas manzanas protegido por la niebla, deduciendo el camino que había de seguir por las manchas blancas que habían sido pintadas en los troncos de los árboles y en los bordillos.

Cuando por fin llegó a su casa en Albany Street, se quedó fuera un rato,

preguntándose cómo iba a decirle a Mary que por fin se iba a la guerra. Durante los catorce años que llevaban casados habían sido inseparables. Habían llevado la magia de Maskelyne a ciudades mineras de Australia y a los arbustos africanos, habían actuado en los grandes teatros de ópera de Europa, y a través de toda Inglaterra, y lo habían hecho siempre juntos. Mary había diseñado los escenarios, establecido las tarifas y resuelto los problemas, y en una ocasión él la había hecho desaparecer a ella de la caja y la había disparado con el cañón desde el suelo a las vigas, pero esencialmente ella había sido siempre su amiga y confidente, y la sola idea de dejarla resultaba terrorífica.

La casa de los Maskelyne era una maciza construcción de dos plantas y ladrillo visto rojo, encumbrada por un tejado de gabletes en pendiente. Las yedras que por alguna razón nunca trepaban más allá de la primera planta, le daban a la casa el aspecto de una barba oscura. Vista de noche, por fuera parecía oscura y vacía pero por dentro resultaba muy resplandeciente. Ardía un leño en la chimenea, y las luces estaban encendidas en el comedor y en la cocina. Las cortinas de terciopelo negro que habían tomado del teatro cubrían todas las ventanas, absorbiendo la luz antes que refractándola o permitiendo que las traspasase. Alistair, el hijo de trece años de Jasper, y Jasmine, la hija de doce, habían sido evacuados a una zona segura, así que Mary lo estaba esperando sola.

Cuando entró en la casa ella estaba preparando la cena, armando mucho ruido con cazuelas y sartenes, distribuyendo la cubertería de plata de su boda, reservada sólo para ocasiones especiales, tarareando una melodía popular. Mary, llamada Evelyn Enid Mary Home-Douglas Maskelyne, era una mujer pequeña, con el cabello corto, el rostro ovalado y unos ojos que parecían continuamente distraídos por el prurito de una íntima extravagancia. Ella se volvió para saludarle con un beso, y él se dio inmediatamente cuenta de que ella ya sabía lo que tenía que contarle. Lo sabía de ese modo místico en que las mujeres acceden a realidades distantes.

—Estoy tan orgullosa de ti —le respondió ella cuando él le describió los detalles de su encuentro.

Intentaron reír. En algún momento una sola lágrima estuvo a punto de traicionar su elegante comportamiento, pero ella la retiró con calma.

—Serás oficial enseguida —se jactó ella—. Esperemos a que ese tal Hitler se entere que estás en la guerra. Eso debería bastar para enviarlo a paseo.

Tuvo el cuidado suficiente como para no decirle lo mucho que estaba preocupada por él. Sabía que no iba a pasarlo bien durante el servicio. No tenía ni la edad ni las condiciones físicas convenientes, lo que le ocasionaría problemas, pero sobre todo se trataba de su optimismo básico. Era un hombre que perseguía sus sueños y se empeñaba en convertirlos en realidad. Para él un signo de interrogación era siempre un reto, y su mayor disfrute consistía en resolver un problema irresoluble. El Ejército no iba a cuidarse de él como ella lo había cuidado, no encontraría tiempo para entregarse a sus fantasías, y nadie cercano lo ayudaría cuando el fracaso pareciese

irremediable. A Mary la aterrizzaba que lo hirieran en combate, pero lo que más le preocupaba es que perdiera en la guerra su capacidad para soñar.

Él tuvo cuidado suficiente como para no decirle a ella que estaría preocupado cada minuto de cada día, y que no volvería a sentirse bien del todo hasta que ellos no volvieran a estar juntos.

Dedicaron la noche a recordar el pasado, y fue cálida y tierna. Después de cenar se sentaron juntos en el sofá floreado de la sala de estar, recordando sus vidas. Mary había sido ayudante de Maskelyne desde 1925: no había pasado un año desde que se conocieron, y ya se habían casado.

—Recuerda la noche que tratabas de hacer desaparecer una motocicleta y se prendió fuego en la cortina —le regañaba ella— y fuiste tan valiente que agarraste la manguera del tramoyista y empezaste a echarle agua a todo el público.

Él contrarrestaba:

—¿Y qué hay de aquella noche en la que te hice desaparecer en aquel viejo gabinete chino? Tú suponías que ibas a reaparecer en la parte de atrás del teatro, pero alguien había trabado la puerta del vestíbulo que había debajo del auditorio. Todavía puedo oír los gritos que dabas pidiendo que alguien te abriera mientras yo permanecía ante el público tratando de encontrar una manera de explicarles qué era exactamente lo que estabas haciendo.

Más tarde, se negaron a dormir en el imponente refugio de acero y madera de Morrison, y durmieron en su cama de matrimonio, sin que los bombardeos alemanes pudieran interrumpirlos.

Tres días después un sobre color ocre entregado en mano, le ordenaba presentarse en el Centro de Desarrollo y Camuflaje de Trenes de la Compañía Real de Ingenieros de Farnham.

—¿Camuflaje? —preguntó Mary.

—Esconder cosas —respondió.

—Perfecto —asintió ella.

Una antigua máxima familiar decía que un Maskelyne no se va nunca, simplemente desaparece. Pero no era un buen momento para hacer chistes. Mary pidió a los vecinos algunos alimentos racionados y cocinó una tarta Woolton, con zanahorias, chirivías, nabos y patatas, aderezados con salsa blanca y cubiertos de bizcocho.

—Delicioso —dijo Jasper de forma forzada.

—Es horrible —le corrigió ella.

—Sí, es horrible.

—Maldito Hitler, ojalá se lo hicieran comer a él —dijo ella, reduciendo la guerra a un problema doméstico.

Después de cenar, Jasper fue arriba a preparar su equipaje. La vieja maleta de cuero estaba plagada de encantadoras etiquetas de viaje de todo el mundo. Metió uno de sus trajes del Hall, cinco pequeñas y sólidas bolas con las que ejercitar sus dedos,

algunas camisas y calcetines, los útiles de aseo y prendas de ropa interior. Después de dudarlo durante un momento, se decidió a incluir su desbaratado ukelele, y por fin cerró la maleta.

Mary se había quedado de pie junto a la puerta mirándolo. Cuando él se giró y la vio empezó a hablar, pero se detuvo en medio de una frase. Ella llevaba el vestido blanco de seda que estrenó en su noche de boda.

—Estás tan hermosa —dijo él.

—Te quiero, Jay.

La tomó entre sus brazos y primero la besó con ternura, como un amigo, luego cálidamente como a una esposa y compañera, y por fin apasionadamente como a una amante. Hicieron el amor con fiereza y cariño y ambos lloraron y rieron y susurraron promesas duraderas, y él la acarició a ella y trató de memorizar el tacto de su piel suave y el sonido de su respiración y la fragancia de sus cabellos y el sabor de sus labios, y por fin se durmieron juntos, una manera hermosa de decirse adiós. En algún momento en medio de la noche él se levantó y con esmero colgó el arrugado vestido blanco de seda, y luego, manteniendo la tradición familiar, silenciosamente desapareció.

El pueblo de Farnham pertenecía al Condado de Surrey, a unos cuarenta minutos en ferrocarril de la Estación de Waterloo. Era un lugar lleno de historia que en el presente avanzaba a su propio ritmo. Durante la época de paz había servido como ciudad dormitorio para los viajeros y empleados bien situados que trabajan en Londres y se hospedaban allí para descansar del frenético ritmo de la ciudad, pero la guerra lo había cambiado todo.

Las cortinas cubrían ahora las ventanas de las pequeñas tiendas de la calle principal, y las jorobas familiares de los refugios Anderson brotaban en los patios traseros de las casas. Las majestuosas estacas de acero que servían de cercos habían sido enviadas a las factorías para que hicieran con ellas municiones. Cada mañana largas filas formaban ante el puesto del vendedor de verduras. Y al anochecer de cada noche, desde las desmoronadas ventanas del Castillo de Farnham los residentes de la ciudad podían ser vistos corriendo a casa con las máscaras de gas en pequeñas cajas marrones y echando nerviosas miradas al cielo. La guerra había llegado a Farnham.

Fue en el Castillo de Farnham donde Jasper Maskelyne empezó a aprender cómo marchar correctamente, cómo permanecer en posición de firmes, cómo saludar con propiedad, y cómo crear ilusiones que volvieran loco al más ambicioso de los ejércitos conquistadores de la Historia.

La primera clase del Centro de Desarrollo y Camuflaje de Trenes de la Compañía Real de Ingenieros se reunió allí el 14 de octubre. Trece hombres cambiaron sus ropas de civiles por pulcros uniformes Austin Reed y cinturones Sam Browne, levantaron sus manos derechas y juraron defender la Corona, la Constitución y la Patria, luego siguieron de pie sorbiendo un té, ajustándose sus almidonados uniformes y tratando de sonar tan militarmente astutos como fuera posible. Esto

último consistía básicamente en soltar cada pocas frases un claro «malditos *jemes*».

El centro había sido organizado y estaba dirigido por el teniente coronel Frederick Beddington, pero el jefe instructor era el mayor Richard Buckley. Durante la I Guerra Mundial Buckley había servido como oficial de camuflaje y con el nombre de Soloman J. Soloman, fue el pintor que escribió el libro esencial sobre el camuflaje en la guerra. Sin embargo era un libro muy delgado. El camuflaje en aquella guerra consistió primordialmente en ensartar adornos sobre las piezas de artillería para tapar las sombras deladoras, en estirar grandes trozos de lienzo entre las copas de los árboles para que los puestos de mando pudiesen operar bajo ellos, y en esconder francotiradores en árboles ahuecados que luego se soltaban en tierra de nadie. Pero esta experiencia fue más lejos de lo que nadie hubiera podido llegar, así que el Ejército sacó a Buckley de la tienda de Eton y lo hizo jefe instructor.

—Estáis aquí para aprender el arte del camuflaje —tronó al inspeccionar al desaseado grupo el primer día—. Camuflaje quiere decir ocultar cosas para que el enemigo no sepa qué estás haciendo, o esconderte de ellos sin que ellos puedan ver cómo lo haces. ¿Estoy yendo demasiado deprisa para alguien?

Nadie dijo nada.

—Estupendo —dijo—. Veo que nos vamos a llevar bien.

Resultaba irónico que Buckley fuese un oficial de camuflaje, porque habría sobresalido en cualquier muchedumbre. Era tan alto como Maskelyne, y robusto, y tenía el pelo abundante y rojo. Sus ojos verdes y profundos resaltaban por una única ceja que le cruzaba la frente. Esta combinación de cabello incendiado y vivaces ojos verdes en contraste con la piel siempre pálida le daban una apariencia extraña de bandera irlandesa, hecho del que él se mostraba profundamente satisfecho. Pero lo más genuino irlandés de él era su temperamento.

—Me perdí una vez cuando era chaval —contó a la clase— y no he sido encontrado todavía.

Y a pesar de que era verdad que expresaría su enfado lanzando^[1] un teléfono o un pupitre a través de la habitación, era también capaz de citar pasajes de los mejores poetas, o meditar entrada la noche sobre la banalidad de pasar una guerra en Farnham.

Buckley entendía que el camuflaje era un arte visual, de ahí que ayudase a Beddington a dirigir a los hombres a los campos apropiados. A algunos de los camufladores los encontró él mismo y los convencía de que le cediesen una comisión. Otros, como Maskelyne, le llegaban por otros oficiales que no encontraban a qué otro centro podían destinarlos. De resultas de lo cual era aquella curiosa colección. Junto al mago Maskelyne el grupo incluía al modisto Victor Stibel, los pintores Blair Hughes-Stanton, Edward Seago, Frederick Gore y Julian Trevelyan, los dibujantes Steven Sykes, James Gardner y Ashley Havindon, el escultor John Codner, el catedrático de Oxford Francis Knox, que con sus cuarenta y dos años era el más veterano de los reclutas y un experto en el camuflaje de animales, el director de circo

Donald Kingsley, el zoologista Hugh Cott, el experto en arte Fred Mayer, que había decorado su habitación en el castillo con *rouaults* y *matisses* procedentes de su galería de Londres, y el diseñador de escenarios en el West End, Jack Keefer. Entre los demás compañeros de clase estaban un restaurador de arte religioso, un electricista, dos artesanos del cristal, un editor de revistas, un viñetista del *Punch* y un poeta surrealista.

Enseñar las Reales Normas a este grupo de oficiales creativos se convirtió en un gran reto para Buckley. Durante la primera semana de su curso recuperó osadamente algunos de los saludos más raros en la historia militar. Para su alivio, ninguno sufrió heridas de consideración en los entrenamientos de las marchas, aunque se saldaron con muchas hinchazones en las extremidades. Finalmente decidió seguir el Manual del Ejército, diciéndole a sus hombres:

—Si simuláis que esos bastones de madera sobre vuestros hombros son rifles, yo puedo simular que sabéis lo que estáis haciendo con ellos.

El curso se dividía en instrucción militar general, teoría y práctica del camuflaje y el engaño, y entrenamiento físico. Fue enseguida obvio para Buckley que algunos de sus estudiantes sabían mucho más acerca de ciertos aspectos del camuflaje de lo que ellos hacían, así que les permitió que enseñaran sus propios temas. Maskelyne, por ejemplo, había pasado buena parte de su vida usando la luz y las sombras para crear ilusiones, y eso lo convirtió en un espléndido instructor.

Como ocurre de manera natural cuando los hombres se ven obligados a permanecer juntos durante un periodo prolongado, la amistad verdadera brotó en la escuela. El profesor Frank Knox precedía en la lista alfabética a Maskelyne, así que estaban juntos cuando formaban, y pasaban el tiempo de espera conociéndose el uno al otro. Su amistad se afianzó por la capacidad de Knox para tocar la armónica acompañando al ukelele de Jasper.

Aparentemente era lo contrario del apuesto Maskelyne, y más parecido a una cama deshecha. Si bien no pasaba de un vulgar metro setenta, era regordete y parecía un hombre destinado a vivir su vida en los extremos. Todo lo que vestía era demasiado grande o demasiado pequeño, demasiado estrecho o demasiado ancho. Los faldones de sus camisas estaban siempre saliéndose de sus pantalones, que estaban siempre abolsados; y sus cinturones eran siempre demasiado largos lo que provocaba que la lengua suelta le golpease en el estómago cuando caminaba, o demasiado ajustado, lo que hacía que una ola de vientre asomase por encima de sus pantalones. Tenía la cara redonda, sus mejillas eran casi perfectos círculos, y se había dejado crecer cuidadosamente unos bigotes de morsa, lo que hacía que a menudo la gente dijera que se parecía a Theodore Roosevelt. Cuando le mostraron su equipo en Farnham trató de sustituir con las gafas de alambre oficiales las suyas de cuerno pegado con cinta adhesiva, pero las gafas del ejército quedaban ridículamente pequeñas sobre su nariz, obligándolo a elevar la cara al cielo para poder mirar adelante, así que volvió a sus antiguas gafas de cuerno. Buckley no opuso resistencia.

Quizá lo único que en Frank Knox siempre resultaba bien medido era su sonrisa contagiosa. Maskelyne sintió afecto por aquel hombre enseguida.

Algunos hombres parecen haber sido moldeados para que durante toda su vida hagan el papel de animador, y Frank Knox era el perfecto ejemplo de esto. Era un hombre de constante buen ánimo, amabilidad y afecto, conformado con sus propias circunstancias y capacitado para vivir sin envidias.

—Hay unas pocas cosas que marcan la diferencia en la vida —le dijo en una ocasión a Jasper—. El amor y la amistad son las más importantes, la honestidad y la lealtad vienen luego, unas pocas libras para gastar, y tiempo. El tiempo es precioso.

—¿Y eso es todo?

—Es más que suficiente.

—Debe hacer falta algo más que eso —insistió Maskelyne.

—Si tú lo dices —contemporizó Knox de buena gana. Aunque al principio se mostró como un hombre reservado, empezó a intimar con Jasper cuando empezó a conocerle mejor. Fijaba el comienzo de su vida de adaptación a las circunstancias en la fecha de la muerte de su mujer. Le había dado dos hijas antes de morir durante la breve epidemia de neumonía de 1932. Ocho años después aún le duraba la tristeza. El impacto de su pérdida había situado todo lo exterior en su lugar.

El curso de camuflaje siguió adelante sin incidentes durante el invierno. Casi todo consistía en improvisaciones de Buckley que hacían progresar a su clase. Aunque la experiencia teatral de Jasper le había convertido en un experto en camuflaje básico, técnicas de coloreado, oscurecimiento, fusiones, perspectiva y el uso de señuelos, la aplicación de tales principios en el campo militar resultaba nueva para él. Entre las muchas cosas que tuvo que aprender se encontraba cómo «leer» las fotografías de reconocimiento aéreo, cómo engañar las cámaras aéreas enemigas y cómo determinar si el enemigo tenía posibilidades de despistar la vigilancia británica. Llegó a ser capaz de determinar el calibre de un arma pesada por el resplandor en su cañón, o el tipo y tamaño de un vehículo por la profundidad de los surcos que dejaban sus neumáticos. Podía hacer una estimación de la fuerza de un enemigo por la basura que dejaran abandonada en el área del campamento o descubrir a una unidad encubierta por la distorsión de sus sombras.

—Ahora soy capaz de ocultar a un batallón entero en campo abierto —le dijo a Knox una tarde en la que resoplaban alrededor del castillo para cumplir con los ejercicios que le mandaba hacer Buckley diariamente—. Desafortunadamente, con todos los bombardeos nazis, no tenemos ya ningún campo abierto.

—Por eso mismo —replicó Knox— tampoco tenemos ya ningún batallón entero.

Más impresionante todavía que el hecho de que Buckley hubiese convertido a todo este grupo de tarugos en camufladores resultaba el hecho de que los hubiera convertido también en una copia exacta de unidad militar, capacitada para cumplir las órdenes elementales sin peligro. En cierta ocasión, la clase debía ir en camión a la base de Aldershot para revolcarse en un entrenamiento especializado, pero Buckley

hizo lo posible por reducir esos días de acampada a lo mínimo, temeroso de que exponer a sus hombres a un entrenamiento militar riguroso los echase a perder. Pero a pesar de que estos hombres estuvieran físicamente apartados del Ejército, no podían estar apartados de la guerra.

Las noticias eran malas. Las tropas alemanas habían ocupado casi todo el continente europeo, y la mitad del ejército de Hitler se posicionaba en las playas francesas esperando la señal para iniciar la primera invasión de Gran Bretaña en nueve siglos. En el aire, la Luftwaffe del mariscal del Reich, Hermann Goering, hacía a diario unas 1500 salidas para enfrentarse a los heroicos pero mal armados pilotos de la RAF. En septiembre, los bombarderos alemanes habían cambiado sus blancos: de las bases militares enemigas pasaron a ser las propias ciudades. Londres estaba siendo destruida, pero todas las ciudades sufrieron. El 14 de noviembre, en venganza por el daño menor que una bomba de la RAF infligió al *hall* de la cervecería de Munich donde Hitler había empezado su golpe de estado en 1923, quinientos bombarderos nazis atacaron la pequeña e histórica ciudad industrial de Coventry. En diez horas 554 personas murieron y cinco mil hogares fueron destruidos. Una semana después del ataque Coventry seguía ardiendo.

En Oriente Medio, Mussolini, desesperado por aplacar a Hitler, había ordenado a los 300 000 hombres de la 10.^a División Italiana del mariscal Graziani que echaran a los ingleses de Egipto. El Duce había estimado fríamente que unas mil bajas durante esa campaña le permitirían sentarse con el Führer en una mesa de negociación. Sólo los treinta mil soldados británicos del general Archibald Wavell, que formaban las Fuerzas del Desierto Occidental, separaban a Graziani del Canal de Suez, y más allá estaban los terrenos petrolíferos de Persia. Si la ofensiva italiana tenía éxito, Inglaterra se quedaría sin su principal surtidor de gasolina.

El pequeño grupo de oficiales especialistas en camuflaje permanecía entrenando en Farnham, ansiosos porque llegara la hora de abandonar las clases y pasar a la acción si podían servir de algo. Pero el curso no seguía ningún itinerario formal, así que ninguno de ellos sabía con certeza cuando terminaría oficialmente.

—Pronto —les prometió Buckley. Pero el «pronto» fue luego reemplazado por «en breve». Mientras tanto los destinos se convirtieron en el principal tema de conversación.

Jasper dijo que esperaba que lo enviaran a Egipto.

—Sería lo más lógico. Yo viajé por el Bajo Nilo representando mi *show*. Hablo bien el árabe. Allí están desesperados porque les llegue ayuda. Y mi padre sirvió allí durante la Primera Guerra Mundial.

—Tiene todo el sentido —le dijo Knox— lo que significa precisamente que no es allí donde deberías ir.

En la noche del 9 de diciembre, los hombres se sentaron alrededor de la gran chimenea de piedra del castillo, bebiendo buenas dosis de coñac. El habitualmente tranquilo dibujante industrial James Gardner entró en el vestíbulo anunciando:

—Wavell se mueve. Lo ha dicho la BBC.

Eso sólo podía significar una cosa: Graziani había atacado y los muchos menos numerosos soldados del Ejército Británico se retiraban. Se estaba configurando otro en Dunkerque. El descorazonado grupo se dirigió hacia la habitación donde estaba la radio, y llegaron a tiempo para oír un sorprendente informe leído por el locutor John Snagg. Wavell estaba atacando. Quienes se retiraban eran los italianos. «El despacho de Guerra informa que las tropas del general Wavell comenzaron su asalto a las fortificaciones italianas a las siete y cuarto de esta mañana, hora de Egipto. Veinte vehículos enemigos fueron destruidos en la avanzada inicial y se hicieron dos mil prisioneros. Aparentemente cogieron a los soldados de Graziani por sorpresa...».

—A mí también me han cogido por sorpresa —dijo Gardner.

Por increíble que parezca, los treinta mil hombres de Wavell se arrastraron por el desierto, deteniéndose más a menudo por las tormentas de arena y por mares de arena blanda no señalados en los mapas que por el enemigo. Lo que había empezado como un avance limitado se volvió una demolición. Ciudades enteras y fuertes se rindieron sin resistencia. Decenas de miles de soldados italianos abandonaron sus armas y botas y huyeron a la frontera libia. Un comandante de un batallón británico estimó el monto de prisioneros que había hecho diciendo: cinco acres de oficiales, dos acres de otros rangos.

Los de la clase de Maskelyne en Farnham celebraron esta primera victoria terrestre en el pub local, el Ivy. El dueño del bar invitaba a rondas de la casa, y durante toda la noche resonó el brindis: «Por los treinta mil».

Al principio Maskelyne se unió a la celebración e incluso se avino a interpretar algunas canciones patrióticas con su ukelele, pero después de pensárselo se volvió callado y sombrío. Frank Knox se dio cuenta del cambio inmediatamente. Estaban apretados en una esquina del cubículo y si acercaban las cabezas podían conversar en un tono razonable.

—Ciertamente no parece que estés para gorjeos.

—Te parece.

—Como un pavo real en un abeto de Navidad.

Un pensionista estaba contando, en la parte de arriba del bar, que había servido en el desierto durante la última guerra. Le pidieron que describiese la zona y dijo: «Caliente, muy caliente».

Maskelyne sacudió la cabeza. Inicialmente las noticias del desierto le habían llenado de alegría, pero durante la celebración esa alegría había ido paulatinamente agotándose y cediendo sitio a un sentimiento de vacío. La guerra transcurría sin él. Las grandes batallas se desarrollaban mientras él bebía coñac junto a la chimenea. Los gratos alrededores lo adormecían hasta llevarlo a la pasividad, y había perdido de vista la que había sido su intención original. Pero mientras estaba sentado durante la celebración de la victoria en el Ivy, su furia volvió a emerger. Había trabajado demasiado tiempo y con demasiada fuerza por encontrar el modo de servir al Ejército

como para pasar toda la guerra en Farnham. Había llegado la hora de tomar las riendas de su propio destino.

—Llevabas razón Frank, en lo que dijiste el otro día —dijo con firmeza—. Si no hacemos algo ahora mismo por conseguir que ellos nos tomen en cuenta, vamos a pasar toda la contienda ensartando redes en Brighton.

Knox se encogió de hombros.

—Oh, no le daría demasiada importancia a lo que dije, Jay. Sólo era cháchara. Se supone que podemos quejarnos, sabes, somos soldados.

—Pero llevabas razón, no podemos correr el riesgo.

Maskelyne hizo una pausa, e inmediatamente la solución al problema se le presentó con toda nitidez. Sonrió anticipadamente.

—Por eso vamos a hacer algo para dar una sorpresa en el examen que Lord Gort nos hará la semana que viene. Una sorpresa de la que después no podrán pasarnos por alto.

Frank palideció:

—¿Vamos? —musitó débilmente.

En una gótica mañana de mediados de diciembre, John Standis Surtes Prendergast Vereker, sexto vizconde de Gort, o simplemente Lord Gort, inspector general del Ejército, permaneció de pie en el borde de un terreno encrespado junto a sus asistentes y a un nervioso Buckley. El aire estaba cargado, y nubes de oscuro presentimiento ocultaban el sol.

—Cuando guste, señor —dijo Buckley con elegancia.

Gort inclinó la cabeza. Para demostrar sus habilidades, a los equipos de oficiales de camuflaje les habían asignado un arma, vehículo o fortificación que debían ocultar. El Comandante en Jefe caminaría por el terreno y trataría de poner al descubierto sus intentos.

A Maskelyne y a Knox les había tocado un búnker con ametralladora. Jasper se entregó al proyecto con alborozo, como si se tratara de crear uno de sus trucos de ilusionismo de St. George's Hall. Cuidadosamente dibujó cada detalle. Luego, una vez que varias piezas habían sido ya modeladas y colocadas en su lugar, cada uno de ellos las examinó una y otra vez hasta que estuvieron seguros de que no había lugar para el error. Mientras que sus compañeros recogían sus cosas al anochecer, Jasper y Frank trabajaban en la fría noche en detalles que, Knox estaba convencido, le pasarían por alto a todo el mundo. Cuando empezaba a hacer demasiado frío, regresaban al castillo, y Maskelyne trabajaba en el modelo a escala que le capacitaría para convertir un vulgar nido para artilleros en un teatro de magia.

Terminaron la noche antes de la inspección, y a la mañana siguiente se tendieron sobre sus estómagos en posición encogida cuando Lord Gort empezó su primera vuelta por el campo. Gort descubrió inmediatamente el maniquí de tanque que trataba de pasar desapercibido como camión de tres toneladas, los veinticinco mazos de papel maché torpemente silueteados contra el descolorido horizonte, dos

francotiradores escondidos en árboles, y cierto número de búnkeres cubiertos con diversas mallas. Las huellas en la blanda arena le llevaron a cuatro hombres armados con escopetas que simulaban ser rifles, tendidos bajo lienzos cubiertos de suciedad.

Dentro del búnker, Maskelyne se ponía nervioso cada vez que Gort olisqueaba numerosas veces en su dirección, como si el resultado de la guerra dependiera de que pudieran engañar al General.

Finalmente, Lord Gort consiguió huronear todas las piezas y posiciones excepto la número cuatro, el nido de la ametralladora de Maskelyne y Knox. El General consideró el ejercicio como un juego, pero él era un jugador serio.

—No me digan dónde está —chasqueó, y empezó a recorrer el terreno por tercera vez.

No consiguió encontrar el búnker. Volviéndose a Buckley, con una pequeña tormenta de fría respiración, le dijo:

—Muy bien, Mayor, ¿dónde está?

La respuesta se encontraba en una joroba de tierra a no más de treinta y cinco pies.

—Estamos aquí, señor —gritó una voz amortiguada. Gort entornó los ojos hacia la suave elevación y se dirigió hacia ella, pero luego se detuvo cuando descubrió una grieta estrecha y rectangular casi completamente escondida entre colgantes montones de hierba. El mango de una escoba sobresalía.

—Esto es una ametralladora —gritó jovial la voz—. ¡Bang!

Buckley se estremeció.

Habían fabricado el nido de la ametralladora con láminas de madera colocadas en caída natural, después cubrieron las láminas con suciedad y hierba para mezclarlas con el terreno. Piezas irregulares de espejo habían sido situadas frente al búnker para que reflejaran la tierra de delante, y falsas huellas de neumáticos, que supuestamente habría hecho el camión maniquí que estaba estacionado cerca, y que pasaban sobre el montículo, inducían la impresión de que ésta era una característica natural del terreno.

Lord Gort asintió apreciablemente. Esta vez lo habían engañado.

—Bien hecho, colegas —dijo.

—Entre y eche un vistazo —le invitó la profunda voz de Maskelyne desde dentro del nido—. Hay algunas vistas muy interesantes desde aquí.

El búnker asomaba apenas tres pies del suelo, estaba húmedo y era muy estrecho. El suelo mugriento había sido tapizado con un lienzo. Después de que Maskelyne saliese de allí arrastrándose, Lord Gort y Buckley se pusieron a gatas junto a Knox.

—Un poco apretado ¿no? —dijo el General.

—Un poco, señor —respondió Knox deslizándose fuera por la grieta. La temperatura a la intemperie era helada, pero estaba sudando. Había estado en el Ejército sólo unos meses, y ya había conseguido pegársela al Inspector General. Se cubrió los ojos con un guante, sin querer ver lo que iba a suceder a continuación.

Lord Gort escrutó el terreno con sus binoculares. A su derecha la escarcha de la

mañana aún cubría el valle lejano. Justo delante de él los alumnos de camuflaje que habían sido descubiertos esperaban a ser descartados. Y a su izquierda, el Admiral Graf Spee, acorazado nazi de bolsillo, surcaba placenteramente el Támesis.

—Dios santo —murmuró con estupefacción.

—¿Señor? —preguntó Buckley con voz asustada.

En la cima del monte, Jasper estaba manejando su acorazado de juguete y el intrincado juego de espejos que empleaba para producir la ilusión. El truco consistía en una ilusión ideada por John Nevil Maskelyne en la que un fantasma aparecía «brotando» de su propio cuerpo. Unos espejos suplementarios inclinados en el foso de la orquesta podían hacer que el fantasma apareciese o desapareciese: Jasper hizo exactamente lo mismo con su barco de juguete. Lord Gort bajó los prismáticos y trató de verlo por sus propios medios entrecerrando los párpados. Por supuesto que el Graf Spee no podía estar surcando el Támesis. Ese barco había sido ya apresado y hundido exactamente un año atrás. Por lo demás, el río no pasaba cerca de Farnham.

Buckley se acercó a él. Contempló el valle cubierto de escarcha y a la helada clase de camuflaje y, a su izquierda, algunas vacas de Jersey pastando la hierba helada.

—¿Señor?

—¿Quién se encargó de eso?

—Los tenientes Maskelyne y Knox.

—¿Maskelyne? ¿Maskelyne el mago?

Knox respondió:

—Eso es señor.

No tenía dudas de que ellos estarían tejiendo redes en Brighton durante toda la guerra.

Lord Gort empezó a contornearse y zigzaguear, y Jasper guardó sus accesorios. Se quedó allí mirando con la inocencia de un político en campaña electoral:

—¿Lo ha pasado bien, señor?

—¿Era un truco, no?

Jasper parpadeó:

—¿Qué esperaba señor? ¿Magia?

El propósito de la demostración no estribaba en despistar al General. Poco después, mientras los de la clase hacían fiesta comiendo costillas y pudin Yorkshire en el Castillo de Farnham, el General interrogó a Maskelyne sobre el potencial real de la magia en el campo de batalla.

—Lo que vi fue un bonito *show* y no lo olvidaré fácilmente, pero las condiciones en una batalla son muy diferentes. No es un escenario, y el público no se quedará tranquilamente sentado.

—Y yo no voy a partir en dos a una mujer ni a hacer desaparecer un piano —le respondió Jasper—. General, yo no pretendo hacer abracadabras. Lo que quiero es aplicar los mismos principios que usamos en los espectáculos de magia al campo de

batalla.

Lord Gort sorbió de su copa de borgoña.

—¿Qué clase de cosas propone?

—Se puede conseguir casi cualquier cosa, también puedo crear equipos allá donde escaseen.

Knox se dio cuenta de que le tocaba a él y dijo:

—En Egipto, por ejemplo.

La falta de hombres y equipamiento que padecía Wavell lo había obligado a detener su ofensiva muy cerca del cuartel general del enemigo en Libia. Los refuerzos y apoyos que había estado esperando habían sido dirigidos a Grecia, y habían dejado que su ejército se cociera en el desierto.

—En todas partes, por el momento —replicó el General, y luego exigió a Maskelyne que le diese detalles.

—Es muy simple —le explicó Jasper—. Una de las cosas que el mayor Buckley nos ha estado enseñando es que una demostración de fuerza puede ser tan efectiva como el uso real de las armas. Se puede obligar al enemigo a responder exactamente como querías que lo hiciera, quizás cambiando la dirección de un avance, con una pausa antes de un ataque, e incluso derrochando su munición en objetivos inútiles. Pues bien, yo puedo crear ese tipo de objetivos. He pasado mi vida entera haciendo que las cosas parezcan precisamente lo que no son. Usted quiere tanques, y yo puedo darle tanques. ¿Ametralladoras?, ¿cuántas quiere?, ¿soldados? Deme sólo cartulina y pegamento suficiente y yo construiré un ejército para usted.

Frank Knox carraspeó para atraer la atención de Jasper, y el mago hizo una pausa.

—Puedo ser eficaz, General, si me dan la oportunidad de serlo.

Gort observó a Buckley, que había asistido a la declaración del mago en aturdido silencio.

—Sin duda alguna ha logrado inculcar la confianza necesaria en sus hombres, Mayor.

—Sí, señor, gracias, señor —respondió Buckley.

Era indudable que el Inspector General había quedado muy intrigado por la propuesta de Maskelyne y le prometió considerarla con todo rigor.

—Pero no hay sustituto posible para las hombres valerosos y las máquinas —les recordó, para añadir a continuación—: a menos, desde luego, que carezcas de unos y otras.

La inspección de Lord Gort concluyó con el acto de graduación, pero había tan larga lista de espera para un puesto allende el mar que los nuevos camufladores se trasladaron a Aldershot donde empezaron a aplicar sus habilidades con una inmensa sensación de frustración.

El Ejército inglés trató de convencer desesperadamente a Hitler de que estaban listos para detener sus planes de invasión, confiando en muchos de los conceptos que Maskelyne le propuso a Gort. Para reemplazar los 100 000 hombres, 120 000

vehículos y 2300 piezas de artillería pesada que se habían perdido en Dunkerque, las fábricas de toda Inglaterra se dedicaron a crear un Ejército de pega. Incontables trapos y soldados de cartón, ametralladoras hechas con panel que creaban sombras reales cuando se deslizaban en reales formaciones para impresionar a la Inteligencia Nazi.

Si los alemanes llegaban, de todas formas pagarían un alto precio en sangre. Los condados de Inglaterra se habían transformado en una trampa letal. Las pocas y valiosas armas pesadas de verdad habían sido cuidadosamente ocultadas detrás de paredes contrachapadas de tabernas y casas con techos de paja construidas precipitadamente. Las ovejas que pastaban en maravillosas praderas que los planeadores podían utilizar para aterrizar, eran en realidad bultos llenos de explosivos potentes cubiertos de piel de oveja y unidos mediante alambres. Otros terrenos que eran campos de aterrizaje potenciales fueron minados, o escondidos por hojarasca artificial. Árboles de treinta pies de alto fueron cortados y ahuecados para guardar dentro armas, trampas para tanques o potentes explosivos y luego se replantaban en lugares estratégicos. Los arbustos de baya —aparentemente inocentes—, podían esconder trampas de elefantes, que no eran otra cosa que hondos hoyos cubiertos de hojas o por una delgada capa de suciedad. En suma, se erigieron falsos poste indicadores que inutilizarían los mapas de antes de la guerra, y los mapas nuevos e inexactos que estuvieran circulando. Las carreteras principales, tal y como se indicaba en esos mapas, terminaban de repente en bosques interminables, y otras carreteras llevaban directa: a unos pantanos. Se secaron numerosos lagos o se cubrieron con redes para acosar a los nazis.

Mientras sus compañeros ayudaban a crear estos escenarios Maskelyne se dedicó a trabajar en su tablero de dibujo. Crear números de ilusionismo para su espectáculo le había gustado siempre más que interpretarlos, y el suelo de su taller en St. George se cubría por completo con hojas de las ideas que iba descartando. Pero ahora, en lugar de ingeniar el modo de incrustar una espada flamígera en el cuerpo de un voluntario a la vista de todo el mundo, tenía que empezar a idear maquinaria bélica. Entre lo que se le ocurrió estaban los globos capaces de portar bombas sobre las flotas de invasión y una ametralladora que disparada desde la orilla distribuyese minas en el agua. También mejoró la disposición de las ametralladoras en las trincheras, y los botiquines, utilizando reflejos como había hecho en la demostración de Farnham, e inventó la «mina pulpo». Se trataba de una mina náutica normal, con ocho largas extensiones de cable que habían sido adheridas al detonador. Una lancha o un barco invasor podía activar cualquiera de esos cables al pasar por encima haciendo explotar la mina. Así aumentaba considerablemente el área protegida por un número muy limitado de minas.

Una tarde a comienzos de enero del año 41, Frank Knox se dirigió a la habitación de Maskelyne y lo encontró muy ensimismado trabajando en la mina pulpo. Miró por encima de su hombro durante unos minutos antes de decir:

—¡Qué espléndido!, Jay, ¡qué maravilla! Durante los últimos meses he estado viéndote lidiar con todas esas ideas tuyas, y deseaba... quería...

Se encogió de hombros.

—¿De dónde han salido?

Jasper empezó a sombrear las minas náuticas. De dónde. Era una cuestión que a menudo se había formulado. ¿Dónde estaba el comienzo de la creación de algo?

—Es una especie de talento —dijo—. Hay gente que tiene una imaginación brillante, otros que son muy buenos expresándose. Yo me limito a ver las cosas de forma diferente a como las ven los demás, y eso es todo.

La respuesta real, bien lo sabía, era que no había respuesta. La creatividad era un don. Las ideas eran los juguetes de los dioses.

—Antes solía tener algunas ideas ingeniosas, ¿sabes? Pero no parece que últimamente se me ocurran demasiadas que sean buenas. —Jasper echó un vistazo por encima de su hombro—. Tienes que trabajar mucho en ellas. Desarrollarlas y darles forma. Lo he estado haciendo toda mi vida. Es el negocio de la familia, ya sabes.

Frank asintió:

—¿Temes que puedas perder eso?

Antes de responder Jasper vaciló, para admitir luego:

—Lo temo cada minuto, Frank. Me aterra pensar en que si lo pierdo, no sabré cómo hallarlo de nuevo. Y no hay mucho que yo pueda hacer al respecto. Intentar mantener viva la creatividad es como intentar pintar en el agua con un rastrillo. Me limito a valorar este don, y tratar de no preocuparme acerca de la posibilidad de perderlo.

—Entiendo. No resulta demasiado divertido, ¿no?

Frank le dio unas palmaditas en el hombro para enseguida dejarlo solo. Pero cuando se marchaba, se detuvo.

—Oh, por poco me olvido de las grandes noticias. Ha llegado la orden. Nos embarcamos la semana que viene.

El mago iba a ir al fin a la guerra.



II

La invasión nazi no llegó a producirse. Día y noche durante todo el invierno, los vigilantes costeros escrutaban el mar vacío, pero la flota de Hitler seguía en las playas francesas. El clima desapacible y tosco favorecía a los ingleses y a sus aliados, y el Canal no ofrecía facilidades. Se consideraba de todo punto improbable que se produjera una invasión antes de que llegase la primavera. Por primera vez en casi un año, Inglaterra podía respirar tranquila.

Por fin había esperanzas. El gobierno de Churchill había tomado el control con firmeza y se dedicó a inspirar un sentido de determinación a la nación. El general Charles de Gaulle contaba con 35 000 soldados franceses y 1000 pilotos dispuestos a la lucha. En el norte de África, los 30 000 hombres de Wavell se imponían en Egipto y el desierto occidental. Y aunque oficialmente los Estados Unidos permanecían neutrales, el recientemente reelegido Presidente, Franklin D. Roosevelt, declaró que su país «debía ser el arsenal de la democracia», un mensaje que sugería que esa ayuda sustancial podía estar disponible.

Así que Jasper Maskelyne y Frank Knox se embarcaron en Liverpool con cierto optimismo. Subieron al transatlántico Sumaria el domingo 19 de enero del 41. Por razones de seguridad, su destino era oficialmente el «Área J», pero dado que habían recibido la orden de equiparse con indumentaria semitropical, la J hacía referencia obvia al norte de África o a Extremo Oriente. La mayoría de los que se embarcaban apostaban por Egipto.

Para asegurar confidencialidad absoluta, se habían cancelado todos los permisos cuando se enviaron las órdenes de embarque. No estaban permitidas las llamadas telefónicas, y las cartas se agrupaban para ser enviadas después de que el convoy ya estuviera a salvo en el mar. En una carta a Mary, Jasper escribió: «Si lees esto es que ya estaré en alta mar. Así que por fin habré partido. Te amo más de lo que hubiera podido esperar amar a nadie». A sus hijos les escribió páginas llenas de deseos en una carta divertida en la que no tenía cabida ninguno de sus temores. Terminaba con la promesa de volver a verlos pronto.

El Sumaria había sido construido para que mil setecientos pasajeros atravesaran en crucero de lujo el Atlántico antes de que empezara la guerra, pero los días como barco de placer habían quedado atrás. En este viaje seis mil militares y sus equipos se

apretujaban en sus cubiertas. El casco negro había sido camuflado con fragmentos de color caqui y pintura azul océano. Treinta y seis ametralladoras Bren se instalaron en cadalsos de hormigón para asegurar sus flancos. La piscina de la cubierta principal acogía ahora una ametralladora antiaérea de 40 mm, y un inmenso lienzo extendido hizo de toldo procurando sombra a toda la cubierta.

No hubo grupos de gente celebrando ni nadie que echara confeti cuando el Sumaria se deslizó silenciosamente en la noche de la bahía, pasando junto a los barcos que mercaban contrabando, junto a los cascos oxidados de viejos armatostes de guerra, transporte o cargueros, alejándose de los edificios oscurecidos de Liverpool, y uniéndose al convoy de veintiún barcos con destino a J.

Para evitar las jaurías de lobos submarinos alemanes, la Armada Real decidió inventarse una ruta para el convoy. Diariamente se establecía el rumbo. Así, el convoy surcó primero hacia aguas de Islandia, luego viró hacia el sur y ancló tan cerca de Nueva York que los hombres a bordo podían ver las luces de la ciudad parpadeando en el horizonte, y luego fueron más al sur, hasta Buenos Aires.

El Sumaria navegó durante semanas. Para luchar contra el aburrimiento a bordo, se ofrecía a las tropas una variada oferta de cursos esotéricos. Jasper enseñó cómo construir réplicas de barcos. Frank Knox impartió lecciones sobre los animales de Oriente Medio. El ingeniero capitán Meter Proud, muy conocido como diseñador de escenarios de cine, hacía demostraciones técnicas de camuflaje individual. También se ofrecían, entre otras disciplinas, clases de arqueología, gusto musical (sin música), cocina racionada, primeros auxilios, historia militar, francés, literatura inglesa, dibujo y redacción periodística.

Rigurosas tablas gimnásticas eran obligatorias tres veces al día. En cada cubierta se instaló un *ring* para boxear donde los soldados podían retarse todas las tardes. Desafortunadamente, se producían más luchas fuera del *ring*, entre los apostantes, que dentro.

Por puro entretenimiento se formó un grupo de artistas ambulantes entre los que había un prodigio del violín que moriría más tarde en el bombardeo de Creta, dos cantantes, un ventrílocuo que había inspirado su imagen en la de Hitler, un mímico, y Maskelyne. Jasper interpretaba una comedia en la que era un mago inepto llamado Nozmo King, que se encargaba de manera poco sutil de recordar que las reglas sobre fumar debían obedecerse.

Después de diecisiete semanas en el mar Maskelyne decidió producir un espectáculo de variedades nocturno. Su propia contribución al *show* sería una improvisada versión de la historia de Aladino en la que lo asistía Frank Knox, quien se ponía de peluca una fregona amarilla para hacer el papel de mujer fascinante. Frotando una linterna del barco, Jasper se convertía en un *djinn* con turbante que flotaba sobre una nube de humo blanco. Este genio concedía tres deseos. A Jasper le gustaba admitir sugerencias del público, y atendiendo a las inevitables peticiones convertía a Knox en una espectral chica *pin-up*, en el pavo de la cena y, la que era la

petición más requerida, en una marmita de la que saldría una inacabable variedad de brebajes.

El capitán Page escribió algunas canciones originales para el espectáculo. Una de ellas impresionó de tal modo a Maskelyne que pidió que la mandaran a sus amigos de Feldman, la casa que editaba discos de música. La canción, titulada «Blancos acantilados de Dover» se convirtió finalmente en un éxito.

Durante los primeros zigzagueos del viaje no trabaron contacto alguno con el enemigo, si bien una noche el Oficial de Cubierta ordenó a la tripulación neozelandesa que dispararan fuegos de aviso a un avión. Después de unos instantes de tenso silencio, uno de los marinos informó que se trataba de un bombardero aliado.

El Sumaria ancló por fin en Freetown, Sierra Leona, África, a principios de marzo. A pesar de que se suponía que el destino del barco era alto secreto, en los muelles del puerto estaban esperando a los hombres grandes sacas de correo. Estaban tan contentos de recibir cartas y paquetes que ninguno de ellos se quejó de la importante brecha en la seguridad del barco. Junto con cartas de Mary, Jasper recibió una cara caja de bombones. La dirección del remitente en el paquete había sido tachada hasta hacerse ilegible, pero dio por hecho que quien se la enviaba era alguien de la familia o algún amigo.

Horas después de que diera cuenta de la caja, su estómago empezó a hacérselo pasar mal con incontables retortijones. Al principio, trató de bromear con el asunto, y le dijo a Knox que seguro que había sido un agente enemigo el que le había enviado el chocolate.

—Más bien habrá sido alguien que haya visto tu *show* —le dijo Knox.

Las bromas cesaron algunas horas más tarde cuando Maskelyne padeció una fuerte subida de fiebre. Cuando el Sumaria volvió a la mar, en Maskelyne se alternaban los periodos de conciencia con los de inconsciencia. El médico del barco hizo lo que estaba en su mano, pero el estado de Jasper seguía deteriorándose. Knox permaneció a su lado poniéndole trozos de hielo sin conseguir rebajar la fiebre. En uno de sus periodos de conciencia Jasper le pidió a Frank que le alcanzara una botella de whisky.

—Estoy tan sediento —alegó.

A regañadientes Knox le llevó una botella de la despensa del barco. Justo cuando Maskelyne daba el primer buche a la botella, entró el Capitán del Sumaria para interesarse por su estado. El Capitán se pasaba nerviosamente la gorra blanca de una mano a otra y evitaba mirar a los ojos a Jasper cuando hablaba. Con voz susurrada agradeció a Jasper sus esfuerzos por divertir a la gente durante el viaje, y afirmó que el doctor le había dicho que se recobraría rápidamente. Jasper asentía a todo mientras trataba de mantener oculta la botella abierta sin que se derramara su contenido. A pesar de su estado de estupor, trataba de no perjudicar la sincera despedida del Capitán sacando la botella de licor.

Después de que el Capitán se marchara se metió ocho tragos seguidos de whisky lo que le condujo a un profundo sueño. Cuando se despertó casi un día entero después Knox todavía estaba junto a él.

—Ya no tienes fiebre —le dijo despreocupadamente.

Jasper gruñó:

—Me va a estallar la cabeza.

—Es mejor eso que estar muerto —le dijo Knox.

Con mirada legañosa miró a los ojos de su amigo.

—Eso es fácil de decir para ti.

Dos días después ya estaba bamboleándose en la cubierta.

Se dio parte del incidente del chocolate al Departamento de Inteligencia y enseguida fue olvidado. Meses después, en una oficina de ese departamento situada bajo un burdel, Jasper se enteraría de que su parte había alentado una investigación más importante que permitió descubrir un círculo de espías del Eje que operaba en Oriente Medio.

Desde Freetown el convoy había puesto rumbo a las Islas Malvinas, cerca de la Antártida, lo que les hizo tiritar dado que sólo llevaban equipaje para los trópicos. Luego fueron de nuevo al norte, por Ciudad del Cabo, hasta alcanzar Durban, en Sudáfrica. El convoy había estado navegando durante tres meses, marchando aprisa alrededor del mundo y evitando todas aquellas áreas donde hubiesen sido avistados submarinos. La tensión en los ánimos a bordo podía cortarse con una cuchilla, y muchos de los barcos empezaron a sufrir daños graves por culpa de peleas y, como señal de mal agüero, por algunos suicidios. Un hombre a bordo del Sumaria se mató bebiendo un frasco de limpiametales, y otro simplemente desapareció y se pensó que se había arrojado al mar.

El convoy pasó rápidamente de Durban a Madagascar, después subió por el mar Rojo hacia el Canal de Suez. Ya no había dudas de que el área «J» era Oriente Próximo, pero la situación allí había sufrido cambios drásticos mientras ellos estaban navegando.

Para salvar a su aliado italiano de una derrota desastrosa en el norte de África, Hitler le había ofrecido a Mussolini ayuda militar. Aunque los italianos no lo sabían, desde 1936 los nazis habían estado entrenando a oficiales para un ejército de élite del desierto en dos enormes invernaderos situados en el distrito de Schleswig-Holstein, en el norte, y en Baviera en el sur. Los soldados vivían dentro de tales edificios bajo condiciones propias del desierto durante semanas sin interrupción. Se le suministraban las raciones de alimentos propias del desierto, se ejercitaban bajo un calor sofocante, dormían bajo un frío que helaba los huesos y entrenaban en un suelo cubierto de arena. Para 1940, la columna vertebral del *Afrika Korps* estaba establecida.

Mussolini no tuvo otra opción que aceptar la oferta. Las fuerzas alemanas estaban oficialmente bajo el mando del general italiano Garibaldi, pero en realidad las dirigía

el General favorito de Hitler, Erwin Rommel, un experto en la guerra con tanques. Dos meses después de llegar al desierto, Rommel se estaba abriendo camino en la historia.

El convoy británico llegó al Canal de Suez justo cuando las existencias de alcohol se agotaban, dando pie a que los hombres se felicitasen de la exactitud de sus cálculos. Pero cuando se disponían a entrar en el puerto de Suez, la aviación nazi bombardeó los alrededores obligándoles a poner rumbo de nuevo hacia el mar Rojo. Pasaría aún una semana antes de que pudieran echar el ancla en Suez.

Los alarmantes informes que habían llegado mientras navegaban no les prepararon para la situación que les esperaba: el Sumaria había navegado hacia el caos y Suez era una ciudad en estado de *shock*. Soldados de todos los ejércitos de la Commonwealth, de todas las divisiones, de todas las unidades —unidades de tanques, artilleros, cocineros, administrativos, ingenieros, militares de cualquier rango— habían abarrotado la pequeña ciudad y se apretujaban sobre su pavimento o vagaban sombríos por las calles. La ciudad estaba presa de la confusión. Sus añejos y limitados servicios públicos no podían atender la afluencia masiva de *tommies*, el sistema de alcantarillado no daba más de sí, y los lodazales de aguas estancadas llenaban las calles de adoquines y los polvorientos callejones. Montones de basura se acumulaban sin que nadie los recogiera y la mayor parte de los transportes públicos había dejado de funcionar. No había suficiente comida ni agua y los servicios sanitarios casi no existían. En Port Tewfik montañas de equipamientos permanecían almacenados en los muelles. Cajas cerradas de raciones, medicamentos, uniformes de verano, latas de gasolina, incluso armas y municiones, se derramaban por los lados de las rampas hechas a mano. En la bahía podían verse, hasta donde alcanzaba la vista, innumerables barcos de carga, fletadores y pequeños acorazados, esperando echar el ancla. Esperando. Esperando como esperaban los soldados en las calles de la ciudad, esperando órdenes que no llegaban.

Las Fuerzas del Desierto, que sólo unos meses antes habían sido el orgullo del Imperio, los treinta mil galantes hombres de Wavell, estaban en una carnicería. La cadena de mando se había roto. Las instalaciones de comunicación habían sido destruidas. Las unidades se habían desparramado confusas por todo el Bajo Nilo.

—Es otro maldito Dunkerque —murmuró horrorizado Frank recorriendo una de las atestadas calles, sintiéndose grotescamente fuera de lugar con su uniforme resplandeciente.

—No —le reprendió Jasper con voz agitada—, es Suez.

Enseguida se unieron a un grupo de oficiales que se encontraba en medio de la calle y les preguntaron qué había sucedido.

Un capitán australiano los escrutó sin fiarse, le dio una larga calada a un maloliente cigarrillo egipcio, luego lo tiró a un charco y lo pisó. Por fin dijo respetuosamente:

—Rommel.

El general Erwin Rommel había aterrizado en el aeropuerto de Castel Benito de Trípoli, en Libia, el 12 de febrero de 1941 para ponerse al frente del Sperrverband, o el destacamento de bloqueo, que tenía la misión de detener el avance británico hacia Cyrenaica. Dos días más tarde llegó el *Afrika Korps*. A lo largo de toda la tarde y durante la noche iluminada de focos un interminable fluido de arrogantes soldados, embozadas piezas de artillería y veinticinco tanques *panzer* pintados con camuflaje del desierto, con gallardetes de la victoria europea coloreando la sombría escena, habían salido de sus barcos para desfilarse por las calles de Trípoli. Fueron recibidos por miles de libios entusiasmados entre los que estaban algunos agentes británicos que trataban de contabilizar el número exacto de fuerzas desembarcadas. Rommel permaneció pasando revista bajo el sol abrasador toda la tarde. Pero su demostración de fuerza no tenía otro objetivo que impresionar a las docenas de espías británicos ocultos en la multitud. En su primera y brillante artimaña llevada a cabo en el norte de África, se las había arreglado para transformar dos batallones en un Ejército completo mediante el simple método de hacer que cada uno de los batallones desfilara y luego desapareciese para colocarse al final del otro batallón y volver a desfilarse.

En pocas horas se le informó a Wavell que un gigantesco batallón alemán había tomado tierra en Libia. Se intensificaron las labores de vigilancia de modo inmediato, pero no pudieron dar prueba alguna de la fuerza alemana. Era como si las fuerzas de Rommel se hubieran desintegrado inmediatamente en la tierra baldía del desierto un momento después de que hubieran llegado.

Un mes después, los oficiales y soldados de la guarnición británica estaban disputando en El Aghelia un partido de fútbol. Los últimos informes de la inteligencia habían notificado leves actividades enemigas en el sudeste, sin que indicasen que hubiese que preocuparse por ellas. El balón salió del terreno y fue a botar tras una pequeña duna, y el cabo primero Richard Duckworth corrió a por ella. Cuando se dirigía de nuevo hacia el terreno de juego miró de reojo por encima de su hombro, y se le heló la sangre. Trató de dar un grito de aviso pero ninguna palabra pudo salir de su boca. Cabalgando por encima de las olas de bruma del calor, un vasto ejército Panzer se dirigía hacia ellos. Aquella noche, los aturdidos jugadores de fútbol habían muerto o habían sido hecho prisioneros o habían logrado huir hacia Mersa Brega. Duckworth sufrió una herida sin importancia en el pie y fue apresado. Mientras contemplaba la marcha de las fuerzas nazis hacia la ciudad, sufrió otro *shock*, pues siguiendo de cerca el desfile de *panzers* venían docenas de tanques de madera montados sobre chasis de coches Volkswagen, seguidos por unos camiones que llevaban instaladas unas escobas mecánicas que levantaban inmensas nubes de polvo.

Una semana más tarde cayó Mersa Brega. La retirada británica empezó a ser vehemente.

Las Fuerzas del Desierto Occidental no estaban preparadas para contener la ofensiva de Rommel. La División de Inteligencia había asegurado que los alemanes no atacarían. La mayor parte de las veteranas tropas de Wavell y sus equipamientos habían sido enviados a Grecia y reemplazados en el frente por soldados llegados recientemente y oficiales sin ninguna experiencia. En los primeros momentos del combate, el comandante de las tropas británicas en Egipto, general O'Connor, y el comandante de las Fuerzas del Desierto, general Neame, se enfrentaron a una patrulla germana resultando capturados. Después de eso, la resistencia británica simplemente dejó de existir.

—Él tiene ese poder especial —les explicó el capitán australiano—. Los *jerries* lo llaman *Fingerspitzengefühl*, es como una especie de sentido en sus dedos que le permite saber cosas antes de que sucedan.

Un teniente neozelandés asintió mostrándose de acuerdo.

—Tiene como una especie de as siempre en la manga para ganar la partida seguro. Si no hubiese sido por los chicos de Tobruk todavía estaríamos corriendo.

La guerra relámpago de Rommel a través del desierto se había detenido a las puertas del puerto de aguas profundas de Tobruk a principios de abril. El *Afrika Korps* había consumido quince toneladas de raciones y agua diariamente, y sus provisiones estaban muy castigadas. Si Tobruk no caía, aquellos efectivos tendrían que cruzar miles de millas de desierto abierto, y ese delgado hilo de vida sería extremadamente vulnerable. Si los británicos escapaban de Tobruk, ellos podrían partirlos por la mitad, lo que aislaría a la mayor parte del *Afrika Korps*. Tobruk se convirtió en la llave de la campaña entera de Rommel.

Wavell se apresuró a reforzar la fortaleza sitiada. El 14 de abril Rommel atacó el perímetro de treinta millas y fue repelido después de una colosal lucha. Dos días después volvió a la carga. Las líneas de defensa fueron divididas en numerosas porciones, pero nunca llegaron a romperse del todo, y Rommel desistió. Su *Afrika Korps*, herido, se quedó clavado a las afueras de la ciudad.

—Es como un buitres sediento, siempre a la espera —dijo el australiano—. Si llega a entrar en Tobruk...

Un joven capitán inglés terminó la frase...

—... espero que tus colegas puedan nadar.

En cuanto Maskelyne y Knox se separaron del grupo, Frank preguntó:

—En el fondo, tú no te crees nada acerca de esos poderes especiales, ¿verdad?

Jasper se limitó a ofrecerle una sonrisa enigmática.

La Comandancia del Ejército en Suez se había instalado temporalmente en una fábrica abandonada. Jasper y Frank se pasaron los días siguientes intentando obtener sus órdenes, pero en la confusión general se habían perdido. El coronel al que Lord Gort había dirigido su recomendación personal se encontraba en algún punto «del Azul», expresión local que significaba en cualquier parte del desierto. Y con los planes bloqueados temporalmente y reemplazados por planes de emergencia, que

estaban por lo demás sujetos a otros planes impuestos por las contingencias, mientras todos esperaban órdenes oficiales, no había oficial de rango suficiente que quisiera hacerse responsable de ellos. De hecho, algunos de los regulares consideraban vergonzosa la mera presencia de Maskelyne en la zona de guerra. Sabían bien que de Rommel no podrían burlarse con triquiñuelas de *music hall*, y no entendían como el Ejército Británico había consentido encargárselas a Maskelyne.

Un alto rango consideró que debía deshacer el entuerto enviando a Maskelyne y a su colega a Grecia, pero el día antes de que se lo ordenara cayó la resistencia griega. Si el personal de administración hubiera sido más efectivo, Jasper y Frank hubieran llegado allí justo para ser apresados. Salvados de eso, siguieron deambulando por Suez.

El calor asfixiante, las inmundicias, las moscas incansables y el repiqueteo interminable agigantaron la frustración de Jasper. La irritación se enroscó en su interior como una serpiente, y se sintió como si sólo estuviera a un paso o a una palabra mal dicha de estallar en una crisis. Por fin estaba lo suficientemente cerca de la batalla como para poder escuchar los truenos de las artillerías resonando en la noche del desierto, aunque ahora se sentía más inútil de lo que era en Londres. En casa, por lo menos, podía sentir que daba apoyo moral. Pero en Suez, no era más que otro oficial del montón sin función asignada, otra boca que alimentar, otro número que evacuar si se confirmaban los rumores de retirada.

Todo ello aplastaba su ego. Después de vivir en el centro del escenario, le resultaba difícil aceptar una butaca entre los espectadores. Incluso durante el trayecto hasta allí, su banal pantomima le había granjeado una mínima celebridad. Así que después de ocho días de espera en la fábrica donde estaba la Comandancia, ya había tenido suficiente. A falta de órdenes, oficialmente les habían asignado «ningún lugar», así que eran libres de marcharse donde quisieran. Le dijo a Knox que recogiera sus cosas, y pusieron rumbo a El Cairo.

Las ochenta y tres millas de camino entre el mar Rojo y el Bajo Nilo estaban atascadas de tráfico militar y refugiados. Los campesinos egipcios caminaban sin preocupación entre ambos lados del camino, cargando con sus pertenencias en carretillas de madera, o en burros, o en fardos que portaban sobre sus cabezas. El conductor del *jeep*, un cabo de suministros, les contó que aquellos que iban por la derecha huían del ataque alemán que se esperaba sobre el Cairo, mientras que los que iban por la izquierda eran simpatizantes nazis o pordioseros que se dirigían a la capital para tratar de encontrar alguna casa abandonada por los que iban por la derecha.

Maskelyne, sentado en el asiento del copiloto, observaba las dispersas olas del desierto. Entre Suez y El Cairo daban la sensación de ser tan apacibles como las del océano en verano. Pero incluso en la calma de aquel día de primavera, partículas de polvo arenoso acibillaban sus ojos, sus oídos y sus labios, y se metían en su boca y en su nariz y bajo sus ropas, recordándole incesantemente su brutal poder.

El desierto aparentaba bondad, parecía incapaz de brutalidad, de crimen paciente; pero lo era. Y Jasper se había dado cuenta hacía mucho, en un viaje por Egipto a principios de los años treinta: había aprendido que todo lo que uno hacía estaba predeterminado por la atmósfera del desierto. Le habían contado historias de hombres que habían ido a dar un paseo por las pequeñas dunas y nunca más volvieron, o de grandes caravanas que desaparecían sin dejar huella, o de coches que se desorientaban unas pocas yardas y perdían el camino trazado para ser engullidos por el desierto. Le contaron que después de cinco días de Khasim, la gran tormenta del desierto, los beduinos, la tribu de los nómadas, perdonaban a un hombre que matara a su mujer; y después de ocho días, perdonaban que matara a su camello.

Frank interrumpió las ensoñaciones de Jasper con un estornudo.

—Espero que no sea alergia —dijo jovialmente. Resultaba muy reconfortante abandonar el desierto para ingresar en la primavera de El Cairo. Palmeras verdes y olivos y almendros se bamboleaban sensualmente en los bulevares anchos. Bramaba el tráfico en kilómetros y kilómetros, y los conductores de las limusinas, y coches-chatarra, y taxis, y autobuses, y camiones y vehículos militares de todo tipo hacían sonar sus bocinas como si fuesen timbales. Los vendedores ambulantes ponían a la venta con gritos horribles cualquier cosa, desde escobas volantes hasta drogas duras. Los perros gañían en los barrancos. Cualquier tienducha, cualquier café tenía una radio que en alta voz ofrecía el estallido de la música árabe desde diferentes emisoras en una competición de volúmenes. El pavimento estaba atestado de soldados que vestían sus limpios uniformes, y de soldados sirvientes que parodiaban esos uniformes, y de egipcios con sus chilabas, y de hombres de negocios europeos con sus trajes de sastre, y de mujeres vestidas al modo oriental o según la última moda de Occidente. La intensa normalidad que imperaba en la ciudad desmentía el hecho de que Rommel y su *Afrika Korps* marcharan hacia ella.

Al anochecer, Maskelyne y Knox ya se habían instalado en un casi desmoronado edificio de apartamentos a las afueras de Sharia Kasr el Nil, y Jasper se había colocado en la ventana de su habitación contemplando cómo El Cairo se sumergía en la noche. Una alfombra de resplandeciente polvo dorado se asentaba apaciblemente. En la lejanía, los minaretes de las elegantes mezquitas parecían lanzas preparadas para acuchillar al cielo incendiado. Entre los edificios, podía verse un fragmento del Nilo, y unas cuantas barcazas, unas falucas danzando con la brisa del anochecer. De repente, al otro lado de la calle, un resplandor hizo visible un apartamento. Luego, a su derecha, otra ventana se encendió. Justo detrás, las luces de la ciudad empezaron a relucir. Las señales de neón empezaron a destellar. Los coches y camiones encendieron sus faros. La conflagración de luces le sobrecogió, y tardó un instante en recordar que Egipto no estaba oficialmente en guerra, así que el apagón eléctrico no tenía por qué afectarle. Después de dieciocho meses de oscuridad en Inglaterra, donde encender una cerilla en la calle por la noche se consideraba un acto de alta traición, y después de los tres meses a bordo de un barco que avanzaba en la

oscuridad después del atardecer, la visión de una gran capital iluminada en una noche normal fue ciertamente deslumbrante.

Para celebrarlo cogió su pipa del bolsillo de su chaqueta y la encendió, dándose el lujo de mantener la cerilla encendida hasta casi quemarse los dedos.

A la mañana siguiente, armado con la arrogancia de la honestidad, se dirigió al complejo de grandes edificios en el suburbio de Garden City donde se había instalado el Cuartel General para Oriente Medio del Ejército Británico. Después de mostrar su identificación al centinela, fue al edificio de «Columnas Grises», el corazón del complejo, determinado a conseguir que las autoridades militares le prestasen atención. Había gastado ya demasiado tiempo esperando en demasiados pasillos, rogando por su suerte a demasiados oficiales insignificantes. Nadie le había hecho caso, lo habían ninguneado y apartado. Esta vez no iba a rendirse. Esta vez o salía del Cuartel General con un encargo preciso o se lo llevaban a un consejo de guerra.

El edificio «Columnas Grises» había sido antes la elegante mansión de un pachá, un multimillonario egipcio, pero el Ejército Británico había conseguido convertirlo en un edificio de oficinas. En el *hall* se había instalado la oficina de recepción, atendida por un cabo a cuyos lados formaban dos boinas rojas o policías militares.

—Soy el teniente Maskelyne —se presentó Jasper extendiendo su identificación—. Me gustaría ver a alguien que sepa algo sobre camuflaje. Mis órdenes fueron expedidas...

El Cabo contrajo el rostro como si intentase afeer un hecho ilusorio. Luego chasqueó los dedos y sonrió encontrando la solución:

—Maskelyne, claro.

Se puso a hojear los papeles que cubrían su mesa hasta que encontró lo que estaba buscando.

—El mismo —dijo mostrando una carpeta manila.

—Sabía que había visto su nombre en alguna parte. El coronel Beasley le estaba aguardando. Supongo que querrá verle inmediatamente.

Condujo a Jasper hasta un corredor amarillo que llevaba a la escalera principal.

—Piso primero y a su derecha, 207-D.

El gordo coronel Beasley, uno de los numerosos directores de operaciones, recibió a Maskelyne como si fuese una especie de primo rico.

—Gracias al cielo que está aquí —barboteó estrechando enérgicamente la mano de Jasper—. Necesitábamos desesperadamente a un mago.

Maskelyne se había preparado para luchar afanosamente por conseguir cualquier tipo de tarea, así que esta inesperada y cálida recepción le hizo estar precavido, pero la efusiva bienvenida de Beasley le aclararía las cosas: lo estaban esperando para que les ofreciera un espectáculo de magia a las tropas. Le sentó fatal y dijo con absoluta frialdad:

—Perdóneme, mi Coronel, pero ahora soy un soldado.

—Sí, sí, claro, lo sé, no tiene por qué sentirse ofendido. Pero comprenda,

Maskelyne, que justo en este momento lo que mejor nos viene es un mago. Mire aquí.

Beasley cogió su puntero y extendió sobre la mesa un extenso mapa de todo Oriente Medio. Numerosos puntos de colores tachonaban el mapa representando las unidades de combate que habían sido derrotadas en el centro, y una sinuosa línea negra, negra como una banda de luto, había sido pintada sobre aquella zona, ensanchándose al este de El Cairo hacia el Canal, a través de Palestina y Transjordania, hasta llegar a Siria, Turquía y más allá.

La línea negra, según explicó Beasley, era la ruta prevista para la evacuación en caso de que la retirada se hiciese absolutamente necesaria.

—Como puede ver claramente —siguió, trazando la ruta con su puntero— esto nos lleva directamente a territorios árabes. Me temo que eso nos llevará a otra refriega.

Con té y pasteles, explicó la situación. El Imán de la tribu de los derviches, un líder anciano y reverenciado, había amenazado con declarar la *yihad*, o guerra santa, si uno sólo de los soldados británicos ponía un pie en territorio derviche. Se trataba de un problema grave. El Imán era una especie de Dios para sus muy bien armadas gentes, y si se le dañaba de cualquier forma sus fanáticos seguidores se encargarían de hacer realidad su amenaza. Y si no se le convencía de que retirara su amenaza, la columna de evacuación se colocaría al alcance del criminal fuego árabe.

Jasper oyó las explicaciones de Beasley con suma atención, pero no se percató de cómo podría su magia ayudar a solventar ese problema.

—El Imán asegura que posee poderes mágicos auténticos —siguió el Coronel—. Así que pensamos que quizá usted pueda visitarlo y tratar de convencerle de que sea un buen aliado. De un mago a otro, o algo así. Métele todos los embustes que hagan falta, a esa gente les gustan las cantinelas pegadizas. Bueno, ¿qué opina?, ¿puede ayudarnos?

Maskelyne titubeó. La magia de los maestros espirituales del Medio Oriente tenía miles de años de antigüedad. Gracias a ella, habían controlado civilizaciones enteras. Su abanico de trucos no soportaba comparación con eso. Al Imán no iba a impresionarle demasiado el truco de los interminables lazos de seda dado que sus cánticos eran capaces de mover un muro de piedra. Pero Jasper sabía que no le quedaba elección. El Ejército estaba dándole al fin una oportunidad de poner a prueba sus capacidades, y ahora no podía negarse. Respiró profundamente, y dijo:

—No puedo prometer nada.

Después de resumirle detalladamente a Maskelyne cuál era la situación, el coronel Beasley lo acompañó a la escalera principal. Por todas partes pasaban ceñudos oficiales que iban de un despacho a otro.

—Si nada funciona —dijo sombríamente Beasley— ofrézcale dinero. Si los alemanes les están pagando, nosotros les daremos más. Sencillamente no podemos arriesgarnos a que nos causen más problemas de lo debido. Buena suerte.

Jasper ensayó un saludo que hubiera conseguido que el mayor Buckley se

enorgulleciese.

Al día siguiente, 26 de abril, mientras el *Afrika Korps* se preparaba para tratar de tomar otra vez Tobruk, y en el Cuartel General se daban órdenes de que se destruyesen todos los documentos comprometedores a los oficiales destacados en El Cairo, Maskelyne marchó a Damasco, Siria. Iba vestido con chaqueta de civil y el último par de elegantes pantalones que le quedaba de sus actuaciones en Hall, y no pudo por menos en reparar en lo irónico que resultaba que su primera tarea como uniformado le exigiese que no llevara uniforme.

En cuanto formó parte de la muchedumbre que copaba una clamorosa calle bíblica llamada Rectitud, esperando contactar con un agente británico de paisano, un muchacho sirio le pidió que le diese unas monedas. Jasper ignoró al muchacho, como le habían aconsejado que hiciera, y siguió buscando a su contacto. El muchacho lo siguió a cauta distancia a través del mercado. Una vez que se libraron de las multitudes, el muchacho se acercó de nuevo a Jasper, pero esta vez para dirigirse a él en perfecto inglés:

—Buenos días, teniente Maskelyne.

Jasper paró en seco y observó al muchacho. Era imposible que tuviera más de ocho años.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó.

El muchacho lo miró con unos ojos de más edad.

—Tenemos nuestro servicio de inteligencia —dijo, y añadió—: Se me ha encomendado que le lleve, así que por favor, vamos.

Sin esperar respuesta, se puso en marcha.

Maskelyne titubeó, pero después decidió seguirlo a través de un laberinto de estrechas callejuelas hasta que, al final de una de ellas, llegaron a un carruaje de cuento tirado por dos sementales. El muchacho abrió la puerta del carruaje y le dijo a Maskelyne que entrara.

—El Príncipe le está esperando —dijo.

Respetuosamente Maskelyne subió, y la puerta se cerró tras él. El Príncipe. ¿Qué príncipe? No tenía idea de a qué se había referido aquel niño, y ya era demasiado tarde para hacer preguntas. Los caballos tiraron del carro y se alejaron a buen paso de la ciudad. Espió a través de los cortinajes intentando percibir la ruta que estaba haciendo, pero el carruaje dio incontables vueltas y le hubiera sido imposible determinar qué camino había seguido. Dejaron atrás el mercado, el aviso de «Fuera de los límites», subieron por anchas calles y bajaron por callejones tan estrechos que los árabes tenían que meterse dentro de los portales para permitirles pasar.

Sus temores crecían con cada calle que dejaban atrás. No tenía idea de dónde lo estaban llevando ni siquiera de en qué tipo de vehículo iba montado. Una cosa era arrostrar los predecibles peligros de la batalla, y otra muy distinta encontrarse solo entre los fanáticos derviches. Los relatos acerca de sus rituales bizarros habían conmovido los corazones de las gentes en los civilizados círculos europeos. Más de

una persona inocente había desaparecido en ellos. En ese momento deseó de todo corazón haberse equipado con una pistola de verdad en vez de con todos aquellos cachivaches de mago que llevaba en su maleta.

El carruaje paró finalmente junto a un montón de puertas arqueadas en un, por otra parte, sólido muro alto de estuco. La puerta del carruaje fue abierta desde el exterior, y un árabe barbudo ordenó:

—Dese prisa.

Jasper saltó fuera del carruaje para entrar en otro mundo.

Las puertas fueron cerrándose con pestillo tras él, apaciguando el estruendo de las calles, y de repente Jasper se encontró en el sosegado patio de una gran mansión. Un extenso árbol de granadas ofrecía su sombra en una esquina, y allí estaba sentado un árabe que interpretaba dulces melodías con su flauta. En otra esquina un grupo de mujeres con velo se dedicaban a hilar. En el centro del patio había una fuente que salpicaba un estanque de lirios con formas treboladas, y encumbrando la fuente se encontraba la más admirable escultura que hubiera visto nunca.

Dentro de lo que parecía ser una inmensa rueda de madera, cuatro mujeres sentadas en silencio ocupaban la posición de los cuartos en el reloj mientras la fuente lentamente movía la rueda. Jasper supuso que esta extraña escultura humana tendría algún significado religioso, y supo con toda seguridad que por fin se encontraba entre los derviches.

Mientras seguía al barbudo sirviente a través del patio tuvo la desasosegante impresión de que desde arriba alguien le estaba observando, pero después de fijarse en todas las ventanas de las paredes del interior no pudo descubrir a nadie. Entraron en una amplia habitación, iluminada por la brillante luz solar que llegaba allí atenuada por vidrieras de catedral. Al fondo de esa habitación un elegante trono se elevaba sobre un pedestal, y sobre él estaba sentado un hermoso anciano de pelo blanco vestido con una larga túnica blanca. El guía se inclinó ante él y luego retrocedió hasta marcharse.

Maskelyne avanzó por la habitación sintiendo que le temblaban las piernas. A unos seis pies del trono se detuvo sin tener idea de qué era lo adecuado entonces. Saludó respetuosamente y se presentó:

—Teniente Maskelyne, del Cuerpo de Ingenieros de Su Majestad la Reina de Inglaterra.

El anciano hizo un gesto.

—Tunante Maskelyne —le dijo con voz raspada—, soy el Príncipe Hassan. Un placer conocerle. ¿Ha escoltado alguna vez el mío nombre?

Jasper pensó que en su mente se producía un distante eco, pero no podía eliminarlo. Se dio un par de golpecitos en la cabeza y dijo:

—Lo lamento.

—No tiene importancia. Debe saber que conocí bien al suyo padre. —Jasper se quedó pasmado mientras el Príncipe le contaba una historia que ya había oído hacía

muchos años en una conversación alrededor de una chimenea—. Yo estaba con Lawrence en la campaña turca.

Durante la Primera Guerra Mundial el coronel T. E. Lawrence, el famoso Lawrence de Arabia, había pedido al Gobierno británico que le proporcionasen magos que pudieran vivir entre las tribus nómadas como hombres santos. Nevil Maskelyne había amaestrado a tres árabes, a un francés y a un inglés en las artes del hechizo. Equipado sólo con unos cuantos juegos de mano y algunos instrumentos tecnológicos que no conocían en aquella parte del mundo, aquellos hombres consiguieron convencer a las tribus que ellos eran santones ascéticos, extraños hombres sagrados a los que a menudo se les atribuían poderes sobrenaturales. Podían revelar el futuro, usando para ello información que convenientemente les suministraba Lawrence. Después se ganaban la confianza de las gentes del desierto con sus predicciones seguras, y profetizaban que cualquiera que sirviera a los turcos habría de sufrir la ira de Alá. Poco a poco, los turcos fueron perdiendo todo el apoyo de los nativos.

Dos de aquellos magos desaparecieron en el desierto y nunca más se supo de ellos. Su destino seguía siendo un misterio.

Cuando el Príncipe Hassan terminó de contar su historia, Jasper murmuró unas cuantas frases bobas. Pasaron a sentarse en un habitáculo para fumar lleno de almohadones blanco donde un criado les preparó un narguile, una pipa de hachís. El Príncipe pidió excusas a Jasper por haberle hecho «entrar por la puerta de atrás», y argumentó que el Imán estaba residiendo en aquella mansión y tres hombres de su guardia personal se encontraban en la puerta principal.

—Las relaciones entre mi familia y los líderes derviches pueden rastrearse a través de muchos siglos —siguió explicándole—. Hay confianza entre nosotros, y respeto. El Imán ha aceptado reunirse contigo porque yo se lo pedí y hay cosas que no pueden rechazarse fácilmente, pero él no desea que se sepa que ha recibido a un hombre blanco, sobre todo si ese hombre es inglés.

Educadamente Jasper rechazó el hachís y encendió su propia pipa.

—Pero ¿por qué está en contra de nosotros?

Hassan se encogió de hombros.

—Quizás por algo que sucedió hace muchos años y que no ha olvidado. Sus motivos carecen de importancia. Como decís los ingleses, la pistola a veces se dispara sin que haya una razón.

—¿Puede ser que los alemanes le estén pagando?

—Sí, pero no con dinero. Tiene más dinero del que necesitará nunca. Si ellos le están pagando, lo están haciendo murmurándole al oído promesas de cuánto poder le otorgarán cuando la guerra haya terminado.

Maskelyne se llevó las manos a la cabeza aturdido.

—¿Cómo he de negociar con un hombre como él?

El Príncipe Hassan dio una profunda calada a su pipa y saboreó el humo antes de

responder.

—El Imán no es un hombre educado. No oírás argumentos de lógica ni le agradarán las zalamerías. Sin embargo hay algo: el Imán cree de veras que su magia es más poderosa que la de cualquier hombre blanco. Y desde que supe que Maskelyne vendría aquí, he estado hablándole de tus habilidades. —Sonrió tímidamente y agregó—: Me parece que he llegado a enfurecerlo hablándole de tus condiciones. En cualquier caso, debes convencerle de que tus poderes son similares a los suyos. En otro caso me temo que... —se llevó las manos a la cabeza y su voz se apagó.

El encuentro entre Occidente y Oriente aromaba la habitación en tanto Jasper trataba de imaginarse con cuál de sus números iba a enfrentarse a la magia derviche. Sería necesaria una actuación impresionante para derrotar al Imán, y él sólo estaba preparado para hacer un *show* que contentara a los niños. A regañadientes fue sacando sus instrumentos de la pequeña bolsa en la que los llevaba y deslizándolos en sus bolsillos.

Poco tiempo después entró un criado para anunciar que el Imán ya se había despertado y estaba listo para recibir al visitante.

Jasper consultó con la mirada del Príncipe. Hassan lucía una sonrisa benefactora.

—Sé audaz, Maskelyne. No consientas que se burle de ti. Tú también posees los secretos verdaderos de la magia.

—Vale —le dijo Jasper, expresión que atesoraba más confianza de la que de veras sentía. Luego se puso en pie y se dirigió a aquel combate de magos. Siguió al criado por interminables corredores tentándose en los bolsillos para estar seguro de los lugares en los que había ocultado sus instrumentos. No debería haber llevado nada en las mangas, pero finalmente había sido capaz de poner algo fuera de sus bolsillos.

El largo trayecto le ofreció tiempo para que fortificara su confianza. Los trucos del Imán serían sin duda alguna espléndidos, pero seguirían siendo trucos. Era vital que no perdiera de vista eso. La creencia de toda la nación derviche en los poderes del Imán no podían cobrar entidad real en su interior. La familia Maskelyne había gastado una considerable fortuna buscando pruebas de la magia verdadera sin conseguir otra cosa que leves pruebas de que tal cosa existiera.

Su corazón batía con fuerza. Estaba a punto de enfrentar su ilusionismo con uno de los pocos hombres que en el mundo habían conseguido auparse al poder gracias a su magia. Y en tal contexto el nombre de la familia Maskelyne iba a servirle de poco. Había llegado la hora de actuar a solas.

El Imán le estaba aguardando en la esquina de una habitación. No había nada en las impolutas paredes blancas, y sólo una pequeña lámpara arrojaba algo de luz. El líder derviche era mucho más bajo de lo que Jasper había esperado, y bastante más viejo. Su cara curtida estaba llena de arrugas como un baqueteado mapa del desierto y cubierta por una película de pelusa gris. En lugar de los tradicionales hábitos de los líderes religiosos, vestía una blusa de satén verde y pantalones blancos, iba tocado

con un casquete de terciopelo, y calzaba sandalias: parecía el tipo de místico oriental que aparece en las comedias de Noel Corward. Parecía de pésimo humor cuando llegó Maskelyne, y lo saludó con una salva de palabras ásperas.

El criado inmediatamente le hizo una reverencia, y Jasper lo imitó inclinándose todo lo que pudo.

—Dile que lamento mucho haberlo hecho esperar —pidió—. Y dile que no lo considere como una señal de falta de respeto.

El criado así lo hizo, y Maskelyne echó un vistazo a la habitación. Sus ojos experimentados se percataron de que todo había sido cuidadosamente preparado para aquel encuentro. La mayoría de los objetos comunes habían sido colocados en distintas posiciones a las habituales. Una maceta de arcilla cubierta de polvo y sin planta había sido puesta fuera del alcance de la luz del sol que penetraba a través de la única ventana de la habitación. Un armario cuyo propósito era imposible de discernir se había dejado en una esquina. Una afilada lanza estaba apoyada en la pared. Una alfombra oriental, quizá cubriendo una escotilla, había sido puesta de mala manera en el centro de la estancia. Jasper pensó que apenas sería capaz de crear la sombra de un cordel transparente que colocase en la moldura de la base de la pared. No le cabía duda sobre aquel punto: la habitación había sido trampeada.

El criado tradujo la petición de perdón de Maskelyne, lo que pareció, momentáneamente, apaciguar al Imán. Luego el anciano mandatario respondió, a través de su intérprete:

—He oído acerca de las muchas maravillas que sabes hacer, y me honra tu presencia.

Pero el tono de sus palabras, como si no cesara de reñirle con hostilidad, desmentía lo que le estaba diciendo. Jasper se limitó a asentir, y luego mintió:

—La grandeza de vuestros poderes es conocida por el mundo entero.

El Imán hizo una mueca que expuso las muelas que tenía entre los dientes, y habló otra vez. Cuando terminó de hacerlo, el criado lo tradujo.

—Dice el Imán que lamenta que un hombre con tan grandes poderes como los que usted tiene haya hecho un viaje tan largo para verle, pero no hay nada que él pueda hacer para cambiar la... la... la situación. No se permitirá a ningún soldado pagano poner pie en territorio derviche. No se trata de la voluntad del Imán. Es la voluntad de Alá.

El criado hizo otra reverencia. Y Jasper volvió a imitarle. Y el Imán también hizo una reverencia.

—Seguramente debe ser algún compromiso —respondió Jasper cuando el traductor terminó—. Pregúntale si no hay ningún modo de que mi gente pueda mostrar todo el aprecio que nos merece la generosidad y comprensión del Imán.

El enjuto anciano escuchó pacientemente, y de repente empezó una amarga diatriba antibritánica, expresándose con tanta rapidez que el criado no pudo hacer otra cosa que resumirla.

—No le gustan un pelo los británicos —explicó.

—Ya me doy cuenta. Pregúntale por qué.

Pasando por alto esa cuestión, el Imán siguió lanzando amenazas con la misma fuerza con la que la fuente del patio lanzaba agua.

—Dice el Imán que los problemas de los británicos con alemanes e italianos no son asunto suyo. Dice que si un solo soldado mancilla el sagrado suelo árabe, declarará la guerra santa.

Jasper contó que la retirada proyectada, que probablemente ni siquiera tendría lugar, no significaba peligro alguno para los árabes, a quienes los británicos consideraban hermanos.

—Sin embargo —repitió— mi gobierno está preparado para mostrar el alcance de su respeto.

El Imán decidió poner término a la discusión dirigiéndose ágilmente hacia la maceta. Se colocó delante de ella y empezó a mover los brazos y a cantar. Maskelyne lo contempló fascinado. Después de un rato, el anciano se calló. Un débil pero florecido naranjo en miniatura brotó de la maceta.

Jasper ya había visto antes ese truco. Y mejor realizado. Se trataba de un claro ejemplo de cómo sacarse un arbolito de la manga de una blusa podía ser considerado una demostración de magia inspirada por la divinidad. En respuesta a ese número, Jasper sacó su pipa del bolsillo, chasqueó los dedos para hacer fuego, y con el fuego en las yemas encendió la pipa. Si eso era lo mejor que un faquir podía hacer, pensó, él también podía ciertamente prenderse fuego.

Los ojos verdes del Imán lo escudriñaron con furia. Extendiendo sus manos para mostrar que estaban vacías, las colocó después sobre sus ojos. Luego, muy confiado, las mostró otra vez. Un huevo se había materializado en cada mano.

Miraba los huevos como si pudiera romperlos gracias a la intensidad de la mirada, y luego, violentamente, golpeó uno contra el otro. Una paloma surgió de aquel golpe: El Imán la soltó y la paloma voló vibrante hacia una viga del techo.

Jasper se sentía bastante seguro de sí mismo. El Imán difícilmente hubiera merecido que alguien pagara una entrada para verle en St. George's Hall con aquellos trucos tan básicos. Para responder a la paloma, sacó un pañuelo de muchos colores del bolsillo de su pantalón. Lo fue metiendo lentamente en su puño cerrado y cuando abrió la mano, una mariposa de maravillosos colores voló hacia la puerta de la estancia y desapareció por el pasillo.

El Imán respondió haciendo que se alzara un pequeño jarrón situado en la cima del armario.

Maskelyne se sacó un montón de baratijas de la boca.

El Imán se puso ante el armario y empezó a hacer gestos con una mano. Lentamente la mano tiró hacia su cuerpo y en cuanto lo hizo, la puerta del armario chirrió abriéndose como si estuviese manejando un hilo. Pero no había ningún hilo visible. Se detuvo y la puerta paró de moverse. Dio palmadas y la puerta se cerró de

un portazo. Jasper se dio cuenta que el hilo que abría y cerraba la puerta estaba atado a la sandalia del Imán, o a la punta del dedo del pie, que estaban escondidos bajo la alfombra oriental.

Jasper disfrutaba del duelo. La pequeña habitación de blancas paredes impolutas resultaba un extraño campo de batalla, pero su cuerpo se vivificaba con aquella mezcla de alborozo y miedo que, según había oído, sienten los soldados que entran en combate. Aunque la pretensión de batallar con aquellas artimañas que ambos hombres conocían y no eran más que simples trucos de espectáculo, era realmente hacer magia, parecía tan ridículo como a los sofisticados occidentales le parecería hacer una guerra con pistolas de agua. Ilusiones similares a aquellas que estaban siendo interpretadas en aquella habitación habían capacitado al Imán y a sus ancestros para gobernar a un gran y supersticioso pueblo durante incontables décadas.

¿Cómo contestar al truco del armario? Al anciano no le iban a impresionar más juguitos de pañuelos, por muy eficazmente que fuesen realizados. Las cartas no eran aconsejables. Trucos de cuerdas, demasiado obvios. Recordó entonces la pistola que llevaba en el cinturón. ¿La Bala Mágica?

El Imán se estaba impacientando.

Jasper se escondió una bala mientras buscaba en su bolsillo una hoja de afeitar. Las cuchillas le darían ocasión de preparar lo de la Bala. Después de hacerse un corte en la muñeca para probar que las cuchillas estaban afiladas, abrió la boca y se tragó seis. Después de engullir la última, se masajeó el estómago como satisfecho de la excelencia de su comida.

Luego abrió la boca y empezó a tirar de un hilo de algodón para sacar las cuchillas que se había tragado.

El Imán tomó una de las cuchillas para comprobar cuan afilado estaba el borde del metal, y airadamente la arrojó al suelo. Con arrogancia Jasper le sonrió:

—Me alegra que le haya gustado.

El criado prefirió no traducir eso.

El Imán se dirigió hacia la alfombra y extendió sobre ella sus brazos. Comenzó a elevar las manos, y la alfombra, completamente rígida, se alzó del suelo. Jasper buscó alambres en el techo pero no los encontró. Dio unos cuantos pasos hacia atrás aparentemente fascinado. El Imán había conseguido que la alfombra se elevase hasta la cintura. Jasper estaba, en efecto, impresionado. A pesar de que el número de la levitación y quizá también el de la puerta del armario eran obra de un ayudante oculto, la ilusión conseguida era muy efectiva. Siguió retrocediendo hasta apoyar la espalda en la pared. El Imán, sólo con su mirada penetrante, había elevado la alfombra a la altura del pecho. Jasper empezó a hacer un agujero pequeño en la pared con una de las cuchillas, recogiendo los diminutos fragmentos de estuco en la palma de su mano. Cuando el agujero fue lo suficientemente profundo, metió dentro la bala. Si el número de la Bala no fallaba, estaba convencido de que superaría al número de la alfombra flotante.

El Imán hizo aterrizar la alfombra oriental en el suelo. Maskelyne asintió admirativamente. Luego buscó bajo su camisa y sacó la pistola de pega. El Imán lo malinterpretó y se echó hacia atrás temerosamente.

—Oh, no, no, no tiene de qué preocuparse —le dijo Jasper, pero el anciano no pareció entenderle. Parecía que sus ojos, mirando la pistola, iban a salirse de sus órbitas. Cuando el Imán iba a gritar pidiendo auxilio a sus guardias, Maskelyne, muy astutamente, dirigió el cañón del arma a su propio pecho. El líder derviche se tranquilizó, pero mantuvo las distancias y observó con precaución. Maskelyne cogió seis cartuchos de su chaqueta y cargó la pistola. Alzó abierta la mano izquierda mientras sostenía la pistola con la derecha a unas ocho pulgadas del centro de la palma de la otra mano, respiró profundamente, cerró los ojos, hizo una mueca y disparó.

El traductor sintió que le flaqueaban las rodillas y se puso a rezar.

Jasper se examinó la mano izquierda. Aparte de una fea señal roja en el centro de su palma, no parecía que hubiera más daño. Aparentemente la bala había atravesado la mano. El Imán se dirigió hacia la pared, pero Maskelyne se le adelantó e hizo el *show* exagerado de sacar del estuco la bala que antes había colocado. Se la mostró al Imán para que la inspeccionara y le dijo:

—Un recuerdo de mi actuación.

El Imán dio un manotazo y tiró la bala al suelo. Su cara estaba marcada por la furia y empezó a murmurar en tono gutural. Jasper se dio cuenta de que quizá había ido demasiado lejos. El Imán lo apuntó con un dedo y empezó a chillarle histéricamente. El criado, petrificado, traducía en una voz temblorosa.

—El Imán, el gran Imán dice que es usted un impostor. Debe irse ahora, y llévese consigo... llévese consigo su furia. Pero antes de que se vaya el Imán desea mostrarle verdadera magia... que usted no olvidará jamás.

A Maskelyne le castañetearon los dientes. Su misión había dado en chapuza. Su maldito ego lo había echado todo a perder.

El Imán agarró la larga lanza de acero y la alzó para apuntar a su cabeza. Luego cerró los ojos y comenzó a interpretar un canto monótono e hipnótico. Cuando terminó de hacerlo, abrió los ojos y observó a Maskelyne. Sin apartar la mirada del mago frustrado, fue bajando la lanza y colocando su punta sobre su propio estómago. Luego lo miró con ternura, como si le diese pena la ingenuidad del hombre blanco. En aquel instante, sus intenciones se le aparecieron a Jasper horriblemente claras. De repente dio un grito espeluznante y corrió hacia la pared.

—¡No! —exclamó Jasper, y trató de detenerle.

El extremo romo de la garrocha chocó contra la pared incrustando la punta afilada en el frágil cuerpo del anciano. Gimió al ser ensartado por la lanza, que había atravesado el vientre y cuya punta salía por la espalda de su blusa de satén. Jasper quedó paralizado, sus manos detenidas y heladas en el aire. El criado cayó de rodillas, llorando. Maskelyne temblaba. Ahora creía en las leyendas. Años antes había oído

este cuento diabólico: los críos varones nacidos de altos clérigos eran ceremoniosamente agujereados con sumo cuidado para no afectar a ningún órgano vital, a la manera en que a las mujeres europeas se les agujereaban los lóbulos de las orejas. Los críos que sobrevivían llevaban una cicatriz a través de la cual podrían introducirse objetos afilados en el cuerpo. No había creído en aquel cuento bárbaro, pero ahora estaba ante la prueba de que era verdad.

No era magia en el sentido tradicional del término, pero resultaba sin lugar a dudas el número más impresionante que hubiera visto nunca. Ninguno de sus trucos de escenario podía competir con eso.

El criado tradujo con sollozos de idolatración.

—He aquí magia que el hombre blanco nunca podrá hacer, dice el Imán. Dice que así como su cuerpo está agujereado, lo estarán los de los soldados británicos que se atrevan a pisar suelo árabe. —Hizo una pausa para hacer un ruego urgente—: El Imán desea que usted le saque la lanza.

Jasper trató de ocultar su desaliento. Había sido golpeado. Si se ordenaba la retirada, la sangre de los británicos anegaría la arena del desierto. Todo lo que podía hacer era esperar a que las cosas no fueran tan catastróficas y rogar para que los defensores de Tobruk resistieran los embates de Rommel. Agarró con fuerza el extremo de la lanza y tiró. La lanza se deslizaba con dificultad. Jasper la movía y daba tirones y la lanza se movía unas pulgadas más. El Imán sudaba y gruñía, pero no parecía que aquello le estuviera doliendo. Liberó la lanza al ritmo de una pulgada a cada tirón, como si se estuviera sacando un grano de pus. En la fase final, los últimos centímetros salieron con facilidad resbalando del cuerpo del anciano.

Jasper la levantó en peso incómodamente y la examinó. Qué raro, pensó, no hay rastro alguno de sangre. Miró la camisa del Imán. Tampoco allí había rastros de sangre. De repente, algo empezó a hormiguar en su memoria. Se trataba de algo... algo que había oído en cierta ocasión. Otra de las historias que contaba su abuelo. Los detalles eran muy borrosos, pero recordaba fragmentos de aquel relato. Un mago que trabajaba en el *music hall* en el siglo pasado, haciéndose pasar por brujo del desierto, había alcanzado un gran éxito con un número de ilusionismo similar en las ciudades de provincias, pero había sido condenado por fraude en Londres. Su truco sólo era un cinturón de cuero.

El Imán colocó su mano sobre su herida y triunfalmente sermoneó a Maskelyne. Jasper, obedientemente, entregó la lanza al líder derviche y, cuando el anciano la recogió, Maskelyne, como sin querer, tocó el costado del Imán. El anciano dio un salto hacia atrás como si lo hubiera tocado la mano del diablo, pero ya era demasiado tarde: Jasper había sentido algo mucho más firme que la carne. Era el mismo truco del *music hall*. Había sido interpretado perfectamente y había logrado ser absolutamente creíble, pero no era más que una vieja atracción de teatro de variedades. Después de tantos años sobre el escenario, después de innumerables actuaciones, había caído en una trampa. Hizo grandes esfuerzos para conseguir que

sus labios no se estiraran en una sonrisa o para romper en una carcajada.

El Imán empezó a chacharear, pero Maskelyne ignoró al charlatán, tratando de decidir qué era lo próximo que tenía que hacer. No podía mejorar el truco de la lanza, ni le quedaban artefactos para hacer nuevos trucos, pero era consciente de que había algo mucho mejor que un acto de ilusionismo: y eso era el *bluff*.

Se volvió al criado y le dijo:

—Dile al Imán que no me ha impresionado su estúpido truco.

El traductor quedó boquiabierto antes de rogar:

—Yo no puedo, por favor...

—Díselo. Díselo o tendré que informar al Príncipe de que me has desobedecido.

El hombre, anestesiado por el pánico, llevó su mirada al suelo y sin levantarla tradujo el insulto de Maskelyne. Cuando terminó de hacerlo se encogió como si no pudiera esperar otra cosa que un golpe iracundo del gran hechicero.

La mirada del Imán hirvió de odio precipitándose hacia Maskelyne. Maskelyne plegó sus brazos en actitud desafiante. Luego ordenó en voz alta:

—Dile que sé muy bien que lleva un cinturón de cuero, y dile que sé muy bien que la lanza no ha hecho más que incrustarse en su faja.

El traductor sólo llevaba traducidas unas cuantas palabras cuando el Imán lo detuvo. Igual que el invierno degenera en primavera y ésta da paso al verano, su mirada fue suavizándose hasta quedar vidriada. Respondió con una voz tierna y respetuosa. El sorprendido intérprete tartamudeaba lo que decía el rendido Imán.

—Dice... dice que es usted un gran mago.

Jasper asintió afectuosamente.

—Dice que ha pasado usted su examen. Que pertenece usted al más alto de los círculos.

Jasper sabía que lo había conseguido. El viejo hechicero no podía arriesgarse a ser acusado de fraude ante su gente. Si lo descubrían, su poder, basado en la superchería...

—... el de los grandes hombres que deben mantener vínculos de amistad...

Jasper se dirigió al Imán entonces:

—Sé que el Imán recibirá en sus tierras a mis compatriotas, que le respetan como yo lo respeto, y los proveerá de alimento y agua si ello fuera necesario.

El Imán sabía que no le quedaba elección. Los dos magos se dieron la mano y se prometieron eterna lealtad, aunque ninguno de ellos pudo mirar a los ojos al otro.

Jasper salió de allí, se dirigió victorioso a su habitación, lleno de regocijo: había cumplido con su misión. En mitad del pasillo se agachó para recoger su mariposa mecánica.

Esa noche el encantado Príncipe Hassan le obligó a que se lo contara todo tres veces seguidas. Hassan no hizo caso del espectáculo de danzarinas y reía cada vez con más fuerza con el relato de Maskelyne.

—Mucho me temo que mi pobre intérprete no se recobrará jamás —dijo, y la

imagen de aquel hombre sombrío echado de rodillas le hacía renovar sus carcajadas hasta que éstas le provocaban lágrimas.

Jasper durmió a pierna suelta después de comprobar que lo custodiaba la guardia del Príncipe Hassan. Partió a la mañana siguiente saliendo por la puerta trasera. Dado que al cruzar el patio lo acompañaba el Príncipe, quiso saber qué significado religioso tenía el anillo de madera. El Príncipe lo miró sorprendido. Luego entendió.

—Oh, ya veo, las misteriosas prácticas derviches. Bien, amigo mío, yo creo en las supercherías tan poco como tú. El anillo es un experimento mío. Estoy convencido de que podría averiguar el equilibrio exacto de pesos en relación con la energía generada por el agua de la fuente. Puedo generar con ello una máquina que permanentemente esté en movimiento. Desafortunadamente, eso es todo...

Jasper fue devuelto a la realidad de la guerra en el mismo carruaje de cuento infantil.



III

El debut de Maskelyne como mago de la guerra se produjo justo a tiempo. A las 6.30 de la tarde, hora de Egipto, del 30 de abril, mientras los defensores de Tobruk salían de las trincheras encubiertas en las que se habían defendido del calor sofocante de la jornada, el *Afrika Korps* lanzó repentinamente su más feroz ataque. Tras los aullidos de bombarderos Stukas que se lanzaban en picado y una barrera de artillería masiva, los tanques *panzer* hacían un agujero de tres millas de ancho y dos de hondo en el perímetro sudoeste. Sólo la heroica resistencia de las tropas comandadas por el general australiano Leslie Morshead, apodado «el Implacable», impidió que Rommel se hiciera con el mando de la ciudad aquella misma noche.

En el Cairo, desde «Columnas Grises» se preparaba la evacuación de Egipto. Cientos de vehículos de transportes fueron enviados al área de acción. Se distribuyeron raciones de comida, se llenaron los depósitos de agua y se sellaron. Las mujeres y el personal administrativo recibieron órdenes de que empaquetaran sus pertenencias y se prepararan para ser evacuados. El 2 de mayo, agentes británicos en Siria informaron de que el Imán de los derviches había retirado su amenaza y se prestaba a ofrecer colaboración. Con el corredor de huida finalmente abierto, ya no quedaba más que esperar el final de la lucha en Tobruk. La retirada comenzaría cuando la ciudad se rindiese.

A la espera de la inmediata batalla que habría de librarse en el Nilo Bajo, los precios de las mercancías almacenadas subieron vertiginosamente, y se pusieron por las nubes en los mercados. Los europeos tenían que vender sus coches para obtener el dinero en metálico que les ofrecieran. Los dueños de las tiendas empezaron a poner los letreros en alemán, pero temporalmente los mantuvieron ocultos bajo sus mostradores. Y los jóvenes oficiales Gamal Nasser y Anwar el-Sadat, pertenecientes al movimiento anti-británico dentro del Ejército egipcio, se reunieron en secreto para preparar la bienvenida a los alemanes.

La lucha por el imprescindible puerto de aguas profundas de Tobruk transcurrió sin cese durante cinco días y sus noches. El 4 de mayo, ambos ejércitos habían sufrido muchísimas bajas y pérdidas. El *Afrika Korps* había perdido mil soldados y era incapaz de imponerse, mientras que las tropas de contraataque de Morshead se encontraban ya demasiado mermadas como para rematar a su enemigo. Finalmente,

sus superiores ordenaron a Rommel que se atrincherase, y los británicos botaron el «Transbordador de Tobruk», un suministro nocturno que llegaba de la bahía de Alejandría empleando barcos ligeros de la Armada Real y destructores australianos. El sitio de Tobruk había comenzado.

Por primera vez se había detenido a Rommel. Su leyenda creciente había quedado deslucida. La amenaza inmediata al Delta del Nilo había sido aliviada. Los europeos se vieron obligados a recomprar sus coches a precios inflados, los mercados volvieron a proveer sus almacenes y los mercaderes tiraron sus letreros en alemán. Los oficiales de las fuerzas del desierto occidental se sentían seguros haciendo planes para asistir a las carreras de caballos o a los partidos de *cricket* en la encantadora isla Gezira. De nuevo se volvía a la guerra de costumbre.

Oliendo el aroma a sangre de Rommel, el primer ministro Winston Churchill apremió al general Wavell a que lo atacara antes de que el *Afrika Korps* se reforzase. Wavell vaciló, a sabiendas de que sus tropas serían incapaces de realizar una ofensiva definitiva hasta que un convoy naval no descargase doscientos tanques que habían sido enviados desde Inglaterra (se trataban de tanques Matilda especialmente confeccionados para el desierto). Pero para ablandar a Churchill se mostró de acuerdo en que era crucial la «operación “Brevedad”», un ataque limitado que planeaba asegurar un área importante del desierto desde la cual poder más adelante lanzar un ataque mayor.

No había sitio para un mago en esa ofensiva. El coronel Beasley se mostraba encantado del éxito de Jasper Maskelyne en su misión en Damasco, aunque en el fondo le molestaba que el mago se negara a contarle cómo se habían realizado aquellos trucos de ilusionismo. Si bien Beasley estaba fascinado con el potencial que podía tener la magia en la guerra, se dio cuenta de que los demás militares encontrarían ese apoyo totalmente absurdo. Por tanto, en vez de emprender una inútil batalla contra las tradiciones, consiguió el consentimiento de Maskelyne para que formara parte de su propia unidad, sugiriéndole que ello supondría librarlo de las tareas habituales en el Ejército. Para corresponderle, Jasper se prestó a producir algunos espectáculos en los que él intervendría como número principal para distraer a las tropas británicas en Egipto.

Oficialmente, la unidad fue denominada «Sección Experimental de Camuflaje» y fue puesta bajo el mando del mayor Geoffrey Barkas, jefe de camuflaje en el Oriente Medio. De manera no oficial se le encomendó a Maskelyne que tratara de crear algunos de los inverosímiles trucos de ilusionismo que a menudo había propuesto. En la primera semana de mayo, Jasper y Frank Knox se establecieron en el suburbio de Abbasia en el Cairo, a una distancia suficiente de las «Columnas Grises» como para pasar totalmente desapercibidos. Knox puso en marcha la mecánica del rumor que recorrería toda la cuenca del río desvelando que Jasper Maskelyne estaba formando una unidad sin parentesco alguno con las que integraban hasta ahora el Ejército. Para hacerse el interesante, el profesor aclaraba que no entrarían en combate, que no tenían

que formar a las horas programadas, que no habría inspecciones, y ningún oficial regular del Ejército podría embrollar sus actividades. Él se encargaría en persona de que todo esto llegase a ser verdad.

Maskelyne trataba de atraer a hombres a los que no se les había permitido que desarrollaran sus labores habituales en el Ejército y cuyas iniciativas creativas no habían podido encontrar un lugar fuera de sus fantasías. El acatamiento de la disciplina no se encontraba entre sus exigencias. La gente que necesitaba no tenía por qué saber cómo marchar o hacer un saludo: lo que se precisaba es que tuvieran ideas y éstas pudiesen ser puestas en práctica.

En el día acordado setenta y dos hombres se presentaron voluntarios. Algunos iban sólo movidos por la curiosidad, pero a la mayoría lo que les movía era la necesidad: sencillamente no se encontraban a gusto en los lugares en los que habían sido destinados. Entre ellos se encontraba un realizador de películas de acción, un perfumista, un óptico, un árbitro de *cricket*, un dibujante de tebeos, dos políticos y un sargento que aseguraba que tenía la capacidad de leer la mente. Knox, educadamente, rechazó al Sargento diciéndole:

—Entonces no tengo que explicarle por qué no podemos contar con usted.

Después de entrevistar a todos los candidatos, cinco de ellos recibieron la oferta de ser trasladados a la nueva «Sección Experimental de Camuflaje». Jasper había decidido que el grupo inicial fuese muy reducido para que fuera más manejable, a sabiendas de que podría aumentar fácilmente sus efectivos cuando fuera necesario.

Al primero que reclutó Maskelyne fue al soldado de primera clase Michael Hill, guía de infantería que había descrito su ocupación civil como «hacer cualquier cosa que haya que hacer si alguien está dispuesto a pagar por ella». Tenía veinte años y era guapo y de tipo rudo. Era fuerte y pasaba del uno ochenta: daba la impresión de que un montón de clavos de acero habían sido metidos en un saco donde habían sido esculpidos para cobrar las proporciones adecuadas. Sus maneras eran bruscas, pero regidas por el deseo de complacer, y sus ojos verdeazulados resultaban hermosos bajo el pelo color arena que llevaba mucho más largo de lo que se permitía.

—¿Qué significaba eso exactamente? —le preguntó Frank Knox.

Hill tomó una larga bocanada de aire. Le gustaba discutir con oficiales.

—Bien, señor, —sacó pecho— lo que significa exactamente es que en ciertas ocasiones yo tomo prestadas algunas cosas de modo permanente. Un par de zapatos, una bicicleta. Soy un oportunista. Sea como fuere, es eso lo que me ha traído hasta aquí. Era o esto o el asilo.

El joven soldado se había expresado con una audacia y osadía que encantaron a Maskelyne. La vida no había sido nunca un paseo grato para aquel joven, Jasper lo sabía, pero él se había batido con solvencia para defenderse. Si bien Knox no se sentía cómodo, la sección necesitaría de gente tenaz para realizar el trabajo sin pararse a respetar los procedimientos y las formas, y Hill ciertamente parecía esa clase de tipo que no se detiene ante algo por culpa de las reglas.

Hill explicó que había llegado a Egipto a comienzos de abril pero que todavía no lo habían asignado a ninguna compañía. La unidad a la que en principio fue destinado había sido puesta fuera de combate en el ataque de Rommel y no había vuelto a reorganizarse.

—Resulta divertido: yo estoy aquí pero la compañía a la que pertenezco no está. Es la primera vez, que yo sepa, que un ejército deserta de un soldado.

Knox miró fijamente a Maskelyne cuando éste apuntó el nombre de Hill en su lista. Había hombres que tenían la habilidad de afeer el más hermoso de los días, y Knox tenía la deprimente impresión de que aquel soldado pertenecía a ese grupo de hombres.

El carpintero Theodore Albert Graham, apodado *el Clavos*, estaba tratando de arreglar el depósito de un tanque cuando oyó el soplo, o rumor, sobre la unidad de Maskelyne. Se encaminó inmediatamente a Abbasia. Graham odiaba trabajar en «los féretros de hierro», con el argumento de que «yo fabrico cosas, no las arreglo». Como Jasper, Graham pertenecía a la tercera generación de una saga familiar dedicada orgullosamente a un mismo negocio. «Trabajar con la madera es un arte, como pintar o colorear vidrios», explicó, para completar: «Trabajo con las manos y con la mente, como hacen los pintores. La única diferencia entre lo que ellos hacen y lo que hago yo, es que las cosas que yo hago sirven para algo».

Clavos era un tipo corpulento, que también sobrepasaba el metro ochenta de altura, de rasgos rotundos y un corte de pelo corriente. Aunque sus hombros eran lo suficientemente extensos como para dar la sensación de que podía haber llevado sobre ellos a todo el ejército de Wavell, lo que más impresionó a Maskelyne fueron sus manos. Eran colosales, llenas de callos, pero extrañamente sus dedos muy largos eran también delgados y finos. Dedos inesperadamente delicados. Tenía las manos de un obrero y los dedos de un artista. Knox pensó en él como en una herramienta que les reportaría mucho provecho.

Jasper sabía que *Clavos* iba a ser un fichaje vital para su sección. Una cosa era idear grandiosos planos e inventar armas increíbles y otra muy distinta ponerse a fabricar artefactos que tuviesen un perfecto acabado. Graham podría encargarse de la producción.

Los planos a partir de los cuales la gente de Graham tendrían que ponerse a trabajar los realizaría William Robson, un artista pacifista cuyas viñetas, antes de la guerra, se publicaban a menudo en la revista satírica *Punch*. Maskelyne conocía el trabajo de aquel artista de veintinueve años, y le gustaba su habilidad para transformar rápidamente en rudas viñetas cualquier tipo de instrucciones.

Bill Robson era alto, aproximadamente metro noventa, y tan delgado que cuando caminaba parecía que diversas partes de su cuerpo estaban operando con independencia unas de otras, y que, vagamente, se movían en la misma dirección. A esto se agregaba el hecho de que su vista era muy deficiente, y aunque llevaba lentes correctoras muy gruesas, caminaba adelantando mucho la cabeza como si estuviese

tratando de descubrir ante él objetos con los que pudiese chocarse. Siempre parecía estar en peligro de arremeter contra cualquier cosa que se interpusiese en su camino.

Durante la entrevista, Knox quiso saber cómo era posible que un pacifista como él se hallase en medio de la más salvaje de las guerras. Robson respondió en una voz tan tenue que Jasper tuvo que pedirle que la alzase.

—No era mi intención estar aquí —dijo— y no quiero herir a nadie. Pero menos todavía quisiera convertirme en un alemán.

Fue la única vez en la que se pusieron en cuestión sus creencias pacifistas.

El único artista de prestigio en el grupo original era el cabo Philip Townsend, un pintor que principalmente se había dedicado al óleo.

—Sé todo lo que hay que saber acerca de los colores —dijo— conozco los pigmentos, sé cómo mezclarlos y sé trabajar duro.

Preguntado por sus razones para ser transferido a aquella unidad, les dijo:

—Quiero formar parte de este grupo porque mi Mayor es el campeón de los bestias. Todo lo que sabe es mandar a fregar suelos y matar alemanes. Queréis matar a un nazi con una fregona, él es el tío adecuado para hacerlo. No se puede aprender demasiado de él. Así que si me dejáis quedarme y me dejáis que haga mi trabajo solo, todo irá bien y realizaré todos vuestros encargos obedientemente.

Townsend tenía en sí toda la esencia del narcisismo de los artistas. Sus rasgos oscuros, hermosos y mediterráneos estaban faltos de cualquier asomo de calidez, de manera que parecían esculpidos en mármol romano. Maskelyne quiso saber cómo se le daba trabajar con otros hombres.

—Sin problemas —respondió—, me basta con que me dejen realizar mi trabajo en paz. No estoy aquí porque yo quiera ni estoy aquí para hacer amigos.

Aunque Jasper era renuente a meter en la lista al hosco artista, Townsend era el único candidato con el conocimiento suficiente acerca de pintura y perspectiva, y su colaboración podría llegar a ser muy útil. Cuando su cuaderno de dibujos confirmó su talento, se decidió a concederle una oportunidad.

—Será más llevadero después de una temporada —predijo Jasper esperanzadamente.

Knox lo ponía en duda.

—Es el único tío que he conocido que tiene que pedirle una cita a su cara para poder sonreír.

El sargento Jack Fuller fue uno de los pocos soldados regulares que se presentaron para optar por un puesto. Fuller se había alistado al cumplir veintiún años y había servido durante diecinueve años, los últimos siete en Oriente Medio. Después de pasar la mayor parte de su carrera lamentándose de haberse perdido la Primera Guerra Mundial, se encontró atrapado en un almacén de suministros en este conflicto. Su respeto a las reglas y procedimientos, tanto como su licencia para conducir vehículos militares, lo convirtieron en alguien muy valioso para su oficial de mando, quien se negó a concederle permiso para ser transferido a otra unidad. Cuando Fuller

oyó que Maskelyne tenía vínculos con el Cuartel General, se puso su uniforme, tan almidonado que al caminar hacía un muy audible *shush*, y fue a pedir una entrevista.

Aunque Fuller estaría tan fuera de lugar en aquella nueva unidad como una ballena en mitad del desierto, Jasper se dio cuenta de que su conocimiento de la ciudad de El Cairo, de los dialectos locales y de los procedimientos militares serían de extraordinaria ayuda y se mostró de acuerdo en iniciar el papeleo para que se le transfiriera a aquel hombre.

—Nos gustaría contar con usted, si podemos hacer que eso sea posible —le dijo, extendiendo su mano para felicitarle. Fuller permaneció en posición de firme, estirando sus hombros hacia atrás hasta que un hombro estuvo a punto de tocar al otro, y saludó elegantemente.

—A sus órdenes —gritó.

Jasper le devolvió el saludo marcial como un borrego. Después el sargento Fuller completó un perfecto giro completo y marchó militarmente para alejarse de allí. Knox preguntó con desdicha:

—¿Cómo vamos a permitir que el Ejército se meta dentro de nuestra unidad?

En cuanto la oficina del coronel Beasley procesó sus instancias, los cinco elegidos se trasladaron al campamento de Abbasia y se prepararon para empezar a trabajar. Cualquier petición para suministros y ayuda debía ser realizada por los canales habituales al Cuartel General —no había ningún atajo en esos canales para una unidad que iba a dedicarse a crear trucos de magia. En otra parte y en otra época, algunos oficiales jóvenes podían haber deseado encomendar algún trabajo menor a Maskelyne, pero con los alemanes a una sola batalla de distancia de allí, el solo hecho de pensar en el valor de la ayuda de un mago resultaba todavía más improbable que en la tranquila Farnham.

Una vez más Maskelyne asaltó las «Columnas Grises». Como antes, su fama se volvió contra él. Nadie lo tomaba en serio. Los pocos oficiales que aceptaban recibirlo le solían pedir que les hiciera algunos trucos sólo para divertirse un rato.

Iba a ser una época complicada para los nuevos miembros de la Sección de Camuflaje. Mientras alrededor todas las unidades se preparaban a conciencia para la operación «Brevedad», ellos pasaban los días sentados frente al horizonte hablando y bronceándose, y contando cuidadosamente el número de moscas que cazaban.

—Sólo contamos las muertas —dijo Hill después de terminada la competición.

Frank Knox carraspeó disgustado.

—¿Culpa nuestra o de ellos, Frank? —le dijo muy serio Hill.

Jasper trató lo mejor que pudo de sosegar a sus hombres.

—Sé que estáis ansiosos por empezar a trabajar —les dijo—. Creedme, también yo lo estoy. Somos una rama nueva y lleva tiempo que se corra la voz de que estamos aquí. Hemos de ser pacientes.

Y para apoyarle Knox completó:

—Y recordad que Roma no se construyó en un solo día.

—Desde luego no si el Mariscal Graziani tuvo que ver en su construcción —
intervino Robson.

Los hombres pasaban el tiempo conociéndose los unos a los otros, enterándose de a qué se habían dedicado, midiendo el sentido del humor de los demás, comparando experiencias, y así fue estableciéndose una especie de ruda camaradería. No estaban haciendo nada, pero al menos no lo estaban haciendo juntos. El rígido Hill se convirtió en el bromista del grupo mientras que *Clavos* Graham se convirtió en el serio maestro de obras. En contra de su apariencia frágil, Bill Robson demostró ser un voluntarioso participante en cualquiera de las patochadas que Hill proponía, y de vez en cuando se convertía él mismo en instigador de tales patochadas. Fuller, convertido en administrador del regimiento, entabló una batalla perdida de antemano por conseguir que se contemplaran las reglas y apariencias de la disciplina militar dentro del grupo. Sólo el pintor Townsend las respetaba, dejando en cualquier caso bastante claro que le importaba muy poco lo que los demás pensarán de él.

Aunque sus conversaciones podían tratar cualquier tema del abanico de intereses de los hombres, lo común es que versaran sobre la guerra y sobre las mujeres. Ninguno de ellos era un entusiasta partidario de Churchill como Comandante General, pero estaban de acuerdo en que su deber patriótico les exigía apoyarle. En cuanto a las mujeres, no era fácil que llegasen a un acuerdo.

—Un hombre necesita que detrás de él haya una mujer fiel —declaró con firmeza una tarde Fuller—. Eso es lo natural.

—De acuerdo —intervino Hill—, traigámosle su cena en una bandeja. Os diré algo: dadme a elegir entre una mujer y un coche, y elegiré el automóvil siempre.

—No piensas eso de verdad —le dijo Graham.

—Sí que lo pienso —replicó Hill— así es. Según yo lo veo un automóvil te llevará adonde quieras ir, mientras que una mujer te dirá donde quieres ir.

Después de que se apagaran las risas, Robson se lamentó:

—Hablar con Hill es como hablar con una pared, sólo que con la pared, de vez en cuando, podrías tener la sensación de que puede responderte.

—No me malinterpretéis, amo a las mujeres —le corrigió Hill, y luego añadió con voz lechosa—... tanto como está a mi alcance, en cada oportunidad que ellas me dan.

Townsend prefirió mantenerse callado. Si era posible estar solo formando parte de un grupo de siete hombres, él lo estaba. En raras ocasiones, voluntariamente, ofrecía alguna mínima noticia acerca de sí mismo. Estaba casado con una muchacha de pelo oscuro y tenían un bebé. En cierta ocasión les mostró a los demás una fotografía de su mujer y su hijo. Fue el momento en que se mostró más amable. La mujer era muy bonita. Sostenía al bebé en los brazos delante de una casita blanca. Ninguno de ellos sonreía. La mujer parecía posar a disgusto por cumplir con una obligación. Cuando le llegó la foto que iba de mano en mano, Knox la miró y la alabó educadamente, pero

sabía que no era el tipo de recuerdo que un hombre suele llevar consigo a una guerra.

El 10 de mayo, mientras Maskelyne estaba otra vez en «Columnas Grises» rogando porque se le asignase alguna tarea a la Sección de Camuflaje, y sus hombres se pasaban el día entre burlas, tuvo lugar uno de los más extraños acontecimientos de la guerra. Rudolf Hess, reputado líder del Partido Nazi y segundo en la línea de sucesión de Hitler, salió del aeropuerto de Ausburgo y voló en un Messerschmitt especialmente equipado 110 millas a través del mar del Norte hasta Pettersfield, cerca de Glasgow, Escocia, para tratar de llegar a un acuerdo y firmar un tratado de paz entre Alemania e Inglaterra. Capturado después de que se arrojara en paracaídas de su avión siniestrado, dijo que su nombre era Alfred Horn, pero enseguida admitiría su verdadera identidad.

Al principio Churchill se negó a creer que el piloto de aquel avión era el líder del Partido Nazi. Le dijo a su ayudante mientras se encaminaba hacia la habitación del cinematógrafo:

—Incluso en caso de que sea Hess, ahora voy a ver una de los Hermanos Marx.

Incluso después de que se confirmara la identidad del Reichsführer, el Primer Ministro no se tomó en serio su propuesta de paz. Hess fue internado como prisionero de guerra.

La respuesta de Hitler a este extraño episodio fue ordenar a la Gestapo que arrestara a todos los astrólogos y ocultistas alemanes y prohibir todas las formas de adivinanzas, los horóscopos y los negocios de supersticiones.

En los días siguientes al anuncio de la captura de Hess, todo el mundo en Egipto hizo cabalas para intuir el sentido de aquella acción. La respuesta de Hitler indicaba claramente que aquel vuelo tenía su base en algún indicio astrológico, lo que hizo que la gente se preguntara acerca de las relaciones entre los nazis y el ocultismo. Maskelyne fue inmediatamente acosado con preguntas, dado que los oficiales relacionaban inmediatamente el negocio de la magia con lo paranormal y daban por hecho que el mago debía ser un experto en ambos temas. De hecho Jasper era un experto en ocultismo y en lo paranormal, dado que tanto su abuelo como su padre habían gastado fortunas desacreditando leyendas y mitos, pero él sabía muy poco acerca de la importancia que los nazis le daban al misticismo. En realidad, nadie lo sabía.

Desde la meteórica toma de poder de Hitler con la simbólica esvástica del Partido Nazi, se había especulado sobre la importancia de la magia y el ocultismo en el movimiento nacionalsocialista. No había duda de que el Partido Nazi hundía sus raíces en la secreta y cuasi-ocultista Sociedad Thule, un movimiento antisemita y anticomunista, o que muchos de los miembros de la jerarquía del partido creían en las artes místicas. También se sabía con certeza que Hitler tenía considerable conocimiento de las magias negra y blanca y del ocultismo, pero si creía de veras en tales poderes o simplemente los usaba para manipular a los demás parecía no haber obtenido una respuesta suficientemente satisfactoria.

Hitler creía en el uso de las fuerzas oscuras para alcanzar sus objetivos, y el mago Jasper Maskelyne no tenía homólogo en el rango nazi. Pero después de que el Ejército Alemán invadiera Austria en 1938, el Führer se pasó muchas horas a solas en una habitación con la Lanza del Destino, la lanza que supuestamente utilizó el soldado germano Longinus para atravesar el costado de Jesucristo y poner fin a su sufrimiento. Era obviamente consciente de la leyenda que aseguraba que el hombre que poseyese la lanza regiría los destinos del mundo, y decidió trasladarla en secreto del Palacio Horfburg para ponerla en una cámara acorazada ubicada bajo las calles de Nuremberg.

Antes de la guerra, los Servicios Británicos de Inteligencia habían informado de que el Führer empleaba a cinco astrólogos y no tomaba nunca una decisión importante sin consultar con ese grupo. La Oficina de Guerra ordenó a Ludwig von Wohl, un famoso astrólogo alemán que había emigrado a Londres en 1935, que tratara de infiltrarse en ese círculo. Se le pidió al Capitán Von Wohl que tratara de predecir qué tipo de vaticinios darían estos astrólogos a Hitler. En los más oscuros días de 1940 aseguró que los alemanes no invadirían Inglaterra, señalando que los otros astrólogos verían que la posición de las estrellas no era favorable. Más tarde, ya en plena guerra, editó una revistilla de astrología que contenía propaganda subrepticia, pero la Inteligencia Alemana descubrió fácilmente este fraude.

Aunque se sabe poco acerca de los astrólogos de Hitler, la existencia de ese grupo no resulta sorprendente. La creencia en la magia y en los poderes sobrenaturales es una constante en la historia de Alemania. En el siglo vi las trescientas autonomías del Sagrado Imperio Romano torturaron y quemaron más de 100 000 personas acusadas de practicar brujería. Entre los métodos de tortura que se empleaban destacaba el «taburete de la oración», un escaño rectangular con afilados clavos. Se obligaba al prisionero a arrodillarse sobre él hasta que confesaba su crimen. Una vez que se acusaba a alguien, resultaba vano que se resistiese. Un oficial de la ciudad de Bamberg escribió a su hija que había confesado por el aviso de su compasivo carcelero que le había dicho: «Invéntate cualquier cosa, pues no podrás soportar la tortura que van a aplicarte... Una tortura seguirá a otra hasta que confieses que has hecho brujería».

Al terminar la Primera Guerra Mundial todos los especímenes de practicantes de las artes ocultas podían ser encontrados trabajando exitosamente en cualquier parte de Alemania. Los alemanes derrotados estaban deseosos de encontrar cualquier cosa que les aportara una solución a sus problemas sociales y económicos. Hipnosis, clarividencia, lectura del tarot, lectura de manos y particularmente la astrología, florecieron en esa época, y los médiums más conocidos eran capaces de llenar hasta los topes grandes salas con sus demostraciones. Los actos de telepatía recorrieron la nación, y grandes anuncios prometiendo hechos milagrosos decoraron las paredes de las principales calles de las ciudades.

Era también muy común la creencia en fenómenos esotéricos como el I Ching, el

vudú y la alquimia. El general Erich Ludendorff, Comandante del Ejército Alemán en la Primera Guerra Mundial, trató de conseguir oro a partir de metal común. Otro militar de alto rango aseguró que había descubierto un rayo capaz de desintegrar aviones y tanques. Una línea de barcos de vapor despidió a un empleado de la compañía por el examen de un grafólogo que había descubierto en los trazos de su letra cierta inclinación a la traición. Una carretera que comunicaba Hamburgo y Bremen fue escrupulosamente evitada por culpa de ciertos «misteriosos rayos» que supuestamente emanaban de Milestone 113. Un mago que aseguraba ser capaz de ponerse en comunicación con el espíritu del Canciller Otto Von Bismark, y que curaba cualquier enfermedad aplicando queso blanco, consiguió atraer a seguidores suficientes para fundar una ciudad. En Hanover, un carnicero llamado Fritz Arman fue condenado por actos de vampirismo. Después de golpear a algunos jóvenes hasta matarlos, vendía su carne en su tienda. Y en una villa pequeña a las afueras de Mannheim, un granjero mató a su mujer después de que un hechicero de la zona la acusara de haber embrujado al ganado de la granja familiar.

Adolf Hitler se aprovechó de la necesidad de creer en fuerzas sobrenaturales de los alemanes, y creó el Movimiento Nacional Socialista. El símbolo del Partido Nazi, la esvástica, había sido usado por muchas civilizaciones como un amuleto de buena suerte o como un símbolo de fertilidad. Los colores del Partido, rojo, blanco y negro, eran los de las vestimentas de los sacerdotes de la ocultista religión de los maniqueos. Las SS que daban nombre a los soldados de élite del partido fueron diseñadas siguiendo el estilo del mítico alfabeto rúnico. Los oficiales de los campos de concentración nazi lucían la insignia de las cruces de huesos y la calavera del diablo.

Todo este simbolismo sólo reflejaba las creencias de los más altos oficiales del Partido. Heinrich Himmler, Reichsführer de la aterradora SS y el segundo hombre con más poder en la Alemania Nazi, creía que él era la reencarnación del rey alemán del siglo X Enrique I, *el Cazador de aves*, que se comunicaba con él a través del sueño. En 1937 mandó que exhumaran los huesos del monarca y los volvió a sepultar en una cripta de la Catedral de Quedlinburg después de una procesión sagrada. Todos los años, en la medianoche del 2 de julio, aniversario de la muerte del Rey, organizaba un ritual en la cripta de la catedral.

Himmler creía en la visualización. Durante el juicio del general Werner von Fritsch, acusado de homosexualidad, reunió a doce miembros de las SS en una habitación próxima a la sala donde se celebraba el interrogatorio del General, y les ordenó que intentaran ejercer influencia sobre Von Fritsch para que este contase toda la verdad sobre sus prácticas. Para conceder credenciales a sus propias convicciones, formó el *Ahnenerbe* (la búsqueda ancestral), una rama de las SS dedicada a investigar teorías ocultistas sobre los orígenes del arrianismo, y también patrocinó una expedición al Tíbet para buscar restos fosilizados de gigantes.

Rudolf Hess era todavía más creyente en las teorías ocultistas que Himmler. Hess tomaba todas sus decisiones importantes basándose en informes que le daban

adivinos y astrólogos, lo que llevó a Hitler a pensar que su vuelo a Escocia le había sido recomendado por su séquito de hechiceros. Antes de dormir en una habitación cualquiera tenía que saber que bajo ella no corrían aguas subterráneas, y una vez que se le demostraba que no tenía de qué preocuparse, colocaba imanes sobre su lecho y bajo él para evitar que cualquier sustancia dañina impidiese que su cuerpo descansase convenientemente.

El ministro de propaganda Joseph Goebbels también era consciente del potencial del ocultismo, aunque no era muy creyente. Entre otras cosas, había reinterpretado las profecías del visionario francés Nostradamus para adecuar sus palabras a una victoria alemana. Publicó los resultados de esos análisis en todo el territorio ocupado por los nazis.

Uno de los que practicaban ocultismo favorecido por el auge de esa tendencia en Alemania fue Erik Jan Hanussen, conocido tanto por el apelativo de «el Mago de Berlín» como por el de «el Profeta del Tercer Reich». Aunque el así llamado Decreto de Brujería, promulgado en 1933, prohibía expresamente «la adivinación del presente o del pasado y todas las demás formas de veneración no basadas en prácticas naturales o perceptivas, incluyéndose la lectura de cartas, los horóscopos, el examen de las estrellas y la interpretación de los sueños y los presagios», a Hanussen se le permitió que siguiera ejerciendo en su popular Palacio del Ocultismo; en sus sesiones predecía la victoria del Ejército Nazi. Entre sus predicciones figuraba también la de que el Reichstag, la sede del Gobierno legal, sería incendiado —un acontecimiento que permitió a Hitler consolidar su poder— la noche antes de que sucediese.

El Palacio del Ocultismo de Hanussen fue el precursor de un experimento de magia y ocultismo muy real. En el año 39 las milicias paramilitares alemanas establecieron algunos centros donde examinar las sugerencias o invenciones realizadas por civiles que pudieran tener algún valor militar. Finalmente estos centros empezaron a investigar las fuerzas sobrenaturales. El centro de la Armada germana acogió representantes de la mayoría de las áreas del ocultismo, incluyendo espiritualistas, médiums, astrónomos y astrólogos, expertos en péndulo Indio, y también científicos. El objetivo consistía en aislar los poderes de lo supranatural para aplicarlos a la guerra moderna, pero los resultados del experimento, como era de esperar, resultaron decepcionantes. Con este experimento pseudocientífico al que se le dio el aprobado oficial, el mando militar alemán ridiculizó el uso de la magia en la guerra. Poco después de que Jasper Maskelyne llegara a Egipto, la Inteligencia Británica le mostró un ejemplar de un periódico turco en el que su publicaba una grosera viñeta en la que él aparecía vestido con ropas de brujo ancestral. El titular decía que el mago estaba en el Sumaria y daba la fecha en la que estaba programado que llegara a Egipto, para concluir que el único mago real que había en aquella guerra era Hitler, porque él había hecho desaparecer de Europa a los ejércitos inglés y francés.

La viñeta disgustó a Jasper menos de lo que le molestó el hecho de que el

enemigo fuera capaz de estar al tanto de sus movimientos. Este conocimiento le hizo ver que el incidente del chocolate envenenado fuera mucho más peligroso de lo que en principio había considerado. Agentes británicos desplazados en Ankara empezaron a investigar al periódico para tratar de revelar dónde estaban sus fuentes de información. Aunque la situación incomodó a Maskelyne, no le quedaba tiempo para preocuparse por ella. El 11 de mayo su Sección Experimental de Camuflaje recibía su primer encargo.

Diez días antes un convoy había entregado 238 tanques nuevos en el puerto de Alejandría. «Confiad en que hoy es el día de nuestra salvación», le había dicho Churchill a Wavell con una cita de la Biblia. Examinando los tanques, el General dudaba de que ello fuese así. La mayoría de ellos habían sido dañados por el viaje y a muchos de ellos le faltaban filtros para la arena, sin los que sus motores reventarían después de unas pocas horas de operar en el desierto. Además, como la mayoría de los equipamientos que llegaban a Egipto, los tanques habían sido cubiertos con camuflaje de bosque, lo que los convertía en un blanco fácil en el monocromático desierto.

—Supuestamente estaban destinados a Grecia —les explicó el mayor Geoffrey Barkas cuando derivó el problema a Maskelyne y a Knox— pero fueron enviados aquí cuando cayó el gobierno. Desgraciadamente no queda una gota de pintura para hacer un nuevo camuflaje apropiado para el desierto en todo el norte de África. Wavell quiere que intentemos conseguirle una partida, y pensé que podría ser algo de lo que se ocupara su sección. Sé que no es mucho como encargo...

—¿De cuánto es la partida que se necesita? —preguntó Knox con cautela.

—Diez mil galones.

Frank sonrió.

Sin la nueva pintura de camuflaje los nuevos tanques —incluso aunque se repararan sus averías mecánicas— no podrían ser eficaces en el desierto, y pasarían semanas antes de que una partida urgente de pintura pudiese ser empleada. Si cualquiera de las otras unidades no hubiera sido involucrada en la preparación de la operación «Brevedad», no se le hubiera hecho ese encargo a la sección de Maskelyne, pero no había ninguna unidad disponible para que se hiciese cargo de él.

Producir diez mil galones de pintura para camuflar con los colores del desierto los tanques y que resistiera las fluctuaciones extremas de la temperatura del desierto resultaba un auténtico desafío. Tal y como dijo el pintor Philip Townsend, hacer pintura no era difícil en sí mismo. Todo lo que se precisaba era un sustrato o base para sostener un color, y pigmentos para suministrarlo.

—Casi ninguna cosa que se solidifique puede ser usada como base —les dijo a los del grupo—. Todo lo que necesitamos encontrar es un líquido o polvo que sea soluble para que el pigmento que usemos pueda soportar el intenso calor y el frío

extremo. También necesitaremos alguna sustancia colorante, y por supuesto pigmentos.

—Así que lo que necesitamos es todo —le tradujo *Clavos* Graham.

Hill había permanecido en silencio durante la conversación, pero el pensamiento de tener que hacer pintura, o quizá tener que pintar, le desazonaba notablemente.

—Malditos pintores —soltó finalmente—. Este es el equipo más patético que haya yo visto nunca. Debería haberme quedado en el Ejército.

Knox le recordó que todavía estaba en el Ejército.

Jasper estaba sentado fumando su pipa y oyendo las explicaciones de Townsend. Se trataba ciertamente de un encargo poco usual —precisamente el tipo de trabajo extraño que había esperado que atrajese a su unidad. Pero si su sección no era capaz de producir un poco de elemental pintura marrón claro, iba a ser muy difícil convencer a nadie de que ellos podrían encarar pruebas más difíciles. Se trataba de una ecuación simple: el futuro de la Sección Experimental de Camuflaje dependía de su capacidad para producir diez mil galones de pintura hecha de aire.

Los siete hombres fueron a El Cairo y buscaron un sustrato adecuado. Bill Robson aportó un montón de cemento italiano abandonado. Hill descubrió un saco de serrín húmedo y de color mate. Aunque llegaron a servir, la cantidad de ambos descubrimientos era muy limitada, y la búsqueda prosiguió.

Fue Townsend el que descubrió el vertedero. Una grieta en su avejentado equipaje le hizo acordarse del único lugar en El Cairo donde cualquier cosa podía ser encontrada. Como cualquier otro que hubiese servido en la Cuenca del Nilo, el pintor sabía vagamente de la existencia de aquel lugar, pero hasta que no fue allí a darse una vuelta y verlo con sus propios ojos no fue consciente de su valor. El vertedero se extendía por acres y acres de desierto al norte de la ciudad. De vez en cuando una brisa cambiante hacía que variara el rumbo de su tremendo olor y lo dirigía hacia El Cairo, pero antes de que llegaran estos tiempos difíciles era poca la gente que le había prestado atención. Existía, parecía haber existido desde siempre, desde la Primera Guerra Mundial y quizá desde antes, y como cualquier otro monstruo insaciable crecía y crecía. Era algo más que un vertedero en realidad. Era quizá el más inmenso almacén de chatarra militar que hubiera en el mundo. Aquí todo lo que no servía para la guerra era abandonado en desiguales montones oscuros. Entre las montañas de desechos era posible encontrar casi cualquier cosa. El vertedero era ese lugar donde las cosas que no pertenecían ya a ningún lugar encontraban un lugar donde quedarse. Cargas enteras salvadas de sus barcos hundidos podían ser encontradas allí, y los chasis de vehículos que los desesperados mecánicos de Wavell no habían podido salvar, y tuberías de metal de todos los tamaños, y vigas de madera, y acanaladas láminas de hojalata, y máquinas de escribir rotas, y destrozados escritorios, y miles de llantas, y bandas de rodadura de tanques destruidos, y los millones de cajas de obuses, y uniformes inservibles y ropa interior usada, y cascos oxidados, e incontables cartones de raciones caducadas, y bolsas de yeso, y bolígrafos rotos, y

presillas para el pelo de las mujeres, y cajas de papeles que no servían ni para ser quemados, y más, mucho más.

El vertedero era una especie de monumento de la glotonería de la guerra moderna. Nadie sabía qué había sido dejado allí, pudriéndose bajo el sol del desierto. Nadie llevaba ningún registro porque nadie tenía tiempo ni interés o la necesidad de llevarlo. Lo que allí había no valía para nada. Como chatarra podía procurar una pequeña fortuna al que la vendiese, pero nada de aquello podría ayudar a un ejército o recobrar a un tanque, o salvar a un hombre en el desierto, o acabar con un enemigo, así que en los términos más reales de la guerra todo lo allí apilado era inútil.

Estrechas y sombrías callejuelas corrían entre los montones, empezaban y terminaban al azar y creaban las paredes de un escalofriante, oscuro laberinto en el que no era difícil sentirse completamente perdido. La única clave visible para localizarse era la arena acumulada sobre las cosas: los montones que estaban cubiertos de una fina película de arena eran más recientes que aquellos que prácticamente estaban enterrados en ella. Rara vez se patrullaba por aquel área, y al atardecer los basureros árabes se llegaban a ella para excavar en las montañas de hierro y cartón en busca de productos que pudieran vender en los bazares. De vez en cuando un montón podía derrumbarse y aplastar a alguien que moría bajo el peso de toda aquella basura, pero aparte de esos cazadores del depósito, nadie más se interesaba por aquel lugar decadente, y cuando pasara el tiempo desaparecería para siempre absorbido por las gigantescas dunas.

Dadas las circunstancias, era una de las vistas más hermosas que Jasper Maskelyne hubiera visto nunca.

—Se extiende en acres y acres —les dijo Townsend a los hombres que le acompañaban cuando empezaron a internarse en el vertedero—, nadie parece saber lo grande que es.

Jasper apenas podía cohibir sus deseos de explorar aquel lugar y bucear en él.

—¿Necesitamos un permiso? —preguntó.

Hill se rió. Townsend se llevó las manos a la cabeza.

—No parece que a nadie vaya a preocuparle lo que pasa aquí. Los gitanos son libres de hacer lo que les plazca en este lugar.

Jasper consultó con Knox con una mirada. Knox se encogió de hombros. Así que los siete componentes de la Real Sección Experimental de Ingenieros de Camuflaje de Abbasia, ingresaron en el vertedero y empezaron a hacer lo que habían ido a hacer. Abrieron cajas, curiosearon en los cráteres, fisgonearon en los contenedores, revisaron chasis y cascos y se lo pasaron bastante bien. Al principio no encontraron nada que pudiera serles de utilidad. Robson dio con ocho grandes cartones de corpiños militares. Fuller descubrió miles de pares de monturas de gafas. Hill descubrió una tonelada de inservibles botas con las suelas de cuero. Y poco después Townsend encontró el sustrato para la pintura.

Mientras hozaba en el cargamento de un carguero torpedeado, dio con un cajón de

latas precintadas. Le quitó la tapa a una de ellas y miró con curiosidad lo que contenía: una sustancia viscosa y marrón. Mojó la punta de sus dedos y se los llevó a la boca. El gusto le resultó amargo pero familiar, y le costó apenas un segundo identificarlo. Salsa Worcester. Espesa salsa Worcester. Montones y montones y montones de latas llenas de esa rancia salsa Worcester. Cientos de galones de salsa Worcester. El sabor era abominable. Pero era maravilloso. Era consciente que había encontrado una base para la pintura.

La búsqueda les permitió encontrar además toneladas de harina aguada y otro cargamento de cemento. Se llevaron lo que pudieron a Abbasia para que Townsend experimentara hasta que fuera capaz de hacer que una mezcla de harina, cemento y salsa diera resultados. La mezcla serviría como sustrato de pintura. Desafortunadamente era de un color rojo fangoso, lo que lo hacía tan inútil para las condiciones del desierto como el original verde bosque. Se necesitaba un pigmento que volviese la pasta del color de la arena. Dos días después seguía sin resultados.

El maestro de pintores Townsend metió en un bote todas las sustancias colorantes que pudo encontrar, tintas variadas y jabón en polvo y minas deshechas de lápices. Había intentado, sin éxito, conseguir el tinte del camuflaje del desierto. Pero nada funcionó. El color resultante era siempre o demasiado luminoso o demasiado oscuro, o no se quedaba, deshaciéndose al sol del atardecer, descascarillándose con el frío de las noches. Pasaron otros dos días.

Los hombres estaban tan absortos en su búsqueda de un pigmento que apenas se apercibieron de los Temblores del aire.

A las 5.45 del 15 de mayo, la 22.^a Brigada de Centinelas se trasladó al área de acción del paso de Halfaya, una entrada estratégicamente importante hacia la escarpa, una alta cordillera que dividía el desierto. El control del paso occidental era absolutamente necesario para el éxito de una última campaña. Al sur de la 22.^a Brigada, el 4.^o Regimiento de Tanques y el I Cuerpo de Infantería Ligera de Durham avanzaban para ocupar Fort Capuzzo, y a lo largo de la cosa elementos de la 7.^a División Acorazada marcharon hacia la asediada ciudad de Tobruk.

A las 6.15 la operación «Brevedad» comenzó con una breve barrera de tanques. El *Afrika Korps* fue cogido completamente por sorpresa y fue incapaz de responder apropiadamente. Al terminar la tarde, la 22.^a Brigada, apoyada por el 2.^o Batallón de Centinelas Escoceses y parte del 4.^o Regimiento de Tanques, se habían hecho con el control del paso de Halfaya. Fort Capuzzo había sido tomada después de una cruda batalla. La 7.^a División Acorazada tenía el control del flanco de la costa.

Las noticias sobre el éxito inicial de la operación «Brevedad» resplandecieron por todo el Delta. En El Cairo, los soldados se reunían en cualquier esquina para compartir chismes. En la abarrotada entrada del gigantesco Hotel Shepherds, en los humeantes cobertizos, en las casas ilegales, en las secretas reuniones de la Hermandad musulmana, no se hablaba de otra cosa. El derrumbe de la resistencia enemiga hizo recordar la primera campaña a través del desierto de Wavell. Nadie

esperaba que Rommel fuera derrotado con tanta facilidad.

Atrapados en Abbasia, los hombres de Maskelyne siguieron los avatares de la batalla esencialmente a través de los rumores. Todos sus esfuerzos seguían dirigiéndose a encontrar un pigmento de color marrón claro. Comparado con la lucha que estaba teniendo lugar a muy pocas millas de distancia, su trabajo parecía trivial, pero los servía para mantener sus mentes ocupadas y reforzados sus espíritus.

Rommel había corrido a reforzar la desmenuzada línea delantera en el momento en que el combate comenzó. Erróneamente concluyó que Wavell intentaba acabar con el sitio sobre Tobruk, y sabía que el *Afrika Korps* sería forzado a retirarse a Libia si ese objetivo se alcanzaba. En vez de acogerse a la prudencia, decidió emplear todas sus reservas en el combate. La 7.^a y la 5.^a divisiones Panzer, con sus ametralladoras antiaéreas de 88 mm, acudieron a los frentes amenazados. Cuando los tanques Matilda de Wavell, los pesos pesados de la batalla, entraron en acción, los tanques alemanes abrieron fuego. A solo una milla de distancia, los obuses antiaéreos se incrustaron en los débiles cascos de acero de los Matilda con la facilidad con la que unos clavos entran en el agua.

Wavell no había calculado tanta resistencia a su modesta ofensiva, y las Fuerzas del Desierto occidental no estaban preparadas para afrontarla. En la tarde del día 16, el *Afrika Korps* ya había recobrado Fort Capuzzo y había detenido a la 7.^a Acorazada a lo largo de la costa. Se hicieron intentos en El Cairo por demostrar que el frente permanecía seguro, pero el ruidoso y llamativo ulular de las ambulancias procedentes del desierto lo hizo difícil. En todos los informes resultaba obvio que el ataque había fracasado.

Después de dos días de lucha brutal, la Fuerza del Desierto occidental todavía mantenía un obstinado agarre en el paso de Halfaya. Si podían conservarlo, la ofensiva de Wavell podía considerarse exitosa. Pero una vez que Fort Capuzzo estaba en manos de los alemanes y las tropas que sitiaban Tobruk no padecían más amenaza, Rommel estaba en condiciones de poner toda su atención en esa posición.

La 22.^a de Centinelas empezó a hacer sus preparativos para la retirada. El limitado ataque de Wavell se había saldado con un rotundo fracaso, y éste fue consciente de que necesitaba un equipo mucho más amplio y mejor dotado para vencer a Rommel. Incluso antes de que la 22.^a de Centinelas se marchase del paso de Halfaya, el Cuartel General hacía planes para realizar un ataque masivo. El nombre codificado era «operación “Hacha de Guerra”», y se programó para mediados de junio, antes de que el enemigo se pudiera recuperar del saldo de pérdidas que le había provocado la operación «Brevedad». Para entonces Wavell esperaba que todos sus tanques estuvieran listos para operar.

El pigmento para la pintura de camuflaje había estado bajo las narices de los hombres de Jasper Maskelyne todo el tiempo. Bajo sus pies también. Después de pasar una

semana probando con todas las sustancias colorantes que pasaran por sus manos, el frustrado Townsend estaba por tirar la toalla. Pero cuando iba a hacerlo, mientras daba un paseo con Jasper contándole sus problemas, se detuvo y dio con la respuesta:

—Patatas de camello —dijo, agachándose y cogiendo una de las secas cagadas de un camello, de color marrón arena.

—Claro que sí, bofia de camello.

El estiércol de los camellos secado al sol tenía el color perfecto. Incluso conseguía las diferentes tonalidades de los colores del desierto dependiendo del tiempo que se expusiera al sol. Y era barato, y abundante. Después de unos cuantos ensayos, a Townsend se le ocurrió cómo hacerlo soluble en la salsa Worcester. Los exámenes probaron que resistía al calor y al frío. La mierda de camello era perfecta si bien hedionda, ya tenían un pigmento para hacer pintura del desierto.

Así fue cómo nació la Cuadrilla «Mojón».

—Nos ponemos detrás de los camellos —bromeó Maskelyne, pero de hecho no hacía más que contar la verdad. Uno de sus hombres o un trabajador egipcio tenía que seguir a todas las populosas caravanas que dejaban la ciudad. Y limpiar a diario en las cercanías de los oasis. Las calles fueron barridas cada amanecer para localizar remanentes nocturnos. Hill refunfuñaba quejándose, mientras cumplía con su deber:

—Esto es a lo que se ve abocado un hombre de mi posición.

Graham modeló una pequeña pala de metal para cada hombre. El profesor Knox explicaba que las heces del camello se habían usado desde tiempo inmemorial para cosas tales como construir cabañas o monedas.

—Sea cuando sea, será demasiado pronto cuando vuelva a ver un maldito camello —rezongaba Hill tarde en la noche cuando los hombres trataban de relajarse en la estación.

—Supongo que eso significa que pasas de tu cita de esta noche, ¿eh? —le dijo Robson. La vida social del joven había sido objeto de miles de chistes verdes.

—Vale, vale —dijo con voz pausada Graham—, no nos burlemos de las amiguitas de Michael, creo que tendríamos que dejar que sus pintas hablasen por sí mismas.

El carpintero estaba tallando un pequeño bloque de madera, paró de hacerlo y los miró.

—Me han dicho que él es muy bueno con ellas. Incluso llevo a una de ellas al espectáculo de los perros de Gezira el otro día.

Robson ya conocía ese chiste.

—¿Y ganó ella su carrera? —preguntó.

—No —concluyó Graham—. Quedó segunda.

Hill le echó encima un saco lleno de astillas secas de camello.

La Cuadrilla «Mojón» no sólo proveía del material que se usaba para la pintura, también atraía sobre la sección una considerable atención. La mirada de los burlones soldados les esperaba ansiosa detrás de cada camello, y las abiertas burlas hicieron mucho por subir los ánimos tras los días deprimentes que siguieron al fracaso de la

operación «Brevedad». Todo el mundo en El Cairo quería saber cómo era posible que los de la pequeña unidad de camuflaje convirtieran las astillas de estiércol de los camellos en pintura. La circunstancia de que el grupo estuviera liderado por un mago como Maskelyne hizo aumentar la curiosidad. Se especulaba de manera constante, y sin temer a las invenciones. Cuando le preguntaban qué estaban haciendo sus hombres, el mayor Barkas se limitaba a sonreír enigmáticamente. Jasper sabía el valor que tenía toda aquella curiosidad que habían despertado, de ahí que hiciera todo lo que estaba en su mano para mantener oculta la verdad. Por fin decidió desvelar el secreto, para deleite de algunos y el disgusto de muchos otros que habían ideado mucho más exóticas posibilidades.

La comunidad árabe contempló a la Cuadrilla Mojón con menos diversión. La mierda seca de camello había sido el material que utilizaban para sus hornos de pan desde miles de años atrás, y la creciente demanda para satisfacer a aquella Cuadrilla había significado un florecimiento del mercado de la mierda de camello. La gente de Maskelyne tuvo que meterle prisa a los enfadados árabes tanto como a los niños mercenarios que de repente cobraban conciencia de lo valioso de los excrementos.

La pasta hecha con salsa Worcester y mierda de camello se mezclaba en grandes cubos que, previamente, habían sido utilizados por la unidad de lavandería. Una vez que se puso en marcha la producción, se conseguían dos mil galones de pintura cada semana. El producto final se metía en latas de gasolina y se entregaba a la compañía de transportes, que tenía que encargarse de que la pintura de camuflaje para los tanques fuese efectiva. Después de unos cuantos días expuesta al sol, su infecto aroma desaparecía.

La Sección Experimental de Camuflaje celebró el éxito inicial con una alborotada fiesta en El Cairo. Jasper tocó su ukelele, acompañado por Frank Knox a la armónica: tocaron algunos éxitos del *music hall*. Hill recitó algunos epigramas obscenos. Incluso Townsend se les unió, cantando a cápela una versión propia del éxito local: «Aquí llega Farouk con su traje de cincuenta borlas».

Después de muchos estribillos, Jasper le dijo a sus hombres:

—Quiero agradecer a cada uno de vosotros todas las miradas amenazantes que me habéis dirigido.

Se mofaron de él.

—Este éxito ha atraído sobre nosotros muchas expectativas —continuó— y sospecho que dentro de poco se nos encargarán unas cuantas tareas todavía más absurdas. Recordad que cuando alguien os pregunte si nosotros seremos capaces de encargarnos de un trabajo cualquiera, la respuesta es siempre sí. No penséis en ello, no os preocupéis por ello, sencillamente responded que sí. Ya nos ocuparemos de los detalles más tarde. ¿Entendido?

La respuesta fue sí.

Maskelyne pasó la mayor parte de mayo trabajando en el proyecto pintura, pero después de que el sol cayese volvía su atención a las cosas de la magia. Aunque no le

resultaba grato ocuparse de idear un *show* para pagar el permiso de formar la sección de Camuflaje, la idea de aparecer ante el público de nuevo le resultaba excitante. Había dejado de estar en el candelero. Descubrió enseguida que todas sus artimañas se habían vuelto torponas. Había realizado unos cuantos *shows* en el Sumaria y cuando le dejaban sus ocupaciones había estado ejercitándose con las bolas de acero, pero sus manos habían dejado de estar en forma. El éxito de un truco de magia depende de la destreza del mago, y las manos de Jasper no eran ahora más rápida que los ojos. Se pasó horas delante de un espejo nocturno, repitiendo los ejercicios básicos una y otra vez hasta que le salían de un modo natural. Cuando dejaba de practicar con sus herramientas sus dedos le dolían, pero gradualmente volvieron a él los matices, los viejos amigos se le mostraban en una reunión de habilidades especiales. Y cada uno de ellos era bienvenido, y apreciado, y encajado en su posición correcta, y por fin la existencia individual de cada uno de ellos era olvidada y sólo existían en un espléndido, suave todo en el que se unían a los demás.

Definitivamente haberse despedido de la magia durante un tiempo fue beneficioso para él. Había estado trabajando duramente en el negocio de la magia durante quince años. Delante de sus incontables clientes en numerosos países había hecho levitar damas y las había cortado en dos, había hecho desaparecer de todo, desde un gorrión a un elefante, había hecho conjuros contra malos espíritus, se había deslizado dentro y fuera de espacios imposibles, e incluso había hecho que le cortaran su propia cabeza. La vida se le había convertido en un interminable ciclo de actuaciones: actuar, hacer el equipaje, actuar. Había realizado tantos *tours* que confundía a los príncipes y a los *pashas*. En su ciudad había impulsado los espectáculos en St. George's Hall, había ayudado a planificarlo todo, las tarifas, la audición, descubrir nuevos talentos, seguir desarrollando nuevos trucos de ilusionismo que vender en las tiendas y preocuparse de las facturas. Había pasado demasiado poco tiempo con Mary y sus hijos, o trabajando en campos afines. Hasta cierto punto, antes de la guerra todo estaba programado para él. La alegría que había sentido antaño derivada del placer de entretener a los demás, la había perdido, y la magia se había convertido en un trabajo difícil. Pero ante aquel espejo a las afueras de El Cairo, y asombrándose ante su propio reflejo, era distinto. Sus extremidades recobraban la energía. En alguna ocasión, cuando los pañuelos se desplegaban correctamente y desaparecía la paloma en perfecta sincronía, se sintió cautivado. Un viejo y profundo y largamente perdido amor regresaba a él y le devolvía una euforia antigua de calidez comfortable. Que el Ejército le obligase a actuar ya no le resultaba molesto, porque de nuevo estaba enamorado del ilusionismo.

Había un problema más que tenía que resolverse, y para hacerlo recurrió a Michael Hill. Frank Knox había sido un ayudante responsable a bordo del barco, pero se necesitaba algo más que un profesor tarugo con peluca de fregona para convencer al público de El Cairo. Jasper le dio la noticia a Frank con toda la amabilidad que pudo:

—Tus piernas son terribles —le dijo.

Enviar a Michael Hill a buscar mujeres en El Cairo era algo así como dar con una nación europea que no hubiese caído ante Hitler. Recorrió calles y bazares de El Cairo horas y horas durante una semana, parándose ante cada mujer atractiva con la que se cruzaba a la que le ofrecía la oportunidad de meterse en el negocio del espectáculo. Finalmente, agotado, reparó en una hermosa danzarina de club de pelo negro. Salvo por el hecho de que le faltaba un diente frontal, resultaba de lo más atractiva.

—No sonrías —le pidió Hill cuando la llevó ante Maskelyne.

—Vale —le respondió ella sonriéndole.

Jasper estaba terminando de diseñar el número que había denominado provisionalmente «El maleficio de la momia» cuando ellos llegaron. Ese número no era más que una variación de la caja donde se desaparece, pero le parecía que lo de la momia le daba un sabor local. Hill le presentó a la muchacha y Jasper le extendió educadamente la mano.

—¿Cómo estás?

Ella sonrió. Y no dijo nada.

Hill murmuró en su oído, y luego ella dijo:

—Estoy muy bien, muchas gracias.

Jasper miró con escepticismo al soldado.

—No habla inglés, ¿verdad?

—Sé que eso es un problema, admitió Hill, pero estoy deseoso de trabajar con ella y...

Maskelyne no se lo podía creer.

—De verdad quieres colarme una ayudante que no sabe hablar inglés.

Ella alucinaba. Se dio cuenta de que los hombres estaban discutiendo por su culpa, así que dijo:

—Gracias muchas a ustedes cinco castañas por favor.

—Me parece que deberías llevártela de aquí.

—Pero, señor, es una huérfana y...

—Fuera. Ahora.

La búsqueda de Hill concluyó con el descubrimiento de la cabo Kathy Lewis, empleada en la Fuerza A, el decepcionante grupo del brigadier Dudley Clarke. El brigadier Clarke había creado el comando de élite «Ratas del Desierto» mientras trabajaba en Whitehall en Londres, y había sido llevado a Egipto por Wavell para que se ocupara de algunas operaciones que cubrieran el área del Mediterráneo. Su modesto despacho de la Fuerza A ocupaba el piso bajo de un edificio de dos plantas situado en Kasr el Nilo. La planta de arriba había sido ocupada durante muchos años por uno de los más populares burdeles de la ciudad, y Clarke no consideró que ello fuera razón para no instalarse allí, aunque su decisión fue fuente de numerosos rumores. Hill encontró a la cabo Lewis después de pasarse un buen rato entrevistando

mujeres en el piso de arriba, y en cuanto oyó su correcto inglés le ofreció el empleo.

—Suenas muy divertido —dijo antes de aceptar presentarse a la prueba.

Kathy Lewis no era el tipo de mujer que solía atraerle a Hill. Su cabello era suficientemente rubio, pero demasiado corto. Su figura era esbelta, pero demasiado delgada. Y su cara era bonita, pero no era llamativa.

Jasper echó un buen vistazo y oyó durante un rato a la muchacha y supo que ya tenía ayudante.

—Tiene una figura preciosa —le dijo inocentemente.

Ella se ruborizó.

—O sea, quiero decir —titubeó Jasper— que su figura cabrá estupendamente en la caja.

Kathy Lewis se comportó como una actriz profesional. Dedicó tantas horas a los ensayos como los demás componentes del equipo sin quejarse una sola vez, aprendió rápidamente sus pies y no tuvo problemas con manejar aparatos. Desaparecía con rapidez, daba verídicos gritos de terror, y entregaba los utensilios correctos de la manera correcta. Y además, ella le recordaba mucho a Maskelyne a otra muchacha ayudante que trabajó para él dos décadas antes. Se casó con ella y no lo había lamentado un solo día. A menudo, observando a Kathy moverse grácilmente por el escenario, pensaba en Mary y se preguntaba qué estaría haciendo en aquel momento. Solía imaginar que estaba haciendo cosas mundanas. Asegurándose de que la camisa de su esmoquin estaría almidonada convenientemente. Vigilando que los niños hicieran los deberes. Sentándose a comer caliente entre una actuación y otra. El suyo era un matrimonio del teatro, y cuando se la imaginaba no era en una cena formal con un mandatario persa, sino dándole un rápido cepillado a su chaqueta antes de empujarlo al escenario. Vivían por el placer de complacer al público, guardando los momentos de arrebatos privados para sí mismos.

¿Cómo habían podido llenar tan fácilmente todos aquellos años?, se preguntaba. No habían ido a ver otras funciones de teatro a menudo, raramente a eventos deportivos y sólo de vez en vez a cenar fuera. ¿Qué cosas hacían? Amaban los *picnics* familiares, las noches en casa después de la función oyendo el viejo gramófono o la nueva radio, las fiestas de cumpleaños de sus hijos. La casa estaba siempre llena de amigos. No, no hacían muchas cosas, en verdad, para tanto tiempo. Sólo cosas normales que comprimen los días y pasan a ser una vida entera. Pero estar juntos era más que suficiente, y no pasaba un instante en que no la echara mucho de menos.

El proyecto pintura había conseguido que durante algún tiempo la atención se fijara en la unidad de Maskelyne, pero cuando la sección de Mecánicos se hizo cargo de la producción, su unidad volvió a quedarse sin trabajo. Esta vez no tendrían que esperar mucho.

El primer ministro Winston Churchill instó públicamente a Wavell a que reanudara enseguida la ofensiva con sus nuevamente equipados tanques Matilda. Pero

Wavell se resistía. Sabía que sus hombres no estaban preparados aún para un nuevo asalto, y era consciente de que Rommel estaba esperándolo en el desierto como un gato herido.

Mientras el *Afrika Korps* controlara el paso en los declives del terreno había pocas posibilidades de vencerles. Como se le diría pronto a Maskelyne, el éxito de la operación «Hacha de Guerra» lo determinaría la capacidad para transformar un tanque en un camión.



IV

La situación a la que se enfrentaba el general Wavell a mediados de mayo resultaba desconsoladamente clara: su ejército estaba mejor suministrado que el *Afrika Korps*, pero el enemigo se había atrincherado en posiciones estratégicamente superiores y estaba armado con un desconocido número de tanques de 88 mm. Las Fuerzas del Desierto Occidental sólo tenían verdaderas opciones de victoria si lograban llevar a cabo una sorpresa táctica, pero eso parecía imposible. De algún modo, un número sustancial de los «cachorros de tigre» de Churchill tenían que ser desplegados sin que los observadores alemanes los detectaran. Dado que los vigilantes de tierra y aire de Rommel habían sido avisados de que los británicos no tardarían en moverse, y dado que la tierra yerma era un buen lugar para detectar cualquier movimiento, eso sólo se podía conseguir haciendo que los tanques aparecieran de repente como procedentes de la nada.

La diminuta esperanza de Wavell residía en el hecho de que Jasper Maskelyne fuese capaz de hacer este juego de manos militar. Lo necesitaba.

Cuando Barkas llegó a la sección con aquel encargo, Maskelyne estaba a cuatro mil años de allí, sentado solo, en el suelo de la Gran Pirámide de Keops en Giza. Tenía los ojos cerrados, las piernas cruzadas, las manos sueltas y la mente buscando a través del tiempo la magia de los más altos maestros del antiguo Egipto.

Verdaderamente, no creía en las leyendas. Nada de lo que hubiera visto en su vida le hizo confiar en las artes del conjuro ni le había demostrado remotamente que la fuerza de la magia verdadera existiese. Pero aún así había venido a la pirámide para cumplir con una promesa que se había hecho a sí mismo muchos años antes.

Había gateado a través de un estrecho pasadizo ascendente que llevaba al pasado, se acomodó todo lo que pudo en el duro suelo, y esperó. No tenía expectativas de que fuera a ocurrir nada, no era, después de todo, más que un hombre educado en los refinamientos tanto del espectáculo de la magia como de la ciencia moderna. Pero en alguna parte de sí había un vestigio que bullía, al que le costaba reconocer las realidades de la ciencia, que trataba de comunicarse con parientes ancestrales, y esa parte de él temblaba ahora excitada.

Consintió que su mente vagara libremente. Discurrió sin trabas mirando las paredes de piedra, buscando alguna clave, algún hilo que trenzara el tapiz de la magia

verdadera. No sabía qué esperaba encontrar. Ciertamente no voces ni los golpes típicos que se asocian a la comunicación con los espíritus. Un signo propicio. Una sensación. Acaso un pensamiento. Si aquellos sacerdotes antiguos poseían los poderes que decían, también tendrían la capacidad para hacérselo saber. Si el tiempo podía ser trascendido, aquellos hombres, los maestros de Moisés, aquellos hombres serían los más capacitados para hacerlo.

Fuera, el sol del atardecer crepitaba en el aire, pero la temperatura en el interior de la Cámara del Rey seguía manteniéndose en los eternos veinte grados. Una bombilla eléctrica difundía escasa luz iluminando la estancia sepulcral y trazando sombras angulares que no se movían.

Maskelyne había confiado en brincar sobre los siglos, pero la tarde pasaba en lentos y largos minutos. Aumentaba la gelidez del suelo. Le empezaron a doler las piernas. Oía la suave brisa que procedía de un escondido pasadizo y se preguntó si de ahí le llegaría un mensaje, pero no era más que el viento. Examinó las sombras y las encontró vacías. Finalmente le sobrecogió un escalofrío en su médula y encogió sus hombros, y un halo de desasosiego se echó sobre él. Supo que era hora de dejarlo. Ningún secreto le sería revelado. Había sido estúpido por venir hasta aquí, y se daba cuenta ahora. ¿Quién se creía que era para creer que él iba a servir de histórico cordón umbilical entre el presente y los maestros antiguos? No era más que un entrometido. ¿Un mago? Los hombres que habían ideado estas pirámides y las habían construido sí que eran magos de verdad. Podían curar y destruir con solo su palabra, podían hacer que el sol se ocultara y que la tierra se moviese. Gracias a la fuerza de su magia habían gobernado la civilización más avanzada del mundo antiguo. Él no era más que un *showman*, un hombre del espectáculo, que trabajaba para empresarios del *music hall*. Sus trucos de ilusionismo se ideaban en un taller y los hacían posibles los tramoyistas.

Jasper regresó a la guerra a través del pasaje estrecho y no miró atrás una sola vez mientras se dirigía a Abbassia.

El mayor Barkas le estaba esperando en la tienda de la sección de camuflaje.

—Espero que su varita esté en buenas condiciones —bromeó al recibirlo—. Parece que el general Wavell tiene un trabajo que encargarle.

Jasper se detuvo, luego lo miró con toda cautela.

—¿Wavell?

Barkas estaba sentado en la pequeña mesa redonda que Hill había rescatado del vertedero, saboreando una taza de té y un trozo de bizcocho.

—Así es, Wavell. Aparentemente está muy asombrado con el éxito de su anterior trabajo. Ahora hay otra cosa en la que quiere que se ocupe.

Maskelyne se sentó con él en la mesa.

—Mire aquí. Rommel sabe que nosotros vamos a ir a por él y sabe que lo vamos a hacer pronto. Lo que no sabe es dónde o cuándo golpearemos. Esa es nuestra carta marcada. Hemos aprendido muchas cosas sobre el general Rommel en estos últimos

meses. Más que dividir sus acorazados en pequeños grupos, como hacemos nosotros, él prefiere mantenerlos agrupados. Su división principal de *panzer* está vigilando la línea del frente y unos cuantos reservas de alta movilidad cubren la retaguardia. Esas unidades del frente son suficientes para repeler nuestros ataques de tanteo, y cuando vayamos a por él con todas nuestras fuerzas él resistirá hasta estar seguro de que sabe en qué lugar vamos a golpearle con mayor potencia —dio entonces con un puño sobre la mesa haciendo tintinear los cubiertos de plata— y entonces hará uso de sus fuerzas de reserva para equilibrar la pugna.

Jasper estabilizó la mesa tambaleante.

—Lo que necesitamos hacer es alguna cosa que le prevenga de que lanzar sus reservas contra nosotros nos capacitará para destrozar su línea de suministros. Una vez que nosotros lleguemos allí él no tendrá más opción que la retirada para proteger a sus suministros. ¿Se da cuenta?

Jasper asintió.

—En realidad se trata de algo bastante simple. Él se lanzará en cuanto determine donde se encuentra nuestra fuerza principal, y no hay modo de esconder una concentración de armamento pesado en pleno desierto. Pero si pudiéramos disfrazar nuestras intenciones, incluso aunque sea sólo durante algo de tiempo, obtendríamos el tiempo extra que nos hace falta.

Barkas sacó del bolsillo de su camisa un pedazo de papel de un cuaderno de notas.

—El Brigadier pensó en que algo como esto era lo que nos haría falta —dijo tendiéndole el trozo de papel a Maskelyne.

La página había salido de los ubicuos cuadernos de campo de Wavell. Allí, el Brigadier había dibujado el perfil de un tanque al que se le había superpuesto un gran panel de cartón. Un segundo dibujo mostraba —en vista aérea— que sobre el panel de cartón había dibujado un camión. Teóricamente, al menos, un observador desde un avión que los sobrevolara y mirara abajo, vería engañado que se trataba de un camión común.

Maskelyne frunció el ceño. Sabía que aquel plan nunca funcionaría. Las sombras que dibujaba un tanque en la arena no se parecían a las de un camión, y las sombras creadas por paneles de cartón no se parecían a ninguna otra cosa que no fueran los paneles de cartón. En suma, a menos que el avión estuviese siempre volando sobre sus cabezas, el observador vería lo que había bajo los paneles.

—¿Y bien?

Jasper puso el dibujo sobre la mesa e intentó plancharle las arrugas con la palma de su mano. Recordando lo que les había dicho a sus hombres, replicó, con toda la confianza que fue capaz de mostrar:

—Delo por hecho. ¿Cuándo necesita ver alguna prueba?

Barkas se encogió de hombros.

—Ayer. La semana pasada. Siento pedir esto tan repentinamente, pero se trata de

un trabajo de ya, ya, ya. El ataque será a mediados de junio. Si no tenemos este —su mano buscó en el aire una descripción apropiada— esto-es-lo-que-hay, a cubierto, supongo, si nuestros tanques no lo logran, nuestros chicos tendrán un puesto de mico en Epsom Downs. Los 88 de Rommel les bombardearán hasta que llegue la hora del reino de los cielos.

Jasper observó el basto dibujo de Wavell. Su mente empezó a desbrozar los archivos de sus recuerdos buscando un truco de ilusionismo comparable a lo que se le pedía. Transformar un tanque en un camión no debería ser muy difícil para alguien que podía transformar una mujer de fuego en una mariposa, se dijo. Una estructura desplegable quizá sirviera. Iba a hacer falta alguna gitanería para determinar cuál era la mejor manera de realizar el trabajo, pero había hecho cosas muy similares antes. Las muchas horas que había pasado esclavizado en los talleres del teatro le iban a servir magníficamente ahora.

—Podré darle algo mañana —dijo temerariamente.

Barkas se quedó estupefacto.

—Espléndido —dijo—, espléndido. En cuanto sus dibujos sean aprobados Brass querrá un plan.

Se puso en pie para marcharse.

—Estoy seguro de que hará su trabajo. Un gran número de personas cuenta con usted.

Un translúcido atardecer había ganado placenteramente el aire de El Cairo mientras estaban reunidos. Estuvieron de pie a la entrada de la tienda mirando como los últimos rayos del sol se reflejaban en el fino polvo que llevaban las brisas y bañaba la ciudad con un halo dorado y majestuoso.

—Los egipcios suelen decir que ellos serán ricos siempre que conserven sus puestas de sol —dijo Barkas mientras la noche se echaba encima—. Hay una leyenda acerca de un mendigo que intentó capturar el dorado polvo en su cesta. Cuando consiguiera llenarla iría a vendérsela al Rey. Después de pasarse años atrapando el polvo dorado finalmente consiguió que su cesta rebosara, y cuando descubrió que todo aquel polvo se había ido por un agujero del fondo se volvió loco. Incluso hoy se considera de mal augurio el simple hecho de sacar una foto de ese momento, intentar capturarlo —se llevó una mano a la cabeza en señal de estupor—. Pero es muy hermoso.

—Impresionante.

Barkas se metió las manos en los grandes bolsillos de su pantalón veraniego y caminó hacia su *jeep*. Jasper se mantuvo un paso por detrás de él.

—Sabe, Maskelyne, el día está ahora empezando para los de Tobruk. Ellos no se pueden mover un ápice a lo largo de toda la jornada —estornudó— así que los centinelas del perímetro caen en pequeñas depresiones. Las moscas, el calor, arrastrarse continuamente... todo ello es terrible para un hombre que tiene que resistir. Vamos a ayudar al General a sacarlos de allí, ¿verdad?

No era una pregunta. El Mayor le dejó a Maskelyne unos cianotipos de tanque, pidiéndole que los guardara celosamente, y luego se dirigió a encontrarse con la siguiente crisis.

Hill estaba metiéndose una galleta en la boca cuando Jasper volvió a la tienda.

—¿La Cuadrilla Mágica, eh? Me gusta. Vamos a zurrarles, si sabes a lo que me refiero.

La mente de Jasper ya estaba ocupada diseñando el disfraz del tanque.

—¿Qué?

—La Cuadrilla Mágica. Así es como nos ha llamado el Mayor. Sólo decía que me gusta cómo suena. Tiene un sonido bonito.

Maskelyne lo consideró. La Cuadrilla Mágica. La Cuadrilla Mágica de Jasper Maskelyne. Sonaba como una obra de *music hall*, y esto solía ser bueno. Una pandilla mágica era precisamente lo que ahora tenía entre manos.

—De acuerdo —dijo— así será entonces, la Cuadrilla Mágica.

El nombre le hizo sonreír.

—Suena impresionante, ¿verdad?

Después de mandar al soldado raso Hill a El Cairo para que obtuviera imágenes de varios camiones, Maskelyne se sentó de nuevo ante la mesa y se puso a trabajar. Tanto los ingleses como los alemanes habían utilizado tanques falsos en el campo de batalla. Las Fuerzas del desierto habían usado unos monstruos de madera que necesitaban a seis hombres y un remolque de camión para moverlos, mientras que Rommel había montado corazas de madera sobre chasis de Volkswagen. Supuestamente los americanos estaban experimentando con modelos de goma hinchable. Pero ningún ejército había conseguido disimular tanques reales con otra cosa que no fuera pintura y hojarasca.

Jasper empezó a trabajar como si de lo que se tratara fuese de crear un nuevo número de ilusionismo: enumeró los objetivos, los obstáculos que tenía que superar y los materiales de los que disponía. Esta vez, más que hacer que una mujer apareciera y después de convertirla en fuego emergiese transformada en mariposa, su objetivo consistía en diseñar y construir un peso ligero, un dispositivo que se las arreglase para hacer de un tanque un camión a vista de los más meticulosos escrutadores. Los problemas eran numerosos: el Servicio de Inteligencia de los enemigos no dejaría de examinar las sombras y las siluetas de los vehículos en la arena además de los detalles más obvios, así que las sombras que imprimieran las cubiertas en la arena tenían que ser una réplica perfecta de la que imprimirían los camiones reales, y las siluetas habían de ser perfectas, y las huellas que dejaban las bandas de rodadura de los tanques tendrían que ser borradas. Para que fuera práctico, el disfraz tenía además que ser tan simple que unos cuantos hombres pudieran rápidamente ponerlo, incluso en las condiciones más adversas, y quitarlo igual de rápido. La vista de las líneas

debía ser mantenida en todo momento. Por último, el material del que estarían hechos —y no estaba en su mano decidir que esto fuera a ser así— tenía que ser encontrado en cantidad abundante en la Cuenca del Nilo.

Después de reducir la larga lista de problemas con que se encontraba a su mínima expresión, fue de uno en uno. ¿Qué materiales podía obtener con facilidad? ¿Cómo se abriría esa estructura de camión? ¿Cómo se cerraría? ¿Eran mejor los ganchos o los pestillos? ¿De cuantas piezas constaría la estructura: dos, tres, cuatro, quizá más? ¿Podrían colocarse esas piezas todas de una vez o una por una? ¿Las piezas serían reutilizables o desechables? Después de responder cada una de esas cuestiones iba incorporando las respuestas a un dibujo rápido, hasta que la estructura empezó a tomar forma. Gradualmente, fue viajando por los espesos estratos del pensamiento consciente hasta llegar a un lugar al que llamaba «la factoría de ideas», donde reinaba la imaginación, y donde las soluciones florecían. Casi de manera mecánica, su pensamiento se combinaba con una innata creatividad para presentarle una construcción aceptable.

El aparataje para transformar un tanque en un camión —«el escudo solar» lo apodó— estaría hecho con lienzo pintado y extendido sobre dos estructuras plegables de madera. Cada una de las estructuras cubriría la mitad del tanque, desde delante hacia detrás. Cuando se alzara, un escudo solar vagamente parecido a tres cajas rectangulares de diferentes alturas y anchuras puestas juntas, formarían una escalera de tres peldaños desiguales. El primero, una caja cuadrangular que representaba el capó del camión, el segundo más alto y estrecho hacía de cabina del conductor, y el más alto de todos y el más extenso que vendría a ser el remolque del vehículo. Las estructuras estarían engrapadas con clavijas a los lados de los tanques y harían bisagra sobre la torre de comando. Cuando se desenganchara el pestillo, las dos partes de la coraza debían caer una a cada lado, como una patata cortada longitudinalmente. Aunque algunas pulgadas del tanque podrían ser visibles con el escudo solar, normalmente serían protegidas por las ondulaciones del terreno desértico.

—Sobre el papel —dijo Maskelyne agotado cuando mostró sus dibujos a sus hombres a la mañana siguiente— parece que funciona bastante bien.

—Entonces, ¿por qué no nos conformamos con mostrarle a *Jerry* el papel? —dijo con sarcasmo Hill.

Cada uno de los hombres se encargó de una tarea. Robson transformó los apresurados bocetos de Maskelyne en cianotipos, mientras Townsend trataba de ajustar el escudo solar acondicionándolo al tanque para que no fallara el proceso de despliegue, y finalmente se extendiese a lo largo del tanque. Hill y Jack Fuller trataban de moldear una masa de arcilla hasta que cobrara el aspecto de un tanque Matilda, mientras Nails Graham hacía un modelo a escala del aparato. Frank Knox se esforzó en ingeniar una forma de que las huellas de las bandas de rodadura de los tanques se convirtieran en huellas de un camión. Los hombres trabajaron sin descanso durante toda la jornada. Sus ánimos mejoraron cuando por la mañana se hizo oficial

la noticia de que el gigantesco acorazado nazi Bismarck había sido torpedeado y hundido por el crucero Dorsethire, aunque volvieron a atemperarse más tarde cuando se confirmó que el *Afrika Korps* se había hecho completamente con el control del paso de Halfaya. Todas lo que se había ganado en la operación «Brevedad» había desaparecido.

Pero tal y como Maskelyne había prometido, antes de que los muecines musulmanes llamaran a la oración nocturna, el sargento Fuller llevó a Barkas cianotipos, dibujos y un modelo a escala del escudo solar. La idea fue inmediatamente aprobada y Maskelyne recibió la orden de construir un prototipo para mostrárselo al comandante de la 7.^a División Acorazada, el general Michael «Dickie» Creagh.

Mientras la sección esperaba el permiso para ponerse a la obra, Knox dio con la solución para el problema de las huellas. Colaborando con el coronel Meaker de la Sección Experimental de Mecánicos, fabricó una «cola» para el tanque que consistía en una extensión de púas de metal que iría soldada en la parte trasera del tanque. Esta pesada cola remolcada borraría las huellas características de las bandas de rodadura del tanque y en su lugar imprimiría en la arena un facsímil de las huellas de un camión.

Conseguir la madera y los lienzos necesarios para construir el prototipo del escudo solar era fácil: conseguir un tanque sobre el que hacer pruebas iba a ser más difícil. Los ensayos para el «Hacha de Guerra» habían empezado ya, y Wavell había dado orden de que todos los vehículos blindados a los que les funcionaran las ametralladoras fueran enviados al frente, «incluso si tienen desperfectos, les faltan las llantas, y no funcionan perfectamente». Los talleres de reparación no daban abasto tratando de arreglar los vehículos dañados, y los mecánicos no paraban un instante. Muchos de los originales tanques de pega —hechos de madera— fueron repintados y llevados con todo cuidado al frente. Pasó otro día entero antes de que Fuller localizara un Matilda en pésimas condiciones en un hangar de reparación, pero resultaba inutilizable para Maskelyne.

El capitán al mando del taller se negó a escuchar las súplicas de Jasper:

—No se lo prestaría ni aunque usted fuese el mismísimo chofer del Rey, así que quite sus manos de ese trasto. Obedezco órdenes.

Jasper trató de persuadirlo con gentileza:

—Necesitamos que nos lo preste sólo dos días.

—Quite sus malditas pezuñas de mi tanque.

De vuelta en Abbassia, bosquejó la situación a los de la Cuadrilla.

—Hay un Matilda que francamente está bastante mal, pero que podría valemos para lo que nosotros lo necesitamos. El problema es que nosotros no podemos sacarlo del hangar donde lo reparan. Ni siquiera la gente del general Creagh puede ayudarnos en este punto porque no pueden burlar las directivas de Wavell.

En cuanto expuso cuál era la situación caminó arriba y abajo por la tienda,

deteniéndose, como por casualidad, justo detrás de Michael Hill.

—Sin ese tanque no podremos hacer una demostración del escudo solar —siguió, posando una mano paternal sobre el hombro de Hill— y si no podemos hacer esa demostración, se nos acabó el cuento.

Miró de arriba abajo a Hill y preguntó con un susurro:

—¿Tiene alguien alguna idea de cómo podríamos disponer de ese tanque unos cuantos días?

El Sargento Fuller levantó la mano.

—Puedo sugerir, señor, que cumplimentemos los adecuados requisitos de urgencia acudiendo al Depósito de la Compañía de Transporte, señor.

Knox atrajo la atención de Fuller y se colocó el dedo índice verticalmente sobre los fruncidos labios.

Hill se quitó con tranquilidad la mano que Jasper había colocado en su hombro:

—Oh, no, no querrá que... —protestó el soldado raso—. Un *jeep*, podría. Incluso una camioneta quizá. Pero un tanque es otro tipo de pesca, nada que ver. ¿Sabe lo que le hacen a un tipo que se atreve a levantarles un tanque?

Se dio una palmetada en la cabeza.

—No, gracias, tía Mabel. No, de ninguna de las maneras. Los otros hombres cerraron un círculo a su alrededor. A las doce y media de la noche siguiente un *jeep* de la Policía Militar aparcó delante de la turbia iluminación del anexo a donde estaba el tanque en reparación. Había sido convertido en una especie de garage para urgencias y dentro había sólo dos Matildas estropeados. Un cabo aburrido, con el rifle colgado sobre el hombro, estaba parado casualmente delante de la puerta abierta del garage.

Un soldado raso saltó de la parte de atrás *del jeep*, con el casco tapándole los ojos y el lado izquierdo de su bigote —dibujado a lápiz— ligeramente inclinado. El cabo no prestó demasiada atención al bigote entonces, aunque más tarde recordaría ese detalle cuando fue interrogado.

—Relevo —anunció el soldado raso.

El cabo no lo reconoció.

—Eres nuevo.

El soldado Hill asintió.

—Llegué esta mañana, de Creta. Supuse que me iban a dar unos cuantos días, pero tenían otros planes. No tuve ni siquiera tiempo de desempaquetar.

—¿Y qué pasa por allí? ¿Está mal la cosa?

—Bastante mal —confirmó Hill—, los malditos paracaidistas nazis están por todas partes.

El cabo consultó su reloj.

—Ya sabes que llegas pronto.

—No sé nada. El sargento de guardia me dijo, métete en el *jeep* y me metí en *el jeep*. Me dice, sal del *jeep* y yo salgo del *jeep* —Hill dirigió la mirada al garage—.

¿Hay algo por aquí que haya que vigilar?

El cabo soltó una risita.

—¿Aquí? Tenemos dos latas de conservas machacadas ahí dentro. A menos que alguien venga a buscar chatarra, no creo que tengas que preocuparte de nada.

—¿Y dónde están los mecánicos? Pensé que ellos trabajaban toda la noche.

—Salieron a tomar su bocado de medianoche. Tampoco esperes que vengan muy pronto. Al Sargento le gusta mojar en mucho vino sus comidas.

Después de un rato de charla el cabo se subió *al jeep*, al lado de Graham, y Robson arrancó llevándosele lejos. En cuanto desaparecieron de su vista, el siempre correcto Fuller, asustado y lamentándose de tener que romper de manera tan increíble el procedimiento militar, hizo unas señales con su linterna desde la puerta del garaje y la Cuadrilla se puso a trabajar.

Diez minutos pasaron antes de que el agotado guarda abriera los ojos y se diese cuenta de que *el jeep* en el que viajaba había tomado una dirección errónea. Se inclinó hacia delante y puso una mano en el hombro de Robson.

—Me parece —le dijo— que vas por camino equivocado.

Bill se giró lo suficiente hacia el guarda como ver que llevaba puestas unas gafas de sol.

—Lo que tú digas —dijo complaciente y siguió conduciendo. Graham, posando una mano en el hombro del guarda, lo echó hacia atrás.

Cuando una cuadrilla de policía militar localizó dos días más tarde la Sección Experimental de Camuflaje, el único vehículo en la zona era un vulgar camión de diez toneladas aparcado por allí. Maskelyne negó rotundamente saber nada del hurto del que le hablaban.

—¿Un tanque? Vaya —dijo haciéndose el sorprendido—. Eso ya es de otra liga. Yo puedo sacar un conejo de una chistera si eso es lo que quieren, o un canario de una jaula, pero ¿un tanque? Eso es demasiado para mí.

—¿Este es uno de ellos? —le preguntó el policía militar al centinela del taller de reparaciones, señalando a Maskelyne.

El cabo se pasó una mano por el pelo.

—El tipo al que yo vi era más bajo que éste, y tenía un aspecto de bufón.

Frank observó a Hill, que estaba luchando con el instinto de responderle.

—No pudo haber sido ninguno de mis hombres entonces —dijo Jasper—. ¿Por qué no busca en los Ingenieros Mecánicos? Siempre están gastándose bromas y unos cuantos de ellos realmente parecen bufones.

Robson agachó la cabeza lo suficiente como para ocultar su risita.

Jack Fuller se encontraba en El Cairo con Graham a salvo de la inspección de los policías militares, pues aunque lo habían convencido de que participara en el hurto, temían que sus años de rectitud militar fueran lo suficientemente fuertes como para que los delatara.

El prototipo del «escudo solar» pesaba solamente treinta libras. Los exámenes

que se realizaron con el Matilda «prestado» demostraron que podía ser rápidamente colocado con un golpe seco por dos hombres, y ser desecho tan rápidamente tirando del pestillo. Plegado, el aparato no tenía más que dos pies y seis pulgadas de ancho, así que una simple camioneta podría transportar una veintena de ellos. Sólo quedaba por responder una cuestión: ¿Se parecería lo suficiente a un camión como para engañar a los alemanes?

Primero había que engañar a los generales.

La mañana del lunes, 2 de junio de 1941, era apaciblemente cálida y clara. Una benigna lluvia nocturna había limpiado el Delta dejándolo centelleante. El general Creagh, el teniente coronel Solly, comandante en jefe del cuerpo de Ingenieros en Oriente Medio, Maskelyne con la mayoría de los componentes de la Cuadrilla Mágica, el mayor Barkas y un pequeño grupo de oficiales de la 7.^a División Acorazada, con sus ayudantes, esperaban encima de una duna echando un vistazo a la llanura de arenas ondulantes. Por encima de ellos un Auster en vuelo lento hacía labores de vigilancia, haciendo barridos pendulantes preparándose para la presumiblemente fácil tarea de encontrar un tanque escondido entre una manada de camiones corrientes.

Aunque Maskelyne sabía que el futuro de su sección iba a decidirse en los próximos minutos, la mayoría de los oficiales de la 7.^a Acorazada consideraba aquella demostración como un bienvenido descanso después de un fin de semana desastroso. El día antes, el crucero Calcuta había sido hundido por bombarderos Junkers, haciendo que las pérdidas de la Batalla de Creta se elevaran a tres cruceros y seis destructores, a los que se había de sumar un carguero, tres acorazados, seis cruceros y siete destructores que habían resultado seriamente dañados. No se había hecho público el número de heridos, pero al menos mil hombres habían muerto ya en aquella campaña y otros diez mil habían sido hechos prisioneros. Así que los oficiales de rango agradecieron la oportunidad de presenciar lo que les había preparado el famoso mago Jasper Maskelyne, considerándolo una ocasión de escapar de las frías matemáticas de la guerra.

Después de una breve espera sobre la duna, uno de los ayudantes señaló a la distancia y anunció:

—Ahí están.

Todos los componentes del grupo levantaron sus prismáticos a la par y los dirigieron a una creciente nube de arena. Maskelyne permaneció impassible con los demás miembros de la Cuadrilla, con excepción de Knox, que iba en el tanque operando con el escudo solar. A través de sus binoculares Jasper podía ver los grandes camiones avanzando como una colonia de hormigas pesadas. Su boca estaba tan seca como el desierto.

El mayor Barkas, que sabiamente había preferido no hacer preguntas sobre la

procedencia del tanque y había apoyado la operación prestando a una tripulación experimentada para que lo condujera, estaba junto a Maskelyne mirando por sus prismáticos.

—Parece bastante bueno desde tan lejos —dijo críticamente.

A una milla de la duna donde se encontraban los observadores, la caravana de camiones se partió en dos líneas paralelas de cinco vehículos cada una. En el aire, el Auster descendió súbitamente sobre ellos. Jasper intentó disimular su nerviosismo forzando una tos. Miraba con todo detalle el escudo solar. Estaba cubierto con una delgada capa de polvo, pero parecía destacar en su fila como una señal de stop coloreada con colores muy brillantes. Repentinamente se dio cuenta de que la pintura había sido una chapuza.

—Es un color equivocado —le susurró urgentemente a Robson—. ¿Cómo hemos podido equivocarnos de color?

—Está bien Jay —le dijo el viñetista tranquilizador—. Relájate.

La falange de camiones tronaron pasando a unas millas de distancia sin que ni uno solo de los oficiales de la 7.^a División Acorazada descubriese el tanque. El estrépito de los vehículos levantaba una ola de arena que oscurecía parcialmente la visión de la retaguardia. Un mayor de la 7.^a Acorazada se quedó asegurando que eso le parecía poco deportivo, pero Creagh lo calló con una mirada irritada.

—No se trata de un juego, Mayor —le dijo.

Dentro del tanque Frank Knox sudaba a chorros. A insistencias de Jasper y a pesar de su oposición, el Matilda disfrazado había sido situado en el centro de la columna de camiones.

—El mejor lugar para hacer pasar desapercibido cualquier cosa es el lugar más obvio —le explicó Maskelyne—. El público se resiste a buscar allí donde ellos piensan que quieres que busquen.

La explicación no convenció a Knox.

Sobre la duna, Nails Graham estaba silbando una alegre balada para tratar de que no se notara que le templaba el pecho. Fuller hacía estrechos círculos con un pie.

—El segundo de la derecha, empezando por detrás —dijo confiadamente un coronel. Como espectadores de Wimbledon, los observadores dirigieron sus prismáticos a ese camión.

—No, no es ese —corrigió el coronel Solly—. Mire al camión al final de la hilera izquierda. ¿No parece un poco raro?

El piloto del Auster bajó más aún levantando mucha arena.

—No consigo averiguar cuál es el tanque —dijo por la radio—. El disfraz desde aquí es excelente. He tomado fotos desde el aire para los que no se lo crean.

Las hileras de camiones volvieron a formar una sola fila a poco más de cien yardas de donde estaban los observadores. El tanque disimulado encabezaba el desfile.

Cuando se encontraban a ciento cincuenta yardas de la alta duna, el piloto gritó de

repente a través de una tormenta de interferencias:

—Vale, lo tengo, lo tengo. Es el cuarto en la columna, el número cuatro.

Los oficiales apuntaron a ese camión con sus prismáticos. Maskelyne también lo enfocó con curiosidad. Excepto por una tira de lienzo rota que aleteaba suelta, el vehículo era virtualmente indistinguible de los demás. Dos coroneles inmediatamente se mostraron de acuerdo con el piloto. Los demás observadores, incluyendo el general Creagh, no. El General miró a Maskelyne. Jasper se rascó la cabeza.

—¿Y bien? —refunfuñó el mayor de la 7.^a División Acorazada—, ¿dónde demonios está?

Los camiones bramaban muy cerca ya. Cuando el Matilda alcanzó la marca de las setenta y cinco yardas, Knox abrió el pesado escotillón de comando unas pocas pulgadas y agarró el pestillo del escudo solar. Tiró de él como si fuera a abrir una puerta.

—Aquí está —dijo, pero no podía oírse a sí mismo por el ruido del motor.

Cuando los oficiales recorrían la columna, el camión que iba en *cabeza*, de repente se partió con precisión en dos trozos como si hubiese sido cortado por el centro por un monstruoso cuchillo de carnicero. Las dos partes del ingenio cayeron tranquilamente a las arenas del desierto. Como un monstruo surrealista emergiendo de un capullo hecho de madera y lienzo, el Matilda apuntó hacia delante, directamente hacia la duna.

—¡Hey, presto! —musitó Jasper.

Se abrió la escotilla del tanque y Frank salió como si fuera el tipo al que el mago había hecho desaparecer en su caja, y dedicó a los asistentes un entusiasmado saludo. El general Creagh regresó a la duna. Dirigiéndose a Jasper le dijo:

—Por Júpiter, eso sí que es sacar un conejo de una chistera. El general Wavell le estará muy agradecido.

Apretó con fuerza la mano de Jasper diciéndole: «Bien hecho Maskelyne, bien hecho».

Hill, sintiéndose de repente muy ligero, dijo a Robson:

—Yo robé esa maldita cosa, ¿sabes?

El viñetista le replicó:

—Lo sé, pero quizá no sea éste un buen momento para hacer mención de eso.

Además del detallado relato que Creagh le hizo de la demostración, y un igualmente entusiasta informe realizado por Reconocimiento Aéreo, Wavell pidió que otros protectores solares fueran entregados a la 7.^a Acorazada para que ellos los testaran poniéndolos en práctica. Los primeros seis llegaron rotos a los dominios de Creagh debido a los golpes recibidos durante la dura travesía. Jasper, volviendo a los cartones pintados, sustituyó las tres cuartas partes de los conductos de metal por estructuras de madera, y la lona por el lienzo. Nails supervisó la producción de otra media docena de estructuras, que sobrevivieron el viaje hasta donde se encontraba la 7.^a División Acorazada y pasaron todas las minuciosas pruebas que se les impusieron.

Wavell ordenó inmediatamente que el escudo solar de La Cuadrilla Mágica entrara en producción masiva. Los Ingenieros Mecánicos se encargaron de trabajar en la cadena de montaje en un depósito abandonado, pero todo el trabajo se hacía bajo la supervisión de la Cuadrilla. El escudo solar fue clasificado como «alto secreto», dado que podía desperdiciarse el elemento sorpresa si los alemanes se enteraban que los británicos planeaban hacer pasar tanques por camiones. Para asegurar la absoluta confidencialidad, todo el trabajo de producción fue hecho por personal especializado, y cada uno de los operarios del proyecto estaba confinado en las cercanías de la factoría. A los egipcios no se les permitía acercarse siquiera, y cualquiera que fuese sorprendido por los alrededores era detenido. En cuanto el escudo solar de Maskelyne y el borrador de huellas de Frank Knox salían de la cinta de montaje, se metían en camiones y eran enviados.

Los preparativos para la ofensiva «Hacha de Guerra» ya estaban muy avanzados. Cada noche se reunían algunos tanques y se alineaban para que se montaran sobre ellos los escudos de sol. Los eslabones se soldaban manualmente a ambos lados de cada uno y por encima de las llantas, y se ajustaba cada aparato como un traje a cada tanque. Se adiestró a las tripulaciones para que supieran cómo manipular los mecanismos del disfraz y se les exigió que practicasen hasta que lo hicieran convenientemente en menos de cuarenta y cinco segundos.

Una vez que los ajustes sobre el tanque y el adiestramiento de los hombres se completaba, el escudo solar se plegaba y quedaba prendido a la parte trasera del tanque. Había órdenes estrictas de que nada de todo esto fuese mencionado, ni siquiera en la más banal de las conversaciones. Los operadores de radio y teletipos tenían expresamente prohibido referirse al escudo.

Mientras las tripulaciones se ocupaban aprendiendo a manejar los disfraces, y se llenaban los tanques con suficiente comida y agua y municiones, el resto del Ejército del Desierto ya estaba lista para entrar en combate.

El Ejército del Aire aumentó el número de los vuelos de reconocimiento sobre el territorio controlado por el enemigo para tratar de confeccionar una imagen nítida de la disposición de Rommel.

Los policías militares acampaban en la franja del desierto estableciendo estrechos corredores que marcaban con banderas mediante las que harían señales a los acorazados y la infantería en los intervalos prescritos.

Los conductores de los vehículos de transporte y suministro ponían a punto sus motores y cambiaban los filtros para la arena. Se revisaron los repuestos. Se hicieron mapas del cielo de verano para las navegaciones nocturnas por el desierto. Se impidió cualquier viaje innecesario para no consumir el suministro de gasolina. Se levantó un rápido mercado de cantimploras salvadas de los alemanes donde las muy bien fabricadas *jerricans* resultaban mucho más deseables que los agujereados modelos británicos.

En la segunda semana de junio las compañías de infantería empezaron las

maniobras. La mayoría de los soldados escribieron largas cartas a sus familiares y se las dejaron a los capellanes para que las enviaran en caso de que fueran capturados o muertos. Los fusiles, en muy mal estado, se engrasaban a diario, y la ropa se guardaba en tinajas en un intento inútil de salvarla de la arena. Se distribuyeron vendas, más para impedir que las picaduras de insectos se infectasen que para que sirvieran en caso de que se produjera una herida en combate. Tres veces al día bizcocho y tabletas saladas. Los cinturones se llenaron de munición. Se cursaron apuestas acerca del día y la hora en la que el ataque sería lanzado. Los sanitarios prepararon sus instrumentos. Camionetas médicas y ambulancias se dirigieron con toda precaución hacia sus posiciones, tratando por todos los medios de que los soldados no las vieran. Un hospital de campaña fue levantado en la retaguardia con habitaciones donde operar y suministro de todas las clases de sangre.

En las ciudades egipcias proseguía la vida normal, aunque a los mercaderes se les acababan las provisiones y los propietarios de todos los coches llenaban el depósito y algunas latas de reserva. Crecieron los rumores acerca de la amenaza de ataque, y agentes de la «Fuerza A» de Dudley Clarke inventaron relatos para confundir a sus colegas enemigos y hacer que los espías del «Hacha de Guerra» no alcanzaran a precisar cuál era el día señalado y cuáles los objetivos de la batalla que iba a comenzar, y esperaban engañarlos con una multitud de informaciones contradictorias.

El enemigo no dormía. En el desierto, el *Afrika Korps*, febrilmente trataba de salvar las mucho tiempo abandonadas armas italianas y reunía suministros. Mientras tanto, en un intento por impedir que los británicos terminaran con éxito las operaciones de reabastecimiento, la Luftwaffe la emprendió contra el puerto de Alejandría. A lo largo de toda la noche del día 4 de junio escuadrones de bombarderos atacaron el puerto y los alrededores. Ciento setenta personas murieron y doscientas resultaron heridas. Dos noches después los bombarderos regresaron, mataron a otras doscientas treinta personas y dañaron seriamente las instalaciones del puerto. Al día siguiente comenzó una evacuación masiva de la zona y más de cuarenta mil personas fueron trasladadas a distritos más seguros.

Los hombres de la Sección de Camuflaje contemplaban con envidia a las otras unidades que se preparaban para participar en la operación. El papel que tendrían en esa ofensiva había sido reducido a dar el visto bueno a los protectores solares que se producían, una tarea que requería muy poco tiempo y ningún esfuerzo además de ocasionales viajes al desierto para supervisar las reparaciones de las estructuras dañadas o echar una mano instruyendo a las tripulaciones de los tanques en cómo debían utilizarlo. Jasper intentó mantener a sus hombres ocupados mientras él negociaba en «Columnas Grises» tratando de conseguir otro encargo, pero todos sus contactos allí estaban demasiado ocupados con el vasto papeleo exigido por el comienzo de la batalla. Su única liberación del hecho de estar rodeado de guerra sin participar en ella era la magia. Se sumergió en ella y, al menos durante unas cuantas horas cada noche, era capaz de olvidarse de la situación en la que estaba. La Cuadrilla

trabajaba con él, diseñando y construyendo y pintando las cosas necesarias para un espectáculo. Las fechas del *show* que tendría que hacer no habían sido anunciadas, aunque no sería antes de una semana.

Las noches de los sábados eran las más difíciles para él. En casa, las actuaciones de las noches de los sábados fueron siempre las más excitantes de toda la semana. El público llegaba a la sala con el ánimo de fiesta propio de los fines de semana. De vez en cuando, había una fiesta en la que actuar, pero lo más habitual es que Mary y él holgazanearan dando un paseo, pararan para comer y beber algo ligero, y se limitaran sobre todo a disfrutar el uno del otro.

La noche del sábado 14 de junio, estaba solo en el piso de El Cairo que había alquilado pero en el que rara vez dormía desde que estaba en Abbassia. Su viejo baúl lleno de pegatinas de viaje había llegado en un vapor americano a finales de mayo, pero ni siquiera lo había abierto desde que se había puesto a desarrollar el escudo solar. El baúl estaba lleno con artefactos para cien trucos de magia. Su capa negra con sus bolsillos secretos estaba impoluta y lista para ser usada. Los anillos ensartados estaban allí. Ensartados. Como un set de bolas de madera y bolas de acero y bolas vacías, mazos de cartas, y cuerdas, y pizarrines mágicos en los que la palabra «Espíritu» aparecería escrita, y dos cajas de monedas para hacer pequeños trucos con ellas, y dados de diferentes colores y tamaños, y más ropa, tijeras, imanes normales e imanes curvos e imanes pequeños e imanes anchos, y dos sombreros de copa, y unas esposas, y docenas de pañuelos, y un ejemplar de *The Observer* del 14 de enero de 1940 (aunque no podía recordar la razón por la que lo había guardado allí) y unas cuantas varitas mágicas atadas juntas.

Cogió una de las varitas y la sostuvo en su mano derecha. Y luego con la punta tocó ligeramente en el borde del baúl. Y luego empezó a moverla en el aire, haciendo ondas, cada vez más rápido, trazando círculos en el aire con ella. Y cerró los ojos y se sintió terriblemente solo.

Esa misma noche Mike Hill estaba sentado en el centro de un ruidoso grupo de bebedores reunidos en una esquina del Sweet Melody Club, el más estridente de los locales de El Cairo, contando su chiste favorito: «Había tres *jerries* metidos en un Volk cuando el motor hace *kaput*. El primero de ellos dice: Escuchad, colegas, voy a sacar el radiador porque si hace demasiado calor podremos bebernos el agua. El segundo dice: yo voy a coger el tapacubos porque si hace demasiada calor nos lo podremos poner sobre las cabezas para que nos dé sombra...».

Bill Robson echó hacia atrás su silla hasta apoyarla en el cerco que había sido erigido para proteger al grupo de los ladrones de botellas y los soldados, y sorbió su cerveza. Con Hill en tan buena forma pasaría un buen rato antes de que nadie pudiese hablar. Nails Graham se echó hacia delante para escuchar lo que quedaba de chiste. Esto es lo que él había esperado que fuese el Ejército, buenos colegas tomándose un trago y contándose cosas después un duro día de trabajo, y sentiría nostalgia al recordar las sensaciones de esas noches. Incluso Jack Fuller parecía satisfecho.

Aunque el veterano del ejército jamás lo admitiría, estaba empezando a sentirse dichoso de haber formado parte del disparatado grupo de Maskelyne. Al menos la experiencia le prestaría un montón de historias con las que calentar las noches de invierno en el cuartel del Regimiento.

Se habían unido a algunos «Ratas del Desierto» y algunos zapadores heridos, más algunos de los menos mojigatos hombres y mujeres de la NAAFI, la organización de soldados de cantimplora.

—... así que el tercero se pone a pensar un rato y dice: vale, yo voy a quitar las puertas y cargar con ellas. Los otros lo miran como si se hubiese vuelto bobo, y el primero le pregunta para qué demonios va a hacer una cosa así. Así que le dice: está claro, si hace demasiada calor, puedo bajar las ventanillas.

Todos se carcajearon, aunque la mayoría ya sabía el chiste. Pero los ánimos estaban por las nubes al comenzar la noche.

A lo lejos, una bronca parecía llegar a una conclusión violenta casi ahogando la versión que la banda de músicos hacía de «Over the Rainbow». Ningún agitador utilizaba otra cosa que no fuesen los puños, así que lo mejor era dejarlos en paz hasta que se cansasen.

Uno de los hombres de la NAAFI contó algunos relatos obscenos sobre el Rey egipcio Farouk y la claque de los jóvenes oficiales británicos le rodeó. Luego todos los de la reunión hicieron una ronda alborotadora del «Benditos sean» y se lanzaron numerosos brindis en honor de las tripulaciones del Ark Royal, el King George, el Rodney y el Dorsethire, que habían sido atacados y hundido por el temible Bismarck. Se propusieron nuevos brindis por los heroicos defensores de Creta, que finalmente habían sido arrollados por los paracaidistas alemanes.

Mucho más tarde, el espíritu de aquella noche volvería a ellos. Después de que sus voces se elevaran arrojando promesas, como suele suceder, un incómodo silencio los sobrecogió. Grandes grupos divididos en muchos fragmentos y murmullos de cosas serias llenaron el bar. La mayoría de los que allí estaban fueron saliendo. El grupo terminó sus celebraciones y se recogió y nadie se dio cuenta. Una cosa era batallar contra Rommel, otra muy distinta arrostrar los propios miedos.

El perfume del combate ya estaba en el aire. Llenaba el aire de tal manera que cuanto más bebieran los hombres más sobrios estaban.

No se había expedido ninguna orden oficial, pero todo el mundo sabía que el «Hacha de Guerra» había comenzado por fin.

Jasper encontró la caña de pesca buceando en el baúl, bajo una bolsa de telas de terciopelo negro. Lo usó por primera vez para «cazar» un pez en una actuación durante su triunfal gira africana de 1930. Una noche, en Sudáfrica, recordaba, su espectáculo de magia occidental fue interrumpido por un diluvio de grandes pedruscos, y un hechicero zulú apareció en su camerino para acusarle de robarle la

tormenta. El hombre exigía que le pagara, y cuando Maskelyne se negó, empezó a hacer maleficios asesinos. Jasper se había visto forzado a vivir con eso. Dejó la caña de pesca cerca de los imanes.

Mientras levantaba una jaula de pájaros inservible se dio cuenta de que alguien lo estaba mirando desde la puerta. No escuchó ni vio a nadie, pero sabía con toda certeza que había alguien allí.

Frank Knox hizo ruidos como para aclarar su garganta. Mientras Jasper se levantaba, el profesor pedía perdón:

—No estoy ahí desde hace mucho. Era sólo que...

—Vale, sólo estaba poniendo en orden estos viejos cacharros, entra.

Knox no se movió de la puerta, como si se lo impidiese un gran peso.

—Han sido movilizados esta noche —dijo—. Ha empezado.

Este era el modo común en el que las noticias de la guerra llegaban a la gente que estaba en ella.



V

Una luna en cuarto creciente enganchada al cielo del desierto proporcionaba la suficiente luz como para dibujar siluetas oscuras moviéndose por el área de acción de infantería. Se había declarado un apagón total mientras las tropas de Wavell aguardaban órdenes para retirarse. De vez en cuando, algunos elementos del equipo chocaban y producían un estruendo, o alguien daba una palmada para matar a un insecto, o fuera en la oscuridad un perro medio salvaje aullaba, pero, por lo demás, el desierto parecía estar en una extraña calma. Nadie dormía. Los soldados se sentaban en pequeños grupos para revisar las armas o ennegrecerse con carbón de leña húmedo sus pieles pálidas para poder fundirse mejor con la oscuridad de la noche. Hablaban en susurros y, sobre todo, acerca de la batalla. Los hombres que habían participado en un ataque tranquilizaban a los que entrarían en acción por primera vez: «para el que consiga sobrevivir los primeros quince minutos, sus posibilidades de llegar hasta el final ascienden a un cincuenta por ciento».

Los sargentos caminaban entre sus escuadras, examinando al pelotón y las cantinas, y ofreciéndoles píldoras de sal y ánimos. «Nos vemos en Trípoli», era la expresión de buena suerte.

Por naturaleza, aquéllos que iban en tanques eran más fatalistas. Los protectores solares habían estado sobre los cascos durante dos días mientras la Fuerza Occidental del Desierto se movía para colocarse en posición al ataque. Los tanques dirigirían la ofensiva al amanecer, momento en que se desharían de los camuflajes.

Aunque nadie podría haberlo sabido en aquel momento, las semanas de preparación de alto secreto fueron para nada. Durante el día, los operadores de radio alemanes que circulaban por el desierto en furgonetas de comunicaciones habían estado interceptando transmisiones sin codificar entre las jefaturas británicas y las unidades de vanguardia que indicaban que el ataque se lanzaría aquella noche. Al principio, los incrédulos operadores se negaban a creer que los británicos señalaran sus planes de una manera tan negligente, pero con el avance del día, estaba cada vez más claro que la Fuerza Occidental del Desierto se estaba preparando para entrar en acción. Rommel le ordenó al *Afrika Korps* que se pusiera en alerta máxima.

El general Wavell había pospuesto el ataque tanto como le había sido posible, pero finalmente tuvo que rendirse a las demandas devastadoras de Churchill. Horas antes de aquella noche le había indicado a la Oficina de Guerra en Londres:

«Considero que es correcto que les informe de que las perspectivas de éxito que aguardan a esta operación son, en mi opinión, dudosas», y dicho esto, reacio, les ordenó a sus oficiales de campo que comenzaran las operaciones.

Los objetivos de la operación «Hacha de Guerra» eran similares a los de la operación «Brevedad». Wavell esperaba poder expulsar al *Afrika Korps* de los accesos vitales a la meseta del desierto, pero entonces decidió avanzar para aliviar a la guarnición de Tobruk. Sobre el papel, su ejército gozaba de superioridad numérica frente al enemigo, pero él sabía que esto podría resultar engañoso. La Fuerza Occidental del Desierto no había tenido el suficiente tiempo de equipar correctamente a los nuevos cuerpos de tanques para las condiciones del desierto ni de ofrecerles instrucción a sus equipos sobre los rudimentos de este tipo especial de guerra.

Justo a la 1.45 de la madrugada del 15 de junio, el silencio de la noche del desierto se rompió en pedazos con una serie de silbidos agudos. «¡Arriba!» era la orden que corría por toda la línea. Miles de soldados se levantaron y se sacudieron la humedad de sus cuerpos, después se subieron a la parte posterior de los camiones de diez toneladas para emprender el camino al campo de batalla.

El 11.º Batallón de la División hindú, reforzada con un escuadrón de tanques de la 4.ª Acorazada, barrería toda la costa y se abriría camino a través del paso de Halfaya, y entonces procedería hasta el pequeño puerto de Sollum. Los tanques restantes de la 4.ª Acorazada se acoplarían a la 4.ª División hindú y a la 22.ª Guardia (Motorizada) para tomar Fort Capuzzo, luego se dirigirían a la derecha para unirse al 11.º Batallón hindú para el ataque en Sollum. La 7.ª Acorazada protegería el flanco izquierdo luchando contra los tanques enemigos en la cima de la colina Hafid.

En los rugosos acantilados que miran al paso de Halfaya, en Fort Capuzzo, y en los puestos de avanzada que rodean la colina de Hafid, unos artilleros alemanes e italianos firmemente emplazados esperaban con paciencia.

El avance de los británicos progresaba con suavidad a través de la noche. Se realizó un contacto ocasional con patrullas enemigas, pero en el cuartel general aún pensaban que cabía la posibilidad de sorprenderlos.

Justo después del amanecer, los equipos antiaéreos de 88 mm de Rommel, que permanecían ocultos en las crestas pedregosas del paso de Halfaya, divisaron cómo, en una bruma matutina, se materializaba una larga columna de tanques británicos. El capitán Wilhelm Bach, que estaba al frente de estas posiciones armadas, advirtió con severidad a sus tropas que no abrieran fuego hasta que todos los tanques enemigos hubieran caído en la trampa. «Falta mucho todavía», les recordó aquel barrigudo que en otros tiempos fuera pastor luterano.

La columna de tanques se detuvo con cautela en la boca del paso, entonces avanzó con un ruido sordo. Los protectores solares se habían quitado antes del amanecer para fijarlos a los cascos. Los conductores mantenían una distancia prudente entre los tanques, y eran casi las 9 de la mañana cuando el último Matilda entró en el paso de Halfaya. A las 9.15, el mando del escuadrón, el mayor C.

G. Miles, que avanzaba en el tanque que iba a la cabeza comunicó por radio al Cuartel General el código «Posición rosas», que informaba de que el avance procedía sin oposición. Después de finalizar su transmisión, Miles dejó el micrófono y le dijo de forma siniestra a su conductor: «Parece que tenemos a Rommel justo donde queremos. En ninguna otra parte que no sea aquí». Algunos segundos después estaba muerto.

El 88 del pastor Bach abrió fuego casi a quemarropa, convirtiendo el paso en una sangrienta galería de tiros.

En pocos minutos, once de los doce tanques de Miles estaban ardiendo. Una segunda escuadrilla acudió en su ayuda y se quedó colgada entre un campo de minas y los cañones antiaéreos mortalmente precisos. La infantería hindú intentó abrirse paso hasta las posiciones armadas, pero sufrió numerosas bajas, y esto forzó a muchos soldados a protegerse detrás de las rocas abrasadas al pie de los acantilados. Se quedaron allí durante todo el día, a 49 grados, contemplando el horror. Se montó un tercer ataque y ellos lo abortaron con arrogancia. La cuarta tentativa de atacar a las baterías alemanas falló. Las armas asesinas de Bach acabaron con la quinta. Para el anochecer, el paso era una tarta gigante decorada con sus velas encendidas. Una nube espesa de humo cáustico se cernía sobre el campo de batalla, quemando los ojos de los supervivientes mientras caminaban o se arrastraban por el paso. Fue en aquel día soleado de junio cuando nació la leyenda del paso de *Hellfire*.

En la cima de Hafid, otra batería de 88 mm alemanes detuvo a la 7.^a Acorazada de Creagh, aunque la 4.^a Acorazada irrumpió con éxito en Fort Capuzzo, después los derrotó con un furioso contraataque mientras la 22.^a Guardia cavaba en los montecillos.

La Sección de Camuflaje de Maskelyne se pasó el día perdiendo el tiempo en la tienda de campaña principal, como si ésta fuera toda su conexión con la batalla. Trabajar resultaba imposible. Los hombres eliminaban su energía nerviosa caminando energicamente por la zona, discutiendo tonterías, fumando compulsivamente y ofreciendo brindis esperanzadores con refrescos.

—Todavía nada —anunció Fuller en las últimas horas de la tarde, después de haber hecho un barrido por todo El Cairo para recoger la última hornada de rumores.

—¿Piensas que estar en la batalla te convierte en un hombre mejor? —preguntó Hill, pensando en si se estaba perdiendo algo importante mientras permanecía allí sentado, sano y salvo en el Valle.

—Si sobrevives, supongo que sí —decidió Graham, que estaba tallando un modelo de avión a partir de un bloque de madera.

Knox no estaba seguro.

—Quizá te proporciona una oleada de confianza en ti mismo, pero en cuanto a lo que te quede... —Sacudió la cabeza.

—¿Preferirías estar allí fuera y que te dispararan? —reflexionó Robson acerca de la cuestión.

Hill se encogió de hombros.

—Quizá.

Townsend lo miró con dudas, y se rió.

—Venga ya, Hill...

—No lo sé. Sólo te digo que tengo una sensación rara, ya sabes. Quiero decir, aquí estoy, bebiendo refrescos y contemplando el atardecer, tan seguro como el rey en una fiesta de disfraces, y sólo algunas millas más allá, diez mil de los «Ratas» están cenando arena. Los que todavía estén vivos, claro está —miró fijamente hacia el suelo—. No me parece correcto, eso es todo.

Maskelyne estaba prensando algo de tabaco egipcio en su pipa.

—Todos tenemos un papel que interpretar —le dijo, pero en su interior sabía exactamente lo que sentía el soldado Hill.

Para la mañana del 16 de junio, Rommel se había enterado por transmisiones interceptadas de radio que Wavell había lanzado todo lo que tenía durante el primer día de batalla, y que casi la mitad de los doscientos tanques de la Fuerza Occidental del Desierto había sido destruida o estaba averiada. Era libre, por tanto, de jugar su propia mano, y pidió que sus reservas entraran en la batalla. En Fort Capuzzo, los británicos atrincherados quitaron de en medio en menos de seis horas a cincuenta de los ochenta tanques de la 4.^a División Panzer, pero la 5.^a División Ligera se abrió paso por la cima de Hafid y amenazó con cercar a todo el ejército que estaba atacando. Wavell voló hasta el frente.

«Hacha de Guerra» estaba patas arriba. La 7.^a Acorazada había sido reducida a veinticinco tanques. Casi todos los sistemas de comunicaciones estaban averiados, y Rommel leía con placer los pocos mensajes que conseguían llegar. A primeras horas del 17, el cuarto comandante hindú, el general mayor F. W. Messervy, incapaz entrar en contacto con el cuartel general y con la creencia de que su propia posición en Fort Capuzzo era insostenible, decidió retirarse. Esta acción permitió que la mayoría de la Fuerza Occidental del Desierto escapara de las rápidas y amenazantes tenazas de Rommel. Wavell lo felicitó más tarde por esta decisión, pero le sugirió que debería haber esperado el permiso oficial.

El desastre de «Hacha de Guerra» le costó a los británicos noventa y nueve tanques, treinta y tres aviones y más de mil muertes. También supuso un golpe severo a la moral. Los Matildas destrozados no podían compararse de ninguna manera a los firmes 88, y las comunicaciones negligentes habían dejado a la Fuerza Occidental del Desierto sin ocasión para sorprender al enemigo. Mientras las tropas fatigadas por la batalla se amontonaban en campos en la retaguardia, y más adelante en las ciudades del delta, sólo se hablaba del genial Rommel. De nuevo, las historias sobre su

Fingerspitzengefühl, su sexto sentido, se extendían por todo Egipto. Un cabo que había recibido un balazo en el hombro durante la batalla del cementerio militar de Capuzzo le dijo a Townsend: «Conocía cada uno de nuestros malditos movimientos antes de que los hiciéramos. Ni siquiera podíamos ir al water sin que él estuviera allí para tirar de la cadena». El Estado Mayor, temeroso de enfrentarse a las consecuencias de tener que reenviar a unas tropas ya desmoralizadas y que creían que el enemigo estaba dirigido por un comandante que tenía poderes sobrehumanos, lanzó una campaña intensiva diseñada para detener la deificación de Erwin Rommel. Las historias que infiltraban tenían el objeto de destruir el mito del *Zorro del Desierto* haciendo publicidad de sus debilidades humanas. Algunas eran invenciones totales, mientras que otras estaban basadas vagamente en hechos reales. El general Rommel sufría reumatismo, por ejemplo, pero se exageró hasta el extremo el grado de su enfermedad para conseguir el efecto deseado.

«Resulta imposible describir el temor que los hombres de aquí le tienen a ese Rommel», le dijo Jasper a Mary aquel día en la carta que le escribía cada noche.

Creen firmemente que es una especie de superhombre, capaz de increíbles hazañas mágicas. Quien intente contradecir esta convicción, se arriesga a enzarzarse en una pelea. Cuando oigo estas conversaciones no puedo dejar de pensar lo que mi abuelo se habría reído de ellos. «Os enseñaré magia, os mostraré el nacimiento de un niño o el olor de una rosa o una puesta de sol, eso es magia. ¿Pero un soldado en el campo? Destreza y preparación, destreza y preparación». En cuanto a mí, creo que es sin duda un genio de la táctica, probablemente superior a nuestros mejores generales, pero nuestra familia ha desacreditado ya a demasiados charlatanes que se engrandecían a sí mismos como para que yo me crea que hay alguien que tiene auténticos poderes mágicos.

Ella le respondió informándole de que los periódicos en Inglaterra «no cesan de hablar sobre Rommel. Por la manera en que escriben sobre él, podría pensarse que es él quien lidera a nuestros muchachos más que a los nazis. ¿No sería maravilloso, sin embargo, poder hacer algo de auténtica magia? Así podrías agitar la varita y hacer que todo acabara y volveríamos a estar juntos. ¿Rommel no tiene esposa?».

Sin embargo, Maskelyne no tenía tiempo para discutir sobre los poderes de Rommel, dado que él y sus hombres estaban demasiado ocupados intentando hacer desaparecer un puerto entero. El mayor Barkas llegó a la Sección de Camuflaje el 18 de junio, incluso antes de que se conociera el grado que había alcanzado la derrota de «Hacha de Guerra». Estaba sin afeitarse y tenía los ojos hinchados, lo que dejaba patente que no había dormido mucho durante algún tiempo. Como jefe de camuflaje de Oriente Medio, el mayor era responsable de mantener una extensa organización productiva, con una estructura libre, y lo estaba consiguiendo con su personalidad y su arrojo. Pero el trabajo se estaba cobrando su precio.

Tomaron café caliente que Hill había conseguido, del verdadero, en lugar de ese sucedáneo fangoso que solían tomar, y Barkas se quedó mirando fijamente su taza durante mucho tiempo en silencio. Entonces, alejando de su mente con un suspiro profundo los recuerdos de los últimos días, cuadró los hombros y se fue a trabajar.

—Es infernal —dijo sin rodeos—. Allí fuera vimos la muerte con esos 88... —se detuvo brevemente y comenzó a sumergirse de nuevo en «Hacha de Guerra», pero consiguió dominar el momento—. Bien, se zamparon a nuestros muchachos. No tenemos nada que se pueda hacer frente a esas armas. Y Rommel...

Jasper movió la cabeza. Él lo sabía.

—Tus escudos protectores funcionaron muy bien, en la medida en que los utilizamos. No se trataba de eso, sino de Rommel. Parecía saber todo lo que íbamos a hacer. Cada movimiento. Fue un espectáculo increíble, realmente.

—¿*Fingerspitzengefühl*?

El Comandante esbozó una débil sonrisa.

—Quizá se trate más de buenos agentes de Inteligencia, y de un trabajo negligente por nuestra parte —se detuvo brevemente para tomar un sorbo de café—. No se preocupe por sus escudos, nos serán útiles más adelante, acuérdesse de lo que le digo. Éste no es el final, ya sabe.

—Por supuesto que no.

—El problema lo tenemos justo ahora. Por eso estoy aquí.

En una esquina de la tienda, Maskelyne había erigido un mapa sobre una mesa de arena, con la intención de utilizarlo como desierto en miniatura sobre el que poder probar ideas de camuflaje. Barkas dejó su taza y se dirigió hacia la mesa.

—Mire esto. —Jasper fue hacia él.

—Sabemos que pasará algo de tiempo antes de que Rommel vuelva a ser lo bastante fuerte como para avanzar otra vez. Tiene que lamerse aún sus propias heridas, ya sabe. Si podemos volver a equipar a nuestra gente antes de que él consiga sus elementos vitales a través del desierto, es nuestro. Pero si puede organizar un gran ataque antes, cenará en Shepherds. Esto se ha convertido en una mera carrera de recursos. Aquí está la clave —continuó Barkas, pasando el dedo a través de la arena hasta una minúscula bandera roja, blanca y azul de Gran Bretaña, que ondeaba en un palillo de dientes cerca del borde de la mesa—. Aquí. En el puerto de Alejandría —hundió su dedo profundamente en la arena—. Saben que necesitamos mantenerlo abierto desesperadamente. Lo han estado bombardeando con bastante regularidad; pero con la campaña en vista, quién sabe qué arrojarán sobre nosotros. La defensa aérea está moviendo todas las armas *ack-ack*^[2] que son capaces de suministrar, y la RAF nos proporcionará toda la protección que puedan, pero debemos poner todos nuestros esfuerzos.

—Usted quiere que nosotros intentemos camuflarlo.

Barkas lo miró con severidad.

—Quiero que su gente oculte ese lugar de manera tan perfecta que ni Farouk sea capaz de encontrarlo aunque vaya en un bote a remo.

Jasper jugueteó con su dedo índice haciendo remolinos en la arena. El puerto de

Alejandría era, con diferencia, el escenario más grande en que ningún mago hubiera actuado jamás. Durante su carrera, había hecho desaparecer motocicletas y mujeres y cajas e incluso un elefante de cuando en cuando, pero un puerto entero era un asunto completamente diferente. Y aquí no tendría paredes falsas, ni puertas secretas ni cortinas negras de terciopelo que le ayudasen a hacerlo posible. Se emocionó con el desafío.

—Creo que podemos intentarlo.

Barkas sonrió por primera vez durante toda la mañana ante esta demostración de confianza.

—¡Bravo! El comando del puerto os quiere allí mismo de inmediato. Ya he organizado vuestro transporte.

—¿Sabía usted que iba a decir que sí?

—Sabía que no podría resistirse.

A las primeras horas del día siguiente, Jasper y la Cuadrilla Mágica estaban en un acantilado con vistas al desordenado puerto. Apretados en una zona del tamaño de una pequeña aldea había cargueros y transportes y barcos patrulla y barcazas, remolques, buques nodriza y enormes pescantes, camiones de plataforma plana y camiones contenedores, equipo de transporte de carga y montañas de cajones de embalaje, almacenes, edificios de oficinas con techos muy bajos, garajes, incluso viviendas temporales para miles de trabajadores. Y vigilando la entrada de este bullicioso puerto estaba el faro gigante en la isla de Pharos, descendiente directo de una de las siete maravillas del mundo antiguo.

Esconder de la Luftwaffe una zona de este tamaño y con tanta actividad parecía una tarea imposible, incluso teniendo en cuenta que los bombarderos enemigos habían restringido hasta el momento sus ataques a la franja horaria nocturna.

Después de recorrer el puerto, la Cuadrilla estableció su cuartel de operaciones en una choza Nissen y allí se pasaron el día negociando ideas extravagantes. Ted Graham sugirió estrechar grandes láminas de lona por encima de muchos de los barcos y edificios para que se fundieran con las aguas del puerto, como habían hecho con cierto éxito en Inglaterra.

—Cambiamos el patrón visual del lugar.

Jasper rechazó su propuesta.

—Nuestro trabajo no consiste en camuflar algunas partes. De alguna manera, se supone que debemos ocultarlo todo.

Robson, el dibujante, que disfrutaba al máximo bordeando el reino de lo imposible y lo absurdo, preguntó si se podrían utilizar espejos gigantes para confundir a los bombarderos enemigos.

—Se podría hacer —aceptó Maskelyne—, hasta que saltaran en pedazos con el estrago de la primera bomba.

—Entonces sí que seríamos verdaderos candidatos a una racha de mala suerte —señaló Hill.

Aunque en estas sesiones de testosterona surgían a menudo conceptos útiles, de esta reunión no salió nada práctico. La cena se sirvió en la choza para que no tuvieran que interrumpir trabajo, pero a las diez de la noche, justo cuando Radio Belgrado comenzó su popular emisión nocturna de Lale Andersen, que cantaba la versión alemana de «Lili Marlen», escucharon cómo bramaban desde el desierto, a baja altura, unos Junkers 88 y bombarderos Savoia S-79 enemigos. Las sirenas de incursión aérea gritaron en medio de la noche. En unos segundos, miles de hombres corrían ya a sus puestos, o a los refugios, muchos de ellos poniéndose la ropa y los cascos mientras gateaban hacia un lugar seguro. Se apagaron todas las luces del puerto. Algunos de los barcos anclados accionaron el vapor por si tenían que salir huyendo del puerto. Una escuadrilla de Hurricanes de la RAF, alentados por los P-40 Tomahawks americanos, voló para encontrarse con la Luftwaffe. Baterías de cañones Bofors comenzaron a agujerear el cielo con fuego antiaéreo, incluso antes de que los bombarderos fueran visibles.

La puerta de la choza Nissen de la Cuadrilla se abrió de un golpe y un cabo se inclinó para entrar. «Por aquí, por favor, caballeros», les dijo con voz severa, y los condujo a una profunda trinchera. No podían ver el puerto desde esta posición segura, pero tampoco importaba. Los aviones luchaban directamente sobre sus cabezas, en un cielo fríamente iluminado por el amarillo pálido de las llamaradas de las descargas de artillería, y por reflectores que dibujaban carreteras de luz plateada en la noche. El *ack-ack* hirió a uno de los Savoias italianos, pero se escabulló entre un cielo encapotado con nubes altas.

Las aguas del puerto sofocaban muchos de los truenos de las bombas enemigas, pero impactaron los suficientes sobre blancos sólidos como para hacer que la tierra se estremeciera a miles de yardas de su punto de impacto.

—¡Bien! —gritó Robson por encima del estrépito. Con el nerviosismo, sus gafas no paraban de resbalársele por la nariz.

—Si te gustan éstos —gritó Hill justo después— deberías haber estado en Londres.

Visto desde la cabina del bombardero, el puerto de Alejandría era un blanco fácilmente distinguible. Un grupo de pioneros se dirigió hacia el interior del faro, que era visible desde las profundidades del desierto, después siguió la línea familiar de la costa egipcia e iluminó el puerto con bombas incendiarias. Oleadas subsecuentes de pilotos soltaron sus cargas mortales entre los brillantes fuegos ardientes. Salvo por los molestos combatientes británicos y los persistentes artilleros del AA, resultaba un ataque de golpe y fuga relativamente simple.

La incursión duró solamente veinte minutos. Dos almacenes, seis camiones y un pescante fueron destruidos. Un edificio de oficinas desocupado recibió un golpe directo. Algunos tiros errados hicieron volcar a dos barcos pequeños. Un embarcadero estaba dañado gravemente por el fuego. Una pila de ataúdes que esperaban a ser transportados en un viaje de regreso a casa saltó por los aires. Los

fuegos se controlaron rápidamente pero no pudieron extinguirse durante muchas horas.

Dentro de la choza de Nissen se había encendido un fuego de carbón para alimentar una ancha estufa. La Cuadrilla se apiñó a su alrededor como un grupo de pescadores de Newcastle en víspera del crudo invierno y siguió intentando encontrar una manera de camuflar el puerto. Jasper se sentó aparte, en la única mesa del cuarto, examinando detallados mapas topográficos suministrados por el Cuerpo Real de Ingenieros. Era casi medianoche cuando se inclinó sobre la espalda de su silla y anunció: «Muy bien. Lo he conseguido».

—Bien —dijo Knox algo malhumorado—, ya era hora.

Los hombres se reunieron en torno a la mesa.

—Para empezar —dijo Maskelyne— el puerto es simplemente demasiado grande como para que nosotros podamos hacer algo con él. No podemos cubrirlo. No podemos disfrazarlo y no podemos ocultarlo. Sólo nos queda una solución, ¿no? —nadie respondió—. Tenemos que moverlo.

—¡Claro! —Hill se dio una palmada en la frente—. ¿Cómo no se me habría ocurrido a mí antes? —dijo en un tono de broma.

Jasper exprimió con habilidad cada gota de curiosidad que tuviera la Cuadrilla. Mientras esperaban a que explicase su increíble solución, se dio unos golpecitos en los grandes bolsillos del jersey de su uniforme en busca de una cerilla y, como no podía encontrar una, simplemente chasqueó los dedos para producir una llama con la que encender su pipa. Knox había notado que Maskelyne sólo interpretaba sus pequeños trucos cuando se sentía absolutamente seguro.

Una vez que encendió la pipa se volvió a reclinar sobre su silla, cruzó las piernas cómodamente, y comenzó su explicación.

—Aproximadamente a finales de siglo mi abuelo presentó una levitación extremadamente realista en el Teatro Egipcio. En una explosión de humo, parecía volar por encima del escenario hasta la araña de cristal, donde se posaba y respondía a las preguntas del público —hizo una breve pausa para saborear el aroma del tabaco—. ¿Alguna idea de cómo lo hacía?

—¿Polvos mágicos? —aventuró Robson.

—¿Transposición? —Frank Knox había estado leyendo sobre magia.

—Sustitución. Bajo la cortina de humo, un muñeco hecho con una estructura de alambre salía de una puerta secreta y subía hasta la araña por un cable guía muy fino. Las preguntas las respondía a través de un sistema rudimentario de altavoces. Dado que el maniquí llevaba puesto exactamente el mismo traje que mi abuelo, y que ascendía desde el mismo lugar en que él estaba antes, el público creía que era él. Creo que podemos adaptar este principio a esta situación.

Se inclinó sobre el detallado mapa y golpeó ligeramente el puerto de Alejandría con la boquilla de su pipa.

—Aquí está el puerto. Y aquí —continuó, moviendo la pipa algunas pulgadas a

través del mapa—, aproximadamente a una milla costa abajo, está la bahía de Maryüt. Mirad cómo se curva el litoral. No es tan diferente de Alejandría, ¿no creéis?

—A partir de ocho mil pies debe resultar difícil distinguirlas. —Fuller miró fijamente por encima del hombro.

—En especial por la noche. —Graham movió la cabeza asintiendo.

—Y en especial si tienen a la RAF en la cola y la artillería de los AA les está disparando —añadió Jasper.

—¿Y qué hacemos con el faro? —preguntó Knox—. Es un jodido bidón enorme como para tener que moverlo.

—No tenemos que mover nada, en eso consiste la belleza de este plan. Todo lo que tenemos que hacer es colocar una red de luces y estructuras terrestres en Maryüt, parecidas a las de Alejandría. Cuando sepamos que *Jerry* está de camino, apagamos las luces del puerto, encendemos las de la bahía de Maryüt, y accionamos algunos de los explosivos que habremos colocado. El fuego los atraerá como abejas a la miel.

Sir John Turner, de la RAF, había creado unos blancos trampa similares, llamados *Q sites*, para engañar a los bombarderos alemanes y así alejarlos de los campos de aviación de Inglaterra. Los equipos de Turner colocaron filas paralelas de lámparas a miles de yardas de las pistas de aterrizaje reales para reproducir las luces de las pistas. Más adelante, avanzada la guerra, Turner desarrolló los *K sites*, mucho más elaborados para proteger fábricas y campos de aviación mayores durante incursiones a la luz del día. Sin embargo, hasta junio de 1941, nunca se había tenido en consideración nada de la magnitud de lo propuesto por Maskelyne. Al contrario de las pistas aisladas, que parecían todas iguales cuando se contemplaban desde el aire por la noche, la ciudad de Alejandría y su vasto puerto resultaban inequívocos. Jack Fuller señaló esta característica.

—Y, entonces, ¿qué pasará a la mañana siguiente —preguntó—, cuando la gente de rastreo fotográfico venga para realizar una evaluación de los daños?

—Ahí está la seducción, Jack. Cuando el público oía cómo la voz de mi abuelo les contestaba a sus preguntas, se convencían por completo de que era él realmente quien estaba allí sentado en la araña. Y siempre que los observadores de *Jerry* vean algo de escombros alrededor de Alejandría, se convencerán de que han dado en el blanco correcto. Simplemente les daremos escombros. Peter Proud y sus muchachos hicieron que funcionara en Tobruk. Nosotros podemos hacerlo aquí.

—Frank tiene razón. ¿Qué pasa con el faro? —Philip Townsend tenía algunas dudas.

—¿Qué pasa? No es más que una gran luz en el extremo de un palo. Desde el aire es imposible determinar su altura. Es una mera cuestión de perspectiva. Podemos solucionarlo.

Graham había estado mirando fijamente el mapa buscando una punta.

—Supongo que podríamos aparejar algunas superestructuras de madera —dijo, aunque sin verdadero entusiasmo— y arrojar quizás algunas sombras de luz de luna

para destrozarnos la perspectiva. Por la noche, mientras les disparan... —miró a Hill y a Robson, y se encogió de hombros—. Es todo lo que tenemos.

—De todas formas, creo que deberíamos intentarlo con los polvos mágicos. — Robson soltó una risita.

Por la mañana, la Cuadrilla había bosquejado ya una serie de planes. Se los presentaron al Comandante de la Defensa Portuaria, que dejó patente su decepción ante la ausencia de magia en aquel concepto, pero finalmente aprobó su puesta en práctica. Se le asignaron al proyecto aproximadamente unas doscientas tropas de ingenieros y trabajadores.

Al día siguiente precintaron la solitaria zona que rodeaba la bahía de Maryüt, y comenzaron la construcción de un puerto simulado. Usando fotografías de reconocimiento nocturno como modelo, los ingenieros reprodujeron el patrón de las luces de tierra del puerto de Alejandría clavando centenares de linternas eléctricas en la arena y en el fango, que después las conectaron con cables como si se tratara de solucionar un pasatiempo de conectar puntos. Bajo la dirección del carpintero Graham, se construyeron barracas de contrachapado de diferentes formas y tamaños, y algunas de ellas contenían grandes cargas explosivas que emitirían ráfagas y humo similares a los que producían las bombas alemanas cuando estallaban.

Hill trabajó con el personal de la Armada Real, supervisando la construcción de superestructuras para los barcos de lona que compondrían una pequeña flota. Se colgaron lámparas de señalización náutica en estas maquetas, y se encendieron estacas de madera en la bahía, para dar la impresión de que había numerosas embarcaciones ancladas.

Robson y Fuller crearon un faro en perfecto servicio instalando reflectores de vehículos en una madera de contrachapado apoyada sobre seis palos. Un ingenioso ingeniero electricista enganchó estas luces a un temporizador que las encendía y apagaba en intervalos regulares, pareciendo así que la plataforma rotaba. Como sucedía con el verdadero faro de Pharos, el llamado «Poste de Robson» se apagaría cuando se acercaran los bombarderos enemigos pero no hasta que sus pilotos hubieran tenido el suficiente tiempo de tomarlo como punto de referencia.

Como productor de este espectáculo, Maskelyne estuvo implicado en todos los aspectos. Parecía salir de todas partes, supervisando, resolviendo problemas, rediseñando algunos elementos, presionando a los trabajadores más lentos. «No es muy diferente de cuando preparaba producciones completas para el Royale», le dijo a Knox una mañana mientras conducían de vuelta al verdadero puerto, «ya está todo preparado para el espectáculo, ahora lo que hay que hacer es conseguir acabar los decorados, montarlos y que los ejecutantes ensayen».

Knox permanecía siempre a su lado y, de vez en cuando, le ofrecía algunos consejos. El profesor se dio cuenta de que Maskelyne nunca estaba más feliz que cuando se entregaba de lleno al trabajo, y se preguntó si sería porque el mago disfrutaba al máximo de lo que hacía o porque lo mantenía lo suficientemente

ocupado como para no pensar.

Todas las luces y detonadores estaban conectados a una consola central que Maskelyne y Knox controlarían desde lo alto del faro de Pharos. Aunque la disposición de la maqueta era, de hecho, mucho más pequeña que el verdadero puerto, se habían tomado grandes precauciones para mantener las mismas proporciones de tamaño entre los hitos identificables, tal y como existían en Alejandría. Siempre que estas proporciones fueran consistentes, sería casi imposible que los pilotos enemigos pudieran detectar la diferencia de tamaño.

Townsend estaba a cargo de «arruinar» el verdadero puerto. Se apilaron montañas de escombros reales en numerosos lugares y se cubrieron con lona impermeable, para dejarlas al descubierto cuando la inteligencia alemana viniera a hacer sus fotos. Además, los equipos del trabajo fabricaron nuevos restos de «destrucciones» para impresionar a los observadores enemigos. Se pintaron en lona paisajes con cráteres de bombas con bordes profundos de carbón, y se prepararon agujeros similares de lona para colgarlos en los edificios y así simular daños. Arrastraron cascos de camiones y *jeeps* a las pilas de escombros y los colocaron cerca de los cráteres simulados; esparcieron también ladrillos y rocas de papel maché por las calles y los tejados. En el puerto, a bordo de barcos verdaderos, dispusieron vigas astilladas, y tres mástiles de madera con un aspecto realista emergían de las sucias aguas, lápidas artificiales para tumbas inexistentes.

Para completar el espejismo, Jasper quería que los reflectores y las baterías antiaéreas que protegían el puerto de Alejandría se trasladaran hasta su señuelo. El coronel O. P. Rutledge, de la Defensa Portuaria, cedió la mayoría de las luces a regañadientes, pero se negó a entregar las armas de Bofors que tenía. «Allí no hay nada que no sea arena y mugre», protestó. «¡No esperará que retire a mis artilleros de Alejandría para proteger un pantano!».

Las armas eran absolutamente necesarias, insistió Maskelyne.

—Si *Jerry* no recibe su típica bienvenida, sabrá que estamos tramando algo. En el teatro decimos: «dale al público lo que espera y se irá a casa satisfecho». Eso es lo que tenemos que hacer aquí.

—Lo entiendo —le dijo Rutledge— pero tengo las manos atadas.

Un espacio bastante grande entre las paletas le hacía chisporrotear las sibilantes, y algunas de sus palabras producían el sonido de una bomba recién arrojada.

—Éste es el puerto más importante en todo Oriente Medio, y mi trabajo consiste en velar por su seguridad. Si algo falla en su plan... y puede suceder, ya lo sabe, hay mil cosas que pueden fallar. Suponga que algún egipcio se hubiera enterado y tuviera un colega con una radio... Bien, yo quedaría como un completo estúpido, ¿no le parece? Me conocerían para siempre como el idiota absoluto que protegió una playa vacía mientras destruían el puerto.

—Por otra parte —le contradijo Jasper en una voz de promesa tan suave que Rutledge tuvo que agudizar el oído—, podría pasar a ser conocido como el héroe de

Alejandría.

El Coronel frunció el ceño. Su experiencia y su naturaleza iban contra este tipo de situaciones de riesgo. Sigue las reglas, le habían enseñado en Sandhurst, que para eso se han escrito. Sigue los procedimientos. Borra tus huellas. Pero su otro yo, su yo oculto aventurero, la valiente rata del desierto que irrumpiría —de eso estaba seguro— si se diera la ocasión apropiada, esa parte de él encontró en esta oportunidad un lance difícil de resistir. Si la dejaba pasar, sabía que cada mañana durante el resto de su vida tendría frente al espejo a un cobarde. «Usted es consciente de las consecuencias, ¿verdad? Si esto falla, vendrán como moscas y plagarán todo el maldito puerto y no podremos hacer otra cosa que sacudirlos con un matamoscas. Y si cerraran este puerto durante cualquier espacio de tiempo, ya puestos, podríamos invitar a Rommel a unas *downers* en el Shepherds».

Maskelyne era completamente consciente de las consecuencias. Si los bombarderos alemanes no mordían el anzuelo, el puerto de Alejandría acabaría devastado y se rompería la línea británica de abastecimiento. El canal de Suez y millones de galones de petróleo persa estarían al alcance de Rommel. El señuelo era como tirar una piedra a un estanque inmóvil, porque si fallaba, las ondas de propagación a su alrededor serían tan extensas que se sentirían por todo el mundo. «No fallará», le dijo.

Aunque reacio, Rutledge convino en desplazar la mitad de su equipo antiaéreo y de su personal hasta la bahía de Maryüt, y ordenó a la otra mitad que se quedaba en Alejandría que no disparara a menos que los atacaran directamente. Las armas *ack-ack* permanecerían en sus posiciones alrededor de Alejandría hasta que el señuelo estuviera listo para entrar en acción; después, al atardecer, serían transportadas hasta la costa.

Ese asunto se dio por finalizado, y continuó la construcción del escenario. La Cuadrilla trabajaba durante toda la noche, haciendo una breve pausa sólo para observar cómo los bombarderos enemigos hacían el reconocimiento de las diez de la noche; durante el día dormían si el calor y las moscas se lo permitían. Para el domingo 22 de junio, la mayor parte del decorado estaba en su sitio. Se habían colocado las luces de tierra. Las barracas de Graham se habían construido y cargado con explosivos. La flota marina de Hill, hecha con superestructuras de lona, flotaba con pereza pero permanecía por encima del nivel del agua. Los destrozos de Townsend parecían realmente auténticos. El «poste de Robson» dominaba con algo de inestabilidad treinta pies sobre el nivel del agua. A la luz del día, Maryüt parecía un barrio de chabolas, pero Jasper estaba seguro de que podría pasar por uno de los puertos más bulliciosos del mundo bajo la cortina de terciopelo de la noche.

Aunque la Cuadrilla estaba a salvo, aislada en el recinto vigilado de la bahía de Maryüt, no podían escapar de los informes devastadores sobre la operación «Hacha

de Guerra». La ofensiva había resultado un sangriento fracaso. Los hospitales y los servicios de ayuda estaban inundados de muertes. Se escuchaban rumores de que Rommel se estaba preparando para un empuje final hasta El Cairo, y los tenderos volvieron una vez más a quitarle el polvo a los carteles en alemán.

Para complicar aún más la situación, la derrota estrepitosa que sufrieron la Fuerza Occidental del Desierto, junto con el temporalmente exitoso golpe de estado apoyado por el ejército en el vecino Irak, había despertado las esperanzas de los egipcios nacionalistas. Manifestaciones anti-británicas y bombardeos menores sacudían el delta, y la posibilidad de una rebelión a gran escala contra el rey Farouk y el ejército arruinado de la Commonwealth parecía muy tangible.

El primer ministro Churchill, furioso por los repetidos fracasos de Wavell contra Rommel, lo destituyó. «He llegado a la conclusión», le comunicó por telegrama al héroe caído, «de que el interés público estará mejor atendido con el nombramiento del general Auchinleck que le relevará en el mando de los ejércitos de Oriente Medio».

«El primer ministro tiene mucha razón» —contestó Wavell con estoicismo cuando recibió este mensaje. «Este trabajo necesita un nuevo ojo y una nueva mano». Como era consciente de que su momento en la historia había acabado, aceptó obedientemente su reasignación al mando del ejército hindú de Auchinleck, que era relativamente tranquilo.

Jack Fuller era uno de los pocos hombres trabajadores en la bahía de Maryüt que había estado con Wavell desde el principio de la campaña de África del Norte. Él había sido uno de los Treinta Mil de Wavell y estaba más que orgulloso. «Le dieron un extraño encargo», se quejó amargamente. «Primero le quitan a todos sus hombres y su equipo y los embarcan a Grecia, y entonces esperan de él que derrote a todo el maldito ejército alemán con tanques estropeados y secciones de atolondrados». Ésta fue la única vez que Maskelyne oyó al sargento levantar la voz contra el servicio.

Pero la cólera de Fuller no tuvo el tiempo necesario para desbordarse. Horas después de aquella misma tarde, la BBC interrumpió su programación para anunciar que 120 divisiones alemanas, equipadas con 3200 tanques y 1945 aviones, habían invadido Rusia. El segundo frente estaba abierto. Sorprendentemente, Hitler había abandonado su pacto de no agresión con Stalin en menos de dos años después de haberlo sellado.

—Este hombre está loco —insistió Hill.

—Nada de locura, Mr. Holmes —le contestó Townsend sarcásticamente—. Además, ¿qué te hace pensar eso?

De repente, el futuro inmediato parecía mejor. Sin duda, las exigencias del frente ruso forzarían a los nazis a aliviar algo de la presión que ejercían sobre Oriente Medio. La confusa situación podría incluso atraer a los americanos reacios a la guerra. Todo el mundo en la bahía de Maryüt tenía una opinión y quería expresarla en alto, y sus bulliciosas discusiones fueron convirtiéndose poco a poco en trabajo. Por

la noche, la red de luces terrestres en la bahía de Maryüt estaba lista para una prueba. Maskelyne y Knox arrastraron los últimos componentes del pesado equipo de control por las escaleras de caracol del viejo faro hasta su puesto de comando. Aunque el faro les proporcionaba una vista arrebatadora del puerto de Alejandría y de Maryüt, no les ofrecía protección alguna contra los bombarderos alemanes.

—Intenta ver el lado bueno de las cosas —le sugirió Jasper a Knox—. Si nuestro plan no funciona, no tendremos que responder por él.

—¿Nuestro plan? —Frank Knox lo miró enfadado.

Poco después de que anocheciera enviaron un Auster para que inspeccionara la zona. Townsend lo acompañó como observador.

En la estrecha torre del faro, Jasper estaba de pie ante la consola eléctrica como un director de orquesta afinando al comienzo de un concierto.

—¿Preparado? —le preguntó a Knox.

El profesor miró el complejo arsenal de botones y palancas, y sacudió la cabeza en señal de desconcierto.

—Nunca estaré más preparado —dijo reacio—. Espero que sepas a qué va conectada cada cosa. Odiaría tenerme que cortar el miembro sobre el que estoy sentado, creo que me entiendes.

—Ah, es mucho más simple de lo que parece —contestó Jasper—. Eso creo —añadió.

Después de decir esto, respiró profundamente para calmar los nervios, y luego empujó hacia abajo una larga manivela de acero. Fue como si, de repente, se hubiera arremolinado una enorme manta negra sobre el puerto de Alejandría, que se desvaneció en la noche. Algunas luces aisladas centelleaban a bordo de los barcos anclados, pero la mayoría las mitigó rápidamente para este «ejercicio de apagón».

—Bueno, está todo bien, ¿no? —dijo Knox con gran alivio.

La ciudad de Alejandría emitía alegres destellos en la distancia, pero el puerto había dejado de existir.

—Luces —ordenó Jasper.

Frank accionó su consola. Algunos segundos después, como si hubieran levantado todo el puerto para depositarlo intacto una milla más abajo en la costa, las luces señuelo de la bahía de Maryüt estallaron en medio de la noche.

—¿Qué te parece? —preguntó Jasper, analizando críticamente la demostración.

Knox se detuvo brevemente. Parecía mucho más realista de lo que él jamás podría haberse imaginado.

—Una solemne tarjeta de invitación —contestó, obviamente impresionado.

Townsend informó de que la vista aérea de la maqueta era excelente.

Satisfechos con los resultados, apagaron el equipo y corrieron por el faro escaleras abajo para ponerse a salvo antes de que llegara el Servicio de Entrega de Bombas de la Luftwaffe. No podían utilizar el señuelo sin los reflectores ni las armas antiaéreas colocadas en su lugar.

Al día siguiente se completaron los preparativos. Townsend trasladó hasta su posición el resto de los nuevos destrozos y les enseñó a los trabajadores de Ingeniería cómo los quería colocados.

—¿Mientras nos tiran las malditas bombas? —preguntó uno de ellos.

—Mientras nos tiran las bombas.

Después de que oscureciese, transportaron los Bofors de Rutledge a la bahía de Maryüt. Maskelyne y Knox volvieron a subir a lo alto del faro Pharos. Townsend y Fuller esperaban cerca de los muelles con el equipo. Hill estaba a salvo, escondido en una trinchera de Maryüt, dueño y señor de toda una falsa armada. Nails Graham jugaba a ser la niñera de toneladas de peligrosos explosivos cuidadosamente clavados. Robson se sentó junto a un radio-operador en el puerto de Alejandría, listo para acudir donde fuera necesario. La Cuadrilla se pasó la primera parte de la noche maldiciendo y temblando a medida que la temperatura descendía.

A las 21.45, Jasper comenzó a explorar los oscuros cielos. Llegaron las diez, y pasaron. Los bombarderos enemigos no habían sido avistados.

—Esta noche van un poco tarde —dijo con nerviosismo—. Son un poco insolentes.

—Llegarán —dijo Frank para tranquilizarlo—. No les gustaría perderse este gran espectáculo.

Para las 22.30 Maskelyne no podía dejar de caminar en pequeños círculos por la minúscula torre de observación, intentando deducir por qué se retrasaba el ataque nocturno. Knox intentó calmarlo.

—Relájate, Jay —le dijo mientras limpiaba sus impecables gafas por octava vez en los últimos 45 minutos—, no hay nada de lo que preocuparse.

A las 23.00 Maskelyne se estaba mordiendo las uñas.

—Mírame —dijo bruscamente—. Me alegro de que Mary no esté aquí para ver cómo me zampo las uñas. Me daría una buena reprimenda.

Los bombarderos no fueron esa noche. Maskelyne contempló fijamente los cielos durante mucho tiempo, hasta después de medianoche, con una mezcla de decepción y placer. El artista que había en él quería que continuase el espectáculo; el soldado se sentía feliz por el indulto. Pero ese inesperado cambio en el patrón establecido lo dejó preocupado. ¿Sabrían los alemanes que les aguardaba alguna trampa? De ser así...

—Quizá piensen que han acabado el trabajo —le sugirió Frank mientras bajaban por la larga escalera de caracol.

—Eso estaría bien —contestó Jasper.

Volvieron a sus posiciones durante el crepúsculo de la 24.^a. Pero esta vez, justo cuando Lale Andersen comenzaba su afligida canción de amor, una patrulla de los «Ratas» divisó el vuelo de un bombardero enemigo en el desierto. Los aviones llevaban retraso, y se acercaban por una ruta ligeramente modificada, pero se estaban aproximando. El informe le fue retransmitido a Maskelyne en la torre del faro.

—Están de camino —le dijo a Frank, y su cuerpo vibró con el entusiasmo de una

noche de estreno. Bajó de golpe la palanca de potencia. El puerto se oscureció casi de inmediato—. ¡Luces! —gritó por radio.

El faro falseado de Robson ardió en llamas. Segundos después, el resto del puerto simulado volvió a la vida con sus luces. Cinco reflectores antiaéreos comenzaron a barrer el cielo.

Maskelyne y Knox esperaron en la oscuridad, apenas respiraban. Una brisa ligera levantó algunas cabrillas, pero, por lo demás, el puerto verdadero resultaba invisible. En aquel momento, Jasper no podía evitar pensar en todos los números de ilusionismo que habían fracasado en el curso de su vida: recordó al ayudante que se quedó dormido dentro de un aparato, las cerraduras atascadas, las cuerdas que se habían roto, la noche en que intervino en el programa de radio de Huey Creen, *Magic on the Air*, cuando la caja en la que lo habían encerrado no podía abrirse y se vio obligado a dar golpes y a gritar para pedir ayuda mientras que Green lo encubría cantando letras inventadas de «Fiddle My Diddle».

Salió de su ensueño con el zumbido asesino de los bombarderos enemigos. Vinieron planeando un poco más bajo de lo habitual, divisando entre las estrellas empañadas por las nubes. Volaron directamente hacia el puerto verdadero, haciendo caso omiso de las luces fulgentes de la maqueta. Tan pronto como estuvieron a la vista, Maskelyne y Knox comenzaron a apagar las luces en la bahía de Maryüt, como si el puerto de Alejandría estuviera recurriendo a un apagón para evitar el ataque. Pero los bombarderos permanecían en la verdadera ruta hacia Alejandría.

En la cabina del piloto del bombardero, el jefe de vuelo estaba confuso. Las luces apagándose rápidamente en el puerto de Alejandría eran parte de una práctica familiar, pero según sus instrumentos no estaban exactamente donde deberían. Si confiaba en lo que decía su compás, todo el puerto se había trasladado.

Jasper aguantó la respiración mientras los bombarderos enemigos permanecían en la ruta hacia el puerto verdadero.

—Están confusos —le gritó a Knox, con más esperanza que seguridad. Entonces, en voz baja, suplicaba—. ¡Vamos, vamos, malditos borrachos, picad, picad!

—Los *ack-ack*, Jay —le gritó Frank—. ¡Haz que disparen!

—¡Fuego! ¡Ahora! —gritó Jasper en su radio—. ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Adelante!

Casi de inmediato, las baterías antiaéreas que rodeaban la bahía de Maryüt comenzaron a detonar. No obstante, los bombarderos permanecían en su ruta.

En tierra, Mike Hill había salido de la trinchera en la zona de la maqueta, y agitaba su gorra a los bombarderos.

—¡Aquí, imbéciles! —gritaba—. ¡Estamos aquí!

La primera descarga de fuego antiaéreo confundió aún más al jefe de vuelo. Y segundos después divisó a un grupo británico de combatientes que surgían de unos escombros. Ya no tenía más tiempo para tomar una decisión. Eligió confiar en sus ojos y en sus oídos antes que en sus instrumentos, agarró el mando de control y maniobró con un duro giro a estribor.

—Está picando —dijo Frank vacilante. Y entonces, más alto, y con certeza—. ¡Caray! ¡Están picando!

El resto del vuelo enemigo siguió con elegancia al jefe en aquella maniobra. Mientras lo hacían, el escuadrón de la RAF saltó sobre ellos. Inmediatamente, las municiones de las ametralladoras comenzaron a rasgar la noche. Los pilotos de los bombarderos se mantuvieron con valentía en formación estrecha hacia el blanco, con los artilleros atacando con fuerza a los molestos cazas. De repente, un Junkers se salió de la formación y se separó, con el motor humeante, y buscando la seguridad del Mediterráneo. Los otros aviones llenaron rápidamente el vacío que había dejado.

Comenzaron a dejar caer sus cargas incluso antes de que estuvieran directamente sobre el «puerto». Mientras las primeras bombas provocaban profundos e inofensivos cráteres en la arena, Maskelyne y Knox asumieron el control.

—¡Ahora, Frank, ahora! —gritó Jasper.

El profesor tiró de la palanca tan fuerte que perdió las gafas. Durante un largo segundo, no sucedió absolutamente nada. Entonces una serie de explosiones en *staccato* sacudieron la bahía de Maryüt. Las llamas se agarraban al aire. Algunas erupciones secundarias tronaban sobre el rugido de la batalla.

—¡Hey, presto! —gritó Jasper mientras manejaba alegremente su consola, pero el ruido ahogó su voz.

La segunda oleada de Junkers y Savoias se divisada entre las llamas. Centenares de bombas reales salpicaron el «escenario» arenoso de Maskelyne. Otro avión enemigo fue azotado, y dio un giro fatal en la bahía.

Los equipos de destrozos de Townsend se pusieron manos a la obra en cuanto el jefe de vuelo giró a la derecha. Corrieron hacia los estrechos callejones del puerto de Alejandría, para quitar las lonas que cubrían los escombros y poner restos de papel maché que imitaban destrozos; dejaron cicatrices en los edificios con paños pintados, y destaparon los cráteres de lona.

En la bahía de Maryüt, las hogueras provocadas por las cargas explosivas de Graham y por una pira funeraria de madera seca produjeron un blanco atractivo para las exitosas oleadas de bombarderos. El ataque duró exactamente treinta y tres minutos.

El puerto simulado fue casi borrado del mapa. Destrozaron casi todas las lámparas. Muchas de las chozas quedaron destruidas por completo, y las que quedaron en pie sufrían daños. Uno de los «acorazados» de Hill se desplomó, pero el resto de su flota sobrevivió al ataque. El faro de Robson salió ileso.

En el momento en que la última oleada huyó hacia el desierto, los equipos de reparación de los ingenieros se pusieron a trabajar. Por la mañana ya habían extinguido los fuegos, habían arrojado arena sobre los restos carbonizados, y los equipos se dedicaban a la labor de sustituir el decorado destruido. *Jerry* volvería esa noche, y el «puerto» tenía que estar preparado para el siguiente espectáculo.

Los equipos de Townsend habían preparado el escenario en Alejandría al

amanecer. Los aviones de rastreo enemigos llegaron al puerto verdadero según lo esperado y tomaron fotografías desde grandes alturas. Durante esta inspección, las redes de camuflaje cubrían el señuelo en Maryüt, en caso de que un observador enemigo echara un vistazo bajo la playa y notara alguna actividad inusual.

La Cuadrilla se apiñó en su choza Nissen de Alejandría a la mitad de la mañana, todos agotados pero exultantes. Comenzaron a revivir la noche en voz alta pero Jasper los mandó callar. «Hasta ahora lo hemos hecho bien. Pero en las próximas horas sus expertos en fotografía van a examinar las imágenes que tomaron esta mañana. Si no son perfectas...».

El veredicto llegaría por la noche. Un nuevo ataque al señuelo probaría que la trampa funcionaba. Pero si la Inteligencia Alemana detectaba un solo error en las sombras de los destrozos de Townsend, apuntarían a su blanco con mucho más cuidado.

La Cuadrilla intentó dormir durante el día.

Los bombarderos llegaron tarde aquella noche, saliendo de una fina nube justo después de que Lord Haw Haw^[3], el traidor arrogante, hubiera acabado de criticar duramente a la Fuerza Occidental del Desierto sobre la operación «Hacha de Guerra», «esa estúpida afrenta contra el genio de Rommel».

Jerry no vaciló esta vez. Los aviones se abalanzaron sobre la maqueta. Volaban más bajo de lo habitual, a peligrosas velocidades reducidas para aumentar la exactitud, y empapelaron la playa con toneladas de potentes explosivos. Fue el ataque más feroz hasta entonces. Jasper y Frank agregaron pirotecnia haciendo explotar las descargas de Graham.

Para cuando los bombarderos volvieron nuevamente a las nubes, la bahía de Maryüt era una tierra baldía llameante agujereada con cráteres masivos. Jirones del humo del petróleo surcaban el cielo a miles de pies y ennegrecían la luna y las estrellas. Visto desde la cabina del piloto de un bombardero a miles de pies en el aire, se parecía mucho al infierno. Cayeron dos Savoias.

Tardaron toda la noche y gran parte del día siguiente en sustituir los daños.

Los atacantes fueron allí durante ocho noches sucesivas. Los ingenieros trabajaron como esclavos durante días para fabricar destrozos completamente nuevos. Para disgusto de Hill, hundieron su último «*destroyer*» en la octava incursión.

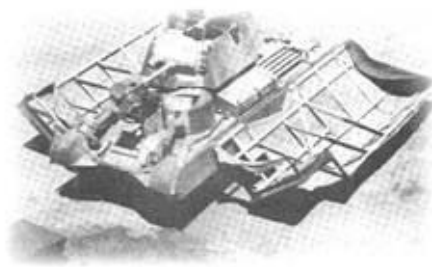
Ese fue el último ataque. De manera inesperada, el enemigo parecía estar perdiendo interés en el puerto de Alejandría. Durante la semana siguiente Jasper y la Cuadrilla exploraron los cielos de la noche, pero los bombarderos nunca regresaron. La Inteligencia británica no lo sabía en aquel entonces, pero, como decían los rumores, Hitler había ordenado a los cuerpos de la Luftwaffe que dejaran el desierto y se trasladaran a Europa y al frente ruso.

El puerto de Alejandría se salvó. Aunque los submarinos italianos llevaron a cabo un ataque desesperado algunos meses más tarde, y el sabotaje enemigo continuaría durante toda la guerra, éste fue el último esfuerzo masivo para cerrarlo. Rommel

había perdido la batalla del abastecimiento aquella semana de junio de 1941. Con el tiempo, llegarían con seguridad a Alejandría millones de toneladas de provisiones, las suficientes para abrumar al *Zorro del Desierto* y a su *Afrika Korps*.

El éxito del concepto de transposición de Maskelyne en el puerto de Alejandría demostró que este tipo de instalaciones señuelo se podían utilizar a una escala mucho mayor de lo que se hubiera pensado jamás. Los principios de la luz, de las sombras y de las estructuras simuladas perfeccionadas por la Cuadrilla Mágica se emplearían por todo el mundo para proteger importantes blancos estratégicos. Usando estas técnicas se construyeron en la mayoría de los teatros y en las ciudades importantes en estado de guerra ejércitos enteros y bases navales simuladas así como campos de aviación, haciendo que la Luftwaffe perdiera innumerables toneladas de bombas en playas, prados, lagos y pastos.

El espejismo de la bahía de Maryüt estableció firmemente la reputación de Jasper Maskelyne y de su Cuadrilla Mágica como entidad militar importante, y absolutamente única. Nadie podía decir con precisión en qué lugar de la tabla de organización encajaba; eran algo más que camufladores pero menos que ingenieros, no tenían nada que ver con abastecimiento o con transporte y sabían poco sobre combate, pero nunca más se volvió a cuestionar el valor de un mago en la guerra. Al contrario, los altos mandos susurraban altos secretos sobre las hazañas de «Maskelyne y su pequeño extraño grupo», descansaban porque por fin alguien había conseguido ser más listo que *el Zorro*.



VI

La guerra del desierto se deslizó pacíficamente en el fiero verano. Fuera, en el Nilo Azul, un sol brutal abrasaba a los hombres y a sus máquinas de combate, y hacía de la lucha durante el día algo casi imposible. Ocurrieron algunos choques menores, de poca importancia, porque el destino de África del Norte se estaba decidiendo en los océanos. Los convoyes de abastecimiento masivo luchaban contra submarinos de los *wolfspack* en un intento desesperado por volver a aprovisionar a los ejércitos. Había quedado claro que el primer ejército que fuera capaz de sostener una ofensiva importante ganaría la guerra del desierto. Irónicamente, en este caótico teatro, la derrota de «Hacha de Guerra» les dio ventaja a los británicos.

El victorioso ejército de Rommel se había reorganizado en la División Panzer de África y se extendía en una fina línea a través del desierto, curvándose por los alrededores dilatados de Tobruk como una serpiente venenosa que devora las provisiones en Benghazi y las digiere mil quinientas millas más lejos, casi en El Cairo.

Debido a la derrota, los británicos habían retrocedido a su fortificación del Valle, y ahora sus líneas de aprovisionamiento eran reducidas y el material de guerra se distribuía fácilmente. El primer ministro Churchill estaba decidido a beneficiarse de la obsesión rusa de Hitler y exigió que el VIII Ejército, designado recientemente, triplicara su tamaño. Concluían así aquellos días en que la agresiva Fuerza del Desierto Occidental de Wavell improvisaba. Auchinleck exigió una total adherencia al procedimiento militar establecido y a los rigurosos programas de entrenamiento instituidos para el desierto. El general Sir Alan Gordon Cunningham, que se había ganado su reputación sacando al ejército italiano del este de África en ocho semanas, se convirtió en su subordinado.

La actuación de la Cuadrilla Mágica en el puerto de Alejandría había ayudado a establecer el papel de los camufladores en el desierto occidental, y la gente del mayor Richard Buckley estaba ocupada en todos los frentes, creando espejismos para embaucar al enemigo. Atrapado en el interior de Tobruk, Peter Proud había organizado una unidad de trescientos hombres y se las había arreglado para convencer a la Luftwaffe de que la planta vital de purificación del agua de la ciudad

sitiada había sido destruida. Se pintaron daños en la azotea del edificio y grietas por los laterales; se dispersaron por toda la zona restos de ceniza del bloque, y se cavaron cráteres falsos de bombas. Cuando el Junkers 88 llegó a la ciudad, Proud hizo explotar bombas de humo para simular ataques directos, y cuando el humo se despejó, quedó visible un edificio en ruinas; los pilotos de rastreo informaron que la planta había sido dañada sin posibilidad de reconstrucción.

Al sur de El Cairo, el pintor Stephen Sykes estaba construyendo una vía muerta de ferrocarril completa, que incluía campamentos, cantinas, trincheras de refugio y un tren de cincuenta y dos vagones, todo falso. Su intención era convencer a la Inteligencia de Rommel de que los británicos lanzarían un ataque importante desde esta zona. Las vías de metal se hicieron a partir de contenedores aplastados, y los travesaños de madera de las vías del ferrocarril se construyeron con contrachapado. Sykes había compensado con ingenio la falta de materiales fabricando todo el ferrocarril a un tercio de su tamaño normal. Dado que no había hitos de los que se conociera la altura, desde el aire, la Inteligencia alemana no tenía nada con lo que comparar lo que veían; siempre y cuando todos los elementos estuvieran a la misma escala, todo parecería normal cuando se divisara desde el aire.

La locomotora de Sykes se fabricó con un conjunto de juncos fijados a un marco de madera. Se había colocado en su interior un hornillo de campo para emitir humo negro. Una tarde, un feroz huracán alcanzó la locomotora y la mandó dando tumbos a través del desierto. Su equipo la persiguió durante cincuenta millas antes de lograr apresarla, sabiendo que si Rommel veía una locomotora de veinte toneladas rebotando por las arenas del desierto, sabría que se estaba tramando algo.

Otros camufladores realizaban tareas menos fascinantes. Un grupo pintaba murales gigantes que mostraban una vista aérea de casas, calles, incluso callejones, completa con sus sombras apropiadas, que se estirarían sobre postes de ocho pies de altura sobre la tierra y que servirían, literalmente, como cubierta para varios puntos estratégicos. Se asignaron muchos hombres a las unidades de campo, que ayudaban a proteger tanques y tropas.

Ahora que la Sección de Camuflaje de Maskelyne había probado sus facultades bajo un ataque, estaban desbordados por las peticiones de ayuda. Todas las divisiones parecían tener un extraño problema que requería la atención de Maskelyne. Sin embargo, la mayoría de estas peticiones se dejaron temporalmente de lado mientras la Cuadrilla Mágica supervisaba la construcción de una fábrica mágica gigante.

El Valle Mágico era realmente idea del mayor Barkas. La estratagema de Alejandría le había dejado claro que la operación de Maskelyne tendría que ampliarse. Así que, tan pronto como la cuadrilla regresó a Abbassia, llevó a Jasper a lo alto de un risco escarpado con vistas a un largo y estrecho valle, rodeado por una guirnalda de grueso follaje, y le anunció: «es todo tuyo».

Maskelyne contempló el estéril paisaje de arena. Su longitud y anchura le parecieron como si Dios lo hubiera extraído de la tierra con un palustre, para después

dejarlo abandonado.

—¿Qué es? —le preguntó.

—Este valle —el mayor escarbó para coger una pequeña piedra y la miró mientras se deslizaba por la cuesta escarpada, entonces continuó—, ya sé que es bastante triste ahora pero se puede convertir en algo magnífico si utiliza su imaginación. Ésta va a ser una larga campaña y habrá una enorme demanda de sus servicios antes de que hayamos ganado. Necesitará instalaciones de primera fila y quisiera que las construyera aquí. Se ha librado de las «Columnas Grises». Se ha instalado del todo...

Jasper estaba abrumado. Por fin, un verdadero lugar en el que trabajar. Un taller gigante. Mientras miraba el valle comenzaron a florecer las posibilidades. En su mente brotaron fábricas y almacenes y cuarteles de residencia y una avenida de oficinas. En algunos meses el valle solitario se transformaría en un jardín de ilusiones, en el que crecería toda suerte de placeres militares.

—... los ingenieros se encargarán de toda construcción. Están listos para ponerse manos a la obra.

Las palabras de Barkas se esfumaron de la mente de Jasper mientras contemplaba el Valle. Este valle estéril era quizás la mayor ovación que hubiera recibido nunca. Por fin, después de pasarse meses pidiendo una comisión militar; por fin, después de todas aquellas noches de frustración; por fin, después de que lo llevaran al desierto y lo evitaran como a un enfermo, por fin, por fin, empezaban a aceptarlo. Tomó un soplo de aire con calma. «Algo es, ¿no?», dijo en voz baja, pero continuó con la vista al frente para que el mayor no viera las lágrimas que le manaban de los ojos.

La carta que le escribió a Mary aquella noche era larga y feliz. «En los mapas aparece como Long Valley...», le escribió:

... pero será mi valle mágico. Ahora mismo no hay nada allí, sólo arena y maleza, pero cuando lo terminemos será el taller de magia más grande que se haya construido jamás. Me han destinado un presupuesto abundante, aunque Barkas me pidió que reciclara materiales siempre que me fuera posible. Cuando le pregunté qué íbamos a construir aquí, me dio una palmadita en el hombro y me dijo: «Bien, Maskelyne, utilice su imaginación». Ya sabes cómo me estimula eso. Ay, ¡me gustaría tanto que estuvieras aquí conmigo ahora!

Esto me dará la oportunidad de fabricar los artefactos necesarios para hacer que esta horrible lucha termine. Puedo elaborar las armas y los soldados falsos aquí, puedo construir el artilugio más grande realizado jamás...

Aunque algunas partes de la carta fueron censuradas, un número sorprendente de detalles pertinentes se dejaron intactos. «Justo lo que necesitas», le contestó Mary, «otro teatro que llevar adelante. ¡Pensaba que ya te había bastado con una experiencia de este tipo!». Entonces Mary pegó su carta en el libro de recuerdos que le guardaba para su regreso e intentó imaginarse cómo sería aquel lugar.

Si aún era posible, la Cuadrilla estaba más emocionada que Jasper por este reconocimiento a sus esfuerzos.

—Joder, ya era hora de que se dieran cuenta de que podemos ganar esta guerra

por ellos si nos dan la oportunidad —dijo Hill, y después pidió habitaciones privadas con vistas.

—Escuchadlo —se quejó Graham, meneando la cabeza—. Habitaciones privadas ahora. Lo siguiente que pida será un cabecero de bronce.

—Bueno, eso no lo sé —dijo Robson—, ya tiene todo el cobre que necesitará durante el resto de su vida.

Hill se frotó la barbilla mientras que reconsideraba su petición.

—Quizá debería pedir que me construyan una habitación en la segunda planta —decidió.

Fuller escuchó la conversación; más tarde se marchó y se encontró con algunos de sus viejos compañeros. Juntos, brindaron por las noticias. El sargento Fuller había vuelto de nuevo al corazón del ejército.

Frank Knox vio que Maskelyne estaba trabajando en los planos en su tienda de campaña.

—¿Cuándo empezamos?

—Tan pronto como les demos algunos planos a los ingenieros. Por ahora he diseñado en una primera fase dos grandes almacenes para albergar un espacio de trabajo, una oficina y algunos cuarteles. Una vez que esto esté en curso podemos trabajar en otras cosas que necesitemos.

Knox miró el esquema de las diferentes zonas que Maskelyne había trazado a grandes rasgos. Consistía en unos veinte edificios de varios tamaños.

—Va a ser un proyecto importante.

—Necesitaremos todo el espacio que podamos conseguir. Si queremos ser eficaces, vamos a tener a cientos de gente trabajando allí. Necesitamos cuarteles de residencia e instalaciones para cantinas, almacenes de provisiones, terrenos de prueba... —Maskelyne se detuvo brevemente, gesticuló exageradamente—. ¡Lo hemos conseguido, Frank! ¡Lo hemos conseguido!

La sonrisa de Knox fue algo más moderada.

—Digamos que hemos dado un paso bastante grande en la dirección correcta.

Desde el principio hubo innumerables problemas, pero mantener la seguridad alrededor del valle era quizás la más difícil de solucionar. La primera prioridad de un mago es proteger sus secretos, y con las enormes secciones laterales que el Valle Mágico dejaba a la vista resultaba casi imposible mantener alejados de las instalaciones a los ojos espías.

Para combatir esto, Maskelyne diseñó un elaborado sistema de seguridad que se instaló tan pronto como se construyeron los edificios principales.

A lo largo de la cima del valle, en intervalos, se edificaron unos habitáculos elevados para centinelas, y los tramos que quedaban abiertos entre estos postes los controlaba una combinación de modernas armas «antipersona» y de genios y duendes de antiguos cuentos de hadas.

En todas las zonas cercanas al área se fijaron señales de peligro en inglés y en

árabe. A una distancia de unas cien yardas, unas filas de banderas de un rojo brillante reforzaban su significado. Después de las señales y de las banderas, el Valle Mágico resultaba letal.

Pequeños campos de minas salpicaban la zona. Entre estos campos y los habitáculos de los centinelas se extendía un alambre electrificado. Aquellas áreas, que no se podrían patrullar con eficacia debido a la fuerte maleza, estaban protegidas con los artefactos de magia de Maskelyne. Un intruso podía encontrarse de repente atrapado en un laberinto de espejos, o quizá tuviera que enfrentarse a una imagen espantosa que emergía de la tierra. O podía tropezar con un alambre que activaba un gramófono con la narración de amenazas espeluznantes, o con puertas que se abrían y cerraban sin que una mano humana las tocara. En circunstancias distintas, Maskelyne se habría divertido inventando este caprichoso sistema de seguridad, pero esto era un asunto serio. Los secretos del Valle Mágico tenían que estar protegidos a toda costa.

Si por alguna razón, estas quimeras no ahuyentaban al intruso, le esperaban artefactos mortales. Se habían colocado por toda la zona rifles accionados a presión y espadas que se activaban con alambres camuflados y hoyos escondidos. Se sabía de algunos espías egipcios que habían alcanzado estos obstáculos; ninguno de ellos consiguió sobrevivir.

Los restos de aquéllos que morían al intentar destapar los secretos del Valle Mágico los recogía el Registro de Defunciones y los entregaba a cualquier persona que alegase parentesco con la víctima. Dado que el pago del entierro, el equivalente a diez chelines, se entregaba en piastras locales, nunca había escasez de parientes disponibles. Y como la colaboración con los espías constituía un crimen castigado con la muerte, nadie protestaba con demasiada insistencia contra la brutalidad.

Frank Knox desdeñaba aquel salvaje sistema de seguridad e intentó disuadir a Jasper para que no lo pusiera en práctica.

—Si puedes matarlos con tanta facilidad —se quejó— seguro que puedes encontrar una manera de capturarlos.

Jasper discrepaba.

—El trabajo que vamos a hacer aquí salvará miles de vidas. Está clasificado como alto secreto porque eso es lo que es. Lo que no podemos permitirnos es que alguien descubra lo que estamos haciendo, por muy duro que suene. Si cuesta que mueran algunos espías para convencer al resto de que vamos en serio, pues ése será el precio.

Entre los campesinos egipcios supersticiosos el lugar se hizo conocido como el «Valle del Djinn», o del genio que sacude la tierra, y nadie sin una buena razón se atrevía a acercarse.

Para mediados julio se había terminado la primera estructura, un edificio de oficinas con techos bajos de madera que estaba dividido en seis pequeños cuadrados que daban a un pasillo —tres a cada lado— y dos áreas con el doble de espacio, una que

serviría como taller y la otra como sala de reuniones. La Cuadrilla trabajó fuera de estas oficinas mientras se construía a su alrededor el Valle Mágico.

Una vez que comenzó la construcción real, Maskelyne reanudó su trabajo en su espectáculo de variedades. En principio, se había fijado para mediados de junio, pero la fecha se canceló debido a «Hacha de Guerra». Ahora, en «Columnas Grises» intentaban dar un aspecto de normalidad mientras que Auchinleck y Cunningham abastecían y entrenaban al VIII Ejército, y le pidieron que montara su espectáculo cuanto antes.

El primer espectáculo se programó para el último fin de semana de julio. Las ganancias se donarían a las asociaciones caritativas de ayuda a la guerra después de que se descontaran los costes de producción. Aunque con el tiempo iba a construirse un anfiteatro de cuatro mil asientos en El Cairo para albergar los espectáculos de Maskelyne, esta función tendría lugar en el Teatro Imperial en Sharia Ibrahim Pasha. Un grupo de artistas, muchos de ellos gente del servicio, completaba el programa. Unos grandes carteles de cartón, blancos y naranjas, que representaban a Jasper con un atuendo oriental, fumando en pipa, agitando un enorme abanico y con una mirada particularmente inescrutable, proclamaban: «Jasper Maskelyne, Mago del Comando Real, Presenta: Una Mezcla Mágica. Magia Oriental y Occidental». No se permitieron reservas.

Jasper se propuso realizar su primer acto vestido con un elegante traje de noche, y después cambiarse rápidamente para llevar el atuendo chino de colores brillantes y con caída. Desde el tiempo del rey Arturo hasta nuestros días, los magos habían llevado trajes elaborados en sus espectáculos, no sólo para encandilar al público sino porque era posible encubrir toda clase de artilugios bajo estos grandes ropajes. Además, el maquillaje y los trajes hacían que las sustituciones fueran mucho más simples; los ejecutantes pueden hacerse pasar fácilmente uno por otro cuando usan disfraces idénticos.

Antes de adoptar el atuendo oriental, Maskelyne había experimentado con varias caracterizaciones a principios de su carrera. En su país, había sido uno de sus patrones favoritos, particularmente cuando se acompañaba de la apropiada magia «oriental» mística. Aunque nunca se lo mencionó a nadie excepto a Mary, cuando se ponía el maquillaje y el traje disfrutaba de la actuación con emoción infantil. Bajo esa máscara inexpresiva, con el bigote manchú, seguía siendo aquel Jasper Maskelyne tan británico. Era una pequeña huida, pero la disfrutaba a fondo.

A medida que se acercaba la noche, Maskelyne y sus hombres, y su mujer, ponían a punto los trucos de ilusionismo y sudaban preparando el escenario del Teatro Imperial para la magia. En conjunto, Jasper estaba satisfecho con el espectáculo provisional. No se acercaba a la elaboración de algunos de los espectáculos que había realizado para el mando, pero en aquellas circunstancias resultaba absolutamente aceptable. Se contrató a una banda de un club local para proporcionar música de fondo a los enigmas.

Muchas noches después de los ensayos, Jasper, Kathy Lewis y Frank Knox, el encargado de bambalinas, tomaron juntos un té a última hora. En esta situación era natural que los dos hombres representaran papeles protectores y, para placer de ella, así fue. Kathy tenía tan sólo veinte años y ya llevaba dos de servicio. Su trabajo en la oficina de operaciones secretas de Clarke no le permitía errores; durante sus noches con Jasper y la Cuadrilla podía ser una joven vivaz.

Como un padre quisquilloso, con el tiempo Jasper llegó a preocuparse porque ella pasaba demasiado tiempo trabajando y no disfrutaba lo suficiente.

—Una joven tan hermosa debería salir a divertirse —le dijo Knox—. Con todos los hombres que hay en El Cairo, no crea que no tendría al menos una cita de vez en cuando.

—Ya habrá tiempo para eso —dijo Frank—. Además, creo que tiene un flechazo.

—¿Por quién?

—Por nuestro muchacho Hill.

Jasper no se lo creía.

—¿Por la manera en que habla de él?

—Ah, ¡qué tonto eres! —dijo Frank, riéndose, y hablando como si fuera el padre de dos hijas adolescentes—. Resulta obvio que no entiendes en absoluto a las muchachas.

—Pues mira qué bien —protestó Jasper—, porque yo tengo una hija de trece años, ¿sabes?

—Por desgracia, Jay, no parece que te haya enseñado mucho. El asunto con las muchachas es que no escuchamos lo que dicen. No tendría ningún sentido para un hombre racional. Ella habla de él, eso es lo que cuenta.

Jasper encontró difícil de aceptar todo aquello. Su hija, Jasmine, parecía tener sentido cuando hablaba de los amiguitos de su escuela. Por supuesto, ella era sólo una niña, un bebé en realidad, pero aún así era una chica. Y Kathy Lewis era una chica... bien, quizás era una mujer. Frunció el ceño.

—¿Realmente piensas que Kathy tiene ojos para Hill?

—Estoy seguro.

—Bien, entonces hay un problema. Él no parece demasiado entusiasmado con ella.

Knox se quitó las gafas y se tiró del faldón de las bermudas caqui para limpiarlas.

—Tampoco estés demasiado seguro de eso. Es un muchacho de la calle que no sabe como tratar a alguien como ella. Así que se muestra desagradable —se puso las gafas y las empujó hasta el puente de la nariz—. Controla a esos dos, Jay. Creo que tienen las sensaciones a flor de piel, te lo digo yo.

A Maskelyne todo esto no le convencía en absoluto.

—Frank, creo que has visto demasiadas películas de Clark Gable.

El espectáculo de variedades fue recibido como una agradable diversión en el establecimiento militar de El Cairo, y les quitaron las entradas de las manos en cuanto

salieron a la venta. La noche del estreno, el Teatro Imperial estaba colmado de oficiales de alto rango con sus uniformes engalanados con medallas, de señoras vestidas a la moda con una agradable colección de trajes de verano en colores pastel, de importantes egipcios, algunos con el atuendo tradicional, aunque la mayoría con traje de chaqueta, y, en los asientos de la parte posterior, hombres y mujeres reclutas, vestidos con el atuendo típico de verano. Casi todo el mundo llevaba un abanico de gran colorido.

Jasper estaba sorprendentemente nervioso mientras esperaba entre bastidores a que Joan Wertheim, una acordeonista, finalizara su número. Tarareó un cancioncilla sin tono y comprobó de nuevo sus aparatos, cerciorándose de que todas las agarraderas dentro su chaleco estaban listas, los tiradores bien sujetos y los artilugios, en los bolsillos correctos.

El público había cogido el ritmo del acordeón y aplaudía en los momentos precisos. Un público entusiasta, pensó feliz y animado.

Miró fijamente hacia sus zapatos negros y colocó el talón de su zapato derecho delante del dedo del pie izquierdo, extendió sus brazos como un águila y se movió con inestabilidad hacia delante. Entonces, balanceando el talón izquierdo delante del dedo del pie derecho, comenzó a caminar por un alambre imaginario. En una ocasión casi perdió el equilibrio. Lo que le asustaba no era caer sino fallar.

Wertheim concluyó su recital y recibió una afectuosa despedida, y Jasper se desplazó hasta los bastidores, para escuchar su presentación. El maestro de ceremonias, un comediante de ENSA (La Asociación Nacional de Servicio de Entretenimiento), lo estaba haciendo un poco denso: «... el Teatro está orgulloso de presentar un espectáculo original y único, que acoge maravillas gozosas e inexplicables, hazañas asombrosas de prestidigitación y destreza...».

Jasper echó un vistazo a través del escenario hacia donde se encontraba Frank Knox, que estaba con Kathy Lewis junto al baúl que emplearían en el espectáculo. El profesor le hizo un gesto orgulloso con los pulgares hacia arriba que él le devolvió, y luego se movió entre las sombras más oscuras del escenario.

Lo primero que hizo, como era su costumbre, fue contar el público. En St. George's Hall cada cabeza había marcado la diferencia. Había aprendido a contar el número de espectadores antes de que le dejaran actuar. Aquí resultaba un ejercicio inútil. Pero el lleno total lo animó.

De repente el foco estaba sobre él; apareció elegantemente ataviado con una camisa blanca y un noble frac. Mientras se acercaba lentamente al centro del escenario mantuvo agachada la cabeza y dibujó en su rostro un gesto solemne. El foco era grande y cálido y él encajaba perfectamente. Durante algunos segundos no oyó el aplauso que le daba la bienvenida; el foco era una cómoda capa que lo aislaba del resto del mundo.

Entonces las ovaciones penetraron en su conciencia y lo devolvieron una vez más a la realidad. Caminó directamente hacia la señal, y se paró. Respiró profundamente,

como insinuación de nerviosismo, para ganarse las simpatías del público, levantó la cabeza y le ofreció su sonrisa más amplia y deslumbrante.

Estaba de nuevo en casa.

La banda que había en el foso le brindó una suave música de fondo mientras se movía con destreza con los números iniciales. Sacó innumerables cigarrillos y chasqueó los dedos, de los que salió una llama con la que encenderlos. Se bebió un vaso de cuchillas y realizó algunos de los trucos populares con pañuelos, exprimiendo cada número hasta que sentía que había conseguido todo lo que el público estaba dispuesto a recibir.

Kathy estaba visiblemente nerviosa cuando salió por primera vez al escenario para colocar una de las mesas del espectáculo, pero él la tranquilizó con una sonrisa privada y se quedó más serena a medida que el espectáculo avanzaba.

Las divertidas estratagemas de Maskelyne se transformaron en pequeñas ilusiones. Después de hacer que un pañuelo rojo se volviera blanco, lo convirtió en un huevo y lo lanzó al aire sobre el público. A la orden de «¡hey, presto!», se hizo llama, sobresaltando a todos, y del humo emergió una paloma blanca. El pájaro rodeó el teatro volando con gracia, y finalmente bajó en picado para posarse en el brazo extendido del mago.

Mientras la paloma sobrevolaba el teatro, Jasper echó un vistazo a la gente que estaba sentada en los asientos delanteros de mimbre. Todos estiraban el cuello para poder ver al pájaro, y él sabía que tenía control absoluto. Nunca seguía los caprichos del público; establecía en cambio su propio ritmo y hacía que prestaran atención. Había planeado este acto cuidadosamente, el ritmo era bueno, y su público había cogido el compás y se había entregado a él.

Kathy puso la paloma en un saco y la sostuvo como blanco de un tirador. Al otro lado del escenario Jasper cargó un rifle e hizo puntería. La música fue ascendiendo hasta un *crescendo*.

Jasper miró a su público y sonrió diabólicamente. Algunos espectadores gritaron no; otros le animaron a que lo hiciera. Algunos se rieron nerviosamente.

Volvió a hacer puntería, entonces disparó. El olor áspero de la pólvora llenó la sala. Una bocanada de humo salió del cañón del rifle. En el blanco se divisaba un gran agujero, pero la bolsa de papel permanecía intacta. «Ah», dijo con tristeza, bajando el rifle, «parece que he fallado. Supongo que tendré que intentarlo otra vez».

Levantó el rifle. La música escaló de nuevo hasta las cimas de la tensión. Una vez más, el público incitaba y defendía. Finalmente disparó. La bolsa de papel se envolvió en fuego, y se desintegró de inmediato en cenizas flotantes con los bordes en llamas. Pero esta vez, cuando el humo se despejó, el blanco había desaparecido — y en su lugar había una jaula de madera con la paloma blanca dentro y a salvo. Emitió un gorjeo.

El público bramaba de placer. Las mujeres sacudían la cabeza de un lado a otro en señal de admiración, los hombres asentían con firmeza; por Dios que los había

engañado con aquel número.

La noche no hizo más que mejorar. Jasper bailó por todo el escenario con una gracia confiada, jugando, a cambio, con cada emoción del público. En las primeras horas de la noche se habían entregado a él, dispuestos a desterrar su desconfianza. Lo que sabían que era imposible, en virtud de todo lo que habían aprendido, lo creían ahora. Y saborearon aquella experiencia como si un hechicero pudiera realmente convertir un pañuelo rojo en una paloma viva. No era posible y lo sabían. Pero en la percepción del teatro, era real. Ésa era la magia en los espectáculos de Maskelyne.

Mientras trabajaba, Jasper estaba en aguda sintonía con todo lo que ocurría a su alrededor. Escuchaba para saber por los minúsculos clics que el mecanismo ya estaba preparado. Le lanzaba miradas robadas a Knox para cerciorarse de que la siguiente ilusión estaba lista. Tranquilizaba a Kathy Lewis cuando su nerviosismo amenazaba con rebelarse.

Tomó prestados tres anillos de oro de los oficiales que había entre el público, incluyendo uno del general Chrystall, Comandante del área de El Cairo, y los arrojó a una sartén. Después de romper tres huevos sobre ellos, los frió en un hornillo. De la sartén sacó tres huevos enteros, y de estos huevos, tres palomas más, y amarrado a cada pájaro había un trocito de lazo donde estaba cada uno de los anillos de oro.

Knox observaba con placer desde bastidores. El artista no era en absoluto el hombre al que conocía tan bien. En el escenario, Maskelyne era en todo una estrella del West End. Vestido con su traje formal, bañado por el foco, parecía mucho más imponente que en la vida diaria. Tenía una belleza y un garbo perfectos; su voz era profunda y melodiosa, incluso pacífica. Frank no podía creerse que éste fuera el mismo hombre que había caminado con paso nervioso por la torre del faro en el puerto de Alejandría.

Detrás del telón, el profesor contemplaba al público a escondidas. Algunas personas se estaban abanicando, pero cuando Maskelyne se movía con gracia por el escenario todos los ojos se movían con él; cuando dirigía su atención hacia otra parte, ellos seguían diligentemente la dirección que les indicaba. Parecía trabajar sin esfuerzo, pero Knox sabía que cada movimiento había sido coreografiado meticulosamente. Cada posición del pie, cada gesto de la mano, los rápidos movimientos de sus ojos, incluso las arrugas que producía con su frente, habían sido planeados para encaminar, y después confundir, al público, y se habían ensayado hasta la perfección.

El primer acto culminó con una versión estilizada de la popular ilusión que inventara su abuelo, El ojo de la aguja. Encerró a Kathy dentro de una pirámide en miniatura, con una única abertura visible —un agujero minúsculo— en el vértice, apenas un poco mayor que la circunferencia de una cuerda fina. «Esto le permite respirar», le explicó Jasper a un público absolutamente silencioso. «Si no...», y sacudió su cabeza haciendo un gesto desagradable. Entonces se subió encima de la pirámide de madera, como si luchara por mantener el equilibrio en sus pendientes.

Pero tan pronto como oyó el minúsculo clic desde dentro de la caja que indicaba que Kathy estaba lista, se estabilizó y les hizo un gesto con la cabeza a sus ayudantes Hill y Graham. Elevaron un fular oriental sobre la pirámide y, segundos después, lo bajaron. Kathy estaba de pie, encima de la caja, con los brazos extendidos en señal de triunfo. Y cuando se abrió la puerta, Jasper estaba acurrucado adentro, vestido incongruentemente con su fluido traje chino.

Frank bajó el telón.

Tony Francis, un convincente mímico, abrió la segunda parte del espectáculo con una imitación de un combatiente nazi al que le disparaban desde el cielo los soldados de un acorazado. La soprano de pelo castaño, Hede Shack, siguió con una selección de piezas de *Madame Butterfly*. Tommy Thomas, un barítono galés, cantó un popurrí de espirituales, pero terminó con una interpretación conmovedora de la por entonces popular «Blancos acantilados de Dover». Entonces reapareció Jasper, vestido con el traje oriental adornado con símbolos cabalísticos. Un sarcófago de piedra finamente tallado se arrastró por el escenario con dificultad para crear una atmósfera auténtica para la siguiente ronda de ilusionismo.

Abrió con los Anillos chinos. Después de permitir que algunos de los altos cargos de la primera fila examinaran los siete anillos, y haciendo que pensaran que eran de una pieza, les dio un grácil giro, uniéndolos y luego separándolos, ligando dos, luego tres y finalmente todos. El teniente general Scott Fyfe-Whitney le sirvió como contraste. El General se puso rojo ante su inhabilidad para unir los anillos o, después de que Jasper los hubiera unido de alguna manera, para separarlos.

Tras los anillos, Kathy apareció en el escenario ataviada de princesa egipcia antigua, con un vestido que se abría en la pierna. Se tumbó en una alfombra de Mamluk, y Jasper la hizo levitar lentamente. El público charlataneaba mientras ella flotaba en el aire.

Lentamente, Jasper la bajó. Kathy despertó de su «trance» con el chasquido de sus dedos. La banda bramó victoriosamente.

Jasper se fue directo al Sarcófago de la momia, un truco de tortura. Un sarcófago de momia muy realista, de siete pies de alto, se abrió para revelar filas de afiladas púas que sobresalían en su cubierta. El bondadoso general Whitney regresó al escenario para examinar esta caja. Como ya había sido engañado una vez, la registró ahora por todas partes, tocó después las afiladas púas y se aseguró de que estuvieran bien sujetas, y de que la caja en sí no tuviera puertas secretas o dispositivos de escape.

Kathy temblaba mientras se metía dentro. Mientras Jasper cerraba la tapa, ella miraba al público con ojos temerosos y suplicantes. Entonces la cerró lentamente, pero con firmeza.

Ella chilló; pero su voz murió en las alturas de su grito. Un fino líquido rojo exudó del fondo del sarcófago.

La sonrisa diabólica se secó en la cara de Maskelyne, y la sustituyó por una

preocupación genuina. Rompió los seguros, destrozando prácticamente la caja para abrirla. Hill y Graham corrieron al escenario para ayudarlo. Rápidamente, arrancaron el seguro y tumbaron la caja. Un líquido rojo sangre caía de las puntas de las púas, pero el sarcófago estaba vacío.

Un latido de corazón y después el sonido anodino procedente del frotamiento de una piedra contra otra desvió su atención hacia el sarcófago. Los hombres se apresuraron y lucharon por abrir aquella masiva tapa. Mientras la empujaban parcialmente apareció una mano delicada, y, segundos después, Kathy salió sana y salva.

Siguieron otras ilusiones maravillosas. Jasper podía sentir ya plenamente la sensación más especial de felicidad con su trabajo. Era la alegría del artista en el escenario, un sentimiento que, de alguna manera, había perdido cuando a lo largo de los años un espectáculo dio paso a otro, y éste a otro más, y los años mismos se medían por el número de espectáculos. Era una sensación de alborozo tan única que nunca se la había podido explicar a nadie, ni siquiera a Mary. Sólo los que habían vivido bajo los focos, los que habían oído los aplausos, los que habían recibido el amor de su público, podían entenderlo.

Había pasado más de un año desde que trabajaba frente a un teatro lleno, y, aunque había sumado ese tiempo a su edad, el público lo mantenía joven. Luchaba para inspirar la sonrisa, para reír de felicidad, pero su acto requería el control de cada una de sus emociones. Con todo, lo estaba pasando maravillosamente.

Después de un simple cambio, durante el cual volvió a aparecer rápidamente con su traje formal, caminó hacia el centro del escenario.

—He dejado esto para el final porque es lo más peligroso —explicó en un tono objetivo—. Dentro de un sarcófago sellado hay el suficiente aire para que un hombre sobreviva aproximadamente tres minutos. Yo puedo aguantar la respiración quizás durante dos minutos adicionales. Si no he salido de la caja en seis minutos o menos, les pido a mis ayudantes que la rompan para salvarme la vida.

El dubitativo general Whitney examinó el ataúd buscando puertas secretas y agujeros para el aire, y no encontró ninguno. Jasper se colocó en el interior y lo cerraron. Whitney comprobó la tapa para asegurar que fuera hermético. En algunas ocasiones, Maskelyne había tenido verdaderos problemas con este truco de la caja. Además del fiasco de Huey Green, en un par de ocasiones las puertas se habían quedado encajadas o los ayudantes se habían olvidado de abrir los cerrojos. El peligro era pequeño, pero real.

Pasaron dos minutos. Se oyó un débil golpe, pero pronto se desvaneció.

Los minutos tres y cuatro pasaron en voz alta. Alguna gente entre el público comenzó a murmurar. Ciertamente era un truco, pero se sabía de algunos que habían acabado mal. Y era de todos conocido que los ataúdes de piedra egipcios eran herméticos para asegurar la conservación.

El quinto minuto pasó sin indicación de que hubiera vida dentro del ataúd. La

banda tocaba de manera irregular, con algunos de los músicos mirando la caja a escondidas por encima del borde del escenario.

Seis minutos. Graham corrió hacia el sarcófago. «Ayúdenme», pidió, haciendo señales a un grupo de ayudantes que estaba en los laterales. Se apresuraron hacia el escenario. El general Whitney se coló entre ellos, pero la tapa no se movía. Kathy se mantuvo a su lado con impotencia, tapándose la boca con su puño apretado. Pasaron otros treinta segundos y la tapa seguía igual. Uno de los tramoyistas se echó hacia atrás para secarse el sudor de su frente. Justo antes de unirse de nuevo al grupo que luchaba por levantar la tapa, echó un vistazo al público por encima del hombro. Y pestañeó. Era Maskelyne.

Entonces se sumergió de nuevo en el trabajo. La gente que lo reconoció vestido con su mono gris se reía con histeria; los que no, intentaban dar con qué podía ser tan divertido en un momento tan desesperado. Por fin, los trabajadores se las arreglaron para retirar la tapa. Dentro del ataúd, en el lugar Jasper, estaba la muñeca de un niño envuelta en unos vendajes de momia.

El público se puso en pie para despedir a Maskelyne con una gran ovación y reapareció enseguida para agradecerles a todos su asistencia. Lo animaron en voz alta y él hizo una reverencia hasta la cintura.

Entonces, de manera abrupta, el aplauso cesó. Un zumbido emergió en el público hasta convertirse en un ruidoso rugido. Como si creciera del cuerpo Jasper, allí estaba... ¡Adolf Hitler! Maskelyne miró hacia abajo, a su lado. Entonces reaccionó con una admirable respuesta retardada: «¡Debo decir que no esperaba ciertamente encontrarle a usted aquí esta noche!».

La figura alcanzó su escala completa y se alejó de él. Casi todo el público le abucheó.

—Dígame, Sr. Hitler —le dijo Jasper después de calmar al público—, ¿por qué ha empezado esta terrible guerra?

—Hitler —contestó una voz que sonaba sospechosamente a Bill Robson— necesitar trabajorrr. Si yo hubierarr conseguido trabajorrr como pintorrr, habrrrrría sido feliz —bajó la voz y admitió— pero tampoco sssoy tan buen pintorrr.

El público rugía de felicidad. Siguieron más preguntas hasta que «Hitler» acabó por desvanecerse. Maskelyne sacudió enfadado el puño ante la desaparición, y le advirtió, «Y no vuelva», hasta que se desvaneció por completo.

Entonces recibió las crecientes aclamaciones del público, y Knox bajó el telón.

Todos se marcharon lógicamente perplejos. Se reunían en grupos mientras salían, recordando los números de ilusionismo que más les habían gustado e intentaban averiguar cómo los había conseguido. Jasper se relajó en su pequeño vestidor. En algunas horas se pondría de nuevo el uniforme para volver a su trabajo militar, pero éste era un momento para saborearlo. Había sido un buen espectáculo. Teniendo en

cuenta que ninguno de sus ayudantes había puesto antes un pie sobre un escenario de magia había sido un espectáculo notablemente bueno. Había algunos flecos sueltos que podrían limarse con facilidad, pero sabía que el espectáculo había gustado y era consciente de que sería el tema de conversación en El Cairo al día siguiente.

Muchas personas se agolpaban frente a su camerino para ofrecerle sus felicitaciones, entre ellas, el jefe de Kathy Lewis, el general Dudley Clarke. Jasper había conocido al popular comandante de la Fuerza A durante la investigación de los caramelos misteriosos, pero no lo había visto desde entonces. Después de que la muchedumbre de parabienes hubiera disminuido, Clarke dio un paso adelante y se confesó encantado con el espectáculo. Entonces le preguntó al mago si alguna vez había considerado adaptar sus habilidades al mundo del espionaje.

Maskelyne había estado pensando exactamente en eso desde el día en que oyó de su padre el cuento de T. E. Lawrence y los «magos».

—Un poco —admitió.

—Ya sabe, realmente no hay mucha diferencia entre lo que yo hago y lo que hace usted —le dijo Clarke alegremente—. Me apuesto lo que sea a que si pone su mente al servicio de mi gente podrá desarrollar todo tipo de artilugios maravillosos para ayudarnos. Pueden ser de utilidad, ya sabe, recopilar información puede convertirse en una tarea complicada.

Maskelyne encontró interesante que el general Clarke evitara la palabra «espía». Acordó con él considerar la oferta, y los dos hombres hicieron planes para volverse a ver.

En El Cairo adoraban el espectáculo de magia. El periódico diario en lengua inglesa, el *Egyptian Gazette*, lo definió como «uno de los espectáculos más deliciosos que se hayan visto» en la ciudad. Esta recepción lo forzó a ampliar el programa. Se programaron tres espectáculos para el fin de semana hasta el final del verano y las entradas se agotaban tan pronto como salían a la venta. Aunque Maskelyne refunfuñaba sobre el trabajo extra que tendría que hacer, en realidad estaba muy contento por la visibilidad que le daba. Esta publicidad no sólo le abrió las puertas del Cuartel General, sino que le ahorró las largas colas de espera en Shepherds. Ahora disfrutaba de ser tratado como una celebridad de nuevo.

Para agosto, el Valle Mágico había comenzado a asemejarse a un verdadero complejo industrial.

—En otras pocas semanas —le dijo Maskelyne al mayor Barkas mientras le mostraba las instalaciones— este lugar será como un hogar.

—Si vives en un campamento militar —interpuso Knox.

Barkas estaba contento con el progreso del programa de construcción, pero ésa no era la razón de su visita.

—Estoy seguro de que habrá notado que las cosas han cambiado mucho desde que llegó Auchinleck. Es mucho más de la vieja escuela que Wavell, hace las formaciones en triplicado, todo a través de canales, con cursos de entrenamiento en el

desierto. Debo decirle que lo hemos pasado mal intentando explicarle su sección. No dejaba de repetir, «¿Maskelyne el mago? ¿Y qué está haciendo un mago en la sección de Ingenieros?». La idea parece desorientarle. Y Cunningham está hecho del mismo molde. En cualquier caso, Maskelyne, tenemos un problema...

Mientras Barkas continuaba, Jasper lo miró con fijeza. Había resistido bien el paso del tiempo. El desierto le había proporcionado un bronceado, estaba en forma, y sus ojos seguían claros, sin que hubiera un solo rastro del velo ahumado tan común en Londres. La transformación de pacífico productor de películas a oficial del Ejército de la Reina se había completado. El hombre irradiaba la fuerza de voluntad necesaria en un comandante y, si Maskelyne no lo conociera mejor, habría podido pasar fácilmente por uno más de los que llevaban tanto tiempo allí.

Esto provocó que Jasper se preguntara cuánto habría cambiado él. ¿Era aún un civil en la guerra o, como Barkas, se había convertido en soldado? Sabía que su cuerpo estaba más en forma que en sus recuerdos recientes, y el argot militar era ahora una parte natural de su idioma, pero ¿y su mente, su forma de pensar? ¿Había comenzado a pensar como un soldado? No era una pregunta de fácil respuesta.

«... así pues, en sólo algunos meses, esto será un hermoso ejército. El problema es que puede que no tengamos algunos meses. Asumimos que Rommel se cansaría un poco esperando ahí fuera, pero...». La guerra se había estado cocinando a fuego lento durante la mayor parte del verano de 1941, pero a principios de agosto la División Panzer de África había comenzado a cambiar de lugar constantemente en el desierto. La Inteligencia británica trazó sus movimientos, pero no parecía sacar nada en claro de ellos.

—Quizá Rommel esté sólo intentando confundir a nuestra sección de inteligencia —sugirió Knox.

—¿No estamos preparados para él? —preguntó Jasper.

Barkas se encogió de hombros.

—Ciertamente no tan preparados como lo estaremos en dos meses. Le daríamos un buen golpe, de eso no cabe duda, pero en cuanto al resultado... —su voz se encaminó hacia lo desconocido.

Los tres hombres se habían acomodado en la nueva sala de estar. Aún faltaban por instalar dos ventanas, y se veía un parche de cielo en la parte del techo que estaba descubierta, pero por lo demás estaba acabada. Knox tramaba algo.

—¿Cuánto tiempo hasta que él venga a por nosotros? —preguntó Jasper.

—Podríamos preguntarles a los adivinos del mercado. Rommel sabe que estamos preparándonos y debe darse cuenta de que somos capaces de hacerlo antes que él. Puede que esté dispuesto a jugársela ahora, apostando a que está mejor preparado, y venir a por nosotros. Por eso estoy aquí. Tenemos que evitar que se mueva por ahora.

Maskelyne y Frank dijeron a la vez: «¿Cómo?», y entonces se miraron con asombro.

—Ojalá lo supiera. Cunningham está abierto a sugerencias.

Jasper hizo algunas consideraciones sobre el problema.

—Asumiendo que pudiéramos conseguir todo lo que necesitamos ahora, ¿cómo evitaríamos que se moviera?

—Cubre los espacios en primera línea —respondió Barkas de inmediato—. Hazla más espesa con tanques y ejército y quizás un batallón de infantería si tienen alguno de sobra en las proximidades.

—Eso es ¿no? Ésa es nuestra respuesta.

Barkas no entendía nada.

—Ciertamente es una respuesta, pero a duras penas la respuesta. Necesitarlos no significa tenerlos, ¿no?

Jasper sonrió con un aire de satisfacción. La Cuadrilla Mágica estaba a punto de fabricar un ejército.

A Mike Hill no le gustaba el trabajo de fabricar cuerpos: «Me choca, es algo extraño, ya sabes. La clase de cosa que trae mala suerte».

Robson le explicó pacientemente que no eran cuerpos: «Son sólo muñecos, eso es todo. Como espantapájaros, o como los maniquíes de los escaparates de los grandes almacenes».

—Y también hay unos pocos en zapadores —gritó Graham mientras estaba bocabajo en el duro suelo de la sala común. Se había golpeado la espalda mientras cargaba maderas en la bahía de Maryüt e intentaba con estiramientos hacer que volviera a su forma—. En cualquier caso, no me encontraríais ahí fuera cavando para localizar minas. Además, casi hemos terminado con esa parte del trabajo.

—Los echaríamos más rápido que a Dios, te lo digo —criticó Hill.

—Aquí ahora mismo, soldado —le regañó Fuller, caminando cuidadosamente sobre Graham de camino a la tetera—. A ver si cuidamos ese lenguaje.

—Si yo no digo nada.

—A ver si lo dices otra vez —le advirtió Graham, dibujando una suave risa ahogada.

Robson levantó su ejemplar amarillento de *Parade*, la revista de soldados que estaba leyendo.

—Eh, Mike —bromeó—, ¿qué sabes tú de Dios, de todas formas?

Hill le hizo frente con honestidad.

—Un montón. He oído toda clase de rumores.

Robson le lanzó la vieja revista.

Hill la esquivó con habilidad, entonces esperó a que disminuyera el coro de gritos y carcajadas antes de continuar.

—Vamos, te lo digo en serio. Ver esa fila de cuerpos saliendo de las tiendas me da mal rollo, eso es todo. Es simplemente extraño.

Aquellos «cuerpos» eran la base de un ejército completo simulado que pronto

aparecería en el desierto. Para ayudar a convencer a Rommel de que el VIII Ejército estaba preparado para luchar, la Cuadrilla había comenzado a sacar soldados, artillería y tanques falsos en grandes cantidades. Estos artilugios se colocaban entre concentraciones reales de campaña siempre que era posible. El plan era sustituir secretamente a este ejército de lona y cartón por soldados verdaderos tan pronto terminaran su entrenamiento, y por equipo en cuanto les llegara.

De hecho, Maskelyne había estado fabricando «hombres» en su taller durante dos décadas. Sus figuras realistas sustituían a menudo a sus ayudantes reales en números difíciles con espadas, armarios bajo llave y levitaciones. Con la tenue iluminación, los forros de terciopelo negro y algunos micrófonos ocultos, estos muñecos pasaban con facilidad en el escenario por ayudantes del mago. Pero Jasper era consciente de que a su público del desierto no se le engañaba con tanta facilidad.

Durante el pánico posterior a Dunkerque, se habían utilizado en grandes números en Inglaterra unas maquetas de aviones de cartón, pero arrojaban sombras incorrectas y no servían en el desierto. Para engañar a los sofisticados intérpretes de fotografía nazis, estos hombres simulados o «chinos» tendrían que arrojar sombras realistas e incluso parecer que se movían.

Al final, Maskelyne decidió fabricar sus soldados con cartón, lona y tubos. Los brazos y las piernas hechos con tubos se retorcieron en varias formas para dar la sensación de movimiento. Algunos de los maniqués estaban en posición de dar un paso, otros, sentados, muchos corrían, y unos cuantos, apodados «los muchachos de Hill», estaban bocabajo con las «manos» en la nuca, como si estuvieran echando una siesta. Se utilizaban uniformes inservibles cuando era posible, y los maniqués «llevaban» la amplia variedad de cascos que se usaba generalmente en el desierto. Townsend, que se estaba convirtiendo en un camuflador excepcional del color, los arregló con pintura, tela y yeso. Robson añadió un toque de humor rellenándoles la barriga con paño a algunos de ellos y llamándolos sargentos.

Vistos de cerca, los soldados de Maskelyne no engañaban a nadie. Parecían bultos con vestidos y cartón, colocados en posiciones naturales. Pero cuando estas figuras se añadían a densas concentraciones de tropas y se observaban desde miles de pies desde el aire, cobraban vida. Así, los pelotones delanteros se convirtieron en compañías fantasmas, y se les equipó con el número apropiado de tiendas, de rifles de madera simulados y de filas de cascos metálicos que se colocaron fuera de las tiendas. En muchos campamentos se encendían fuegos por la noche para mantener el calor de los «hombres», pero había que prestar atención para evitar que salieran ardiendo.

Desde el principio del proyecto, Jasper tenía previsto fabricar piezas ligeras de artillería y tanques que pudieran plegarse, o automóviles simulados, como hacía con las mesas que sacaba al escenario: extendiendo lona pintada sobre estructuras tubulares.

Antes de llegar a este punto, Wavell había empleado unos incómodos tanques de

madera simulados para embaucar a los italianos. Estos «tanques» se hicieron clavando tela de saco pintada en estructuras de madera a escala real. Los «tanques» eran tan poco manejables que se necesitaban seis hombres y un camión para moverlos. Cuatro de estos maniqués se podrían apretujar en el suelo de un camión de cinco toneladas si se bajaban los laterales. A menudo, debido a la dificultad para moverlos, solían abandonar a estos monstruos para que se descompusieran en el desierto después de haberlos utilizado.

Desde una distancia superior a las mil yardas, el maniquí de madera podía pasar por un auténtico Matilda, excepto cuando se empapaba con el frío rocío de la mañana. Entonces la tela de saco húmeda cedía y parecía que el «tanque» se estaba derritiendo.

—Esto es un tanque simulado, de acuerdo —dijo Robson con burla mientras la Cuadrilla examinaba uno de estos armatostes—, será simulado para el idiota que lo diseñó. —Pasó la mano por una gruesa tela de saco, y se escamaron algunos fragmentos de pintura—. Mirad esto. ¿A quién coño esperaban engañar con esta hoguera?

Jasper extrajo del almacén una tabla en descomposición.

—Me han dicho que, de hecho, fue absolutamente eficaz contra los italianos.

Robson lo miró con dudas.

—Venga ya.

—De verdad —insistió Maskelyne—. Se temían que Wavell les obligara a llevárselo.

Mientras Jasper diseñaba un tanque simulado completamente nuevo, Townsend experimentaba con los diseños de camuflaje del tanque, pintando con esmero las sombras necesarias para proporcionar una sensación de profundidad, mientras que Hill supervisaba la colección de materiales que había en aquel basurero salvaje. Por primera vez, le habían ofrecido una misión importante a Jack Fuller. Maskelyne sabía que Rommel había montado sus tanques simulados sobre chasis de Volkswagen de modo que pudieran moverse por el desierto con su propia energía, y él quería que los tanques de la Cuadrilla pudieran hacer lo mismo. A Fuller se le asignó obtener tantos chasis motorizados como pudiera en el depósito de motores y, si allí no podía conseguir los suficientes, que se las arreglara para comprarlos en el próspero mercado negro.

El sargento Fuller era el hombre perfecto para esta tarea. Como había servido en el Valle durante tanto tiempo, sabía cómo trabajar a través de los canales militares y regatear con los locales. De hecho, su apropiado porte le hacía un negociador excelente, porque nunca abandonaba su posición mostrando en exceso sus emociones.

El tanque simulado de Maskelyne era simplemente un elaborado artilugio de escenario. Hizo a mano el prototipo con Graham, y lo sacaron del taller en cinco partes separadas. Cada parte estaba hecha de una tela de saco blanca, tensada en

barras de tres por ocho pulgadas y en tuberías de gas de tres por cuatro, y podían plegarse por completo o encajarse rígidamente para tomar forma. El masivo armazón del tanque y la banda de rodadura parecían dos pontones de cuatro pies de alto conectados por finas barras de alambre. Una plataforma rectangular de aproximadamente un pie de alto se colocó encima de estos pontones para servir como base de la torrecilla. Maskelyne diseñó esta plataforma de modo que resaltara sobre los lados del casco y arrojara sombras convincentes. Se colocó en esta base una torrecilla octagonal de tres pies, que parecía una gran caja de sombreros en la que se habían agujereado unas salidas circulares para los cañones, remataba la estructura una torrecilla más pequeña y redonda. Completaban la réplica cinco cañones de madera, incluyendo uno de tres pulgadas y una ametralladora que giraba sobre un eje.

El «tanque» de la Cuadrilla Mágica podía montarse en minutos y ser transportado por dos hombres. Al contrario de las maquetas de madera de Wavell, que llenaban un camión de cuatro o cinco toneladas, en uno estándar de tres se podían doblar y transportar dieciocho de estos «tanques».

Sin pintura, en el centro del patio principal, parecía como si las blancas maquetas de lona de Maskelyne se hubieran esculpido a partir de un bloque de nieve. Pero después de que el equipo de pintura de Townsend hubiera acabado su detallado trabajo, era casi imposible distinguir un tanque falso de un auténtico Matilda. Incluso las sombras que arrojaba reproducían exactamente las de un tanque genuino.

Fuller se las arregló para agenciarse veintiséis esqueletos de *jeeps* y de automóviles, y a cada uno de ellos se les colocó un armazón de tanque falso. La mayoría de estos chasis procedían del depósito de motores, pero seis de ellos los había comprado en el mercado negro.

—Allí estaban estos dos hermanos que pensaban que me tenían en la palma de la mano —dijo alegremente el sargento mientras le contaba a la Cuadrilla sus aventuras en el mercado— pero cuando, de hecho, me pasé por allí y después decidí marcharme me ofrecieron el precio que les propuse. En fin, supongo que llegamos a un arreglo. La parte peor fue hacer que firmaran los recibos.

Robson dio un respingo.

—Sólo les dije que no podría hacer una compra para el gobierno a menos que recibiera un recibo autorizado, aunque no estoy muy seguro de que lo entendieran. —Fuller se rió de aquella anécdota—. Seré sincero, no creo que firmaran los formularios con sus nombres reales.

—Este hombre nos está vacilando, ¿verdad? —reclamó Robson—. Que alguien me diga que no va en serio. Hill sacudió su cabeza.

—Lo siento, compañero, me temo que tengo malas noticias. Tiene los recibos.

El dibujante se sujetó el corazón con las dos manos y se derrumbó en el suelo.

Townsend entró en la sala de estar justo a tiempo para ver la reacción dramática de Robson.

—¿Qué le pasa? —preguntó con serenidad—. ¿Ya ha vuelto a cocinar Nails?

De vez en cuando Graham hacía el desayuno para la Cuadrilla, por lo general con resultados desagradables.

—No es tan simple —explicó Hill—. Parece que Fuller fue al mercado y pidió recibos.

—¿He hecho algo mal? —preguntó el Sargento—. Hay una buena y una mala manera de hacer las cosas, ¿no? Después de todo, debemos recordar que somos los representantes del Rey aquí.

Robson se reía tanto que no podía levantarse del suelo.

Townsend miró a Fuller y le dijo suavemente:

—Sargento Jack, le apuesto lo que sea a que su jodida Majestad ni siquiera sabe que estamos jodidos aquí.

—Bien, pero ése no es el asunto, ¿no?

En realidad, Fuller nunca enseñó aquellos recibos, ni nadie llegó a saber jamás si, de hecho, los tenía.

Además del chasis motorizado, montaron algunos «tanques» sobre neumáticos de goma y los unieron con un fino cable de remolque a las maquetas de autopropulsión. Aunque estas maquetas móviles sólo se podían utilizar en áreas de «marcha difícil», o de suelo firme, las estructuras fijas se podían poner sobre la arena suave para la inspección alemana, y después plegarlas y llevarlas a otro sitio.

Las partes de artillería del ejército de cartón de Maskelyne, como, por ejemplo, los «tanques», se hicieron con lona, cartón, barras, bisagras y tela de vela pintada, y se podían plegar casi por completo para su fácil transporte. Los largos «cañones de barril» procedían del desagüe de salvamento, donde Hill había descubierto un campo abandonado de tuberías. Estas tuberías —de gas, tubos de desagüe, conductos, fragmentos de mangueras de caucho, finas conducciones de petróleo, e incluso caños de aguas residuales lo bastante grandes como para que un hombre pudiera deslizarse dentro— se cortaron para obtener el tamaño deseado y se pintaron del color correcto. Bajo un revoltijo de conductos de agua metálicos retorcidos y aherrumbrado, la Cuadrilla descubrió incontables tubos de cartón, empleados en su tiempo para transportar municiones de defensa aérea Bofors —todos ordenados cuidadosamente, como si estuvieran esperando al candidato apropiado para que llegase y los reclamara. Hill echó una ojeada a los largos cilindros y se imaginó una gloriosa exhibición de fuegos artificiales por el día de Guy Fawkes.

—Buscapiés —gritó, queriendo decir explosivos más grandes, o petardos, y bajó por la montaña.

—Corazas de bombas —le corrigió Maskelyne oficiosamente.

El general Cunningham estaba extremadamente satisfecho con la artillería de la Cuadrilla, y se agregaron las armas a las baterías del desierto tan pronto como pudieron empastarlas, sujetarlas con grapas y unir las. Pero Maskelyne no estaba

satisfecho. Después de observar las armas en la posición de campo, decidió que tenían que disparar.

—Venga ya.

—Pero no pueden disparar —precisó Frank—. Están hechas de cartón.

—Si los tanques de lona podrán moverse, —insistió Jasper—, las armas de cartón podrían disparar. Mientras nuestra artillería verdadera permanezca quieta —explicó— estas maquetas están bien. Pero una vez que comiencen los disparos, *Jerry* se va a dar cuenta de que toda la batería no está disparando. Si de alguna manera pudiéramos equiparla para producir fogonazos exactos en los extremos de los cañones y regueros de humo, Rommel nunca sería capaz de darse cuenta de que son puro papel endeble.

—Y si usted pudiera pintar un diamante reluciente, todos seríamos ricos —soltó Nails Graham.

—Las armas tienen que disparar —repitió Jasper, y entonces se puso a trabajar intentando averiguar cómo hacerlo posible.

La solución vino de su niñez.

—Las armas van a disparar —anunció algunos días después mientras entraba en la sala de estar—. No harán ningún daño, pero van a disparar.

Luego se unió a Knox, Nails y Graham, que estaban sentados en la mesa redonda y les contó la historia de su padre y el cohete.

La gran pasión de Nevil Maskelyne eran los cohetes y los globos. Combinaba este amor con su conocimiento de la fotografía y fue el primer hombre que fotografió con éxito una coraza de artillería en pleno vuelo. El segundo domingo de cada mes acudía a los campos de Kent para lanzar un cohete o un globo. A cada globo le ponía una etiqueta que ofrecía una recompensa a la persona que lo encontrase, y de esta manera pudo seguir la pista de vuelos que llegaron a lugares tan lejanos como Alemania y Dinamarca. En aquella misma época en que el científico americano Robert Goddard publicara su célebre artículo «Un método para alcanzar alturas extremas», Nevil Maskelyne lanzaba sus cohetes, de cuatro pies de largo y medio de ancho, hasta alcanzar millas de altura en el cielo.

—Mi trabajo consistía en apretar la tierra con firmeza en la base del cohete —le dijo Jasper a la Cuadrilla—. Normalmente se elevaba derecho hacia el cielo de la mañana con un rugido furioso y una fiera cola, y después descendía de nuevo a la tierra con una graciosa curva.

Hill caminó con la vista nublada y se echó una taza de té mientras Maskelyne terminaba su historia.

—Una vez, sin embargo, debí haber hecho mal mi trabajo, porque en vez de subir, el cohete giraba como loco sobre su base, luego se separó y, en vez de subir, bogó como un cometa ardiente por algunos pies de tierra. Al final se empotró en la puerta de una pequeña casa de campo y se quedó allí como una flecha gigante en llamas. El labrador oyó el tremendo porrazo y abrió la puerta. Se tambaleó hacia atrás, gritándole a su esposa, «Corre, amor mío, que ha venido el Diablo», y se desmayó,

perdiendo por completo la conciencia.

Hill estaba detrás de Knox bebiendo a sorbos su café. Cuando se extinguió la risa complaciente, preguntó: «¿Ya está nuestro mago contando historias otra vez?».

Frank lo miró por encima del hombro.

—Bueno, mira quién habla. Gracias por acompañarnos esta mañana, soldado Hill. Seguro que ayer pasó una buena noche. Hill contestó con un gesto salaz.

—Bien, también yo estoy sorprendido de que regresara ayer tan temprano. Si tuviera su edad...

—Habría estado aquí desde ayer por la noche —terminó diciendo Hill, mientras se inclinaba para coger con los dedos una salchicha del plato de Frank—. Hay...

—Eh, espera un momento —interrumpió Nails—. Me gustaría saber qué conexión hay entre los cohetes del padre de Jay y nuestras armas.

Maskelyne se lo explicó: «Los cohetes se encendieron en una gran explosión de humo y llamas. Cuanto más alto queríamos que volaran, más combustible pondríamos en el tanque; cuanto más combustible en el tanque, mayor sería la explosión. Todo lo que tenemos que hacer es mezclar una gran cantidad de combustible para cohetes y ahí tenemos ya nuestra explosión de artillería. Tendremos que hacer algunas pruebas, pero seremos capaces de reproducir cualquier tipo de fognazo que emita un cañón».

Después de probar con varias mezclas, Jasper decidió al final cargar las corazas simuladas de sus armas de cartón con pólvora de aluminio, que producía el fognazo, pólvora negra para provocar el humo y limaduras de hierro para añadir al fognazo el tinte rojo necesario. Los tubos de cartón para embalaje que se usaron en su origen para transportar las verdaderas bombas de los Bofors se utilizaban ahora como cubiertas protectoras de esta munición simulada.

Aunque contaron con el asesoramiento experto de la Sección de Artillería, tardaron días en probar y ajustar por completo los fognazos de los cañones y los rastros de humo de cada una de las grandes armas que se utilizaban en el desierto, pero al final dieron con un sistema de especificaciones. Por desgracia, había que embalar a mano cada una de las corazas simuladas y no contaban con un suficiente equipo de medición en el delta para asegurar la necesaria homogeneidad. Dado que la inteligencia enemiga detectaría inmediatamente estas irregularidades, había que encontrar los medios para garantizar una uniformidad en las cargas.

—Mi mujer lo haría con cucharas —dijo Fuller, y fue ignorado.

Nails Graham improvisó un sifón de medición, pero demostró ser demasiado pesado como para ser útil.

—¿Por qué no lo intentamos con cucharas? —sugirió de nuevo Fuller, y se volvió a descartar.

El experimento de Maskelyne con tazas de la cantina agujereadas falló.

—Cucharas.

Después de que la balanza de contrapeso de Robson se colapsara, los ingenieros

intentaron el método de la señora Fuller y descubrieron que era simple y fidedigno, y ésa fue la manera en que se cargaron las corazas. Una coraza simulada de Bofors consistía en cuatro cucharas de postre de pólvora de aluminio, dos cucharillas de café de pólvora negra y un pellizco de limaduras de hierro. Un cañón de veinticinco requería seis cucharas de postre de pólvora de aluminio, tres cucharas de pólvora negra del juego de cubiertos de la cantina y, de nuevo, de un pellizco de limaduras de hierro. Los hombres que rellenaban las cargas de cartón usaban guantes y delantales para evitar que la pólvora ardiente cayera sobre sus heridas del desierto y en las picaduras de insecto, y gafas protectoras para esquivar las chispas que pudieran entrarles en los ojos. Como era de esperar, la cabaña del Valle Mágico en la que trabajaban empezó a conocerse como la «cocina», ellos eran los «cocineros» y las especificaciones, sus «recetas».

En la oscuridad de una noche de finales de agosto, se llevó a cabo una demostración en uno de los nuevos lugares de entrenamiento en el desierto del general Auchinleck. Se habían colocado al azar dos armas de cartón en una batería de seis secciones reales de artillería. Se habían enterrado en la arena, directamente debajo de los cañones de las armas de madera, extensiones de tuberías de metal de las armas simuladas, que se cargaron con la munición falsa de la Cuadrilla Mágica. Jasper se quedó con los oficiales invitados a una distancia de unas dos mil yardas de la línea de fuego, intentando parecer tan discreto entre ellos como sus armas plegables entre las auténticas de cinco pulgadas y los obuses. A las siete y media, un avión de rastreo hizo un recorrido circular, y la batería disparó su primera descarga.

Ocho bolas de fuego rompieron en el crepúsculo, y una espiral de humo salió con pereza de cada uno de los cañones mientras los equipos los recargaban rápidamente. Se habían tomado las suficientes precauciones para que no se revelara la localización de las armas simuladas durante la recarga.

Maskelyne articuló en silencio sus palabras mágicas «*¡hey, presto!*», justo cuando estallaron las segundas bolas. El truco de ilusionismo era tan completo que ninguno de los oficiales allí reunidos intentó adivinar cuáles eran las armas de cartón.

La tercera ronda hizo que todo el mundo estuviera de acuerdo en que las maquetas no se podrían detectar en el campo.

—Son absolutamente asombrosas —dijo con excesiva efusión un coronel de la Acorazada— porque, con la excepción de que no hacen nada, son tan buenas como las armas reales.

Jasper estaba muy aliviado por que Hill no estuviera allí para hacer el mismo comentario sobre los oficiales del alto mando.

Después de la demostración, el efusivo coronel lo apartó a un lado y le recordó que habría que hacer algo sobre las quemaduras que causan los fognazos.

—Usted no puede disparar grandes armas sin abrasar la tierra que hay delante, ya sabe —le dijo.

Se pondría un paño negro delante de las maquetas para simular la tierra

carbonizada, contestó Maskelyne. Cuando las armas se plegaran, se recogerían los pedazos de paño y así se esfumarían todos los rastros de la batería, «como si alguien los hubiera hecho desaparecer con una varita mágica».

Las armas plegables y la munición simulada entraron en producción y se unieron rápidamente a los «hombres» y los «tanques» del ejército de la Cuadrilla Mágica, que «rellenaban los huecos» en primera línea. Aunque la División Panzer de África continuó dando vueltas alrededor, no atentó con ninguna ofensiva.

El mayor Barkas estaba entusiasmado con el ejército falso de Maskelyne, y paraba con frecuencia por el Valle Mágico para contemplar cómo llevaban al frente a los hombres de trapo, los tanques de lona y las armas de cartón.

—Es asombroso, Maskelyne —le dijo un día—, tarda usted dos años en ingresar en el Ejército, y en menos de un año ya se está fabricando el suyo propio.



VII

Una mañana, pocas semanas más tarde, Maskelyne estaba acechando un moscardón en su oficina, armado solamente con un matamoscas, cuando el mayor Barkas golpeó cortésmente la jamba de la puerta. Las puertas de la oficina, prometidas desde hacía tiempo, no habían llegado todavía. Jasper terminó su caza con una gran palmada que resulto ineficaz, y miró descontento cómo desaparecía la mosca del desierto por las aspas en movimiento del ventilador del techo.

—¿Qué hay más en el desierto —le preguntó a modo de saludo— moscas o arena?

—Arena —dijo Barkas con énfasis—. La verdadera pregunta es, ¿hay más oficiales estúpidos que moscas?

—Bien —bromeó Jasper mientras colgaba el arma—, quizá sea usted el más agradable de esta mañana.

El Comandante se sentó en un cómodo sillón.

—A su favor le diré —precisó—, que parece que por fin ha conseguido convencer a los de las «Columnas Grises» de que es usted una especie de Merlín.

—¿Ah?

—Quieren que intente ocultar el Canal de Suez.

Maskelyne asumió que Barkas estaba de broma.

—¿Ocultarlo? ¿Eso es todo? Me esperaba algo más difícil.

—Ocúltelo. Enmascárelo. Conviértalo en un palacio de baile si es lo que todos esperan, pero quieren que haga algo para protegerlo de los bombarderos alemanes. Es absurdo, está claro que no puede hacerse —hizo una pausa, y entonces gesticuló con picardía. Maskelyne ya había demostrado que podía lograr lo aparentemente imposible—. ¿O sí?

El Canal de Suez era el enlace más importante en la línea de abastecimiento británica. Conectaba el Mediterráneo con el mar Rojo, cortando casi por la mitad la distancia marítima entre los puertos de Londres y del Lejano Oriente. Como señaló Barkas —empleando una serie de mapas topográficos para ilustrar el problema— su tamaño lo hacía extremadamente vulnerable. El canal tenía una longitud de ciento siete millas, pero una anchura menor de setenta yardas y sólo cuarenta y dos pies de

profundidad en la mayoría de los puntos. Si los alemanes fueran capaces de cerrarlo, o incluso tan sólo bloquearlo temporalmente hundiendo un único barco, forzarían a los convoyes británicos a realizar el viaje más largo y peligroso, rodeando el cabo de Buena Esperanza, y todos los ejércitos de la Commonwealth sufrirían por ello.

La Sección de Inteligencia pensó que la Luftwaffe no saturaría de bombas la zona, como había hecho en el puerto de Alejandría, porque Rommel necesitaría desesperadamente el canal una vez que hubiera derrotado al VIII Ejército. Pero en el Cuartel General temían que los alemanes intentaran cerrarlo temporalmente, hundiendo un barco en el estrecho canal o, si fracasaban, minándolo. Para prevenir esto, se habían estirado redes anti-torpedo justo por debajo de la superficie del agua para coger cualquier cosa que cayera de un avión, y los dragaminas lo patrullaban continuamente, pero la Fuerza de Defensa del Canal quería hacer algo más para reforzar su seguridad. Se habían enterado por la «red de los muchachos» del éxito de Maskelyne en Alejandría, y querían que hiciera desaparecer el Canal por completo.

Jasper y Frank Knox volaron a Suez para examinar el sistema de defensa del Canal, que no era más que una fina línea de baterías antiaéreas colocadas en los puntos más vulnerables. Mirando el majestuoso canal desde una de las posiciones elevadas para las armas, su belleza natural sobrecogió a Maskelyne.

—Es realmente encantador —dijo con admiración—. Sabes, Frank, hace casi veinte mil años que se construyó el primer canal en esta zona. Fue bendecido por los sacerdotes más importantes de Egipto. Si cierras los ojos, y dejas volar tu imaginación...

A Knox no le impresionó esta lección de la historia. Pensó que la petición era ridícula, y sugirió que la Cuadrilla haría mejor en invertir su tiempo en misiones más prácticas.

—¿Sabes como se esconde de sus enemigos un elefante africano? —le respondió. Maskelyne no lo sabía.

—No lo hace. Es jodidamente demasiado grande. Y eso es lo que tenemos aquí, Jay, un jodido elefante gigante.

Después de acabar su inspección, se sentaron en un café de Suez a beber una cerveza Stella caliente. Parecía como si hubieran pasado años en vez de meses desde su indecoroso aterrizaje en medio del santuario de Wavell, y la clamorosa y atestada ciudad había vuelto a su caos habitual. Mientras Maskelyne bosquejaba en su cuaderno, Knox permaneció en silencio durante dos bosquejos completos, entonces, quizá alentado por la embriagadora cerveza, le dijo a secas: «No podemos hacerlo, Jay. Tendrás que darles un no por respuesta».

Jasper discrepó. Le recordó a Frank que la Cuadrilla había conseguido «mover» un puerto entero. Y Barkas le había contado que los alemanes estaban camuflando ríos cerca de las centrales eléctricas, rociando su superficie con polvo de carbón, para que así fueran imposibles de distinguir entre los cercanos caminos de macadán.

—¿Funcionaría esto aquí? —se preguntó el profesor.

—No, me temo que no. Saben con precisión donde está el Canal. Me atrevería a decir que si en su lugar apareciera de repente una autopista ellos se asegurarían lo bastante como para no conducir por ella.

Incluso los americanos, oficialmente neutrales, estaban trabajando en métodos para salvaguardar grandes blancos, continuó, contándole a Knox el proyecto para proteger el puente de George Washington en Nueva York. Habían pintado en una lona una vista aérea del puente, que suspenderían por todo el Hudson, río abajo, y que se iluminaba cuando un avión enemigo se le acercaba. Los fuertes vientos habían arruinado la primera versión, rasgando la lona en pedazos antes de que pudiera colgarse por completo.

—Podemos hacer algo con el Canal —concluyó—, es sólo cuestión de aplicar el principio apropiado a la situación que tenemos.

En la calle, justo delante de ellos, el caballo agotado de un *gharry* se había derrumbado sobre sus caderas. El conductor golpeaba al animal con el pie mientras suplicaba en voz alta a sus dioses preferidos que hicieran que el caballo volviese al trabajo. Una pequeña muchedumbre se había agolpado para darle consejos a gritos. Maskelyne entendía lo bastante el dialecto local como para darse cuenta de que lo que más criticaban era la técnica que empleaba para golpearlo. Se puso en marcha una animada discusión sobre qué método era el apropiado a la hora de patear a un caballo perezoso.

Los ejemplos de Jasper no habían convencido a Knox.

—Sigo pensando que hay mejores maneras de emplear el tiempo —le dijo—. Esa maldita cosa está a cientos de millas de aquí. Sólo una pequeña mina, da igual dónde, y todos tus esfuerzos serían para nada —dejó su taza con cuidado—. Mira aquí, no me gusta ser pájaro de mal agüero, pero hay algunos proyectos que simplemente no seremos capaces de resolver. Sólo porque un tal coronel Tom Noddy quiere que hagamos volar a un camello, no significa que podamos hacerlo. Jay, tienes que darte cuenta, porque no nos hace ningún bien perder el tiempo con misiones absurdas. — Los gritos de la calle se hacían cada vez más molestos, así que tuvo que levantar la voz para que Maskelyne le prestara atención—. No es ninguna deshonra admitir que la idea de alguien no es posible. Hemos venido aquí y hemos analizado el lugar, y simplemente no es posible.

Jasper no estaba preparado para admitirlo.

—Sé optimista, Frank. Hay una manera para casi todo. Sabes, una vez me las arreglé para ocultar un elefante en el centro del escenario.

Frank lo miró con dudas.

—No. ¿Cómo hiciste eso?

—Le puse en la cabeza un casco con cuernos y lo enseñé a cantar como una soprano.

En la acera que había detrás de ellos, dos egipcios entre la muchedumbre comenzaron a lanzarse insultos. Uno de ellos, en un ataque de ira, le quitó de un

golpe el *tarboosh* de la cabeza al otro. El segundo hombre tomó represalias rasgándole al primer hombre la chilaba, y después empezaron a golpearse. Se enzarzaron en una pelea y cayeron al suelo en mitad de la calle. Mientras tanto, el caballo del *gharry*, como había descansado lo suficiente, se puso en pie y tiró del carro, teniendo cuidado de esquivar la pelea callejera.

Mientras Maskelyne y Knox viajaban por las fortificaciones del Canal, el trabajo continuaba en el Valle Mágico. Graham estaba oficialmente al mando durante su ausencia, pero tenía poco que hacer. Las fábricas estaban ocupadas produciendo soldados, tanques, armas y munición para el ejército fantasma, y la construcción del Valle casi se había completado. Los hombres de la Cuadrilla Mágica habían sacado partido a la calma del verano para explorar el Valle del Nilo. Dado que el enemigo concentraba sus esfuerzos en blancos estratégicos más que en los núcleos de población, El Cairo se consideraba una ciudad segura.

La gran ciudad era un oasis de placeres. Siempre había algo para satisfacer los deseos de cualquier hombre, ya fuera viendo a Errol Flynn y Bette Davis de un lado para otro en *Las vidas privadas de Isabel y Essex* o a Roland Drew y Steffi Duna en *Hitler, o la bestia de Berlín*, o yendo a un partido de *cricket* o de fútbol, apostando a los caballos en la isla de Gezira, asistiendo a un concierto sinfónico, cenando y bailando en una terraza a la luz de la luna, viajando por El Cairo histórico y por el desierto bíblico, jugando al *ping-pong*, al polo o al golf, jugando al tiro al plato o yendo de caza, paseando en camello, haciendo compras en grandes almacenes lujosos o en los bazares de las callejuelas, participando en grupos de tertulia, estudiando idiomas o bebiendo y haciendo vida social con las mujeres.

El soldado Hill, en particular, se había enamorado de la ciudad. No había tardado en descubrir que El Cairo era un viñedo maduro de mujeres; centenares de mujeres, miles de mujeres, mujeres de sustancia y raza y mujeres de la calle, mujeres hermosas y mujeres en celo, mujeres de todos los tamaños y formas y edades y colores y nacionalidades, mujeres que traen placer y mujeres que te roban los bolsillos, mujeres que predicen el futuro, mujeres para satisfacer todo deseo concebible. La ciudad tenía la fragancia de sus perfumes. Y aunque Hill recorrió un camino entre ellas, y algunas lo hicieron temporalmente feliz, ninguna de ellas lo hacía dichoso. Por primera vez en su vida, Michael Hill se sentía terriblemente insatisfecho.

Estaba claro que algo iba mal. La diversión con la que antes pasaba noches enteras lo aburría ahora en las primeras horas. Las mujeres le parecían menos deseables, el licor barato sabía a barato, y, peor aún, se dio cuenta de cómo se echaba a un lado apaciblemente cuando en un club amenazaba la posibilidad de que se iniciase una pelea. Había aún grandes momentos que saborear, recuerdos que alumbrarían los años lejanos, como la noche en que casi se casó con una *danseuse du ventre* del cabaret del Kit Kat, pero este tipo de evocaciones eran menos frecuentes.

Se preguntaba si tendría que ver con la posibilidad de una muerte fortuita. En sus antiguos días en Londres, había vivido algunos encuentros con la mano fría. Con once años había visto desaparecer a un amigo bajo una pared de ladrillo que se derrumbó sobre él, y eso le afectó, aunque brevemente, y de otra forma. Y una vez vio cómo apuñalaban a un personaje local en una calle trasera. Pero parecía haber una explicación para todas aquellas muertes. Su amigo había entrado en un edificio declarado en ruina para probar su valor; con el tipo de la calle se trataba de un ajuste de cuentas por una humillación anterior. Aquí, en el desierto, la muerte era caprichosa. Los hombres con los que bebía por la noche en el Melody Club eran cadáveres que se abrasarían en el desierto a la mañana siguiente. No había sentido del orden, ni ningún medio para lograr una salida. Un sargento que sobrevivió a la masacre en el paso de Hellfire llevó a una muchacha local al desierto y ambos murieron al acostarse sobre una mina alemana. Un «Rata del Desierto», después de dos meses de expedición por *Jerrytown*, murió en un accidente de tráfico. Las muertes se sucedían demasiado a menudo y de diversas maneras aleatoriamente. La supervivencia se había convertido en un asunto de suerte.

Al principio, Hill intentaba ignorar esta incómoda sensación, con la esperanza de que desapareciera como uno de los pañuelos de Maskelyne. Pero persistía, y ninguno de los antiguos bálsamos —las mujeres, el alcohol, las peleas o el juego— conseguía que se sintiese mejor. A veces pensaba que estaba perdiendo la valentía, pero rechazaba de inmediato esa posibilidad. Él no. Tenía que ser otra cosa.

Fuera lo que fuese, aquello intoxicó su verano. Sólo cuando estaba totalmente inmerso en un proyecto de la Cuadrilla Mágica o, asombrosamente, con Kathy Lewis, se sentía como el que era antes. Y en esos momentos, tenía un comportamiento exultante.

El sargento Jack Fuller no tenía esos problemas. Era soldado y su ejército estaba en guerra. Se sentía dichoso. Su misión era difícil para él, pero era mejor que pasar la guerra en el cuarto de abastecimiento al que le habían enviado. La Cuadrilla Mágica no formaba parte del ejército en el que se había entrenado para ofrecer su servicio. Las tropas llegaban al trabajo y se marchaban según sus horarios personales; las formaciones brillaban por su ausencia; al comandante, Maskelyne, lo trataban por su nombre de pila como al resto de sus hombres alistados y no habría sabido cómo dirigir una inspección si hubiera sido necesario; los uniformes consistían en cualquier conjunto de ropa disponible y la cortesía militar básica, el saludo, era una extraña reliquia.

De vez en cuando llegaba a la zona una nueva unidad y marchaba marcando el paso con desenvoltura en un campamento temporal, y él se echaba a un lado, orgulloso, para observar cómo desfilaban todos en fila por el campamento, las cabezas moviéndose como una sola a cada paso, entonando el ritmo mientras

avanzaban. Anhelaba una sola formación correcta, una excursión a pie en un día de calor para comprobar su buena forma, una buena ronda con las habituales canciones de soldado.

Luchaba contra aquel desorden lo mejor que podía, pero despuntaba entre la Cuadrilla como un caballero en un burdel *cockney*. Su uniforme estaba siempre en regla, aunque no le importara a nadie, y siempre saludaba —o, si no se atrevía a correr el riesgo de resultar indigno porque lo ignoraran o imitaran su saludo, entonces reproducía mentalmente el saludo en el momento correcto, imaginando la inclinación de su mano derecha sobre la frente, luchando mientras tanto contra su impulso empedernido y manteniendo firme su brazo en el lateral. Estaba decidido a marcar un modelo, incluso si nadie lo seguía.

Pero, para su asombro, *Union Jack*, nombre por el que era conocido en la Cuadrilla, terminó por sentir verdadero orgullo en su calidad de miembro de este pequeño equipo extraño. Había una inocencia en Maskelyne y en su gente que los hacía encantadores, incluso para alguien tan firmemente enraizado en la tradición como él, y esto provocó su deseo de protegerlos ante las normas regulares que tan bien conocía. La Cuadrilla Mágica era un manojo de parias, incluso en un ejército plagado de granujas, y había cierta emoción en ser atípico. Fuller pensaba que los muchachos de la jungla en la campaña italiana debieron experimentar la misma sensación, ese embate de orgullo en ser descartado por oficiales rígidos, mientras los dejaban atrás para abrirse paso hacia un lugar importante en el ejército.

Sólo para demostrarle a Jasper Maskelyne y al comprensivo Frank Knox y al resto de ellos que podía ser uno de los muchachos si se lo proponía, se dejó crecer el bigote más allá de los límites permitidos y llevaba un fular de un color rojo brillante alrededor del cuello. Resultaba todo terriblemente dispar, e incómodo, pero era necesario. Sin embargo, se quitaba el pañuelo cuando iba a la ciudad. Había algo llamado decoro.

Encajonados entre los dos polos opuestos que eran Hill y Fuller, los demás hombres experimentaban emociones similares. No encajaban en ninguna otra parte, pero aquí lo hacían con firmeza. Cada hombre se había labrado su propio espacio de responsabilidad. Graham, con sus brazos de herrero, se hizo cargo de todo lo que tuviera que ver con la madera. Robson se subía las gafas hasta lo alto del puente de la nariz y hacía que las cosas aparecieran en el papel de la misma forma que en el escenario del mago que los capitaneaba. *Union Jack* era su conexión con el Ejército Regular. En ocasiones, los otros pensaban que su comportamiento estaba algo pasado de moda, en especial, en su adherencia a las arcaicas regulaciones militares, pero siempre estaba dispuesto para echar una cerveza, pedirle cinco pavos y algún consejo sobre cómo boicotear el sistema. Estos últimos, sin embargo, venían siempre atemperados con la frase «Yo no lo haría, ni le sugeriría a nadie que lo hiciera, pero...». Y Hill... el soldado Michael Hill era la molesta sarna que todos pretendían tolerar pero con quien, además, disfrutaban mucho. Hacía todo lo que había que

hacer, siempre quejándose y armando mucha gresca, pero, de alguna manera, siempre conseguía su objetivo.

Sin hablarlo, o quizá de manera consciente, se encontraron pasando juntos los días laborables y el tiempo libre. El orgullo que les proporcionaban sus logros los unió. Se llamaron a sí mismos la Cuadrilla, y les gustaba imaginarse como un manojito de artistas ingobernables que luchaban contra el rígido establecimiento militar. De hecho, se habían convertido en una unidad bien organizada.

Sólo Philip Townsend, el pintor ensimismado, permanecía esquivo. No importaba cuánto intentaran integrarlo en su unido círculo, él se oponía, prefería ir a su aire sin dar explicaciones. Era cortés por lo general, a menos que lo presionaran; y hacía bien su trabajo, pero parecía abrumado por los secretos y sus oscuras posibilidades. Al final los demás acabaron por dejarlo solo.

Había pintado furiosamente durante todo el verano, atacando la lona con colores violentos y figuras horribles. En su pintura plasmó su opinión surrealista de la guerra: soldados sin brazos que juegan a la pelota en el desierto, esqueletos sangrientos con el uniforme completo de desfile, cadáveres derritiéndose en las arenas. En una ocasión en que Frank Knox, intentando ser afectuoso, le preguntó por qué pintaba la muerte, contestó: «No lo hago, pinto la vida tal y como es».

Maskelyne compartía con el pintor su secreto, pero no se lo podía contar a nadie. Como comandante de la unidad, era su responsabilidad leer y aplicar censura por todo el correo. Era un trabajo que le imprimía la sensación de ser un intruso que manoseaba las vidas de otros hombres, pero era necesario. Y mientras hacía este trabajo, se había enterado de que la esposa de Philip Townsend se había enamorado de un piloto americano de las Fuerzas Aéreas que había recalado en Inglaterra.

«Justo ahora —le había escrito ella en junio—, me temo que estoy en el proceso de enamorarme seriamente. Me siento horrible y he dudado mucho antes de decírtelo. Es un piloto americano y dice que me ama. En este momento no sé qué hacer. Ay, Philip, me siento tan mal —realmente como una puta— y no tendría que haber dejado que pasara. Estoy luchando contra esto, pero va a ser bastante difícil...».

Y más tarde ese mismo verano: «He intentado luchar contra todos estos sentimientos tanto como he podido, pero debo decirte que no he sido capaz. Si hubiéramos sido más felices juntos, quizás nunca nos habría pasado esto...».

Las cartas de Townsend hablaban con una voz cavernosa, a veces perdonando, otras, acrimoniosa. Como el desierto, sus emociones se movían sin rumbo. En algunas cartas le pidió que volviera con él, volcando su amor y ofreciendo comprensión. Pero con casi la misma frecuencia le escribía cosas odiosas, cosas que le harían daño.

Sin excepción, cuando Jasper leía estas cartas, siempre pensaba en Mary. La suya era una relación casi perfecta. Su mente estaba llena de recuerdos que lo abrigaban. Como aquella tarde de domingo que alquilaron una batea y pasaron la tarde en el Támesis.

—¿Has sido alguna vez más feliz en tu vida? —le preguntó ella.

—No, nunca —le contestó Jasper, y lo dijo con honestidad.

Recordó la última noche que pasaron juntos.

—¿Me querrás siempre? —le preguntó ella.

—Más —contestó él—. Más que siempre, e incluso eso no es suficiente.

Ella había sonreído tímidamente, sus mejillas habían adquirido un tono rosado, y entonces le dijo: «Soy tan dichosa».

Esos eran los pensamientos que un hombre en la guerra debía tener acerca de su esposa, Jasper lo sabía, no la amargura de Townsend. Evitaba mirar directamente al pintor cuando el hombre le entregaba las cartas para que se las censurara, tanto para ocultar su propia vergüenza como para proteger a Townsend. Llevó a cabo algunas tentativas respetuosas de discutir la situación, pero fue rechazado en todas las ocasiones. Al final, le pidió a un comandante de la Sección Mecánica que censurara las cartas por él, pero para entonces, Townsend ya había contratado a un abogado para comenzar los trámites de divorcio.

Mientras los ejércitos del desierto sudaban durante todo el verano, mientras se armaban afanosamente para la siguiente arremetida masiva, la Wehrmacht se adentraba con mayor profundidad en Rusia. Kiev y Leningrado estaban bajo ataque, y los ejércitos de Stalin se retiraban cada vez más al corazón del territorio soviético.

En Londres, Churchill estaba agradecido por este respiro temporal. El programa americano de Préstamo-Arrendamiento por fin había comenzado, pero el presidente Roosevelt aún tenía dificultades en Washington con los aislacionistas, que querían mantener a los Estados Unidos fuera de una guerra europea, y con los militaristas, que pensaban que incluso con las armas y los barcos adicionales Inglaterra no podría sobrevivir, y que cualquier cargamento que enviaran allí con el tiempo se volvería contra América. El Primer Ministro sabía que si quería ver cumplido su sueño de una alianza magnífica entre Inglaterra, América y Rusia, necesitaba una victoria importante para convencer a los americanos de que Inglaterra resistiría. La victoria sobre el gran general Rommel en África del Norte serviría como prueba de que la Commonwealth podría asumir su parte de la carga.

Churchill presionaba continuamente a Auchinleck para que comenzara la ofensiva prometida, pero el nuevo comandante jefe del Alto Mando de Oriente Medio se negaba a atacar hasta que estuviera satisfecho con el armamento y la correcta instrucción de su ejército. Cuando el Primer Ministro preguntó cuándo sucedería, el «Auk» prometió una ofensiva para finales de otoño.

En Egipto, Auchinleck y el Comandante del VIII Ejército, Cunningham, estaban diseñando cuidadosamente un ejército acorde con sus propias especificaciones. Aunque Cunningham mantenía una apariencia confiada, de hecho, lo estaba pasando bastante mal. Además de los enormes problemas logísticos y de planificación de los

que tenía que ocuparse cada día, sus doctores lo habían forzado a dejar de fumar, y los efectos de la abstinencia hacían que se sintiera desgraciado.

Como Auchinleck le había dicho a Churchill, la «operación “*Crusader*”» estaba programada para que comenzara en noviembre. «*Crusader*» era la ofensiva más ambiciosa montada jamás en el desierto. El VIII Ejército debía irrumpir desde sus puestos y llevar a una batalla decisiva a los acorazados de Rommel, superiores en número, después acabar con el bloqueo que había alrededor de Tobruk, reconquistar Cirenaica y, finalmente, proceder hacia los cuarteles generales del enemigo en Trípoli.

Eso si Rommel no atacaba primero.

Maskelyne había vuelto al Valle Mágico con la convicción de que podía hacer desaparecer el Canal de Suez. No había en realidad una sola razón por la que no pudiera hacerlo. Los principios ópticos que se aplicaban al escenario podrían funcionar también aquí —era tan sólo cuestión de encontrar el mecanismo apropiado.

El mago abordó el problema con lógica. ¿Qué método utilizaría para hacer desaparecer un objeto grande del escenario? Si era posible, una puerta secreta. Eran eficientes y se escondían fácilmente de la vista del público. Pero aquí eso no sería posible, a menos que el legendario Alí Baba y sus cuarenta ladrones le demostraran con qué magia hacerlo.

En segundo lugar, podía dejar caer una cortina negra sobre el objeto que debía esconder, y esa cortina se mezclaría con el fondo negro. Pero, como señaló Knox, no había una cortina lo bastante grande como para cubrir todo el Canal.

Consideró una disposición de espejos. Por todo el Delta se contaba la jugosa historia de un oficial polaco que tenía la habilidad de quitarse la cabeza y acunarla entre sus brazos. Jasper reconoció este hecho como un truco de ilusionismo antiguo y raramente escenificado, que era posible gracias a unos proyectores cuidadosamente colocados. De hecho, algunas secciones del canal podían hacerse invisibles desde el aire con espejos, pero tenía dudas sobre si podría ocultar todo el canal de esta manera. Trabajó en el concepto durante algunos días, poniéndose de pie sobre su mesa de arena y moviendo alrededor espejos pequeños, hasta que se convenció de que el número de espejos necesarios para lograr la hazaña era poco práctico y, al menos bajo las condiciones existentes, imposible.

Decidió que podría distorsionar la localización del Canal arrojando sombras en la tierra, dificultando así la tarea de apuntar a un blanco, pero también esto requeriría grandes cantidades de equipo especializado.

Había momentos en que se sentía cerca de la respuesta, pero a medida que pasaban los días y las noches sin conseguir una solución práctica, se fue desalentando. Comenzó a trabajar en otros pequeños proyectos para el general Dudley Clarke para quitarse el asunto de la cabeza, sabiendo que su subconsciente

estaría rumiándolo y quizás le presentara la respuesta.

Pero fue su perseverancia la que finalmente saldó sus esfuerzos. Con un movimiento de su varita mágica, un soplo de humo y llama, resolvió cómo hacer que el Canal de Suez desapareciese.

Ensayó su solución con Frank Knox. Sentó al profesor en un cómodo sillón rescatado del depósito, colocó detrás una mesa y comenzó su demostración.

—Estaba buscando algo demasiado sofisticado —le explicó mientras colocaba en la mesa tres bolas negras de madera y dos linternas del ejército— y por eso pasé por alto la solución más obvia. Frank, ¿sabes por qué utilizan los magos fuego y humo en el escenario?

—Como parte del espectáculo, supongo. Para ocultar lo que están haciendo en realidad.

—Correcto. La mayoría de las veces estos dispositivos se utilizan para oscurecer una desaparición o un intercambio que está ocurriendo en pleno escenario. Pero a veces se emplean para dirigir la atención del público hacia un área específica del escenario. Nadie puede resistirse a mirar una explosión inesperada de llamas o una bocanada repentina de humo. Y mientras centran su atención en ese punto, puedes estar seguro de que algo más está ocurriendo en otra parte del escenario.

Sostuvo las tres bolas, dos en su mano izquierda y la tercera en la derecha.

—Tengo aquí tres bolitas de madera —anunció con algo de dramatismo—. Sin embargo, sólo quiero una. Presta mucha atención, por favor —con un repentino movimiento de barrido, Jasper unió las manos en una palmada, con tanta rapidez que Knox casi llegó a perderse cómo caían bajo la mesa dos de las bolas—. ¡Hey, presto! —entonó, extendiendo sus dos puños ante Knox—. Muy bien, Frank, ¿en qué mano están las bolitas?

Knox estaba un poco avergonzado por haber descubierto el truco. No era muy propio de él desenmascarar a nadie.

—Jay, me temo que esta vez te he cogido —le dijo casi con una disculpa— te he visto arrojarlas bajo la mesa.

—Pues claro que sí —le respondió Maskelyne con un aire triunfante—. Para hacer que un truco tan simple como éste funcione necesito algo que distraiga tu atención. Y eso es lo que he estado pasando por alto. Necesitaba cierto tipo de tapadera —rebuscando en el talego que colgaba de su cinturón, recuperó las dos bolas—. Ahora quiero que prestes mucha atención. Pero primero...

Las dos linternas sobre la mesa estaban dirigidas directamente al profesor. Jasper las encendió con un golpecito, forzando a Knox a entornar los ojos para poder ver.

—Ahora presta mucha atención —le advirtió.

Knox no podía ver nada en absoluto. Las luces le cegaban los ojos, haciendo que sus pupilas se contrajesen. Volvió la cabeza e intentó mirar por el rabillo del ojo. Juntó las cejas. No sirvió de nada. Una pared de luz brillante lo separaba de Maskelyne.

—¡Hey, presto! —exclamó Jasper, y entonces le preguntó a Knox en qué mano estaban las bolas.

—Sabes jodidamente bien que no he podido ver nada —le contestó Knox algo enfadado—. Por favor, sólo te pido que apagues esas linternas.

Maskelyne las apagó de un golpe.

—Ahora dime, ¿en qué mano?

La habitación era apenas visible para Knox. Unas partículas de luz bailaban alegremente ante sus ojos, y no había nada que él pudiera hacer para pararlas.

—De acuerdo —le dijo, aplicando presión con los dedos bajo sus gafas e intentando frotar las motas que salían de ellas—. Me lo has dejado claro. ¿Ahora qué? —Pasó un minuto completo antes de que pudiera descifrar la mueca en la cara del mago.

—La respuesta estaba justo allí cuando viajábamos por el canal. —Jasper cogió una de las linternas y la encendió y apagó por intervalos—. Escucha, se trata de luces antiaéreas —le dijo, dando graciosas zancadas alrededor de la mesa y vigilando la reacción de Knox—. Si pudiéramos conseguir los suficientes reflectores por todo el canal, podríamos crear una cortina de luz. Si las luces fueran lo bastante brillantes, intentar ver a través de esa cortina para distinguir el canal sería como intentar ver el filamento en una bombilla encendida. Resultaría imposible.

Mientras los ojos de Frank se reajustaban gradualmente a la luz normal, la habitación y la idea se volvieron claros.

—¿Podemos conseguir suficientes luces? —Jasper se echó a reír.

—Por supuesto que no, no podemos conseguir nada que resulte suficiente. Pero podemos aumentar la luminosidad de las que ya tenemos.

Knox se retorció el extremo del bigote mientras consideraba la proposición.

—¿Y funcionaría a la luz del día?

—Aquí dentro, ahora, es lo bastante brillante ¿no? Y aún así no puedes ver.

La idea era tan simple que Knox apenas podía creerse que funcionaría. Pero la demostración de Maskelyne había sido convincente. En teoría, al menos, el Canal de Suez, de cien millas de longitud, podía desaparecer bajo un océano de luz.

En el otoño de 1941, África del Norte sufrió una enorme escasez de reflectores antiaéreos de alta intensidad. Los pocos faros que funcionaban se cambiaban constantemente de sitio, anticipándose a las incursiones de bombarderos. Una conjetura incorrecta o una información de la inteligencia malinterpretada permitía que los bombarderos alemanes cabalgaran por los cielos de la noche con total impunidad. Maskelyne sabía que sólo estaban disponibles algunos reflectores, incluso para la protección del canal, así que la energía de cada uno tendría que magnificarse de alguna forma.

Las propiedades de la luz y su manipulación eran un tema en el que era experto. Muchos de los trucos más populares que ejecutó en el Teatro Egipcio y, más adelante, en St. George's Hall consistían simplemente en ilusiones ópticas sofisticadas. Su

extenso conocimiento de Física Óptica le había permitido hacer que incontables «fantasmas» se materializaran y se disolvieran y que «decapitaran» a numerosos ayudantes, y ahora le permitiría ocultar el Canal de Suez.

En teoría, para un hombre que a menudo había separado cabezas del cuerpo y las había hecho flotar en el escenario, crear un súper-foco dirigido debía ser una tarea relativamente fácil. Si colocaba adecuadamente reflectores de estaño alrededor del faro, magnificaría su proyección, pero para determinar la forma más eficaz del reflector y el ángulo exacto con el que la luz arrojaría más lejos su proyección necesitaba de muchas pruebas. No era un trabajo difícil, pero requería mucho tiempo. «Creía que había escapado de este espanto de tanteo por error cuando dejé la universidad», se quejó Frank, después de pasarse días retorciendo estaño para darle forma cuadrada, rectangular, triangular, obtusa, redonda, oval, de diamante y muchas otras alrededor del foco que Graham había construido con un cubo de basura y linternas del ejército.

Parecía haber un número infinito de posibilidades, y después de un periodo de dos semanas en septiembre, la Cuadrilla Mágica estaba cerca de haberlo probado todo. La disposición por la que por fin se decidieron consistía en veinticuatro reflectores en forma de abanico, soldados a una banda de acero que encajaba perfectamente alrededor de la lente.

Con el tiempo, la Cuadrilla pasó de las miniaturas de taller a los experimentos con un reflector que pidieron prestado. La «luz deslumbrante» de Maskelyne, como se hizo conocida, dividía un solo reflector en veinticuatro haces de luz individuales, cada uno capaz de cubrir aproximadamente la misma área de cielo que el original, y proyectando cada uno de estos haces a nueve millas en el cielo. Durante las pruebas, Jasper volaba con frecuencia con los pilotos Auster para observar el efecto de su luz deslumbrante. Aunque en general estaba contento con el resultado, se dio cuenta de que el dispositivo, relativamente estático, se podría mejorar mucho haciendo girar rápidamente los veinticuatro reflectores, creando así una corona de luz que giraría por todo el cielo.

Para diseñar la modificación, trabajó con un ingeniero electricista. Cada reflector de estaño, o «proyector», se fijó con pernos a un anillo metálico rotatorio, accionado por un pequeño motor de gasolina. La velocidad con que rotaba podía regularse fácilmente. Se fabricó un modelo de prueba que arrojaba al cielo un ramillete de rayos de luz en espiral a velocidades vertiginosas. Una vez que Jasper estuvo satisfecho con el modelo a escala, programó una demostración formal del dispositivo real para la Defensa Aérea y su personal. Como antes, volaría en un avión para ver el efecto de la luz deslumbrante desde la ventajosa posición del piloto, mientras que Knox estaría al mando en tierra.

Para determinar el valor práctico del «*spray*» contra una flota de aviones capaces de volar más alto y con mayor rapidez que los Auster, el personal proporcionó para la prueba un C-47 Dakota americano y un rápido Spitfire. Jasper invitó al profesor M.

W. Sawyer, un prestigioso experto en Física Óptica de la Universidad de El Cairo, a que se uniera al vuelo.

En la noche del 21 de septiembre de 1941, dos aviones volaron paralelos en los extremos de sus alas a doce mil pies sobre el desierto norteafricano. Maskelyne iba en el Dakota con Sawyer, mirando fijamente la tierra a través de unas nubes ligeras. Sobre ellos brillaba el cielo, mientras que mucho más abajo una pequeña flota con sus luces de navegación formaba una constelación a lo largo del retorcido curso del Nilo. Pero conforme el Dakota se adentraba en el desierto, las luces de la civilización comenzaron a retroceder.

Cuando El Cairo era poco más que una gema que relucía en el horizonte, Maskelyne le pidió al piloto que hiciera señales al equipo de reflectores para que comenzara la prueba.

Knox recibió la petición y encendió la luz. «Poneos las gafas, colegas», le recordó a su equipo. Reunidos cerca de un camión algunas yardas más atrás, los observadores siguieron también sus órdenes.

La luz emanaba lentamente, una mota de luz en el terciopelo negro del desierto. Se orientó el rayo bastante hacia la izquierda de donde se encontraba el avión y, al principio, era de un marrón monótono. Pero a medida que ganaba energía, el marrón se volvió anaranjado, después amarillo, luego del color plata pálido de un río, y finalmente blanco. Blanco puro. Veinticuatro puntos blancos de luz cortando la noche. Agujonearon algunas nubes finas, que brillaban intensamente con un gris uniforme, pero la mayoría de los rayos se extendió por los cielos, más allá de los sentidos.

Los dos pilotos ajustaron su curso y volaron hacia las luces. Maskelyne pegó la cara contra una ventana de la cabina, mirando con satisfacción cómo ascendían en el cielo aquellos rayos.

En tierra, Frank Knox tenía todo bajo control. Comprobó que todos los que estaban allí llevaban gafas oscuras y volvió a advertirles que no miraran directamente a los rayos que se arremolinaban. «Por favor, recuerden bajar la vista», les pidió.

Cuando los rayos alcanzaron la máxima iluminación, los puntos comenzaron a rotar. Al principio se movían con lentitud, flotando vagamente en un círculo de un diámetro de ocho millas. Sin embargo, gradualmente, como un desfile de carnaval que iba ganando ímpetu, tomaron velocidad. Comenzaron a girar rápidamente. Hacían crujir el cielo. Formaban remolinos. Se retorcieron en un tornado mortal de luz, abriendo el cielo directamente ante los dos aviones.

Maskelyne intentó mirar los rayos giratorios mientras aceleraban, pero pronto se mareó, y luego sintió náuseas. «Ah, ¡maldita sea!», gritó enfadado, dándose cuenta de su terrible error. Entonces el Dakota voló hacia el remolino, y el *spray* giratorio puso el mundo del revés.

La luz se colaba por las ventanas y rasgaba el alma de Maskelyne. Intentó apretar los ojos, pero el fulgor traspasaba sus ojos a través de los párpados. Se los cubrió con

las manos, pero no sirvió de nada. La luz escindía su mente, abrumaba sus sentidos, hacía imposible cualquier pensamiento racional. Sentía como si le estuvieran separando el cerebro del cráneo.

El Spitfire se fue abajo segundos después del golpe de luz. El Dakota comenzó a dar bandazos por el cielo, intentando desesperadamente escapar de la trampa de luz estroboscópica. De repente, su morro ascendió suavemente, hacia la eternidad. Por un momento, se balanceó juguetonamente sobre su cola. Entonces se inclinó hacia atrás y comenzó a dar saltos mortales hacia la destrucción.

Incluso entonces no podía escapar de los rayos que giraban como locos.

Sawyer, el profesor de Óptica, fue arrojado hacia un tabique hermético de acero y se abrió el brazo en un corte. Maskelyne saltó de su asiento y acabó empotrado contra el fuselaje.

Las luces de vuelo de los aviones apenas habían sido visibles mientras se acercaban, pero habían desaparecido por completo entre las luces deslumbrantes. Nadie en tierra se estaba dando cuenta de lo que sucedía.

El Dakota caía en picado, precipitándose hacia el desierto. Su piloto no desesperó en ningún momento, pero el avión estaba fuera de control.

Maskelyne no podía estabilizar la realidad. Los rayos giratorios golpearon de nuevo el avión, otra vez y otra vez. De repente, la tierra estaba sobre él. Después a la derecha. Luego debajo. Dio zarpazos intentando alcanzar la radio, sabía que debía estar cerca, pero el mundo se había reducido a luz. No existía ninguna sensación; ningún sonido. Sólo luz. No había radio en este mundo.

Knox bostezó. Miró el reloj y se preguntó qué estarían haciendo allí arriba. Intentó estimar la velocidad de los aviones contra la amplitud del faro. ¿Estaban fuera del campo de acción? No estaba seguro. Resultaba imposible oír el ronroneo de los motores por encima del generador del sistema de enfriamiento del foco. Finalmente decidió que había pasado demasiado tiempo. No era necesario arriesgarse a atraer a alguno de los *Jemes* perdidos que pudieran estar de patrulla. Ahuecando las manos en torno a la boca, gritó: «Vamos a apagarlo».

Los rayos giratorios fueron ralentizándose. La luz comenzó a oscurecerse. El piloto del Dakota luchó contra las ráfagas que estallaban en sus ojos y, de alguna manera, se las arregló para leer el altímetro. El avión estaba a seiscientos pies del suelo y seguía cayendo. Reaccionó por instinto, echando mano de los elevadores, y después comenzó a buscar su ruta hacia un cielo seguro. Continuó cayendo en picado durante algunos segundos más, entonces se detuvo, los motores se quejaban, y luego empezó a ascender sin mucho entusiasmo. Maskelyne respiró.

El Spitfire estaba en una posición aún más precaria cuando el foco palideció. Volaba del revés, a menos de cuatrocientos pies de la tierra. Su piloto leyó la altitud correctamente, pero no se dio cuenta de inmediato de que estaba invertida. Así que comenzó a subir, hacia abajo, en el desierto. En el momento final, por una razón que nunca podría llegar a entender ni a explicar, supo que iba a morir. Con un golpe de

palanca, levantó el morro del avión invertido, y comenzó a ascender hacia la seguridad del aire. Más tarde bromearía sobre el asunto diciendo que a su Spit le picaba la espalda y que él sólo estaba dejando que se rascase con la arena.

Ambos aviones aterrizaron sanos y salvos.

Maskelyne estaba aturdido y tenía náuseas, no le dejaban de temblar las manos y su cabeza había recibido un golpe, pero él no sufrió ninguna lesión grave. Las heridas del profesor Sawyer necesitaban puntos. El personal del comando del aire insistió en que los pasajeros y ambos pilotos ingresaran en el Hospital General número 8 para permanecer en observación y recibir un examen completo. Jasper protestó levemente, pues lo creyó apropiado, pero estaba realmente contento por la atención médica. Se sentía un poco atontado.

Mientras lo atendían en la furgoneta en el corto trayecto hasta el hospital, sonrió pálidamente y le dijo a Frank Knox, que había corrido hasta el campo de aviación: «Funciona bastante bien, ¿verdad?».

Más que cualquier otra cosa, lo que más asustó Knox fue cómo el pelo de Maskelyne, siempre perfectamente peinado, estaba por fin hecho un desastre. Sus largos mechones de cabello negro se pegaban a su cara sudorosa y resistían sus esfuerzos para colocarlos en su lugar. Por alguna razón, hacía que Frank se sintiera bien. Sonrió. «Sí, Jay, eso parece».

«Lo pasamos bastante mal en el aire mientras probábamos algo que yo había inventado», le escribió Jasper a Mary dos días después, desde la cama del hospital. «Quizás tuvieras razón después de todo sobre este asunto de volar y sus peligros».

«Parece que esos aviones son perfectamente seguros», le contestó ella. «No sé qué estás haciendo con ellos, pero debo creer que es responsabilidad tuya. Por favor, déjalo ya. Quiero que vuelvas a casa de una sola pieza».

Con el tiempo, una cadena de veintiún reflectores cubrió toda la longitud del Canal de Suez. Cuando estaban iluminados, creaban una cortina de luz en remolinos sobre más de cien millas de cielo egipcio. Durante los meses siguientes los aviones enemigos hicieron un número de tentativas para penetrar la cortina, y fallaron, y el canal permaneció abierto para los envíos aliados durante la guerra.

Después de que el ramillete giratorio hubiera demostrado su efectividad en el desierto, se fabricaron dispositivos similares en Inglaterra para su uso en el frente nacional. Con el tiempo, el «*Spray*» de Maskelyne se convirtieron en un arma importante en el sistema británico de defensa de ataques aéreos. Aunque el número exacto de pilotos enemigos que se desorientaron por el «golpe» de haces de luz y que perdieron el control de su avión nunca se ha contabilizado, el «*Spray*» adquirió su reputación por participar en numerosas matanzas de Henkel y Messerschmitt, como también por evitar que muchos otros alcanzaran sus blancos.

Pero la incorporación del «*Spray*» a la Fuerza de Defensa del Canal fue solamente el principio de su servicio en África del Norte. Hacia finales de 1941, los bombarderos enemigos comenzaron a realizar frecuentes ataques a los tanques de

petróleo que almacenaban las preciadas reservas de combustible del VIII Ejército. La Fuerza Aérea del Desierto hizo un valiente esfuerzo por luchar contra estos invasores, pero no tenían ni la mano de obra ni el equipo necesario para asegurar una protección completa. Se probaron varias estratagemas de camuflaje, pero ninguna de ellas parecía engañar durante demasiado tiempo a los expertos de rastreo aéreo de Rommel.

El general de brigada Selby, encargado de la protección de los tanques de petróleo, le pidió a la Cuadrilla Mágica que instalara un sistema de luz deslumbrante alrededor del depósito. Maskelyne precisó que, a diferencia del canal, estrecho como una cinta, los tanques estaban concentrados en un área relativamente pequeña. Una bomba afortunada que traspasara la cortina de luz sería suficiente para barrer gran parte de la reserva. La única manera segura de proteger los tanques, le escribió en una larga nota a Selby, sería convencer a los alemanes de que ya habían sido destruidos.

Propusieron una versión del ardid del puerto de Alejandría. Con papel maché, escombros, lona pintada, paños esparcidos y fuegos con petróleo, sería relativamente simple hacer que los tanques parecieran estar fuera de servicio después de un bombardeo. Pero desviar primero a los bombarderos sería considerablemente más complicado. Como en el puerto, habría que «mover» los tanques, aunque, a diferencia de Alejandría, allí cerca no había un área abierta lo bastante grande como para sustituir el depósito de tanques.

Después de que varios experimentos lo convencieran de que no podría «moverlos» o camuflarlos adecuadamente, Maskelyne decidió crear la ilusión óptica más grande del mundo. Cuando era aún muy joven, aprendió en el taller de magia de su padre que se podía hacer que un objeto pareciese más grande o más pequeño, o incluso «moverlo» a otro lugar, simplemente cambiando la relación entre éste y otros objetos de un tamaño conocido. Este principio le permitiría «mover» los tanques destruyendo así la perspectiva aérea.

Entre otros dispositivos, los intérpretes de fotografía aérea y los bombarderos utilizaban las formas de las sombras en relación con un objeto, lo que les permitía determinar su tamaño y localización. Comparando la longitud de una sombra en un momento específico con las sombras que arrojaban al mismo tiempo otros objetos próximos de tamaño conocido, podían extraer toda clase de información vital sobre el objeto original. En el desierto, donde había pocos objetos fijos con los que poder establecer una comparación, los objetos pequeños podrían pasar fácilmente por tamaños mayores siempre que todo estuviera a escala. Así fue posible el ferrocarril falso de Stephen Sykes. Pero en áreas pobladas, se podían utilizar como base para la comparación edificios, calles, minaretes, e incluso carros tirados por burros. Maskelyne sabía que cambiando la relación entre los tanques de petróleo y los alrededores, podría dificultarles enormemente a los pilotos incluso la tarea de localizar el terreno, por no hablar de poder bombardearlo con algo de exactitud.

Con la ayuda de Knox y Townsend, Jasper reajustó los proyectores. Fabricaron

nuevos reflectores de estaño, curvados, para atenuar, en vez de magnificar, los rayos del reflector. Estas luces se colocaron detrás de los tanques y las dirigieron hacia ellos y no hacia el cielo. Sería como si un hombre estuviera de pie en un portal abierto con el sol justo detrás de él, arrojando una sombra alargada fuera de toda proporción a su tamaño. Las luces alterarían así drásticamente el tamaño y la forma de las sombras de los tanques, y les proporcionarían a los observadores aéreos una impresión totalmente falsa de su localización.

Para probar estos nuevos proyectores, Maskelyne dirigió un ataque aéreo simulado en el depósito. Los pilotos intentaron arrojar llamaradas tan cerca de los tanques como les fuera posible a partir de tres altitudes diferentes. La llamarada más cercana aterrizó casi media milla más lejos del objetivo.

Los proyectores de baja intensidad y el «*Spray*», además de la Artillería Antiaérea y de la Fuerza Aérea del Desierto, proporcionaron una defensa poderosa a los tanques de petróleo del general de brigada Selby. La persistente Luftwaffe atacó el depósito durante varios meses. Intentaron varios métodos para romper el camuflaje luminoso, incluyendo las llamaradas que arrojaban al principio de una incursión para eliminar el engaño con las sombras. Nada funcionó. Sus bombas cayeron inofensivamente en las proximidades del depósito. Después de cada incursión, colocaban en posición papel maché, escombros y paños pintados esparcidos, y encendían fuegos con petróleo para producir humo. Para principios de 1942, o los alemanes estaban convencidos de que habían destruido con éxito el depósito de tanques o simplemente ya no podían asumir las pérdidas, porque los ataques cesaron. Dejaron tranquilos los tanques de almacenaje durante el resto de la campaña en África del Norte, y así pudieron proporcionar con el tiempo millones de galones de combustible que impulsaron la ofensiva final del desierto.



VIII

En una tarde dorada de finales de septiembre, Maskelyne y Knox estaban disfrutando de un refrescante *sundowner* en la terraza abarrotada del Shepherds cuando un hombre de negocios egipcio, con una barriga pronunciada, se acercó tímidamente a su mesa. El hombre llevaba un traje tropical blanco de sastre y apretaba un sombrero Panamá entre sus manos. Era obviamente un miembro del alto mando, y Knox supuso que sería un exportador.

—Le presento todas mis excusas —le dijo en un inglés a borbotones— pero ¿no es usted el famoso mago Maskelyne? —Jasper reconoció que era el mago.

—Y éste es mi buen amigo, el teniente Knox.

El hombre agachó la cabeza cortésmente ante Frank. Les preguntó si podía unirse a ellos por un momento y le ofrecieron una silla, pero una vez sentado bajó la cabeza y se quedó en silencio. Knox miró a Jasper, que se encogió de hombros, entonces se inclinó hacia el hombre y le preguntó: «¿Podemos ayudarle?».

El egipcio miraba fijamente su regazo mientras hablaba.

—No es para mí que vengo a verle. Es para mi hijo. Es un muchacho muy enfermo.

Maskelyne miró la bebida refrescante y respiró profundamente. Sabía lo que quería el hombre.

—Lo siento —le dijo Knox compasivamente.

—Soy un hombre rico —explicó el egipcio—. Muchos negocios. Tengo también muchos animales, ¿sabe? —Levantó por fin la cabeza. Largos ríos de lágrimas humedecieron su seca piel marrón—. Pero sin mi hijo soy un hombre muy pobre.

—Por supuesto —le dijo Knox, evitando sus ojos. Le desconcertaba ver el dolor de aquel hombre. El egipcio miraba directamente a Maskelyne.

—Le pagaré lo que quiera para que venga a mi casa y arregle a mi hijo.

Jasper no podía mirarlo a los ojos.

—Lo siento —comenzó diciendo— pero no puedo...

—He oído historias sobre grandes milagros. Muchos amigos me dicen lo que está sucediendo allí, tras las paredes de su campo.

—No creo que lo entienda. Le ayudaría si pudiera, pero...

—Le pagaré mucho dinero: En libras esterlinas, también. Le daré todo lo que tengo —le suplicó el hombre, ahora con un tono de voz más elevado—. Sólo tiene que venir conmigo. Es mi hijo, ¿sabe? —Maskelyne no podía respirar.

—Lo siento, pero no puedo ayudar a su hijo. Mi magia no es lo bastante grande. Knox intentó ayudar.

—¿Lo han visto los doctores ingleses? —El hombre dejó de lado la pregunta.

—Los doctores no pueden ayudar. Usted debe venir conmigo. Por favor. Está sufriendo mucho. Las historias que he oído son verdaderas. Sé que son verdad.

El hombre atraía la atención de la gente que estaba sentada cerca con sus súplicas cada vez más clamorosas y urgentes. El encargado de la terraza y un camarero con *tarboosh* se acercaron a la mesa y le pidieron al hombre que se fuera pero él no hizo caso y continuó suplicándole a Maskelyne.

Knox se levantó y agarró del brazo a Jasper.

—Vamos —le ordenó. Las piernas de Maskelyne estaban débiles.

—Lo siento mucho —le dijo mientras Knox lo separaba.

El hombre los siguió fuera del hotel, pidiéndole a Maskelyne que lo reconsiderase, ofreciéndole riquezas. Se quedó en medio de la calle gritando, mientras su última esperanza desaparecía en un taxi.

—Es terriblemente triste —dijo Knox después de un momento—. Esta pobre gente cree realmente en tu magia. Si te quedaras aquí después de la guerra, podrías amasar una buena fortuna, ¿sabes?

El egipcio aún gritaba en la mente de Maskelyne. Sus gritos ahogaban a Knox. Jasper quería dar la vuelta con el taxi, retroceder y rodear con sus brazos a aquel hombre para convencerlo de que él no era más que un charlatán. Pero sabía que sería inútil. Las peticiones del hombre se basaban en miles de años de historia. Creía, más allá de la razón, en los poderes de la magia. Maskelyne se sentía completamente impotente.

—El negocio de un faquir es jodidamente provechoso —continuó Knox, consciente de que tal vez estuviera hablando sólo para sí—. Un buen mago en esta región puede abrir un templo y sacarse una fortuna. Y tampoco tendría demasiados gastos indirectos. —Vaciló durante un segundo, y le horrorizó un pensamiento que acababa de tener—. Dios mío, espero que al joven Hill no se le meta esa idea en la cabeza.

Por todo el Valle del Nilo se había extendido el rumor de que el mago del Ejército Británico podía curar a aquellos enfermos desesperados y aliviar a los horriblemente deformes. Las historias de los milagros que se ejecutaban dentro del Valle Mágico y en el escenario del teatro habían pasado con facilidad del rumor a la leyenda. Cada mañana, veintenas de egipcios se reunían frente a la puerta delantera del Valle, con la esperanza de que el mago que allí vivía los tocara. Entre ellos había viejos y jóvenes, hombres y mujeres, hombres de tribus nómadas y gente con educación, egipcios heridos de guerra o por la naturaleza, y siempre, muchos, muchos niños. Con sus

voces chillonas pedían a cualquier persona que entraba en el campo que le llevara al mago un trozo de papel donde apuntaban sus nombres y direcciones y enfermedades. Con tanta amabilidad como era posible, la policía militar los apartaba de la puerta, echándolos a un lado, y así se pasaban el día. Muchos de ellos acampaban allí, decididos a esperar hasta que el mago viniera a sanarlos. La espera larga, pensaban, eran una prueba de fe en sus poderes, y no se moverían de aquel lugar.

A sabiendas de que resultaba inútil intentar convencer a esta gente desesperada de que su magia era menos poderosa de lo que ellos creían, Maskelyne comenzó a escabullirse dentro y fuera del Valle a través de una pequeña puerta en el perímetro norte. El personal médico del cuerpo británico visitaba el campamento egipcio dos veces por semana para ofrecer sus servicios. Sin embargo, la mayoría de los fieles rechazaron su ayuda, porque creían mucho más en la magia que en la medicina.

Knox maldijo toda esa situación como una maldita vergüenza.

Por este tiempo, el VIII Ejército estaba en medio de una calma total antes de la erupción de la batalla. Cada soldado sabía cuál era su trabajo preciso y se ocupaba de hacerlo, o de entrenarse para ello, preparándose para la ofensiva «*Crusader*» de Auchinleck. En el Valle Mágico, las fábricas elaboraban escudos solares, elementos del ejército simulado y componentes de la luz deslumbrante, mientras que los miembros individuales de la Cuadrilla trabajaban en elementos de camuflaje locales. Como apuntó irónicamente Graham: «Salvo por la comida y las matanzas, el ejército no es realmente un sitio tan malo».

En agosto, Maskelyne había comenzado a trabajar regularmente para la organización Fuerza A del general Dudley Clarke. Éste lo había citado una mañana en su oficina, bajo un burdel, para informarle de que el misterio de los chocolates había sido desenmascarado. El largo reguero había conducido a sus agentes desde un periódico en Ankara, Turquía, a un húmedo café justo en El Cairo. Una de las jóvenes bailarinas que trabajaban allí se había hecho amiguita de un oficial de bajo rango de la Sección de Personal, y se las había arreglado para exprimirle toda clase de información aparentemente sin importancia. Al oficial lo habían degradado y enviado de vuelta a Inglaterra, para que aguardase allí la acción disciplinaria adicional. Hirieron de bala a la muchacha por espiar, y se acabó con el círculo para el que trabajaba.

Mientras el General relataba esta historia fríamente, Jasper se imaginó a una joven con los ojos vendados, atada a un poste de madera.

—Brutal —admitió Clarke— pero necesario.

Maskelyne podía oír el eco de sus propias palabras.

Cuando el General terminó de contarle a Jasper los detalles del círculo espía, cerró la carpeta en su escritorio y la arrojó encima de una pila con el nombre «para archivar», y entonces volvió a sugerirle al mago que se uniera a su grupo. «Sé que sería un obstáculo para el tiempo de que dispone, pero podría sernos realmente de gran ayuda». La Fuerza A, le explicó, había recibido el encargo de conducir una serie

de conferencias para los soldados y los aviadores sobre cómo escapar y evadirse. «Me temo que el asunto es un poco pesado, pero resulta vital. Demasiado pocos de nuestros muchachos consiguen regresar después de haber sido capturados. Tenemos que intentar que la situación cambie. Pensé que usted podría animar las conferencias con algunos trucos o algo así. Sería sólo una noche por semana, eso es todo».

Maskelyne, que últimamente se encontraba malgastando demasiado tiempo libre pensando en Mary y en los niños, y echándolos de menos hasta llegar a la preocupación, aceptó la propuesta.

Una o dos noches por semana durante todo el otoño, acompañado normalmente por Knox y algún otro miembro de la Cuadrilla, volaban hacia un lugar de entrenamiento situado en un campamento del desierto, similar a los que hacían los antiguos pioneros del viejo oeste americano, y daba una conferencia a la luz de la parte trasera de un Fordson o un Bedford.

«Estoy simplemente aquí para decirles qué deben esperar si se convierten en prisioneros de guerra», comenzaba exponiendo solemnemente. «Según los términos de los acuerdos de la Convención de Ginebra, la única información que necesitan dar a sus captores es el nombre, el rango y el número de serie. Nada más. Sin embargo, *Jerry* es un tipo listo e intentará muchos métodos para sacarles información adicional. Si están heridos, por ejemplo, puede que les visite una encantadora señora mayor que les hablará en inglés, será muy comprensiva y les hará preguntas aparentemente inocentes acerca de su ciudad natal. Cualquiera cosa que le digan irá directamente a la Inteligencia Alemana, y pueden estar proporcionándole información importante a algún piloto bombardero de la Luftwaffe que vaya a atacar su hogar. También, deben asumir que todo su correo será abierto y se leerá...».

La reputación de Maskelyne mantenía muy despierto a su público al principio de la conferencia, pero después de algunos minutos la atención comenzaba a decaer. La mayoría de ellos habían estado trabajando bajo el calor de todo el día y estaban agotados, y Maskelyne, con su aspecto atildado (llevaba el uniforme de blusa de manga corta, bermudas largas del desierto y zapatos negros polvorientos), apenas parecía capaz de animarlos para sacarlos de su letargo. Así que cuando veía que empezaban a cabecear, descubría su mochila de trucos y convertía una conferencia ordinaria en un espléndido espectáculo. «Cuando te ponen en el saco», gritó, sosteniendo en alto un saco de dormir al que le daba la vuelta para demostrar que estaba vacío, «lo primero que hay que hacer es empezar a hacer planes para escapar, o para ayudar a cualquiera que intente escaparse. Dependiendo de su situación específica, hay un número de métodos que pueden probar. Por ejemplo», dijo, alcanzando el saco, «pueden intentar salir volando del campo». Dicho esto, sacó una paloma blanca y la lanzó para que volase en la oscuridad. «O pueden intentar hacer un túnel». Metió la mano otra vez en el saco, y esta vez sacó un conejo. «Lo mejor de todo es simplemente hacerse invisible», agregó, dando la espalda y haciendo que todo el saco desapareciera. Durante los siguientes noventa minutos atrajo la atención de

todos, ilustrando cada punto de su discurso con la artimaña apropiada. El truco de los anillos chinos se convirtió en un equipo de escape cooperativo. Una baraja de cartas representaba a los cuarteles conspiradores. Objetos, pequeños y grandes, aparecían y desaparecían, para el absoluto placer de las fatigadas tropas. Como había imaginado el general Clarke, la magia de Maskelyne reforzó los aspectos importantes de la conferencia, machacando el mensaje de una manera inolvidable. Las conferencias de escape y evasión de Jasper Maskelyne se hicieron famosas por todo Oriente Medio, y más tarde por el Lejano Oriente, y grandes masas de soldados se empujaban para verlo trabajar. Antes de que acabara la guerra, había dado versiones de la conferencia básica a más de doscientos mil oficiales y hombres en doce países, viajando 135 000 millas para hacerlo. El espectáculo resultaba tan efectivo como entretenido. Innumerables *Tommys* que habían salido del «saco» para regresar y volver a la lucha se lo adjudicaban a algo que recordaban de la conferencia de Maskelyne y que había desempeñado un papel importante en su escape. Con el tiempo, Jasper recibió una recomendación oficial, y su trabajo en esta área figuraba prominentemente en su eventual promoción a Mayor en la guerra.

Clarke utilizó las conferencias como medio para facilitar el acceso de Jasper a su floreciente organización de espías. Con el tiempo, Maskelyne se convirtió en un miembro importante de la MI9, la sección de la Fuerza A que se ocupaba específicamente del escape y la evasión. Desde un escritorio de madera bastante arañado en el cuartel general bajo el burdel, Maskelyne produjo algunos de los dispositivos para espías más ingeniosos que se usaran jamás en la guerra.

Las técnicas del prestidigitador se adaptaban particularmente bien a los mecanismos de escape. Una de las lecciones más importantes que Jasper había aprendido de su abuelo era cómo hacer el máximo uso de un espacio limitado. En el escenario, resultaba vital poder ocultar todo el equipo en un espacio tan pequeño que el público jamás sospecharía que allí había algo, o a crear compartimientos «invisibles» dentro de los aparatos de modo que una ayudante pudiera ocultarse allí y pasar desapercibida. John Nevil Maskelyne había sido un maestro de este arte. 1875 fue el año en que presentaría al público europeo su autómatas *Psycho*. Esta maravilla mecánica guardaba parecido con la mitad superior de un cuerpo humano sentado en un pedestal transparente. *Psycho* no estaba conectado a ninguna fuente de energía exterior, y, con todo, podía mover la cabeza, dar un apretón de manos masónico, solucionar ecuaciones difíciles, lograr pequeñas proezas, deletrear, fumarse un cigarrillo y jugar extraordinariamente bien al *whist*. Dos años más tarde, se le unió el encantador *Zoe*, un autómatas capaz de bosquejar perfiles con su habilidosa mano, y *Fanfair* y *Labial*, músicos mecánicos que, a petición del público, tocaban cualquier canción popular con la corneta y el *euphonium*. Miles de personas examinaron cuidadosamente el mecanismo de relojería de estos robots rudimentarios, y nadie

sospechó jamás que unos pequeños hombres cupiesen dentro de las cajas de tal manera que quedaran totalmente ocultos a los ojos del público.

Jasper Maskelyne puso a funcionar los secretos de familia en el desarrollo de un equipo de escape para los aviadores y los soldados de a pie. A diferencia del gran artista del escape, Houdini, que entre sus muchas habilidades tenía la de tragarse una llave y regurgitarla cuando era necesario, los soldados tenían que ser capaces de ocultar sus herramientas de escape en sus cuerpos o en el interior de un equipo que sería examinado cuidadosamente por el enemigo.

Frente a este problema, Jasper diseñó herramientas que pudieran ocultarse en los lugares más obvios, o que simplemente no tuvieran que ocultarse de ningún modo. Por ejemplo, en el extremo de plástico de los cordones, o en las etiquetas de unas botas militares aparentemente ordinarias, había, de hecho, minúsculas agujas de brújula, un mapa escondido en la lengüeta de la bota y, bajo los laterales, una lima y una sierra para metales. Una aguja de brújula, dos mapas de papel, una lámina de sierra de nueve pulgadas de largo y una pequeña lima se podían comprimir dentro de un calcetín reglamentario hecho de esponja de lona y revestido con seda de petróleo. El mango de un cepillo para zapatos o uñas escondía un equipo de escape que consistía en un sacaclavos, lima, sierra para metales, destornillador, cortadores de alambre, llave inglesa, compás y dos mapas. La maquinilla de afeitar de Maskelyne se convertía fácilmente en un apto cortador de alambre, y el cepillo de dientes limpiaba los dientes a la vez que encubría un mapa, un compás y una sierra para metales. Incluso los corrientes sujetadores de calcetines llevaban cúteres, mapas y un compás.

El dispositivo más práctico que inventó para el MI9 era una hoja de sierra, hecha de acero labrado, con unos dientes que medían 3/16 de una pulgada. Fabricado con un acabado de cromo plateado, la sierra podía pasar por una vulgar cadena para la placa de identidad, por una correa de reloj, un llavero, un amuleto de buena suerte o cualquier otra pequeña baratija. Podría llevarla sin problemas cualquier soldado o agente secreto, y cortaría madera o hierro tan eficientemente como una gran sierra para metales.

Decenas de miles de soldados británicos recibieron las herramientas de escape de Maskelyne, pero no hay una manera exacta de medir su relevancia en los intentos de escape. Soldados británicos, aviadores o agentes en contacto con el enemigo utilizaron en todos los lugares del mundo los equipos completos o sus componentes individuales, que los ayudaron a escapar en incontables ocasiones. La hoja de sierra, por ejemplo, salvó la vida del sargento Nussbacher de los famosos «*Bufs*», así como a un furgón lleno de compañeros presos. Nussbacher fue capturado en la Hungría ocupada; iba vestido de civil y lo apretujaron en un atestado vagón de tren con destino a un campo de exterminio nazi. Pero antes de que el tren de la muerte llegase al campo, pudo cortar un panel lateral con hoja de sierra, y así permitir que todos los del vagón saltaran para alcanzar la libertad.

Una vez que un hombre escapaba de sus captores, sus posibilidades de regresar a la frontera dependían por lo general de su valor y de su compás. El compás era la herramienta esencial de escape y, por tanto, la más difícil de obtener. Maskelyne solucionó este problema de varias formas. La mayoría de los hombres de la Fuerza Aérea del Desierto llevaba un compás en miniatura incrustado en la parte posterior de un botón de latón del uniforme, mientras que los soldados de a pie usaban la hebilla de la correa del uniforme de campaña, que se podía romper para convertirse en un compás. Las agujas magnetizadas se escondían dentro de las boquillas de las pipas y en las protecciones de celuloide para los cuellos. Las agujas de brújula de Jasper se hicieron tan sofisticadas que podían pasar por astillas de bambú y llevarse dentro del bolsillo sin miedo a ser detectadas, sin embargo, cuando se sumergían en un charco, siempre señalaban norte-sur. Con el tiempo, el MI9 puso en circulación más de dos millones de compases en miniatura, incluyendo noventa y un mil protectores de cuello.

Por cada herramienta espía, Maskelyne recibía del Ministerio de la Guerra la prima habitual de cinco libras.

MI9 puso también a buen servicio algunos de los mecanismos espía más esotéricos de Jasper. Lo que parecía una común boquilla para cigarrillos era, de hecho, un poderoso telescopio en miniatura, que se enfocaba deslizando hacia delante y hacia atrás la parte superior. Su pluma estilográfica anti-goteo permitía escribir a cualquier agente con mano osada, pero también lanzaba una bomba de gas lacrimógeno de alta densidad. Sus mapas de papel de arroz se rociaban con aceite de ensalada para protegerlos contra la lluvia y el sudor, y para hacerlos también más sabrosos si tuvieran que comérselos. Los magos en el escenario y los farsantes en sus consultas habían empleado desde hacía mucho tiempo la tinta invisible para presentar mensajes de los «difuntos»; con algunas alteraciones químicas, los agentes espías la utilizaron por todo el mundo.

John Nevil Maskelyne había denunciado públicamente a muchos «telépatas mentales» que se comunicaban con sus ayudantes con códigos sutiles e intrincados. Jasper utilizó el conocimiento que tenía de sus métodos para permitir que los espías más diestros en El Cairo transmitieran mensajes a sus «marionetas». El dispositivo más simple demostró ser el más práctico. Antes de partir hacia misiones espía en territorios ocupados, se les proporcionaba a los agentes unos cinturones de cuero comunes, de un ancho aproximado de tres cuartos de pulgada. Cuando los cuarteles generales tenían que enviarles un mensaje importante, enrollaban en el largo de una correa del mismo diámetro una secuencia de cordón comprado en un gran almacén. En el cordón se escribía claramente el mensaje con tinta oscura. Después se desenrollaba y se utilizaba para envolver un paquete de regalo. El cordón parecía estar cubierto con manchas de tinta, pero nadie sospechó nunca que estas manchas formaran un mensaje. Inevitablemente, registrarían el paquete, pero como no contenía contrabando, sería entregado al agente. Después de recibirlo, el agente sólo tenía que

enrollar la secuencia alrededor de su correa de tres cuartos de pulgada y leer simplemente sus instrucciones.

A Maskelyne le encantaba trabajar para el MI9. Por primera vez, era el ejército el que, de hecho, le animaba a poner en papel sus planes más salvajes, y luego les otorgaba seria consideración. El trabajo en el Valle Mágico era difícil, e importante, y requería soluciones creativas para problemas militares —pero en todos los casos él era el destinatario del problema a solucionar. MI9 quería los frutos de su imaginación, y él estaba encantado de podérselos entregar.

No todas sus invenciones se llevaron a la práctica, aunque él estaba convencido de que cada una de ellas era útil. Entre algunas figuraba un submarino con una torre desmontable que llevaría hasta la superficie con total seguridad al equipo de cualquier submarino hundido, un avión con un dispositivo de gancho de remolque capaz de despejar cualquiera de las playas de invasión con cuerdas de piano tan afiladas como una cuchilla, y un método de comunicación entre tierra y aire con que transformaba los rayos ultravioletas en sonidos.

Maskelyne trabajó a tiempo parcial en el MI9 durante casi tres años, y durante ese periodo contribuyó al éxito de una de las operaciones espía más elaboradas de la guerra. Pero sólo una vez le permitió Clarke que trabajara como espía, algo que ocurrió justo antes de la operación «*Crusader*». Jasper ejecutó un gran espectáculo de magia para Clarke y casi le costó la vida.

Octubre de 1941 fue el mes más provechoso para los espías de El Cairo. Los ejércitos estaban en el campo preparándose para un enfrentamiento hostil, y los vendedores de información preparaban febrilmente rumores que vender al mejor postor. Era posible comprar información garantizada sobre cualquier asunto. En ocasiones, la terraza del Shepherds parecía una ajetreada casa de subasta, donde los espías excedían en número a los camareros. El secreto más codiciado era la hora y el lugar exacto donde comenzaría la ofensiva británica, y todo espía tenía una «fuente impecable» que le podía suministrar dicha información. Entre las historias que se vendían en la terraza, y que pronto se convirtieron en buenos rumores por todo El Cairo, destacaban algunas como la de que el primer ministro Winston Churchill iría al desierto a lanzar personalmente el ataque, o que Rusia había sido vencida y estaba negociando en secreto su propia paz, o que se unía por fin Estados Unidos, o que un remolino de arena había volcado el vehículo blindado de Rommel y éste había sufrido heridas graves. Según estas fuentes «fiabes», la guarnición en Tobruk estaba a punto de entregarse —o de explotar—, los alemanes estaban probando aviones que volaban sin necesidad de propulsores, y Hitler estaba acorralando a todos los judíos de Europa para deportarlos.

—Bah, sólo están tanteando el terreno —se burló Fuller cuando Hill le contó uno de los últimos chismes—. Es un manojo de estupideces. Nada de eso va a suceder. Y si pasa, pues pasa y ya está. Tú dedícate a hacer tu trabajo y todo irá bien.

—Eso será para ti —le dijo Hill, algo molesto—. Es la última vez que te cuento

algo. Aunque me entere de que Rommel está comiendo en el Kit Kat, no te diré nada. —Entonces se marchó a compartir el último rumor con Robson.

La MI6, la Sección de la Inteligencia de Clarke, era la que creaba, de hecho, muchos de estos rumores sólo para mantener totalmente confundidos a sus oponentes alemanes. Conocían bien la identidad de la mayoría de los espías en la ciudad, y la calidad del trabajo que hacían era generalmente pobre, pero había una fuente desconocida que les preocupaba. Una emisora de gran alcance que transmitía desde El Cairo había estado enviando información notablemente correcta al *Afrika Korps*. Finalmente habían localizado el transmisor, pero poco podía hacer la Fuerza A para silenciarlo.

—El problema es que podría estar oculto en alguna parte del palacio de Farouk — le dijo a Maskelyne el exasperado general Clarke.

Estaban sentados en la oficina de la Kasr-el-Nil, y la música hueca de una flauta de madera se colaba a través del fino suelo del establecimiento de arriba.

—No podemos pasar a la acción hasta que estemos seguros de que se encuentra realmente allí; el rey no nos va a dejar perder el tiempo deambulando por el lugar para que busquemos. Ya ve, es un problema difícil de resolver.

Durante las últimas semanas Maskelyne había estado abriendo el correo de Farouk para la Fuerza A, reconstruyendo después el sello real una vez que los agentes de la inteligencia habían copiado el contenido. Las cartas daban fe de la existencia de una gran cuenta bancaria suiza, pero no ofrecían ninguna prueba real de que el joven rey estuviera cooperando con el enemigo. La existencia de un transmisor en el palacio parecía despejar cualquier duda.

—Entonces, ¿está colaborando?

—En realidad no estamos seguros. —Clarke frunció el ceño—. El palacio de Abdin es un lugar grande y, además, el Rey está a menudo... —buscó palabras educadas con las que describirlo—... ocupado. No tiene ni idea de muchas de las cosas que suceden dentro.

El corpulento Farouk I, de 21 años, había ascendido al trono de Egipto en 1936, y disfrutaba de unos seguidores leales y firmes. Como Egipto se había mantenido neutral durante la guerra a pesar de la presencia masiva de británicos en el país, ambos bandos intentaban ganarse su apoyo. El eje Berlín-Roma creía que podría liderar un levantamiento antibritánico, mientras que los británicos lo único que querían es que se quitase de en medio. Había caído rendido ante una claqué de oficiales británicos conquistadores que le ofrecían interminables placeres y conseguían mantenerlo así feliz y ocupado. Sus colecciones de corbatas, de libros de cómic americanos y de materiales pornográficos no tenían nada que envidiarle a ninguna de las mayores del mundo.

Dado que todavía contaba con la lealtad de los egipcios, las implicaciones políticas que conllevaba acusarlo de colaboración eran escalofriantemente claras.

Se sabía que los nacionalistas egipcios estaban bien armados y esperando el

momento oportuno para levantarse contra los británicos. Aunque la mayoría de estos grupos patrióticos despreciaban al monarca, se reunirían para su defensa. Una provocación sería la chispa suficiente para una sublevación a la que todo Egipto se uniría.

Pero había que silenciar el transmisor antes de que comenzara la operación «*Crusader*».

—¿No podría alguien de su gente mencionárselo? —le preguntó Jasper, refiriéndose a algunos de los jóvenes oficiales británicos que le proporcionaban placeres al Rey.

—Podríamos intentarlo, pero significaría poner bocarriba nuestras cartas. Sería mucho mejor saber donde está la radio exactamente antes de decir nada. Así no podría negarlo, ¿no le parece?

Una serie de temblores severos sacudió el techo. Jasper se puso tenso y echó un vistazo hacia arriba, aunque se relajó casi de inmediato.

—¿Cómo puede soportarlo?

—¿El qué?

—El ruido de arriba.

—Ah, ya apenas lo oigo. ¿Sabe? Uno puede acostumbrarse casi a cualquier cosa. De todas formas —continuó Clarke, volviendo al tema—, necesitamos conseguir que nuestra gente entre en el palacio de Abdin para buscar a fondo. Ahí es donde usted puede ayudar.

—Mi General, saco a gente de los armarios, no los meto en palacios con fuerte vigilancia.

Clarke se rió con cortesía, pero había muy poco de humor en su voz.

—Quisiera que montara un espectáculo de magia en el palacio. Tan grande como pueda. Trajes, grandes cajas, todo. Cuanto más tiempo dure, mejor. Alguna de mi gente le acompañará como ayudantes. Una vez que entren, sabrán qué hacer. Usted y su gente estarán perfectamente seguros.

Jasper no respondió de inmediato. Una noche, el rey Farouk se había presentado de manera inesperada en uno de los espectáculos de Teatro Imperial, y parecía disfrutar mucho de la función, pero esto era algo completamente diferente.

—¿Qué le hace pensar que él quiera un espectáculo allí?

—Su ego. Su majestad recibiría con los brazos abiertos la oportunidad de albergar un espectáculo para el alto mando. Recaudar dinero para la caridad y todo eso. Que disfruta siendo el foco de atención no es precisamente un secreto. Bien, ya sabe, lo puede rechazar. No puedo obligarle a hacerlo. Pero una vez me dijo que quería ver cómo funciona el espionaje. Aquí tiene su oportunidad.

Maskelyne la aprovechó. Como le había dicho Clarke, ni él ni ninguno de su equipo correría peligro. El espectáculo de magia era simplemente una tapadera para que los profesionales de la Fuerza A entraran en el palacio. Además, después de trabajar tantos meses en el papel secundario de ayudante, no se atrevió a dejar pasar

la oportunidad de estar cerca de la acción.

—Haré algunos preparativos, por supuesto.

—Y ensayos, me imagino —añadió el General—. Necesitaremos todo el tiempo que sea posible. Ahora dígame, ¿cuántos ayudantes emplea usted?

—Eso varía, dependiendo del programa. Supongo que podríamos utilizar algunas de las cajas grandes páralos escapes. Necesitaríamos a más hombres para transportarlas y cambiarlas de lugar entre bastidores. —Jasper hizo un rápido cálculo—. Podía justificar probablemente unos doce. Cinco o seis de ellos tendrían que ser de mi gente.

Clarke sonrió como un padre orgulloso.

—Ése es el espíritu. Siempre he sospechado que sería un espía excelente. Comenzaré a prepararlo todo.

Su Majestad el rey Farouk estaba encantado de ser el anfitrión de una noche de magia e ilusionismo por cuenta de Maskelyne en el palacio de Abdin. El espectáculo estaba programado para la segunda semana de noviembre. Después de la función se ofrecería un abundante banquete.

Frank Knox era el único miembro de la Cuadrilla a quien Maskelyne le había revelado la razón que había detrás de este espectáculo para el comando. A los demás se les dijo que se hacía a petición del monarca egipcio.

Tan pronto como se anunció el banquete real, la sociedad de El Cairo comenzó a hacer maniobras para conseguir invitaciones. Los doscientos elegidos incluían a los oficiales militares británicos y egipcios de prestigio, y también a los del gobierno, a los miembros preferidos de la Corte de Farouk, algunos jeques y líderes de tribus elegidos al azar, algunas mujeres encantadoras de la ciudad para embellecer la ocasión, la Familia Real, varios hombres de negocios y aquellos personajes sociales con las garras más afiladas. A Maskelyne le asignaron diez invitaciones, de las que seis fueron para Clarke, y se le permitió una compañía de veintiuna personas entre ayudantes y equipo. A cada miembro de la compañía se le proporcionó un documento de identidad verde que permitía el acceso al palacio, pero los registraban a fondo cada vez que entraban o salían. El único que podía pasar sin ser inspeccionado era Maskelyne.

Como los legendarios estados reales de Europa, el palacio de Abdin, de setenta años, era, en realidad, una comunidad pequeña. Su mantenimiento requería un personal permanente de más de doscientas cincuenta personas, muchas de ellas inmigrantes italianos que habían intentado cultivar las franjas del desierto y se habían mudado a la ciudad después de muchas cosechas fallidas. Además de los lujosos aposentos reales, el palacio contenía numerosos lugares de recepción y habitaciones de invitados, talleres completamente equipados, comedores, cocinas modernas, y unas dependencias para las habitaciones de los criados. El espectáculo real para el

alto mando se presentaría en el Byzantine Hall, una espaciosa sala en el extremo del ala Bélgica.

El escenario que habían construido especialmente para la ocasión era demasiado grande para la producción que Maskelyne había previsto, así que se colgaron unas cortinas para encuadrar el centro. Farouk le asignó a Ben-Morsi, un empleado de palacio bajito, fumador compulsivo, que serviría como enlace entre su personal y la gente del espectáculo. Cada vez que Maskelyne solicitaba un cambio estructural, Ben-Morsi se pasaba la mano por la frente y explicaba que era imposible, pero que intentaría arreglárselas para obtener permiso, cosa que siempre conseguía. Así, se abrieron puertas secretas en el escenario, agregaron crehuelas, pintaron el decorado y se movieron de sitio los asientos. Además de trabajar para el espectáculo, Ben-Morsi era un espía egipcio. «Uno muy malo», explicó Clarke, «pero a las órdenes del Servicio Especial Egipcio. Es ambicioso, así que tened un poco de cuidado con qué dejáis caer cuando él esté cerca».

Cuando la Cuadrilla se enteró de su verdadera profesión sus miembros aprovecharon toda oportunidad para atormentarlo. El olor nauseabundo de sus cigarrillos egipcios delataban su presencia mucho antes de que apareciera, y la Cuadrilla se inventó un vocabulario completo de conversación espía para utilizarlo cuando él estaba por allí. «La operación comienza a las “a hache” cuatrocientos esta noche, pásame el martillo», le gritaba Nails Graham a Robson, que entonces le contestaría, «¿Y cuando volará el camello?». No hay registros de que ninguna de estas conversaciones se comunicara a Libia con un transmisor oculto. El espectáculo de magia facilitó una tapadera perfecta para los agentes espías de Clarke. Tradicionalmente, los magos han tomado siempre elaboradas precauciones para proteger sus secretos. El Gran Lafayette, por ejemplo, murió en el incendio de un teatro por irse entre bastidores a cerciorarse de que nadie se aprovechaba del caos para robarle sus trucos. Maskelyne desempeñaba bien el papel del artista temperamental, anunciando en voz alta el primer día de ensayos que no permitía a absolutamente nadie cerca del escenario sin su autorización. Luego cerró las puertas desde dentro, permitiendo así que el personal de la Fuerza A se moviera por el palacio sin tener que preocuparse de que alguien notara que se ausentaban de la compañía.

Durante las semanas anteriores al espectáculo Maskelyne acudía al palacio casi todos los días, incluso cuando no había ensayos programados. Algunos de los hombres del general Clarke lo acompañaban en cada ocasión. La Cuadrilla se dio cuenta rápidamente de que algo raro estaba pasando, pero no hizo ninguna pregunta.

Los agentes se beneficiaron de cada oportunidad para registrar el palacio, pero los guardias de Farouk estaban bien entrenados y estas excursiones se restringían la mayor parte de las veces. No encontraron el transmisor.

—¿Cabe la posibilidad de que no esté allí? —le preguntó Maskelyne al general Clarke.

—Está allí —le subrayó Clarke.

Maskelyne planeó cuidadosamente su espectáculo. Decidió hacer un primer acto básico con algunas artimañas y pequeños números de ilusionismo, durante los cuales estaría siempre en el escenario, después se pondría su traje oriental para un segundo acto con armarios, presentaciones de cajas y desapariciones. Así, el acto final se alargaría para proporcionarle tiempo extra a la Fuerza A, para que así pudiera explorar el laberinto de habitaciones. Mucho de esto dependía de la capacidad de Kathy Lewis para prolongar el suspense mientras que él estaba dentro de los armarios, pero tenía confianza en que haría bien su trabajo sobre el escenario.

Mientras tanto, en el Nilo Azul, las escuelas de entrenamiento de Auchinleck empezaron a cerrar sus puertas. La fase de entrenamiento había concluido. El VIII Ejército estaba por fin preparado para luchar en la prolongada batalla que *el Auk* y Cunningham habían anticipado. Se envió combustible, munición y provisiones a las zonas de actuación. Los oficiales de altos mandos recibían sus misiones. Se hicieron las porras habituales. Con todo, Auchinleck esperaba. Sabía muy bien que sus soldados no podrían esperar al borde del ataque durante demasiado tiempo sin ponerse rancios, pero se negó a moverse hasta no estar seguro de que el VIII Ejército estaba abastecido para llevar a Rommel de vuelta a Libia.

Los hombres de Clarke aún no habían sido capaces de encontrar el transmisor dentro del palacio.

—Aunque pensé que tenía a ese indeseable —dijo uno de ellos, un espía rechoncho llamado Michael Reese, durante una de las tardes diarias en que daban parte en la oficina del General—, seguí la huella de un cable a través de una pared, bajo una alfombra, por la curva de un pasillo hasta un armario de almacenaje. Resultó ser un sistema de radio oculto sintonizado con la BBC. —Se rió entre dientes y sacudió su cabeza con incredulidad—. Tengo que decir que no me vuelve loco la programación, pero tampoco creo que se merezca esta clase de tratamiento.

—Quizás esté escuchando los informes del Parlamento —sugirió con gracia un segundo agente.

—O a nuestros humoristas —gritó otro.

—Es lo mismo, ¿no? —dijo impasible el primero.

Durante estas reuniones los espías de Clarke se reían fácilmente y a menudo. Maskelyne se colocó en un rincón y disfrutó de una pipa de tabaco dulce y de la charla de los espías. Había conseguido conocer y admirar a estos hombres. Aunque su trabajo era mortalmente comprometido, lo trataban como si fuera un deporte nacional. Nunca se mencionaban los riesgos, como si jugar en serio fuera algo propio de las malas formas. Su comportamiento se podría adjudicar fácilmente a una fanfarronada adolescente, pero ni un ápice de miedo acechaba al grupo. Resultaba obvio que estos hombres disfrutaban. Los habían arrancado de una existencia normal para colocarlos en el centro de una gran aventura. Se lo pasaban como nunca y eran lo bastante afortunados para ser conscientes de ello. Maskelyne, que había pasado

gran parte de su vida persiguiendo la fama de su familia y mirando al futuro para alcanzar logros, envidiaba ahora a estos hombres.

Ninguno de estos espías encajaba con la descripción romántica que habían creado los escritores de aventuras. Ninguno de ellos era particularmente elegante, ni había un solo rastro de misterio en sus ojos, tampoco desprendían el aroma de la intriga. Como grupo, eran quizás levemente mayores de edad que los peces gordos que perseguían sin descanso por el desierto a Rommel, pero, por lo demás, resultaban muy normales. Un mero grupo de espías.

—Bien, estamos seguros de que está allí —dijo Clarke. Tenía en su escritorio un plano del palacio hecho de cartón, y había tachado con una cruz cada uno de los lugares en los que ya habían registrado—. ¿Y esta despensa? —preguntó—. Jack, es tuya, ¿no?

El agente Jack Smyth se distinguía por una barba rojiza y unas patillas que inundaban su fina cara.

—Allí no hay nada. Estuve quizá unos cinco minutos, sólo yo y un cocinero. Le dije que tenía que encontrar algo de comer para los pobres actores muertos de hambre. Es sólo una despensa. Y la comida es jodidamente asquerosa. —Miró por encima del hombro a Maskelyne—. Me debe un puñado de gracias por habérmela comido.

Jasper respondió con un saludo elogioso.

Clarke tachó la despensa de su mapa.

—¿Y qué hay de este... este lo que sea? Parece un pequeño vestidor. ¿Quién lo tiene?

—Yo —contestó Ike Simon, un agente musculoso, con la cara redonda. Sacudió la cabeza firmemente—. Nada. —Se tachó.

—¿Y este baño?

—¡Me pasé una jodida media hora allí dentro! —respondió Jack Smyth con una voz resonante. Entonces bajó el tono de voz y confesó—. Tuve que hacerlo, después de comerme todos los pasteles.

El transmisor no estaba en el cuarto de baño.

Después de dos semanas de trabajo todavía quedaba por registrar la mitad del palacio.

—Podemos tachar también el ala privada Farouk —decidió Clarke—. No hay manera de que pudiera esconder una radio allí, y, de todos modos, no podemos entrar. —Miró el plano tachado, y dijo con realismo—. Allí hay mucho que hacer, y va a ser difícil que lleguemos a todo. Nos vamos a tener que beneficiar al máximo del espectáculo —volviéndose a Maskelyne, le preguntó—. ¿Cuánto tiempo puede darnos, maestro?

Maskelyne se encogió de hombros.

—¿Cuánto necesita?

—Todo noviembre —contestó Ike Simon sarcásticamente, pero entonces los

espías empezaron a debatir el tema.

Maskelyne no creía que pudieran terminar la búsqueda. Los números estaban contra ellos: demasiadas habitaciones que registrar divididas entre demasiados pocos agentes, en un tiempo insuficiente. Continuó mirando fijamente el mapa. Un bloque de habitaciones en un pasillo del Byzantine Hall, con el nombre de «¿Talleres?» no se había tachado aún. La entrada a esta zona estaba casi en frente de la puerta de bastidores. Había pasado por delante de ella muchas veces, de camino a los ensayos. Por lo general la vigilaba un solo hombre que se dedicaba a recorrer el pasillo. Si desviaban su atención durante algunos segundos, alguien se podría deslizar con facilidad por el pasillo...

—Supongo que dos horas sería lo mínimo —dijo Clarke, interrumpiendo sus pensamientos— aunque algo más de tiempo nos sería de gran ayuda.

—Puedo hacerlo —le dijo Jasper—. Quizás un poco más. —Se detuvo brevemente, y luego soltó algo—. Pero tengo otra idea. Creo que me las puedo arreglar con las habitaciones que hay detrás del escenario, la zona de talleres.

A Clarke esto lo cogió por sorpresa. Echó un vistazo al plano, y luego a Maskelyne.

—¿Lo dice en serio?

—Absolutamente.

El General volvió a mirar el plano, considerando la oferta. Luego, de manera abrupta, la rechazó.

—Lo siento pero no. No podemos permitirnos tenerle a usted corriendo por ahí de ese modo.

—Pero yo estoy en la mejor posición para hacer este trabajo. Sé más que cualquier persona que esté aquí sobre cómo ocultar cosas. Y hay un número de ilusionismo con cajas que haré en el segundo acto... podría desaparecer durante seis o siete minutos sin que nadie sospechara nada. Y dejaría libre a alguien para cubrir otra zona.

—Vamos, Jay —le dijo Michael Reese, intentando arrojar algo de luz sobre el tema—. Usted nunca ha estado en la Escuela para Espías de Su Majestad.

—Si el transmisor está allí yo lo encontraré.

—Es demasiado peligroso —dijo Clarke—. Si lo cogieran...

Maskelyne hizo más presión.

—No van a cogerme y no hay ningún peligro. Todo el mundo en el palacio estará absolutamente convencido de que estoy dentro de una de las cajas.

El General sabía que la sugerencia de Maskelyne tenía pleno sentido. «*Crusader*» estaba planeado para que comenzase el 17 de noviembre, y el Cuartel General quería el transmisor silenciado para esa fecha. Mirando los espacios en blanco que quedaban aún en el mapa, supo que era poco probable que sus hombres completaran el registro. Maskelyne les podía ayudar. Pero si se escapaba y lo sorprendían haciendo este trabajo, toda la estratagema quedaría al descubierto. Farouk quedaría como un

completo idiota, y los nacionalistas tendrían una razón para amotinar al pueblo.

Pero había que encontrar el transmisor. Muchas vidas dependían de esto.

—Soy bastante reacio a este tipo de cosas —dijo por fin Clarke, preparándose al mismo tiempo para convencerse de lo contrario—. ¿Qué piensan ustedes?

—Bah, deje que vaya —dijo Jack Smyth—, no estropearía más el plan que ninguno de nosotros. —Reese estaba de acuerdo.

—Le daremos la contraseña. No le pasará nada.

Clarke dio su visto bueno con algunas reticencias.

—Tiene seis minutos —le advirtió—. Si no lo encuentra a la primera, abandone el lugar. El transmisor tiene bastante alcance, así que resultaría difícil de ocultar. Bien, supongo que sabe forzar una cerradura, ¿no?

Maskelyne mostró una amplia sonrisa. Por fin iba a poder entrar en acción. Ahora formaba parte del juego.

—Llámeme Houdini —le respondió.

No era el único deseoso de conseguir un papel en este juego. La mayoría de los miembros de la Cuadrilla deseaba lo mismo. Como todos los soldados, desde el primer momento en que llegaban a Egipto, hablaban de conseguir un trabajo cómodo en El Cairo, algo que les permitiera vivir con cierta seguridad y trabajar con relativo desahogo. Pero con el paso del tiempo, mientras trabajaban en sus «cómodas» labores en la Sección de Camuflaje de Maskelyne, se empezaron a dar cuenta de que vivían a las afueras de una experiencia fundamental. Para ellos, el espectáculo de magia en el palacio no era la respuesta. Los mantuvo ocupados durante un tiempo, pero con el VIII Ejército acercándose a la ofensiva, se sentían cada vez más excluidos. Fuller, *Union Jack*, sabía que ésta sería su última campaña y quería su parte antes de que finalizara. Hill se preguntaba si al involucrarse de lleno conseguiría llenar el vacío que había en su vida. Townsend lo veía como una escapada a la aventura, y tal vez una manera de probarse a sí mismo. Robson, que era pacifista, y Knox, realista, aceptaron su situación. Nails Graham, el carpintero, simplemente no podía resistirlo: el desierto había entrado en él.

Al principio, cuando acababa de llegar a Egipto, Graham había infravalorado el desierto. Era tan sólo un enorme lugar abierto con mucha arena. Después de estar de servicio durante un tiempo en El Cairo, empezó a interesarse por él. Luego, con las historias que escuchaba, comenzó a intrigarle. Y finalmente, como era de esperar, se obsesionó.

Había visto sus faldas provocando en los límites de la ciudad. Había conducido por sus largas y planas autopistas y había visto espejismos danzando en la lejanía de las olas de calor. Se sentaba a escuchar en los bares de la ciudad historias de supervivencia. Había llegado tan lejos como para leer un libro sobre aquello. Cuanto más sabía, más claro le quedaba que no sabía nada.

No era tanto su presencia física. Como todos, Graham se había llegado a acostumbrar al fino polvo que salpicaba cada aspecto de la vida en El Cairo, y al calor intenso que absorbía el aire de la tarde. Lo que le fascinaba era lo que el desierto occidental le hacía a los hombres que prestaban allí sus servicios. Un cabo del cuerpo de caballería del Rey lo resumió como nadie: «El hombre que sale de allí es diferente del compañero que entró».

Ejercía una gran atracción sobre él.

—¿Cómo os va por allí, eh? —El hombre con el que hablaba era un sargento del Hussar.

Graham estuvo bebiendo con él en el Bloomsfield Bar unas noches antes del espectáculo de Maskelyne en palacio. Él y Hill y este sargento, un hombre fornido de Lancaster, llevaban ya dos botellas aquella noche cuando le hizo la pregunta. El sargento la repitió, después puso cara de desprecio, y al final la dijo en alto una segunda vez. Algunos de los hombres que estaban bebiendo cerca pararon sus propias conversaciones para escuchar su discurso, pero la mayoría lo ignoró. Ellos habían estado allí y tenían sus propias respuestas.

—Te diré cómo es. Es como sentarse en el centro de una sartén con el fuego encendido debajo, rodeado de nada que no sea arena. Encima, la arena está ardiendo y siempre hay partículas que te entran en los ojos y en los oídos y por la nariz y nunca puedes deshacerte de ellas. Te duele todo el cuerpo, en especial los pies, porque están hinchados por el calor, pero no se puede hacer nada porque si te quitas las botas, ya no te las puedes volver a poner y no puedes caminar por la arena porque está ardiendo. Bien, durante el día no puedes tocar ninguna parte del casco del tanque porque está tan caliente que te quemarías la piel, y por la noche se enfría tanto que te dan temblores. Las moscas te rodean día y noche, zumbándote en los oídos, mordiéndote, y hay que tener cuidado cuando te muerden porque entonces te entra arena bajo la piel y se infecta y se forman ampollas y no hay nada que puedas hacer salvo sufrir. Bueno, una vez que te lo tomas todo con calma, más el hecho de que nunca hay comida suficiente y que tienes que ahorrar al máximo el agua, con lo que hay que tener cuidadoso es con los nazis. Rommel está siempre ahí fuera intentando hacer diana contigo. No se puede relajar uno en ningún momento. Atraviesas una duna y allí está él, esperándote. Tienen el mejor equipo.

Cuando comenzó a hablar, los ojos del sargento estaban serenos y su voz era clara, pero a medida que avanzaba, vio el infierno que estaba describiendo y su voz se volvió más baja y respetuosa, y cuando acabó, le dio la espalda a Graham y se bebió su whisky de un trago y no dijo mucho más durante un largo tiempo.

Ninguno de los veteranos en el bar lo molestó. Sabían de qué hablaba.

Graham comenzaba a entender qué era aquello que había hecho que Maskelyne abandonara su posición en Inglaterra y luchara para conseguir entrar en la guerra. El carpintero no sabía definirlo con exactitud, pero podía sentirlo en su estómago. Una vez la supervivencia habría resultado una justificación aceptable, pero ya no era así.

Algo lo estaba llevando a medirse con un rasero demasiado grande.

—Es una locura —murmuró Graham, casi para sí.

El sargento del Hussar miró a su alrededor y se rió entre dientes como un loco.



IX

Su Majestad el rey Farouk esperó hasta que todos sus invitados estuvieran en sus asientos, intranquilos, con los fotógrafos de la corte en sus posiciones, antes de hacer su aparición, treinta y cinco minutos más tarde del horario programado. Cuando, vestido con el uniforme de oficial del Ejército Egipcio, refinadamente hecho a medida, se dirigía por el pasillo central con paso despreocupado hacia su silla de madera tallada a mano que tenía frente a él, los fotógrafos dispararon sus cámaras y el público se puso en pie y aplaudió con educación.

—¿Por qué no te haces de un puto reloj? —le gritó Hill con desprecio mientras veía el desfile tras los bastidores.

Maskelyne estaba contento de que el Rey llegara tarde. Cada minuto extra que pudiera extraerle a la noche resultaba vital. Los hombres de Clarke habían rebuscado una batería de habitaciones durante la tarde del ensayo de vestuario pero no habían encontrado la radio. Ahora que Farouk hacía su grandiosa entrada, agentes MI6 pululaban por todo el palacio como abejas en un jardín florido.

Como era desde un tiempo su costumbre, Jasper fue a visitar a Kathy Lewis, que estaba sentada en un baúl con respaldo, y le susurró: «Recuerda, ¡sin trucos!». Y como siempre, ella levantó la mirada y sonrió abiertamente. Era su manera de ayudarla a relajarse, pero también servía para recordarle que no debía cambiar una sola cosa de lo planeado. Las improvisaciones no estaban permitidas en los espectáculos de magia de Maskelyne.

—¿Preparada?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Nerviosa?

—Un poco.

—Yo también —en realidad él no lo estaba, era demasiado jovial como para sentir nerviosismo, pero sabía que esta falsa confesión animaba a su joven ayudante—. Esta noche intenta retirar las cajas tanto como puedas, ¿de acuerdo?

Ella había aprendido a no cuestionar sus instrucciones. Él siempre tenía una razón considerable para que las cosas se hicieran de una manera en concreto.

—Tal vez sería buena idea sacar a alguien al escenario para que las inspeccionara —sugirió ella.

—No lo habían ensayado de esta forma, pero lo habían hecho así a menudo en los espectáculos del Teatro Imperial.

Maskelyne pensó que era una buena idea.

—Hagámoslo.

Luego se quedó parado con un pensamiento divertido. Sus ojos centellearon de regocijo.

—Quizás el Rey pueda ayudarnos.

—No —dijo ella, provocando que dijera algo. Sabía cuando él le estaba tomando el pelo.

—Te lo digo en serio. Le encantará. Cualquier cosa con tal de ser el centro de atención.

Knox se les acercó.

El Rey está sentado. Dos minutos.

Frank estaba haciendo de buen ánimo lo que podía para intentar disimular su nerviosismo.

—¡Buena suerte!

Maskelyne le dio un beso a Kathy en la mejilla como símbolo de suerte y pasó a ocupar su posición entre las sombras, pero se detuvo después de dar algunos pasos y volvió a su lado. Se agachó para poder mirarla a los ojos y le advirtió:

—No te alarmes si ves que algo va mal durante las cajas. Sólo sigue el juego. ¿Entiendes?

El humor se había esfumado de sus ojos. Ella lo miró llena de preguntas, pero dijo que entendía.

—Ésa es mi chica —dijo, forzando una rápida sonrisa; luego le pasó la mano por la mejilla y se apresuró a su lugar inaugural.

Mientras esperaba su introducción musical, comprobó que sus instrumentos estuvieran en orden y su equipo, preparado. Sabía que era afortunado por tener a su Cuadrilla con él. No hicieron preguntas cuando los nuevos se marcharon durante los ensayos, y nunca se quejaron por tener que retomar su trabajo.

Farouk se había tomado su tiempo para sentarse. Cuando por fin estaba listo, asintió a un oficial del ejército que estaba de pie junto a una pared. El oficial, por su parte, le hizo una señal a dos trompetas, que anunciaron con una pieza real el comienzo de la noche.

Las luces se hicieron más tenues y los músicos personales de Maskelyne comenzaron una breve obertura.

Kathy ocupó su lugar en los bastidores de la izquierda, junto a la mesa del espectáculo, cargada de flores que surgían de repente, recipientes vacíos y compartimentos secretos. Se la llevaría a Maskelyne en cuanto terminara de hacer sus primeros trucos. Se humedeció los dedos y prensó un nuevo rizo que asomaba en su frente; a continuación, tiró tímidamente de los bordes de su traje con minifalda. Cuando levantó la vista, vio cómo Michael Hill la miraba desde el otro bastidor.

Lo habían pillado, y sonrió.

Ella hizo un gesto de afirmación con la barbilla y se dio la vuelta. «Idiota», pensó.

Maskelyne salió de las sombras para recibir agradecido el aplauso del público y encajó su sonrisa de escenario. Se metió la mano en el bolsillo, extrajo un paquete de V, la popular marca de cigarrillos indios, y sacó uno. Chasqueó sus dedos para obtener fuego con el que encenderlo, formó un par de anillos de humo para demostrarle al público que era real y luego se lo apagó en la palma de la mano; y mientras lo hacía, otro cigarrillo asomaba ya por su oreja.

Mientras tanto, en otra ala del palacio, Jack Smyth se colaba en una de las habitaciones. Si el aposento no era el apropiado para un rey, ciertamente agradaría a un príncipe, e impresionó mucho al agente británico. Comenzó a registrar la habitación como un profesional, primero miró tras los enormes cortinajes de brocado, después gateó bajo la cama y husmeó en el armario. Buscaba paredes falsas y pisó con cuidado la moqueta, para ver si detectaba el cierre de alguna trampa. Los agentes estaban convencidos de que había pasadizos secretos y cámaras ocultas en el palacio, pero sólo habían logrado descubrir un túnel, y llevaba a la bodega. Smyth completó su registro en cuatro minutos. Satisfecho de que el transmisor no estuviera en la habitación, abrió la puerta unos centímetros para poder escuchar posibles pasos. Viendo que no venía nadie, salió al pasillo y se introdujo en la habitación contigua.

El espectáculo de Maskelyne avanzaba con eficiencia. Después de que Kathy hubiera colocado en su lugar la mesa del espectáculo, cubierta con un paño de terciopelo negro, derramó un botecito lleno de tinta con el que escribió un corto y dulce poema para una de las señoras de la primera fila que vestían de manera extravagante. Entonces cubrió el botecito con un pañuelo y —¡Hey, presto!— lo convirtió en una pecera con agua chispeante que incluía su brillante pez de colores. Luego, «porque ninguno de nosotros puede estar solo», lanzó el sedal al público y «cogió» un segundo pez de colores.

Hizo el truco de las sedas y siguió con una variedad de trocitos de papel. Después de cortar en largas tiras una página doble del *Egyptian Gazette*, metió los trozos en un cuenco de cristal corriente y, por arte de magia, recuperó las dos páginas. Con éstas fabricó un cilindro de papel y vertió los contenidos de la pecera, incluyendo los dos peces, y luego desenrolló el papel: estaba completamente seco, y los peces y su pecera habían desaparecido.

Casi todos los que estaban en la sala habían visto ya este truco con otros magos, aunque nada hizo que se sintieran menos entusiasmados. Maskelyne había aprendido que no son los trucos del prestidigitador los que deleitan al público sino la manera de presentados. Su punto fuerte consistía en su habilidad para actuar en el papel de mago y convencer al público de que no estaba representando meros trucos, sino más bien compartiendo con ellos secretos insólitos y místicos, y lo hacía con su célebre sonrisa amplia y su cálida mirada omnisciente. Resultaba obvio que se lo estaba pasando en grande. Otros magos podían ejecutar los trucos con mejor técnica, pero pocos

lograron dominar el escenario como él.

—Tengo en mi mano una cuerda demasiado larga —anunció, comenzando así una serie de movimientos con la cuerda.

En la segunda planta, Ike Simon estaba forzando con ganzúa una cerradura cuando, de repente, un guardia de palacio apareció por una esquina, a unos trece o catorce metros, y se dirigió hacia él. No había nada que el agente pudiera hacer salvo intentar salir del apuro con alguna argucia. Así que mientras el guardia se acercaba, continuó hurgando en la cerradura. El guardia llegó hasta él y continuó su camino. Mientras pasaba, Simon percibió el inconfundible aroma del hachís. Resultaba obvio que aquel hombre había estado fumando durante su servicio y probablemente le preocupaba más el hecho de que lo sorprendieran que cualquier extraño en un pasillo de la planta de arriba. Simon consiguió abrir la puerta y divisó un armario lleno de racionamientos británicos. Lo cerró y siguió buscando.

El rey Farouk disfrutaba del espectáculo, reaccionando como cualquier otro joven ante la representación de las maravillas de Maskelyne. Durante todo el primer acto le estuvo susurrando cosas por encima del hombro a uno de los jóvenes oficiales británicos que se encontraba entre su séquito privado, clara indicación de su interés.

Para que el Rey se preparase para su participación en el segundo acto con las cajas, Jasper bajó al público con los anillos chinos y seleccionó al Rey como espontáneo. El monarca no podía separar las anillas metálicas encadenadas ni tampoco, después de que Jasper lo hubiera hecho por él con facilidad, volver a enlazarlas. Maskelyne le pidió al Rey que volviera a intentarlo con más ahínco, cosa que hizo, produciendo un fuerte sonido metálico y, por supuesto, sin éxito. Farouk gozó del calor de las risas amables de sus invitados, retorciendo los anillos continuamente para demostrarles que también él se divertía con este anciano enigma.

Maskelyne finalizó el primer acto con un nuevo número al que había llamado «El Djinn» o «El Genio». Después de «descubrir» una lamparilla aherrumbrada en una caja de madera vacía, la frotó por uno de sus lados y emanó humo. La puso en el suelo del escenario y Kathy Lewis, vestida como un genio legendario, pareció tomar forma a partir de este reguero de humo.

Le ofreció la oportunidad de concederle tres deseos.

Él se dirigió a su público y, frunciendo el entrecejo, se quejó: «¿Sólo tres?». Cuando las risas habían decaído les pidió consejo. Gritaron al escenario una gran variedad de sugerencias, algunas de ellas provocando más risas, y por fin levantó la mano para pedir silencio.

—Riqueza —le pidió al genio.

—Ah, ésa es fácil —le respondió con una voz vivaracha, y luego hurgó en la caja vacía de la que Maskelyne había sacado la lámpara. De allí extrajo una media de seda aparentemente interminable, un verdadero tesoro en El Cairo de aquella época.

Entonces, con gran decepción, Maskelyne pidió belleza.

De nuevo, acercándose al cajón de madera aparentemente sin fondo, extrajo un

espejo que de ninguna forma podía haber estado escondido allí. Lo levantó frente a él. Maskelyne admiró su propio reflejo desde múltiples ángulos, se dio ligeros golpes en el cabello, se punteó un poco el bigote y finalmente asintió: «Ahora si vamos por buen camino». Como último deseo pidió amor.

Lewis sacó dos adorables conejos de la caja. Mientras Maskelyne los abrazaba, ella le echó un vistazo a su reloj y le dijo que tenía que irse a casa.

—Mis padres no me dejan estar fuera de la lámpara aquí en El Cairo pasadas las diez de la noche —le explicó, y pareció disolverse para volver a la lamparita humeante.

Maskelyne salió en medio de una ovación atronadora.

Durante el descanso se sirvió un refrigerio al público asistente. El tropel de oficiales británicos se reunió en torno al Rey y repitieron con júbilo su fracaso en la actuación con las anillas.

Clarke entró en la pequeña sala de vestuario de Maskelyne mientras Jasper se estaba vistiendo de oriental. Kathy Lewis había invitado oficialmente al General para eliminar sospechas.

—Todavía nada —le dijo— pero los muchachos están en ello. ¿Aún quieres intentarlo?

Maskelyne se colocó un casquete color carne en la cabeza, remetiéndolo con cuidado algunos mechones largos de su pelo oscuro.

—Sin duda.

Se dio un poco de rojo en las mejillas, ensombreció su mirada con lápiz de ojos y se dibujó con maquillaje teatral unas largas cejas elevadas.

—Sólo echaré un vistazo. Eso es todo.

—Sólo recuerda: seis minutos y fuera.

—Créeme, así lo haré —examinó de manera crítica en el espejo el estado de su maquillaje, girando, subiendo y bajando la cabeza para inspeccionar todos los ángulos. Cuando por fin estaba satisfecho, se pegó en la barbilla una larga barba blanca y un bigote manchó más bien cuadrado bajo la nariz. Completó así su transformación de jovial artista a sabio anciano chino.

El Brigadier lo ayudó con su túnica.

—Es un poco pesada, ¿no?

—Por desgracia, es necesaria —respondió Maskelyne mirándose en el espejo de pie—. La magia está en mis bolsillos.

Se estrecharon la mano.

—Buena suerte, entonces —dijo Clarke.

El segundo número fue bastante bien. Kathy Lewis experimentó algunas dificultades con un pestillo dentro de uno de los pequeños armarios durante una desaparición, pero Maskelyne hizo tiempo hasta que ella lo arregló, y el público nunca supo que había habido un problema. Después de algunos trucos menores, ejecutó de manera efectiva el número de las espadas, y su «sarcófago» tuvo una

buena acogida. Cuando se acercaba al último número con las cajas, hizo que Lewis levitara algo más de un metro sobre el escenario mientras a su alrededor hacía girar en espiral aros que demostraban que no había alambre. Aunque en la sala nadie lo sabía, el abuelo de Maskelyne fue el inventor de este truco de ilusionismo tan popular justo antes de que diera comienzo el siglo xx. El rey Farouk dirigió al animado público después de que Kathy volviese a su posición y «despertara».

El público estaba de un humor excelente cuando llegó el turno de las cajas finales. Dando algunos pasos hacia el centro del escenario, Maskelyne unió las palmas de las manos en posición de rezo e hizo una graciosa reverencia. Entonces, en el tono elevado y casi de graznido propio de un sabio anciano dijo:

—Ha sido un placer poder ejecutar esta noche para ustedes mis humildes números de ilusionismo, pero aún queda un último misterio que debo presentarles para su aprobación. Los espíritus errantes han fascinado desde hace mucho tiempo a mi pueblo —comenzó a decir, y les habló con brevedad de las investigaciones de miles de años sobre la naturaleza del alma humana. Detrás de él, su cuadrilla estaba colocando en un semicírculo ocho cajas de diferentes tamaños y formas. Estas cajas iban desde un gran baúl de bejuco hasta un minúsculo cofre de música con incrustaciones de marfil—. En los últimos meses he hecho un increíble descubrimiento —continuó Jasper— que consiste en poder transportar mi cuerpo de un lugar a otro, como les mostraré esta noche. Pero para conseguirlo, necesito la ayuda de un hombre verdaderamente honesto —y alargó su brazo a Farouk, como invitándolo—. Espero que el Rey me ayude.

El Rey apenas podía resistirse. El público lo aclamaba de camino al escenario.

Mientras que toda la atención estaba puesta en Farouk, Maskelyne miró a Clarke. El General elevó el pulgar en señal de aprobación para que continuara con la búsqueda.

Para cuando el Rey había finalizado sus reverencias, el escenario ya estaba preparado. Se le pidió a Farouk que examinara todas las cajas para que comprobara que no tenían salidas secretas, laterales falsos o cerrojos manipulados. Él inspeccionó cada una de ellas, dándole fuertes golpes y tirones a muchas, y afirmó que no había sido capaz de encontrar nada irregular. Después de que cada caja hubiera sido registrada, se le ponía una cadena alrededor y se cerraba con candado. Las llaves se iban añadiendo a un anillo metálico que sostenía Farouk.

Cuando finalizó la inspección, Kathy mostró dos pares de esposas, que el Rey examinó y consideró normales. Con un par se esposaron las manos de Maskelyne y con el otro sus pies. Entonces Farouk abrió un baúl de barco de vapor mediano, pero tuvo que intentarlo con cinco llaves antes de encontrar la correcta. Hill y Graham levantaron en peso a Maskelyne y lo introdujeron dentro del baúl. Desde el interior podía oír el ruido de las cadenas mientras las volvían a enrollar bien y el chasquido

del candado al cerrarse. Para cuando habían terminado él ya estaba listo para salir.

Kathy le preguntó al Rey si estaba seguro de que estaba bien sellado.

Farouk lo confirmó.

En un tono más alto le preguntó a Maskelyne si se encontraba bien.

Él le respondió dando tres golpes en un lateral del baúl.

En segundos se había liberado. Aunque tenía las manos atadas, los brazos estaban sueltos, así que no tuvo dificultades para levantarlos y conseguir la llave que tenía escondida bajo su barba. La mantuvo firmemente entre sus dientes y abrió las esposas que sujetaban sus muñecas, luego se encargó del segundo par. Mientras maniobraba para liberarse, podía escuchar la voz amortiguada de Kathy, que explicaba la dificultad de la transferencia humana.

—... el espíritu avanza en una dirección impredecible y al cuerpo no le queda otra opción que seguirlo —dijo ella—... así que nos resulta imposible saber en qué caja querrá entrar...

Después de recibir la señal de los tres golpes de Maskelyne, Frank Knox abrió una trampilla que había en el escenario, justo debajo del baúl. Aunque Farouk no se percató, el baúl encubría en la mitad de su fondo unas bisagras que hacían que se abriese hacia fuera gracias a un pestillo con muelle que estaba escondido dentro. Cuando Knox dio dos golpes en el fondo del baúl para avisarlo de que la trampilla estaba abierta, Maskelyne corrió el pestillo. Deslizándose fuera del baúl, se aseguró de que encajaba bien la salida del baúl y bajó por una escalera de tres peldaños hasta un pequeño hueco levemente iluminado que estaba situado bajo el escenario.

Knox aseguró la puerta tras él.

—Has marcado un *touchdown* de seis minutos.

—De acuerdo. —Maskelyne se quitó la túnica rápidamente, se puso una camiseta y unos *shorts* de ingeniero y se fue hasta la puerta. Knox apenas podía evitar reírse; Jasper estaba hecho un cuadro con su vestimenta de ingeniero y su disfraz de oriental, pero no había tiempo ni razón para hacer algo al respecto.

El guardia del corredor estaba fisgoneando el interior del teatro por la última salida de incendios que había en el pasillo. Maskelyne no tuvo ningún problema para colarse en la sala de maquinaria sin ser visto.

En el escenario, Kathy concluyó su arenga y preguntó en voz alta si el espíritu se había asentado. Knox estaba de pie junto a una marca de tiza que decía «1» y, en respuesta a su pregunta, dio tres golpes en el suelo del escenario con el palo de una escoba. Desde el público, incluso desde el escenario, los golpes parecían proceder de un pequeño baúl. Farouk y Lewis atravesaron el escenario y se dirigieron hacia él, y el Rey empezó a jugar con las llaves.

Abrió con llave el candado del baúl, apartó las cadenas y levantó la parte superior. Estaba vacío. Kathy hundió los hombros en señal de decepción, y volvió a preguntarle al espíritu que le revelara su posición. Knox, que se había desplazado hasta la marca «2» en la pequeña habitación, golpeó el suelo del escenario tres veces

más.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Kathy con un desasosiego casi creíble—. Me temo que el espíritu está incontrolable hoy. Esto va a ser más difícil de lo que imaginaba.

Kathy siguió al Rey a la segunda planta.

Maskelyne se las arregló para llegar a la zona del taller. En la primera habitación había herramientas de carpintería. Tornos, prensas y herramientas manuales descansaban en largas mesas de trabajo y en el suelo se apilaban virutas de madera, pero no había ni rastro del transmisor.

Farouk no encontró al espíritu en la segunda planta y siguió los golpes de Knox hasta la tercera, los de una maleta de cuero de gran tamaño.

Resultaba obvio que el segundo taller estaba en desuso, y Maskelyne se movió con rapidez hacia el tercero en la zona. En cuanto abrió la puerta vio una radio y, por un momento, pensó que había encontrado el transmisor. Pero entonces vio una segunda radio, y una pila de tres cadenas de radio, y se dio cuenta de que estaba en un taller de electrónica. Numerosos aparatos en diferentes estados de reparación estaban esparcidos por la mesa, en estanterías metálicas y en el suelo. Supo que tendría que examinar cada uno de ellos. ¿Qué mejor lugar que un taller de radios para esconder un transmisor?

Farouk no encontró a Maskelyne en la maleta de cuero. El público empezó a reírse con disimulo ante las payasadas del «espíritu» jugueteón, y el Rey se las arregló para mantener la sonrisa en la cara. Siguió la pista de Kathy por todo el escenario hasta el cofre de marfil.

Knox miró su reloj con nerviosismo. «Sería propio de Maskelyne llegar tarde», pensó. El hombre estaba convencido de manera irritante de que nada malo podría sucederle. Habían pasado tres minutos. Frank movió la escalera hasta el punto número 8, justo debajo del baúl estándar en que Maskelyne reaparecería en el escenario.

Maskelyne había tardado cosa de un minuto en concluir que el transmisor no estaba entre el pequeño bosque de radios. Calculó que le quedaban dos minutos, y tres habitaciones que registrar.

Farouk abrió el diminuto cofre de marfil y empezó a sonar una música tintineante. El Rey la cerró con fuerza a mitad de la melodía. Kathy se dio cuenta de que estaba empezando a sudar.

—Lo está haciendo de maravilla —le susurró, pero había empezado a preocuparse.

Maskelyne fue hasta la habitación de costura. Había pilas multicolores de tejido y prendas amontonadas en sus mesas; escarbó en cada una de ellas, con la esperanza de encontrar el transmisor escondido bajo una de aquellas montañas. No sucedió. Estimó que le quedaba un minuto.

La cara de Farouk se estaba tiñendo de un rosa pálido a medida que iba abriendo las cajas. El público se reía en alto mientras él vagaba de un lado a otro en el

escenario. Sólo quedaban dos cajas por abrir, y estaban en los dos extremos del escenario. El Rey le susurró algo a Kathy, pero ella no lo entendió. Empezó a abrir la séptima caja.

Maskelyne encontró el transmisor en la sala de imprenta. Estaba escondido detrás de una pila de cajas de papel, y no lo localizó de inmediato. Pero encontró un alambre aplastado contra el suelo y le siguió el rastro. El transmisor no tenía nada de extraordinario, tenía un micrófono conectado y encima, un par de auriculares. No sintió ningún alivio al encontrarlo. Como le había pedido Clarke, buscó por todas partes, aunque sin detenerse demasiado, un libro de códigos; pero no encontró ninguno. El tiempo se estaba acabando y tuvo que abandonar la habitación para completar su truco de ilusionismo.

Cuando Farouk vio que la séptima caja estaba vacía, comenzó a andar rápidamente en dirección a la última. No lo estaba pasando bien con su papel y quería ponerle fin.

Maskelyne se asomó al pasillo. El guardia estaba ocupado contemplando el escenario, y en un instante lo cruzó. Knox le sostenía el abrigo, y se lo puso con rapidez y estiró las manos para las esposas metálicas. El profesor fue algo patoso con el primer par, pero se las arregló para cerrarlas. Maskelyne agarró el segundo par y empezó a subir la escalera que llevaba a la caja número 8.

—Ahí no —susurró Knox, cogiéndolo por el hombro—. Es demasiado tarde para ésa.

Echó un vistazo a los números marcados con tiza, intentando recordar cuáles eran las salidas al escenario que estaban bajo las cajas grandes.

—Ésa —decidió, apuntando a la número 5.

El rey Farouk abrió la octava caja, esperando encontrarse dentro al mago en cuclillas y encadenado. Estaba vacía. Buscó por todo su contorno y le lanzó una mirada colérica a Kathy, sus ojos demandaban una respuesta.

Ella mantuvo la compostura magníficamente. Poniéndose de puntillas, echó una ojeada a la caja y frunció el ceño.

—¡Oh, Dios mío! —pensó en alto—. ¿Qué le ha pasado entonces?

El público lo entendió como parte del espectáculo, pero Farouk no lo veía así. Su cara estaba tirante. Justo en el momento en el que abrió la boca para gritarle órdenes a un guardia de palacio, un grito atenuado emergió desde dentro de una de las cajas que ya había inspeccionado.

—¡Eh! —Maskelyne gritaba—. ¡Que alguien me ayude a salir de aquí! ¡Que alguien me ayude!

El público rugió. Inseguro, Farouk volvió a abrir la caja. El mago estaba allí, hecho un ovillo, con las esposas como cuando se encerró en el baúl del barco de vapor. Hill, Robson y un burlón Graham subieron al escenario para sacarlo. El Rey le abrió las esposas que llevaba en las muñecas. Aunque puede que sospechara algún juego sucio, no dijo nada, e hizo las reverencias junto a Maskelyne y Kathy Lewis.

Durante el banquete que el Rey ofreció después del espectáculo, Jasper informó a Dudley Clarke de su descubrimiento. Poco después, el General ofreció sus educadas excusas y se marchó.

La cena fue impresionante. Tras unas rondas de cócteles se sirvieron gambas del mar Rojo recién cogidas, en una gran fuente pintada a mano, de cuatro pies de largo y dos de ancho, que representaba una escena de una anciana flota pesquera navegando hasta el puerto de Alejandría en un atardecer. Le siguieron *kebabs* de cordero anunciados por el vapor, y platos de verduras, todos ellos acompañados por gran cantidad de la debida libación.

La noche demostró que el mago no había conseguido un éxito absoluto. Dado que Farouk llevaba el uniforme militar, Maskelyne se dirigía a él como «señor». Un coronel británico bastante pesado lo llevó aparte para sugerirle que se refiriera al Rey como «Su Majestad», una sugerencia que le ofendió.

—Mire —dijo, sintiéndose un poco mareado después de aquella noche—, él es soldado y yo soy soldado, así que lo llamaré señor.

Al día siguiente el Coronel envió un informe, y añadió a su dossier personal una carta oficial de amonestación.

Aquella noche Kathy Lewis bebió más que en toda su vida. Esto le dio el valor necesario para decirle a Michael Hill que a menudo le resultaba un coñazo, aunque también era muy mono. Hill lo aceptó, respondiéndole que para ser alguien que caminaba como si estuviera intentando rascarse la nariz con el cielo, también tenía algunas cualidades atractivas. Se fueron juntos al apartamento de ella en taxi y él la besó con delicadeza antes de marcharse.

Así acabó la noche de ilusionismo.

A la mañana siguiente, el Cuartel General procedió con el descubrimiento de Maskelyne. Al alba, el Palacio Abdin ya estaba rodeado por las tropas de la Commonwealth con el equipo de combate. El corpulento embajador británico, Sir Miles Lampson, se dirigió a la entrada principal y pidió una audiencia con el jefe del personal del palacio.

Una vez dentro, Lampson le dijo al sorprendido ayudante:

—Tenemos pruebas irrefutables de que un radio transmisor que opera en estas premisas está comunicando información militar vital al enemigo. Tienen exactamente una hora para entregarnos dicho transmisor. Si esto no sucede, me temo que tendremos que tomar medidas para silenciar el transmisor. Bueno, ¿qué piensa hacer?

Durante la mañana se intercambiaron todo tipo de amenazas y contraamenazas, y se manejó un número de fechas límite que tuvieron que ampliarse, pero al final se entregó el transmisor. Entonces entró en el palacio un contingente de neozelandeses, que confiscó los equipos de comunicaciones de los talleres. Sin duda, el espía del Eje volvería a colocarlo en otra parte para seguir transmitiendo, pero al menos habían silenciado la radio en un periodo crítico justo antes del ataque.

Aunque la pérdida de esta fuente de información de confianza resultó ser un

severo golpe a la operación de inteligencia de Rommel, era sólo uno de los muchos problemas a los que tenía que enfrentarse el recién ascendido General de la División Acorazada. A pesar de sus victorias en el terreno de la batalla, la División Panzer de África había caído en la gran ironía de la guerra del desierto: el ejército tuvo que reanudar la ofensiva para proteger su dilatada línea de abastecimiento, pero al mismo tiempo no tenían el abastecimiento necesario como para apoyar un ataque así. Al contrario de los británicos, que se habían visto obligados a retroceder a sus almacenes de suministro, Rommel tuvo que hacer que le enviaran a Trípoli, en barco por el Mediterráneo, todas sus provisiones, y después recorrer las mil millas hasta el frente. Los destructores de la Armada Británica se habían hecho con el control del mar y lo habían convertido en una «piscina alemana», mientras que los bombarderos RAF y los comandos del impetuoso *Long Range Desert Group* perseguían sin descanso a los convoys. En septiembre, Hitler mandó veintisiete submarinos a la zona para proteger a los convoys de abastecimiento, y esto ayudó a aliviar la presión inmediata, pero la Armada Británica mandaba aún miles de toneladas de raciones, equipamiento y munición al fondo del Mediterráneo.

Tobruk seguía siendo la clave de la victoria para Rommel. Le atormentaba como un vaso de agua congelada fuera del alcance de un hombre cocido por el sol. Si se adueñaba de la ciudad podría conseguir que sus provisiones desembarcaran en su puerto de aguas profundas, y eliminarían la amenaza de una explosión británica que le cortara las líneas. Pero no podía atacar la fortificación hasta contar con las suficientes provisiones, y no conseguiría las provisiones hasta que atacara.

El desierto lo estaba forzando a dar su brazo a torcer. El calor sofocante, las privaciones, las moscas y otros insectos, y la presión constante del enemigo se habían cobrado un número de víctimas en su ejército. Tenían la moral baja. Miles de soldados habían sido mandados a retaguardia por sufrir disentería e ictericia infecciosa. Y les había asaltado otra desastrosa contrariedad: los hospitales temporales se habían instalado en los lechos de los ríos secos, en trincheras naturales del desierto, y se habían cubierto con tela de camuflaje para proteger a los heridos y enfermos del sol y de los bombarderos RAF; el primer gran temporal en cinco años provocó inundaciones relámpago que avanzaron en cascada por los lechos de los ríos hasta el mar, anegando e hiriendo así a decenas de tropas y destruyendo miles de toneladas de equipamiento y raciones.

Incluso los nuevos refuerzos que habían llegado en los últimos meses estaban empezando a agotarse mental y físicamente. Rommel no tenía opciones. Tobruk tenía que ser conquistada a cualquier precio. El ataque se fijó para el 21 de noviembre.

Mientras tanto, un exasperado Winston Churchill le imploraba al general Auchinleck que atacase a Rommel. Los enemigos del Primer Ministro en el gobierno criticaban su excesiva prudencia en la guerra, y sus consejeros militares le advertían que Rusia caería pronto, dejando libre a Hitler para concentrarse en los preciados campos petrolíferos de Oriente Medio. Los alemanes habían capturado a un millón de

prisioneros. En Moscú se había declarado la ley marcial, y las mujeres y los niños estaban siendo evacuados de la ciudad. El 3 de octubre el Führer se jactó ante su nación: «El enemigo ha sido eliminado y nunca más volverá a surgir». Tanto por razones estratégicas como políticas, el primer ministro Churchill necesitaba una victoria en el desierto occidental, y la necesitaba de inmediato.

El *Auk* no se atemorizó. Él era un soldado profesional y estaba seguro de lo que hacía. La operación «*Crusader*» se había planeado con todo detalle para mediados de noviembre, y no veía razones para cambiar el programa. Para ese momento el Ejército Británico estaría preparado por completo para acabar con la División Panzer de África de Rommel.

La Sección Experimental de Camuflaje de Jasper Maskelyne, la Cuadrilla Mágica, ya había hecho su parte. Un ejército de tela y cartón estaba sobre el terreno, y la red de espías de El Cairo ya había sido silenciada por un tiempo. Maskelyne nunca habló con los miembros de su grupo sobre las razones reales del espectáculo, aunque acertaron al imaginarse que tenía mucho que ver con la confrontación dramática que estaba teniendo lugar a las afueras del palacio Abdin. Sin embargo, una vez que terminaron el encargo, volvieron a sus tareas habituales, y con tristeza tuvieron que esperar, como el resto del ejército, preparados para la batalla. Una depresión tan densa como la niebla de Londres se asentó sobre estos hombres.

Al final ya no podían soportarlo más. Hill y Graham se dirigieron a la oficina Valle Mágico de Maskelyne y se plantaron frente a su mesa de trabajo. Jasper estaba ocupado tratando de solucionar parte del papeleo que se le había acumulado durante los últimos meses. Como no se dignó a mirar al dúo, quizás porque sabía el motivo de su visita, Hill dijo en voz alta: «Toc, toc».

Maskelyne captó el mensaje. Dejó el lápiz en la mesa y, recostándose sobre el respaldo de su asiento, suspiró: «A veces me encantaría poder tener una puerta».

Hill se derrumbó sobre un gran sillón y se quitó la gorra de campaña. Graham se quedó de pie, cambiado de pie con gesto incómodo.

—Los compañeros querían que habláramos contigo —dijo el carpintero.

—Bueno —interrumpió Hill—. Verás, resulta que... que... es que... —miró a Graham pidiéndole ayuda—. Nails tiene algo que decirte.

Graham miró a Hill y movió la cabeza con desesperación. Después, se volvió hacia Maskelyne y le dijo:

—Es un poco difícil, Jay. No es que los muchachos no estén contentos aquí, sí que lo están, y... pero... lo que pasa es que..., es que el ataque está a punto de empezar y yo estaba pensando que...

—Estábamos pensando —lo corrigió Hill.

—Queréis tomar parte —dijo Maskelyne con calma.

Hill dio una palmada.

—Eso es. Lo has cogido. Nosotros sólo...

Jasper lo pinchó.

—Todo eso de estar todo el tiempo sin hacer nada.

—Sí, eso.

—Nos afecta a todos —dijo Graham—. Ya sabes, es difícil... —se encogió de hombros—. Ya sabes.

Maskelyne tomó aire a pleno pulmón, y luego fue soltando un largo caudal de aliento, como si quisiera escapar del momento con una bocanada de aire.

—Lo sé. Créeme que lo sé, Nails.

También él escuchaba la llamada del desierto, pero sabía que no podía hacer nada al respecto. Le habría encantado escapar con ellos en una gran aventura, moverse por ahí de manera galante y experimentar la euforia de colocarse en la línea de fuego. Pero no era posible. Era un oficial al servicio de Su Majestad, al cargo de responsabilidades específicas. No le gustaba pero lo había aceptado. El tiempo que había pasado en Egipto le había enseñado la importancia de la estructura militar. De repente se dio cuenta de que aceptar esto era la diferencia entre el soldado y el civil en la guerra. Su transformación había sido completa.

—¿Jay? —le preguntó Graham.

Maskelyne frunció el ceño. Un instante después sus defensas se habían desmoronado, y tuvo que admitirse a sí mismo que quería largarse de allí tanto como cualquier otro hombre. Quizás más que la mayoría. Ni su célebre abuelo ni su famoso padre habían servido jamás durante un ataque, y él había vivido bajo la protección de sus armas durante demasiado tiempo. No se iba a perder esta batalla. Era un derecho que se había ganado.

—De acuerdo, veré que puedo hacer. Hacedme un favor, encontrad a Fuller y que traiga *el jeep*.

Hill respondió con un chasquido de dedos como un soldado entrenado.

Jasper observó cómo se iban. Algunas transformaciones, se dijo a sí mismo, son menos permanentes que otras.

Conseguir una misión fue mucho más fácil de lo que Maskelyne había anticipado. Los logros de la Cuadrilla le dieron acceso a los jefazos. Recordándoles algunas pequeñas deudas, haciendo un poco de presión y prometiendo futuras maravillas, la Sección Experimental de Camuflaje se adhirió de manera temporal a la 24.^a Brigada Acorazada, una unidad señuelo de Ingenieros de Infantería compuesta en exclusiva de camiones Bedford y tanques y pistolas de cartón. Su misión era atraer la atención del enemigo, y quizás incluso su disparo.

Maskelyne le ofreció a cada uno de los miembros de la Cuadrilla Mágica la oportunidad de unirse o de retirarse. No resultó sorprendente que todos quisieran ir. Frank Knox dio un salto al oír la oferta y de inmediato comenzó a lanzar estrafalarias amenazas al *Afrika Korps*. Fuller estaba agradecido por la oportunidad de poder realizar el trabajo de un soldado. Hill estaba encantado; Graham, como de costumbre,

permaneció impasible. Robson agradecía que la misión no requiriese que fueran armados. Jasper esperaba algo de dudas por parte de Townsend, pero el pintor dijo, «contad conmigo», y dejó ahí la conversación.

A la Cuadrilla Mágica se le pidió confirmación de posiciones el 14 de noviembre. Se dirigieron en camión hasta el borde del desierto para unirse al conjunto del ejército. La 24.^a Acorazada estaba ya en posición cuando ellos llegaron, equipados con treinta y cinco tanques plegables del Valle Mágico (diez de ellos de autopropulsión), veinticuatro cañones de campaña falsos con suficiente munición falsa y doce camiones Bedford. La fuerza asignada consistía en cuarenta y dos hombres, todos los voluntarios de los Ingenieros de Infantería, más la cuadrilla de Maskelyne. Las únicas armas reales del 24.^a Acorazado eran algunos rifles de infantería y las armas complementarias de los oficiales que, según el soldado Hill, «pueden sernos de ayuda si nos ataca una escuadra de patos». La misión de la unidad era dirigirse hacia el sur siguiendo una ruta por el desierto cuidadosamente trazada, «hasta que las fuerzas enemigas la divise o la ataque. En ese caso, deben retirarse de inmediato».

—Por lo pronto no es lo suficientemente rápido —dijo Robson, dibujando una sonrisa.

La mayoría de los Bedfords tenían radio, y se animaba a los conductores a que emitieran ruidos punzantes para convencer al enemigo de que había una brigada maniobrando en la zona. Para esta estratagema del 24.^a Acorazada se había diseñado todo un código de designación falso.

Además, Maskelyne había equipado el camión de la Cuadrilla Mágica para que emitiera por el desierto grandes estruendos de grabaciones de 78 revoluciones por minuto. Impresionado con Rommel —que era conocido por haber montado motores de avión en camiones remolcadores a los que enviaba sin rumbo por el desierto, para simular el trueno de una fuerza de tanques aproximándose— fijó cuatro altavoces a su Bedford y los conectó a un provocador gramófono colocado en el asiento delantero. Se haría estallar por los altavoces una grabación de tanques inmersos en la batalla, proporcionándole a la enclenque brigada el gruñido de una brigada de tanques.

El objetivo de la operación «*Crusader*» era conseguir que Rommel retrocediese hasta Libia. En especial, el VIII Ejército se dirigiría directamente hacia Tobruk, destruyendo los objetivos enemigos mientras avanzaban. En el momento oportuno, la estación militar dentro de la fortaleza los machacaría, haciendo pedazos la División Panzer de África entre los bien equipados atacantes del General Cunningham y los defensores de Tobruk. Una vez que Tobruk estuviera liberado, el VIII Ejército acosaría al enemigo hasta Cirenaica.

Para frenar las extensas divisiones de Rommel diseminadas en sus posiciones actuales tanto tiempo como fuera posible, se llevaría a cabo una serie de fintas en sus líneas de aprovisionamiento al sur. A la 24.^a Acorazada se le asignó realizar uno de

estos ataques falsos.

Para la noche del 14 de noviembre, la Cuadrilla Mágica estaba acampada en el punto de partida. Con los días, el desierto se ensuciaría con tanques de ataque, camiones, mugre y cadáveres hinchados; pero aquella noche, mientras la mayor fuerza de tanques de la historia se reunía para este ataque histórico, lo bañaba, inmaculado, una luna plateada y alta. Resultaba francamente hermoso.

La mayoría de las tropas de Cunningham nunca había pasado al ataque, y la espera resultaba difícil. Para reforzar la camaradería, los hombres se reunían en pequeños grupos alrededor de hogueras de gasolina hechas con contenedores de diecinueve litros, como siempre hacían por la noche, y así pasaban el tiempo entre sueños y mentiras. Algunos veteranos recordaban batallas pasadas, pero alardeaban poco, como si la muerte estuviera al acecho en las cercanías y pudiera enfadarse. Durante las noches en el desierto, resultaba difícil no mirar alrededor del fuego para imaginarse quién de entre aquellos hombres sería el primero en agenciarse una bala nazi en los próximos días.

La Cuadrilla Mágica se integró sin problemas en la 24.^a Acorazada y se forjaron amistades transitorias. Como muchos novatos, Hill se pasó la noche cosiéndose en el jersey un parche improvisado, verde y rojo, de las «Ratas del Desierto». Y, como era natural, se convirtió en un experto en el próximo ataque.

—Es mañana —anunció sin rodeos—. Saldremos mañana.

—Ahí está, amigo —le reprendió Leslie Ferguson, Sargento de Ingeniería—. ¡*Bukra!* —dijo invocando el término árabe para un mañana que nunca llegó.

El día 15 transcurrió sin ruido. Los hombres lo invirtieron reforzando el equipamiento, haciendo ejercicio y entrenando en equipo, visitando otras unidades, comiendo, jugando a las cartas o escribiendo cartas largas y emotivas. Los que tenían habilidades de entretenimiento hacían uso de ellas. Maskelyne y Knox, ayudados por otros miembros de la Cuadrilla, se pasaron de la raya al dar la conferencia sobre evasión con un número de trucos. Un sargento del XXX Cuerpo puso un negocio en su tienda y leía las manos, asegurándole amablemente a cada cliente una vida larga y próspera.

Conforme se iba acercando la hora de partida, un torrente de hombres y máquinas empezó a deslizarse por el desierto. Muchos de los tanques del VIII Ejército estaban camuflados con escudos solares. En pocos días habían fundado una ciudad y ya estaba establecida. Habían erigido señales de tráfico, la policía militar dirigía la circulación en intersecciones congestionadas, se formaban largas filas en los vagones de la cantina, y se corrió la voz sobre los lugares donde se podía apostar alto en el póquer y comprar cosas en el mercado negro. Se rumoreaba que un grupo de prostitutas estaba trabajando en una furgoneta alquilada, pero estas muchachas móviles siempre parecían quedar una unidad más allá de donde las buscaban los soldados.

Jack Fuller había abastecido el camión de la Cuadrilla con salchichas en lata,

leche, fruta, té y otros placeres, así que las cenas resultaban placenteras. Después, Maskelyne rasgueaba canciones conocidas en su ukelele y muchas tropas se unían entusiasmadas.

Los fuegos se fueron extinguiendo en la noche del 15 y Hill confirmó a aquéllos que quisieron escucharlo: «Mañana sin duda. Me lo ha dicho un sudafricano que tiene un primo trabajando dentro. Es mañana».

Las fuerzas estaban intactas el 16. Cuando formaron filas por la mañana, a las tropas se les leyó en voz alta la misión encomendada por el primer ministro, Winston Churchill:

Tengo orden del Rey de expresar a todos los rangos del ejército y de la RAF en el desierto occidental, y a la Flota del Mediterráneo, la confianza de Su Majestad en que cumplirán con su deber con devoción ejemplar en la batalla soberanamente importante que les aguarda. Por primera vez, las tropas británicas y las del Imperio se enfrentarán a las alemanas con un amplio equipamiento de armas modernas de todo tipo. Esta batalla afectará a todo el curso de la guerra. Ahora es el momento de asestarles el golpe más fuerte para alcanzar la victoria final, el hogar y la libertad. El Ejército del Desierto puede añadir una página a la historia, que se contará junto a Blenheim y Waterloo. Los ojos de todas las naciones están sobre vosotros. ¡Que Dios apoye al justo!

Allí, escuchando de pie las apasionadas palabras del Primer Ministro, mientras los rayos más dulces del sol arrojaban sobre la planicie del desierto las sombras de cien mil soldados, era posible, de hecho, sentirse parte de la historia. Incluso con el calor de la mañana, Maskelyne sintió cómo el frío del destino le enderezaba la espalda. Durante los días siguientes él escribiría su propia parte; era un papel que no habían jugado antes ni su padre ni su abuelo. Era un pequeño papel, pero le correspondería a él solo. Por fin, en medio de la guerra, había encontrado cierta paz.

Después de que la congregación se hubo disuelto, Hill le recordó a todo el mundo: «Os dije que hoy era la puesta en marcha. ¿No fue eso lo que os dije?».

Por la tarde, un único avión de observación alemán pasó cerca y los hombres corrieron a toda prisa a sus camiones, aunque, por lo demás, el día transcurrió lentamente y sin incidencias.

«*Crusader*» debía comenzar pronto. Los tanques y los camiones habían repostado y tenían sus estantes cargados de municiones. Las tropas cercanas explotaban por la energía nerviosa acumulada, pero sus miembros estaban sudorosos y sucios, dormir resultaba imposible y no podían contener su agitación por mucho más tiempo. Los pequeños incidentes que un día antes se habrían pasado por alto, provocaban ahora disputas acaloradas y puñetazos. Los rumores de otro retraso azotaban el desierto y añadían más ansiedad. Incluso el plácido Knox estaba a la que saltaba.

—¿Cuándo? —le preguntó a Maskelyne—. ¿A qué demonios están esperando estos locos?

—A la inspiración divina —aventuró Jasper.

Knox meneó su cabeza con desconfianza.

—Maldito Churchill.

Hill salió a dar una vuelta al anochecer y volvió con una historia disparatada sobre el ataque por sorpresa de un comando al chalé que Rommel tenía en los cuarteles generales alemanes en Beda Littoria. Los detalles eran imprecisos, pero, al parecer, el *Zorro del Desierto* había escapado sin sufrir daños. Semanas más tarde se confirmaría el rumor. El Comandante de los atacantes, el teniente coronel Keyes, murió en el primer estallido de fuego, y veintisiete de sus veintinueve hombres fueron capturados. Aunque vestían de civil, Rommel ordenó que se les tratara como prisioneros de guerra comunes, y le ofreció a Keyes un funeral militar con todos los honores. Nadie se sorprendió ante este comportamiento.

Hill también volvió con las noticias definitivas: «Mañana. Las órdenes están dadas. Uno de los muchachos del 22 los vio. Esta vez es cierto».

Pero el VIII Ejército sudó durante todo el día del 17 de noviembre en el desierto. Los oficiales empezaban a preocuparse porque sus tropas abrasadas hubieran perdido el entusiasmo por la batalla, y urgían al Cuartel General a que dieran la orden. El Ejército del Nilo se estaba marchitando en el desierto.

A las ocho horas de aquella noche, se dieron órdenes de que avanzaran. «Os lo dije», volvió a jactarse Hill. Se enrollaron los equipos del desierto y se ataron a los exteriores de los tanques, o se dejaron suspendidos en los laterales de los vehículos blindados y los camiones para añadirles protección ante las balas, y los hombres treparon hasta su interior. En una violenta tormenta el ejército traspasó la línea de ataque.

Por fin, a las seis de la mañana del 18 de noviembre, el cielo nublado se tiñó con una llamarada de un tono rojo rosado, después con una verde, y luego otra roja. Un policía militar solitario se mantuvo al frente del ejército y, como el juez de salida en una carrera, tocó el silbato y bajó su brazo derecho. Otros policías militares en la línea recibieron la señal y la repitieron, pero la hinchada ovación que surgió de las tropas ahogó sus silbidos, una ovación que se volvió tan estrepitosa que podía oírse por encima del fragor de mil motores. El VIII Ejército Británico se estaba despertando. La 7.^a Acorazada empezó a moverse hacia la batalla. La operación «*Crusader*» estaba en camino.



X

Como una legión de serpientes que se despierta de un largo sueño, el VIII Ejército emergió bajo la malla de camuflaje y se desplegó con elegancia por el desierto. La operación «*Crusader*» se había iniciado por secciones. No estaba programado que la 24.^a Acorazada partiese hasta las 8.30 de la mañana, así que los hombres se sentaron junto a sus vehículos para contemplar cómo la oleada de tanques y camiones y los portafusiles-ametralladora y los coches blindados barrían la llanura de la mañana. Era una imagen impresionante. Maskelyne irradiaba orgullo e intentó verlo todo para grabarlo en su memoria. El Imperio estaba en marcha.

Graham estaba contabilizando los treinta y dos nuevos tanques americanos Stuart —a los que los ingleses habían apodado «*Honeys*»— cuando un Rolls-Royce blindado de color amarillo rompió la línea, uno de entre aquel puñado de reliquias de la Gran Guerra que aún circulaban por el desierto.

—¿Cuántos tanques crees que hay en total? —le preguntó a Knox.

Con ellos, el desierto parecía estar cubierto de puntos. El profesor meneó la cabeza.

—Espero que los suficientes.

La 24.^a se puso en marcha como estaba programado. Siguieron el camino del desierto durante diez millas, entonces se separaron y dieron un giro hacia el sur. En unos minutos lo único que se divisaba de la principal fuerza militar era una gigante nube de polvo que ascendía hacia el cielo gris, y que incluso llegaba a instalarse en el horizonte después de un tiempo. La brigada de cartón marchaba en solitario. Después de pasar meses entre las multitudes y el clamor de El Cairo, y días acampados con el ejército, todos los miembros de la Cuadrilla sintieron bastante inquietud en medio de esta soledad repentina.

Por la mañana, una nube de polvo se dirigía hacia ellos a toda prisa, y la columna se detuvo hasta que su fuente pudo ser identificada. Se trataba tan sólo de un remolino de polvo, y se desvaneció en la distancia como si llegara tarde a una cita importante.

Los hombres intentaban disimular su nerviosismo con conversaciones triviales.

—¿Sabes lo que dijo Churchill cuando le contaron que Italia estaba en el bando de Alemania? —Graham no le preguntaba a nadie en particular—. Respondió: «¿Por

qué? Es justo al fin y al cabo. Estuvieron con nosotros la última vez».

Todos se rieron demasiado alto.

La 24.^a no mantuvo ningún contacto radiofónico durante el día, a la espera de una confirmación de que el enemigo había atacado. El código verbal no llegó. La fase inicial de «*Crusader*» fue un éxito absoluto. El esfuerzo con el camuflaje, en particular con los escudos solares, y la seguridad mejorada en las comunicaciones habían compensado. La División Panzer de África había sido cogida por sorpresa. El VIII Ejército avanzaba hacia Tobruk sin impedimentos.

A las 15.00 horas, como estaba programado, la 24.^a Acorazada se detuvo a pasar la noche y realizó su primera acampada. Unieron los tanques de cartón de la Cuadrilla Mágica y se situaron alrededor de sus camiones a la manera de un campamento sudafricano. Se desplegaron sacos de dormir para los doscientos miembros imaginarios de una fuerza hecha de lona, y al anochecer se encendieron docenas de fuegos para mantener calientes a esos hombres inexistentes. Mientras Robson se frotaba las manos frente a uno de los fuegos, señaló que habían creado los blancos nocturnos de la 24.^a. Knox le recordó que eso les correspondía a ellos.

—Como los señuelos en una cacería de patos —explicó Graham.

El profesor se rió entre dientes.

—Creo que más bien como los propios patos. Ellos nos dispararán a nosotros.

Cuando los fuegos para cocinar se extinguieron y la guardia de noche quedó asignada, Maskelyne se dio un paseo por el campamento provisional y comprobó a sus hombres. Fuller se marchaba a dormir, agarrotado por el paseo a camello durante un camino de maleza repleto de baches, pero lleno de entusiasmo. Había esperado durante toda su carrera la oportunidad de pasar al terreno de la acción y ahora estaba saboreando cada momento. Knox y Graham estaban sentados, con la espalda apoyada en el parachoques de un Bedford, y contemplando el millón de estrellas de aquella noche, especulando sobre los progresos del primer día. El profesor sentía su rodilla algo inestable y, la arena del desierto le había provocado a Nails rasguños en el ojo derecho, pero ninguno de los dos se quejaba. Maskelyne mordía el extremo de su pipa apagada y durante un rato estuvo hablando afablemente sobre asuntos mundanos; luego se marchó.

Mientras caminaba entre sus hombres oyó susurros que se movían entre la brisa de la noche, y en la oscuridad canturreaba un perro medio salvaje, pero, por lo demás, el único sonido era el crujido de sus botas al pisar la dura arena.

Hill no tenía ganas de dormir y quería continuar charlando, así que le hizo numerosas preguntas a Maskelyne sobre su carrera sobre el escenario. Escuchaba con el silencio propio de un niño cómo Jasper le describía la noche de su primera aparición en escena, en un espectáculo a petición real en el Teatro Palace, decorado con un millón de rosas, y entonces le contó la historia de aquel ruso de la nobleza que le ofreció una fortuna para que hiciese desaparecer a su mujer para siempre. Con un placer inocente, Hill dejó escapar de su estómago una risotada. Los dos hombres no

tenían nada en común, pero en aquel lugar y en aquel momento, la guerra los había hecho amigos y lo seguirían siendo mientras siguieran juntos en el servicio. Con el tiempo, el joven soldado le preguntó a Maskelyne sobre su «verdadera» opinión de Kathy Lewis, y Jasper respondió:

—Creo que es estupenda.

—¿Cree que es atractiva?

—Si no lo creyera, sería el único hombre de El Cairo con esa opinión.

Eso le interesó a Hill.

—¿De verdad?

—Totalmente. ¿Por qué? ¿Qué piensas de ella?

—Me gusta lo normal, supongo. Nada especial. —Hill hizo una pausa y pensó en lo que había dicho, y entonces repitió—: Nada especial.

Antes de que Hill pudiera hacerle más preguntas sobre Kathy, Maskelyne le dio unos golpecitos en el hombro y se marchó, dejándolo con el regalo de una chica joven y guapa con la que soñar.

Townsend estaba sentado solo junto a un fuego que ardía sin llama, lanzando piedrecitas a las cenizas con despreocupación, perdido en un recuerdo.

—¿Te importa si me siento?

Townsend no elevó la mirada.

—Levanta algo de arena.

Maskelyne se sentó, plegando las piernas sobre su pecho y rodea dolas con sus largos y musculosos brazos. La arena irradiaba aún el calor del día y los depredadores de la noche no habían aparecido todavía. Los dos hombres permanecieron sentados en un incómodo silencio durante un raro, mirando a las ascuas, y entonces Maskelyne le espetó de manera inesperada: «Me aterroriza el fuego, ¿sabes?».

El pintor no calibró la inmensidad de una declaración así.

—¿Nunca te dijo tu madre que mantiene el corazón caliente?

—No —dijo Jasper suavemente— nunca he oído ese dicho.

Recogió un puñado de piedrecitas calientes y comenzó a arrojarlas a la oscuridad con el dedo índice. ¿Por qué le había hecho esa repentina confesión a Townsend, un hombre al que apenas conocía?, se preguntó. Quizás, al abrirse a Townsend, Jasper pensó, el pintor se le revelaría a cambio. Pero era más probable que simplemente se debiera a una necesidad de sacar algo de sí mismo, y pensaba que Townsend era un buen guardián de secretos oscuros.

Townsend apenas le prestaba atención. Miraba hacia el pasado, tratando de recordar el aspecto de su esposa el día de su boda. Podía visualizar su vestido de novia, blanco con un cuello de encaje y los bordes del cinturón fruncidos, incluso podía oír su risa, pero, por más que lo intentaba, no podía representar su cara.

Maskelyne mató de un manotazo una mosca que tenía en el brazo. Los insectos estaban empezando a salir de sus madrigueras en la arena.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Ah, sí, tranquilo —dijo Townsend con amargura, y entonces se corrigió—. Sí, estoy bien.

Maskelyne hizo un intento por iniciar una conversación ligera, pero el pintor no le dio una réplica, con lo que Jasper se sintió como un intruso.

—Bien —dijo por fin, poniéndose de pie y desperezándose—. Intenta dormir un poco. Es posible que mañana nos toque una dura jornada.

Townsend levantó la mirada. Los bordes de su boca comenzaron a esbozar media sonrisa, pero se contuvo.

—Gracias por intentarlo —le dijo—. Eres un buen tipo.

Maskelyne volvió a su saco de dormir con paso enérgico.

La 24.^a Acorazada levantó el campamento antes de que amaneciera. Los camiones continuaron rumbo al sur, dejando un rastro de basura, con la esperanza de que fuera descubierto por el enemigo, deteniéndose cada pocas horas, como tenían planeado, para montar un despliegue de tanques. La vigilancia aérea del sector no informaba de un solo rastro de *Jerry*. La ausencia de contacto estaba provocando una irritación generalizada.

—De acuerdo, Jay —dijo Knox, tratando de provocar al mago y así aliviar la tensión—. ¿Qué harías con ellos?

Al final de la mañana llegaron noticias del camión que lideraba la expedición: el VIII Ejército avanzaba hacia Tobruk sin encontrar serias oposiciones. Era como si el desierto se hubiese abierto en dos y se hubiera tragado al ejército de Rommel. Los hombres de la 24.^a escrutaron el horizonte como observarían el cuchillo de un carnicero que se cierne sobre ellos. La ausencia de Rommel resultaba, de alguna forma, más amenazante que su presencia. Los paisajes inocentes adoptaron formas terribles. Las sombras naturales velaban toda clase de amenazas. El silencio se hizo cada vez más sonoro.

De hecho, la División Panzer de África no estaba en absoluto escondida. El enemigo había sido cogido por completa sorpresa. Rommel estaba tan convencido de que Auchinleck no lanzaría su ofensiva hasta diciembre que había volado hasta Roma para celebrar su 50 cumpleaños con su mujer, y luego se había entretenido en Atenas antes de regresar.

Su Sección de Inteligencia, muy a menudo eficiente, le había informado de que el desierto estaba en calma. Los fragmentos de las noticias recibidas desde El Cairo resultaban confusos y contradictorios. Temporales coléricos habían convertido los campos aéreos de la Luftwaffe en pantanos, con lo que la mayoría de los aviones permanecían ahora encallados, y los pocos de observación que habían conseguido despegar no informaron de ninguna actividad anormal por parte del enemigo.

En la mañana del 18 de noviembre, a su vuelta a Libia, Rommel recibió la bienvenida con informes poco precisos sobre los movimientos británicos. Se le comunicaba el progreso de algunos vehículos blindados que avanzaban hacia Tobruk, y se habían interceptado transmisiones de radio entrecortadas, pero descartó la

importancia de todo esto, considerándolo meros datos de rastreo. No llevó a cabo ninguna acción para contraatacar la amenaza, en cambio, se dedicó a concentrar sus esfuerzos en preparar su ofensiva contra Tobruk.

El ataque llegó por fin el 19 de noviembre. La 22.^a Brigada Acorazada pasó por encima de la División Ariete italiana y comenzó a sacudirla. Al sureste de esta batalla, la 4.^a Brigada Acorazada del general Alec Gatehouse fue atacada por la 21.^a División Panzer y recibió un vapuleo. Pero la 7.^a encontró escasa oposición y llegó a diez millas de Tobruk antes de acampar para pasar la noche. Y el 6.^o Real Regimiento de Tanques invadió el importante aeródromo de Sidi Rezegh, haciendo añicos diecinueve aviones que estaban en tierra, pasando por encima de sus colas.

La solitaria 24.^a Acorazada (de cartón) recibió noticias de las acciones al finalizar el día.

—Están en marcha —les informó Maskelyne a la Cuadrilla—. La 22.^a ha sido alcanzada.

Pero a su alrededor el desierto continuaba vacío y amenazante.

Las confrontaciones iniciales de «*Crusader*» eran imprecisas. La 22.^a había perdido cuarenta tanques, algunos de ellos causaron baja debido a problemas mecánicos, mientras que en el caso de los italianos fueron veinticuatro. La 4.^a Acorazada había recibido duros golpes, y como resultado, perdió sesenta de sus tanques en la lucha.

Esa noche Rommel se dio cuenta de que se trataba del comienzo del principal empuje de Auchinleck, quizás convencido por las Noticias Nacionales de las 21.00 de la BBC, en las que informaban: «El VIII Ejército, con una fuerza de setenta y cinco mil hombres excelentemente armados y equipados ha dado comienzo a la ofensiva general en el desierto occidental con el objetivo de destruir las fuerzas germano-italianas en África». Rommel empezó entonces a reunir a sus tropas motorizadas en una fuerza cohesionada. Sin embargo, le entorpecía aún el hecho de no tener información completa y fue incapaz de determinar dónde se encontraba el corazón de la fuerza atacante.

Auchinleck estaba también confuso por la disposición de las fuerzas, indicándole a Churchill: «Parece que el enemigo fue sorprendido y que desconocía la inminencia y el alcance de nuestro golpe. Las indicaciones... nos dicen que no trata de retirarse de la zona Bardia/Sollum. Hasta lo que sabemos, el área que han alcanzado hoy nuestras tropas acorazadas no parece decir que continúen con la batalla. Personalmente estoy contento con la situación».

La 24.^a se pasó el día resoplando por el desierto con los altavoces dando grandes estruendos y colocaron los tanques falsos en posición de ataque, pero no efectuaron contacto con el enemigo. Después de que menguara la ola inicial de exaltación sobre las noticias de la batalla, Maskelyne se descubrió contemplando los tanques de lona, dando tumbos por el desierto, y se sintió increíblemente deprimido. De repente, toda aquella estratagema le parecía ridícula. Los mejores ejércitos de la historia se

encontraban a unos pocos cientos de millas destrozando acorazados, y él estaba atascado en medio de un teatrillo militar. Sintió la dolorosa desesperación del intérprete que actúa frente a un teatro sin público.

Ajustó la mandíbula y clavó la mirada en lo que tenía al frente; durante un largo tiempo no dijo una palabra.

Una vez que resultó obvio que Rommel había percibido la magnitud de la ofensiva, todos imaginaban que harían volver sin armas a la unidad de señuelo que estaba en el sur. Pero el Cuartel General, con la idea de confundir a *Jerry* durante algún tiempo más, le ordenó «proceder con vuestro objetivo», es decir, que debían quedarse en la zona para seguir levantando polvo.

La 24.^a volvió a desplegar los sacos de dormir por segunda noche consecutiva sin establecer contacto. Fuller cocinó para la Cuadrilla. Tras cortar un bidón vacío de gasolina alemana en dos, llenó el fondo hasta la mitad con arena, lo roció con gasolina y le prendió fuego. Entonces llenó la mitad superior con agua y la colocó sobre el fuego. El hervor le quitó el gusto a gasolina y así pudo utilizar esta parte de arriba como cazo. La cena consistió en guiso del desierto: una mezcla de carne de ternera en conserva (carne de vaca argentina enlatada), cebollas, patatas, una lata de sopa, algunas verduras y un punto de salsa Worcester. Hill preparó un cubo con bebidas: ginebra, zumo de lima y agua.

Maskelyne compartió su mesa individual de madera con Knox. Se estaba levantando viento en el desierto, así que se encorvaban sobre sus latas mientras comían, tratando de evitar, sin éxito, que la arena cayese en la comida. Después de comer en silencio durante un rato, Knox mencionó con amabilidad que el guiso no estaba extraordinariamente horrible.

Después de mordisquear un trozo de carne arenosa durante un rato, Maskelyne dejó de morderla y se la tragó en pequeñas porciones insípidas.

—Decente —dijo.

El profesor lo miró por encima de la montura de sus gafas.

—No eres el único al que le ha tocado, ¿sabes?

Maskelyne fingió no saber de lo que hablaba.

—¿A qué te refieres?

—Sabes exactamente a lo que me refiero. Toda esta salida al campo. Con tanques de lona, pistolas de cartón. Es una colección impresionante de nada, ¿verdad? La lucha real está tan cerca que podemos oír al maldito desierto rugiendo y nosotros aquí, jugando con juguetes.

Jasper forzó una débil sonrisa.

—Deprimente, ¿verdad?

—Joder, y tanto —suspiró Knox—. Yo soy el tipo que se supone que debe apreciar el valor de un señuelo mejor que cualquier otro. Quizás lo hago, pero ¡qué locura!, también es cierto que no es demasiado divertido desempeñar un papel así.

La paz se había asentado en el campamento por la noche. Los grupos de soldados

se habían reunido en torno a pequeños fuegos. Un cabo estaba intentando en vano sintonizar una radio que no hacía más que crujir, pero aparte de esto era un momento de calma.

—¿Crees que ellos también lo sienten? —se preguntó Jasper.

—Cada uno de ellos. ¿Qué te hace pensar que eres tan especial? Ellos se sienten igual de olvidados, igual de excluidos. Hill no era el único que quería probar una experiencia así, acuérdate.

—Es verdad. —Maskelyne levantó su cantimplora frente al profesor—. Por días mejores.

Knox la golpeó con la suya.

—Por días mejores.

Para la mañana del 20 de noviembre, Rommel se dio cuenta de que la amenaza más inmediata a su posición era que Tobruk fuera liberado, proporcionándoles a los británicos la posibilidad de reabastecerse en la frontera. Para evitarlo, comenzó a agrupar a su ejército en la zona.

Las fintas que le hicieron en sus líneas de abastecimiento al sur habían sido marginalmente efectivas. La División Panzer de África parecía algo confusa con el ejército simulado, pero se recuperó pronto y se preparó para la batalla en Tobruk.

La 24.^a Acorazada no conocía ninguno de estos detalles estratégicos, sin embargo, se pasó el día entero deambulando por el desierto en busca del enemigo.

—Justo igual que *Jerry* —se quejó Graham— que sólo aparece cuando nadie le llama.

—Quizás tengan a su propio mago —sugirió Robson— y ha hecho invisible a todo el ejército.

Establecieron el primer contacto durante el descanso para el té de la mañana. La fila se había detenido para repostar y preparar el té cuando divisaron a un árabe en lo alto de una duna que los estaba observando a una distancia de unas noventa yardas. El árabe llevaba las riendas de un camello inquieto y parecía estar solo. No hizo nada salvo permanecer firme y vigilar el campo.

Hill le devolvió la mirada fija durante un rato, y después decidió hacer algo. Avisó a Graham y a Fuller, «mirad esto», les dijo, y plantó en la arena una de las cargas de bombas falsas de la Cuadrilla, y luego encendió el fusible. Aparte de sus dos acompañantes, nadie era consciente de esta broma.

La bomba provocó la explosión de un chorro de arena de seis pies de altura.

En el campo explotó la acción. Las latas desordenadas empezaron a volar, el té lo había salpicado todo, se agarraban los cascos mientras los hombres corrían como los escoceses al olor del dinero. Se zambulleron bajo los camiones y escondieron sus cabezas bajo la arena mientras esperaban que cayera más fuego de artillería.

El árabe luchó por controlar al camello, que pretendía dar una estampida, y

consiguiendo por fin deslizarse de alguna manera hacia la parte de atrás, se escabulló al galope.

No pasó nada. Al principio Hill pensó que esta confusión era históricamente divertida, pero detuvo su risa al darse cuenta de que él era el auténtico responsable. Cuando la histeria hubo desaparecido, reunió el valor suficiente para gritar en medio de aquel calor pegajoso de la mañana: «Lo siento chicos, me temo que ha sido un error».

Nadie se movió.

Hill se adentró hasta el centro del campamento.

—Acabo de cargarme una de nuestras maquetas —vociferó, volviéndose para que todos pudieran oírlo—. Sólo intentaba intimidar a ese árabe.

Lentamente los hombres salieron a gatas de sus escondrijos. Uno de los soldados ingenieros, que tenía la cara cubierta por una capa de arena blanca, le gritó: «¡Maldito chiflado!» y se dirigió hacia él para atacarlo, pero otros dos soldados lo detuvieron. Una vez que terminó toda aquella confusión y que pasaron los momentos de enfado, algunos soldados comenzaron a reírse de lo absurdo de la situación, y, al final, todo el mundo se unió.

Atacaron al soldado Hill. Lo cogieron entre unos cuantos, lo pusieron boca abajo y le quitaron el uniforme, y luego le dieron un buen baño de arena. Para cuando lo dejaron libre estaba tan lleno de arena, que una semana de duchas no conseguiría quitársela toda. Hasta Maskelyne y Knox se unieron, arrojándole puñados de arena mientras Hill recibía su merecido. A favor de Mike Hill había que decir que interpretaba bien su papel, luchando con la suficiente fuerza, pero sin exagerar, y riéndose de buena gana ante su castigo. Para cuando la 24.^a Acorazada llegó al campamento la tensión se había evaporado.

A las 14.30 se les ordenó que volvieran a El Cairo. Doblaron sus tanques y comenzaron la larga vuelta a casa. Sólo durante este viaje de retorno se le comunicó que la ofensiva de «*Crusader*» estaba teniendo problemas.

La apuesta del general Auchinleck de que su expedición a Tobruk tentaría a la armada fragmentaria de Rommel para arrojarle a la batalla había fracasado. Por el contrario, las unidades de tanques alemanes mantuvieron su integridad y forzaron al VIII Ejército a abandonar su programa. Ambos bandos perdieron las furgonetas de comunicación al principio de la lucha y no podían establecer ningún contacto con los cuarteles generales de la retaguardia. Los oficiales tuvieron que improvisar sobre el campo sin un conocimiento adecuado del destacamento de los hombres del enemigo. La victoria dependía del liderazgo, la fortaleza y la buena fortuna.

La batalla de Tobruk comenzó al amanecer del 21, antes de lo que se había programado en un principio. El teniente general Scobie, de la 70.^a División, que esperaba encontrarse las divisiones de tanques alemanes que los rodeaban destruidas o con serios daños, tuvo que hacer frente a una dura oposición insospechada. Después de una dura lucha, la 70.^a se adelantó con un vértice de 4000 yardas cuadradas.

Cuando esta dura lucha tenía lugar en los alrededores de Tobruk, se estaba desarrollando a la par, cerca del campo aéreo de Sidi Rezegh, la principal batalla armada de la ofensiva. Mientras las tropas de ambos ejércitos maniobraban a ciegas buscando posición, se estaba formando un increíble sándwich militar de cinco capas, con una espesura de treinta millas. La guarnición militar de Tobruk, de espaldas al Mediterráneo, era la capa inferior. La unión de una fuerza Ítalo-alemana, la segunda capa, se extendía por toda la extensión del perímetro. En medio de toda esta disposición, la 7.^a Acorazada estaba atacando simultáneamente la fuerza italo-alemana por el norte mientras que intentaban batir a los tanques alemanes del general Crüwell por el sur. A su vez, Crüwell estaba siendo atacado por la retaguardia por la 4.^a y 22.^a Acorazadas.

La lucha fue colérica durante todo el 22 de noviembre y en ocasiones se volvió tan encarnizada que el campo de batalla del desierto estaba completamente oscurecido por el humo de los cañones y los tanques en llamas. Durante la tarde, la 4.^a Acorazada se apresuró para apoyar a la 22.^a, pero fue forzado a permanecer en espera sin ofrecer ayuda porque no podía distinguir a los combatientes.

Esa misma noche, la 15.^a División Panzer, que buscaba elementos de la 21.^a, chocó de repente y de manera accidental con la 4.^a Acorazada, que estaba preparando su campamento circular. La 15.^a División Panzer encendió las luces delanteras y atacó el campamento, causando tantos destrozos a la 4.^a Acorazada como para que al día siguiente no pudiera volver a la batalla.

El día después amaneció con una espesa e inusual niebla matutina que se cernía sobre el desierto. El 23 de noviembre, domingo, era día de conmemoración alemán, *Totensonntag*, el Día de los Difuntos. Cuando se levantó la niebla, la 15.^a División Panzer atacó al V Regimiento de Infantería sudafricana, que contaba con un transporte y abastecimiento con escasas defensas. La 5.^a División Panzer corrió a toda prisa para unirse a la masacre, y, para el anochecer, el Quinto Regimiento sudafricano había dejado de existir. De sus 5700 tropas, 3400 habían sido aniquiladas, heridas o capturadas, y todo el equipamiento estaba perdido.

Los informes sobre este desastre hicieron añicos la ya debilitada resolución del general Cunningham, que empezó a considerar una retirada a escala completa para salvar así al VIII Ejército. Auchinleck voló hasta el frente para participar en una reunión de emergencia.

El *Auk* no había perdido la confianza. Aunque su ejército había sufrido graves pérdidas, sabía que también Rommel había recibido un duro golpe en el curso de la prolongada batalla. Y mientras que un nuevo grupo de tanques británicos se encaminaba hacia el frente, estaba seguro de que Rommel no podría recibir refuerzos. En respuesta a la petición de rumbo de Cunningham, le ordenó con osadía: «Continuaréis atacando al enemigo sin descanso, usando todos vuestros recursos hasta el último tanque».

La 24.^a Acorazada (de cartón) llegó a El Cairo a mitad de la tarde. Algunos de los

ingenieros habían sido infectados por picaduras de insectos y tenían heridas abiertas con pus, uno de los oficiales militares sufría dolorosas quemaduras y otro se había doblado la espalda mientras sacaba a un camión hundido en arena blanda, pero, por lo demás, la unidad estaba sana y salva. La fila se apartó del desierto, se unió al atasco habitual de la tarde y tuvo que hacerse paso a través de la ciudad. Knox decidió que se trataba de un golpe de suerte: «Se hará de noche antes de que volvamos al Valle», explicó, «y no habrá nadie que nos vea colarnos».

De hecho, la Cuadrilla Mágica llegó al Valle Mágico antes de que anocheciera. Una masa de egipcios pobres y enfermos se hacinaba en torno a la puerta principal y gemían para conseguir ayuda, pero el a menudo compasivo Fuller aceleró motores y pasó de largo con un rugido a una velocidad peligrosa.

Alguien había colgado una sábana en la entrada a la sala de estar, y en ella podía leerse en letras rojas: «¡Bienvenidos a Casa, Combatientes de la 24.ª!»». La Cuadrilla se bajó del camión y pasaron bajo la sábana. Hill, que iba el quinto en la fila, consiguió alcanzarla y la descolgó.

Algunos de los trabajadores civiles de la fábrica observaron al desalentado grupo mientras descargaba. Al ver cómo el mensaje de bienvenida se desplomaba, uno de ellos dijo: «Pobres tipos. Lo deben haber pasado muy mal ahí fuera».

Maskelyne les pidió a sus hombres que se presentaran una vez que hubieran descansado. «Tenemos cosas que hacer por aquí», dijo con tanto vigor como le era posible, pero ni siquiera él podía pensar en qué tipo de trabajo tenían que realizar exactamente. Los hombres se retiraron a sus cuarteles para echar una buena cabezada.

Cuando se despertaron a la mañana siguiente les aguardaban terribles noticias. Con su don habitual para lo inesperado, Rommel estaba dirigiendo sus últimos noventa tanques en una violenta carrera hacia su meta, la frontera egipcia. Una vez que se colocó detrás de la Acorazada de Auchinleck, albergaba la intención de arruinar las comunicaciones británicas y las líneas de abastecimiento, para atacar después a la infantería desprotegida. Este descarado ataque a través de las líneas británicas causó pánico entre las unidades de ayuda. Las compañías de abastecimiento y administración en la retaguardia abandonaron sus posiciones sin esperar órdenes, originando un caos total. Las comunicaciones se cortaron y los cuarteles generales perdieron el control del ejército. Las unidades huían en todas las direcciones. Se corrió el rumor de que las tropas alemanas, usando uniformes británicos, se habían infiltrado en las filas del VIII Ejército y hacían correr la voz de que las tropas alemanas se habían infiltrado en los diferentes grados. Al final del día la situación era tan desesperadamente confusa que el XIII Cuerpo luchó durante un breve tiempo contra sus fuerzas amigas. Un policía militar británico que se encontraba en una encrucijada del desierto se dio cuenta de que estaba dirigiendo tráfico alemán. Al final de la tarde, la 7.ª Acorazada estaba recogiendo provisiones en el extremo sur de un depósito mientras que las tropas enemigas lo llenaban por el extremo norte.

Los comandantes estaban tan mezclados como sus tropas. Casi capturan al general Cunningham mientras visitaba al XXX Cuerpo, bombardearon su avión cuando estaba realizando el despegue. El coche del personal de Rommel se averió y consiguió que lo llevaran junto al general Crüwell en un vehículo blindado británico capturado. El conductor se perdió y los condujo a un campo británico, donde los generales estaban pasando tranquilamente la noche.

En El Cairo, el comando británico intentaba mantener un frente tranquilo. Maskelyne recibió una invitación para jugar al golf en Gezira, pero la rechazó. Los partidos de polo tuvieron lugar tal y como estaban programados.

Para el 25, la poderosa fuerza de Rommel bombardeó quince millas en Egipto. Un desanimado Cunningham estaba listo para abandonar la «*Crusader*» y prepararse para defender el Valle del Nilo.

El *Auk* permanecía con firmeza, resistiéndose a que esta ráfaga audaz lo intimidara por la retaguardia. «Rommel», le dijo a su personal, «está intentando arrasar en todas las direcciones para distraernos de nuestro objetivo, que es destruirlo por completo. No nos distraerán y él será destruido... Está haciendo esfuerzos desesperados, pero no llegará muy lejos. Esa columna de tanques simplemente no puede conseguir provisiones. Estoy seguro de ello».

Auchinleck tenía toda la razón. El 26 de noviembre los *panzer* tuvieron que retirarse a Bardia para repostar combustible y conseguir provisiones. Por otra parte, la ausencia de Rommel de su cuartel general en la retaguardia mientras lideraba este heroico ataque había causado problemas severos en el mando, y el resto de su ejército estaba atascado en el desierto.

El *Auk* resolvió sus propios problemas de dirección en el momento en que Rommel comenzó a retirarse, sustituyendo a Cunningham por el general mayor Neil M. Ritchie, un asistente del jefe de personal poco conocido. Cunningham ingresó en un hospital de El Cairo aquejado de agotamiento mental y físico. Con 44 años, Ritchie era el general más joven del ejército británico, pero no había dirigido tropas en más de veinte años. De hecho, Auchinleck se estaba haciendo cargo personalmente del ataque en la operación «*Crusader*». Pero incluso antes de que se realizaran estos cambios de personal, el contraataque de los alemanes se había quedado atascado, y la disponibilidad de provisiones estaba empezando a inclinar la batalla en favor del VIII Ejército.

Durante la noche del 26 de noviembre, mientras la Acorazada de Rommel estaba repostando combustible, la División del XIII Cuerpo de Nueva Zelanda salió apresuradamente de Tobruk y se unió a los del VIII Ejército en las colinas de El-Duda. El comandante general Godwin-Austen del XIII Cuerpo le informó por señales a Auchinleck sobre las noticias de la exitosa huida: «El pasillo hasta Tobruk está libre y protegido. Tobruk no está ni la mitad de aliviada que yo».

Pero en diciembre el control del desierto occidental seguía estando en duda. Aunque le superaban en número, casi cuatro por cada uno de sus tanques, Rommel

invirtió sus limitados recursos con brillantez y fue capaz de combatir una fuerza mucho más grande en términos iguales. «Qué diferencia hay entre vuestros dos tanques y el que tengo yo», le sermoneó a un oficial británico capturado, «si los extendéis y me permitís que los haga añicos».

El 1 de diciembre su maltratado ejército pudo reimponer sus líneas de bloqueo alrededor de Tobruk.

En «Columnas Grises» tenían por fin una guerra a la antigua en la que luchar. Hasta la operación, la guerra en el desierto había sido una fastidiosa serie de batallas titánicas seguidas de largos periodos de refuerzo y reabastecimiento. Los jefazos habían pasado por momentos difíciles intentando encontrarle el pulso a la cruzada. Pero ahora *Jerry* se mantenía firme y apareció listo para luchar hasta el final. Aquí, por fin, llegaba una batalla con la que un oficial entendido en historia podía sentirse cómodo.

Los residentes de El Cairo se familiarizaron con la idea de que «*Crusader*» continuaría durante un tiempo y comenzaron a fusionarla en sus vidas diarias. Se convirtió en costumbre escuchar por la mañana, antes de ir a la oficina, las noticias de la noche anterior sobre la guerra, y se hacían también pausas regulares durante la jornada para ponerse al día de los informes que se daban a cada hora. La bolsa se estabilizó. Los precios de los restaurantes subieron ligeramente, pero no había escasez de carne de vaca de primera ni de alcohol, y el funcionamiento en los mercados de alimento se detuvo. La temporada social de otoño se reanudó.

La mayoría de los europeos dejó hechas las maletas, pero muchos las alejaron de la puerta delantera y las guardaron en los armarios.

Maskelyne se encontró de nuevo buscando un proyecto para la Cuadrilla, pero los oficiales de rango de la ciudad estaban ocupados con la «*Crusader*», y, por tanto, no disponibles para él. Los talleres del Valle continuaron produciendo el equipo de simulacro, pero la mayor parte se dejó en el patio a la intemperie. Con la ristra de soldados recién entrenados, las nuevas armas y tanques que venían de Gran Bretaña, las maquetas ya no serían necesarias. Los días del ejército fantasma parecían haber acabado.

—Hicimos un buen trabajo —declaró Knox—. Ni siquiera sabían que veníamos. Hill se rió amargamente entre dientes.

—Demonios, profesor, ni siquiera sabían que estábamos allí.

—Me refiero a los escudos solares, Michael —le corrigió Frank con suavidad.

De hecho, la Cuadrilla Mágica había contribuido sustancialmente al éxito de la «*Crusader*». Sus escudos solares habían ayudado a esconder de la vista de los observadores de Rommel la existencia de una fuerza armada masiva, lo que le permitió al VIII Ejército causar una sorpresa total, mientras los simulacros de artillería y soldados inflaban las líneas británicas. Sin embargo, de alguna manera,

nada de esto hizo que los hombres de la Cuadrilla Mágica de Maskelyne se sintieran de nuevo como parte de la acción.

Junto a la dificultad que experimentaba la Cuadrilla en el reajuste a la vida normal de la ciudad, estaba también la falta de rutina a la que poder volver. Como les había prometido Knox cuando los reclutó, la Sección Experimental de Camuflaje nunca había tenido una estructura formal. Habían trabajado largos días y noches cuando había trabajo que hacer, y tenían descanso y recreo cuando lo acababan. Pero con dos grandes fuerzas armadas merodeando en los alrededores de Tobruk, no había proyectos que requirieran sus capacidades únicas. Ningún general o almirante se pasaba por allí para ver en qué estaban metidos. El tiempo se cernía sobre el Valle Mágico como una ola de calor en pleno verano, y hacía que los hombres se revolcaran en la depresión.

Las siguientes semanas en el desierto fueron las más difíciles para Maskelyne. En su mente, había alcanzado su meta original: había demostrado que las técnicas de magia en el escenario se podían adaptar al campo de combate. Pero sentía que en realidad no había logrado nada. Había fallado en su esfuerzo por despegarse de las sombras de la familia. En vez de hacerse un nombre propio, se sentía condenado ser recordado como una extravagante nota a pie de página de la historia: un mago que finge en la guerra. Al final, las armas eran la única diferencia.

Para subir sus ánimos, y los de sus hombres, organizó un cocktail en el Valle el domingo por la tarde. Entre los invitados estaban sus ingenieros favoritos, Kathy Lewis, Geoffrey Barkas, Dudley Clarke, algunos hombres de la Sección Mecánica que se habían quedado atrás cuando la unidad avanzó, y algunos amigos de la Cuadrilla. Los camufladores Jack Keefer y Donald Kingsley, graduados de la escuela Buckley de Farnham, bajaron de Alejandría, y Tony Ayerton, que acababa de construir un completo aeródromo falso en el desierto, se presentó con un grupo de gente que trabajaba con él. Había, en total, unas treinta y cinco personas en la fiesta. El único que no apareció fue Phil Townsend, cosa que no sorprendió nadie, y no se le echó de menos.

Aunque se había planeado como algo para subir la moral, se convirtió en una celebración. Antes del amanecer de aquella mañana, Rommel, que era incapaz de respaldar correctamente a sus tropas en Tobruk, había comenzado una retirada escenificada hacia El Gazala.

El asedio de ocho meses por fin había concluido. Un objetivo principal de la «*Crusader*» había sido alcanzado.

La música del gramófono era elevada, las señoras, encantadoras, el alcohol, abundante. Durante esta tarde, por lo menos, todos estaban libres de preocupaciones. Se descubrió que Fuller podía aún sostener el vaso a pesar de haber mantenido una pugna memorable con uno de los muchachos de Ayerton para ver quién se bebía más cervezas de un golpe. Knox reveló un talento hasta entonces insospechado para llamar a los pájaros salvajes. Incluso Hill Robson, el dibujante, que se había soltado

convenientemente, contó algunas historias subidas de tono cuando le llegó su turno. Todos bailaron como salvajes.

Townsend llegó cuando la fiesta casi había acabado. Cuando apareció, con el rostro ceniciento, se tomó dos tragos rápidos y se colocó en un rincón a mirar con ojos vidriosos a los que bailaban. Knox lo vio allí solo y le llevó una jarra de cerveza de malta.

El artista no se tomó la cerveza.

—Los americanos están con nosotros —dijo con una voz atontada.

—¿Qué? —gritó Frank.

Era imposible oírlo con el ruido. Exactamente con el mismo tono suave, Townsend se lo repitió.

—Los americanos están con nosotros.

—¿Quién qué?

—América —dijo Townsend un poco más fuerte, pero con calma—. Está en la guerra.

Un grupo que estaba cerca lo oyó por casualidad e inmediatamente pusieron en él toda su atención.

—¿Quién qué? —preguntó uno de ellos.

—Los japoneses han bombardeado la flota americana de Filipinas esta mañana. Van a realizar una invasión. Roosevelt lo hará oficial mañana, pero están con nosotros.

Las noticias sacudieron la habitación como un golpe de Joe Louis. Se desconectó el enchufe del gramófono y Jo Stafford gritó para que todo el mundo parase. Se reunieron todos en torno a Townsend y lo abrumaron para obtener detalles, pero, más allá de unos cuantos hechos, no tenía nada más que decirles. Alguien encendió una radio justo a tiempo para llegar al final de un breve comunicado que se repetiría durante toda la noche. Se mencionaron daños severos.

La habitación se quedó momentáneamente en silencio mientras se digerían las alarmantes noticias, entonces un runrún cada vez mayor se transformó en algarabía. Los alemanes tendrían que estar realmente preparados si Estados Unidos entraba en la guerra. Los hombres se estrecharon la mano y se dieron palmaditas en la espalda, como si hubieran metido personalmente a América en esta guerra. Se hicieron brindis por Roosevelt y Churchill, incluso por Stalin, cuyos ejércitos rusos se habían aprovechado del salvaje clima invernal para detener la guerra relámpago alemana. Había especulaciones sobre un frente europeo que se abriría en pocos meses. Los nazis caerían ante los ejércitos combinados de los EE. UU. y la Commonwealth, igual que había pasado con Kaiser. ¡Los yanquis estaban de vuelta!

La celebración se extendió como un rugido en la noche, y más tarde, mientras los juerguistas dormían, visiones de soldados y tanques campeaban por sus sueños. La severidad del ataque japonés sólo se entendió por completo algunos días más tarde. La América que entraba en guerra era un león sin garras. Su Armada había sido

golpeada en Pearl Harbor. Su ejército estaba asombrosamente desprevenido. Sus Fuerzas Aéreas eran casi obsoletas. Pero el Imperio ya no estaba solo, y eso fue suficiente para inspirar una confianza renovada.

Durante la semana siguiente se publicaron páginas y páginas a un ritmo frenético mientras los oficiales apuraban hasta el máximo sus esfuerzos. El Cairo parecía aún más caótico de lo que era habitual, mientras tanto, todos aguardaban con expectación cierta evidencia de la entrada de la poderosa América en la guerra; pero, aparte de una manifestación organizada por los Hermanos Musulmanes, no sucedió nada fuera de lo común. El comienzo de la semana había sido agitado por los pocos y preciados americanos que había en la ciudad, pues no llegaron los suficientes como para satisfacer a todos los locales que querían mostrar su gratitud agasajando a un yanqui. Recibieron fiestas y brindis y pudieron saborear todos los placeres de El Cairo sin tener que soltar un céntimo. Pero para el viernes, el entusiasmo por la entrada de los Estados Unidos en la guerra dio paso a un resentimiento generalizado. ¿Dónde estaba América cuando la operación fue realmente dura? ¡No era típico de ellos unirse a la batalla cuando ya casi estaba ganada! Para el final de la semana, los americanos que estaban en la ciudad estaban pagando el precio más alto por una copa, una cena o una mujer, y todos habían vuelto a centrarse en la guerra del desierto. Puede que vinieran los yanquis, pero no merecía la pena retrasar la batalla por ellos.

El 25 de diciembre, el VIII Ejército reanudó la ofensiva «*Crusader*». Ritchie envió su fuerza principal directamente a la fuerte línea defensiva de Rommel, mandando al mismo tiempo a una brigada acorazada para circundar su flanco meridional, y así cortar la ruta de escape de la División Panzer de África. Los alemanes se retiraron a regañadientes, a cambio de un precio sangriento que pagaron los británicos por cada paso sin valor en la arena del desierto.

La persistencia de Auchinleck había resultado en victoria. Se habían destruido trescientos tanques enemigos, 33 000 soldados fueron capturados, se liberó Tobruk y se había obligado a Rommel a que retrocediese de nuevo al lugar desde donde había comenzado la batalla casi un año antes. El VIII Ejército había sufrido pérdidas sustanciales, pero tenían facilidad para conseguir reemplazos de hombres y equipamiento. Por primera vez desde la llegada de Rommel a África del Norte, los británicos controlaban el desierto. El siguiente paso de la «*Crusader*» sería la destrucción final del enemigo.

Pero para Maskelyne y su Cuadrilla Mágica, la batalla, quizás la guerra, había concluido. Como los administrativos de abastecimiento, los WAAF y los oficiales de edad avanzada, estaban forzados a seguir la batalla por periódicos y la radio.

«Fue un gran espectáculo, ¿verdad?», le dijo Knox mientras se sentaba con Maskelyne en la oficina de Jasper, tratando de sacarlo de su abatimiento. Su conversación se deslizó cómodamente en el pasado reciente, y recordaron con gran placer los buenos tiempos que habían compartido: la mirada de asombro en la cara de Lord Gort cuando descubrió el palo de escoba de Maskelyne apuntando a su barriga,

la exuberancia adolescente de Mike Hill cuando los bombarderos de la Luftwaffe, el Ejército de Aviación alemana, viraron hacia el simulacro de la bahía de Maryüt, la vergüenza de Barkas ante las legendarias colecciones de Patrullas Dung. Knox le recordó a Maskelyne el día que Townsend se perdió en el laberinto del depósito de salvamento, y Jasper recordó la gloriosa tarde lluviosa en que Fuller y Graham, demostrándoles a los altos mandos que dos hombres podían levantar en peso y sin dificultad el tanque falso, lo levantaron y descubrieron a un suboficial que estaba desnudo, unido a un WAAF que tampoco llevaba nada de ropa.

Andando el tiempo, llegaron al futuro, y su risa se desvaneció. «Si podemos mantenernos juntos en esto tan sólo un poco más, algo vendrá para nosotros», dijo fervientemente Maskelyne, «lo sé».

Knox no estaba en absoluto de acuerdo. Tenía el convencimiento de que la Armada, igual que un elefante africano, tenía ahora demasiada potencia de tiro real como para preocuparse por los engaños. Pero le dio el gusto a Maskelyne, porque creía que ése era el trabajo de un amigo, y se acurrucaron como hace mucho en Farnham e intentaron maquinar un plan.

Como pronto demostraron los acontecimientos, el profesor Knox estaba equivocado. La Cuadrilla Mágica estaba a punto de comenzar de nuevo su espectáculo a petición del público. En noviembre, los submarinos alemanes habían hundido el portaviones Ark Royal y el barco de guerra Barham. El 10 de diciembre, los aviones japoneses hundieron el barco de guerra Príncipe de Gales y el crucero Repulse. El 19 de diciembre, cuando la flota mediterránea del almirante Andrew Cunningham se tambaleaba aún por las pérdidas, la Fuerza K de Malta pisó un campo de minas mientras perseguía a un convoy italiano. El crucero Neptuno y el cazasubmarinos Kandahar se fueron a pique, y los cruceros Aurora y Penélope sufrieron grandes daños. Esa misma noche, tres cuadrillas italianas, submarinos enanos, se colaron entre las minas de defensa del puerto de Alejandría, ocultos tras un cazasubmarinos. Una vez dentro, seis hombres ranas adhirieron explosivos sincronizados al casco del acorazado Queen Elisabeth y al petrolero Sagona y colocaron otra bomba sincronizada en el lecho marino, bajo el acorazado Valiant. Tres horas más tarde el puerto hizo erupción. Sagona fue destruido. Queen Elisabeth y Valiant sedimentaron en los bajos fondos, aunque la mayoría de sus cubiertas permanecían sobre el nivel del mar. Ambos acorazados estarían fuera de servicio durante algunos meses.

Solamente ocho semanas antes, la Armada británica había estado controlando el Mediterráneo, atacando con impunidad convoyes alemanes e italianos, privando a Rommel de las provisiones que necesitaba desesperadamente. De pronto, la situación se había invertido. La maltratada flota británica ya no podía seguir manteniendo su fuerza restrictiva ni tampoco proporcionarle seguridad a los convoyes. Las tan necesitadas provisiones para la División Panzer de África comenzaron a abrirse paso a través de Libia. La aviación alemana renovó sus ataques contra Malta, la base naval

más importante de Gran Bretaña en el Mediterráneo y pieza clave de la defensa de Auchinleck.

El almirante Cunningham necesitaba una armada nueva. La Cuadrilla Mágica volvía a la acción.



XI

El día de Navidad de 1941 fue deprimente. El sol brillaba tanto como el diamante de una reina, y El Cairo estaba envuelto en el dulce aroma de las flores; todos los hoteles elegantes servían excelentes cenas ociosas y las fiestas no tenían fin. En las celebraciones, los europeos sonreían mostrando un bronceado acrecentado por el contraste con sus dientes y se desternillaban hasta que les dolía el estómago y compartían brindis sinceros pero, sobre todo, anhelaban estar de vuelta en casa, con el frío del invierno, alimentando un fuego navideño chisporroteante, colgando las bolas en estúpidos árboles de Navidad, atareados con un fregadero repleto de platos sucios, y confortados por voces familiares.

La Cuadrilla compartió una cena especial en el Valle, compuesta por «*Pomelo à la Volturmo*» y «*Dindon roit au Salerno*», con «*Papas au Termoil*», «*Petits pois au Shepherds*», «*Saucissons au Foggia*» y «*Salsa sans origino*». Estuvo acompañada por «*Pudín de Navidad a lo asilo*». Llegaron los licores de frutas. «¡Lo siento por vosotros!», resolvió Hill, que les dijo que se trataba de «la mejor cena de Navidad que he tenido este año».

Después de la comida Maskelyne y Knox llevaron la voz cantante en las canciones que se entonaban en grupo por Navidad. Se encendieron puros por ser día de fiesta, ofrecieron un rezo solemne por la salvación de los hombres en la batalla, y pronto la habitación se quedó vacía.

Maskelyne se fue hacia Comunicaciones e intentó hacer una llamada corta a Mary, pero resultó imposible. A comienzos del día le había escrito una larga carta, llena de recuerdos de las últimas Navidades, en la que le decía cuánto la amaba y la echaba de menos.

Este es un día difícil para todos nosotros aquí (le escribió), y espero que termine pronto. ¡Si pudiera hacer girar a la tierra sobre su eje para acelerar las horas! Siempre te echo de menos, pero hoy el dolor es más intenso.

Shepherds ha puesto un árbol enorme en la terraza y le ha colgado crepé, y suena música de Navidad de unas gaitas que tocan bajo el sol. A los gitanos parece gustarle, pero a la mayoría de los ingleses nos deprime terriblemente.

No se parece mucho a otras navidades que hayamos compartido, ¿verdad? Bien, tengo toda mi confianza en que San Nicolás se habrá portado bien con todos. Por favor, dile a los niños que los echo de menos y que los quiero.

Había enviado un precioso traje de seda y varios juguetes a finales de noviembre, pero albergaba pocas esperanzas de que su paquete hubiera llegado.

Jasper sabía que Mary convertiría el día en algo tan ocupado y bullicioso como le fuera posible. Si cerraba los ojos y respiraba profundamente, podía oler el pavo asado. También sabía que gran parte de su día lo pasaría pensando en él.

La nueva misión era el mejor regalo que cualquiera del Cuadrilla pudiera recibir aquellas navidades. Había un espíritu renovado en la voz de Maskelyne que se desplegó en su exposición del día siguiente.

—Tanto el Queen Elisabeth y como el Valiant están sumergidos, pero las quillas permanecen uniformes y se ha disimulado gran parte del daño. *Jerry* sabe que están deteriorados, pero no hasta qué punto. Tan pronto como se dé cuenta de que van a estar fuera de servicio por un tiempo, va a intentar llevarse todos los barcos de provisiones que encuentre al paso para conducirlos hasta Rommel. Antes de que eso suceda, el almirante Cunningham quiere que le demos a Rommel algo en lo que pensar. De hecho, lo que en realidad tenía en mente —se detuvo brevemente, creando el suficiente silencio como para provocar suspense— era una flota de submarinos.

Graham suspiró en voz alta.

—Y yo que me preocupaba por momentos. Pensé que nos iba a pedir algo más difícil.

Con la mayoría de los buques de guerra de la flota mediterránea de Gran Bretaña deteriorados o requeridos en otra parte, el almirante Andrew Browne Cunningham estaba obligado a confiar en sus submarinos para cerrar la ruta de abastecimiento alemana a Libia. Las labores de rastreo de la aviación alemana lo complicaron todo, pues contabilizaban los submarinos que había en su zona cada dos horas, lo que permitía que la inteligencia de Rommel controlase cada llegada o salida. Esta información disminuyó sustancialmente la eficiencia de la flota submarina. Cunningham intentó contrarrestar este hecho sustituyendo los falsos submarinos por naves verdaderas cuando navegaban, permitiendo así que sus submarinos pasaran desapercibidos cuando se marchaban del puerto. Impresionado por los tanques falsos de la Cuadrilla Mágica, solicitó submarinos flotantes de cartón, a escala real, que pudieran plegarse y cargarse en camiones de cinco toneladas, para así poder mandarlos a alguna otra parte en pocas horas.

La Cuadrilla comenzó la asignación con una desventaja significativa: ninguno de ellos había visto jamás un submarino de verdad. «De hecho, vi uno una vez —confesó Fuller— en Southampton, hace aproximadamente diez años. Pero era de noche».

El personal de Cunningham le proporcionó modelos de alto secreto, y guardias armados para proteger los planos. Según estas disposiciones, cada submarino falso mediría 258 pies desde la proa a la popa y tendría una altura de 27 pies desde la línea de flotación hasta el extremo de la torre. Tendría que estar equipado con un arma en la cubierta, anclas, cadenas, barandal y todos sus rasgos identificativos.

—Más el periscopio —recordó Hill en voz alta a todos—. No he visto nunca un submarino sin periscopio.

—Tú nunca has visto un submarino —le recordó Knox.

Mientras el VIII Ejército de Auchinleck perseguía sin descanso por el desierto a Rommel, ampliando otra vez de manera peligrosa su línea de abastecimiento, la Cuadrilla Mágica se puso manos a la obra con una tarea aparentemente imposible.

—Los submarinos de mentira no son tan diferentes de los tanques falsos —insistió Maskelyne—, sólo más grandes. Las técnicas de construcción son básicamente las mismas. Conseguiremos algunos ejes de madera, fabricaremos un armazón, le fijaremos algo de lona... todo lo que necesitamos para empezar es algo lo bastante grande como para que sirva de base para trabajar en la parte de arriba.

—¿Qué te parece un submarino verdadero? —le sugirió Robson.

La Cuadrilla comenzó a buscar algo grande, inútil y disponible por el Valle del Nilo. Para entonces, todos ellos se habían acostumbrado a explorar lugares inusuales en busca de objetos imposibles. Estaban habituados a hacer preguntas ridículas sin poder ofrecer respuestas sensatas a la gente que se preguntaba en qué andaban metidos. Y estaban también acostumbrados a ver cómo los árabes señalaban sus frentes y trazaban con el dedo pequeños círculos, expresión universal de la locura.

—Recordad —dijo Maskelyne después del primer día sin resultados—, no tiene porqué flotar. Podemos aparejarle algunos barriles por debajo.

Más tarde, Knox le recordó que no tenían barriles. Se agregaron barriles a la lista de la compra.

El tercer día, un empresario egipcio que se acordó de una búsqueda anterior de la Cuadrilla le ofreció a Graham cientos de libras de excremento de camello. Pero no encontraron nada que sirviera de base para la cubierta y la torre del submarino.

Pasaron dos días más. Los objetos que estaban disponibles para la Cuadrilla no eran lo bastante grandes, y las pocas cosas que sí lo eran no estaban disponibles. Los restos de metal estaban muy demandados para la reparación de tanques y aviones auténticos. Los cascos de barcos ya se estaban utilizando para los chasis de los tanques simulados. Incluso los armazones retorcidos de los aviones que habían quedado hechos pedazos los reciclaban unos mecánicos que obraban milagros en la Fuerza Aérea del Desierto. Los cascos de los tanques consumidos por el fuego estaban disponibles, pero pesaban toneladas.

—Sería como poner un terrón de plomo en el té —señaló Graham—. Lo único que conseguirían todos nuestros submarinos simulados es hundirse.

Fuller descubrió por fin la solución en un basurero de chatarra.

—Estaba en el tranvía intentando pensar en el problema —explicó con el mayor entusiasmo que había mostrado jamás ante cualquiera de ellos— pero el jodido tren hacía tal estrépito que resultaba imposible pensar en nada. Entonces nos dirigimos con nuestros chirridos a esa terrible esquina de Bab el Luq y las ruedas sonaban como si me estuvieran gritando. Los vagones ferroviarios serían una buena solución.

Maskelyne le dio la razón en lo de los vagones ferroviarios, pero le recordó al pintor que en El Cairo ya se abusaba de los tranvías.

—Los egipcios no los sustituyen nunca y no podemos llegar y simplemente llevarnos unos pocos.

Dudó por un momento y volvió la mirada a Mike Hill.

—¿Podemos?

Antes de que el soldado pudiera contestar, Jasper despejó su mente de este tipo de pensamientos y se respondió a su propia pregunta.

—No, por supuesto que no.

—De hecho, eso no resulta un problema —dijo Fuller, sonriendo abiertamente—. Cerca de la estación hay un puto terreno lleno de coches-cama oxidados. Parece que se construyeron para el Transporte Ferroviario Trans-Árabe, y para cuando llegaron aquí, Lawrence había hecho destruir todo el transporte en pedazos. No le sirve a nadie salvo a nosotros.

Había dieciocho coches-cama en total. Como dijo Fuller, se los habían encargado a Inglaterra al final del siglo XIX para recorrer las 883 millas de raíles que unían el Imperio otomano del sultán Abdul-Hamid II. La línea se había completado en 1908 y su principal objetivo era llevar a los musulmanes a la ciudad santa de la Meca. Después de diez años de exitoso funcionamiento, comenzó la Primera Guerra Mundial. T. E. Lawrence y sus bandas árabes atacaban la línea de vía única con regularidad y la dejaban fuera de servicio. Los coches-cama habían sido fabricados para encajar en una estrecha entrevía y no podían ser utilizados en otro lugar. Aunque los árabes sin hogar acampaban de vez en cuando en su interior, los coches terminaron olvidados en un carril cementerio durante el periodo de entre guerras. Fuller tenía toda la razón. No eran útiles como vagones ferroviarios, pero servirían como buenos submarinos. Así fue cómo los restos oxidados del sueño de un sultán se convirtieron en la base de la flota de la Cuadrilla Mágica.

La oficina del almirante Cunningham compró todo el lote, supuestamente como desechos metálicos, e hizo que una unidad de recuperación transportara uno de ellos al Valle Mágico. El coche-cama oxidado reposaba de forma ridícula sobre la arena cocida, en un rincón del área de almacén, mientras la Cuadrilla planeaba su transformación. En una ocasión, dos décadas y una guerra antes, el coche había sido hermoso y brillante, símbolo de la nueva tecnología que prometía domesticar el desierto. En vez de eso, sus caras ventanas deslizantes y los maravillosos ventiladores del techo, sus puertas de metal y los asientos forrados habían sido destrozados brutalmente, y quedaba un gigante armazón que fracturar en aquel desierto. Los últimos remanentes de su pasado, unos mimbres de letras árabes pintadas con maestría, apenas permanecían visibles bajo capas decadentes.

—Parece tan desamparado —dijo Knox con tristeza.

Robson intentó imaginarse el vagón en todo su esplendor original.

—Sólo piensa en el aspecto que debía haber tenido para cualquier miembro

supersticioso de una tribu, así, salido de repente, de ninguna parte, emitiendo su humo negro. Debió haber sido algo tremendo.

Hill lo expuso bastante bien en perspectiva.

—Me imagino que más o menos como ver a un camello con tres jorobas dando zancadas por la plaza de Trafalgar.

Después de discutir varios conceptos con Graham y con algunos de los hombres de la Sección Mecánica, Maskelyne decidió construir un marco de madera alrededor del vagón del ferrocarril en el que anclar las vigas necesarias con bisagras. El marco fue diseñado para que se pudiera retirar del coche-cama flotante, plegarlo por completo y poder enviarlo al puerto siguiente, y así desplegarlo allí de nuevo y encajarlo sobre un vagón idéntico. Los trabajos de ajustado y soldado de vigas y cañerías se realizarían directamente en el marco, y se estiraría lona pintada sobre él. «El artefacto podía plegarse por completo en algunos minutos», afirmó Maskelyne mientras mostraba a la Cuadrilla sus bosquejos aproximados y evaluaba especulaciones sobre el submarino falso.

—Los lados se extienden hacia fuera como las alas de una polilla y se pueden sacar de su posición o empujar hacia atrás contra el marco para su fácil transporte. La torre del submarino no es nada más que lona estirada sobre una disposición de varillas flexibles y siete anillos de madera en circunferencias decrecientes. Se levanta hasta su posición con poleas y trabadas en su lugar con clavijas. Los anillos funcionarán como encuadre para la lona, pero también se pueden comprimir uno dentro de otro hasta quedar casi planos. Podemos utilizar lona pintada para el armazón de la cubierta y cuerdas para las cadenas. Un ancla de cartón debería ser suficiente como para impresionar a *Jerry*. Ahora, ¿quién tiene preguntas?

Fuller hizo la única que importaba.

—¿Flotará?

Maskelyne se encogió de hombros.

—No tengo la más mínima idea.

Graham hizo un modelo a escala a partir de los planos y algunos días más tarde la Cuadrilla se reunió alrededor de un tanque de agua que se había instalado en la sala de estar mientras se preparaba para lanzarlo. El modelo del vagón de ferrocarril se había diseñado sobre la cubierta de una coraza de bomba. «Recordad», advirtió el carpintero, «no tiene por qué moverse en absoluto. Sólo tiene que mantenerse a flote». Lo colocó con delicadeza en el agua y lo mantuvo en alto durante algunos segundos, después comenzó a temblar. De repente, se dio la vuelta como una tortuga. Flotó al revés durante algunos segundos más, y entonces se deslizó con gracia hasta el fondo del tanque.

—Parece un poco demasiado pesado —observó Knox.

Maskelyne volvió a su mesa de dibujo. Mientras tanto, el almirante Cunningham presionaba a la Cuadrilla para que construyeran los submarinos simulados. La inteligencia alemana estaba localizando con éxito su pequeña flota submarina,

haciendo que fuera extremadamente peligroso abandonar el puerto. La línea de abastecimiento a Trípoli del eje mediterráneo había sido restablecida y Rommel estaba recibiendo otra vez material de guerra. El 5 de enero entró un gran convoy italiano que llevaba cincuenta y cuatro tanques y toneladas de gasolina. De nuevo, el equilibrio de poder en el desierto había cambiado de lado. La División Panzer de África había sido empujada dentro del área de sus almacenes de abastecimiento, mientras que las líneas del VIII Ejército se extendían ahora a través de Cirenaica. Las tropas de Auchinleck no habían sido capaces de dar el golpe de gracia que había previsto y el herido *Zorro del Desierto*, con sus nuevos tanques, era más peligroso que nunca.

Para el 16 de enero el Cuadrilla había solucionado los problemas de flotación, al menos en el tanque, y había construido un prototipo para inspección y pruebas. Mientras el almirante Cunningham y su personal observaban de pie en la zona de almacenaje del Valle, se colocó el artilugio sobre el vagón del ferrocarril. Cuando estaba en posición firme, Fuller y Graham desplegaron las alas laterales. Entonces Hill y Knox comenzaron a tirar con fuerza de las cuerdas de la polea, y, como una bandera que se eleva en su asta, la torre del submarino se levantó en su lugar. Maskelyne se agarró las manos por la espalda y cruzó los dedos mientras los voluminosos palillos y la lona pintada se transformaban en una réplica del mismo tamaño de un submarino británico en cuestión de minutos.

—¡Hey, presto! —susurró.

Cunningham se giró hacia él.

—Este es un buen espectáculo, Maskelyne —le dijo con frialdad, pero obviamente complacido—. Asumo que flotará ¿no?

Maskelyne evitó una respuesta directa.

—Lo espero tanto como usted, señor.

Para lanzarlo, transportaron la maqueta a una playa que tenía fuerte vigilancia en el mar Rojo, al sur de Suez. La Cuadrilla viajó al lugar bajo órdenes estrictas de mantener secreto absoluto sobre el barco de lona.

—Nadie debe saber nada sobre esto —les dijo Cunningham personalmente—. Quiero decir nadie.

El lanzamiento se programó para el 19 de enero. Resultó ser un día propicio. Esa tarde el VIII Ejército tomó por fin el paso de Halfaya.

En el crepúsculo, la Cuadrilla instaló la maqueta. Desde la línea de flotación hasta el extremo de su periscopio de madera, el submarino de lona, cinta, cuerda y varillas tenía un aspecto absolutamente realista, si se observaba desde una distancia respetable, por supuesto. Pero bajo su línea de flotación parecía sufrir una especie de plaga de enormes percebes como lapas. Unos barriles de petróleo negro, rellenos de arena para proporcionar flotabilidad, se habían amarrado juntos y se aseguraron en la

parte frontal y posterior del coche-cama, y se habían colgado de la quilla unas grandes rocas para añadir estabilidad.

Hill se había traído una botella de un vino italiano decente para la botadura. La maqueta había recibido el nombre de *H. M. S. Hopeful*, principalmente porque la Cuadrilla esperaba que permaneciera a flote. Como guardián del vino, Hill se nominó a sí mismo para bautizar la nave. En un tono elevado y orgulloso, dijo:

—Nombre a este... —vaciló, incapaz de encontrar una descripción exacta.

—Barco —le sopló Robson. Hill se encogió de hombros.

—De acuerdo. Nombre a este barco, nave de Su Majestad, o algo así, *Hopeful*, y todos nosotros tenemos realmente esperanzas de que nos ayude.

Como no se atrevía a romper la botella contra la maqueta, en su lugar le sacó el corcho con los dientes y salpicó un poco la lona, entonces dio un largo trago antes de pasarla a los demás.

Ayudado por una motora de la Armada británica, pudieron empujar y tirar al agua al *Hopeful*, maldiciéndolo mientras resbalaba por la rampa engrasada hacia el tranquilo mar. En la playa, la Cuadrilla lo contemplaba deslizándose hacia los bajos, como si fueran un grupo de padres nerviosos que entregan al mundo a su virginal hija. El *Hopeful* se inclinó hacia adelante y amenazó con hundirse, pero consiguió enderezarse. Entonces, mientras todos contenían la respiración, comenzó a tambalearse hacia ambos lados y se inclinó con torpeza hacia estribor, pero volvió a enderezarse y se movió de forma algo precaria por el mar Rojo.

—Míralo —dijo Graham—. Este hijo de perra sabe flotar.

—Tranquilo —le advirtió Knox—, dale algo de tiempo para que se habitúe.

Una leve brisa onduló la cubierta de lona y la hizo temblar levemente, pero aguantó. «Tendremos que fijarla con puntillas», dijo Maskelyne en tono crítico, como si discutiera sobre la longitud del dobladillo de una falda. La pequeña ola creada por la motora llegó hasta la maqueta, y le pasó por debajo, antes de avanzar lentamente hasta la playa, donde se perdería en la arena. El *Hopeful* se meció delicadamente, emitiendo sus quejas con chirridos de madera, pero se mantuvo estable.

Maskelyne trasladó la botadura para que se desplazara un poco más lejos de la orilla, y la maqueta se lanzó hacia aguas más profundas. El contraste de su silueta con el cielo de colores pastel era similar al de una verdadera nave de este tipo. «Es magnífica», determinó Fuller. Maskelyne ya tenía la satisfacción de que la maqueta pasaría la inspección alemana. Los equipos de pintura de Townsend habían realizado un espléndido trabajo.

Reacio, el grupo la abandonó en la noche.

—Estará bien —le aseguró Knox a cada uno de ellos mientras subía a su camión de tres toneladas, pero los hombres lo acataron como el típico discurso optimista de Frank.

Con la primera luz ya estaban de vuelta en la playa. El *Hopeful* se había hundido algunos pies en el agua, y las balsas de barriles de aceite, que la noche antes apenas

rompían en la superficie, ya no podían verse. El submarino de lona parecía estar jugando en confianza con las ligeras olas, levantándose y descendiendo con ellas, agarrándose a su ancla de manga.

—Os lo dije —exclamó un aliviado Frank Knox—. Os dije que estaría bien.

Los miembros de la Cuadrilla se quitaron las camisas y las botas, y pasaron la mañana tomando el sol en la playa, aguardando la llegada de un equipo de inspección de la oficina del almirante Cunningham.

—Esto es vida —dijo Graham—. El sol del Mediterráneo pegándose en nuestros cuerpos, la playa...

—Y ni una sola jodida muchacha a cien millas a la redonda a la que merezca la pena mirar —suspiró Hill.

Poco después de las diez, un mensajero del mando del área de Ismailia se aproximó con gran estruendo hasta las barricadas de seguridad a las afueras de la playa con órdenes más que urgentes de que Maskelyne se presentara en el cuartel general local de inmediato.

—Me imagino que el Comandante querrá verlo por sí mismo —supuso mientras se abotonaba la camisa y con presteza se arreglaba su brillante pelo negro.

No fue así. Lo que quería saber exactamente era qué había puesto Maskelyne en el agua.

Jasper se plantó ante él con un gesto de asombro en su cara que había ensayado con esmero. Cunningham le había dicho expresamente que la existencia del *Hopeful* no se le revelaría a nadie. El programa de operaciones militares con submarinos dependía por entero de su secreto.

—No tengo nada en el agua —le mintió.

—Sí que lo tiene —le replicó el General—. Y yo debo saber de qué se trata.

—No, señor. No hay nada de nada.

—Estamos en el mismo lado, ¿sabe? Me lo puede contar.

—Ya lo sé, señor, pero, créame, no tengo nada allí.

El Comandante frunció el ceño. Entonces, con una voz firme, le advirtió:

—No se quede parado ahí mintiéndome, Maskelyne. Éste no es uno de sus espectáculos de magia en Piccadilly. Le aseguro que, si no me está diciendo la verdad, tomaré medidas punitivas tajantes. Ahora se lo volveré a preguntar, ¿tiene un submarino en el agua?

—No tengo ningún submarino.

El General meneó la cabeza y le ordenó a Maskelyne que se sentara.

—Mire aquí —continuó en un tono conciliador—, siento ser tan duro, pero he estado recibiendo informes de la RAF, que me comunican que han divisado un submarino no identificado a las afueras de la playa al sur de Suez. La Armada dice que no tiene ninguna nave en la zona. Así que he pensado que su presencia aquí puede tener algo que ver con eso. Tenía que cerciorarme de que no es así antes de tomar cualquier medida —alargó el brazo en su mesa y alcanzó el teléfono. Mientras

lo levantaba, le dijo algo más—. No querría arruinarle uno de nuestros barcos, ¿entiende?

Maskelyne se sentó con la boca cerrada. Sabía muy bien que las órdenes de un almirante eran serias. El General habló por teléfono.

—Con el Comando de Señales Aéreas, por favor. Es un buen compañero mío... —mientras esperaba, tapó el teléfono con la mano y le dijo a Maskelyne—: Entonces debe ser un intruso, aunque no se me ocurre qué puede estar haciendo en estas aguas. Problemas de la batería, tal vez. Nos encargaremos de él con la suficiente rapidez. Tengo un escuadrón bombardeando y dos cazasubmarinos que se dirigen hacia allí a toda prisa para abortar la posibilidad de que escape.

Maskelyne pensó que si el General estaba fanfarroneando era un buen actor. De repente se encontró haciendo frente al dilema que creaba ante su público en el teatro: no se creía de verdad al General, pero su incredulidad no era lo bastante fuerte como para compensar su miedo a las consecuencias si se equivocaba.

—¿Archie? Soy Malcolm. Lo siento, pero no consigo ninguna interpretación de ese submarino. Parece que no es uno de los nuestros, así que es mejor que procedas...

—Es mío, General —dijo Maskelyne con claridad.

El Comandante lo miró.

—Archie, espera un momento, ¿de acuerdo? —puso el teléfono sobre la mesa—. ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Creo que es mejor que contactemos con la oficina de almirante Cunningham.

El lío se deshizo rápidamente y se canceló la misión de bombardeo. Esa tarde el Comandante de área recibió una nota de Cunningham que decía: «SENTIMOS EL MALENTENDIDO PERO MASKELYNE Y OTRAS OPERACIONES TENDRÁN LUGAR EN SU ÁREA».

Aunque el viaje virginal del *Hopeful* resultó ser el éxito de unos inexpertos, Knox descubrió un serio defecto antes de que fuera puesto en servicio.

—No deja ningún rastro —dijo después de comparar una serie de fotografías aéreas de la maqueta con interesantes fotos de submarinos verdaderos en sus deslizamientos.

—Es un barco —contestó Nails—, los barcos no dejan rastro.

—Es evidente que lo dejan cuando están atracados.

Cuando un submarino está anclado, explicó Knox, crea una suave estela que adquiere la forma de dos finos regueros blancos que fluyen alrededor de su casco y más allá de la popa. El *Hopeful* no dejaba ninguna estela. El profesor solucionó el problema después de un día de experimentación, suspendiendo de la proa cuatro barriles de cuarenta y cuatro galones de cal. Se perforó un agujero del tamaño de un pulgar en cada uno de ellos, y las filtraciones de cal reprodujeron la estela. La marea controló su flujo.

Después de que el *Hopeful* hubiera pasado la inspección de Cunningham, los talleres del Valle Mágico se pusieron a trabajar en el resto de la flota de lona. Las maquetas de 258 pies de largo se usaron primero en la base naval de Beirut, Líbano, y

más tarde en otros puertos durante toda la guerra, siendo sustituidos por submarinos reales cuando salían a navegar, o para convencer al enemigo de que los submarinos de los aliados operaban en un área donde, de hecho, no había ninguno. No hay documentación de que el enemigo descubriera alguna vez el señuelo, y las maquetas fueron atacadas en varias ocasiones en sus rampas. El submarino de lona original, el *Hopeful*, saltó hecho astillas siete meses después de que lo botaran.

Pero mucho antes de que el submarino de Maskelyne hubiera pasado la inspección, Rommel estaba listo para poner en marcha a sus cazadores. Para preparar su señuelo, prendió fuego a docenas de edificios de la ciudad de Mersa Brega y echó a pique numerosos barcos de abastecimiento que estaban atracados en el puerto. Las fuentes aliadas de Inteligencia informaron debidamente de que la División Panzer de África estaba destrozando sus fortificaciones y suministros, probablemente preparándose para retirarse de Libia.

Esto era precisamente lo que Rommel quería que se creyeran. Las «fortificaciones» que quemaron en la ciudad para el beneficio de los agentes británicos eran en realidad casas abandonadas e inútiles, cascos viejos de barcos. En vez de retirarse, la División Panzer de África se disponía a atacar. Los alemanes avanzaban por la noche y se pasaban los días sudando a chorros bajo redes de camuflaje. Un miércoles, 21 de enero, Rommel lanzó su contraataque.

Cogieron por sorpresa al VIII Ejército. Las ciudades de Agedabia y de Beda Fomm cayeron el 22. Bengasi fue capturada el 29, junto con sus almacenes, que incluían mil trescientos camiones y toneladas de gasolina. Para la semana siguiente, los británicos habían sido obligados a retroceder al desierto occidental, y se les estaban acabando los suministros. Una vez más, Rommel había conseguido burlar a su oponente.

Auchinleck estuvo considerando el despido de Ritchie, pero finalmente se abstuvo de tomar acción contra él. Para el 6 de febrero, Rommel había avanzado tanto como se lo permitían con seguridad sus líneas de abastecimiento. Habiendo aprendido por fin la realidad de la guerra en el desierto, trabajó duro hasta que pudiera reponer adecuadamente las bajas de su ejército. Este último golpe de «*Crusader*» dejó cara a cara a los ejércitos enemigos en la línea de Gazala, con la cadena de fortificaciones del VIII Ejército, de una extensión de sesenta millas, conectada con densos campos de minas. Estas fortificaciones, denominadas «cajas» o «torreones», tenían un área aproximada de dos millas y estaban aprovisionadas para soportar una semana de asedio sin requerir asistencia. Alrededor de quinientos tanques británicos patrullaban las secciones entre las seis cajas, listos para apaciguar cualquier tentativa de maniobrar a través de los campos de minas, o para correr a asistir a cualquier caja que sufriera un ataque. Cada una de estas «islas de resistencia» era cercada por campos de minas, alambre de espinos, fosos profundos y fortines con ametralladoras. Auchinleck dependía de la línea supuestamente impenetrable de Gazala para detener a Rommel, porque si la traspasaba, el Valle del Nilo y el petróleo

de Oriente Medio estarían a su alcance.

El general Rommel estaba contento de poder dejar curar sus heridas. Tenía intenciones de pasar el verano en el Nilo.

Mientras tanto, Maskelyne y Knox estaban de camino a Malta. El Comandante en Jefe del Ejército del Aire en Oriente Medio, el mariscal de aviación Arthur Tedder, estaba al corriente de las maravillas que la Cuadrilla Mágica había conseguido para el Ejército y la Armada británica, y quería que echasen mano de su saco de trucos para ayudar a las Fuerzas Aéreas. Esperaba de ellos que ocultaran toda una isla.

Desde el comienzo de la guerra del desierto, los tres campos de aviación y el profundo puerto natural de Malta habían asistido a los aviones, barcos y submarinos que devastaron los convoyes de abastecimiento de Rommel. En noviembre de 1941, por ejemplo, los atacantes con base en Malta hundieron casi tres de cada cuatro barcos con destino a Libia. El comando alemán se dio cuenta de que la supervivencia de su ejército africano dependía de la destrucción de este bloqueo. Para lograrlo, habría que aniquilar a Malta.

A finales de 1941, mientras los submarinos *wolfpack* del Eje iban a la caza de buques de guerra británicos en alta mar, la aviación alemana, la Luftwaffe, y la *Regia Aeronáutica* comenzaron una de las campañas de bombardeo más intensas de la historia. Decenas de miles de toneladas de bombas llovían sobre la minúscula isla semanalmente. Valletta, la capital, era atacada ocho veces al día. Los campos de aviación y los puertos explotaron hasta quedar convertidos en ruinas repletas de hoyos. Los malteses estaban obligados a vivir en cuevas y refugios antibombas. Las muertes aumentaron. El alimento y las municiones eran escasos, y cada una de las tentativas británicas de aprovisionar la isla fue abortada. Malta resistió con heroicidad, pero los bombarderos llegaban por oleadas, día tras día, semana tras semana.

Los pocos escuadrones de caza de la RAF en la isla, insuficientemente equipados y armados, se las arreglaban de alguna manera para permanecer en activo, pero Tedder esperaba que Maskelyne y la Cuadrilla pudieran concebir alguna manera de aliviar la enorme presión que pesaba sobre ellos. Sugirió que la aparición de un nuevo avión en la isla podría hacer, al menos, que el enemigo derrochase sus bombas en blancos inútiles, y quizás infundirles algo de cautela con la posibilidad de incursiones a plena luz del día. «No es mucho», admitió, «pero no tenemos demasiado. Les agradeceríamos cualquier cosa que puedan hacer».

El RAF Wellington que conducía a Maskelyne y Knox hacia Malta aterrizó suavemente y provocó una sacudida hasta pararse; su piloto realizó una hábil maniobra para evitar el peor de los cráteres de bomba que cubrían los escombros. Tres equipos de hombres con palas pululaban por todo el campo, intentando tapan los agujeros más profundos con rocas y escombros. El Wellington los llevó hasta un

lugar junto a un tronco seccionado de un árbol, y a un equipo de tierra que estaba lanzándole redes de camuflaje a un avión incluso antes de que sus apoyos dejaran de girar. Dos camiones y un *jeep* se acercaron por el costado y los soldados comenzaron a descargar rápidamente las preciosas provisiones del fuselaje. Maskelyne y Knox fueron sacados del campo de aviación a toda velocidad en un *jeep*. «No hay tiempo que perder ahora», dijo con amabilidad el conductor, un alegre cabo irlandés. «Nunca se sabe cuándo decidirán hacernos una visita, ¿eh?».

Después de los meses que Maskelyne y Knox habían pasado en las blancas y ordenadas ciudades de Egipto, la breve vuelta un *jeep* por Valletta los dejó asombrados. Toda la potencia de las fuerzas aéreas del enemigo había sido volcada en ella. Distritos enteros habían sido reducidos por las bombas a campos estériles de cristal, roca y ladrillos. Machacaron por completo, como huevos estrujados con una almádena, filas enteras de edificios. Por todas partes de la ciudad había equipos de civiles que apilaban montones de escombros, montones idénticos a aquéllos que Maskelyne había dejado atrás en Londres cuando se embarcó hacia la guerra.

El desierto occidental estaba particularmente bien diseñado para la guerra —no había estructuras que derruir, ni civiles que pudieran resultar heridos. Tan sólo acres de rastrojos y arena y el equipamiento de dos ejércitos sofisticados. Algunos soldados morían y las armas quedaban destrozadas. Había cierta justicia en todo aquello. Pero aquí, en Malta, los inocentes eran los que más sufrían.

Una perpetua neblina gris se cernía sobre la ciudad, alimentada por el suave humo que ascendía por las chimeneas de las casas chamuscadas. Los fuegos que se estaban extinguiendo se paladeaban en el aire.

Los niños jugaban entre escombros mientras los adultos rebuscaban entre los restos de sus hogares o tiendas; y de vez en cuando encontraban alguna prenda de vestir de colores brillantes o un mueble intacto. El conductor irlandés les señaló los restos de la Royal Opera House, que ahora se parecía más a una cantera, las ruinas fenicias de los templos milagrosamente intactas, y los túneles y los refugios anti-bomba que habían sido cavados en la suave piedra caliza.

Las Fuerzas Aéreas se habían vuelto clandestinas, operando en un profundo refugio. Maskelyne y Knox fueron recibidos con amabilidad, se les sirvió té y bollos, se les ofreció un breve informe, y los enviaron en un viaje por la isla. El oficial Robert Simon los acompañó.

Simon era uno de los insolentes jóvenes pilotos combatientes de la RAF que, por fin, empezaba a convertirse en alguien decente. En tiempos de paz, podría haber estado acabando la universidad o comenzando a desarrollar su carrera; en lugar de esto, se había convertido en un combatiente de altos vuelos. «Me perdí la grande», dijo con despreocupación mientras conducía por una calle llena de surcos, refiriéndose a la Batalla de Inglaterra, «pero desde que estoy aquí me he cargado cuatro aviones *killer* y un *prob*. El *prob* era un Stuka. Todos lo vimos caer dando vueltas, pero era de noche».

Maskelyne lo estudiaba mientras parloteaba. Era pequeño y esbelto, del tamaño de una cabina de piloto; su cara resultaba bastante agradable, aunque los rastros de un problema adolescente con la piel eran visibles bajo su suave bronceado y le asomaba una barba como la pelusa de un melocotón.

Simon continuó con una ristra de conversaciones enlazadas, cambiando de tema sin relación aparente. «En Holanda», le dijo a sus cargos de mayor categoría, «los holandeses se pasean respondiendo al saludo nazi con un “Heil, Rembrandt. Heil, Rembrandt”. Y cuando *Jerry* les pregunta qué están haciendo, ellos le responden: “¡También nosotros tenemos a un gran pintor!”».

Los pocos aviones que Jasper divisó en las pistas de despegue o en sus cercanías estaban cubiertos con lona, o con red de camuflaje, o ubicados bajo tableros de madera que estaban pintados para parecer una granja cuando se veían desde el aire. «Voy a tener que descongestionar algunos de ellos», se ofreció voluntario el joven piloto, «para así tenerlos pronto en el aire cuando *Jerry* venga a visitarnos».

El resto de la unidad aérea maltesa permanecía cuidadosamente escondida. Los aviones estaban ocultos en graneros, túneles, bajo pilas de patatas, cebollas y tomates o montones falsos de escombros. Algunos incluso estaban camuflados en pequeños prados, cubiertos con alfombras de hierba.

—Sucio, pero eficaz —explicó Simon.

—¿Cuántos hay en total? —preguntó Knox.

—Normalmente entre setenta y cien en servicio. Principalmente Hurricanes, pero tenemos algunos Spits y una hornada de Swordfish de la Armada. Según parece, este mes llegará un grupo de Spits, aunque siempre están diciendo lo mismo.

—¿Y que tiene *Jerry*? —se preguntó Jasper.

Simon se rió.

—Un jodido circo, eso es todo. Junkers, Heinkels, más Stukas que ojos tiene Stalin, Messerschmitt del nueve y del diez, incluso es probable que tenga algunos bombarderos como colofón de los que aún no sabemos nada.

Mientras recorrían la isla, las sirenas de ataque aéreo comenzaron a gañir y un grupo de bombarderos y de combatientes enemigos atacaron Grand Harbor. Incluso desde su posición segura a millas de distancia Maskelyne y Knox pudieron oír el horrible y chirriante sonido que se desgarró con el atronador sonido de la bomba.

—Ése es el Stukas, los bombarderos de inmersión —gritó Simon por encima del estrépito—. Han puesto sirenas en los motores para asustar a la gente que está en tierra.

Knox los observó zambullirse tras el horizonte montañoso.

—Funciona —gritó como respuesta.

La ofensiva duró veinte minutos, pero en menos de una hora las sirenas volvieron a sonar y apareció otro grupo de bombarderos. Esta vez su blanco era la ciudad de Sliema. Tanto Maskelyne como Knox contemplaron sobrecogidos cómo volaban los aviones por encima de ellos en formación estrecha, pero Simon apenas observó su

presencia. Cuando el profesor comentó esto, Simon dijo con calma, «Ah, uno se acostumbra a ellos. Parece casi como si tuvieran un apartamento aquí».

Después de terminar la ronda de inspección, Jasper y Frank regresaron a sus cuarteles subterráneos y comenzaron a diseñar un plan de camuflaje. Desde un principio veían claro las pocas opciones que tenían disponibles. Al contrario que en el puerto de Alejandría o el Canal de Suez, Malta no se podía mover ni ocultar ni volver invisible. Era un blanco de noventa millas cuadradas en medio de un océano. Nada que no fuera verdadera magia podría servir en este caso, y Maskelyne no tenía la habilidad de producir tales milagros.

Idearon un plan práctico en dos partes usando las técnicas de camuflaje perfeccionadas durante la guerra. Su plan no evitaría que los alemanes atacaran y no protegería a los malteses de sus bombas, pero podría hacer que las incursiones resultaran menos eficaces, y ése era el propósito de esta misión.

Mientras estaban sentados en el refugio discutiendo la situación, ambos desnudos de cintura para arriba —únicamente con unas bermudas color caqui— por el sudor que les recorría el pecho, Maskelyne nunca se sintió más alejado del mundo de la magia. Esto era un vulgar trabajo de camuflaje.

A la mañana siguiente, en el refugio del comando, se reunieron temprano con un grupo de oficiales de aire y con líderes de la defensa de civiles. A la manera de directores de una corporación de segunda fila, se sentaron en torno a una mesa inestable hecha con madera contrachapada sobre tres caballos de madera.

—No hay nada que podamos hacer para evitar las bombas —comenzó Maskelyne—, así que nuestro objetivo debería ser hacerles gastar munición de la manera menos eficaz. El teniente Knox y yo podemos ayudarlos con eso. Os podemos enseñar cómo proporcionarles blancos sin valor alguno y también a proteger vuestras pistas de vuelo. No es mucho, lo sé...

Un oficial de la RAF interrumpió, y provocó una buena carcajada, sugiriendo: «Arrojad algunos trozos de chocolate y ¡trato hecho!».

Las dos partes del plan del camuflaje que presentaron Maskelyne y Knox eran tan diferentes como la noche y el día: por la noche se emplearía el engaño, los señuelos durante el día.

El plan de engaño estaba basado en la estratagema de la bahía de Maryüt. Por la noche alumbrarían pistas de aterrizaje falsas para hacer que los bombarderos enemigos se alejaran de las verdaderas pistas.

—En nuestro país les hemos agregado un interesante giro imprevisto —dijo Knox después de delinear el procedimiento básico—. Las luces de aterrizaje de los aviones están montadas en *jeeps* que circulan de un lado a otro por las pistas falsas iluminadas para simular el tráfico aéreo. Evidentemente es bastante eficaz, aunque no sería yo quien quisiera conducir ese *jeep*.

Un guarda de ataques aéreo se opuso al plan.

—Estamos sólo a sesenta millas de Sicilia. Cuando estornudamos, ellos se

contagian con nuestros gérmenes. En una hora se habrán enterado de los campos de aviación falsos.

—Envíales entonces la información —le contestó Maskelyne—. En cuanto estén seguros de que se están utilizando campos de aviación simulados, enciende las luces y provocad explosiones junto a las pistas verdaderas. Eso los enviará directamente a las falsas.

—Mire —insistió Knox—, nosotros no somos magos. Sólo somos...

Los hombres del búnker estallaron en carcajadas ante la metedura de pata, provocando que las mejillas encarnadas del profesor se enrojecieran de vergüenza.

—Al menos yo no soy mago —corrigió. Cuando las risas se habían aplacado, continuó—. El tema es que hay que mantener confuso a *Jerry*. Dejarlo ver aquello que espera ver. Ése es el juego.

Este engaño se amortizaría dañando a la inspección alemana durante las horas de luz del día y resultaría agotador, pero no difícil. Lo único que Malta tenía en abundancia era escombros. En Inglaterra, les contó Maskelyne al grupo, un experto en camuflaje, el coronel John F. Turner, había protegido las pistas de la RAF acarreando toneladas de destrozos al lugar que el enemigo creía que había destruido con sus bombas. Se dispersaron rocas fragmentadas y escombros por todas las pistas de aterrizaje y se dejaron a la vista de las cámaras alemanas los esqueletos de los aeroplanos abatidos. Además, se construyeron con yeso de estuco unos ligeros «cráteres de bomba» («Los primeros agujeros portátiles del mundo», los llamó Knox) y los artistas de Turner pintaron cráteres en fragmentos de lona que se fijaron con clavos a la pista de despegue. «Dos versiones. Una para los días soleados y otra para los nublados».

Maskelyne les recordó que había que mover los artilugios y el decorado durante todo el día para que se correspondieran con el movimiento del sol, para que así las sombras pintadas fueran fieles.

Un escuadrón enemigo de bombarderos atacó la dársena durante la reunión, pero Maskelyne y Knox tomaron el mando del comité de defensa y fingieron no hacer caso a los ataques. Tan sólo en una ocasión, cuando un gran dispositivo estalló cerca e hizo que temblaran las lámparas de aceite, se intercambiaron miradas nerviosas.

El profesor Knox cambió de tema fácilmente para centrarse en los distintos aviones falsos que podrían emplearse durante las horas con luz del día. Comenzó diciendo que los aviones de lona eran los más fáciles de construir y pasarían la inspección visual desde grandes alturas, siempre que representaran las sombras exactas, después les contó la famosa estafa de Peter Proud en Tobruk. Como tenían pocas armas pero numerosas redes de camuflaje para cubrir las trincheras, Proud colgó armas de lona bajo las redes. Los observadores de la artillería alemana, y también la Luftwaffe, vieron las sombras bajo las redes, asumieron que amparaban verdaderas armas y perdieron una enorme cantidad de la preciada munición disparando al objetivo.

—No hay razón por la que una táctica similar no funcionaría aquí —concluyó Knox.

Entonces Maskelyne tomó el relevo.

—Los paneles de los aviones no pasarán la inspección de cámara —señaló— pero aún así, debéis tener el mismo cuidado con el camuflaje como cuando se ocultan aviones de ataque reales. Recordad, estamos tratando simplemente de confundir a *Jerry* sobre lo que es real y lo que pertenece al mundo de la ilusión.

—Y una vez que vea cuáles son los falsos, y lo hará —Knox se añadió a la conversación—, es el momento de darle la vuelta a todo. Entremezclad aviones de lona entre vuestros aviones verdaderos. Debéis mantenerlos confusos.

Durante la ronda inicial de inspección Maskelyne se había dado cuenta de que eran necesarias maquetas mucho más sofisticadas que las que tenían en aquel momento en Malta para convencer a la Inteligencia Alemana de que la RAF se habían reforzado en la isla. Para engañar a las cámaras del enemigo las maquetas no sólo tenían que arrojar las sombras exactas, sino que sus «alas» y el «fuselaje» tendrían que reflejar la luz del sol y la instrumentación de la cabina del piloto debería ser visible bajo la red de camuflaje.

—En otras palabras —bromeó el oficial de la RAF después de escuchar el informe pesimista del mago—, lo que necesitamos son algunos aviones reales que podamos utilizar como maquetas.

La única alternativa posible, respondió Jasper, era utilizar el equipo metálico dañado o destruido.

—Siempre y cuando las redes estén estiradas como lo estarían si encubrieran un avión, se podría colocar debajo cualquier metal o cristal reflectante. Podemos utilizar piezas de aviones, automóviles o incluso de tranvías... casi cualquier cosa servirá.

Más tarde, en privado, le confesó a Knox de que no tenía ninguna esperanza de que en la isla pudieran construirse señuelos adecuados.

La construcción de las piezas individuales para el plan maestro comenzó inmediatamente. Durante los días siguientes, los dos camufladores ayudaron a diseñar el equipo y supervisaron la construcción del prototipo. En Malta, todos —soldados de tierra, cocineros, pilotos, civiles— colaboraron en el trabajo. Los agujeros de papel maché tenían una apariencia tan profunda como cualquiera de los artefactos que Maskelyne empleaba en sus espectáculos. El trabajo con la lona para los cráteres de las pistas progresaba continuamente. Las maquetas de los aviones eran pasables, aunque las alas de lona tenían que apoyarse sobre unos palos. Se arrojaron aquí y allá algunos señuelos metálicos, y, más que un avión, parecía la obra de un loco con un Meccano; pero era lo más que podía conseguirse en las condiciones existentes.

Fueron unos días agitados, durante los cuales los bombarderos enemigos interrumpían constantemente el trabajo, pero Maskelyne y Knox terminaron por

aceptar estas incursiones como intrusiones fastidiosas más que como violaciones inhumanas. Para el final del quinto día los artefactos estaban en su lugar. No tenían nada más que hacer en Malta.

El C-47 Dakota que los llevaría de nuevo a Heliopolis se adentró en la oscuridad cargado de toneladas de abastecimiento. Una multitud de soldados se apiñó a su alrededor y consiguió descargar el avión y exprimirlo en menos de dos horas. Maskelyne se pasó este tiempo echando vistazos al pálido cielo a través de su reloj. Curiosamente, era la ausencia de bombarderos alemanes lo que le ponía nervioso.

Una gran parte del comité de defensa de Malta estaba pendiente de verlos despegar.

—Ahora que nos ha provisto de unas fuerzas aéreas incapaces de volar —dijo alegremente el guarda de ataque aéreo— quizás sean capaces de encontrar la manera de colar algunas miles de toneladas de abastecimiento a través del bloqueo.

Todos se rieron de la amistosa broma.

Minutos más tarde el Dakota dio algunos tumbos y se adentró en el aire con un ruido metálico. Durante el largo vuelo de vuelta a El Cairo, Maskelyne tuvo el tiempo necesario para reflexionar sobre los últimos días. Habían hecho todo lo posible, pero ascendía a poco más que un cubo de arena en el desierto. Trescientas mil personas se apiñaban en la pequeña isla sin el suficiente alimento o medicina, sin ni siquiera los medios adecuados para protegerse. Jasper se acurrucó en su asiento y se echó una manta hasta el cuello. En la parte posterior del avión, hacía el suficiente frío cómo para ver cada respiración. Cerró los ojos e intentó dormir, pero salpicaban en su mente los pensamientos, cada uno de ellos un poco más allá de su consciencia. Un mago cualquiera, pensó amargamente. La gente estaba saltando en pedazos bajo una lluvia interminable de bombas, y él les enseñaba cómo hacer agujeros artificiales. Se acordó de los niños que lo miraban con sus tristes ojos hundidos, y supo entonces que no existía algo como la magia, sólo trucos, y algunos idiotas a los que hacérselos.

Jasper se había enorgullecido siempre de ser un hombre compasivo, y en su país se había preocupado continuamente de colaborar con asociaciones caritativas con la cantidad apropiada de tiempo y dinero, pero mientras se alejaba de los horrores de Malta se encontró examinando sus motivos. Se admitió a sí mismo que lo hacía porque era lo que se esperaba de él; era lo correcto y él intentaba hacerlo siempre. Sin embargo, se las había arreglado de alguna manera para mantener cierta distancia de seguridad ante el dolor del impedido y del necesitado. Incluso en El Cairo, en Shepherds, cuando ese rico hombre de negocios árabe había requerido su presencia, había sentido tanta vergüenza como empatía.

Malta le había impactado, lo había dejado por los suelos. Aquello le había hecho cobrar conciencia como nada de lo que hubiera visto antes. Incluso antes de que el Dakota aterrizara en Heliopolis, se dio cuenta de que aquella visita lo había cambiado para siempre. Simplemente no sabía cómo.

La vida en El Cairo se le hizo difícil. La ciudad era demasiado exuberante; sus

grandiosos hoteles y elegantes restaurantes eran una burla ante la lucha del pueblo maltés. En numerosas ocasiones durante el día, se detenía brevemente, daba igual dónde se encontrase, o lo que estuviera haciendo, e intentaba imaginarse qué estaría pasando en Malta en aquel momento determinado. Inevitablemente, siempre concluía que la Luftwaffe lo estaría bombardeando.

Al día después de la vuelta de Jasper al Valle, Hill se había abierto paso entre la confusión de la sala y agitaba dos sobres color crema. «Algunos compañeros han tenido que estar realmente en apuros», dijo, «porque os han hecho capitanes a ti y a Frank».

Maskelyne no reaccionó. Tomó las órdenes de Hill y las leyó. Lo habían nombrado capitán temporalmente y había sido ascendido oficialmente a Teniente de guerra con distinciones. Dobló cuidadosamente sus documentos de promoción en tres partes exactas, las deslizó nuevamente dentro del sobre color crema y se marchó de entre aquella algarabía.

—¿Qué anda rumiando? —le preguntó Hill a Knox.

El profesor lo observó mientras se marchaba.

—Lo normal, supongo. La inhumanidad del hombre hacia el hombre. Los bombardeos. La guerra.

El soldado Hill se sentó para acabar la comida de Jasper.

—Lo superará —dijo con confianza.

Maskelyne echaba de menos a Mary desesperadamente. Ella compartía sus sentimientos más profundos y así lo aliviaba un poco de su carga. Frank Knox era un punto de apoyo sólido y un buen amigo, pero Jasper se dio cuenta de que había una enorme distancia entre el vínculo masculino y la intimidad entre un hombre y una mujer que están enamorados, y la medida de esa distancia era su soledad. Por la noche se tendía en la cama con los ojos abiertos y conjuraba imágenes de ella; la llevaba, sonriendo tímidamente ante cualquier pequeño cumplido, a su habitación, y oía su voz, y la habitación se llenaba con su presencia. Y así se quedaba tranquilo, con ella en su mente, hasta que algún sonido agudo lo devolvía a la realidad de El Cairo, y entonces regresaba al vacío.

Durante las labores con la flota submarina y la misión en Malta se habían apilado sobre la mesa numerosas peticiones de ayuda para la Cuadrilla Mágica. Con la operación «*Crusader*» finalizada, los comandantes se preparaban ya para la siguiente ronda. Un general de infantería se preguntaba si la Sección de Camuflaje podría sugerir alguna manera de disfrazar las franjas abiertas de las trincheras en desierto, que sobresalían como manchas de tinta en una página en blanco. Un general de transportes les pidió sugerencias para ocultar toneladas de gasolina en el desierto. El mariscal de aviación Tender quería arrojar provisiones desde un avión sin utilizar paracaídas. NAAFI le pidió actuar en una gala con fines benéficos. Los cuerpos blindados necesitaban un dispositivo móvil para despejar minas. El almirante Cunningham estaba tan contento con su flota simulada de submarinos que quería un

acorazado de 720 pies de largo para sustituir a los que estaban anclados en el muelle.

Maskelyne redirigió muchas de las peticiones a las nuevas unidades de camuflaje que se habían constituido en el delta del Nilo. En aquel año, desde su llegada desafiante a Suez, el camuflaje se había convertido en una sección importante del servicio. Oficiales de alto rango habían visto toneladas de bombas que caían sobre playas vacías de Alejandría, y cómo la Luftwaffe iba a tientas y a ciegas buscando el Canal; vieron su ejército simulado en el campo y se dieron cuenta de que había asegurado una ruta de escape segura por el este. Debido al trabajo de Maskelyne, como también al de Peter Proud en Tobruk, al de Tony Ayerton y al del resto de los muchachos de Buckley, ahora el camuflaje se tomaba muy en serio. El problema era que había demasiado trabajo para demasiada poca gente.

Jasper no tenía otra opción que concentrarse en las peticiones más urgentes. Decidió que la Cuadrilla construiría el acorazado de Cunningham.

—¿Un acorazado? —repitió Hill incrédulamente después de que Maskelyne les hubiera revelado la siguiente misión a la Cuadrilla. Se volvió hacia Graham, que estaba sentado en sus hombros, y se rió—: ¿Lo oyes? Ahora quieren que construyamos un puto acorazado.

Nails sonrió burlonamente.

—¿Y?

Hill puso los ojos en blanco.

—Como yo sea el único que está cuerdo aquí, tenemos un gran problema.

La Inteligencia Británica informó que los submarinos simulados estaban forzando al enemigo a operar con una precaución inusual, en especial, a la flota de guerra mediterránea de Mussolini. Ahora la oficina de almirante Cunningham quería completar el trabajo agregando un nuevo acorazado a la zona.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Maskelyne mientras pasaba las fotografías del acorazado de la Armada británica, el *H. M. S. Nelson*, con 720 pies de largo y 34 000 toneladas de peso.

—Yo —dijo Robson, mirando fijamente a la foto que sostenía con las dos manos—. ¿Querrán solamente uno, verdad?



XII

Después de acabar con las típicas quejas, la Cuadrilla Mágica emprendió la construcción de un acorazado de 720 pies de eslora. Los días en los que se preguntaban si podrían llevar a cabo una petición tan increíble habían quedado atrás hacía ya tiempo. Se habían convertido en profesionales de la simulación en el mundo militar y sentían mucha satisfacción al saber que su pequeño grupo podía fabricar máquinas que ningún otro ejército en la historia militar se habría imaginado jamás.

Tenían la seguridad de que lo único que los separaba del acorazado eran muchos días y noches largas, incalculables insultos y bromas amargas, ampollas y dolores, un toque de suerte, y algo a lo que fijar por completo la maldita superestructura. Y, de hecho, al principio daba la impresión de que así sería —fue sólo al final cuando se convirtió en la experiencia más inusual de la Cuadrilla Mágica.

Jasper recibió con los brazos abiertos esta ardua misión. Si centraba su atención en este proyecto, podría dejar temporalmente de lado la depresión que arrastraba desde Malta. Comenzó dividiendo el trabajo. Phil Townsend le ayudaría con los bosquejos y las copias de planos. Bill Robson se encargaría de conseguir algo de pintura gris-acorazado. Graham y «Union Jack» Fuller irían a recoger materiales de construcción, sobre todo madera y metal. Mike Hill sería responsable de encontrar grandes armas. «Necesitaremos nueve de 16 pulgadas, una docena de seis y algún *ack-ack*», explicó Maskelyne, como si estuviera equipando un verdadero acorazado. Pero disipó la impresión cuando finalizó la frase: «Empezad a buscar tubos de desagüe en el depósito. Debe haber algo allí que nos sirva».

Frank Knox sirvió como enlace con la oficina del almirante Cunningham. A petición de Maskelyne, la Armada británica acordó ayudar a la Cuadrilla a encontrar algo a flote que fuera lo bastante grande y estable como para servir de plataforma en la que construir la superestructura. El acorazado simulado tendría casi cuatro veces la longitud de los submarinos, y navegaría considerablemente a más altura sobre el nivel del agua, así que Jasper decidió que lo mejor sería disfrazar un verdadero barco. Encontrarlo era la parte difícil.

Mientras que el resto de la Cuadrilla hacía sus propios preparativos, Frank vio todo tipo de restos de chatarra flotando sobre las aguas del norte de África. De un horrible lote, terminó seleccionando al final un viejo crucero que estaba desahuciado

en un lago salado del Canal de Suez. Su casco oxidado, junto con un nombre pintado que la historia había borrado hacía ya tiempo, se había botado a finales del siglo XIX y durante la Primera Guerra Mundial se restauró para servir como patrulla costera. Después de ser retirado de servicio lo habían abandonado en un lago escocés hasta que llegó a Dunkerque, cuando la situación desesperada forzó a la Armada británica a devolverles la vida a estas reliquias. Incapaz de navegar con su propio mecanismo a vapor, fue remolcado hasta el Canal de Suez y allí se utilizó como barco contra el fuego antiaéreo. El eficiente capitán de la Armada británica que escoltaba a Knox intentó hacer que el barco pareciera más extraordinario de lo que realmente era, indicándole: «Como puede ver, todavía flota. No hay duda de que está muy bien hecho».

Si lo comparaba con otros pecios flotantes y cascos que había visto, este buque tenía sus ventajas: «Debe ser la única cosa lo bastante grande como para apoyar una plataforma considerable», le dijo el profesor a Jasper, «y una docena de hombres podrían estar en la cubierta sin que se diera la vuelta como una tortuga, asumiendo por supuesto que estuvieran colocados correctamente».

Incluso antes de que Jasper viera el casco, ya tenía sus dudas.

—Tiene cuarenta años, Frank —se quejó.

—También nosotros, bueno casi —le recordó Knox.

El primer encuentro no alivió los miedos de Jasper. El crucero tenía una eslora de unos quinientos pies, pero apenas setenta y cinco de ancho; con tres chimeneas anticuadas y dos mástiles, y en el mástil posterior lucía el nido de un cuervo. Las armas de la marina se habían retirado décadas antes, y el entablado de madera que habían atornillado para tapar los agujeros de la cubierta estaba completamente podrido, dejando a la vista huecos en la proa y en la popa. Las renovaciones anteriores le habían añadido tanto peso que se balanceaba con una suave brisa.

La Cuadrilla caminó a bordo con tanta cautela como un cuerpo de baile brincando sobre una cama de clavos.

—Todo el mundo tranquilo —imploró Hill, presa de los nervios—. Que nadie haga movimientos bruscos.

—¡Y una mierda movimientos bruscos! —respondió Graham—. Mejor que nadie respire demasiado hondo.

—Tampoco está tan mal —declaró Knox con su voz más profesional—. Si tenemos el cuidado suficiente para no sobrecargar un lado, evitamos los agujeros en la cubierta, no ponemos ninguna maquinaria pesada a bordo, y dejamos de comer un poco y perdemos unos trece kilos por cabeza, no veo entonces dónde está el problema.

Jasper puso todo de su parte para tranquilizar a los demás, recordándoles: «Todos sabemos nadar».

La conversión de un crucero desahuciado en un moderno barco de línea comenzó con un asalto con la cinta métrica. La Cuadrilla registró el largo y el ancho de cada

recoveco y de cada agujerito en la cubierta. El sentido común hizo que nadie bajara al interior.

Maskelyne y Graham construyeron entonces un modelo a escala del barco. Todas las modificaciones se adaptaron primero a la maqueta y se probaban en el tanque de agua de la sala. Le quitaron los mástiles en este modelo, y agregaron el andamiaje en la parte superior, que representaron con palillos. Todo lo que ponían sobre la línea de flotación se equilibraba sumergiendo pontones y flotadores hechos con barriles de petróleo. Las batangas y las botavaras unidas a babor se nivelaron con botavaras similares a estribor. Se añadieron extensiones adicionales en la proa y en la popa, alargando dos pies a la escala del modelo, y, por tanto, doscientos pies a la verdadera nave falsa. El acorazado tendría que transportar cuatro «aviones catapultas», que Jasper calculó que podría falsificar con el mismo tipo de paneles de lona pintada que usaron en Malta. «*Jerry los mirará con desprecio*», les dijo a sus artistas Townsend y Robson, «y, siempre y cuando arrojen las sombras correctas no tendremos que preocuparnos por la profundidad». Las bocas de los cañones de Hill, fabricadas con tuberías recicladas, se equilibrarían a bordo durante su instalación.

El modelo acabado tenía toda clase de palillos y trastos que se levantaban a partir de la cubierta y resaltaban sobre las regalas desde varios ángulos. Se parecía más al esqueleto de un edificio de madera diseñado por un desorganizado arquitecto que al armazón de una nave, pero Jasper estaba seguro de que una vez que estiraran la lona pintada sobre su estructura podría pasar por un acorazado. El modelo había superado la prueba del tanque de agua y había que probarlo en el lago de Suez, donde tendría lugar la verdadera transformación. Aunque tuvieron que hacer algunos ajustes de menor importancia, se las arreglaron para mantenerlo a flote.

Entonces los equipos del Valle Mágico que habían llegado en camión comenzaron a convertir el envejecido crucero en un buque de guerra moderno. Siguieron un horario exacto para asegurarse de que nunca hubiera demasiados hombres a bordo al mismo tiempo, y mucha parte de la pintura, el corte y la fabricación se realizó en tierra. El acorazado simulado pronto comenzó a tomar forma.

Los hombres trabajaban día y noche en turnos de seis horas. Gracias a su dedicación al proyecto, Jasper consiguió quitarse de la cabeza la mayoría de los pensamientos sobre Malta. Hubo, sin embargo, un momento extraño, en el que no era capaz de dejar de pensar en los bombarderos. Siempre que esta situación llegaba demasiado lejos, y que algunas sensaciones de insuficiencia le amenazaban con abrumarlo, se sentaba y ponía sus frustraciones por escrito en una larga carta a Mary. Algunas veces se las enviaba, otras no, pero el hecho de escribirlas le permitía recuperar el control.

Phil Townsend trabajaba con él codo con codo en los bosquejos. Al principio, las conversaciones eran breves y profesionales, pero poco a poco se fueron trasladando a temas de interés común. Townsend empezaba a confiar en Maskelyne. Para su sorpresa, comenzó a presentarle a algunas de las bestias que vivían en lo más

profundo de su mente. En las últimas horas de una tarde, mientras él bosquejaba y Jasper intentaba pegar una minúscula varita al modelo, le dijo sin darle importancia:

—Me imagino que sabes que mi esposa y yo nos estamos divorciando. Por mis cartas y todo eso. Bueno, sé que se las tiene que leer.

Jasper evadió la pregunta, explicando que había estado negociando las cartas que se censurarían con el jefe del equipo de cocina.

—Y ahora puedo contarte más de veinte maneras de preparar carne de vaca en conserva.

—En fin, nos estamos separando. Parece que ella está con un piloto yanqui...

Townsend mantenía la cabeza enterrada en su dibujo mientras hablaba.

Jasper sostenía el palito en su lugar mientras la goma se secaba. Entendió que aquel hombre le estaba abriendo las puertas de su alma.

—Lo siento —le dijo con una voz sosegada—. Sé que es duro.

—Mucho —convino el artista, y se rió entre dientes de manera morbosa—. Mucho.

Pero, de repente, al oír estas terribles palabras de su propia voz, sintió un extraño alivio.

Maskelyne sopló con suavidad sobre la goma para acelerar el proceso de secado, y pensó en Mary. En su mente, estaba vestida de lino blanco y sonreía, y su pelo negro fluía con la brisa. Estaba buscando algo en la distancia. Él se sonrió. Con sólo pensar en ella por un momento conseguía llenar el vacío que había en su corazón.

El acorazado impostor se terminó de construir a mediados de febrero. Maskelyne lo bautizó con el nombre de *H. M. S. Houdin*, por el ilustre prestidigitador Robert-Houdin, pero la maqueta le provocó una gran decepción. Tenía la eslora necesaria y transportaba el armamento correcto, incluyendo los cuatro aviones, pero el enorme puente volante estaba del todo descentrado, los paneles de lona que hacían de bastón se rasgaban constantemente y aleteaban con cualquier leve brisa, flotaba demasiado en el agua para ser un buque de 34 000 toneladas, y todo esto, unido a otros numerosos defectos de menor importancia, traicionaban su apariencia. Sólo a una gran distancia y con luz pobre o mal tiempo tendría posibilidades de pasar por un verdadero acorazado, e incluso en esas condiciones seguiría siendo dudoso.

—Lo siento —dijo el almirante Cunningham después de volver de una inspección aérea de la maqueta—, me temo que era demasiado pedir cuando le dije que sacara un acorazado de su chistera.

El Almirante se había sentado con Jasper y Frank junto a una mesa de largas patas, instalada en el cuadrado de sombra que se formaba al bajar la sección trasera de lona de un camión de tres toneladas. *H. M. S. Houdin* se balanceaba anclado en las pacíficas aguas del lago, a algunas miles de yardas más allá del hombro de Maskelyne.

—Muchachos, debo felicitaros por vuestro enorme esfuerzo, pero no nos podemos arriesgar a utilizarlo. Será mejor que lo desmontéis antes de que *Jerry* lo vea y se cebe con la gravedad de nuestra situación.

Knox sugirió que les diese otra oportunidad para lograr que fuera adecuado.

—Denos una semana o así. No hay nada que no pueda corregirse. Los hombres han hecho un trabajo terriblemente duro.

—Se trata de algo más que de algunos retoques. Simplemente no da la sensación correcta, ¿no lo ve? —Cunningham fue firme.

Knox no lo veía de esta forma. Los errores podían corregirse. Miraba al almirante sin expresividad.

Cunningham se dio cuenta de que una persona de la marina lo habría entendido inmediatamente, pero era difícil explicárselo a un tipo de tierra.

—Simplemente no tiene el alma de un buque de guerra.

Esto sí lo entendió el profesor. Formaba parte de ese misticismo de los hombres de mar.

Maskelyne había escuchado cómo Cunningham anunciaba su decisión y estaba de acuerdo, la transformación no había sido eficaz, pero se negaba a permitir que el duro trabajo de la Cuadrilla hubiera sido para nada. Sabía que debía haber alguna manera de sacarle provecho al trabajo. El *Houdin* no podía pasar por un acorazado, por supuesto. *Jerry* lo examinaría a fondo y descubriría los errores y...

Un pensamiento relámpago le dio la respuesta. Se le encendió la luz del ingenio.

—Perdóneme, Almirante —le dijo—, pero tal vez tenga una solución.

—¿De verdad?

—Eso creo. Parece que hemos estado intentando convencer a los alemanes de que nuestro crucero es realmente un acorazado, cuando, de hecho, ¿deberíamos intentar convencerlos desesperadamente de que eso es exactamente lo que no es!

—¿Que no es un acorazado, quiere decir? —preguntó Cunningham, perplejo.

—Correcto.

—Bien —contestó el Almirante—. No creo que les resulte muy difícil, ¿no? —en realidad, no tenía ni idea de toda aquella palabrería de Maskelyne.

Todo el cuerpo de Jasper comenzó a animarse a medida que explicaba su plan para salvar al *Houdin*.

—Como ve, hemos tenido la responsabilidad de cerciorarnos de que cada nudo y cada ancla fuera un duplicado exacto de los auténticos. Suponga, sin embargo, sólo suponga que tenemos un verdadero acorazado. Si *Jerry* enviara a dos de los mejores aquí abajo, haríamos todo lo posible por protegerlo, ¿no? Lo ocultaríamos, o lo camuflaríamos, o... —se detuvo brevemente aquí, y sugirió suavemente— o lo disfrazaríamos.

Cunningham frunció el ceño, indicando razonamiento y confusión.

—Supongo —dijo con incertidumbre.

—Obviamente, no tendríamos éxito. ¿Lo ve?

—No, no lo veo —admitió el Almirante.

—Déjeme explicárselo entonces. Los magos empleamos a menudo una técnica en el escenario conocida como el efecto del ingenuo, o la trampa del ingenuo. El objetivo es permitirle al público que llegue a sus propias conclusiones a partir de la evidencia que detecta a través de la observación. Deje que el público crea que le ha cogido en un error y ya lo tiene justo donde quiere. Si, por ejemplo, le digo que una caja está vacía, puede que no me crea, pero si inclino un poco la caja como por accidente y le dejo que mire en su interior y usted ve que está vacía, entonces se lo cree. De hecho, llegaría a creerse que sabe mucho más de lo que yo quería dejarle saber.

Cunningham lo escuchaba con mucha atención, tenía los hombros ligeramente inclinados hacia delante, sus codos descansaban firmemente sobre la mesa inestable, permanecía con las manos cruzadas, formando una fortaleza con sus gruesos brazos alrededor de una taza de un café que se le había quedado frío.

—El socio de mi abuelo era el gran mago David Devant —comenzó a explicarle Jasper—. Entre sus muchos números de ilusionismo Devant solía hacer desaparecer una pieza de ganado. No importaba qué tipo de animal utilizara, podría ser tanto un cerdo como una paloma, pero, por lo general, realizaba el número con un conejo.

El almirante Cunningham lo intentaba, pero era incapaz de encontrar la conexión entre hacer desaparecer un cerdo y convertir un montón de leña flotante en un acorazado.

—Después de sacar el conejo, lo colocaba cuidadosamente en una caja normal sobre lo que parecía ser una mesa ordinaria. Entonces, parte por parte, iba quitando las secciones de la caja. La tapa, y después cada uno de sus lados, se los iba dando a un ayudante o los dejaba en el suelo detrás de la mesa, demostrando que la caja estaba vacía y que el conejo había desaparecido con éxito. La mesa era la única parte del mecanismo que se quedaba en el escenario.

Sin embargo —continuó Jasper—, el público podía ver aún lo que parecía ser un mechón de pelo blanco que sobresalía de la parte alta de la mesa. Devant solía hacer un maravilloso espectáculo procurando tapanlo con el último lado de la caja. Otros magos que hacían un número similar solían ponerse delante y fingir vergüenza. Hay innumerables técnicas para alcanzar el mismo efecto, pero el objetivo es parecer que se está intentando ocultar el mechón mientras que lo que se está haciendo realmente es atraer la atención del público hacia ese lugar en particular. Al intentar ocultarlo, el mago está, de hecho, convenciendo al público de que le ha descubierto la estratagema. Llegado el momento, el público le recordará al mago su error, en ocasiones liderado por un cómplice sentado en la última fila. Después de que el mago haya hecho todo lo posible por ignorar los gritos, estirará la mano y extraerá el objeto de la mesa. Devant solía sacar malvavisco, pero se puede utilizar también un pañuelo o cualquier otra cosa similar. Finalmente, después de sujetar el objeto para que el público lo viera, plegaba la mesa para probar que el animal no estaba escondido allí

dentro. ¿Ve adónde voy?

Cunningham suspiró.

—Eso creo. Sí, eso creo —moviendo el dedo índice en el aire para subrayar sus pensamientos, resumió con esmero la propuesta—. Si queremos que *Jerry* piense que esta... ejem, que esta cosa es un acorazado, tenemos que convencerlo de que, en realidad, nosotros estamos intentando que crea que es otra cosa.

—Ahí está, lo ha entendido —le dijo Jasper.

—¿Dónde está el conejo? —preguntó Knox.

Jasper lo miró.

—¿Dónde? Pues en la mesa, por supuesto.

En la distancia, el crucero disfrazado iba a la deriva entre una suave brisa.

—Tenemos que dejar que los alemanes saquen sus propias conclusiones —continuó Maskelyne—. Si nos tomamos las suficientes molestias para camuflar nuestro barco, y lo hacemos mal, su equipo de inteligencia estará encantado de descubrir que hay un acorazado verdadero bajo toda nuestra lona y papel maché. Con este tamaño no podría ser otra cosa. Todos los errores que hemos cometido jugarán entonces a nuestro favor. Asumirán que les mentimos para esconder el verdadero barco.

Cunningham estaba tan encantado con el audaz plan que acordó ponerlo en práctica inmediatamente. Después de la derrota que había soportado su Armada durante los últimos meses, le llenaría de satisfacción poder darles a esos indeseables nazis su merecido de cartón.

—¿De qué vamos a disfrazar el acorazado? —preguntó.

Jasper soltó con suavidad su gracia.

—¿Quizá de crucero oxidado?

La Cuadrilla se puso enseguida a trabajar, haciendo un buen trabajo de mal camuflaje. Entre los mástiles y la botavara se estiraron «cubiertas» y «planchas» de lona pintadas de azul, algo que, por lo normal, perseguía hacer que el barco se fundiera con el agua, del mismo modo en que cambia de color el camaleón para perderse con el fondo. En este caso, sin embargo, el azul se pintó a propósito con una tonalidad demasiado verdosa y las «cubiertas» tenían un corte perfectamente cuadrado, en vez de algo irregular, para poder desvanecerse en el agua. Observadas desde el aire, saltarían a la vista como cuadrados rosas en un tablero de ajedrez. Además, se aflojaron los baluartes para que se inflaran con la brisa, le echaron agua a una chimenea de cartón expresamente hasta que quedó empapada, realizaron un penoso esfuerzo para disfrazar la proa falsa del acorazado simulado, y colocaron los flotadores fabricados con barriles de petróleo sólo a unas pulgadas bajo la superficie. Para cuando la Cuadrilla acabó esta sofisticada inclemencia, era virtualmente imposible determinar qué había exactamente bajo este conjunto de falsas vigas, pilas de cartón y cubiertas de lona. Solamente su gran longitud y circunferencia, y sus grandes armas de tuberías de desagüe, apenas visibles, insinuaban que se trataba de

un acorazado.

—Es un buen tributo a su nombre —proclamó con orgullo Jasper mientras la Cuadrilla lo miraba por última vez desde la ribera del lago, antes de volver a Abbassia.

—Hay una cosa que está clara —Hill frunció el ceño—, no hay otro igual en ningún lugar del mundo.

—Ciertamente mantendrá al equipo de inteligencia fascinado durante cierto tiempo —decidió Robson.

—Al nuestro también —agregó Knox—. Al nuestro también.

El *Houdin* tuvo que ser remolcado a su lugar después de anochecer, muy lentamente, y en aguas tranquilas, para evitar que una pequeña ola lo echara abajo. A diferencia del puerto simulado o de las armas de cartón, tardarían cierto tiempo en determinar su éxito, si es que llegaba. El Ministerio de Armada estaba completamente convencido de que los alemanes y los italianos se aprovecharían de la ausencia de un buque de guerra británico en la zona para aumentar de manera drástica el tamaño y el flujo de sus convoyes de abastecimiento. Pero no había ninguna prueba contundente de esto. El éxito del señuelo se podría medir por un cambio en el número de buques de protección que guiaban a los convoyes, o por una alteración de la ruta, pero sería difícil adjudicar estas modificaciones directamente a la presencia del *Houdin*.

El almirante Cunningham decidió plantar aquella cosa en medio del agua donde pudiera ser visto, y arriesgarse. Tenía la seguridad de que, en el peor de los casos, le crearía cierta confusión al enemigo. «Ciertamente hace que incluso yo me sienta confuso», le confesó a la Cuadrilla.

Un avión alemán de rastreo lo divisó anclado a las afueras de Suez. El avión bimotor dio un giro de barrido y descendió en picado para lograr una perspectiva más cercana. Algunas horas más tarde llegaron otros dos observadores. Las baterías *ack-ack* de tierra saltaron sobre el terreno para hacer que guardaran cierta distancia del barco, pero los aviones se acercaron lo suficiente como para conseguir algunas fotografías fascinantes. Por la noche, el *Houdin* fue remolcado a otra zona diferente.

Después de volver al Valle Mágico, Maskelyne esperó con paciencia los informes sobre el primer viaje del buque de guerra de cartón. Si los alemanes picaban el anzuelo del ingenuo, tal y como él sospechaba que sucedería, la Cuadrilla podría adjudicarse con razón otra misión imposible llevada a cabo con éxito. Pero si aquel intento de fraude se descubría... sonrió con seguridad ante la posibilidad. Si lo descubrían, aún le quedaba un as en la manga. Un mago habilidoso se reservaba siempre una última jugada.

Las peticiones de ayuda para la Cuadrilla Mágica continuaban apilándose. Dudley Clarke necesitaba algunas herramientas para sus operarios de la Fuerza A. Pedían más escudos solares. Desde Inteligencia esperaban que les sugirieran alguna manera

ingeniosa para colocar con seguridad a un observador de vanguardia en el desierto. El comandante de transporte lo seguía presionando para que ocultara de alguna forma los miles de galones de gasolina que tenía en el Nilo Azul. El almirante Cunningham quería otro suplemento para su creciente flota falsa de la marina: una lancha motora que desapareciese. Incluso la valerosa Fuerza Aérea del Desierto tenía un encargo para él.

Durante una partida de *rummy* en la que había mucho en juego, un ayudante del almirante Cunningham le mencionó por casualidad la «marina mágica» de Maskelyne a un oficial de la Fuerza Aérea, que se lo comentó en un partido de *cricket* en Gezira a un oficial de vuelo que trabajaba para el mariscal de aviación Tedder, y éste se lo contó a Tedder, que se quedó fascinado y contactó con Cunningham, que estaba encantado y le habló de Geoffrey Barkas, que, de modo casual, le pidió a Maskelyne que se pasara por la oficina de la RAF en El Cairo.

Sir Arthur Tedder, oficial comandante-jefe de la Fuerza Aérea de Oriente Medio, sólo quería que Jasper pensara una manera para que pudieran soltar desde el aire a miles de pies envases de provisiones sin paracaídas, «debido a la actual escasez de los mismos», de forma que su contenido no saltara en pedazos con el impacto. Aunque el ayudante de Tedder explicó que se utilizarían para proveer munición a los partisanos que luchaban en los países ocupados, Maskelyne se dio cuenta de que se podría adaptar el mismo método para suministrarles alimento y medicinas a la gente sitiada en Malta. Éste se convirtió en su proyecto prioritario.

En una agradable tarde fresca a finales de febrero, Jasper estaba de pie en una silla de la oficina dejando caer huevos forrados con diferentes envolturas sobre una capa de lona cuando Phil Townsend entró. Ya había roto aproximadamente una docena de huevos, creando una piscina bastante viscosa de color amarillo claro en el centro de la lona.

El pintor miró aquella mezcla e hizo una mueca.

—Creo que es posiblemente la mezcla más lamentable que haya visto nunca.

—Investigación —respondió Maskelyne—, investigación. Tengo que encontrar una manera de que estos huevos no se rompan.

—¿Has pensado en no tirarlos? —le sugirió Townsend con cierta vacilación.

—Es para la gente de Tedder —se rió Jasper por lo bajo—. Quieren tirar provisiones sin paracaídas. —Jasper sostenía un huevo entre su pulgar y el índice envuelto en gruesas capas de algodón.

Townsend apartó los ojos de la piscina.

—Nails me ha dicho que querías verme.

El huevo cayó como un camión de mil toneladas, y se escuchó un plop sobre la lona. En unos segundos, un líquido suave y pegajoso se filtró a través del algodón.

—Éste no sirve —dijo Jasper, frunciendo el ceño, y se bajó de la silla.

Mientras se limpiaba la mano, le dijo a Townsend que la infantería había solicitado postes de observación delanteros a prueba de balas.

—Estaba pensando en erigir dunas falsas de arena, o quizás podríamos hacer algo con los troncos huecos de palmeras. A ver cómo puedes ingeniártelas, ¿vale? No hay prisa, para cualquier momento de mañana vale. —Se secó las manos, y sacó otro huevo. Comenzó a cruzarle tiras de algodón alrededor.

—¿Qué te parece algún tipo de sistema de suspensión? —le sugirió el artista.

—¿Con una cubierta externa dura, quieres decir? —Jasper consideró la propuesta.

—Eso es. Deja que el envase absorba el impacto.

—Ummm. Puede que funcione. Veamos.

Mientras Maskelyne buscaba en la habitación una caja para empaquetar el huevo, Townsend se echó una taza de té. Su actitud amistosa era nueva y agradable. Por alguna razón inexplicable el artista había dejado de lado sus resentimientos. Incluso había empezado a unirse a la Cuadrilla. Aunque sus esfuerzos iniciales eran tan torpes como si un forzudo de circo intentara caminar por el alambre, los muchachos pasaron por alto sus errores.

—Mira aquí, ¿qué te parece? —preguntó, mientras sostenía una caja de racionamiento.

—Sí, valdrá —dijo Jasper.

Hablaban amablemente mientras Maskelyne envolvía el huevo con largas tiras de cinta, pegaba los extremos de la cinta a los lados internos de la caja y después embalaba el exterior de la caja con capas de algodón. Como siempre, la guerra era su principal preocupación. Incluso teniendo en cuenta la última incursión de Rommel, debían considerar la operación «*Crusader*» como un éxito. El VIII Ejército había recuperado por fin el espíritu de la batalla. El *Afrika Korps* del Zorro había recibido un duro golpe. La guerra en el desierto no había terminado, el final ni siquiera asomaba en el horizonte, pero ya no se cuestionaba la habilidad del Imperio para machacar al mejor ejército del Führer. Con los Estados Unidos finalmente en la batalla, y con la barrera que los soviéticos le habían puesto a los nazis en Rusia, Hitler estaba de repente a la defensiva.

Cuando la caja estuvo cubierta por completo con algodón, Jasper volvió a subirse a la silla y la tiró a la lona. Aterrizó en una esquina y se dio la vuelta como al lanzar un dado. Townsend la cogió y la abrió. El huevo se había agrietado, pero no estaba roto.

—Intentémoslo de nuevo —dijo Jasper—; pero esta vez entrecruzando la cinta y poniendo hilos de suspensión, como si fueran una especie de red de apoyo.

Una vez que se pusieron a trabajar de nuevo la conversación cambió al segundo tema más popular.

—Te lo digo, aquellas muchachas eran realmente impresionantes —se jactó Townsend, mientras le contaba los detalles de una noche en El Cairo con un colega ingeniero—. Una de ellas, una de ellas, en mi vida he visto algo igual. Quiero decir que tenía... era...

Incapaz de encontrar las palabras para describirla, movió las manos en dos líneas

suavemente curvadas y seductoras.

Maskelyne captó la idea. No dudó de que aquella mujer existiera realmente, y quizás fuera tan encantadora como la recordaba el artista, pero también sabía que Townsend no creía en lo que le estaba contando. La jactancia protegía su ego tanto como las bandas de sujeción que habían salvado al huevo. Tampoco es que Jasper viera nada malo en ello.

Sin embargo, no podría ignorar el tema. Ahora que Townsend era capaz de hablar del asunto, necesitaba hablarlo con él. Jasper lo pinchó suavemente, preguntándole si había recibido alguna comunicación de su esposa.

—¿De ella? —soltó Townsend con repugnancia—. Nooo, tampoco saldría de mí. Los abogados se están ocupando del caso. Cuando lo recuerdo, quiero decir, todo este asunto, no puedo creerme lo idiota que he sido. Incluso si esto no hubiera pasado; a excepción del pequeño bebé, claro, y juro que no voy a permitir que el niño sufra por esto... pero si no fuera por nuestro bebé, no habría habido ninguna razón para que siguiéramos juntos. Tampoco es que las cosas nos fueran demasiado bien al final, si tengo que ser sincero contigo. Teníamos nuestros problemas. Éramos bastante jóvenes cuando nos casamos y yo he cambiado mucho, ya no soy el mismo hombre que era entonces y...

Jasper lo escuchó, asintiendo cuando era apropiado, y ofreciéndole una palabra de apoyo cuando parecía necesaria. Después de haber dedicado su vida al mundo de las ilusiones, no veía ninguna necesidad de destruir las de otro hombre.

Le añadieron más tiras cruzadas a otro huevo que se sostenía holgadamente en su sitio, como si estuviera haciendo el vago en una hamaca minúscula, y cuando la caja cayó en la lona, el huevo estaba intacto.

—Todo lo que tenemos que hacer ahora —dijo Jasper— es sustituir un huevo por mil cartuchos de munición y ya lo tenemos.

Estaban acabando la limpieza justo en el momento en que llegó Knox, con un periódico doblado bajo el brazo.

—Aquí está el héroe —dijo elegantemente.

Jasper miró a Townsend, que a su vez le estaba dirigiendo la mirada. Ambos miraron a Knox.

—Tú —le dijo el profesor, indicando a Maskelyne—. Me imagino entonces que no has visto esto ¿no? —agitó el periódico—. Parece que te han dedicado cierta atención.

Confuso con las bromas de Frank, Jasper le quitó el periódico. Era una vieja edición en francés, de hacía una semana, del *Berliner Illustrierte Zeitung*, un periódico alemán.

—Página tres.

Jasper lo abrió por esa página. Estaba dedicado a las noticias de la campaña del desierto de Rommel e incluía una fotografía grande de un Matilda consumiéndose ya sin llamas. Leyó rápidamente el artículo por encima, y se quedó absolutamente

sorprendido al ver su nombre compartiendo una frase con el de Adolf Hitler.

—¿De qué va todo esto?

Knox sacó un trozo de papel del bolsillo del pecho.

—Uno de los muchachos de Clarke me lanzó el periódico. Pensó que quizás te divertiría. Esto —le dijo, agitando el trozo de papel— es la traducción oficial del ejército británico.

Se subió las gafas hasta lo alto del puente de la nariz, se puso el trozo de papel al nivel de los ojos, carraspeó para llamar la atención y entonces comenzó a leer, pronunciando con énfasis cada una de las palabras.

—«Los británicos se han dado cuenta de que su situación es desesperada y han contratado a un famoso mago, Jasper Maskelyne, ¡para intentar asustar al *Afrika Korps!*» —apartó la vista de la traducción—. ¿Qué te parece?

—¿De qué va todo este asunto de Hitler? —preguntó Townsend, señalando el párrafo siguiente en el *Illustrierte*.

—Calma, que ahora voy a eso. Mirad, dice que el Führer felicitó a Rommel por su brillante contraataque: «De hecho, el Führer le dijo a Rommel, general de tanques, que el Ejército Alemán no necesita a un Maskelyne para hacer que el Ejército Británico desaparezca». —Frank miró fijamente a Jasper por encima de la traducción—. Parece que el señor Hitler ha estado hablando de ti a tus espaldas.

—Y yo todo este tiempo sin saber que estaba trabajando con una persona tan importante. —Townsend hizo una reverencia de broma.

Jasper no sabía si estar satisfecho, avergonzado, divertido o molesto.

—Bien —decidió por fin—, supongo que he sido insultado por gente mejor.

Gracias principalmente a las jactancias de Mike Hill, las palabras del comentario de Hitler se extendieron rápidamente por toda la comunidad de oficiales británicos en El Cairo y durante los siguientes días Maskelyne tuvo que aguantar muchos chistes al respecto. Aunque la mayoría de los oficiales pensaba que eran divertidos y hacían comentarios sin mala intención, algunos estaban realmente celosos de esta atención y así lo dejaban ver amargamente. Maskelyne terminó por considerar todo aquello como una broma algo extraña y aceptaba sin rencor las embestidas de sus compañeros. «Parece que algunos de los muchachos piensan que a mí me gusta esto», le escribió a Mary, adjuntando la traducción. «Pues bien, ¡es el típico caso de culpabilidad sin asociación!».

Mike Hill disfrutaba con este revuelo y le decía a todo el mundo: «Si pensáis que eso fue un insulto, esperad a oír lo que Maskelyne tiene que decir sobre Hitler».

Ni Barkas ni Clarke encontraron divertido el artículo.

—Resulta obvio que saben que no está usted aquí para hacer trucos sobre el escenario —refunfuñó Barkas—. Estarán controlándole a partir de ahora y eso va a dificultar mucho su trabajo.

Clarke estaba muy angustiado.

—Me temo que esto le convierte en un blanco de primera. Resulta imposible

predecir qué puede llegar a hacer esa fraternidad de locos para intentar complacer a su Führer. Sugiero que se deje ver menos durante un tiempo.

—¿Todos somos blancos, no es así? —le contestó Jasper—. Ese es el trabajo de un soldado.

Además, ya tenía él suficientes encargos como para malgastar el tiempo preocupándose de que unos árabes siniestros estuvieran planeando actos enrevesados. El ritmo del Valle Mágico era tan frenético como lo había sido el del Teatro Egipcio en sus días felices. Pero en vez de actores, encargados, agentes, prensa, mujeres que querían ser ayudantes, mecánicos y contables, el campamento estaba prácticamente invadido por camufladores, carpinteros, pintores, electricistas, tejedores, mecánicos, maquinistas, delineantes, administrativos y trabajadores de la línea de montaje, todos apresurándose para realizar cierta misión. Los días de Jasper se movían entre la actividad mientras intentaba distribuir tareas a tanta gente como le era posible. Cuanto más ocupado estaba, menos tiempo tenía para sentirse solo, o para pensar en la gente de Malta que sufría. Había viejos proyectos que concluir, nuevos proyectos que comenzar, proyectos futuros que considerar; además, tenía que dejar tiempo por las noches para ejercitar sus dedos, y Clarke le había pedido que diera una de sus populares conferencias de escape y evasión a las tropas recién llegadas. Al final de la noche era cuando únicamente podía relajarse; se sentaba solo y le escribía sus pensamientos a Mary.

Para su disgusto, no había podido entregar a la Fuerza Aérea un contenedor para provisiones que pudiera arrojar desde un avión sin paracaídas. La primera prueba del dispositivo de suspensión que había desarrollado con Townsend tuvo lugar en el desierto, el 1 de marzo de 1942.

Maskelyne se protegió los ojos del sol mientras una Wellington solitaria dio un giro y después dejó caer el contenedor prototipo de provisiones desde una altura de quinientos pies. El cajón, una caja de embalaje de madera de casi cinco pies de ancho y cuatro pies de profundidad, se envolvió con una capa gruesa de restos de algodón. Dentro, diez bandejas selladas de yeso, cada una con cincuenta cartuchos de munición anti-tanque del 38, 45, 303, quinientos cartuchos en total, quedaban en libre suspensión gracias a unas tiras de lona y más algodón para amortiguarlas.

El cajón cayó directamente en los primeros cien pies, y luego comenzó lentamente a dar vueltas en el aire. Se estrelló contra el suelo. Al siguiente instante, explotó.

Nadie dijo una palabra hasta que la montaña de escombros se estabilizó, entonces Bill Robson hizo una observación.

—Bueno, no ha salido muy bien.

—Quizás necesitemos hacer algunos cambios —admitió Jasper, y se marchó lejos de aquel nuevo cráter en el desierto.

Como de costumbre, Hill se las arregló para poner la prueba en perspectiva.

—Eh —sugirió—, podemos utilizarlo para cavar trincheras instantáneas.

Afortunadamente, otros proyectos iban mejor. El Armada británica informó de que el *H. M. S. Houdin* estaba haciendo un sólido trabajo en el Mediterráneo. El Eje no había aumentado la frecuencia de sus convoyes a Trípoli, y al menos dos buques de guerra italianos habían alterado su curso para, al parecer, evitar el contacto con el «acorazado» británico. El barco en sí se mantenía tan bien como era posible, aunque su equipo permanente, que constaba de dos hombres, había encontrado algunos problemas para figurarse en qué lugar iba cada pieza cuando se soltaban. Graham y Fuller fueron enviados en un par de ocasiones para supervisar reparaciones.

Phil Townsend, con la ayuda de Bill Robson, había elaborado varias propuestas inteligentes para esconder los postes de observación delanteros. Entre éstas, figuraban las primeras una duna de arena simulada y un árbol de metal. La duna, basada en el principio de escenificación de magia que reza que lo más obvio se suele pasar por alto, era en realidad el armazón de un montículo del color de la arena, lo bastante espacioso como para que se sentara un hombre; se podía colocar al aire libre y cubrir con arena de modo que fuera casi indistinguible del resto de los montones del desierto. La palmera de estaño se había diseñado para su uso en oasis suntuosos que servían como importantes puntos de referencia y zonas de estacionamiento. Similares a las estructuras que se emplearon durante la Primera Guerra Mundial, estaban forradas de acero a prueba de balas y podían albergar a un observador equipado con sistema del telescopio y radiotransmisor.

El original árbol de estaño se fabricó en unas horas en el taller y, después de algunos retoques, parecía lo bastante natural como para hacer que su inquilino deseara que nadie se decidiese a utilizar sus ramas para encender un fuego nocturno. Por desgracia, visto de cerca las mirillas resultaban visibles. Después de cierta experimentación descubrieron que una capa de gasa pintada del mismo color que el resto del tronco volvía los agujeros casi invisibles. Knox, el profesor de camuflaje animal, les recordó a los trabajadores del taller que cortaran a mano y con forma irregular cada uno de los agujeros de observación, dado que las formas geométricas perfectas no son comunes en la naturaleza.

Después de una serie de pruebas, se pasó a la producción en masa de dunas y árboles de observación en el Valle y, para finales de marzo, el *Long Range Desert Group*, las Ratas del Desierto, los estaba plantando en el Nilo Azul.

Poco después de que las primeras dunas se pusieran en funcionamiento, Maskelyne le sugirió al comandante de transporte que unas dunas artificiales de arena más grandes se podrían utilizar para ocultar grandes alijos de combustible y munición en el desierto a cielo abierto. Durante los siguientes meses, de la noche a la mañana aparecían grandes «dunas», en realidad montañas de suministros, en puntos estratégicos a lo largo de los caminos principales. Estos depósitos, ocultos a plena luz del día, demostraron ser vitales cuando comenzó la batalla final por África del Norte.

Durante toda la primavera de 1942, las fuerzas del Eje en Europa y Asia habían

avanzado lentamente contra la obstinada resistencia aliada. En el Atlántico, los submarinos alemanes continuaron cobrándose un alto precio en marina mercantil y buques de guerra. En el Pacífico, los ejércitos japoneses comenzaron a ocupar las islas abandonadas después del éxito imponente del ataque contra la flota americana en Pearl Harbor. El general Douglas MacArthur se marchó de Filipinas en submarino y, cuando llegó a Australia, juró que volvería a las islas. Durante las siguientes semanas nadie en El Cairo salía de su cuarto sin manifestar primero que también ellos volverían.

Los ejércitos aliados luchaban para ganar tiempo, sabiendo que los refuerzos —y las provisiones— comenzarían a llegar tan pronto como la gran máquina industrial americana se pusiera a producir a pleno rendimiento.

En África del Norte los alemanes continuaron arruinando la línea de abastecimiento de Gran Bretaña en el Mediterráneo mientras reforzaban la División Panzer de África de Rommel. El punto muerto en la línea de Gazala se quebró sólo por expediciones puntuales en los campamentos enemigos, y por los persistentes ataques a la fuga que realizaban las barbudas Ratas del Desierto. Auchinleck se quedó satisfecho dejando que Rommel se pudriera en el desierto mientras él reparaba su propio ejército para una ofensiva a comienzos de verano.

En el Valle Mágico el trabajo avanzaba con diferentes proyectos. Los ataques devastadores de la Luftwaffe en Malta llevaron a Maskelyne a dedicar mucho de su tiempo a perfeccionar los cartuchos irrompibles de provisiones. Después de fallar con el prototipo, se dio cuenta de que era necesario retardar la velocidad de la caída, cosa que parecía difícil sin añadir algún mecanismo de paracaídas. Después de consultarlo con un número de ingenieros, unió unas largas serpentinas de lona a la caja para que actuasen como resistencia, reduciendo así la velocidad de caída.

El pequeño grupo se volvió a reunir en un extremo del desierto para una segunda prueba. Una vez más la Wellington hizo un barrido a quinientos pies, dio un giro y arrojó un cajón de municiones. La caja grande se tambaleó de lado a lado mientras caía, hasta que las serpentinas atraparon el viento y la sostuvieron casi en vertical. Con sus largas colas temblando en la corriente de aire, la caja parecía como si un pulpo muerto cayera del cielo.

La caja se estampó en el desierto, provocando un chorro ascendente de suciedad y arena. Entonces, aunque todos esperaban en tensión, no sucedió nada. Los hombros de Maskelyne cedieron en señal de alivio. «Hasta ahora, bien», dijo vacilante mientras se subía a su *jeep*.

El cajón se había agrietado, pero permanecía intacto. Sin embargo, cuando Graham lo abrió, la Cuadrilla descubrió que la mayoría de los cartuchos se habían pegado a las bandejas suaves de yeso en que se había comprimido la munición para su protección. Tuvieron que limpiar casi todos los cartuchos antes de poder utilizarlos. Obviamente, no habría la posibilidad de hacer esto en el campo de batalla. «Por lo menos se ha solucionado la mitad del problema», dijo Graham de manera

filosófica tras regresar al Valle. «Ya las tenemos abajo. Ahora todo lo que tenemos que hacer es encontrar una manera de embalarlas».

La solución al problema era bastante simple. Jasper decidió fabricar las bandejas para la munición con papel maché no adhesivo en vez de yeso. Toda la Cuadrilla se pasó una tarde de charla, sentados en círculo en la sala común, como mujeres haciendo punto, rompiendo en pedazos formularios de requisita, mezclándolos después en una cuba con una masa de cartelero maloliente hecha de agua y harina confiscada. Hundieron la munición en las bandejas mientras el papel maché estaba aún húmedo, proporcionándole así la protección adecuada, al mismo tiempo que permitía separar fácilmente los cartuchos una vez que las bandejas se hubieran secado y endurecido.

La tercera prueba fue un éxito absoluto, y después de que la gente de Tedder llevara a cabo más pruebas, la RAF solicitó tantas cajas como fuera capaz de producir el Valle Mágico. Nails Graham instaló una planta de producción en una tienda bajo escudos solares, pero tenían problemas para decidir cómo fragmentar los cientos de kilos de papel que serían necesarios para las bandejas. Cortándolos a mano tardarían demasiado. Así que, después de considerar muchas alternativas, y de eliminar cada una de ellas, concluyó que tenía que robar una moto.

En la vida de El Cairo resultaba normal no dejar nada, absolutamente nada, desatendido si no se quería correr un serio riesgo. Cosas que difícilmente podían tener valor salvo para su dueño desaparecían en un instante. Se robaban bombillas de vestíbulos vigilados, zapatos roídos de los armarios, lápices medio masticados de los escritorios, había incluso un enérgico mercado negro de tapacubos de automóviles en el bazar. Por eso, al cabo de administración del Húsar no le sorprendió en absoluto que le robaran su moto, que estaba encadenada en un lugar seguro, justo en frente de las «Columnas Grises».

Hill fue quien dio el «golpe», aunque Robson proporcionó la distracción necesaria presentándose como reportero americano para el *Barras y Estrellas* y entrevistando al guardia sobre la vida en Oriente Medio.

Graham convirtió la Harley-Davidson en una máquina de fábrica poniéndola al revés sobre ladrillos anclados y sustituyendo el neumático posterior por una correa de goma que estaba conectada al mecanismo de la rueda para activar un cúter que dividía el material en tiras. La mayor parte de la pulpa procedía de mapas anacrónicos. El sistema improvisado era capaz de producir casi ocho kilos de desecho por hora.

Por sugerencia de Mike Hill, emplearon tiras de lona de diferentes colores para indicar el contenido de las cajas. Las rojas eran munición, las verdes herramientas, las raciones iban en las blancas, etcétera.

Maskelyne celebró con Frank la acertada culminación del proyecto con un caro almuerzo en la ciudad, una bolsa llena de tabaco importado y una tarde rasgueando el ukelele y dejando que su mente jugara un poco. La tarde libre fue todo un lujo.

Sus dedos arrancaron tristes melodías. A la mañana siguiente, tan pronto como

despejara de su mesa de dibujo todo el papeleo referente a las cajas, comenzaría otro trabajo. El almirante Cunningham conseguiría una lancha motora que alterara su forma en mitad del océano. Después de eso... Después de eso... Después de eso, lo sabía, habría otro trabajo que hacer, una docena más de trabajos que hacer, y, con el tiempo, se harían todos, pero no estaba seguro de que ninguno de ellos supusiera un cambio.

Durante sus días de espectáculo, se había acostumbrado al periodo melancólico que bastante a menudo le seguía con fuerza al éxito, pero creía haber dejado atrás aquellas épocas tristes cuando metió la varita en la maleta. Para su consternación, se dio cuenta de que no. Aquellos viejos síntomas familiares habían vuelto. Se le revolvió el estómago, notaba los hombros terriblemente cargados, los ojos agotados y sentía que estaba acabado. La aparición en sí de estos síntomas, además de sus fastidiosos efectos físicos, le molestaba mucho. No había razones para este ataque. Estaba haciendo el trabajo que siempre había querido hacer. Había alcanzado la celebridad que era evidente que necesitaba. La Cuadrilla estaba establecida firmemente y más ocupada que cualquier otra unidad de su tamaño en todo el VIII Ejército. Pero algo le causaba esta ansiedad. Había algo.

—Quizás es que simplemente te sientes solo —le sugirió Knox durante el refinado almuerzo—. Ya llevas tiempo fuera y...

Por supuesto que estaba solo. Todo el mundo en la guerra estaba solo. Él lo sabía. Pero había cargado con ese dolor durante mucho tiempo y lo reconocía como un enemigo familiar. Esto era algo diferente.

—No —meditó—, no...

El profesor se preguntaba si se habría aburrido por la falta de verdadera acción.

Estaba demasiado ocupado para estar aburrido, le contestó Jasper. Además, cada nueva petición le presentaba un desafío único. El trabajo era vital. Había que hacerlo. «Dependen de nosotros», insistió, pero cuanto más protestaba más se convencía de que Frank tenía razón. El trabajo ya no lo estimulaba. Pero ¿por qué?, se preguntaba.

La respuesta le llegó esa noche mientras asistía como público a un espectáculo de ENSA que estaba de gira. Cada uno de los ejecutantes era terriblemente sincero y enérgico pero el espectáculo en sí era mediocre. Fallaba, Jasper reconoció, mientras intentaba reprimir un bostezo, porque había empezado y progresaba al mismo nivel, dejando al público sin nada que anticipar.

La anticipación, como había aprendido durante su vida entre bastidores, era el ingrediente secreto para todo espectáculo acertado. Era el elixir que atraía al público al teatro y que mantenía vivo su interés. Como le había dicho su abuelo, nadie va al circo a ver que el domador de leones tiene una vida normal y corriente.

Knox tenía razón, estaba aburrido. Aburrido del hecho de que todo lo que tenía que hacer eran versiones de lo que ya había logrado. Había estado poniendo tapones a una presa con filtraciones. Los hombres simulados confundirían a los alemanes. El *Houdin* retardaría a italianos. Los tanques y los aviones y los camiones simulados, las

cajas, el puerto, los dispositivos para espías... todo ello tenía un uso práctico. Pero todos estos elementos por separado, cuando se unían, no eran más que un montón de elementos separados. No había un hilo conductor en su actuación. Sus números de ilusionismo eran todos buenos de por sí, pero, como todo mago aprende, un buen espectáculo siempre culmina con un gran número final. Su espectáculo, él lo sabía, no tenía clímax.

Era consciente de que tendría que ser algo grande, algo que marcara la diferencia. Algo más grande y mejor que cualquier cosa que se hubiera hecho nunca en el escenario de la guerra. El entusiasmo que creció dentro de él al darse cuenta de este hecho casi lo hizo salir disparado de su butaca en el teatro para irse a su mesa a empezar a trabajar, pero un joven vocalista lo estaba dando todo en el escenario y Maskelyne era demasiado cortés como para interrumpir su actuación.

Además, en el asiento de al lado, Frank Knox había caído en un sueño profundo.

Esa misma noche, mientras Jasper y Frank veían el espectáculo, Michael Hill y Kathy Lewis se registraron en el Royal Arms de Sharia el Gumhuriya como soldado y señora Moore. Subieron al tercer piso en el ascensor accionado por polea en un silencio absoluto, sin arriesgar siquiera una mirada. Su pequeña habitación, que miraba al parque de Azbakiya, estaba limpia y ordenada. Además de la cama con el marco de latón, cubierta con una colcha de flores brillantes, la habitación tenía dos sillas de madera con respaldos altos y un *chiffonier* Victoriano de imitación. Había dos toallas cuidadosamente dobladas sobre la cama. Una lámina enmarcada de la Mezquita de Mohammed Ali colgaba de una de las paredes empapeladas en tonos *beige*. El baño estaba cerca del final del pasillo.

Aunque había pasado menos de una hora desde que el muecín hiciera su última llamada a la oración, marcando así la puesta de sol, y la tarde era suave, Kathy estaba helada. Se fue hacia la ventana a cerrar los postigos.

Hill le dio propina al portero que los había seguido llevándoles su maleta vacía, y entonces cerró la puerta.

—Bien —le dijo él, girándose para mirarla de frente—. Aquí estamos.

Ella estaba junto a la ventana, dándole la espalda.

—Sí —dijo con debilidad.

Michael se fue hacia ella y la tomó por los brazos, y después le besó suavemente la nuca.

Ella se apartó de él y se fue hacia el espejo.

—Mírame —se lamentó y empezó a tocarse el pelo—, estoy hecha un desastre.

—Yo te veo bien.

—Pues no lo estoy —insistió ella—. Tengo el pelo fatal y el maquillaje corrido y yo... yo...

Se detuvo brevemente en mitad de la frase, dejó caer las manos a ambos lados y

miró al suelo. Entonces le dijo algo en una voz suave.

—Me imagino... que has estado con muchas chicas, ¿no?

—Con algunas —admitió él.

Ella lo miraba por encima del hombro con ojos inocentes, abiertos de par en par.

—Estoy muy nerviosa, ya sabes.

—Lo comprendo —él comenzó a moverse hacia ella.

—No —le dijo, parándolo con la mano abierta—. Lo que quería decir es que me dieras un momento, por favor.

Se apartó del espejo, que estaba cercano a la cama, pero se contuvo y se dio la vuelta de nuevo de manera abrupta, sentándose finalmente en una de las sillas con respaldos altos. Se cruzó de piernas y dobló las manos en su regazo, y se le hizo completamente imposible mirarlo.

—Si prefieres que no... —le ofreció él.

—No he dicho eso —soltó de golpe—. Estoy aquí, ¿no? Es lo que tú querías.

Ella se quedó mirando fijamente a sus zapatos negros. Nunca antes se había dado cuenta de lo feos y grandes que tenía los pies.

Michael comenzó a declarar que no quería forzarla a hacer nada, que la respetaba, y que, de hecho, pensaba que era ella, en realidad, quien había sugerido la habitación de hotel.

Kathy no lo oyó. Su mente funcionaba más rápido que un manantial. ¿Quién era este hombre? ¿Por qué había consentido ir con él? ¿Qué iba a hacer ahora?

Él permaneció en el otro lado de la cama, con miedo de acercarse a ella. De repente, tomó consciencia de sus manos. No sabía qué hacer con ellas, así que se las agarró por detrás de la espalda para quitarlas de la vista.

—Escúchame, Kathy —le dijo.

Ella cerró los ojos. «Di algo oportuno, Michael, rogaba para sí, di algo oportuno».

—Quiero que sepas que eres muy, muy especial. Para mí, quiero decir. Simplemente... no quisiera que hicieras nada de lo que pudieras arrepentirte.

Ella le abrió los ojos y le lanzó una mirada enfurecida.

—Mírame, Michael Hill. No soy una niña, así que no te atrevas a tratarme como tal. Sé lo que estoy haciendo aquí.

—No, no quería decir eso —se disculpó—. Lo siento, no me malinterpretes. Lo que quería decir... lo que quiero decir es que eres especial para mí, ¿entiendes? Eres la chica más especial que haya conocido nunca. En toda mi vida. Pero no sé qué va a suceder cuando esta maldita guerra acabe, conmigo, con mi vida, así que si estás pensando en matrimonio...

—¿En matrimonio? ¡Quién ha dicho nada sobre matrimonio! —Estaba tan enfadada que se tuvo que agarrar a la silla con ambas manos para mantenerse sentada—. ¡Nunca he dicho una palabra sobre matrimonio! ¡Ni una palabra!

Hill no tenía ni idea de qué hacer.

—Bueno, se me ocurrió. Ya sabes, por el tipo de chica que eres. Y por esto... —

señaló la cama con la mano—. Ya sabes, simplemente se me ocurrió, eso es todo.

¿Matrimonio? Todo era tan confuso.

—¿Casarme contigo? —dijo sarcásticamente, y luego forzó una risotada—. No me casaría contigo ni por todo el té de China.

Como había conseguido recobrar el control, se puso en pie.

—De hecho —continuó, colocándose bien la falda—, ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí contigo. Esto es un error, un terrible error.

Cogió el bolso y su chaqueta ligera, rodeó la cama, con el suficiente cuidado de no rozarla, y se fue hacia la puerta.

—Lo siento muchísimo —le anunció con rigidez— pero esto... esto no está bien. No lo entiendo en absoluto.

Entonces se marchó, dejando la puerta abierta a sus espaldas.

Él la siguió fuera de la habitación. Agarrando el pomo de la puerta, le echó una última mirada a la colcha estampada de flores, no tenía una sola arruga. Sonreía de satisfacción. Toda una dama, pensó aliviado, toda una dama. Entonces cerró la puerta.

Bajaron en el ascensor en silencio, y tampoco se atrevieron a mirarse. Cuando pasaron por recepción, Michael dejó la llave.

—Creo que esto es todo —dijo con malicia, y guiñó un ojo.

—Espero que hayan disfrutando de su estancia —el conserje le devolvió el guiño —, señor y señora Moore —dijo chapurreando en inglés, pero para cuando llegó al apellido, ya habían salido por las puertas.



XIII

La Armada británica necesitaba urgentemente alguna artimaña que permitiera que una flota pequeña y rápida operara con seguridad en el Mediterráneo controlado por el enemigo. «Estos barcos tienen que estar tan bien camuflados que puedan pasar el cuidadoso examen de los comandantes indiscretos de los submarinos alemanes», explicó el capitán D. F. Gregory, un experto en camuflaje naval herido en una evasión nocturna cerca de Chipre al que habían enviado para ayudar a la Cuadrilla Mágica mientras se recuperaba su pierna; «y tienen que poder quitarse rápidamente el disfraz si se desata una ofensiva». Estos barcos, continuó Gregory, se utilizarían, sobre todo, para transportar a través del océano a agentes secretos y mercancías vitales, «y cualquier otro encargo que se les ocurra a los compañeros oficiales».

Maskelyne sabía que éste no era el magnífico número de magia que «provocaría un cambio», pero hasta que se presentara, o hasta que él pudiera realizarlo, continuaría haciendo estos pequeños favores. Sin embargo, éste era engañoso. Después de sufrir las dificultades del *Houdin* se dio cuenta de que no podría confiar en paneles pintados para disfrazar los barcos, no si lo que esperaba era que los barcos alcanzaran velocidad. Todas las modificaciones tendrían que hacerse sobre la estructura básica y de tal manera que no restaran velocidad al barco. Después de examinar los diferentes tipos de barcos disponibles, Jasper y Gregory acordaron seleccionar las aerodinámicas Miami, unas lanchas de rescate de la RAF. Este modelo estilizado, con forma de torpedo, tenía una cabina delantera baja, rematada por un mástil de comunicaciones, y una cubierta posterior larga y estrecha. Su eslora total era de aproximadamente unos cien pies, y gran parte del espacio lo ocupaba una cubierta abierta.

Un avión de vigilancia tomó fotografías del barco desde todos los ángulos, desde el cielo y a nivel del mar, sesenta en total, que se fijaron en las paredes de la oficina de Maskelyne. Pero incluso después de estudiar a fondo dichas fotografías, Jasper no podía llegar a ninguna conclusión sobre cómo encubrir el barco.

—¿Qué es lo que queremos que parezca? —le preguntó a Gregory.

—Cualquier cosa menos lo que es, supongo —dijo el capitán alto y delgado, encogiéndose de hombros.

Comenzaron enumerando los diversos barcos que podían navegar con impunidad por el Mediterráneo en tiempos de guerra. Decidieron que los más seguros entre éstos serían el yate de un millonario que navegara con bandera neutral, preferiblemente el de un jeque rico, y cualquier caique mugriento. Jasper le encargó a Townsend que hiciera bosquejos aproximados de ambos barcos, usando proporciones similares a las de las lanchas motoras de la RAF, y cuando los terminó, puso dichos diseños sobre el casco básico de las Miami.

Gregory fijó los bocetos a la pared, y después se echó hacia atrás junto con Townsend, Jasper y Frank para realizar un examen crítico.

—¿Qué pensáis? ¿Cuál?

Jasper mordió la parte inferior de la boquilla de su pipa fría y miró uno y otro, de un lado a otro, y viceversa.

—Los dos —decidió finalmente—. Podemos hacer los dos.

Cogió un lápiz de dibujo, se adelantó y comenzó a alterar los bosquejos de Townsend.

—Algunos de los añadidos que tenemos que hacer sirven tanto para un yate como para una chalana. Esta chimenea, por ejemplo —dijo, usando su pipa para señalar una chimenea rechoncha en la cubierta posterior del yate—, podemos transformarla fácilmente. Y si agregamos un segundo mástil aquí...

Una vez que Jasper comenzó, todos tenían una o dos ideas que aportar, y para cuando el papel del bosquejo acusaba ya agujeros por las añadiduras y los borrones, se convencieron de que esta conversión múltiple era, en teoría, posible.

—Bien, eso nos quita de encima la parte fácil —dijo el capitán Gregory—, ahora concentrémonos en el verdadero problema.

—¿Qué? —le preguntó Townsend, como si no hubiera oído bien al capitán—. Creía que el verdadero problema consistía en hacer que el barco pareciera otra cosa.

Gregory sacudió su cabeza.

—Mira esto —le dijo, remontando con el índice la línea emborronada del casco de la proa a la popa—, un verdadero lobo de mar que haga honor a su bandera reconoce esta silueta de inmediato. A menos que hagamos algo para alterar esta forma, poco importa lo que concibamos para la superestructura. Sería como poner un tablero encima de un toro e intentar hacerlo pasar por una mesa.

—Sabemos de más que no podemos reformar el casco —espetó Townsend. Jasper estudiaba los bosquejos.

—Y la cosa tiene que coger velocidad —dijo pensativamente—, así que no podemos añadirle nada.

—El mar lo rasgaría tan pronto como se pusiera en marcha —confirmó Gregory.

Knox contemplaba los dibujos en silencio, buscando en su mente un reflejo del problema en la naturaleza. Muchos animales e insectos tienen la capacidad de cambiar su aspecto exterior. Poco a poco, comenzó a dotar al barco con características animadas, transformándolo en su mente en un animal flotante saltando

entre las olas en su huida desesperada de algún depredador invisible. Empezó a ver sus dientes cortantes y apretados y sus orejas que se levantaban mientras corría en busca de la supervivencia. Entonces dijo con cautela: «Creo que puedo tener una solución».

Los otros tres hombres se giraron hacia él al unísono.

Él continuó mirando fijamente el dibujo mientras hablaba, todavía imaginándose al animal aterrorizado. «En la naturaleza», comenzó diciendo, como si recitara de memoria, «hay algunos animales e insectos dimorfos, es decir, que pueden exhibir dos formas absolutamente distintas. Por ejemplo, la mariposa pavo real, *Vanessa io*, despliega por lo general unas alas notablemente hermosas por las que recibe ese nombre. Sin embargo, cuando esta mariposa detecta un peligro, puede doblar las alas de modo que se asemejen a una hoja ordinaria, para así engañar a sus enemigos. A propósito, hay también un número de animales trimórficos, pero estoy seguro de que los caballeros ya entienden el principio».

Como estudiantes respetuosos, murmuraron en señal de conformidad.

«Ahora», continuó, recayendo en su gracioso tono de profesor, «¿cómo logran estas criaturas notables su hazaña?». No esperó a que dieran una respuesta. «Lo hacen aprovechándose de las limitaciones visuales de sus enemigos naturales. ¡Cambian de color!».

«Mírenme», les ordenó; cogió los lápices rojo, amarillo y verde de la caja de dibujo de Townsend y se acercó a los bocetos que había en la pared. «Siento no tener las ilustraciones apropiadas para demostrarles todo esto, pero me parece que sería posible alterar las líneas del casco con colores que se adapten. Técnicamente, es una variación del Principio de Thayer. Supongo que ninguno de ustedes podrá explicármelo, ¿no?». Echó un vistazo por encima del hombro a las tres figuras silenciosas, y después se rió entre dientes. «No, por supuesto que no pueden».

Maskelyne miró a Townsend, que sacudió la cabeza en señal de asombro ante el espectáculo del profesor, e hizo algunos gestos.

«Thayer afirma, básicamente, que los matices del color en gradación dificultan al ojo humano la tarea de seguir los bordes de las sombras más ligeras. Así pues, creo que si pintamos el casco con gradaciones descendentes de un mismo color, sus bordes serán extremadamente difíciles de distinguir. Creó que algo así puede funcionar muy bien», y concluyó, caminando de nuevo hacia atrás para admirar su obra. La sección central del casco era de un verde muy oscuro, que se iba aclarando gradualmente y parecía fundirse con un color lima que, a su vez, terminaba en un amarillo incluso más claro. El sombreado del profesor era muy desigual, pero ilustraba su idea: incluso desde algunos pasos de distancia resultaba ya difícil determinar los bordes amarillos. «Imagino que podemos obtener resultados mucho mejores con matices de gris o azul, que se fundirán con el agua, pero estoy bastante seguro de que podemos hacer que el casco parezca tener la forma que queremos».

—Desde una distancia, quiere decir —le corrigió el capitán Gregory.

—Desde una distancia —le ratificó Knox.

Gregory estaba cautivado con el concepto. Los usos normales del color para los objetivos del camuflaje le resultaban muy familiares, pero esto era algo nuevo y emocionante. Sugirió que Frank comenzara el experimento con el gris omega, el color gris azulado del petrel antártico, un ave marina.

—Durante la última guerra —explicó—, la Armada americana probó cada color imaginable para emplearlo en camuflaje. Sus investigadores descubrieron que el petrel se hacía virtualmente invisible en el océano cuando volaba sobre él. Reproduciendo las características ópticas del pájaro crearon el color gris omega. Lo han utilizado desde entonces.

Knox estaba conforme.

—Bueno, un momento —protestó Townsend—, yo no voy a recoger más boñigas de camello, y tampoco creo que los muchachos...

Gregory miraba al artista como si estuviera chalado, hasta que Jasper se lo explicó.

—Ah, eso no será ya necesario —le prometió el Capitán—. Tenemos miles de galones de este producto. Los tiempos han cambiado, ¿sabe? Estamos aquí para quedarnos.

Townsend seguía teniendo sus dudas.

Para el final de la semana Graham había tallado un modelo de madera de la lancha motora, sin modificaciones, y Knox había comenzado a probar en él diferentes estampaciones de sombras. Aunque pronto quedó claro que estaba haciendo progresos, el trabajo era difícil, y, periódicamente, había que lijar el modelo para poder empezar de nuevo.

Maskelyne trabajó con Gregory en las modificaciones de la superestructura. Se añadieron muchos pequeños cambios a las alteraciones más importantes. Un chaleco salvavidas ordinario, puesto al lado de la cabina, por ejemplo, se podría colgar por su lado más brillante para parecer el típico equipo limpio y nuevo que llevaban normalmente los yates de lujo, pero en segundos se podría transformar volviéndolo del otro lado, sucio y decadente, como si hubiera estado allí colgado a la intemperie durante muchos años. Se levantó un mástil en la parte posterior, en el yate ondearían brillantes banderines de señales mientras que en el caique colgarían la ropa sucia de los marineros. Hasta el nombre del barco sería transformable.

Como el trabajo con el barco progresaba satisfactoriamente y el resto de la Cuadrilla estaba ocupado con otros proyectos, Jasper le dijo al general de brigada Clarke que podría retomar la serie de conferencias prácticas. En la oficina de Clarke habían programado su primer espectáculo para el jueves 16 de abril.

Pero la mañana del 15, Barkas telefoneó al Valle Mágico para hacer un cambio de planes. Quería que Maskelyne asistiera a una conferencia en las «Columnas Grises» durante la tarde siguiente.

—Es un seminario de planificación estratégica y pienso que sería muy

beneficioso para ti poder asistir.

Jasper le dijo que a las 11.30 horas tenía un vuelo programado para ir a una de las fortalezas de Auchinleck en la línea de Gazala.

—Bien, no te preocupes —decidió el Coronel—. Lo aclararé con la gente de Clarke. Lo dejaremos para la semana que viene, eso es todo.

Aunque en una primera reacción Jasper se mostró de acuerdo, todos los años que había pasado asegurándose de que el espectáculo siguiera el programa marcado hizo que se sintiera reacio a este cambio.

—Tengo una idea mejor. Frank Knox puede manejarse con la conferencia bastante bien. Ha recreado este espectáculo conmigo en multitud de ocasiones y hace un buen trabajo.

Barkas no tuvo objeción alguna.

—Los muchachos se decepcionarán, por supuesto. Están esperando ver al mago favorito de Hitler.

—Frank se los ganará muy rápido.

El profesor Knox pensó que era una idea estupenda, y comenzó de inmediato a preocuparse por el espectáculo.

—Tendría que ponerme al día con los juegos de manos —dijo de manera profesional.

—Muy bien —le dijo Jasper.

—Y tendrás que repasar conmigo toda la parrafada.

—Bien.

—Y entonces tengo que verificar también lo de los anillos —continuó Frank, que sentía que su confianza menguaba tan rápido como se hinchó en un principio.

—Muy bien.

Frank suspiró y le hizo una sugerencia.

—Quizás sería mejor si lo ensayara.

Así que esa noche, la Cuadrilla Mágica y algunos invitados selectos se apretaron en la sala común para darle algunos consejos y animar a Knox en cada uno de sus pasos.

—Ahora, recuerda —le advirtió Jasper a Frank mientras se preparaba detrás de la cortina, en realidad una sábana blanca que habían colgado para el espectáculo—, esto es sólo un ensayo. No habrá interrupciones del público.

—No os preocupéis, colegas —gritó alegremente Knox, desde detrás de la sábana—. Esta noche todos tendréis algo digno de vuestro dinero.

Se oyeron las risas de todo el mundo.

Jasper esperó hasta que se callaron, y entonces anunció: «Me complace presentar, sólo en esta ocasión, al único, al inimitable, al nunca-visto-sobre-este-ni-sobre-ningún-otro-escenario, ¡el profesor Knox-O el Magnífico!».

Frank salió de detrás de la sábana ante escasos aplausos, con una capa negra por los hombros que no le sentaba nada bien.

—Esta conferencia va dirigida a todos ustedes —dijo en un tono serio; el temblor producido por el nerviosismo se evidenciaba en su voz—. Es importante que recuerden todas las cosas que vean y oigan esta noche, porque puede que muy pronto, alguno de estos días, la información les resulte práctica.

Poniéndose delante de Nails Graham, le preguntó con el estruendo apropiado para un escenario.

—¿Cuál es su nombre, soldado?

—Pescado, señor —le contestó Graham—, soldado Bacalao Pescado.

Knox continuó. Separó seis cartas en abanico y le pidió algo.

—Me pregunto si sería capaz de ayudarme a distribuir al azar estas seis cartas.

Mientras Graham las pasaba, Knox pidió a cada persona que escribiera su nombre en la carta.

—No sean tímidos, pidan ayuda si tienen dudas de ortografía.

Cuando todos habían acabado, Nails recogió las cartas y se las dio a Knox, que se volvió para colocarse detrás de una mesa de espectáculo, y puso las seis cartas a la vista total del público.

—Lo principal que hay que evitar —volvió a comenzar— es que te metan en el saco.

Mientras decía esto, levantó un saco de dormir de lona y le dio la vuelta para demostrar que estaba vacío. Entonces lo puso en la mesa junto a las cartas.

Jasper se reclinó en la pared del fondo, disfrutando de su pipa, regodeándose con el rubor de Frank.

—... pero supongan que están con sus compañeros al raso y uno de ustedes se queda solo. La primera cosa que hay que intentar hacer es encontrar cualquier tipo de cobijo. Puede estar en cualquier parte —explicó Knox, buscando en el bolsillo de la camisa y sacando una carta firmada—, detrás de una duna o en un afloramiento, en el lecho de un riachuelo seco —continuó, mientras se sacaba cartas de los dos bolsillos de sus bermudas y de los calcetines— y no deben olvidar nunca que los vehículos arrasados les pueden proporcionar excelentes lugares como escondrijo.

Al final, se fue hacia Kathy Lewis y pareció sacar de detrás su oreja izquierda la carta que ella había firmado.

El grupo aplaudió calurosamente a pesar de que ya habían visto a Jasper hacer este mismo truco en numerosas ocasiones.

—Por desgracia —precisó Frank mientras volvía a su puesto detrás de la mesa de espectáculos— alguno de ustedes caerá en las redes de Rommel... —trabajando su número con delicadeza, alcanzó el saco—... que les meterá en el saco —y extrajo la sexta carta firmada, con una palabra bochornosa que Hill había escrito en ella.

El público volvió a aplaudir con fuerza, Maskelyne el que más.

El profesor devolvió la carta al saco.

—Muy bien, están en el saco. ¿Cuál es el primer objetivo? —se detuvo brevemente para aumentar la tensión. No lo consiguió.

—Escapar —susurró, como si ya lo hubiera logrado—. Escapar —volvió a repetir algo más alto—. Debe ser lo primero que les venga a la cabeza por la mañana y lo último por la noche. Salir del saco. Regresar junto a los compañeros.

—¿Sería posible? —le preguntó burlonamente Robson, con una voz aguda, de mujer.

—Se puede hacer —Frank lo ignoró— y cientos de compañeros ya lo han hecho. Lo único que se necesita es ingenio.

Dicho esto, le dio la vuelta al saco de nuevo. La carta había desaparecido. Poniendo el saco otra vez sobre la mesa, recitó el juramento del soldado como si fuera una oración, recordándoles que confiaba en que cada uno de ellos intentaría escapar si lo capturaban y, si eso no era posible, ayudaría entonces a sus compañeros soldados en sus intentos. Entonces cogió otra vez el saco.

—A veces, hay que dejar de lado nuestros propios planes para colaborar con los de los compañeros —les dijo, entonces sumergió el brazo en el saco y extrajo cuatro ases.

—¡Caramba! —dijo Hill fingiendo emoción—. Este hombre es un verdadero Maskelyne.

Kathy le dio un codazo en las costillas y le ordenó que se callara con una mirada despiadada.

Y Knox continuó.

Jasper se deleitaba con el espectáculo. Frank había alcanzado su mayor gloria trabajando duro para satisfacer a otra gente; su cara brillaba, la voz era firme, sus movimientos, seguros. Aquí estaba «Watson» consiguiendo por fin la oportunidad de solucionar sus propios misterios, y pasándoselo en grande. Jasper observó docenas de errores en el espectáculo, pero eran errores tan pequeños que sólo un ojo experto los captaría, ciertamente no era el caso del público del desierto, y él sabía que no se arriesgaría a que Knox se avergonzara mencionándoselos.

—... ya han escapado ustedes y están intentando localizar a las fuerzas aliadas más cercanas —continuó el profesor.

La transformación que se había operado en Frank Knox era la verdadera magia de esta actuación, pensó Maskelyne. Y realmente la saboreó.

A la mañana siguiente, Knox-O el Magnífico llegó al aeropuerto de Heliopolis a las once, y su Dakota despegó a los pocos minutos. Su destino, él lo sabía, era una de las seis fortalezas en primera línea, o «cajas», en las que el VIII Ejército había reunido a sus fuerzas. Además del profesor, los pasajeros incluían a cinco hombres alistados que volvían de permiso, a un teniente americano, dos jóvenes enfermeras, dos oficiales de reemplazo y un piloto de la RAF con una escayola en el tobillo. El avión también transportaba provisiones en la bodega.

Una vez que alcanzó el vuelo con seguridad, Knox cerró los ojos y se echó un

sueño ligero.

Jasper, mientras tanto, se presentó en «Columnas Grises» a las 8.00, pero la conferencia sobre estrategia no dio comienzo hasta dos horas más tarde. El general Auchinleck presidió la reunión. Unos cincuenta oficiales de todos los rangos se reunieron en un salón de baile en el que se habían construido bancos con gradas para permitir que todos pudieran verse. Jasper se sentó en la parte de atrás.

«Han sido invitados aquí para comenzar los preparativos para la ofensiva más grande de la historia de la guerra armada», anunció *el Auk* a una sala completamente en silencio. Señalando con su bastón de mando un gran mapa de situación que se había fijado a la pared del salón de baile, prometió: «esta vez vamos a sacar al enemigo del desierto. Lo superamos en hombres y en armas, nuestros hombres estarán mejor equipados que nunca. Estaremos preparados física y mentalmente...».

La reunión transcurrió durante la mayor parte del día. Abarcaba una completa explicación del punto muerto en el que se encontraba El Gazala, incluyendo la interrupción de suministros disponibles y de suministros a la espera. Nunca antes había estado Maskelyne al tanto de esta información vital, y escuchó con atención mientras el general, y después sus ayudantes, concebían lo que sonaba a plan casi perfecto.

El VIII Ejército había permanecido en su posición a lo largo de la línea de Gazala, una cadena de fortalezas y campos de minas que, con una longitud de sesenta millas, se extendía al sur del Mediterráneo a través del corazón del desierto. La manera en que un general tras otro describían estas posiciones parecía dejar claro que no habría forma de que el *Afrika Korps* de Rommel pudiera atravesarlas para llegar al Nilo. Pero mientras Jasper los escuchaba hablar con tanta confianza no podía evitar pensar en la línea Maginot francesa. También ésta había sido declarada inquebrantable. Y como había aprendido de ese desastre, no había nada más precario que la certeza de un general.

Mientras Maskelyne escuchaba al desfile de oficiales, Knox estaba protagonizando su espectáculo en el desierto. Los «anillos chinos» plateados relucían con el sol de la tarde mientras los alzaba para que fueran inspeccionados. «A veces les parecerá que escapar es imposible...» gritó, de manera que todos los que estaban sentados en el semicírculo pudieran oírlo, entonces invitó a uno de los oficiales más populares a salir para actuar como contraste.

La conferencia de Frank en la «caja» del El Adem fue bien recibida, y disfrutó de un almuerzo con el personal antes de subir al avión para emprender el viaje de regreso. Aunque nunca se lo contaría a Maskelyne, disfrutó a fondo de su momento de celebridad. En la vuelta a El Cairo viajaba con él un sargento que se había roto la cadera en una caída jugando al fútbol, y otros tres hombres por casos de emergencias. Uno de estos hombres sugirió jugar a las cartas nada más comenzar el viaje, pero Knox se decantó por la lectura.

Cuando llevaban algunos minutos de vuelo los pilotos recibieron informes de que

se estaba formando una tormenta de arena considerable en el área de Sidi Rezegh, y se dirigieron hacia el norte, a Tobruk, para evitarla. Sin que ellos lo supieran, los Messerschmitts alemanes habían comenzado a operar recientemente en esa zona.

La conferencia en «Columnas Grises» finalizó con el anuncio de que se esperaban comentarios y sugerencias por escrito cuanto antes, de todos los oficiales que hubieran asistido, pero no más tarde del 1 de mayo.

—Aquí tenéis la oportunidad de utilizar esa cabeza que tenéis —les recordó el oficial de personal que daba la conferencia—. Estamos buscando ideas innovadoras, incluso atrevidas, podría decirse, pero estrictamente dentro de los límites razonables.

«Quieren lo mismo de siempre», pensó Jasper mientras recogía sus notas. Es decir, los tanques, armas simuladas, «chinos» y escudos solares que producía su sección.

—El Primer Ministro ha encendido la llama —continuó el oficial de personal— y lo quiere todo para antes de ayer, así que les agradeceríamos que se pusieran manos a la obra.

Un mayor de operaciones invitó a Jasper a que se uniera a un grupo que iba a Shepherds a tomar una *downers*, pero Maskelyne quería dedicarle algo de tiempo al proyecto de la lancha, así que regresó de nuevo al Valle Mágico.

Frank Knox se estaba riendo lo suyo con las desventuras del mítico corresponsal de Fleet Street, William Boot, en la novela de Evelyn Waugh, *Scoop*, cuando, de repente, los combatientes alemanes se abalanzaron contra ellos. Salieron directamente del sol, y los pilotos del Dakota ni siquiera se dieron cuenta de que estaban bajo un ataque hasta que las primeras balas de la ametralladora perforaron el ala de estribor. El copiloto pidió a todo el mundo en la cabina que se arrojara al suelo de inmediato.

Knox se tumbó bocabajo, sujetando con el brazo al soldado herido. Al principio hubo algunos gritos, después oraciones, y entonces todo el mundo se quedó en silencio. El piloto tomó acción de evasiva: forzó el ascenso directo del avión, se afianzó en las alturas y entonces se lanzó en picado. El copiloto pidió ayuda por radio.

Uno de los Messerschmitts cazó al Dakota en su descenso y le lanzó una descarga de fusilería contra el tren de aterrizaje, entonces comenzó a dar vueltas a su alrededor para asestarle un tercer pase. Pero mientras lo hacía, divisó dos *Spits* de la RAF volando a gran altura e interrumpió inmediatamente el ataque. Los dos guerreros alemanes huyeron por el desierto a bajo nivel de visibilidad.

El piloto del Dakota determinó pronto los daños. Algunas balas se habían incrustado en la cabina aunque sin causar estragos. Les habían agujereado una de las líneas de combustible y estaban perdiendo gasolina, pero tenían la suficiente reserva en el otro motor como para llegar a El Cairo. El problema más serio parecía ser el tren de aterrizaje, que había recibido los disparos. El dispositivo de aterrizaje no bajaría automáticamente y había ciertas dudas de que se pudiera encajar manualmente en su posición. Si las ruedas no bajaban, el piloto sabía que tendría que desplomarse,

una situación desagradable teniendo en cuenta que había gasolina rociada por todo el fuselaje.

—¿Algún paracaídas a bordo? —le preguntó al copiloto.

El copiloto se rió amargamente entre dientes ante la pregunta. El piloto frunció el ceño.

—De hecho, no pensaba que hubiera ninguno.

Decidió ir hasta El Cairo. Heliopolis tenía el mejor equipo de aterrizaje de emergencia de todos los aeropuertos de la zona. El largo vuelo le facilitaría algo de tiempo para maniobrar con la marcha, quizás incluso para manipularla, y así agotaría la mayor parte del volátil combustible de aviación. Sabía que podría hacer aterrizar el avión; lo único que le daba un miedo de muerte es que le explotara en el intento.

Jasper acababa de ponerse a trabajar en la lancha motora cuando Jack Fuller apareció gritando por todo el Valle. Cerró de golpe la puerta del *jeep*, parando en seco delante de la oficina de Maskelyne con un giro brusco, y estaba dentro de su oficina incluso antes de que el motor hubiera silenciado su ronquido.

—¡Vámonos, Jay! —le soltó, tomando aire a bocanadas—. Acabo de venir de la ciudad. Unos M-E han atacado el avión en el que viajaba Frank.

Jasper se quedó de piedra.

—No.

—Él está bien, todos lo están, pero les dispararon al tren de aterrizaje y no pueden conseguir que baje el maldito dispositivo. Van a aterrizar de bruces.

Mike Hill y Bill Robson habían visto salir corriendo a Fuller y andaban merodeando para investigar qué pasaba. Saltaron rápidamente a la parte posterior de su *jeep*.

—Agarraos fuerte —les advirtió Fuller y hundió a fondo el pie en el acelerador.

Conducía aceleradamente por todo El Cairo, haciendo caso omiso de las señales de tráfico y de los policías egipcios. Encorvado sobre el volante, sus ojos permanecían pegados a la carretera, esquivando a otros vehículos como un piloto de carreras.

—No os preocupéis —gritó—, conseguiremos llegar allí antes que ellos.

Jasper se sentó en el asiento delantero sin dejar de mirar fijamente al frente.

A bordo del Dakota, Knox y uno de los hombres le sujetaban los pies al copiloto mientras se descolgaba por el espacio que había bajo la cabina para intentar accionar manualmente el tren de aterrizaje.

—Estos montantes están tan deformados que no funciona nada —les informó cuando lo subieron dentro. El piloto no perdía la compostura.

—Bien, aterrizaremos en plancha, eso es todo. Haga que todos se retiren tanto como puedan de las alas. Y cerciórese de que salgan de aquí sin más en cuanto dejemos de movernos.

Frank se sentó junto al muchacho con la cadera rota. El chaval sudaba y no paraba de temblar.

—¿Piensa que aquí se acaba todo? —le preguntó temeroso.

Frank le sonrió y sacudió la cabeza.

—Difícilmente. De hecho, me he visto en peores apuros.

Entonces, con modestia, les ofreció a sus compañeros pasajeros «su» relato sobre la huida de las luces deslumbrantes.

—Pensé entonces que estaba en las últimas. ¿Esto? ¿Esto? —les dijo, descartando el peligro con el movimiento despreocupado de su mano—. Esto no es nada.

El Dakota alcanzó su tramo final incluso antes de que Frank hubiera acabado su historia.

Jasper y sus hombres se quedaron en la pista buscando al Dakota en el cielo del atardecer. Unos coches de bomberos habían regado el terreno y aguardaban en posición para correr hacia el avión cuando cayese, para así poder rociarle una alfombra de agua que evitase que las chispas encendieran la gasolina.

—No hay nada de lo que preocuparse —dijo Hill en voz alta—. Está chupado. Chupado.

Todo el tráfico aéreo alrededor de Heliopolis estaba bloqueado en grupos de contención. Fuller divisó el Dakota con sus prismáticos.

—¡Los tengo! —gritó, señalando al cielo nublado—. Allí están.

El comentario se extendió rápidamente por el campo de aviación, y todos dejaron el trabajo para contemplar el dramático aterrizaje. Las sirenas de los bomberos comenzaron a chillar.

Dentro del avión, Frank le dijo con calma al soldado herido: «Tan pronto como dejemos de movernos, voy a cogerte en brazos. Quiero que te agarres fuerte a mí. ¿De acuerdo?».

El muchacho asintió.

—Bien —le dijo Knox, y le dio unas palmaditas amables en la pierna—, ahora no te preocupes, en apenas unos minutos estaremos abajo sanos y salvos.

Por primera vez, se dio cuenta de que tenía la boca tan seca como el desierto en verano.

Jasper sentía los hombros como si llevara encima el avión. Rezó.

—¡Allá vamos! —gritó el piloto del Dakota cuando apagó el motor que les quedaba.

El avión se deslizó con la elegancia de una gaviota en el viento, con una velocidad muy por debajo de los cien nudos cuando tocó la pista y comenzó a patinar. Knox oyó chirriar al avión en agonía mientras la pista de hormigón le abría el vientre. Se presionó las palmas de las manos contra los oídos tanto como pudo, pero aún podía oír los gritos del soldado herido.

El Dakota se movía de un lado a otro mientras avanzaba por la pista, echando chispas como si fuera una hoguera romana gigante. El piloto bajó los alerones en un intento desesperado de parar a la bestia.

En un susurro horrorizado e incrédulo, Robson dijo: «Va a explotar».

Saltaban llamas del motor de estribor mucho antes de que el avión se detuviera finalmente y no tardaron en envolver todo el fuselaje. Los bomberos hicieron un esfuerzo heroico por acercarse al avión, pero el calor intenso los echó hacia atrás.

—¡Dios mío, no! —gritó Jasper—. ¡No, por favor! ¡No! Entonces, con un traspie hacia adelante dio tres, cuatro, cinco pasos, y finalmente echó a correr hacia el avión en llamas.

—¡Jay! ¡No! —gritó Hill, y salió tras él.

Los dos pilotos se las arreglaron para salir por las ventanas de la cabina de mandos y cayeron en tierra seguros. Dentro, Frank luchaba por sacar al soldado herido. Uno de los hombres consiguió abrir la puerta posterior. Se volvió para llamar al resto de los hombres.

El avión explotó. Escupió al soldado que estaba en la puerta como si fuera un hueso fastidioso. Lo lanzó como una bola de fuego viviente a unas veinte yardas, y luego lo estampó contra el suelo.

Hill se deslizó hasta las piernas de Maskelyne, echándolo abajo con un rápido placaje. Jasper luchó por liberarse, golpeando sus piernas, gritando: «¡Que hagan algo! ¡Ayudémosles, por el amor de dios...!».

—Es demasiado tarde —sollozó Michael—. Es demasiado tarde, Jay, demasiado tarde.

El avión se convirtió en un sol de metal, iluminando la tarde oscura y la piel de los hombres que estaban incluso a mil yardas de allí.

Los bomberos no podían hacer nada. Poco a poco, la piel del Dakota se fue despegando. Durante algunos horribles segundos fue posible contemplar a dos sombras que se movían grotescamente entre las llamas, tan lentamente como si nadaran en las abrasadoras aguas de un océano amarillo. Pronto, por fortuna, se desplomaron.

«¡Frank!», chilló Jasper; un único grito espeluznante que asaltaría las noches de todos aquellos que lo oyeron.

Pero era inútil: Frank Knox estaba muerto.

Jasper se quedó en el aeropuerto la mayor parte de la noche y sólo se marchó después de que hubieran sacado los restos de los pasajeros del armazón carbonizado. Consiguió franquear de alguna forma los días siguientes. Fueron momentos horribles. Se sentía como si Dios le hubiera abierto el pecho y arrancado el corazón. Sólo levantarse por las mañanas le minaba todas sus fuerzas. Estaba siempre cansado, no importaba cuánto durmiera, y siempre tenía frío, incluso durante las horas más calientes del día. Apenas comía, nunca tenía hambre. Estaba entumecido y el mundo que contemplaba a través de sus ojos insensibles carecía de colores vivos y de esperanza, de risa y entusiasmo, pero también de dolor físico y de miedo; daba igual lo que pasara, simplemente pasaba. Habitaba en la galaxia de la indiferencia. La vida

continuaba.

Se las arreglaba cada día para arrastrarse realizando los movimientos necesarios, pero no tenía ningún deseo que no fuera el de perderse en un largo y cálido sueño.

No era posible, se dijo, Frank Knox no podía estar muerto. Pronto aparecería por la puerta de la oficina, quizá tropezando con algo, como hacía a menudo...

La Cuadrilla, los amigos, todos le ofrecieron apoyo, pero él rechazó sus esfuerzos y aborrecía su compasión, porque sabía la verdad: se suponía que él iba en ese vuelo. Era su asiento, su trabajo. Y era Knox quien había muerto en su lugar. Estaba seguro de que si él hubiera estado a bordo del Dakota, aquello no habría pasado. No habría habido ataque, ni colisión, ni fuego; él lo habría prevenido. De alguna manera, lo habría prevenido.

Recordaba vagamente que había dicho unas palabras en el servicio conmemorativo, abarrotado de gente, pero nunca sería capaz de acordarse de lo que dijo exactamente.

Después del servicio, se había pasado un día completo intentando escribirles una terrible carta a las hijas de Frank. Había tanto que quería explicarles, pero los pensamientos que ponía por escrito eran incorrectos, o confusos, o inadecuados. Finalmente escribió: «Vuestro padre era mi mejor amigo. Era un hombre bueno y valiente. Murió como había vivido, intentando ayudar a la gente. Lo echaré muchísimo de menos. Lo quise mucho».

Le escribió una carta más larga a Mary en la que derramaba sus sentimientos. En esta carta le contó que era él quien debía haber estado en aquel avión.

Intentó enterrar sus penas bajo una gigantesca cantidad de trabajo, pero le resultaba imposible concentrarse durante cualquier espacio de tiempo. Los recuerdos de Frank Knox lo perseguían, y se encontraba de repente en Farnham levantando globos de agua, o a bordo del Sumaria ejecutando un animado dueto, o siguiéndole la pista a una caravana de camellos, u orquestando una conspiración en la bahía de Maryüt... a menudo pensaba que oía la risa familiar de Frank y se daba la vuelta por completo esperando verlo allí, con su camisa fuera de los pantalones o, incluso más extraño, llegaba a sentir su presencia en la habitación. Siempre que se daba cuenta de que su mente le estaba gastando alguna lúgubre broma volvía la tristeza.

Peor aún que las heridas por la pérdida y la soledad era su sensación abrumadora de impotencia. Quería encontrar desesperadamente una manera de darle sentido a la muerte de Frank, pero, por mucho que pensaba, era incapaz de encontrar algo que respondiera a dicho propósito.

Noche tras noche revivía el desplome en Heliopolis, intentando determinar si se habría podido hacer algo que cambiar las cosas. Su vida se convirtió en un barril de «y si...». Y si hubiera retrasado el viaje al desierto. Y si el Dakota hubiera volado antes o después. Y si no hubiera habido una tormenta de arena. Y si las balas de las ametralladoras alemanas se hubieran quedado cortas algunas pulgadas. Y si, y si, y si. Y si no se hubiera producido aquel fuego... Cuanto más pensaba en la tragedia, más

se frustraba. Si no se hubiera producido aquel fuego... habrían sobrevivido. Fue el fuego tras la colisión lo que había acabado con sus vidas, de la misma forma que otros fuegos similares habían matado a tantos otros hombres en colisiones.

Fuego. Fuego, la respiración del diablo. Cuánto lo odiaba y lo temía. Incluso durante sus primeros años en el Teatro Egipcio sudaba y le dolía la cabeza cuando un artista trabajaba con fuego. Había sido una tortura para él contemplar a su abuelo desde bastidores cuando hacía el truco de la Polilla Desaparecida, un número de ilusionismo en el que una hermosa ayudante desaparecía en medio de una explosión de llamas.

Frank Knox había sobrevivido a la colisión del aterrizaje. Había muerto en el fuego.

Este hecho irrefutable fue lo que le llevó a trabajar en una sustancia que habría podido cambiar algo en Heliopolis: una crema resistente al fuego. Esta sustancia «mágica» sería el monumento más digno a Frank Knox; salvaría vidas.

Él sabía que podría fabricarla. Su padre le había proporcionado esa crema o pasta al Ministerio de Armada en 1916 para proteger a los artilleros de las naves de la Gran Flota británica contra el retroceso de las llamas abrasadoras. Esta vez, pensó, podría utilizarse en los aviones para proporcionarles a la tripulación y a los pasajeros protección vital contra el fuego durante algunos minutos. Demasiado a menudo, esos pocos minutos marcaban la diferencia entre la vida y muerte.

No le dijo nada a nadie sobre esta pasta ni pidió ninguna ayuda. Se apresuraba para hacer su trabajo rutinario por las mañanas, y se iba a trabajar solo por las tardes. La Cuadrilla intentó sacarlo de su depresión poniendo mucho esfuerzo, pero no tuvo éxito. En pocos días había realizado la mezcla de la primera hornada de pasta.

Nails Graham llegó paseando hasta la oficina de Maskelyne para solucionar algo de papeleo rutinario cuando de repente vio cómo Jasper hundía la mano derecha en un fuego abrasador que salía de una papelerera. Los sentidos de Graham tardaron un instante en procesar aquella información, luego dio un grito.

—¡Dios mío! —se le cayeron los papeles y cruzó la habitación corriendo. Le cogió la mano a Maskelyne y se la sacó forcejeando entre las llamas, casi tirando al suelo a Jasper y chamuscándose su propia mano en el intento.

—¿Qué demonios te pasa? —le gritó mientras cogía la papelerera ardiendo con las manos sin protección y la sacaba a toda prisa—. ¿Se te ha aflojado una tuerca? ¿Estás loco?

Jasper examinó su mano.

Apagando rápidamente el fuego con unas palas de arena, Graham entró para enfrentarse a Maskelyne.

—Joder, Jay, ya he tenido bastante. Todos hemos tenido bastante. No sé qué demonios hacer. Todos echamos de menos a Frank, pero tú sólo te sientas aquí en esta oficina...

Maskelyne comenzó a despegarse de la mano una dura corteza blanca.

—Mira, Jay —le suplicó Nails en un tono más suave—, escúchame, por favor. No hay nada que podamos hacer. Está muerto. Frank está muerto. ¿No lo entiendes? En las guerras matan a la gente. Sé que duele... —se detuvo al darse cuenta de repente del comportamiento de Maskelyne—. ¿Qué estás haciendo?

Jasper le enseñó la mano a Graham. Tenía aún algunos fragmentos de pasta blanca, y su piel se había teñido de un color rosa inusitado, pero, por lo demás, estaba muy bien.

—No lo entiendo. ¿Cómo...?

Jasper respiró profundamente y le contó lo de la pasta resistente al fuego.

—¿Y funciona? —preguntó Graham cuando éste hubo terminado.

—Acabas de verme poner la mano en el fuego. Funciona —le dijo Jasper.

Aunque la primera prueba ya había acabado, aún sudaba y sentía las pulsaciones en la cabeza. Había sido un momento difícil para él, a pesar del número de intentos falsos que había hecho antes de ser capaz de meter la mano entre las llamas. Encontró el valor necesario en el recuerdo de dos figuras borrosas que caían en el interior del fuselaje ardiente.

Graham examinó la mano de Maskelyne. Estaba ilesa.

—Es asombroso. Jodidamente asombroso. Yo me he quemado sólo con coger esa papelera.

—Es ciencia, nada más —le dijo Jasper mientras buscaba en la caja de primeros auxilios un poco de unguento para la quemadura que Graham se había hecho en la mano.

Le explicó que su intención era probar la crema cubriéndose todo el cuerpo con ella, para después caminar por un gran fuego. Cuando demostrara que funcionaba, se la ofrecería a los Servicios.

Cuando Graham le contó este plan al resto de la Cuadrilla, todos intentaron desesperadamente convencerlo de que no lo hiciera.

—No lo permitiremos. Es demasiado peligroso —discutió Hill—. Eres demasiado valioso, con todas tus grandes ideas y todo eso.

—Mírate —le reprendió Bill Robson—, siempre intentando ser el centro.

Jasper se negó a prestar atención a sus protestas. Esto era sólo una pequeña compensación por la deuda que tenía con Frank Knox. Lo haría y lo probaría. Él solo. Si fallaba, sería el único que sufriría. Nadie más moriría en su lugar.

La pasta en sí era similar a la que usaban los comedores de fuego durante el carnaval. Era una mezcla de jabón carbólico ordinario, polvo de amianto o blanqueador común, agua y algunos ingredientes menores pero absolutamente esenciales. El resultado era una espesa pasta blanca que se convertía en una corteza bajo el impacto del calor intenso, proporcionando así una protección completa contra el fuego hasta que se vaporizaba, por lo general después de tres o cuatro minutos.

Barkas se quedó atónito cuando le informaron de que Maskelyne se había propuesto caminar entre las fieras llamas de un fuego vestido de paisano.

—¡Ese maldito idiota! —bramó, y se apresuró hacia el Valle Mágico.

—La respuesta es no —le espetó al mago sorprendido después de irrumpir furioso en su oficina—. Absolutamente no. No tiene mi permiso para experimentar con ninguna pasta supuestamente mágica.

Jasper intentó defenderse. Barkas montó en cólera.

—No me importa lo que piense, nadie puede caminar sobre el fuego sin un traje de asbesto y sobrevivir. Me asombra que un hombre de su formación pueda creer, incluso por un instante...

—¿Quiere salvar vidas? —le preguntó Jasper con toda tranquilidad.

—Salvar vidas, sí, no perderlas con trucos para las gradas.

—Mi pasta salvará vidas —insistió Maskelyne—. Se la habría salvado a Frank y al resto de ellos.

Barkas se sentó finalmente e intentó discutir la situación racionalmente.

—Jay, sé cómo se siente por lo de Frank. Era un gran hombre y es una gran tragedia. Pero no podemos permitirnos perderle a usted. Estuvo en «Columnas Grises», sabe lo que se está organizando. No es momento para juegos.

—Esto no es un juego —le contestó Jasper controlando la voz— y no hay riesgos. Usted ha visto a los locales caminar sobre las ascuas y lamer atizadores al rojo vivo, ¿no es cierto? ¿No me diga, Mayor, que usted cree en la magia?

—Una cosa no tiene nada que...

—Claro que sí. Los expertos en este tipo de espectáculo han utilizado diferentes clases de pasta durante cientos de años. Yo sólo le estoy dando un nuevo uso, eso es todo.

—Lo siento, Jay —le dijo Barkas con firmeza—, simplemente no puedo permitirlo.

—Bien, yo también lo siento —le replicó Jasper— pero voy a probarlo con o sin su permiso. ¿No lo entiende? Esto salvará vidas.

Barkas se fue a la sala de estar para rogarle a la Cuadrilla que lo ayudara.

—¿No hay nadie aquí que pueda convencerlo de lo contrario?

—Claro que sí —dijo Mike con ingenio—, Frank Knox.

Muy apurado, Barkas acordó programar finalmente una demostración para las fuerzas combinadas, pero sólo a condición de que Maskelyne permitiera que en su incursión en el infierno le acompañara un oficial de seguridad contra incendios, que llevaría puesto un traje de asbesto.

—Si lo rechaza —le amenazó— puede pasarse el resto del breve tiempo que estará en El Cairo jugando con fuego, pero nadie presenciara su pequeña demostración. Reacio, Jasper aceptó esta condición.

Trabajó con la pasta durante una semana, con la intención de prolongar su eficacia, agregando y rebajando diversos elementos. Probaba la mezcla sumergiendo la mano en un cubo con la nueva fórmula, y después ponía la mano con la costra directamente sobre un fuego de papeles.

Su gran miedo al fuego no lo abandonaba nunca. Tenía los nervios tan sensibles que se estremecía siempre que alguien encendía una cerilla de manera inesperada, pero seguía adelante. Sabía que no le quedaba otra opción. Esta pasta salvaría vidas, estaba seguro de ello. Tenía que probarla.

Barkas tuvo dificultades para convencer a los altos mandos de que no se trataba simplemente de otra exhibición de magia de Maskelyne. Nadie podía creerse en serio que Jasper fuera a caminar entre un verdadero fuego. Es un truco, se burlaban. Pero el Mayor, como un vendedor ambulante, despertó su curiosidad encendiendo una cerilla y poniéndola junto a la muñeca, que estaba protegida con la crema, delante de sus propios ojos.

Algunos pensaron que la cerilla estaba trucada y se quemaron las yemas de los dedos comprobando que no.

La demostración de la pasta resistente al fuego de Maskelyne se programó para el 30 de abril en Heliopolis, pero Jasper planeó probarla antes en la privacidad del Valle Mágico.

Este ensayo, como él lo llamó, tendría lugar en un rincón aislado del recinto. A la poca gente que iba a asistir se le pidió que mantuviera en secreto la naturaleza de la prueba. «Si se extiende el rumor de que alguien está caminando sobre el fuego sin quemarse», les explicó Jasper, «tendremos a todos los fanáticos religiosos de África del Norte llamando a nuestra puerta».

La noche anterior a la prueba tuvo que tomar pastillas para dormir; era la primera vez que hacía algo así. No obstante, pasó toda la noche dando vueltas en la cama y se despertó aturdido y levemente desorientado.

La mañana era brillante y cálida. «El día perfecto para un corto paseo por el infierno», dijo Fuller sarcásticamente mientras conducía hacia el lugar. Jasper se había puesto un bañador, un mono con capucha que Kathy Lewis le había confeccionado con mantas del ejército ya inservibles, gafas de soldador para protegerse los ojos contra el brillo de las llamas, una máscara casera, guantes y botas. Los filtros de gasa le permitirían aspirar sin chamuscarse la garganta.

Se habían colocado en círculo seis cajones de madera, cada uno de unos cinco pies de altura. Todos estaban llenos de virutas de madera y trapos, y se habían empapado en gasolina. A la señal de Maskelyne, Hill los encendería y se convertirían en un verdadero anillo de fuego.

Jasper evitó mirar los cajones mientras se preparaba. Intentaba pensar en cualquier cosa que no fuera el fuego, pero, por supuesto, no podía pensar en nada más. Nunca en su vida había sentido tanta determinación; sin embargo, nunca se había asustado tanto.

Se llenó una tina grande con la pasta, y Jasper se sentó y se bañó en ella. Los muchachos untaron con cepillos los monos, la máscara y las botas, teniendo el cuidado suficiente de cubrir cada pulgada de su cuerpo con una capa gruesa de loción blanca. Cuando finalmente se puso de pie, se parecía mucho más al legendario

Abominable Hombre de las Nieves que a un oficial al servicio de Su Majestad.

La Cuadrilla se reunió a su alrededor como un equipo de entrenadores de boxeo que le da a su púgil instrucciones de última hora antes del gran combate. Hill le untó un poco más de pasta en la espinilla y se la aplastó. Robson le advirtió que saliera deprisa si sentía la más leve irritación por el fuego. Maskelyne apenas los oyó; sus ojos y su mente estaban clavados ahora en su contrincante, las seis cajas en medio de un campo abierto, algo parecido a un Stonehenge para niños. De manera abrupta, se alejó de la Cuadrilla y comenzó a caminar hacia las cajas, de camino a su propio infierno particular.

Se detuvo brevemente a unos quince pies del anillo, se ajustó las gafas, se levantó la máscara para rascarse la nariz, respiró una vez para calmarse, y dejó caer su mano derecha.

Hill encendió su antorcha —hecha con algunos trapos empapados en gasolina y envueltos en un largo palo— y se acercó al anillo. Como el hombre que le enseña un caramelo a un gorila, extendió el brazo todo lo que pudo y puso la antorcha al lado de una de las cajas. Entonces se dio la vuelta, agachó la cabeza y salió corriendo.

El primer cajón estalló en llamas con un tremendo pusssh que absorbió el aire. Entonces, en una rápida cadena, como cerillas dentro de una única caja, los otros cinco hicieron explosión con fuertes llamaradas. Del anillo salía un humo negro, y el calor era tan intenso que los espectadores tuvieron que retroceder.

La primera ráfaga de viento fiero desestabilizó a Jasper, pero consiguió mantener su posición. Entonces, con resolución, comenzó a caminar hacia el círculo.

—¡Dios santo! —murmuró Fuller con profundo respeto mientras Maskelyne desaparecía entre las llamas.

Estaba de pie en el centro del incendio. Las llamas lavaban su cuerpo, buscando furiosamente entre su protección una mínima grieta. El fuego lo atacó en repetidas ocasiones, encrespado por no poder devorarlo. Rugía de manera alarmante, y lo hacía más fuerte que cualquier otra cosa que Maskelyne hubiera oído jamás. Jasper iba dando vueltas una y otra vez, lentamente. Algunos fragmentos ardientes de los cajones se volatilizaban.

Estaba tranquilo. Había dejado atrás su miedo en un mundo lejano. Ahora, aquí, en el corazón absoluto de su terror, estaba en paz. Cerró los ojos y se imaginó que era verano y que estaba tumbado en una playa de Jersey. Con el fuerte sol de agosto en su cara, sabía que por la noche se volvería de un rojo brillante. Contaba tranquilamente los segundos... «noventa y dos, noventa tres, noventa y... ciento dieciocho, ciento diecinueve...».

Cuando se cumplieron dos minutos Robson comprobó su reloj. El fuego comenzaba a extinguirse, pero Maskelyne no era visible. Además, el dibujante sabía que el tiempo no era lo que realmente importaba. Aunque Jasper necesitara ayuda, ya no había nada que hacer para ayudarlo.

Jasper se había adaptado al fuego y fue completamente consciente del momento

en que perdió su espíritu. Su furor se disipó. Su trueno quedó reducido al sonido seco de las sábanas en contacto con un fuerte viento. Tenía algunas dificultades menores para poder respirar y sentía mucho calor, pero, por lo demás, estaba bien. Después de haber contabilizado tres minutos salió enérgicamente del fuego.

—Hijo de la grandísima —dijo Fuller con admiración. Los demás comenzaron a gritar de alegría y corrieron hacia Maskelyne.

—No lo toquéis hasta que se enfríe —gritó *Union Jack*, pero nadie lo oyó.

Una vez que perdió temperatura, después de haberlo regado con una manguera, la Cuadrilla lo llevó a hombros prácticamente hasta la sala de estar.

A Barkas no se le informó de que la pasta ya se había probado, así que estaba comprensiblemente nervioso y preocupado debido a que durante la mañana del 30 de abril los representantes de las diferentes secciones llegarían al aeropuerto de Heliopolis. El Mayor había hecho un esfuerzo sin demasiado entusiasmo por convencer a Maskelyne de que abandonase la prueba, pero incluso antes de empezar ya sabía que Jasper no entraría en razones.

La noche anterior había sido extremadamente difícil para Jasper. Se sentó solo en su habitación y estuvo tocando el ukelele hasta casi las once. Estaba cansado, pero en el momento en que cerraba los ojos, volvía al fuego y esta vez le mordía y lo arrastraba, como si estuviera atrapado en arenas movedizas con botas de cemento. En esta pesadilla no podía escaparse. Aquel exitoso intento no había hecho nada por calmar su miedo de siempre; al contrario, la experiencia permitió que su mente le diera un toque más realista y espeluznante.

Justo antes de medianoche se tomó un descanso para dar un paseo por el Valle. Un millón de estrellas lo abrigaba. Algunas criaturas de la noche cantaban agradablemente. Los guardias marchaban por el perímetro de la zona. Caminó durante mucho tiempo, con las manos metidas en los bolsillos traseros de sus bermudas, asintiendo al transeúnte ocasional, pensando sobre todo en la mañana siguiente. No llevaba un rumbo concreto, pero se encontró de repente delante de la oficina-taller de Frank Knox; era la primera vez desde el accidente. Le pareció correcto entrar.

Encendió la luz y se quedó parado aguantando la puerta. El cuarto estaba exactamente igual que lo había dejado el profesor el día en que se fue. Su taza de té medio vacía descansaba sobre un mueble archivador, sus lápices y papeles seguían derramados por el escritorio, el modelo de la lancha, hecho de madera y pintado parcialmente, estaba en su mesa de trabajo, y al lado, había un libro de texto abierto por un dibujo a todo color de un pájaro. Jasper miró fijamente la habitación durante un rato, después apagó la luz y se dio la vuelta, dejando que la puerta se cerrase de un golpe tras él.

A la mañana siguiente pensó en Frank Knox mientras se bañaba en la pasta en el

aeropuerto de Heliopolis.

En vez de usar cajones para esta demostración, Maskelyne había pedido que le llevaran un ala completa y parte del fuselaje de un bombardero destrozado a una sección aislada del aeropuerto. El ala estaba apoyada sobre pesadas vigas de madera, y el depósito de carburante que se apresuraron a tapar estaba lleno de petróleo para aviación. Se esparcieron montañas de material inflamable por debajo del ala, entre ellas, paja y cajas de embalaje rotas en pedazos y empapadas con aceite de cárter. En medio de los escombros se colocó un detonador, con una mecha que se extendía a lo largo de cincuenta yardas hasta un poste de observación protegido.

El hombre de rescate de la RAF llegó en un *jeep* poco después de las 9.00, equipado ya con uno de los preciados y escasos trajes de asbesto que había en África del Norte. Sostenía un casco en sus manos, llevaba guantes y salió arrastrándose del *jeep* y caminando como un pato hacia Jasper.

—Dick von Glehn —le anunció—. Tengo entendido que vamos a darnos un pequeño paseo juntos.

Jasper miró hacia arriba desde la tina. Para esta demostración iba a usar un traje de vuelo estándar de la RAF, y su máscara, gafas, botas y guantes de fabricación casera.

—No durará demasiado —le contestó—. Sin embargo, vamos a pasar un poquito de calor ahí dentro.

Von Glehn le dio unas palmaditas al casco.

—Por eso he traído aquí a mi amigo. Ahora bien, ¿hay algo que deba saber? Quiero decir, sobre esta pasta que tiene aquí, ¿hay algo a lo que deba prestar especial atención?

Jasper sacudió su cabeza.

—No, nada. Tres minutos, dentro y fuera, eso es todo. Sólo sígame.

El hombre de rescate se detuvo, después hizo algunos gestos.

—Lo va a hacer realmente, ¿verdad?

Jasper lo miró con indiferencia.

—Es necesario.

—Bien. Entonces, iré pisándole los talones. Buena suerte.

A las 9.30, Jasper se puso los filtros de gasa en la boca y caminó hacia los escombros. Como ya le había ocurrido antes, le dolió la cabeza y sintió náuseas. Le temblaban las piernas. Por un momento, pensó que iba a vomitar, pero no lo hizo. A veinte pies del ala se dio la vuelta para mirar a Von Glehn, que era ahora una criatura irreconocible con su traje protector, Von Glehn hizo la señal de adelante con los pulgares hacia arriba.

Justo detrás de las casetas de observación había un coche de ambulancia y otro de bomberos que se colocaron clandestinamente en posición.

Segundos después, un estallido rompió en dos la pacífica mañana, y los escombros se transformaron en una caldera explosiva. Jasper se cuadró para hacer

frente a la poderosa ráfaga y, como si caminara atravesando una ventisca, se introdujo con dificultad entre las llamas.

Una vez dentro del fuego, se dio vuelta y se encontró con Von Glehn a sólo algunos pies de distancia. El hombre de rescate lo miró y le hizo una señal de conformidad.

Los altos mandos que contemplaban esta exhibición se quedaron sin habla. Un hombre había sido capaz de entrar en un infierno sin la protección de un traje de asbesto. La primera ráfaga de viento les había arrancado a algunos los galones de las gorras y corrían por el campo apenas rozando el suelo, perseguidos por ayudantes desventurados, pero ni un solo oficial de rango apartó la vista del increíble espectáculo que estaba ocurriendo a cincuenta yardas del puesto.

Jasper llamó la atención de Von Glehn y le hizo un gesto levantando el dedo índice. Había pasado un minuto.

Las llamas se dividieron entre los restos. Algunos pedazos del fuselaje y del ala cayeron sobre el hormigón, enroscándose poco a poco hacia arriba del modo en que las arañas moribundas repliegan sus patas. Con un ¡plop! se desplomó una gran sección del centro del ala, dejando al descubierto por un instante una franja de cielo azul que pronto cubrirían el humo y las llamas. Como por instinto, Maskelyne el artista se apartó y asomó la cabeza a través del ala candente.

—Engreído —murmuró entre dientes Hill.

Después de algunos segundos se alejó. Se estaban cayendo otras secciones del ala y no quería recibir una corona de escombros. La pasta podría soportar el calor, pero no podía protegerlo contra los trozos de metal que caían. Miró a Von Glehn, y levantó dos dedos. Habían pasado dos minutos.

Robson hizo fotografías. Los ayudantes de la ambulancia y del camión de bomberos se habían desplazado de sus vehículos para poder ver mejor.

Las plantas de los pies de Jasper estaban cada vez más calientes, como si estuviera descalzo sobre baldosas abrasadas por el sol. Empezó primero levantando un pie, luego el otro, por turnos, en una especie de baile popular a cámara lenta. Finalmente, cuando su cálculo alcanzó los 160 segundos, casi tres minutos, le indicó a Von Glehn que era hora de salir.

Caminaba orgulloso, completamente consciente de que su pasta había demostrado ser de una eficacia total. Tendrían que utilizarla en los aviones. Tan pronto como despejó el ala ardiente volvió a echar un vistazo para cerciorarse de que el hombre de rescate estaba con él. En aquel instante, su satisfacción se transformó en un horror absoluto. Von Glehn parecía tener dificultades para salir del fuego. De repente, se tambaleó y a punto estuvo de caer entre las llamas.

Jasper se giró y acudió en su ayuda, pero Von Glehn se puso derecho con un movimiento brusco y levantó la mano para indicar que estaba bien.

El fuego rugió como un gran oso al que sacan con engaños de su periodo de hibernación.

Maskelyne esperó hasta que Von Glehn estuviera a salvo fuera del fuego, entonces siguió caminando. Se preguntó si le habían engañado sus ojos, o si el hombre había tropezado con algún escombros. Cada pocos pasos se volvía para comprobar cómo iba. El hombre de rescate había agachado la cabeza y avanzaba a paso lento, pero parecía tener el control.

Tan pronto como Jasper alcanzó la seguridad del puesto de observación, se rasgó la máscara y las gafas, se arrancó los filtros de gasas carbonizadas e inhaló una gran bocanada de aire refrescante. Sus hombros se relajaron. Volvió a respirar profundamente, y sólo entonces oyó los gritos.

Von Glehn estaba arrodillado sobre una pierna, como un guerrero al que nombran caballero. Intentó levantarse con dificultad, meciéndose de un lado a otro, y ya casi lo había logrado cuando, de repente, se desplomó en el suelo. Unas llamas minúsculas salían por debajo de su casco. Ardía por dentro del traje de asbesto; estaba quemándose vivo.

Jasper fue el primero en llegar a él. Aún tenía las manos protegidas con los guantes y la pasta, y así fue capaz de desabrocharle sin quemarse los clips metálicos del traje que estaban al rojo vivo. Destrozó los clips y las cremalleras, intentando frenéticamente sacar a Von Glehn del traje.

Había una gran confusión entre los espectadores mientras corrían para ver qué estaba ocurriendo. Un bombero bien intencionado, que reaccionó de manera natural, cogió la manguera de bombeo que tenían desenrollada y comenzó a rociar a Jasper y a Von Glehn.

—¡Espera! —gritó Maskelyne en un alarido de terror, intentando bloquear con sus manos, y sin éxito, el chorro de agua fría; pero su grito se perdió en medio de la conmoción.

Von Glehn crujía con el fuego, un humo blanco brotaba de su traje. Se retorció en su agonía.

El atónito bombero dejó caer la manguera, que serpenteó por la tierra, vomitando agua inofensiva sobre un campo vacío. Un segundo bombero la cerró.

Jasper forcejeó con el casco protector, intentando sacárselo para que Von Glehn pudiera respirar, pero el agua había atascado las cerraduras metálicas, volviéndolas inoperables.

Una multitud de altos mandos que se había reunido en torno al hombre tumbado permanecía allí de pie, impotente. Jasper les gritó con furia: «¡Sáquenlo de ésta! ¡Hagan algo, maldita sea! ¡Hagan algo!».

Dieron un paso hacia atrás. Un bombero se abrió paso a través de los mandos con una sierra para metales y una podadora, y comenzó hábilmente a cortar el traje para sacar a Von Glehn. Con el primer corte salió un chorro de vapor que emitió un silbido similar al del pitorro de una tetera. El casco amortiguaba los gritos de Von Glehn. Tan pronto como Jasper consiguió agarrarlo, el bombero comenzó a rasgar el traje, pero uno de los médicos lo paró. «A partir de aquí podemos hacernos cargo nosotros», le dijo amablemente.

Hill y Graham ayudaron a Jasper con los pies y permanecieron a su lado apoyándolo mientras el bombero conseguía por fin liberarlo del casco.

El oficial de seguridad había quedado irreconocible. En su cara horriblemente hinchada sobresalían dos ojos de mármol, de su boca emergía una lengua ennegrecida, su piel era de un marrón oscuro chamuscado y estaba cubierta de ampollas purulentas. Sin embargo, aún estaba vivo, y emitía unos sonidos aterradores.

Graham hizo algunos gestos.

—Pobre bastardo —dijo de manera involuntaria.

Llevaron a Von Glehn urgentemente al hospital, aunque uno de los médicos indicó con un movimiento de cabeza que no le daba muchas posibilidades de sobrevivir.

Jasper se despegó el traje de vuelo y los guantes incrustados, se puso un uniforme seco y pidió que lo llevaran al hospital. Hill intentó disuadirlo, sugiriéndole que volviera primero al Valle para limpiarse.

—Allí no hay nada que puedas hacer por él, Jay. Los doctores están haciendo todo lo que pueden.

Maskelyne insistió.

—Voy a ir. Es culpa mía...

—No lo es —le contestó Hill—. Es sólo un accidente. Nadie es...

Jasper estalló.

—¡No me des órdenes, maldita sea! Y no me digas cuáles son mis responsabilidades. Sé lo que he hecho. Lo sé...

Graham, que había estado sujetando los guantes de Maskelyne, los arrojó furioso a la pista.

—¡Gilipollecés! Mike tiene razón, Jay, no es culpa de nadie. No sé por qué demonios piensas que todo lo que sucede en esta guerra tiene algo que ver contigo, pero se está volviendo bastante fastidioso tener que escuchar tus lloriqueos.

Jasper lo miró enfurecido.

—¡Cómo te atreves! —le dijo, con una voz que temblaba de rabia—. ¡Cómo te atreves! Frank ha muerto y hay otro hombre que se está muriendo por mi culpa, y tú tienes la temeridad de quedarte ahí...

—Y también hay muchos hombres que saldrán caminando de entre los escombros de una colisión aérea gracias a esa pasta tuya. No sé qué demonios o quién te crees que eres, Jay, pero no eres el hombre milagroso. Te engañas a ti mismo como... como yo qué sé.

Fuller se abrió paso entre ellos.

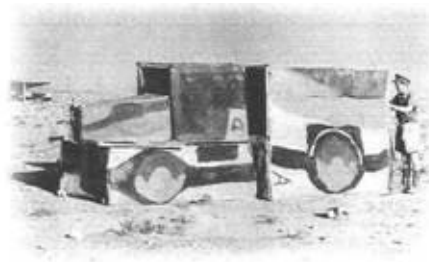
—¡Basta! Los dos —les ordenó con ímpetu.

Maskelyne lo ignoró. Se acercó dando un paso amenazador y le hizo una advertencia.

—Escúchame, Graham. Yo...

—¡Cállate! ¡Ya basta! —le gritó Fuller.

Jasper se dio la vuelta y se fue lejos. Hill miró a Graham y suspiró, después salieron corriendo tras él.



XIV

El verdadero talento de Geoffrey Barkas radicaba en su capacidad para relacionar a los más creativos de entre los oficiales de su difusa organización de camuflaje en Oriente Medio y motivar a cada uno de ellos a que trabajara llevando sus capacidades al límite. Así conseguía ejercer de amigo, instructor, confidente y, cuando era necesario, también de jefe riguroso. Maskelyne, por ejemplo, podía haber languidecido en una depresión profunda si se le hubiera permitido el lujo de hacerlo. Pero Barkas se negó a consentirlo, ocupándose de él y de la suerte de la Cuadrilla mucho más que hasta entonces.

—Lo lamento mucho —se excusó—, pero hay muchas cosas que hacer y hay que hacerlas muy deprisa, y otros colegas tienen trabajo a raudales, así que hay un montón de cosas de las que tendréis que ocuparos vosotros.

Jasper acogió con agrado todo ese trabajo. Nunca antes se había sentido tan emocionalmente roto. Knox había muerto. El hombre que lo rescató, Von Glehn, probablemente viviría, pero había quedado desfigurado. Ni siquiera las noticias acerca de que el mariscal de aviación Tedder estaba recomendando que la pasta resistente al fuego debía ser utilizada por todos los pilotos del desierto animaron su espíritu. Durante el primer año de permanencia en el norte de África le había escrito a Mary a diario, lo que le había dado tiempo para reflexionar sobre sus problemas, como si hubiese estado sentado ante ella, conversando, pero ahora sentía que le ocultaba cosas a su mujer, una circunstancia que nunca antes hubiera considerado posible. Así que respondió con entusiasmo a la petición de Barkas, agradecido de que se le concediese la oportunidad de distraerse en un territorio familiar.

Corría mayo de 1942. La más prolongada batalla que se libraba nunca en el norte de África estaba por empezar. Y era la batalla que habían de ganar los británicos.

Todo el continente europeo, con excepción de la neutral Suiza y de Suecia, estaba bajo mando alemán. El ejército nazi en Rusia había sido desgastado por el brutal invierno y estaba listo para reanudar su marcha sobre Stalingrado. Japón se hacía con el sudeste de Asia y parecía rozar la victoria en China. Dadas todas esas circunstancias, las pérdidas de Egipto, del Canal de Suez y de los campos de petróleo de Persia serían desastrosas.

La presión en el desierto occidental acabaría llevando a una gran explosión.

Ambas partes se habían reforzado a lo largo de la primavera con sus tanques, sus suministros y tropas de refuerzo. Rommel contaba con un ejército de 90 000 hombres, 560 tanques y casi medio millar de cazas preparados, y la marina alemana controlaba las aguas del Mediterráneo. Auchinleck disponía de 100 000 soldados, 850 tanques y 190 aviones, lo que él consideraba insuficientes para desarrollar la ofensiva definitiva que estaba exigiéndole Churchill. Pero el Primer Ministro insistía en que el ataque debía producirse cuanto antes, temeroso de que se cumplieran los rumores de una invasión de Malta, preocupado acerca de la capacidad de la Fortaleza de Tobruk para seguir resistiendo, y desesperadamente necesitado de un triunfo que reforzara la moral.

Todos los encargos que recibieron en la Cuadrilla llevaban el sello «Urgente». Se necesitaban cientos de escudos de sol y tanques de pega y ametralladoras de pega. Las irrompibles canastas de suministros serían en breve reemplazadas. La Fuerza de Defensa del Canal necesitaban focos deslumbrantes. La Fuerza Aérea necesitaban tanta pasta resistente al fuego como pudiera ser entregada. Y la Armada estaba aún presionando para que se les hiciesen llegar los convertibles para las lanchas rápidas.

Con Graham y Hill supervisando lo que producían los talleres, ayudados por oficiales del Cuerpo de Ingenieros, y Jack Fuller dedicado al papeleo, Jasper pudo ocuparse por entero de todos aquellos proyectos. Se precipitaba de uno a otro como el gran maestro de ajedrez que disputa una partida simultánea y pasa de tablero a tablero. El trabajo llenó sus días y sus noches de manera tan completa que era raro que le quedara un momento de vacío para que recuerdos ingratos torpedearan sus defensas. Esta coraza hecha de trabajo constante no conseguiría que se cerrasen sus heridas, pero al menos cortarían la hemorragia emocional.

Sin embargo hubo noches malas en las que se tendía sin esperar dormir, porque no quería que lo amilanasen las pesadillas. Y sin dormir alcanzaba el amanecer.

El primer encargo que salió de su mesa de trabajo fue un detallado plan para transformar las lanchas rápidas de la RAF en escenarios flotantes capacitados para pasar rápidamente de ser una lancha militar a un lujoso yate o una barcaza de nativos.

Había encarado el problema como si se tratase de crear un escenario para el Teatro Egipcio. Para transformar la lancha en una embarcación de placer, se colocó un salón en la antecubierta, una chimenea de metal en la parte central del barco, mientras que la contracubierta fue transformada, plantando una antena de radio. Además las troneras de las cabinas quedaron fijadas a los lados, se aderezó la cubierta con gallardetes y banderines, y en letras deslumbrantes los nombres de las embarcaciones reinaban en la proa y en las claraboyas.

En cuestión de minutos, con unas palancas y contrapesos, el yate se transformaba en una tina inmundada. Desaparecía la antena de radio. Desaparecían las troneras. Desaparecía el nombre brillante y los luminosos gallardetes. La lámina de metal de la chimenea estaba tan estirada como una herida y se convertía en una boca de la que emergían bocanadas de petróleo. El salón delantero, bajo el que se habían escondido

sacos de patatas, se retiraba como si fuese una caja de cartón, y los sacos de patatas se apilaban encima. La forma de la cubierta había sido modificada. Se había colocado un mástil combado en la popa y sobre él una vela hecha con harapos y ropas de marineros. Muchas partes de la cubierta estaban manchadas de aceite. Una red de pesca asomaba por la borda.

El armamento principal que llevaba el bote era una ametralladora Bofors, escondida en el salón de pega del barco entre los sacos de patatas. Además, alguno de los sacos de patatas contenía granadas, y se habían disimulado igualmente pistolas tras una mampara de la cubierta superior. El barco no podría mantener un combate largo contra una embarcación mayor, pero podría protegerse lo suficiente a sí mismo como para aumentar su velocidad y huir.

Cuando los planos de Maskelyne fueron entregados al despacho del almirante Cunningham, el capitán Gregory ya había comenzado el tedioso trabajo de crear «documentos de identidad» para una docena de estos barcos «mágicos» y para sus tripulaciones. En algunos casos los «yates» asumirían plenamente la identidad de embarcaciones de recreo reales y llevarían sus cuadernos de bitácora. La Inteligencia Naval registró otros barcos ficticios de recreo exclusivos y proveyó a las embarcaciones de Maskelyne de papeles meticulosamente falsificados que hubieran convencido al más avisado de los guardias encargados de verificarlos en los puertos.

Las tripulaciones de todos esos barcos tenían que ser capaces de pasar tanto por elegantes hombres de yate como por poco aseados pescadores en los puertos ocupados en los que los barcos tendrían que hacer escala. La Sección de Inteligencia Naval otorgó a cada hombre una identidad mediante documentos falsos entre los que había fotos de sus casas, cartas arrugadas que les habían enviado amigos y familiares, un certificado de bautismo y otros papeles que llevarían como recuerdos. Cuando su intenso periodo de adaptación concluyó, esos marinos podían recitar perfectamente los hechos de sus vidas inventadas, podían recordar los rasgos de amigos que no existían, y hacer vividas descripciones de dos vidas totalmente diferentes —la del pescador, la del viajero elegante—: y podían hacerlo en griego, en turco, en italiano y en otros idiomas del Mediterráneo. Todos los marinos eran voluntarios, y algunos de ellos veteranos de los primeros comandos de acción.

Gregory dispuso de una lancha prototipo a mediados de verano. Finalmente una veintena de estas barcas convertibles, con sus igualmente convertibles tripulaciones, entró en servicio. Navegaron impunemente entre las bases británicas y los puertos controlados por el Eje, trasladando y recogiendo a agentes y cargas de valor —entre las que se contaban armas y oro— y llevando información de espionaje a la Inteligencia aliada. Aunque esas embarcaciones fueron detenidas en alguna ocasión, sus tripulaciones lograron resolver la delicada situación sin problemas, y jamás fueron descubiertos.

Pero a pesar de que dedicaba toda la jornada a trabajar en el encargo de los barcos, en algún momento de cada día encontraba un hueco para llamar al hospital e

interesarse por el estado de salud de Von Glehn. El hombre resistía como podía. El 10 de mayo su estado le hizo pasar en el escalafón de «crítico» a «muy grave». Unos pocos días después una inusual tormenta inundó El Cairo. El sistema de drenaje de la ciudad vieja se colapsó enseguida, y las calles quedaron anegadas de tal forma que la portada del *The Egyptian Gazette* fue una foto de dos soldados australianos que remaban metidos en una tinaja. La inesperada riada sembró un ambiente vacacional en la ciudad, dado que dedicarse a las tareas habituales resultaba de todo punto imposible. Aprovechando la circunstancia, Jasper se puso sus botas de agua y se encaminó al hospital.

Von Glehn tenía todo el cuerpo cubierto por blancos vendajes antisépticos y permanecía sedado en una inconsciencia indolora. Jasper se quedó junto a él durante un rato, sintiéndose inútil. Luego abandonó el cuarto sin haber gastado una palabra y sin dejar siquiera una nota. No volvería.

Su sentimiento de culpa se convertiría en el motor de su afán de trabajo, que lo llevaba a las puertas del desmayo: era como si estuviese convencido de que algún castigo le sobrevendría si se detenía o atenuaba su ritmo. Todos los componentes de La Cuadrilla trataron, cada cual a su modo, de rescatarlo de aquel desaliento, pero todos fracasaron.

—¿Qué es lo que tratas de probar? —le preguntó Mike Hill una tarde.

—No es ése el asunto —respondió Jasper dejando al joven Hill sin saber si aquello era una respuesta a su pregunta o una reconvención.

Durante ese periodo recibió algunas noticias lamentables. Estaba trabajando en el proyecto de las barcas cuando Graham entró en su despacho.

—El *Houdin* está *kaput* —dijo—. Quedó apresado en una mala marea y no fue capaz de salir.

Jasper no hizo pausa en su trabajo. Ni siquiera estaba sorprendido. Parecía que antes o después, todas las cosas cercanas serían incapaces de salir de una mala marea.

—¿Dónde está ahora?

—En una playa al norte de Suez. Por supuesto ha cogido a los *jerries* desprevenidos, y están sobrevolando la zona para tomar algunas imágenes.

—Fatal —dijo Jasper, casi para sí mismo—, fatal.

Graham se excusó y fue a buscar al «Almirante» Hill para revelarles que el orgullo de sus escuadrones había quedado convertido en un harapo. Cuando se quedó solo, Jasper escribió un informe en el que contaba la artimaña en la que había estado trabajando para eventualidades como la que acababa de acontecer:

ASUNTO: MÉTODO PARA ATRAER, MEDIANTE CAMUFLAJE,
A BARCOS ENEMIGOS

Después de obtener la confianza del público, el principal objetivo de un mago es ganar el control de sus percepciones —para hacerles pensar aquello que quiere que piensen. Esto puede conseguirse a través de la manifestación, el subterfugio y el necesario conocimiento de la conducta humana. Una vez logrado, el mago es dueño de manipular aquellas percepciones de los otros del modo que le resulte más

propicio. Por ejemplo, si el público está convencido de que lo que contiene una jarra es leche, el contenido blanco de esa vasija será percibido como leche por el que la pruebe.

La Inteligencia enemiga sin lugar a dudas se dará cuenta de que los pecios que quedan en la playa al norte de Suez pertenecían a un barco de pega que estaba operando en esa área, y ya ha sido fotografiado en numerosas ocasiones, y la información acerca de los barcos de pega que están haciendo su labor en la zona será comunicada a los alemanes e italianos que operan en el Mediterráneo. Pero esta percepción puede ser manipulada para que saquemos ventaja de ella.

Lo que sugiero es que algunos barcos de guerra se revistan con un camuflaje similar al del Houdin, para engañar al enemigo haciéndoles creer que son barcos de pega y atraerlos así, confiados en que no tienen nada que temer. El camuflaje necesario puede ser diseñado y producido por los efectivos de la Sección Experimental de Camuflaje en Abbasia.

Estaba fechado el 19 de mayo y firmado por «Capitán Jasper Maskelyne». Sería casi la última artimaña que él trazaría.

A la mañana siguiente Maskelyne y Hill fueron al desierto a probar las minúsculas agujas de brújula que Jasper había desarrollado para los agentes del MI6. Hill sabía bien que el viaje tenía poco que ver con la necesidad de hacer pruebas. Maskelyne estaba padeciendo un ataque de fiebre de El Cairo y esperaba encontrar algún tipo de cura en la libertad espaciosa del desierto. Hill recogió a Maskelyne en sus habitaciones al amanecer, esperando estar de vuelta en la ciudad antes de que el sol del mediodía los achicharrara. Condujo un camión Fordson que solía servir en el Valle para transportar equipamiento ligero. Fueron hacia el este a través de un hueco en lo que se denominaba «La Alambrada», una alambrada de púas de doscientas millas de largo unida por estacas clavadas en bloques de cemento que los colonos italianos habían erigido antes de que empezara la guerra. Jasper apenas había pegado ojo aquella noche y dormitó en el camión. Hill estaba sorprendido de que su compañero pudiera dormir mientras avanzaban entre sacudidas, pero no le molestó: tenía sus propios problemas acerca de los que reflexionar.

No sabía a qué atenerse con respecto a Kathy Lewis. Las cosas que le gustaban una noche la enfurecían a la noche siguiente. No importaba lo cariñoso que él se mostrara con ella: ella lo encontraría grosero. Pero bastaba que él tomara la decisión de no verla más para que ella lo sedujese de nuevo para que siguieran adelante. Pensó que por fin estaba a punto de conocerla, al menos todo lo que un hombre es capaz de conocer a una mujer. Lo cierto es que a él le gustaba mucho ella, pero a ella no le gustaba que le gustase. Así que ella hacía lo posible por no gustarle, y por eso era tan desagradable cuando él intentaba agradarle. Ella estaba enamorada de él, y por eso se peleaban tanto.

Esa conclusión, lo sabía bien, le daba todo el sentido a la situación, tanto al menos como permite comprender el comportamiento de una muchacha. Ella se estaba protegiendo. Y eso le resultó tan delicioso que empezó a silbar bajito para no despertar a Maskelyne.

El Cairo se sumergía en las arenas del desierto tras ellos. Hill siguió su rumbo hacia el vasto, escarpado, desolado plato del desierto. Gradualmente, en tanto el sol

escalaba el aire, la luz iba transformando su tono dorado en pálido, complaciente amarillo. A las nueve de la mañana sería blanca, y sería caliente.

No había caminos pavimentados en el desierto, así que seguían las trazas impresas en el suelo o creando sus propias trazas sobre la bacheada arena. Pasaron aquellos bobos postes que decían que se encontraban a miles de millas de Piccadilly Circus y Charing Cross, y aquel cementerio de enmohecidos camiones y *jeeps* demasiado dañados como para cubrir las últimas cuarenta millas que quedaban para alcanzar El Cairo y que no eran siquiera lo suficientemente valiosos como para ser vendidos como chatarra, pasaron el cementerio donde reposaban los colonos italianos que murieron antes de que llegaran los soldados, pasaron las balizas que señalaban con una calavera y unos huesos cruzados un campo de minas. Maskelyne recobró la conciencia después de una hora, pero una vez despierto se limitó a mirar el desierto: dijo poca cosa. Hill trató de darle conversación pero se encontraba con respuestas de una sola palabra. La arena, las moscas y el calor: todo resultaba fastidioso, pero el horizonte sin fin daba al hombre que lo contemplase una ocasión para meditar, y eso era bienvenido. El desierto era algo así como uno de los lienzos de Townsend y era difícil de creer que ese silencioso yermo fuera el escenario de una gran batalla mientras la paz y la seguridad seguían siendo patrimonio de la deslumbrante y ensordecedora El Cairo.

Se detuvieron un par de horas para estirar las piernas y beber un poco de refrescante zumo de lima y agua. El viento levantaba arena por todas partes, así que se cubrieron las caras con unos pañuelos, cosa que si bien ayudaba un poco era insuficiente para impedir que la arena penetrase por todas las cavidades de sus caras. Generalmente se necesitaban dos días de duchas para borrar cada día que se pasase en el desierto.

—¿Qué tal aquí? —preguntó Hill.

Maskelyne contemplaba el horizonte. Sólo dijo: Hmmm...

—Me refiero a que parece un buen lugar para que hagamos la prueba.

Jasper se mostró de acuerdo. Tomó una estaca de madera y una pala de la parte trasera del camión, se adelantó unas veinte yardas y clavó la estaca. Luego hizo lecturas con el diminuto compás de brújula y garabateó los resultados en su cuaderno.

—Sigamos, y tratemos de cambiar de sitio este lugar, ¿podremos?

Avanzaron otra milla y se detuvieron de nuevo. Jasper salió del vehículo y buscó otro emplazamiento. Hizo sus anotaciones, pero luego se dio la vuelta y miró al horizonte desconcertado. Por fin, llevando una mano a la cabeza, como si tratase de desechar algún pensamiento inexplicable, empezó a realizar nuevas lecturas del aparato. Contemplándolo, a Hill lo sobrecogió una punzada de nerviosismo. En ese momento todas sus nociones románticas acerca del desierto desaparecieron y lo vio como era, una planicie brutal e inerte. Cuando saltó del Fordson para examinar el problema con Jasper, una cascada de arena cayó del techo del camión sobre su cuello. Trató de sacársela de encima, quitársela de la camisa, golpeándose conforme

avanzaba hacia Maskelyne:

—¿Algo va mal?

Jasper observó los movimientos de Hill en su intento por sacudirse la arena sin hacer comentarios, y luego agitó su cuaderno.

—No estoy seguro. Estas lecturas no parecen Rabies.

Si seguían la orientación que marcaba la brújula, le explicó, tendrían que ir hacia el norte para encontrarse con la estaca, cuando resultaba obvio que se encontraba a sus espaldas, o sea, al oeste de su posición actual. Hill tomó unas cuantas lecturas del aparato y obtuvo los mismos resultados.

—Volvamos donde la estaca e intentémoslo de nuevo —sugirió Jasper.

Eso hicieron, y una vez más Jasper examinó la orientación.

—Qué extraño —dijo cuando Hill se reunió con él—. Los resultados han cambiado.

El soldado miró a su alrededor dando una vuelta completa, pero no vio nada que no fuera arena y piedras. Nada que se moviese.

Maskelyne decidió:

—Vamos a intentarlo una vez más.

No había razón alguna para la discrepancia entre las lecturas. No era posible que todas las brújulas estuvieran averiadas.

Avanzaron dos millas hacia el este. Esta vez parecían estar seguros. Pero en lugar de animarlo, aquello dejó perplejo a Maskelyne. ¿Dónde estaba el problema?, se preguntó. Conforme se adentraban en el desierto occidental, Jasper trataba de buscar una respuesta a su pregunta. De la tierra desértica se elevaba un calor cada vez mayor, y quizá una tormenta de arena creaba energía eléctrica, algún tipo de raro acontecimiento magnético... Hill apenas oyó las extrañas teorías de Maskelyne, y en lugar de eso trató de determinar dónde se encontraban. No tenía una confianza ciega en que consiguieran saber en qué punto estaban, y escudriñaba el horizonte en pos de una señal que le permitiera averiguarlo, cuando la vio venir hacia ellos.

—Mierda —dijo.

Jasper lo miró extrañado y luego la vio. Sólo entonces, como si algún hechicero hubiera cambiado el curso del sol, la brillante luz del día se tornó oscura y lúgubre. El viento se hinchó y los granos de arena empezaron a golpear con violencia el parabrisas. El aire se volvió denso y respirar resultaba un ejercicio complicado. Mike pisó el acelerador al máximo y el Fordson se bamboleó, pero no había escape.

Una alta pared de polvo rojizo se les vino encima. El Khamsin.

Como un batallón de ululantes brujas avanzando a través del desierto a golpes. El camión estuvo a punto de volcar, pero Hill fue lo suficientemente diestro como para mantener su control y colocar la parte trasera de cara al huracán. El vendaval erigió remolinos que amenazaban con arrancar la capota del remolque del camión, pero ésta aguantó.

—Para, para aquí —había gritado Jasper, y Hill, sentado a sólo unas pulgadas de

él apenas podía oírlo dado el estruendo de la tormenta.

El Khamsin. El viento de los quince días. El cañón más grande en el arsenal de la naturaleza. La guerra se detenía a su paso. Los aviones no se atrevían a volar. Los tanques tenían que ser cubiertos. El viento golpeaba con tanta cólera que no había nada que pudiera hacerse salvo agacharse dentro del camión y tratar de que las lenguas de arena no cegaran sus ojos, taponaran sus oídos, les llenasen las bocas. Eso y esperar, y rezar para que pasara cuanto antes. Pero el viento era impredecible: podía estar soplando sin tregua durante una semana, o podía calmarse en una sola hora.

Jasper se recompuso sobre su asiento y abrió los ojos. Estaba aturdido. El desierto había desaparecido y estaban atrapados en un túnel de polvo rojo que no dejaba de moverse. Era como si estuvieran cercados por pantallas de imágenes en movimiento, cada una de ellas mostrándoles miríadas de rojiza arena que aceleraban vertiginosamente, mientras docenas de magnetófonos rugían con sonidos increíblemente agudos y amenazantes. La arena caía por el parabrisas como si fuera agua, se acumulaba en el suelo de la cabina del camión, golpeaba las ventanas incesantemente.

Después de dos horas, la tormenta, de repente, empezó a menguar. El sol empezó a brillar intensamente de nuevo, y un manto de vapor caliente veló el horizonte. En la distancia se apreciaban algunos movimientos de la arena, pero aparte de eso, el desierto volvía a aparecérselos como incómodamente sosegado.

Maskelyne y Hill salieron del camión a liberar las ruedas enterradas en la arena, y a vaciar de arena el remolque, y a media tarde ya estaban preparados para emprender el camino. Mike probó el estado de las ruedas y los pedales, oyó el rumor del motor, y por fin hizo la pregunta que había tratado cuidadosamente de evitar:

—¿Hacia dónde?

Jasper examinó sus brújulas diminutas, pero sus extrañas variaciones le habían hecho dudar.

—Me atrevería a apostar que al este —dijo con el máximo de confianza que pudo expresar—. Que el sol se quede a nuestras espaldas.

—Así que al este, señor —dijo Hill animadamente. El desierto había sido transformado por el paso de la tormenta. Todas las huellas de los vehículos habían sido borradas. Las dunas se habían desinflado en los lugares donde estaban para inflarse en otros lugares. Las piedras habían cambiado de sitio. Nada les resultaba conocido.

Ninguno de ellos dijo nada, pero ambos lo miraban todo con temor. Estaban en medio del desierto sin apenas provisiones y no sabían ni siquiera dónde se encontraban. Pero ninguno de ellos iba a admitir, ni siquiera para sí mismo, que estaban perdidos. Así que avanzaron por el desierto buscando algún rastro conocido, alguna huella de vehículo o un oasis o un poste o una estela de arena que levantara alguna cosa que estuviera viva y se moviera. El sol descendía hasta rozar el horizonte.

De repente Hill tuvo que hacer una maniobra brusca para evitar una roca de grandes proporciones que estaba medio enterrada, y dirigió el camión hacia un barranco de arena. La rueda izquierda trasera quedó hundida en un lecho de arena blanda incapaz de salir, girando sobre la arena que salía despedida sin conseguir otra cosa que hundirse más hondo.

—Mierda, mierda, mierda —gritaba Hill, pateando la rueda iracundo. Luego paró el motor y echó el cuerpo hacia delante hasta enterrar la cara en el hueco del volante:

—Lo siento Jay, —dijo.

—Es culpa mía, Mike —respondió Maskelyne, arrostrando por fin su situación real—. Parece que se nos ha complicado el asunto, ¿no?

Hicieron un intento desesperado por cavar junto a la rueda para liberarla, aunque ambos sabían que iba a ser imposible. El Fordson se había deslizado en la arena hasta el punto de que ésta alcanzaba el nivel de su parte trasera: la rueda izquierda estaba completamente enterrada.

Dejaron de cavar cuando ya no quedaba luz solar y se prepararon para pasar su primera noche en el desierto. Bajaron los pliegues de sus pantalones cortos para cubrir la máxima porción posible de pierna ante la llegada del crudo frío nocturno. Por la piel que permanecería a la intemperie se rociaron *spray* contra los insectos nocturnos. Hill recolectó unas cuantas piedras que guardaban el calor de toda la jornada y las cubrió con una manta. Decidieron no tomar nada caliente, temiendo que si hacían fuego para prepararlo atrajeran a una patrulla de los *jerries* o, peor todavía, a una patrulla de ladrones del desierto. Así que se comieron una lata de carne fría que acompañaron con agua y zumo de lima. Después se echaron a dormir.

A la primera luz matinal su situación les pareció menos desesperada, y realizaron nuevos intentos de liberar el camión del lecho de arena donde se les había hundido. Utilizaron piedras de apoyo y palanca, y mantas para habilitar la tracción, pero todos sus intentos fracasaron. El Fordson seguía inmovilizado. Lo único que podían hacer era esperar que los rescataran.

—¿Crees que nos rescatarán hoy? —preguntó Hill.

—Nos rescatarán pronto —respondió Jasper.

Hill puso rígido su labio superior:

—Cinco cajetillas a que hoy.

—Mal intento, Mike. No voy a apostar contra mí mismo.

Pasaron la jornada bastante bien, haciendo todo aquello que habían aprendido a hacer para sobrevivir en el desierto: no miraban directamente a la luz del sol excepto en las contadas ocasiones en que uno de ellos se subía a lo alto del camión para otear el horizonte o mover una manta por si alguien los veía, hicieron porciones de las cosas que llevaban para repartirlas con ecuanimidad, sacaron el agua del radiador del camión para meterla en una lata y enterraron la lata en la arena para evitar que el agua se evaporase, y pusieron la gasolina y el aceite en otras latas para utilizarlos como combustible para hacer fuego si les hacía falta. Incluso se agacharon para poner los

oídos en tierra en pos de descubrir algún sonido que delatara un movimiento cercano, a unas veinte millas o así. Cantaron canciones para elevar el ánimo y evitaron hacer esfuerzos bruscos para conservar la energía y hablaron del rescate y en ningún momento del temor de que no se produjera. Jasper se pasó la tarde dándole vueltas al asunto de las lanchas rápidas convertibles, y lo hizo con tanta calma como si estuviera sentado en los jardines de Zamaleck. Sólo a partir de que se apagaba la luz del día y la llegada de la noche y el frío le impedía ocuparse de cualquier tarea pequeña para mantener ocupadas sus mentes, aquella valentía con la que afrontaban su suerte se venía abajo y se topaban con la pura realidad.

Repartieron sus últimos caramelos y una lata de carne de ternera para cenar.

—¿Cuánto tiempo crees que aguantaremos en el camión? —preguntó Hill.

La primera regla de la supervivencia en el desierto exigía: Quédate junto a tu vehículo. La teoría decía que resulta mucho más sencillo distinguir a un coche o un camión desde el aire que a uno o dos hombres. Pero los veteranos del desierto opinaban de modo diferente, y muchos de ellos habían preferido marcarse sus propios límites. Abandonar el vehículo dificultaba las labores de rescate, pero esperar demasiado tiempo debilitaba a un hombre lo suficiente como para sobrevivir a un viaje difícil.

En este caso Maskelyne sabía que no tenía elección:

—No podemos alejarnos de aquí —dijo—. No tenemos provisiones para hacerlo.

Como oficial de mayor rango la responsabilidad era suya. Y había ignorado la segunda regla de supervivencia: llevar en cualquier viaje al desierto provisiones suficientes. Como cualquier otro que hubiera vivido lo suficiente en el desierto, sencillamente había cogido lo que pensaba que iba a necesitar. No estaban preparados para una contingencia como aquélla. Todo lo que había en el camión eran cuatro latas de comida, un cuarto de zumo de lima y agua, algo de gasolina y aceite, una linterna, *spray* contra insectos, una pala, las brújulas de Jasper —pero no sextantes—, una bolsita de tabaco, una pipa, cerillas, una rueda de repuesto, un extintor, mantas, un mapa de carreteras de El Cairo, y el propio camión.

Se instalaron cerca del camión. Hill colocó sus manos detrás de la cabeza y dejó vagar la mirada por el cielo tachonado de estrellas. Una nube plateada avanzaba perezosa hacia los confines de Oriente, hacia el Nilo, y Hill cerró los ojos e imaginó que conseguía un gato para levantar el camión y pudo visualizarse a sí mismo arreglando la situación.

—¿A cuánto crees que estamos de El Cairo?

—Unas cien millas.

—Es mucho —respondió Hill—, un camino muy largo.

Trataban de coger calor plegándose, pero el frío había anidado en sus huesos dificultándoles el dormir. Después de un largo silencio, Jasper dijo:

—Hay un ejército entero y fuerzas aéreas buscándonos. Nos encontrarán, no te preocupes por eso.

De hecho, pasó un día entero antes de que comenzase la búsqueda. Fue Kathy Lewis la primera que los echó en falta. Cuando Michael empezó a tardar más de la media hora habitual que solía retrasarse cuando la recogía, decidió ir a buscarlo para ver qué pasaba. Hill Robson estaba acabando de terminar cuando ella llegó, y le dijo que Hill había estado todo el día fuera.

—Acompañó a Jasper para probar algunos juguetitos. Yo creí que ya estaban de vuelta.

—¿No podríamos avisar a alguien?

—No creo que haga falta. Ya sabes cómo es Jasper, una vez que se obsesiona con algo pierde el sentido del tiempo, lo que probablemente sea muy bueno para él. Ya sabes que desde que pasó lo de Frank... bueno, ya sabes.

Ella asintió.

—Supongo que tienes razón. Si lo ves...

—En cuanto lleguen le diré que te llame. Pero no te asustes si pasan esta noche fuera.

Cuando Maskelyne y Hill no regresaron al mediodía siguiente, Robson dio la alarma.

El procedimiento normal de búsqueda y rescate se puso inmediatamente en marcha. Todas las patrullas regulares y las unidades que operaban en el desierto fueron avisadas para que se pusieran a buscar el Fordson. Equipos de la RAF recibieron el aviso de que dos hombres se habían perdido en el desierto. Maskelyne, desgraciadamente, había cometido un error más: no le había contado a nadie qué ruta pensaba seguir. Los mapas de búsqueda y rescate dividían el desierto en cuadrículas, permitiendo que se produjera una operación ordenada y sistemática. Pero el procedimiento llevaba tiempo y si hay algo que unos hombres perdidos en el desierto no tienen es precisamente tiempo. Para complicar aún más las cosas, los preparativos para la ofensiva del verano estaban en su punto álgido, y no eran muchos los equipos que quedaban disponibles.

La Cuadrilla Mágica organizó por su cuenta otra búsqueda. Cesaron de inmediato todos los trabajos en el Valle. Robson y Townsend se hicieron responsables cada cual de un área, dirigiendo equipos que habían formado con los operarios del Valle y utilizando equipamiento suministrado por Barkas. Fuller coordinó la empresa desde el despacho de Maskelyne. Aunque las unidades regulares de búsqueda y rescate del Ejército recelaran de este tipo de ayuda *amateur*, no había nada que pudieran hacer para detenerlos.

Los de la Cuadrilla hicieron todo lo posible por dar confianza a Kathy Lewis, pero ella no quería que la compadeciesen. Le dijo a Townsend:

—La verdad, ¿qué posibilidades tienen?

—Una buena —dijo enfáticamente, pero sin mirarla a los ojos—. Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano. Tenemos treinta vehículos y ciento

cincuenta hombres buscándolos, además de todas las patrullas de regulares. Hemos dado aviso a las caravanas y hemos hecho público un anuncio que se está emitiendo. Pero nos llevará algún tiempo. Los idiotas ni siquiera llevan consigo un aparato de radio.

—Estás diciéndome que...

—Te estoy diciendo que les encontraremos. Mientras permanezcan en el camión y dispongan de algunas reservas, tenemos suficiente tiempo, y eso es todo lo que necesitamos.

La caza masiva de los dos hombres perdidos comenzó la mañana del segundo día completo que ellos pasarían en el desierto. A media tarde de ese día el sol había empezado a evaporar las esperanzas de los dos hombres, y ese vacío había sido sustituido por el miedo. La noche fue la más dura. La temperatura bajó de modo dramático, y una legión de bichos se había arrastrado por el suelo helado y no habían dejado de atacarles. Se les había gastado la protección y ambos hombres padecieron continuas picaduras. Granos de fina arena se incrustaban luego en las pequeñas heridas, llagándolas. Moscas hambrientas se les presentaron recién inaugurada la mañana.

La espera era tortuosa, y la urgencia por ponerse en camino y labrarse su propia salvación empezó a abrumarles. Pero la resistieron: entendían que era un espejismo más del repertorio asesino del desierto.

El calor opresivo era lo peor de todo. Al atardecer el desierto era un horno. Todos los poros de sus cuerpos arrojaban humedad que se evaporaba incluso antes de que pudiera mancharles las camisas. Tenían la piel muy seca y los labios agrietados se les endurecían, y no podían producir suficiente saliva para ablandarlos.

Acordaron dividir las raciones que les quedaban en mitades y limitarse a tomar un trago de zumo y agua cada pocas horas. Hill quiso destilar el agua del radiador, pero su contenido metálico le produjo un terrible dolor de cabeza.

Para ahorrar energía sólo subían a hacer señales una vez cada hora. En las horas más tórridas, cuando el camión acaparaba tanto calor que era imposible tocarlo, se refugiaban a la sombra del vehículo tratando de dormir para escapar de la realidad. Tenían demasiado tiempo para pensar, y era imposible no pensar en otra cosa que no fuera el rescate o la muerte. Ambos sabían bien lo terrible que era morir en el desierto: las lenguas hinchadas dentro de las bocas, las mentes extraviadas en el sinsentido, la deshidratación robando todo asomo de energía, la insolación dando el golpe definitivo, la pérdida de toda esperanza de sobrevivir. Ambos, en silencio, rezaban para que nada de todo eso que habían oído fuera verdad.

El calor abrasaba sus ánimos y discutieron por si debían o no utilizar el arma de Maskelyne. Hill quería disparar cada pocas horas para llamar la atención de alguien, y Jasper defendía que había que conservar la munición hasta que ya no pudieran

aguantar más.

—Jódete —dijo Hill—; nos pudriremos aquí si no hacemos algo.

—Jódete tú —respondió Maskelyne—; necesitaremos cada una de las balas que hemos gastado, y luego se alejó enfadado del camión. Sabía bien que no podía culpar a Hill porque estuviera enfurecido: él lo había metido en este agujero y no estaba haciendo absolutamente nada por sacarlo de él. Hill llevaba razón en una cosa: algo tenían que hacer. Conforme volvía al camión y repasaba los recursos de que disponían, se le ocurrió una nueva idea. Después de llenar una lata vacía de gasolina con arena y aceite de motor, se puso a desenroscar los espejos de los lados del camión tratando de no quemarse las manos con el metal ardiente. Hill lo observaba curioso. Por fin se decidió a romper su tenso silencio y preguntó:

—¿Quieres que te ayude?

—No gracias —respondió Jasper—, puedo arreglármelas.

—Oye, Jay, joder, lo siento, no quise ofenderte.

Maskelyne dejó de trabajar para aceptar las disculpas.

—Sé muy bien que no querías hacerlo. Ambos nos pasamos de la raya. Mira, creo que puedo hacer que estos espejos nos ayuden.

Michael se quedó allí, sacudiéndose la arena de la ropa.

—Te diré una cosa —dijo—. Pasará mucho tiempo antes de que yo vaya a la playa.

En cuanto Jasper quitó los espejos del camión encendió un fuego con el aceite y se elevó en el aire una bocanada de humo negro. Luego, cuidadosamente, colocó los espejos para que proyectaran una mancha negra sobre una nube blanca.

—Es como una proyección de película —gritó Hill asombrado.

—Bueno, más bien como la linterna mágica —admitió Jasper orgulloso—. Mi familia empezó haciendo algo así para promocionarse a principios de siglo.

Movió arriba y abajo el segundo espejo haciendo que la mancha negra apareciese y desapareciese, imprimiendo un mensaje codificado en la nube...

La nube estaba fuera de su alcance un cuarto de hora después. Para entonces el aire se había hecho demasiado oscuro como para seguir con el experimento. Michael empezó a apagar el fuego, pero Jasper le dijo:

—Deja que se apague solo.

—Pero ¿y los *jerries*? ¿Y los bandidos?

—Deja que siga ardiendo —dijo y se fue de allí.

Tenían media lata, unos sorbos de agua y sus fantasías para cenar. Hill se imaginó preparándose para un banquete al que acudiría con Kathy en alguno de los mejores clubs de baile. «He decidido ponerme el uniforme para gustarle: siempre está pidiéndome que me lo ponga, y no sé por qué me resisto a satisfacerla. De todas formas está preciosa y vamos a ir a ese lugar y luego yo podré oír cómo chisporrotean los filetes en la parrilla y me golpeará ese olor...».

Jasper se veía a sí mismo con Mary en Portobello Road, en una plácida y gris

tarde de domingo. Estaban curioseando en el mercadillo de antigüedades, ella le preguntaba su opinión acerca de esto y de lo otro y luego decidía comprarlo sin esperar a que él emitiese su opinión. Él la seguía con desgana, la veía mirar las cosas, preguntarle a los vendedores el precio, regatear, y por fin tenía que buscar en su cartera cuando ella se volvía hacia él con ojos suplicantes. Volvería a casa con un montón de cosas que rara vez vería nuevamente una vez que las guardaran.

Mientras Jasper describía esa jornada a Hill, pudo sentir la falta de entusiasmo de aquel día y la fatiga de sus brazos, y su calidez.

—Una vez —dijo sonriendo mientras recordaba el incidente— tropecé con algo, supongo que mi pie fue el culpable, e hice pedazos un reloj de mesa que acabábamos de comprar. La cosa se rompió en quince trozos. «Está bien» me dijo ella antes de que pudiera pedir disculpas. «No me preocuparía mucho por ello» dijo. «Pero acabábamos de comprarlo», dije. «No entiendo». Y me sonrió de esa manera picara suya que excusaba cualquier idiotez que hubiera hecho, y me dijo: «Sí, pero es que estaba a muy buen precio».

—Mujeres —dijo Hill, sacudiendo la cabeza admirado.

Jasper levantó la mano vacía como si hiciera un brindis con una copa.

—Mujeres.

Así pasó el resto de aquella jornada brutal en el desierto reviviendo una vulgar tarde de domingo en Londres.

Después tuvieron que prepararse para una nueva noche, Hill tratando de oír la música de las fiestas nocturnas de El Cairo a través de las brisas del desierto. En una ocasión creyó de veras oír aquella música, pero se dio cuenta enseguida de que se estaba dejando llevar por su imaginación. Le parecía absolutamente increíble que pudiera estar tan desesperadamente solo y perdido a menos de cien millas de la brillante, alegre y vibrante ciudad. Antes de que el sueño acudiera a él tomó la decisión de casarse con Kathy cuando volviese.

Phil Townsend pasó parte de aquella tarde en el centro de mando de búsquedas del Cuartel General asegurándose de que la Cuadrilla no tuviera que duplicar sus esfuerzos. Había habido un soplo de esperanza cuando un piloto de la RAF informó de algunos movimientos cerca de un camión, pero la investigación que se puso en marcha demostró que se trataba de un grupo de nómadas del desierto.

—¿Qué opina? —le preguntó Townsend al capitán Franklin George Bruce, que comandaba la operación. El Capitán se encogió de hombros.

—¿Qué significa eso? —protestó Townsend—. No pueden desaparecer así como así, ¿verdad?

—Mire —le dijo Bruce—, he estado casi dos años en este trabajo y todavía no sé qué decir en una situación así. Algunos de los que se pierden son encontrados, y otros no. Algunos caminan cincuenta millas y viven, otros solo diez y mueren. Pasan cosas

muy extrañas ahí fuera, cosas que no tienen explicación. Gente que desaparece y ya no se encuentra de ellos un solo cabello. Tal vez *Jerry* los encuentre, o los encuentren los árabes. Puede que no salgan del desierto. Pero no me pida que haga ningún vaticinio, ¿de acuerdo? Yo he visto demasiadas cosas como para saber nada.

Los primeros tres días en el desierto habían ablandado a Maskelyne y Hill para que sintieran pánico real, y ahora el desierto empezaba a matarlos lenta y cruelmente. El sol les había llenado la piel y los labios de ampollas, y las pequeñas llagas que le habían producido los granos de arena en las picaduras de los insectos se habían llenado ahora de pus. Tenían las gargantas tan secas que eran ya incapaces de tragar, y tragar un sorbo de agua era como tratar de forzar una moneda grande para hacerla entrar en una ranura pequeña. La diferencia abismal entre las temperaturas diurna y nocturna les hacían sufrir mareos y tironas, y la tos más diminuta arrasaba sus gargantas como si se las restregasen con papel de lija.

Durante el día el lento sol les producía terribles dolores de cabeza.

Durante la noche venían los temblores que les helaban la sangre.

Tenían los hombros y los brazos tan doloridos que eran incapaces de subir al camión a hacer señales al vacío desierto con la manta, un ejercicio que abandonaron al cuarto día.

Era imposible conseguir alivio a tanta miseria. La arena seguía golpeando incansable sus cuerpos y sus ropas. Quemaba sus ojos, se les incrustaba en los dientes, no les daba ninguna tregua.

A Jasper se le habían hinchado los pies produciéndole terribles dolores si trataba de ponerse las botas, pero sabía que si no conseguía ponerse las botas él ya no sería capaz nunca de calzárselas. Pasaron la mayor parte del tiempo a la sombra del camión, moviéndose conforme el sol iba pintando la sombra en el suelo. Una fina película de polvo había cubierto el camión, y Hill supuso que en un año estaría enterrado por completo. Si no los encontraban pronto, ambos lo sabían, serían también ellos enterrados para siempre. Hill empezó a preguntarse qué otros tesoros habría enterrado en el desierto, quizá sólo hubiera más arena, o quizá el corazón de la tierra, o quizá un suelo hecho de los huesos de los miles de viajeros que se habían perdido, o incluso una ciudad entera. Y cubierta. Quiso preguntarle acerca de ello a Jasper, pero prefirió ahorrar energía.

Maskelyne se empeñaba en limpiar el polvo del camión para que éste fuese más visible a los pilotos de los aviones, y pasó el resto de la cuarta mañana proyectando manchas en las nubes que pasaban. Descansó durante toda la tórrida tarde. Para cenar se repartieron los dos últimos trozos de carne de cordero endurecida. Hill dijo:

—Jasper, si tienes un as en la manga, me parece que este es el momento perfecto para que lo utilices.

Jasper le tiró una pizca de polvo.

Cuando el viento levantaba arena, que les atacaba como un billón de agujones, se veían forzados a guarecerse en la parte trasera del camión. Eso hicieron esa noche. Estaba demasiado caliente para conseguir dormir, pero ambos preferían disfrutar de breves periodos de descanso antes que exponerse al ataque de los agujones. Fue en uno de esos breves duermevelas en los que cayó Jasper, cuando Hill le preguntó con voz atormentada:

—¿Merecía la pena, Jay?

Maskelyne no estaba seguro de entender qué le estaba preguntando.

—Tú no tenías por qué venir aquí, podías haberte quedado en casa.

¿Mereció la pena? Llevó su lengua seca hacia sus endurecidos labios. Los labios le dolían. Había hecho su elección hacía tanto tiempo que ya no recordaba siquiera si había tenido otra opción. ¿Mereció la pena? ¿Qué había conseguido?

—No tuve elección —respondió en un susurro martirizado.

Hill hizo un sonido que expresaba duda.

—Es verdad. Tenía que hacerlo. Hacerlo por mí. —Tosió y sintió dolor en el pecho y un infierno en su garganta—. Y no pienses así, Mike, todavía no hemos acabado. Están buscándonos.

Después de un prolongado silencio, Hill dijo con energía:

—Será mejor que se den prisa.

En el Valle Mágico, los ánimos se venían abajo entre los de la Cuadrilla. La presión que les imponía el tiempo transcurrido sin ningún resultado hacía que se magnificara cada pequeño problema y los dejara frustrados y encolerizados. Una tormenta al atardecer había aparcado los planes de búsqueda y borrado todas las huellas que hubiera dejado el Fordson.

Durante la larga charla que mantuvieron por la noche, Graham preguntó en voz alta si consideraban que la búsqueda se estaba realizando adecuadamente. Fuller se sintió ofendido y repuso:

—Si tienes alguna queja que hacer acerca de las pautas que he dado, serán bienvenidas. No me importaría montar en coche y adentrarme en su búsqueda todo el día en vez de pasar la noche charlando aquí.

—No quería decir que tú pudieras hacerlo mejor de lo que lo haces. Sólo preguntaba...

Robson les pidió que se calmaran.

—Vamos a ocuparnos del trabajo, ¿de acuerdo, caballeros?

Fuller había gastado la mañana sin resultado alguno con los de la Rama Q, los de suministros y transportes, pidiendo que les cedieran más vehículos. Cerca de un centenar de voluntarios estaban listos para unirse a las labores de rescate, pero no había modo de utilizarlos. Se tomó en consideración en algún momento la posibilidad de abrir un segundo turno para que trabajara durante la noche, por si acaso Maskelyne

y Hill estuvieran haciendo señales de fuego, pero finalmente fue desestimada.

Barkas les dijo:

—Ya tenemos dos hombres perdidos ahí fuera. Vamos a dejarlo como está.

Algunos «Ratas del desierto», sin embargo, contravinieron la orden y se adentraron en el desierto sin que les preocupara no regresar por la noche.

Kathy Lewis le confió a Graham que estaba convencida de que Hill estaba vivo.

—Tengo esta capacidad de sentir algunas cosas —explicó—. No hablo mucho acerca de ello, pero sé que hay cosas que son verdad y estoy segura de ellas. Y yo sé que él está bien. Lo sé.

Nails la acogió en sus brazos protectores mientras ella lloraba.

También fue una época difícil para Phil Townsend. No había podido dormir mucho desde que se iniciara la búsqueda. Cuando no estaba al pie del cañón, estaba intentando pensar acerca de qué más podrían hacer, o buscando alguna pista que no hubieran seguido, o tratando de leer la mente de Maskelyne para determinar en qué maldita duna de arena había caído atrapado.

Al principio se sintió aliviado de no estar en su piel. Pero más adelante, cuando empezó a inmiscuirse en el drama de la búsqueda, se sintió identificado con ellos, y se preguntaba constantemente qué estarían haciendo y en qué pensarían, y cuando se imaginaba a sí mismo ocupando el lugar de alguno de ellos, se preguntaba qué haría y qué pensaría. Inevitablemente, la tragedia le obligó a ser sincero consigo mismo, a imaginarse muerto, y no fue agradable toparse con la realidad de aquella situación. A mitad de la tercera noche se sentó en su cuarto de baño y le escribió una larga carta a su mujer. Pero en realidad se la estaba escribiendo a sí mismo. «Te he amado más de lo que yo haya querido nunca a nadie antes», confesó, «y aún te amo de muchas formas. Sé que no soy una persona de convivencia fácil. Hay algo dentro de mí que me hace repeler a mucha gente. No sé por qué me pasa, quizá sea porque no me gusto demasiado a mí mismo, pero sé que eso me hace muy desgraciado y espero hacer algo para arreglarlo. Cuando vuelva a casa me gustaría que nos viéramos. No para poner parches sobre lo que vivimos, ya hemos ido demasiado lejos y por caminos muy distintos como para eso, sino para tratar de aprender algo más acerca de mí. Ya sé que es egoísta por mi parte pedirte esto, pero me conoces mejor que nadie, y para mí es fundamental aprender estas cosas».

Estuvo tentado de añadir algunos chismes para aligerar el tono de la carta pero decidió que estaba bien como estaba, así que la firmó, «con amor», y la selló para enviarla.

Jasper despertó de su inquieto sueño a la mañana siguiente cuando un bicho se le metió dentro de la boca. Instintivamente movió los brazos para espantarlo, y un dolor tremendo le mordió en el hombro. Lanzó un aullido que a la vez le sirvió para escupir el bicho. Lentamente trató de ponerse en pie pero cada movimiento le provocaba un

dolor nuevo. Aunque sabía que no quedaba comida, se puso a buscar como si la hubiera. Su estómago había empezado a hinchársele de hambre. Inclinandose sobre el camión en busca de algo de comer, contempló el ondulante desierto como Robinson Crusoe en su isla. Tomó la pala y empezó a hacer otra larga marca en la arena. La tarea no era difícil pero estaba tan débil y deshidratado que tenía que tomarse un respiro con cada esfuerzo. Hill se despertó para cuando ya había acabado. El rostro quemado por el sol había adquirido un tono carmesí. Grandes llagas rodeaban sus labios.

—Buenos días —musitó.

—Buenos días —respondió Jasper. No tenían nada que hacer excepto evitar exponerse al sol y esperar, esperar que cualquier cosa sucediera, y rezar porque sucediera cuanto antes.

Habiendo llegado al grado cero de sus posibilidades físicas, ahora los elementos atacarían sus mentes. Hill empezó a deslizarse hacia el delirio: en un instante él estaba plenamente consciente contándole a Jasper cuánto daría por oír cómo un camellero le gritaba a su camello perezoso para que se pusiese en pie, y un momento después se ponía a hablar con sus padres o con amigos que Jasper no conocía, como si estuviesen sentados allí con ellos.

A lo largo de la mañana sumergieron sus pañuelos en el agua del radiador para pasarlos por sus frentes, pero el agua se evaporaba inmediatamente. Al mediodía, roció el aire con el extintor de fuego y ambos se refrescaron con aquella ducha de disolvente frío, lo que quemaría su piel, pero fue un alivio momentáneo.

En uno de los periodos de lucidez de Hill, le preguntó a Jasper qué haría si quien se presentara fuera una patrulla alemana.

—Arrastrarme de rodillas hacia ellos —dijo Maskelyne. El desierto les había impuesto su propia visión de las cosas.

—Vale —dijo Hill, y volvió a tumbarse.

Por primera vez Jasper contempló la posibilidad de morir en el desierto. Aún tenía esperanzas, y las conservaría hasta el último segundo, pero si no los encontraban en los próximos dos días, tres como mucho, morirían. Perdidos en el desierto al ir a probar una brújula. Era irónico, pensó, era un despilfarro. Se preguntó qué le gustaría que dijeran de él en el responso, y enseguida se imaginó a Mary sentada en casa. Sería difícil para ella. No era la mujer más independiente del mundo, lo que era culpa de él, y empezar de nuevo para ella sería imposible. No se casaría de nuevo, pero estaba seguro de que recompondría su vida ayudando a los demás.

Apartó de sí aquel pensamiento. Deseaba poder alcanzarla y decirle las cosas que debía hacer para continuar adelante, decirle que la muerte de alguien no era el fin. Y al pensar acerca de ello se dio cuenta de que él había permitido que parte de sí mismo se muriese en el avión en que murió Frank Knox. Desde que Frank había muerto había luchado con absoluta indiferencia por su vida, como si su sufrimiento fuera un modo de mantener con vida a Knox.

Knox. Observó a Hill, que estaba murmurando alguna cosa ininteligible. Debía ser él, el profesor, el que estuviera allí con él soltando algunos de sus «y si». Pero no habría más «y si». Frank estaba muerto y él estaba vivo. Y eso era todo. Él estaba vivo aún y desesperado por seguir viviendo. No habría más «y si».

Y en ese momento decidió que viviría. El desierto no iba a vencerle tan fácilmente. Ahora, pensó, hoy, en este minuto, empieza la lucha real. Todas sus defensas habían sido derribadas una tras otra, excepto el deseo de seguir viviendo, y ahora lo probaría, y aprendería de qué estaba hecho.

Sobrevivir es lo único que importa, se había dado cuenta por fin. Sobrevivir a las serpientes del desierto y a las moscas, a Hill e incluso a los *jerries*, sobrevivir era lo único que importaba.

Despertó a Hill y lo empujó a conversar. Cada palabra, cada toma de aire, era agónica, pero se obligó a hablar y obligó a Hill a que le respondiera. Intentaron jugar a las cartas, pero Hill no era muy bueno en eso, así que Jasper empezó a contarle historias acerca de chicas que conocía en la ciudad. El ego de Michael se despertó y empezó a contestarle, y habló en susurros. Las historias que contaban eran terribles, pero Jasper padecía suficiente dolor como para no protestar.

Cuando Hill terminó de contar sus aventuras, Maskelyne le habló del Teatro Egipcio, y sobre magos, y luego sobre cualquier cosa que se le ocurriese con tal de mantener despejada la mente. Cuando se cansaron de contarse historias empezaron a cantar, sin miedo a desafinar, «*South of the Border*», «*Run Rabbit Run*», «*We're going to hang out our washing on the Siegfried Line*»... Cualquier cosa con tal de permanecer despiertos, cualquier cosa con tal de que sus mentes siguieran funcionando. Cantaban ambos con los ojos cerrados, así que Jasper pensó que su mente estaba creando un nuevo tipo de tortura cuando oyó que una voz juguetona les preguntaba si el té estaba listo. Abrió los ojos y el sol los golpeó, pero pudo apreciar una gigantesca figura frente a ellos. Con mucho acento australiano, el hombre dijo:

—Saben qué, esta no es manera de recibir a un invitado.

Jasper empezó a sollozar. Y de algún lugar remoto de su cuerpo subieron a sus ojos unas lágrimas.



XV

Jasper abrió los ojos, y el dardo de la luz solar lo hirió, cegándole, pero amablemente una esbelta enfermera ajustó las rejillas de la ventana.

—¿Le apetece algo de beber? —le preguntó.

El deslumbramiento se le fue pasando lentamente. Entrecerró los ojos mirando para tratar de dar nitidez a la niebla que lo rodeaba y empezó a observar la habitación, tratando de reconocerla.

—Está en el Hospital General Número 4, Capitán —le dijo la enfermera mientras le servía un vaso de agua caliente—. Ha estado mucho tiempo en el desierto ¿recuerda?

—Sí —empezó a decir, pero su garganta no le dejó decir más: era como si estuviese respirando fuego. El dolor lo devolvió a la realidad.

—Beba un sorbo de esto —dijo ella llevando el vaso hasta sus secos labios. Cuando bebió, la enfermera pareció leerle la mente—: Su amigo está bien. Lo tenemos en observación. Creo que esta misma tarde lo trasladarán aquí, con usted.

Tragó unas gotas de agua.

—¿Cuánto? —graznó.

—Bueno, está aquí desde hace casi dos días. Probablemente tenga que quedarse una semana más o así, hasta que se recomponga del todo. Tiene la garganta llena de feas ampollas y llagas infectadas, pero no parece que haya usted sufrido ningún daño irreversible.

Un extractor de aire encima de él arrojaba una brisa fría deliciosa. Un jarrón con rosas rojas presidía su mesilla de noche. Trató de recostarse en la cama pero las garras del dolor se clavaron en sus hombros y volvió a su posición sobre la almohada.

—Han venido a verle sus amigos unas cuantas veces —le dijo la enfermera mientras recomponía las flores—. Me pidieron que le diese un mensaje.

—Hum.

Ella hizo una pausa, cogió una rosa y la sostuvo en su mano derecha y sonrió:

—Me dijeron que se mantenga lejos del sol.

Llevaron a Hill aquella tarde, parecía jovial con aquella barba bien recortada, pero se sentía frustrado porque las órdenes del doctor le impedían hablar en los días

siguientes. Escribía furiosamente en una libreta. Townsend, Graham y Fuller se trasladaron al hospital directamente desde el trabajo y le contaron a Jasper y a Mike cómo salvaron sus vidas. Una mañana, la tripulación australiana de uno de los viejos Matilda había perdido el sendero y estaban tomándose un descanso a la espera de que los alcanzasen los de su grupo cuando llegaron al camión. Por entonces no sabían aún nada de los hombres que habían sido dados por desaparecidos.

—Un bendito golpe de suerte —dijo Townsend respetuosamente.

—El comodín en la mesa —añadió Graham—. No pueden imaginarlo: la mitad de los hombres del norte de África estaban buscándolos, y si ese tanque no pierde su sendero... —se llevó una mano a la cabeza.

Kathy Lewis iba a visitarlos todos los días a la hora del almuerzo y por la noche. Trataba a Mike Hill como si fuera su madre, le enjugaba la frente, le concedía todos los caprichos, le pedía excusas por errores imaginarios, se mostraba de acuerdo con todo lo que él le escribía. No escribió una propuesta de matrimonio, decidiendo que era mejor esperar hasta que se sintiera mejor.

Jasper comprobaba cómo Hill se deslizaba hacia la vida normal con facilidad, flirteando con las enfermeras, escribiendo chistes en su cuaderno, peleándose con los doctores, y deseaba para él que pudiera regresar al punto donde lo había dejado. Pero la cosa no iba a ser tan fácil para el propio Jasper. El daño había sido excesivo.

Había estado demasiado cerca de la muerte como para considerarlo una casualidad. Cuando no estaba dibujando o leyendo o escribiendo cartas, reflexionaba acerca de lo que había ocurrido en el desierto y trataba de deslindar la realidad de la ilusión.

Finalmente concluyó que las diferencias entre una y otra no importaban en absoluto. La vida era lo único que tenía importancia.

Y estaba vivo, y Knox había muerto. Era tan simple como eso. Townsend lo llamaba suerte. Graham decía que había sido «el comodín». Jasper se sentía más cómodo pensando que se trataba del destino.

Por encima de todo, se sentía depurado. Renovado. Añoraría a su amigo siempre, pero tenía la determinación de vivir la vida a tope, vivir hasta las heces. Jamás olvidaría a Frank Knox, pero ahora colocaría los recuerdos compartidos con él en una estantería de su mente, donde pudiera echarles un vistazo de vez en cuando, y correría a vivir su propia vida. Por Mary. Por sus hijos. Pero por encima de todo, por sí mismo.

Cada día se sentía más fuerte. Había pedido a Jack Fuller que le llevara al hospital su equipo de magia, y en cuanto le permitieron caminar, se dedicó a entretener a los demás pacientes con algunos trucos fáciles. Sus manos estaban en pésimas condiciones, pero su ritmo era bueno y sus parlamentos muy cálidos, y sentía una inmensa satisfacción después de cada una de sus actuaciones.

Una tarde Richard von Glehn, el achicharrado hombre rescate, entró cojeando en su habitación. Utilizaba un bastón para apoyarse, y la mitad superior de su cara estaba

todavía vendada, pero su voz era clara y su mente parecía muy despierta. Le habían sometido a dos operaciones, le dijo a Jasper, y los cirujanos se mostraban muy optimistas en las posibilidades de arreglarle los daños que había sufrido en la cara.

—Me han dicho que pueden hacer que me parezca a Douglas Fairbanks si yo quiero, pero les he dicho que ni hablar.

Vaciló un momento para acabar:

—Les he dejado claro que o Clark Gable o nada.

Antes de que regresase al ala del hospital donde estaba internado, dijo:

—No siento ninguna vergüenza por lo que sucedió aquel día. Estaba tan excitado que olvidé ponerme el traje de submarinista. —Se llevó una mano a la cabeza desolado con el recuerdo—. No sabes lo que valen las cosas básicas hasta que no son imprescindibles, sabe, no sabes lo que valen.

La única cosa que seguía enconando a Maskelyne en el hospital era el fallo de su brújula en el desierto. Tenía que haber una razón lógica para que se averiase, pero no podía imaginar cuál era. No podía creer que fuese cosa de la tormenta de arena. Se las dio a un mecánico para que las revisara, pero en los exámenes que el hombre realizó no encontró nada que anduviese mal. Jasper repasó cada uno de sus movimientos en el desierto un millar de veces tratando de dar con el momento en que cometió el error, pero no tuvo éxito.

La esbelta enfermera, inconscientemente, le dio la respuesta cuando ella puso una jarra metálica de agua en la bandeja cercana a la cama de Maskelyne. En cuanto la dejó allí, la aguja de la brújula empezó a moverse como si tuviera una pulga dentro.

—Eso es —dijo Jasper en voz alta y rasgada, recordando de inmediato la regla que le daban a los escolares para que usaran una brújula: no la dejéis nunca cerca de un objeto de metal. Como un camión, pensó Jasper.

Eso era. Eso había sido. Algunas de las lecturas habían sido tomadas cerca del Fordson; otras habían sido tomadas unas yardas más allá. Como Von Glehn, pensó, no supo lo que valen las cosas básicas hasta que son imprescindibles.

Sólo una cosa mantenía su mente ocupada durante su estancia en el Hospital General Número 4. A la hora de la merienda, el ejército de Rommel había atacado, una hora muy imprudente para comenzar la batalla final por el norte de África.

La batalla en la línea de Gazala fue una colisión de doctrinas militares. Auchinleck, acaso mirando a la historia cuando los caballeros en armas morían atormentando los bastiones de un castillo, creía que los alemanes se partirían en pedazos intentando infestar las formidables arcas de sus líneas defensivas. Pero Rommel no tenía esas intenciones. Defensor de la velocidad y la sorpresa, estaba seguro de que los británicos se habían golpeado a sí mismos con semejante estrategia. El VIII Ejército había sido forzado a permanecer firme en la defensa de los vastos suministros de aquellas posiciones, empeñando así su capacidad de movimiento. Así que el combate tendría lugar dónde y cuándo él deseara.

La línea de Gazala concluía en la fortificada «caja» de Bir Hacheim, y al sur se

abría rotundo el desierto. El 26 de mayo Rommel lanzó la operación «Teseo», enviando parte de sus fuerzas directamente al frente para mantener ocupados a los británicos, mientras él en persona comandaba una fuerza de diez mil vehículos que se dirigía al flanco sur. Confiaba en que su ejército estaría en Tobruk en cuatro días, así que iba equipado con una cantidad limitada de agua y comida para sus hombres.

El osado plan de Rommel estuvo a punto de funcionar. El *Afrika Korps* acosó los flancos de los extremos de Bir Hacheim la primera noche, pero esta maniobra fue descubierta por patrullas de *Ratas del Desierto*, y Auchinleck envió fuerzas allí a tiempo de malograr la sorpresa de Rommel. El avance alemán fue detenido a sólo diez millas del Frente de Gazala. Un combate brutal que hizo perder a Rommel la tercera parte de sus *panzer*. Dio orden a los tanques que aguantaron de que se reagruparan para formar una mancha de cien millas en desierto abierto, dominado por la VIII Ejército y los campos de minas, un área que los periódicos egipcios habían empezado a llamar «El caldero». Las especulaciones de Rommel acerca de una victoria en una guerra relámpago habían fracasado, y su desabastecido ejército se había tenido que refugiar tras la mampara de los campos de minas británicos.

—Si una columna de apoyo no puede traspasar el campo de minas para abastecerlos, está perdido —dijo Graham rotundamente. La mayoría de los miembros de la Cuadrilla se reunía en la habitación de Jasper cada noche para poner al tanto a Maskelyne y a Hill de las últimas noticias y rumores. Townsend leía la *Gazette*.

—Dice aquí que los *espaguettis* están intentando echarle una mano.

—Adiós, Erwin —le dijo Gregory, el hombre del barco, simulando una tierna despedida. Townsend le previno:

—No estés tan seguro. Ese *Zorro* tiene más vidas que una familia entera de gatos.

—Bueno, lo que digo es que los echamos de todas partes a las que hemos ido hasta ahora —respondió Gregory—, así que también podemos ganarle allí. Podemos echarlo si nos movemos rápido.

—¿Y si rompe el cerco? —preguntó Fuller—, ¿qué quedaría entre él y el Nilo?

—No lo lograré.

Jasper dijo muy poca cosa, conformándose con permanecer acostado y feliz por los buenos ánimos que imperaban en sus hombres. Él ya había hecho su parte. El desierto había sacado al Quijote que llevaba dentro. Pero ahora el combate podía ganarse sin su colaboración y él no sentiría que era un inútil ni se sentiría defraudado. Ese temible roedor que había causado tantas insatisfacciones se había ido, y ahora sentía que el agujero que ocupaba en la boca de su estómago ya estaba sanado. Deseaba aceptar su pequeña parte en el gran espectáculo sin quejarse. No era necesario ser el protagonista del número principal.

Al atardecer del día 29, la supervivencia de Rommel dependía ya de los hígados y el mito. Su plan de batalla había sido descalabrado. A sus hombres les faltaba agua y a sus tanques no les quedaba gasolina. Sólo si conseguía alcanzar, después de viajar toda la noche, un convoy de suministro de los que estaban alrededor de Bir Hacheim,

podría lograr disponer de unas fuerzas en condiciones mínimas de lucha. Pero su ejército se encontraba en condiciones altamente vulnerables.

Las pérdidas habían sido mucho más cuantiosas de lo que había previsto. Más de una tercera parte de sus tanques habían sido destruidos o se habían averiado. Además, su subordinado de mayor confianza, el general Crüwell, había sido capturado, y el jefe de personal, el general Gause, estaba herido. El *Afrika Korps* había caído en una red de campos de minas y había sido atacado constantemente por la acorazada británica y por la Fuerza Aérea del Desierto. Rommel reconoció a un oficial del 3.^{er} Batallón Hindú capturado por los alemanes que se vería forzado a preguntar por las condiciones de una rendición si los italianos no conseguían pasar un convoy de suministro a través de los campos de minas. Un ataque por todos los flancos de los británicos, lo sabía bien, le obligaría a rendirse.

Pero el 8.º se demoraba.

El general Ritchie no hizo uso de su ventaja. En lugar de reconocer que el *Zorro* estaba en las últimas e ir a por todas para buscarlo en su guarida, vaciló, posiblemente intimidado por los legendarios recursos de Rommel para defenderse. Cautó, no quería caer en una trampa, y rechazó atacar hasta no estar convencido de que disponía de una contundente superioridad numérica. La oportunidad perdida cambiaría el signo de la batalla.

El 1 de junio, los zapadores italianos consiguieron abrir un camino en los campos de minas y hacer llegar provisiones y suministros al desesperado *Afrika Korps*. En el momento en que consideró que ya se había recobrado, Rommel atacó, destrozando el 150.º Regimiento en setenta y dos horas, y después puso rumbo al sur, hacia el repentinamente aislado Bir Hacheim. Cuando Ritchie ordenó a sus tanques que fueran al Caldero ya era demasiado tarde. Su pequeño grupo de acorazados no tenía nada que hacer frente a las concentradas fuerzas de Rommel.

El 7 de junio Jasper salía del Número 4, y un día después lo seguía Hill. El Valle Mágico había estado zumbando todo el tiempo, pero cuando Maskelyne salió el Valle parecía un taller de calesas después de la invención del coche de motor. La batalla tenía lugar en las entrañas del Caldero, un recinto sin espacios vacíos que dejaba nulas posibilidades al ilusionismo.

Las tropas de la Francia Liberada defendían Bir Hacheim bajo el mando del «Viejo Conejo», el general Pierre Koenig, que gastaba sus últimos cartuchos y trataba de mantener el lugar hasta el 10 de junio. Una vez que Bir Hacheim cayera, otorgando a Rommel suministros en el sur, su ejército volvería al norte. Uno tras otro los «inexpugnables» recintos británicos estaban siendo invadidos por el *Afrika Korps*, ahora reforzado por los suministros que capturaban, avanzando lentamente hacia Tobruk. El 10 de junio, el «Sábado Negro», un convoy de acorazados del VIII Ejército cayó en una emboscada a las afueras de la ciudad de El Adem.

Doscientos tanques británicos fueron destruidos. Al día siguiente se ordenó retirada general de las fronteras egipcias.

Se propagó el rumor en el Delta de que el Cuartel General preparaba la evacuación de Egipto, pero nadie podía creerlo. Tobruk resistía. El VIII Ejército se reagruparía. Vendría un contraataque exitoso. No había razones para el pánico.

Pero los soldados y los civiles empezaban a ponerse en lo peor.

—Si hay evacuación —le dijo Hill a Kathy— quiero que te vayas de inmediato, ¿entiendes?

—¿Y quién te ha nombrado a ti General? —le replicó ella—. Al menos yo no voy a perderme en el desierto.

—Por favor —le pidió—, no discutas. Sólo haz lo que te digo.

Ella no quería que él pensase que era su propietario, pero también sabía bien que lo único que quería era lo mejor para ella.

—Ya veremos —le dijo.

La guarnición de Tobruk estaba mucho más débil de lo que había estado en el anterior sitio. La mayoría de las ametralladoras instaladas en su perímetro habían sido desviadas a la línea de Gazala, su extensa alfombra minada había sido reducida, y la estaban defendiendo 35 000 hombres inexpertos liderados por el mayor sudafricano General H. B. Klopper. El masivo asalto alemán empezó el 20 de junio.

Ciento cincuenta bombarderos de la Luftwaffe realizaron 580 vuelos al día sobre la ciudad. Las artillerías alemana e italiana no cesaron de disparar. Las tropas de choque de Rommel atacaron bajo esa cortina de fuego. Sus *panzer* iban detrás.

Por la tarde, Klopper empezó a derrochar sus depósitos de abastecimiento para impedir al *Afrika Korps* que los saquearan y accidentalmente rompió la mayor parte de sus líneas de comunicación, lo que hizo que perdiera el control sobre sus tropas. La batalla por Tobruk no duró más que un día. A las 9.40 de la mañana del 21 de junio, Klopper se rendía entregando la guarnición de 33 000 hombres a Rommel. «La fortaleza de Tobruk ha capitulado», anunció Rommel a sus hombres. «Todas las unidades se reunirán y prepararán para seguir avanzando».

El 22 de junio Adolf Hitler nombró a Rommel «Amado de la nación», y le hizo, a sus cuarenta y nueve años, el más joven de los mariscales de campo de la historia de Alemania.

El camino hacia el Nilo estaba finalmente abierto. Por primera vez en la guerra del desierto Rommel gozaba de superioridad en el número de acorazados. Los alemanes se preparaban para celebrar una gran victoria en el norte de África. El Reichsbank empezó a imprimir billetes para el territorio ocupado. Cayó un diluvio de medallas para los valientes hombres del ejército del desierto. Se escribieron y grabaron canciones que conmemoraban la liberación de Egipto, y se las ponían continuamente a los prisioneros ingleses.

El primer ministro Winston Churchill se reunía con el presidente Roosevelt en Washington cuando Rommel tomó Tobruk. A pesar de calificar las noticias de

«bastante desconcertantes», nunca dejó ver su desánimo, si bien se encontraba bastante afectado. Ni siquiera el acuerdo al que llegó con Roosevelt para que colaborase enviando al norte de África 250 tanques Sherman nuevos, sosegó su desesperación. Después de dos años de terribles combates, habían perdido el desierto occidental.

Los barrios británicos en El Cairo trataban de mantener la calma. Pero mientras las agencias oficiales informaban de «ajustes temporales para rectificar el frente» y «retirada de algunas unidades avanzadas», Radio Roma preparaba a Egipto para la inminente invasión. «El Eje no está en guerra contra los egipcios», proclamaba, «se pretende liberar justamente Egipto del dominio británico. No os preocupéis. Tomad reservas para resistir una semana y permaneced encerrados en casa. No se hará daño a nadie».

Los simpatizantes del Eje arreglaron una mansión en la Rue des Pirámides para que se estableciera allí la residencia oficial de Rommel. Los carteles de las carreteras empezaron a hablar alemán. Los líderes de los Hermanos Musulmanes se preparaban para levantarse contra los británicos en el momento propicio.

En medio de todo este caos, Maskelyne fue emplazado en «Columnas Grises». Se precisaba su ayuda. Aunque Rommel se encontraba todavía en medio del desierto, empezaban los preparativos para organizar la defensa de El Cairo y Alejandría.

—Tenemos que estar listos para recibirle —galleó un joven mayor. Más allá del cambio de los letreros de las calles y la colocación de «dientes de dragón», o de pirámides de chatarra de tanque para obstaculizarlo en las avenidas principales, no había un plan previsto para defender las ciudades del Delta.

Se ordenó a la Cuadrilla que diseñara y produjera un camuflaje idóneo.

—Ya sabe —explicó el teniente coronel Farber, oficial más conocido por su espléndida manera de jugar al polo—, hacer cuantas más cosas mejor para que le resulte muy difícil moverse con facilidad. —Hizo un gesto enseñando la separación que había entre sus dos paletas—. Vamos a hacer que se confundan y se vuelvan locos.

A Jasper le castañetearon los dientes. La fuerza destructora más impresionante de la historia marchaba hacia ellos, y este Coronel que no era más que un jugador de polo, pensaba que sería buena táctica tratar de confundirlos.

—Sí señor, haremos lo que podamos —dijo y saludó. De vuelta al Valle Mágico en motocicleta, empezó a pensar que Rommel había dicho bien cuando les dijo a unos prisioneros británicos que habían luchado como leones pero que estaban mandados por unos asnos.

La Cuadrilla Mágica se puso manos a la obra. Maskelyne y Townsend dibujaron algunos planos, Hill y Graham supervisaron los talleres, Fuller procuró transportes, Robson se ocupaba de los materiales. El plan estaba inspirado lejanamente en las viejas tácticas para la defensa de Londres y otras ciudades inglesas después del ataque a Dunkerque. Se fabricaron escondrijos reales y otros de mentira para las

ametralladoras. Jasper ingenió un sistema de espejos que podía ser ajustado para hacer que las calles parecieran continuar o terminaran. «Techos falsos» fueron añadidos a los edificios para proteger los nidos de los francotiradores. El equipo de artistas de Townsend pintó largas callejuelas en lienzos que debían ser colgados en las fachadas de los edificios para conseguir equivocar a los vehículos alemanes, que acabarían estampándose contra la pared. El taller también produjo dientes de dragón, paneles contrachapados y pistolas falsas.

Y sofisticadas trampas explosivas. Minas reales que se ocultaban entre los excrementos de los camellos o en coches rotos o entre los escombros de cualquier calle, mientras réplicas inofensivas de minas reales fueron producidas en grandes cantidades para ser esparcidas por las calles. Muchos explosivos fueron introducidos en ratas muertas del mismo modo que antes los habían metido en la piel de las ovejas. Se pretendía alambrar los aseos públicos.

Cuando Barkas inspeccionó los planes en la oficina de Maskelyne le dijo:

—Haremos bastante daño a los que se preparan para la invasión.

—Así es —replicó Jasper—. El entrenamiento ayuda a mejorar.

Grandes montones de modelos ya terminados fueron cubiertos bajo toldos mientras Jasper realizaba una copia para determinar su emplazamiento en El Cairo y en Alejandría. Otros oficiales de camuflaje dibujaron planos similares en Suez y Port Said y en el resto de las ciudades del Delta. Maskelyne sabía que estas tretas no pararían a los alemanes, pero al menos puede que ayudaran a ganar el tiempo que el VIII Ejército necesitaba para organizar la huida.

El 25 de junio Auchinleck desplazó a Ritchie y tomó personalmente el mando del VIII Ejército. Se daba por sabido desde la época de Wavell que si llegaba a ser necesario, el Ejército Británico ubicaría su última parada en Mersa Matrūh, una pequeña ciudad portuaria que se encontraba entre Tobruk y Alejandría. Pero *Auk* pensaba que no tendrían tiempo suficiente para detenerse allí, sobre todo después del festín de Rommel en Tobruk, donde se había hecho con dos mil toneladas de gasolina, cinco mil toneladas de provisiones, grandes cantidades de munición y dos mil vehículos. Así que decidió que retiraría al VIII Ejército marchando hacia la estación de El Alamein, sólo cincuenta millas al oeste de Alejandría. Sería allí donde el Ejército del Nilo combatiría.

Obviamente no hizo público anuncio de su plan, así que todo el mundo en la Cuenca creyó que cuando Rommel pasó Matrūh, después de una breve y sanguinaria batalla, el Ejército Británico se había venido abajo. Miles de civiles escapaban de la amenaza de los *panzer*, y «El Faldón», la evacuación llena de pánico de Alejandría y El Cairo, dio comienzo.

Los primeros evacuados de esas ciudades huyeron en limusinas, con la correa del perro de raza en una mano y los estuches de joyas en la otra, pero como el pánico se extendió rápidamente por toda la ciudad, se llenaron autobuses y camiones con gente que cargaba con sus pertenencias en sacos de tela. De todas maneras lo que

mayormente se llevaban todos de El Cairo era histeria.

El 1 de julio, «Miércoles de Ceniza», nevaron carbonizados trozos de papel y las calles de El Cairo se volvieron blancas mientras las embajadas y los despachos militares quemaban todos los documentos confidenciales. La Armada Real abandonó el puerto de Alejandría, dirigiéndose hacia el mar Rojo. Las carreteras de salida de la ciudad se llenaron de vehículos de todas clases. Todos los vagones de tren estaban llenos a reventar y miles de personas se subían a sus techos. Los aviones aterrizaban y despegaban continuamente de Heliopolis llevando la máxima carga posible hacia los lugares más seguros de Oriente Medio o del norte de África. Aquéllos que no lograban encontrar la manera de salir de la ciudad en algún vehículo, caminaban con sus pertenencias cargadas a la espalda. Incluso aquellos que no habían de temer a los alemanes, se unieron a las filas de refugiados, como si se tratase de una carrera de *lemmings*.

El Cairo se sumió en un caos organizado. La policía y los guardias de tráfico hicieron su trabajo habitual. Los mercados se quedaron sin reservas, pero seguían abiertos. Los asustados clientes del Barclays Bank sacaron en un solo día un millón de libras. El valor de un coche viejo bajó de los 3000 dólares a los 500, mientras que el coste de baúles y maletas se disparó como un cohete. Las prostitutas rebajaron sus tarifas y trabajaron a destajo. La gente que se preparaba para huir apilaba todo lo que no podría llevarse con ella frente a sus casas y aceptaba cualquier precio que se le ofreciera.

Ciudadanos americanos iban a la Embajada de los Estados Unidos a pedir un sitio en algún vehículo, y el ministro Alexandre Kirk hizo lo que pudo por conseguir vehículos grandes donde cupieran.

El Gobierno británico trataba de dar confianza. El Embajador Sir Miles Lampson acudía a las carreras de caballos vespertinas en Alejandría mientras su esposa se dedicaba a comprar chucherías en los bazares de El Cairo. En Heliopolis, los partidos de *cricket* se jugaban a las horas previstas, y se producían las mismas colas de espera para conseguir un sitio en el campo de golf de Gezira.

Mussolini, confiadamente, había volado en su carguero favorito a Libia, así que esperaba poder encabezar el desfile de la victoria en El Cairo.

A la caída de la noche la ciudad se sosegaba como si fuera una estrepitosa jaula de pájaros a la que alguien le echaba encima una manta. Aunque se impuso toque de queda, los mejores restaurantes y las salas de baile estaban atestados. El Moselle estaba frío y las fresas frescas. La gente se ponía ropa elegante y bebía vino y cenaba y bailaba la música joven que las orquestas tocaban en Shepherds y en El Continental y en todos los demás hoteles y clubs. Lord Lampson organizó una cena para ochenta invitados en el Club Mohammed Ali y señalaba: «Cuando Rommel llegue aquí sabrá bien dónde encontrarnos». Los únicos intrusos en la fiesta eran las sirenas avisando de un nuevo ataque de los cazas y el humo blanco que salía de las chimeneas de las embajadas donde se quemaban documentos secretos.

Maskelyne y la Cuadrilla trabajaron febrilmente, y por fin acogían la sensación de que estaban en guerra. Como Jasper había bromeado durante tanto tiempo, por fin la guerra había venido a ellos.

El 2 de julio el Cuartel General dio orden de evacuar de todas las dependencias al personal femenino tan pronto como el transporte pudiera ser organizado. Se creía que las rubias podían quedarse porque estarían a salvo con los alemanes, así que se les dio prioridad a las morenas. Hubo largas colas en las farmacias para procurarse tinte para el pelo y las mujeres soldados trataron de permanecer en sus puestos todo lo que pudieron.

A Kathy se le ordenó empaquetar sus pertenencias y aguardar. Sin tener idea de cuándo le darían vía libre, hizo caso omiso del toque de queda y se dirigió al Valle para decirle a Michael lo que había pasado. No había nadie donde la Cuadrilla. Se dirigió al aseo para retocarse e instintivamente echó el pestillo al cerrar la puerta: el pestillo se quedó enganchado en la cerradura dejándola atrapada.

Instantáneamente el coraje que había mantenido mientras los alemanes se acercaban a El Cairo se hizo trizas, y empezó a dar alaridos histéricos y a golpear la puerta. Sus gritos roncós no consiguieron atraer la atención de nadie: no había nadie cerca. Por una extraña casualidad, Hill había decidido volver a su habitación a recoger un uniforme limpio y se la encontró allí. Dio de patadas a la puerta y la liberó, luego la besó para calmar su angustia y le dijo que la amaba. Se sintió gratamente sorprendido de sentirse tan bien al decirlo y comprender lo que significaba. Hablaron durante un rato y se besaron y se les hizo tarde, así que parecía totalmente apropiado que ella se quedase a pasar la noche.

Mientras tanto el VIII Ejército se posicionaba en El Alamein. El 30 de junio Auchinleck intentó levantar la moral dirigiéndose a sus soldados:

—El enemigo está extendiendo sus fronteras y considera que somos un ejército roto... Ellos esperan tomar Egipto en un soplo. Vamos a mostrarles dónde se han metido.

Habían encontrado un lugar ideal para fijarse rápidamente. La línea Alamein era la más corta distancia entre dos puntos inexpugnables en todo el desierto. Sólo cuarenta millas separaban el Mediterráneo y las salinas y las arenas movedizas de la depresión de Qattara. No había flancos por los que llegar, así que el ataque alemán tenía que ser realizado directamente allí. El general Auchinleck cargó a cada uno de los hombres con todas las armas y minas que pudiera llevar en esas cuarenta millas. Rommel pagaría con sangre cada grano de arena que hubiera invadido.

En vez de detenerse a reconocer el terreno, lo que hubiera dado tiempo a los británicos a reafirmarse, Rommel llevó a sus exhaustos hombres a la quebrada. La falta de información facilitada por los servicios de espionaje obligó a que sus hombres atacaran en condensadas concentraciones. Ambos bandos sufrieron

importantes bajas el 1 de julio, pero los ingleses consiguieron aguantar las embestidas en luchas casi cuerpo a cuerpo. Esa noche el Mando Supremo alemán en Berlín anunció prematuramente: «En Egipto, las divisiones alemanas e italianas, apoyadas por grandes formaciones de bombarderos, han acabado con las defensas de El Alamein».

El olor de la victoria total en África invitó a los líderes alemanes a cancelar la operación «Hércules», la invasión de Malta, y asignar todas aquellas tropas a Rommel. Esto le dio los refuerzos que necesitaba desesperadamente, pero también permitió que la RAF y la Armada Real comenzaran las operaciones sobre Malta de nuevo, y martillaron sobre los convoys de abastecimiento del Eje.

El 2 de julio Rommel volvió a atacar, sin obtener ningún éxito. Mussolini esperaba impacientemente en los cuarteles del Mando Supremo en Cirene para hacer su marcha triunfal. El 3 de julio siguió la batalla. La élite de la División Ariete italiana fue noqueada por la 13.^a de neozelandeses. La Fuerza del Aire del Desierto hizo un inverosímil número de salidas: novecientas. Al anochecer, Rommel había visto reducida su maquinaria de guerra a veintiséis tanques. Al apercibirse de que su ofensiva había sido puesta fuera de juego, decidió fortificarse en su posición y reabastecerse.

La heroica resistencia del VIII Ejército en El Alamein reforzó la confianza pública en el Delta, y el pánico menguó. Los precios volvieron a ser los de antes del ataque, y en los restaurantes de nuevo se retiró la carta en alemán. La situación del Ejército era todavía precaria, por lo que los preparativos para evacuar Egipto siguieron adelante. Los suministros que no se necesitaban inmediatamente en el frente se enviaron al este del Canal de Suez para satisfacer las demandas de la retirada, y espías británicos en Damasco seguían cuidadosamente los movimientos del Imán de los derviches para asegurarse de que no les jugaría una mala pasada.

La evacuación de personal administrativo dio comienzo, aunque al personal militar femenino se le permitió quedarse esperando la evolución del conflicto. La Cuadrilla quería firmemente quedarse en el Cairo y Alejandría maquinando trampas con las que recibir a los invasores del Eje. Una vez que las bases de esas trampas empezaron a producirse, Jasper comenzó a crear aparatos más esotéricos, como vapores densos para esconder grandes ametralladoras, zanjas artificiales de arenas movedizas, iluminaciones que hicieran más difícil la localización de un tirador y espejos trucados que llevaran al enemigo directamente a una celada.

Los combates continuaron durante julio sin que ninguno de los dos bandos cobrara visible ventaja. Rommel insistía en tratar de apuñalar la línea de El Alamein, queriendo debilitar algún punto por el que su ejército pudiera colarse. Tuvo éxito al agrandar el escaso número de su propia artillería haciendo pasar, dentro de sus divisiones de acorazados, tanques de madera y falsos 88.

El VIII Ejército respondió a cada uno de los ataques de Rommel contraatacando: Auchinleck intentaba llevar a los *panzer* a una batalla de desgaste en la que él estaba

seguro de ganar.

A finales de julio El Cairo se balanceaba en una calma tensa. Los equipajes seguían hechos y los vehículos a punto para una huida rápida en caso de que el *Zorro del Desierto* tuviese aún escondido un último as en su manga. El 3 de agosto el primer ministro Churchill llegó a El Cairo para reunirse con los comandantes de África y del Lejano Oriente. El general Sir Alan Brooke, Jefe del Estado Mayor Imperial, llegó pocas horas después que el Primer Ministro. El mariscal de campo sudafricano Smuts y el general Wavell de la India llegaron más tarde. Auchinleck, que permanecía en el campo de batalla con sus tropas, fue el último en hacer aparición, aún vestido con su uniforme caqui y la familiar gorra de forraje.

Los próceres desaparecieron inmediatamente en una sala de reuniones donde se pasaron todo un día, pero no hicieron ningún anuncio de sus resoluciones. Se especulaba que Churchill quería nombrar un nuevo comandante del VIII Ejército, liberando a Auchinleck para que se dedicara a sus obligaciones como General en Jefe de todo el Oriente Medio. Cada cual tenía su propia opinión acerca de las razones de la visita de Churchill.

—Creo que ha oído grandes cosas sobre las nenas de aquí —opinó Hill— y eso es todo. ¿Piensas que es fácil conquistar a una cuando todo el maldito imperio te está mirando a todas horas?

Fuller le reprochó:

—¿Estás todo el santo día pensando en el sexo, Michael?

Hill hizo gesticulaciones exageradas como si estuviese reflexionando acerca de ello.

Realmente, Churchill pretendía supervisar a los mandos que le estaban sacando de sus casillas. Le enfurecía que el Ejército en el que tanto había derrochado se estuviese comportando tan pobremente en el campo de batalla. El desastre del frente de Gazala había renovado las dudas sobre su liderazgo. Era imprescindible conseguir una victoria en el desierto para restaurar la confianza perdida, y una vez más, exigió a sus comandantes que le diesen ese triunfo.

—Rommel, Rommel, Rommel —humeó—. ¿Qué otra cosa hay que hacer sino apalearle?

El general Auchinleck tenía mucha mejor impresión de la situación táctica y sabía que, con un número de hombres y armas, él podía hacerse con una victoria arrolladora antes del otoño. Quería mantener el frente en El Alamein hasta entonces, y debatió esa estrategia apasionadamente con el Primer Ministro.

Churchill y Brooke decidieron que el célebre líder del XIII Cuerpo, el general William Gott, debía asumir el mando del VIII Ejército. Mucho más chocante fue que anunciaran que antes del 15 de agosto, el general Sir Harold Alexander reemplazaría a Auchinleck al mando de la Jefatura de Oriente Medio.

El 5 de agosto, el Primer Ministro hizo un *tour* por el frente para fortalecer la moral y dio un paseo cansino con su casco y su chaleco antibalas, con unas gafas

oscuras y un parasol. Los fotógrafos obtuvieron imágenes con las que hacer propaganda de ese acto de valentía.

Dos días después el general Gott haciendo precisamente la misma ruta que había hecho Churchill en su viaje de regreso de los cuarteles del desierto, topó con dos ME-109 de la Luftwaffe: era como si los aviones alemanes hubieran estado esperando al avión de Gott para derribarlo. El General consiguió salir del aparato maltrecho, pero regresó para ayudar a algunos de los hombres que habían quedado atrapados. En su segunda pasada los aviones alemanes lo mataron.

Las terribles noticias produjeron en Jasper un vertiginoso malestar. El parecido entre la tragedia de Gott y la muerte de Knox resultaba misterioso. Sin embargo esta vez, no consintió que la depresión lo encerrara en sí mismo: la combatió. Fue al cementerio militar y permaneció en el sosegado recinto recorriendo las hileras de idénticas cruces blancas. Su simetría y su tamaño otorgaban al cementerio una belleza apacible, y el gran número de epitafios parecía pujar por hacer la muerte de cada hombre menos significativa. Jasper oía el susurro del viento, esperando que le dijese las buenas razones por la que los hombres que descansaban allí habían muerto. Pero no era necesario. El lugar lo sosegaba, había sido levantado para que lo hiciera, y él presentó sus respetos a todas aquellas almas y luego volvió al valle.

Churchill eligió al general Bernard Law Montgomery para reemplazar a Gott. Montgomery era una especie de misterio para los veteranos del VIII Ejército. Había estado entrenando soldados en Inglaterra desde lo de Dunkerque, y todo lo que se sabía acerca de su carácter es que no necesitaba ni fumar ni beber, que era un hombre de iglesia evangelista y un fanático de la preparación física. Jack Fuller opinaba que la elección era espléndida y recordó haber asistido a una conferencia de Montgomery en Londres en la que se habían pegado carteles de «No fumar» y «No toser».

Hill dijo:

—Parece un tipo con un gran sentido del humor. *Monty* hizo saber inmediatamente cuáles eran sus planes quemando los planes de retirada y anunciando:

—Nos quedaremos aquí vivos o muertos.

Acostumbrado a que todo el mundo en el Ejército mostrase educación, se dio cuenta enseguida y de manera ruda de cuáles eran las condiciones que imperaban en la vida del desierto. Mientras visitaba al general Freyberg en los cuarteles neozelandeses, comentó arisco:

—Me he percatado de que sus soldados no saludan.

—Salúdales —Freyberg sugirió—. Ellos se lo devolverán.

Montgomery sabía que Rommel atacaría en cuanto su ejército estuviese preparado para hacerlo, por lo que cada hora que pasaba permitía a los británicos atrincherarse mejor en El Alamein. Si atacaba pronto podría encontrar algún punto débil en sus defensas; si tardaba en hacerlo un VIII Ejército reforzado y reabastecido lo machacaría sin contemplaciones. Así que era primordial conseguir que se retrasara

tanto como fuera posible.

—Hay dos maneras de hacerlo —dijo en una precipitada reunión con sus oficiales de camuflaje—: verdades y mentiras. La RAF y *Ratas del Desierto* están picoteando en sus líneas de suministro. Ésa es la verdad. Las mentiras dependen de nosotros.

Hizo una pausa, miró a los hombres congregados en la habitación que le habían servido desde los días de gloria de la marcha triunfal de Wavell y dijo en voz alta:

—Caballeros, por fin nos han tomado en serio. Han puesto sobre nuestros hombros la responsabilidad de convencer a Rommel de que somos mucho más fuertes de lo que realmente somos, para forzarlo a esperar hasta que seamos fuertes de verdad. Nuestra tarea consiste en crear un ejército reserva completo, hasta en los detalles más insignificantes. Hemos estado mucho tiempo para que nos dieran esta oportunidad, y no vamos a desaprovecharla.

El objetivo de la operación «Centinela» era ganar tiempo hasta que la 51.^a División llegase a Egipto con el complemento de veinticinco tanques Sherman americanos. Las operaciones militares describían una especie de sumario que debía impresionar a la Inteligencia Alemana, y entonces le darían a los de camuflaje acceso a todos los materiales y herramientas que necesitaran. Jasper se puso manos a la obra con el segundo de Barkas, Tony Ayerton, y empezaron a diseñar planes.

Por primera vez los graduados en las clases de Buckley en Farnham tenían oportunidad de llevar al campo de batalla todas las técnicas y trucos que habían aprendido en los dos años en el desierto. Ya no iban a tener que robar nada ni a rebuscar en los de chatarra. Montgomery había estudiado suficiente historia militar como para saber que «la magia» había sido usada en la guerra exitosamente desde que los griegos penetraron en Troya con un caballo de madera. Todo lo que pedía a los hombres de Barkas era que inventasen dos divisiones motorizadas que apareciesen en las arenas del norte de El Cairo.

Tres días después se levantó un campamento lo suficientemente grande como para acoger a dos divisiones. Las estacas de las tiendas de campaña fueron hincadas en la arena y los humos de las cocinas y el de las montañas de desperdicios se elevaron al cielo. Nubes de polvo daban señal de que los equipos de construcción trabajaban y camiones de suministros oscurecían importantes secciones del campamento, una red de huellas y surcos cruzaba toda la zona. Día tras día se erigían nuevas tiendas de campaña. Aparecían nuevas señales de unos cañones grandes, a menudo todavía en su envoltura. Los depósitos de desperdicios crecían rápidamente. Las huellas de miles de soldados quedaban marcadas en la arena para dar prueba de que los de la Milicia de Intendencia de la Armada estaban trabajando a destajo. Hogueras individuales ardían durante toda la noche. Las fotografías de reconocimiento que hicieron los alemanes mostraban a miles de soldados ocupados en sus tareas diarias, oyendo arengas, barrenando el terreno, incluso echándose una

cabezadita detrás de una pila de inservibles latas de gasolina.

Pero sólo las tiendas de campaña eran reales en el campamento. Los atareados soldados eran maniqués confeccionados por Maskelyne en posturas verosímiles, como la de estar sentado en las letrinas. Las armas y la mayoría de los camiones y los desperdicios eran obra de los talleres del Valle Mágico. La basura era revisada cada mañana. Las construcciones eran estructuras vacías. Las marcas en la arena se habían hecho mediante camiones que daban unas vueltas al día por el campamento levantando grandes nubes de polvo que confundieran a los observadores enemigos. Cerca de cien hombres vivieron en el campamento y se encargaron de dejar en el suelo sus huellas, de encender los fuegos, de mover a los soldados de mentira por todas partes. Comparado con el riesgo de llevar una división de tanques de cartón al combate, todo esto se consideraba una labor de club de campo.

El campamento se agrandaba día a día a medida que «tropas» y «armamento» nuevos iban llegando. Después de alcanzar la extensión prevista —dos divisiones motorizadas— empezó a menguar porque «los hombres» y «las armas» eran despachados a la línea de El Alamein.

Para completar el engaño, otras armas y tanques de pega y otros soldados «chinos» se añadieron a las posiciones defensivas de El Alamein, cuidadosamente integrados en fortificaciones reales.

—¿Da el pego? —era la pregunta que se repetía a diario.

—A mí me lo da —era la respuesta usual— pero yo no soy más que un soldado raso.

Los talleres del Valle Mágico expendían sin parar «soldados», «pistolas», «tanques» y también «camiones». Para animar a los «soldados» de El Alamein se creó el desplegable Tommy. Era un maniquí vulgar al que se había cargado en las posaderas, que se manejaba tirando de una cuerda sujeta a un clavo que llevaba en su casco: podía hacerse que se tumbara. Bastaba con liberar la cuerda para que el peso en el culo le hiciera caer sobre un hoyo previamente cavado en el suelo.

Maskelyne y Jack Fuller vivían prácticamente en un *jeep*. En un día normal Jasper inspeccionaba el trabajo realizado en el Valle, acordaba el transporte para las mercancías terminadas, supervisaba la posición de los maniqués en el campamento y examinaba la lista de necesidades. Una vez al día por lo menos se reunía con Barkas o Ayerton y alguno de los otros alumnos de Farnham, y se dedicaban a confeccionar durante algún rato nuevos diseños. Por las noches estaba tan agotado que apenas sí podía escribirle a Mary. Ella lo entendía. Por fin Jasper estaba en la guerra.

Montgomery utilizó algunas otras estratagemas para engañar a Rommel. Para ralentizar el ataque de los *panzer*, cuando éste comenzara, había ordenado a sus cartógrafos que crearan mapas del desierto en los que se identificaran incorrectamente las invencibles zonas de «arenas blandas» y las transitables zonas «de tierra segura» de la línea de El Alamein. Los mapas codificados fueron cuidadosamente arrugados y manchados para confiárselos al oficial británico que

había caído en desgracia por su relación íntima con Hekmeth Fahmy, una danzarina del vientre que era espía del Eje. Como había previsto la Inteligencia Británica, el mapa custodiado por el oficial fue descubierto por la bailarina y enviado a los cuarteles de Rommel.

La Inteligencia del Eje mordió el anzuelo. Considerando que el mapa era auténtico, organizaron sus estrategias de ataque basándose en la información que el mapa les ofrecía. Los *panzer* acabaron en las zonas de arenas blandas, convirtiéndose en blancos fáciles para la RAF.

Rommel mantuvo a su ejército en el desierto bajo el brutal calor de agosto. Ambos ejércitos sufrieron los estragos del desierto, pero *Monty* podía ofrecer a sus hombres algo de descanso. Todo el mundo en El Cairo se despertaba a diario pensando que los *jerries* atacarían ese día. Era inconcebible que Rommel esperase hasta el otoño. El VIII Ejército seguía creciendo y fortaleciéndose firmemente. Rommel tenía que decidirse. Y lo haría.

Mike Hill pasó por una época difícil, intentando centrar su mente en el trabajo mientras tomaba una decisión acerca de Kathy Lewis. Sabía que no podía dejar las cosas como estaban durante mucho más tiempo, tenía que seguir adelante o romper. Su incapacidad para tomar una decisión lo estaba volviendo loco. Habló con Jasper acerca de lo que le pasaba. No consideraba a Maskelyne un padre, pero lo respetaba más de lo que nunca había respetado a sus otros amigos. Maskelyne era mayor, y llevaba casado mucho tiempo, y había recorrido todo el mundo.

—Así que, ¿qué piensas? ¿Me caso o no me caso? —le preguntó Hill bruscamente una tarde.

—Supongo que depende —respondió Jasper—. ¿De qué va la cosa?

Hill parecía nervioso.

—Ya sabes de lo que va. Se trata de... eso. Va de lo que va la cosa.

Maskelyne entendía.

—No sé, Mike. Me parece que los dos sois mayorcitos como para saber qué es lo que os conviene. ¿La quieres, verdad?

—Sí, claro que sí, pero parece como que hiciera falta algo más que eso.

—Y es verdad, pero es un buen comienzo.

Finalmente compró un anillo de diamante, por si acaso. La piedra no era muy grande, pero sabía que no tendría que preocuparse de eso. No era del tipo de mujer a la que lo que más le interesa es la cartera del hombre. No podría ser ese tipo de mujer y a la vez estar con él. Decidió darle una sorpresa en su cumpleaños. El 31 de agosto. Esa mañana se levantó pronto, decidido a hacerlo. Pero cuando se estaba montando en el *jeep* para encontrarse con ella en el despacho de Clarke, Graham vino corriendo a decirle:

—Yo no iría a ninguna parte. Rommel ataca.

Hill tomó una bocanada de aire, luego lo soltó y luego empezó a reír y siguió riéndose.

Nails no podía entender cómo las noticias que acababa de dar podían hacer que un hombre se sintiera feliz.

La noche anterior, mientras Hill daba vueltas y vueltas en su litera sin lograr descansar, el corazón de acero del Ejército africano de Rommel se había desplazado al sur, dejando en el lugar que ocupaba hasta entonces un impresionante número de tanques de madera. El Mariscal de Campo trató de duplicar su éxito en El Gazala rompiendo el débil —según se afirmaba— flanco sudeste del frente de El Alamein cerca de la depresión de Qattara, y volviendo luego al norte para encontrarse con las defensas británicas, hechas de remiendos. Una vez más, dependía de la velocidad y el efecto sorpresa para compensar sus pocas provisiones de gasolina y municiones. Pero esta vez el VIII Ejército estaba esperándolo. La Inteligencia Británica había interceptado sus comunicaciones de radio y conocía sus planes. Esta vez *el Zorro* sería el que se llevaría la fea sorpresa.

Las zonas designadas como de «tierra firme» o «suelo seguro» en el mapa falso habían sido sembradas con cientos de minas. Los acorazados de Rommel cayeron atrapados allí. El efecto sorpresa se había desgraciado incluso antes de que comenzase la batalla. Ahora el elemento velocidad se había vuelto contra él. En cuanto los tanques de Rommel cayeron en la trampa de las arenas blandas, oleadas de bombarderos de la RAF iluminaron la noche con bengalas, y luego descargaron toneladas de explosivos en las columnas atrapadas. Al romper el día, la fuerza atacante no había alcanzado ninguno de sus objetivos iniciales y ya había sufrido un inaceptable número de bajas. Docenas de tanques habían quedado fuera de combate. El Comandante de la 21.^a División Panzer, el general Von Bismarck había sido destrozado por una mina, y el general Nehring había sido malherido por el ataque aéreo. Rommel tuvo que abandonar su plan original y ordenar a sus tropas que ocuparan las tierras altas del Alam Halfa. Pero *Monty* lo estaba esperando allí.

Era la única ruta segura para evitar los campos de minas británicos que habían achicharrado a las fuerzas del Eje en las arenas blandas. La columna fue eventualmente favorecida por una tormenta de arena que mantuvo en tierra a la Fuerza del Aire, pero cuando el ejército de Rommel pudo al fin librarse del terreno pantanoso en el que había caído, se condujo directamente a la siguiente trampa del VIII Ejército. Decenas de tanques Grant americanos y ametralladoras antitanques habían sido distribuidas en escondites cerca de Alam Halfa y abrieron fuego contra los alemanes. Relevos constantes de bombarderos y cazas atacaron sin tregua.

En la tarde del 2 de septiembre Rommel era ya consciente de que su situación era desesperada. Se le había agotado el combustible en los campos de minas y en la zona de arenas blandas, y los miles de galones de reserva que le habían enviado habían sido hundidos por cazas que operaban desde Malta. Dio comienzo una precavida retirada, aún buscando un lugar abierto, un lugar desde el que poder lanzar un ataque.

Pero Montgomery no había cometido ningún error.

La primera descarga había transformado en obsoleto el campamento de pega. No había pruebas suficientes para evaluar qué impacto había tenido en los planes de Rommel, pero durante la inesperada, y bienvenida, tregua de agosto, la 51.^a División había llegado y se había instalado apresuradamente en la franja de El Alamein.

El 1 de septiembre, acompañado de Hill y de Phil Townsend, Jasper fue al desierto y devaluado campamento. Dos días antes el lugar todavía mantenía su apariencia de sitio animado y lleno de vida, y su existencia permitía a los de la Cuadrilla creer que ellos habían jugado un importante papel en la batalla por el control del norte de África. Pero al anochecer ya se había convertido en un lugar lúgubre y sucio, sus armas de cartón se apilaban de cualquier forma, cada una de ellas con el doloroso recuerdo de que su más grande batalla la habían librado contra las cámaras enemigas.

Observando el silencioso campo, Townsend gruñó:

—En este momento, me siento tan útil como un billete para el segundo viaje del Titanic.

—Oh, te sentirás de forma muy distinta pronto —dijo Jasper con una sorprendente voz astillada—. Nos hemos dejado la piel aquí y es normal desilusionarse un poco viéndolo ahora. Pero hicimos un trabajo magnífico. Magnífico. Y podemos sentirnos orgullosos.

—Bueno, podríamos estar mejor —apuntó Hill con disgusto mientras pateaba un trozo de tela junto a uno de los camiones de pega— porque nadie más sabe que existimos.

Los animosos informes que llegaban del campo de batalla elevaron los ánimos, pero resultaba difícil derrotar la deprimente sensación de que los hubieran dejado en casa la noche del baile de gala. Jasper se negaba a reconocer que tenía aquella sensación, y repetía incesantemente que estaba muy satisfecho del trabajo que habían realizado y de la contribución a la victoria de la Sección de Camuflaje. Lo dijo tantas veces que empezó a creérselo de verdad.

Unas cuantas veces repasó sus primeros sueños y se sintió estúpido. Había sido tan impetuoso, tan confiado. Había ido a ganar la guerra aplicando las técnicas de la magia al campo de batalla. Había ido a hacer que los mares se separasen y a inventar el Caballo de Troya. Qué ingenuo. Mirando atrás, ni siquiera podía decir que tenía una sensación más precisa de lo que era la verdadera guerra. No había visto de cerca las heridas de la guerra. Al menos había aprendido la lección. Cada hombre debe ocuparse de lo suyo, y hacerlo lo mejor que sepa.

Estaba orgulloso del papel que había jugado, incluso aunque no rematara su actuación con un gran número de ilusionismo. Eso carecía de toda importancia. No estaba haciendo un espectáculo de magia, estaba en la guerra. Y en la guerra no era un mago, era un soldado del Rey.

El 4 de septiembre Rommel empezó la retirada, con sus blindados siguiendo a las

ametralladoras antiaéreas de 88 mm. Montgomery resistió la tentación de seguirlo y acabar con él, un instinto que se había revelado como desastroso para los comandantes que le habían precedido.

Los *panzer* habían quedado destrozados. Sin haber ganado una sola pulgada de terreno, habían perdido cuatro mil hombres y cincuenta carros de combate. El VIII Ejército había perdido un tercio y muchos hombres y sesenta y ocho tanques, pero *Monty* se encontraba a sólo cincuenta y cinco millas de los depósitos de suministro y podía permitirse esas pérdidas.

Lo más importante era que el VIII Ejército, por fin, tenía un comandante que había probado que tácticamente estaba a la altura del mariscal Rommel. El ataque de los *panzer* había acontecido justamente como él había predicho y el enemigo había caído en todas y cada una de las trampas que cuidadosamente había preparado. La batalla de Alam Halfa, que popularmente sería conocida como la Carrera de los Seis Días, había rejuvenecido a un VIII Ejército agotado.

Ahora eran los británicos los que tenían la iniciativa. Por primera vez en la balanceada campaña del desierto, el ejército que había vencido en la última batalla mantenía el control sobre sus propias áreas de suministro. En pocas semanas *Monty* estaría en disposición de lanzar un ataque aplastante. La última mejor baza que le quedaba a Rommel había fracasado.

La batalla siguiente sería decisiva, y al ejército de Rommel le faltaba gasolina para completar la retirada y recursos para afrontar al VIII Ejército en pleno desierto, así que no les quedaba más remedio que luchar por la supervivencia en las cuarenta millas de largo de la línea de El Alamein. La ventaja defensiva de la posición que había servido a *Monty*, serviría ahora a Rommel. Cualquier ataque tenía que ser hecho directamente en las líneas alemanas. El Mariscal había reunido lo que quedaba de su ejército tras un muro de medio millón de minas enterradas, y organizó grupos de ataque. Cualquiera que fuera la táctica de ataque de los británicos, la concentración de sus tanques se movería hacia esa posición. El *Afrika Korps* estaba herido, pero sus garfios todavía podían matar.

En cuanto el enemigo empezó a replegarse, Montgomery comenzó con los preparativos de la ofensiva, llamada «Pies Ligeros». Insatisfecho con la red de «viejos chicos», comandantes que cuestionaban cada una de sus decisiones, dejó absolutamente claro que sus órdenes no se discutían, sencillamente se cumplían. Los oficiales que no aceptaran esa doctrina serían reemplazados. A *Monty* tampoco le gustaba el entrenamiento para el combate cuerpo a cuerpo que sus soldados habían recibido. Aprovechando lo ventajoso de su posición, y a sabiendas de que el desierto se estaba tragando a los alemanes y a los italianos, retiró algunas unidades del frente y las envió a que se prepararan en escuelas de entrenamiento. Cuando «Pies Ligeros» comenzó, su ejército estaba mejor equipado, entrenado y disciplinado de lo que hubiera estado nunca antes.

Churchill de nuevo abogó por un golpe definitivo a base de bombardeos, pero

Monty se negó a atacar hasta que no estuviera todo completamente preparado. Avisó al Primer Ministro de que dimitiría antes de enviar a un ejército no preparado al combate. Churchill tuvo que aceptar la exigencia del nuevo héroe. Y estuvo de acuerdo en que el más grande de los ataques aliados de la guerra se lanzara el 23 de octubre.

Jasper Maskelyne no sabía nada de todo esto. Pero sería su momento: el momento en que tendría que pasar al centro del escenario. Montgomery iba a proponerle que hiciese el más grande juego de manos que se hubiera hecho nunca en la historia de la guerra. Iba a ser el gran número de ilusionismo.



XVI

Los preparativos para «Pies Ligeros», la ofensiva de Montgomery, seguían adelante en toda la cuenca del Nilo, salvo en el Valle Mágico. A falta de un encargo específico, los talleres seguían fabricando elementos para la defensa de las ciudades, aunque lo hacían confiando plenamente en que nunca serían usados.

Monty había logrado imbuir en el VIII Ejército un entusiasta espíritu de lucha. Las unidades se congregaban en densas formaciones. Los coloridos uniformes «como trajes de gitana» desaparecieron del panorama y los soldados se ponían sus ropas caquis, ¡con los bajos de las camisas metidas dentro de los pantalones! Algunas tropas incluso volvieron a poner de moda el saludo marcial. Se producían las habituales regañinas de los altos rangos, pero con muy buenas formas, y *Monty* era descrito como «en la derrota, indomable, en la victoria insufrible», pero la sensación de triunfo final estaba en el aire de aquel otoño.

Hacía tanto tiempo que Maskelyne no disfrutaba de tiempo libre que no sabía qué hacer con él. Realizó unos cuantos *sketches* para mostrarle a *Monty* y vagó por los alrededores del Valle sintiéndose fastidiado. Una tarde jugó una partida de golf en la Isla Gezira. En otra ocasión decidió visitar el Museo del Cairo para ver las joyas del rey Tut, pero la mayor parte de la colección había sido enterrada por seguridad en las arenas del desierto.

Aquel día holgazaneó tranquilamente de vuelta al Valle, echando un vistazo a las tiendas, tomándose un café en un bar. Un patético ejército de campesinos egipcios todavía estaba acampado a las afueras del Valle Mágico para ver al hechicero que vivía dentro, pero habían estado allí desde hacía tanto que habían olvidado qué los había llevado a ese lugar. Los que habían estado allí desde el principio exigían que se les mostrara respeto al proclamar que habían sido testigos de los hechos milagrosos llevados a cabo por el hechicero, y cuanto más exageradas fueran sus historias más respeto se les debía. Gradualmente se le había concedido al Brujo del Valle una forma sobrenatural para explicar sus capacidades, que habían aumentado de manera cada vez más prodigiosa conforme se iban exagerando los cuentos acerca de sus hazañas. Jasper, sin llamar la atención de nadie, podía cruzar el lugar y entrar por las puertas del Valle sin que nadie le molestase, porque a quienes estaban esperando aquellas gentes era a un dios.

El periodo de inactividad de Maskelyne terminó el 16 de septiembre. Por la mañana se le entregó una nota de Barkas que le pedía que se quedase allí. Al atardecer, Barkas y Tony Ayerton lo recogerían en un Chevrolet.

—¿Dónde vamos? —quiso saber Jasper.

—Una reunión —se limitó a responderle Barkas.

En lugar de dirigirse a la ciudad tal y como Maskelyne esperaba, el coche puso rumbo al oeste, más allá de las pirámides, pasado el depósito de tanques dañados, pasada la escuela de entrenamiento de *Monty* y las áreas de vivaques, pasados los sucios poblachos árabes, pasado el desierto.

Era la primera salida que Jasper hacía en dirección el mar desde su viaje con Hill, y sudaba de miedo. Durante el trayecto los hombres evitaron especular acerca del motivo de la reunión y se dedicaron a contarse los últimos chascarrillos sobre *Monty*. También hablaban de un posible desembarco aliado en el norte de África que haría de Rommel lo mismo que un martillazo haría con un huevo.

Tres millas al noroeste de la estación de Burg-el-Arab, cerca de la ribera turquesa del Mediterráneo, el VIII Ejército había transformado una porción de estéril desierto en un versátil centro de mando. Protegido por un anillo de tanques y artillería pesada, cientos de camiones de suministro, coches, caravanas y vehículos de comunicaciones habían empezado a llegar allí a finales de agosto. Se habían habilitado miles de teléfono y cables. Tiendas de todos los tamaños se habían erigido entre las dunas. Había nacido allí un enclave militar, y cuando Maskelyne llegó esa ciudad zumbaba con el cántico de los motores de un ejército confiado que se preparaba para la batalla. Por todo el perímetro del cuartel las órdenes van y venían en bicicletas que levantaban estelas de polvo. En un aeródromo cercano la Fuerza del Aire enviaba cada tanto a alguno de sus cazas para vigilar los cielos, tarea en la que colaboraban un grupo de observadores situados en la llanura.

La seguridad era extremadamente alta. Barkas tuvo que mostrar hasta tres veces su acreditación antes de que se le permitiera aparcar. Un guardia armado los escoltó a una tienda entoldada cuya puerta custodiaba otro guardia armado. La situación acrecentó la curiosidad de Jasper. Era obvio que allí se estaba cocinando algo grande. Pero ¿qué?, se preguntó.

Dudley Clarke había llegado antes, y los acogió calurosamente. Tomaron asiento y charlaron brevemente mientras esperaban. Otra docena de oficiales los había precedido, y en la siguiente hora cuatro más se añadieron. Se les sirvió café y té.

Por fin, un policía militar entró en la tienda y los llamó. Todo el mundo se puso en pie. Un instante después el general Bernard Law Montgomery se materializaba como procedente de un deslumbramiento de rayo solar, seguido a solo un paso de distancia por el jefe de su gabinete, el general Francis de Guingand.

—Siéntense.

Todo el mundo se sentó. Reinaba un absoluto silencio.

Montgomery se quitó su boina negra e intercambió unas cuantas palabras en

privado con Guingand, luego se dirigió al pequeño grupo. Estaba situado ante un mapa que mostraba dos grandes ejércitos enfrentados en la línea de El Alamein.

—Aquí está, caballeros —comenzó crispadamente—. La línea del frente que se estira a lo largo de cuarenta millas de pleno desierto, limitando al norte con el mar y al sur con la depresión de Qattara. No hay flancos transitables. Así que el general Rommel es consciente de que no nos queda otra que meternos en la boca del lobo, y ahí nos esperará. Será una carnicería, pero no creo que esté sobrestimando la situación si digo que la guerra entera depende de lo que suceda aquí.

Lo que pido es desde luego imposible. No puede conseguirse, pero debemos conseguirlo.

Hizo una pausa, y sus ojos de acero azul buscaron a Maskelyne.

—Espero que haya traído con usted su varita mágica. Vamos a necesitarla.

Montgomery se volvió hacia su segundo, que con absoluta franqueza detalló el plan secreto. Con la luna llena del 23 de octubre, los tanques del VIII Ejército tratarían de pasar a través de los campos de minas enemigos en el sector norte del frente, y luego se encaminarían al sur para tratar de cortar las fuentes de suministros del *Afrika Korps*. Dado que serían la cabeza de línea y transitarían la única carretera practicable a lo largo de la costa norte, el enemigo esperaría que el ataque comenzara entonces. Pero con imaginación, astucia y suerte, la táctica sorpresa debería tener éxito, y ésa era la razón por la que se les había congregado allí. Montgomery pretendía convencer de alguna forma a la Inteligencia de Rommel de que el baluarte principal del ataque del VIII Ejército radicaba en el sur del frente de El Alamein, y que ese clamor en el norte no era más que un estrépito para atraer su atención allí mismo. Si esta artimaña tenía éxito, Rommel se vería forzado a echar mano de todas sus divisiones de reserva hasta que estuviera seguro de que *Monty* estaba atacando el norte, otorgando al VIII Ejército un tiempo decisivo para superar los vastos campos de minas de los *panzer*. Si la trampa no se cumplía por completo, el general Montgomery esperaba que al menos confundiera al enemigo acerca de la hora y la magnitud del ataque.

—Y bien, eso es lo que hay —concluyó Guingand—. Deben ocultar a ciento quince mil hombres, mil ametralladoras y mil tanques en un terreno tan plano como una mesa de billar, y los alemanes no deben descubrirlos, aunque estén viendo cada uno de sus movimientos, escuchando cada ruido, comprobando cada huella. Cada maldito nativo os estará viendo y les dirá a los alemanes lo que estáis haciendo a cambio de una lata de té. Podéis no hacerlo, por supuesto, pero tenéis que hacerlo.

Después de una pausa para dejar que reposara su encargo imposible, preguntó si había alguna pregunta. Ocho manos se alzaron en el aire, y Guingand empezó con la rueda de dudas, pero los pensamientos de Jasper estaban dirigiéndose al corazón del problema. Por decirlo con sencillez, lo que Montgomery estaba pidiendo era el más grande de los juegos de mano que se hubieran realizado nunca. Un ejército entero dispuesto a la batalla puesto en la palma de una mano mientras había que hacerle

creer al enemigo que se encontraba en la palma de la otra mano. Un acto de hipnotismo masivo: el General estaba en lo cierto, era imposible lograrlo, así que ¿cómo lo harían?

Cuando se levantó la sesión Jasper paseó por la zona con Barkas y Ayerton, y finalmente se pararon un rato en la cima de una blanca duna. A unos cientos de metros el Mediterráneo se interponía entre ellos y el horizonte. Fumaban. «Un buen encargo» dijo Barkas.

—Bastante bueno —estuvo de acuerdo Jasper, y preguntó por qué razón el general Montgomery no les había propuesto algo que fuera razonable, como separar las aguas del mar Rojo o enviar a los alemanes una plaga bíblica. Su estómago regurgitaba, pero esta vez sabía bien que no era por miedo o sensación de fracaso, sino por las expectativas que le creaba la oportunidad que le ofrecían. Por fin se encontraba con ella: el gran número de ilusionismo. Un número tan fundamental que alteraría el curso de la guerra. Un número de tal magnitud que ninguna otra cosa importaría en el campo de batalla. Un número mucho más difícil que cualquier otro que hubiesen realizado su abuelo o su padre. Por fin lo habían requerido para hacer precisamente aquello que quería haber hecho tres años antes: realizar el acto mágico más grande de la historia.

Vio una sucesión de suaves olas rompiendo en la playa, y luego retrocediendo para volver a formar parte del océano. Jasper Maskelyne en la guerra. El mago Maskelyne en la guerra. Muchas vidas dependían de su talento. Si salía bien el legendario Rommel iba a ser colgado en cubierta —para ser más precisos, retendría a su ejército de acorazados el tiempo suficiente como para permitir a los tanques británicos sortear sus campos de minas. Pero si salía mal, si no daba con la clave, entonces miles de valientes soldados ingleses y australianos y neozelandeses e hindúes serían acribillados en aquellos campos de minas y rematados por las ametralladoras de los *panzer*, por sus morteros y por la artillería.

Toda su vida en el mundo del teatro le había ido llevando hasta aquel momento preciso, y aprovecharía todas las cosas que había aprendido para dar con la clave. «No se puede hacer» había dicho *Monty*. «No lo puedes hacer» había repetido Guingand. Jasper romo una larga bocanada de aire oceánico y con la más ancha y deslumbrante de sus sonrisas le musitó a la brisa:

—¡*Hey, presto!*

Se le asignó a los hombres del camuflaje un espacio eventual para que empezaran a trabajar en la sala de espera de tercera clase de la estación de ferrocarriles de El Alamein. Ayerton se marchó a explorar el sector norte para examinar las características naturales que habían de ser tomadas en cuenta en el plan, mientras Clarke, Barkas y Maskelyne comenzaban a trabajar.

Cada uno de ellos miró el problema desde un ángulo distinto. Clarke, el agente de

paisano, lo encaró como un ejercicio de lógica.

—Nuestra intención es hacer que el enemigo crea que nuestro ataque se dirigirá a sus defensas del sur. Para conseguirlo, hemos de encubrir tropas, armas y suministros en el sector norte mientras a la vez conseguimos dar la impresión de que un cargamento más grande está dirigiéndose al sur. Si eso falla, al menos podemos confundirlo a la hora del ataque. El enemigo reunirá informaciones precisas gracias a sus observadores, o gracias a la interceptación de mensajes de radio y a informadores pagados. Prestarán especial atención a las huellas que vayamos dejando en el desierto para averiguar cualquier signo de un aumento de la actividad. Estarán viendo todo lo que planeamos y vigilarán con ojos de lince nuestros depósitos de agua. Saben que no iremos demasiado lejos sin suministros adecuados de agua.

Hizo una pausa y suspiró:

—Me temo que es excesivo. Podríamos tomar en consideración alguno de esos asuntos, uno cada vez, y luego ver la manera de unificarlos para crear un plan de acción.

Barkas, que como civil se había pasado la vida en aquella época en que el mundo se encontraba entre dos guerras haciendo películas documentales por todo el mundo, pensaba que se trataba del clásico problema de encubrimiento y reclamo, e hizo un experto resumen de los recursos disponibles para conseguir un camuflaje masivo. Luego miró a Jasper y le dijo:

—Espero que tus maniqués sean útiles en el sur. Podemos montar una avanzada de reclamo, con tanques de pega y ametralladoras y todo lo que se te ocurra, parecido a lo que ya hicimos antes pero a una escala mucho mayor, desde luego. No será todo lo que *Monty* pedía, pero definitivamente ayudará.

Jasper escuchó atentamente cómo tanto Clarke como Barkas afrontaban el problema. Las complicaciones parecían infranqueables. El ejército de Rommel estaba esperándoles tras una mampara de medio millón de minas, con ametralladoras, los 88, morteros, artillería y toda la parafernalia de la guerra moderna. Sus espías estarían al tanto de cada bocanada de aire que tomaran los componentes del VIII Ejército. Y aún así él tenía que conseguir burlarlos. «No puedes hacer volar a un camello» le dijo en una ocasión Frank Knox. Bueno, desde luego que sí podía. Como muchas veces había dicho, con los instrumentos adecuados cualquier cosa era posible. «Es un truco, eso es todo», dijo en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó Barkas.

—Es un truco, eso es todo. Mirad ahí, la situación está suplicando claramente un gato por liebre clásico. Lo único que tenemos que hacer es conseguir que una cosa que parece que está en un lugar esté en otro lugar. He pasado la mayor parte de mi vida haciendo exactamente eso y sé cómo se hace. Vamos a presentarle a los *Jerry* un cúmulo de evidencias y a permitir que ellos saquen sus propias conclusiones. Si les mostramos las pruebas correctas, alcanzarán las conclusiones que queremos que alcancen. Si simplemente les mostramos un producto acabado, es seguro que se

preguntarán qué significa, pero si les mostramos todos nuestros preparativos ellos tomarán sus propias decisiones. Ahora —continuó, excitado porque las posibilidades de la operación empezaban a aclararse en su mente— vamos a escenificarlo como si se tratase de un número de ilusionismo interpretado en un teatro. Primero, empezamos a preparar nuestros instrumentos. Esos instrumentos son la llave de todo lo que sucederá después, y entonces los mostraremos a nuestro público. Después de que haya tenido tiempo de verlo, jugaremos con ellos, nos los pasaremos de una mano a la otra, y por fin haremos nuestra presentación. —Volvió a sonreír abiertamente—. Caíste en la trampa.

Clarke y Barkas preguntaron minuciosamente a Maskelyne por lo que había dicho, pero él seguía manteniendo aquella analogía.

—Mi abuelo definía la magia como el método mediante el cual una cosa o una persona pasaban misteriosamente de una condición a otra, y eso es en definitiva lo que tenemos que hacer.

—De acuerdo —terminó por aceptar Clarke—, vamos a hacerle este truco a Rommel.

Trabajando en una baqueteada máquina de escribir con las teclas pegajosas, cerraron un primer plan de aproximación al que denominaron «apreciación de la situación». Este plan, muy apropiado para sus creadores, era lógico, práctico y sujeto a todos los cambios necesarios. Colocaba en el campo de batalla dos fuerzas militares, una real y mortífera, y la otra de cartón y engrudo. Se le daría al enemigo ocasión de familiarizarse con su disposición y de que hicieran sus propios juicios apreciando su propósito. Luego, a debida hora, bajo el manto protector de la noche, la situación de los ejércitos se intercambiaría. Se utilizarían otros principios de los números de magia, sin prescindir de las maniobras de distracción, la simulación y el despiste, pero el plan principal era un simple truco de manos interpretado en un escenario gigantesco.

Se les hizo de noche esbozando la «apreciación». Barkas la leyó y pareció exultante.

—Si funciona —se jactó—, el Caballo de Troya pasará a ser un caballito de tiovivo.

El documento fue enviado para su aprobación a la semana siguiente. Cuando volvían a Abbassia, Jasper le pidió algo a Barkas:

—Si va adelante, quiero que mi gente trabaje en el proyecto.

Barkas rió entre dientes:

—Si va adelante, Maskelyne, tu gente no va tener tiempo ni de echarse una siesta. Un plan de esta magnitud requiere de miles de señuelos, más de los que podríais fabricar en el Valle. Tendremos que pedir la ayuda de la Sección 85 de Camuflaje, de los mecánicos...

—No —le interrumpió Jasper—. No me estoy refiriendo a ese tipo de trabajo. Lo hemos hecho antes. Me estoy refiriendo a un encargo real.

Barkas trató de escabullirse de la petición.

—Si te estás refiriendo a una asignación en una unidad de campo para tus colegas, me temo que ya estamos bastante bien equipados.

—Hablo en serio acerca de esto, Mayor —dijo Jasper fríamente—. No puedo regresar y decirles que van a seguir en los talleres esta vez. Han trabajado al límite de sus fuerzas durante mucho tiempo como para no merecer la oportunidad.

El Mayor lo miró y luego asintió:

—De acuerdo, veré qué puedo hacer.

Los detalles de la operación fueron declarados de «máximo secreto», así que Jasper sólo pudo referirse a ellos hablando con sus compañeros de la Cuadrilla de modo genérico. «El éxito de todo el plan depende casi exclusivamente de una inmensa operación de camuflaje que nunca antes se ha realizado», les explicó, «y estamos justo en el centro de ella. Montgomery quiere poner todo un ejército de pega en el campo de batalla para convencer a Rommel de que su flanco sur va a ser atacado. Para hacerlo...».

Hill lo cortó cantando una canción familiar:

—Había una vez un mago...

Los otros se unieron regocijados a la canción.

—No, ahora no. Ahora es la hora de nuestro espectáculo. Nadie ha hecho nunca nada como esto antes. Y... —Jasper empezó a decirles que Barkas iba a darles un papel de protagonistas, pero prefirió callarse. No quería que sus hombres padecieran más decepciones—. Eso es todo por el momento.

El plan ideado en la estación de ferrocarriles de El Alamein recibió la aprobación de *Monty*, con unas cuantas modificaciones pequeñas, y recibió el nombre de «Bertram». Barkas, Ayerton, Clarke y Maskelyne empezaron a tramar los detalles específicos en una habitación de la Fuerza A. El primer día de trabajo, para que le sirviera de recordatorio constante, Jasper escribió en la pared una frase: «La cuestión suprema debe ser qué impresión producirá la introducción de este detalle en la mente del espectador».

En teoría «Bertram» era relativamente simple. Un grupo importante de aparentemente inofensivos vehículos de transporte y suministro se reunirían en el norte, mientras la fuerza acorazada aparecería dirigiéndose al sur. Tan tarde como fuera posible se realizaría la transposición, o el apagón, y el ataque se lanzaría en el norte. Todos ellos tenían que tratar de resolver cómo hacerlo.

Como cualquier espectáculo mágico, «Bertram», el engaño militar más complejo que nunca se hubiera llevado a cabo, empezó con la preparación del escenario. En el teatro, los aparatos tenían que ser llevados y traídos. En el desierto, mucho antes de que los tanques y las ametralladoras aparecieran, los camiones de suministros tenían que estar colocados para servirles. La operación «Pies Ligeros» requería dos mil toneladas de gasolina, seiscientas toneladas de provisiones, seiscientas de munición y cuatrocientas veinte toneladas de repuestos mecánicos. Todo esto debía ser llevado al

norte sin que los observadores enemigos lo detectaran. Simultáneamente, para hacer creer que el ataque se realizaría sobre el sur, una caravana similar de suministros de pega debía colocarse allí. El material que resultaba más difícil de llevar en secreto, sobre todo en el desierto, era la gasolina. Habían de ser transportadas decenas de miles de latas. El primero de los problemas que habrían de encarar fue resuelto por Tony Ayerton. En su recorrido por la zona de El Alamein había descubierto un centenar de pequeñas trincheras practicadas en el suelo que habían sido cavadas un año antes. Probablemente, razonó, la Inteligencia alemana las había usado para espiarlos. Se hicieron experimentos con trincheras similares que demostraron que las latas de gasolina apenas cambiaban la forma de las deladoras sombras interiores. Así que empezaron a llenarlas la noche del 23 de septiembre, un mes antes de que la ofensiva comenzase, cuando los bidones de gasolina habían sido limpiamente amontonados dentro de aquellas trincheras de avanzada.

En una prueba importante realizada al día siguiente, pilotos británicos fueron incapaces de localizar aquellos depósitos. «Pies Ligeros» tenía el depósito lleno.

Ese mismo día, si bien la Inteligencia aliada no lo sabría hasta un mes después, un agotado y exhausto Erwin Rommel volaba hacia Semmering en las montañas de Austria, buscando desesperadamente un poco de descanso, dejando al mando a Georg Stumme. Rommel abandonó el campo de batalla sólo después de asegurarse de que no se equivocaban sus espías al decirle que la ofensiva británica no tenía posibilidad alguna de empezar sin que lo advirtieran al menos dos días antes, pues requerirían tal cantidad de suministros que serían detectados por la Luftwaffe, que hacía exámenes del campo de batalla cada hora.

Los talleres del Valle Mágico se afanaban sin descanso en la producción del ejército de pega. Escudos de sol, tanques de madera, camiones falsos, cañones falsos, miles de uniformes. Fueron reclutados decenas de trabajadores civiles a los que se les asignó específicas labores, más que para completar los modelos, para prevenir a los espías extranjeros, el tamaño de la operación que se había puesto en marcha. Desde su minúsculo despacho en el Ministerio de la Guerra, situada bajo Whitehall, el primer ministro Churchill seguía las evoluciones de la operación en el desierto con inmensa expectación. Era la ofensiva que había estado exigiendo a todos sus comandantes, y esperaba que los nazis fueran aplastados de una vez por todas.

Nunca se había dado una oportunidad mejor para dar un golpe mortal a los alemanes. Los ejércitos europeos de Hitler estaban sufriendo espantosamente al enfrentarse con las defensas rusas en Stalingrado. Los japoneses estaban batiéndose con los americanos en la violenta campaña del Pacífico Sur. La victoria absoluta en el norte de África liberaría elementos que reforzaran las tropas en la India en el Lejano Oriente, a la par que privaría a Hitler del control sobre el canal, vital para la ruta de suministros de Oriente Medio...

En El Cairo Jasper no tenía tiempo para reflexionar sobre la situación internacional. Para él la batalla se desarrollaba a unas pocas millas de distancia, y su papel era esencial. Estaba constantemente en el tajo: dando empuje y exigiendo, pidiendo cosas y adulando, amenazando a los suyos y felicitándoles cada minuto.

«Nos hemos embarcado en los preparativos de la batalla definitiva», le escribió a Mary, evitando cuidadosamente cualquier detalle que pudiese ser censurado. «Será un espectáculo maravilloso. Parece que necesitan de mis servicios realmente esta vez, y estoy ocupado todo el tiempo. Los alemanes esta vez no sabrán por dónde les golpearemos. Los hombres parecen muy confiados; Montgomery se ha ganado su respeto. Sabrás acerca de nuestra campaña en los próximos meses. No temas, mi amor, estaré bien. Con todo mi cariño, JAY».

El verdadero pistoletazo de salida de la representación comenzó el 26 de septiembre. En un intento de confundir a los alemanes acerca de la fecha y el sector precisos en los que se realizaría el ataque, soldados de la Compañía 578 de Infantería empezaron a desplegar una tubería de agua desde el depósito de El Imayid hacia Samaket Gaballa, en el sur. Ni que decir tiene que toda la tubería era una elaborada trampa.

Se habían cortado latas de petróleo y se habían aplanado y pegado para que simularan extensiones de la tubería. Cada día cinco millas de esta «tubería» se iba arrastrando por el desierto mientras cientos de soldados iban cavando trincheras para ocultarla. Cada noche se sacaban las latas aplanadas y se utilizaban para que al día siguiente simulasen que se colocaban en las cinco millas siguientes.

—Si no tienen más evidencia de que nos dirigimos, al sur esta tubería hará de flecha de indicación. No hay posibilidad de que no caigan —le dijo Jasper a Fuller. Pero lo que era aún más importante, a una velocidad de cinco millas al día, la tubería no llegaría a Samaket Gaballa hasta comienzos de noviembre, y la Inteligencia alemana asumiría sin género de dudas que la ofensiva no comenzaría hasta que la operación del despliegue de la tubería alcanzara su meta.

Además de la «tubería», se construyeron tres estaciones para que los camiones recargaran combustible, con sus mangueras hinchadas a lo largo de la ruta. «Servían» a unos pocos camiones de verdad enviados a la zona para que imprimieran sus huellas en la arena tanto como los camiones de pega.

El almacenaje de provisiones comenzó al mismo tiempo en las proximidades de la estación de El Alamein. Dado que no era posible ocultar toneladas de comida, té, galletas, cigarrillos, flúor, azúcar, leche en polvo y cosas similares en la llanura, algunos de los medios para disfrazarlos debían ser descubiertos. Se alargaron los debates sobre el hecho de que los transportes ordinarios fueran los vehículos más comunes del desierto. Las concentraciones de camiones eran una parte del escenario habitual hasta el punto de que no llamaban la atención. «Brian» Robb sugirió que las cajas de suministros se apilaran y encubrieran con el camuflaje habitual, para que se

asemejaban a los camiones normales de tres toneladas, con una malla protectora. Resultaba tan simple como efectivo.

Otros suministros fueron escondidos bajo las *bivvies*, o tiendas individuales de soldados, erigidas en una unidad australiana. Las tripulaciones de la RAF tomaron fotos del lugar para inspeccionarlo, y luego se hicieron las modificaciones imprescindibles.

A menudo los observadores alemanes olfateaban por las «concentraciones de camiones» y en una ocasión atacó un solitario Messerschmitt, ocasionando que un soldado australiano corriera desnudo a través del campamento gritando: «Han disparado contra mis galletas, han disparado contra mis galletas».

La mayoría de la munición y los equipos militares fue reunido para establecer un depósito de suministros en El Imayid, a veinte millas del frente. Este depósito se había mantenido operativo lo suficiente como para que los alemanes lo examinaran cuidadosamente, y las nuevas provisiones se dispersaban entre los montones que ya estaban allí. Aunque las pilas originales de cajas se habían dejado sin camuflar, las nuevas se cubrían con arena para esconderlas. Pero las brisas del desierto se empeñaban continuamente en sacar a la intemperie algunas de aquellas cajas, si bien la mayor parte de las seiscientas toneladas de suministros de la operación fue exitosamente escaqueada en la zona.

Seis días con sus noches bastaron para colocar en su lugar todas las provisiones necesarias para la ofensiva. La operación «Bertram» se estaba desarrollando bajo la atenta mirada de los alemanes sin que ellos se apercibieran de ella.

Para reforzar la impresión de que el VIII Ejército no estaba preparado para lanzar el ataque —impresión que apoyaba la «tubería»—, *Monty* decidió retrasar la acumulación de efectivos de pega en el sur unas cuantas semanas.

Y en tanto, todo el dispositivo de los vehículos de transporte desplazado al norte estaba programado para empezar la noche del 30 de septiembre. En las siguientes semanas cuatro mil camiones reales llenos de unidades de reserva y compañías de servicio, y setecientos camiones de pega, con sus escudos de sol, fueron desplegados en un rectángulo de ocho millas por cinco al que se le llamó «Martello». Dado que una reunión de equipamiento de apoyo era cosa bastante habitual antes de un ataque, se consideró que los alemanes lo examinarían detenidamente, estudiarían cada movimiento, pero no sentirían la amenaza porque no verían allí ni tanques ni armamento pesado.

«Martello», de hecho, era el equivalente militar a la escenografía de un número de magia: con un chasquido de dedos de Montgomery setecientos tanques y cañones del 25 saldrían de aquella aparentemente inofensiva concentración de vehículos. Y sería en «Martello» donde arrancaría su ofensiva el VIII Ejército. Si los alemanes no descubrían el ardid antes de esa noche, «Bertram», y por lo tanto «Pies Ligeros», tendrían grandes posibilidades de éxito.

Jasper estuvo ocupado sobre todo con el desarrollo de los escudos de sol. Pero el

29 de septiembre, Fuller lo buscó en los talleres para decirle que Barkas tenía que verlo inmediatamente para tratar un asunto de suma importancia. Jasper trató de escabullirse, pero Fuller no quiso oírle, y le recordó:

—Es tu superior, ya sabes. Tienes que obedecer.

Jasper refunfuñó:

—¿Dónde me estás metiendo?

Empezaba a sentirse un poco molesto, porque ciertamente no era momento para andarse con juegos. Y Barkas lo sabía.

—Reunión especial —replicó Fuller, y lo llevó frente al Blue Daze, un club famoso por sus danzas del vientre.

Jasper se apresuró a entrar en el cabaret y se detuvo abruptamente, completamente asombrado. Toda la Cuadrilla estaba allí aguardándolo, y también Gregory, y Kathy Lewis, y Barkas, y otros colegas de la Escuela de Camuflaje de Farnham, y algunos ingenieros y otros amigos que había hecho en Egipto. Hill se dirigió hacia él y le estrechó la mano:

—Feliz cumpleaños, Jay.

En todo el tráfago de los preparativos, se había olvidado completamente de su cuarenta cumpleaños. Balbuceó confuso a Fuller:

—Eres un pedazo de cabrón. Te has quedado conmigo.

Fuller aceptó el cumplido.

—Supongo que sí, que lo he hecho. Dice bastante a nuestro favor.

Se sirvió una comida y se entregaron unos regalos y hubo muchas risas. A media tarde la fiesta concluyó.

Cuando Jasper se dirigía al *jeep* de Fuller, Barkas lo alcanzó. Su regalo sería un puesto en el campo de batalla para la Cuadrilla Mágica.

—Tu gente hizo muy bien lo de las lanchas, y pensé que algo como una invasión anfibia vendría bien a vuestra fantasía. Nada espectacular, no creas, pero *Monty* pidió a Cunningham que preparase algún tipo de diversión entre las líneas de los *jerries* en el sector norte cuando nosotros empujemos, algo que atrajera su atención. La Armada os proveerá de cualquier equipamiento que necesitéis. Me doy cuenta de que es probable que no sea el tipo de espectáculo que tenías en mente, puede que no tengáis que hacer fuego, pero al menos estarás en el acto de apertura. Y bien, ¿qué me dices?

—Es un regalo maravilloso, Mayor.

—Bien. Espléndido. La gente de Cunningham estará al tanto. Ellos tienen los detalles.

Por mucho que acelerara Fuller no lo hacía lo suficiente como para complacer a Maskelyne, que quería llegar al Valle cuanto antes. La flota del Almirante Hill estaba a punto de zarpar de nuevo.

A la noche siguiente, el farol de «Martello» seguía según lo programado. Se descargaron setecientos veintidós escudos de sol. El frente de El Alamein permanecía aparentemente sosegado mientras se iba poblando el escenario, si bien *Monty* había

ordenado una serie de ataques para prestar color a la impresión global. Una noche la Brigada de la Reina de la 44.^a División sufrió 392 bajas durante un asalto a la fuertemente defendida depresión de Munassib, pero el territorio capturado era necesario como punto de escenificación si la ofensiva se hubiera de lanzar realmente en el sector sur. En el sur los observadores alemanes estaban especialmente ocupados, ocasionando que la gente de camuflaje creyera que al menos habían atraído la atención de *Jerry*.

«Brian», que era el nombre del depósito de suministros falsos en el sur, empezó a construirse el 7 de octubre cerca de un lugar llamado Bir Mseilikh, bajo la supervisión de su creador, «Brian» Robb. Representaría acoger nueve mil toneladas de suministros, y se utilizaron troncos de palmeras, raíles, estacas puntiagudas, y un número incontable de alambre. Para completarlo, se erigieron construcciones falsas y tiendas de soldados. Una brigada residente manejaba tres camiones por todo el área para trazar todos los días huellas que dieran la impresión de que pasaban por allí decenas de vehículos. Una vez que «Brian» fue terminado, el escenario estaba establecido. Vehículos de «transporte» en el norte, y «depósitos de suministros» en el sur. Pasaría algún tiempo antes de que los actores —los miles de tanques y ametralladoras del VIII Ejército— tomaran posición en el escenario, para darle al público una oportunidad de acostumbrarse al decorado. Sólo después de que la Inteligencia enemiga hubiera tenido tiempo de inspeccionarlo todo concienzudamente, como buen público escéptico probaría el artefacto de los anillos enlazados. Se harían los cambios esenciales para que se produjera el éxito de la representación.

Para mantener entretenido al público, *Monty* ordenó que aumentaran las patrullas en el sur, incluyendo incursiones ocasionales en tierra de nadie, mientras las cosas permanecían sosegadas en el norte. La Inteligencia alemana lo examinaba todo cuidadosamente, con constantes fotografías aéreas realizadas a diferentes horas del día que luego se estudiaban para señalar cualquier movimiento apreciable. No cabía duda de que los británicos no tardarían mucho en lanzar su ataque con una fuerza muy superior a los *panzer*, pero lo que había que contestar era dónde se lanzaría ese ataque. Dar con la respuesta correcta permitiría al altamente móvil ejército africano responder con la máxima severidad el ataque y repelerlo. Desde el punto de vista de Rommel, todas las pruebas indicaban que el ataque sería lanzado hacia el sector sur a comienzos de noviembre. Las provisiones almacenadas y la construcción de la tubería llevaban a esa conclusión: no tenían posibilidad de atacar antes. Sea como fuere, la Inteligencia alemana seguía confiada de que estaba capacitada para informar a Rommel dos días antes de que se produjera el ataque, más que suficiente para permitirle regresar al campo de batalla.

No fue hasta el 10 de octubre que se informó a Jasper de la invasión marítima. El

despacho del almirante Cunningham no esperaba mucho de ellos. La Armada les daría tres lanchas rápidas equipadas con ametralladoras de cubierta para que dispararan tras las líneas de los *Jerry*.

—Lo que nos gustaría es armar un poco de ruido —explicó el teniente David Fielding—. Se trata sólo de llamar su atención y luego salir pitando. Estoy seguro de que comprende lo que queremos.

Jasper lo entendía, pero él tenía planes mucho más grandes.

—Ya que vamos a hacer el intento —dijo educadamente—, déjenos hacerlo bien. Permítanos convencer a *Jerry* de que una fuerza mucho mayor estará desembarcando y tomando posiciones.

Fielding menospreció la sugerencia, arguyendo que la Armada carecía de hombres y equipamiento suficiente para una misión como esa. Jasper sonrió confiadamente.

—Y si yo pudiera hacerlo con mis hombres y sus tres botes.

—Usted mismo —respondió Fielding. Había nacido la operación «Frank Knox».

La noche del 15 de octubre fue colocada sobre el tablero la pieza final para completar el escenario del campo de batalla, cerca de la depresión de Munassib en el sur. Tropas de la 44.^a División cavaron hoyos para ametralladoras y colocaron piezas de campo falsos, armas falsas, camiones falsos y soldados «chinos» que equivalían a tres regimientos de artillería. Los soldados «chinos» se mantuvieron fijos durante días en el mismo puesto y la misma postura, incluyendo a aquellos que habían sido metidos en las letrinas. Se habían utilizado redes llamativas para cubrir las ametralladoras. Estos errores eran lo suficientemente obvios como para que fuesen detectados por la Inteligencia enemiga, pero lo suficientemente sutiles como para que no los considerara intencionados. Una vez que los camufladores estuvieran seguros de que *Jerry* había tomado nota de aquellos errores, los corregían, como si el VIII Ejército hubiese descubierto sus propios errores. Era un clásico del doble farol. El enemigo se animaba al creer que habían descubierto un punto débil en las defensas del VIII Ejército, y en el momento oportuno, sin duda, utilizarían esa información vital, sólo para descubrir que las avispas de cartón tenían aguijones mortales.

La operación «Knox» recibió el visto bueno oficial el 16 de octubre. El código de comunicaciones y el itinerario fueron fijados y reunido todo el equipamiento necesario, aunque Fuller tuvo demasiadas complicaciones para colocar el gramófono de doble altavoz, ya que alguien se había anticipado. A petición de Maskelyne, La Armada les proveyó de tres falúas que acompañaran a los botes rápidos.

Todos en la Cuadrilla estaban empezando a emocionarse con la misión, excepto Hill, que gruñía:

—De verdad que nos van a mandar al gran basurero esta vez.

Los actores en el número de ilusionismo de Maskelyne —el millar de tanques, las dos mil ametralladoras y los vehículos de transporte— se desplazaron al escenario de las acciones el 18 de octubre. Esa mañana, a la vista de los observadores enemigos, el

Ejército Acorazado de Montgomery se desplazó desde los lugares de retaguardia a las áreas más avanzadas en Murrayfield y el Melting Pot. Estos lugares de reunión estaban a cincuenta millas, o a dos días de camino, desde la línea de El Alamein, y se desplegaban a lo largo de las principales rutas hacia el sur. No se hizo nada por camuflar estos movimientos, obligando a la Inteligencia alemana a informar de que probablemente se trataban de ensayos más que de una preparación real de la ofensiva. De cualquier manera se decretó observación absoluta de todos los movimientos de ese ejército desde el amanecer hasta el anochecer.

Aunque Stumme, el General de la Inteligencia alemana, había garantizado que tendrían un colchón de cuarenta y ocho horas, esta nueva maniobra le inquietó. Después de ponerse en contacto con el mariscal Rommel por radio, que todavía estaba recuperándose de los devastadores efectos que sobre él había tenido la campaña del desierto, decidió dividir sus quinientos tanques ya listos para el combate. La 15.^a División Panzer y la Acorazada Vittorio italiana se quedarían en el norte, mientras que la 21.^a División Panzer y la Ariete se desplazaban a posiciones defensivas en el frente del sur. Sus reservas, las divisiones 90.^a Ligera y Trieste, se quedarían en una situación intermedia entre ambos puntos.

La infantería británica se había ido colocando gradualmente durante las activas noches de octubre. La mayoría se mezcló simplemente en las concentraciones de tropas, pero algunos se amontonaron durante días en un complejo de trincheras camufladas cerca del frente.

Un buen número de magia se consigue gracias a una continua cadena de detalles esenciales dirigidos a producir un solo efecto, así que algunas de las piezas de «Bertram» estaban cayendo nítidamente en su lugar. Pero, como le había sucedido alguna vez en el negocio del espectáculo, Jasper se había obsesionado tanto con los detalles que se equivocaba al apreciar el efecto completo. Ahora, con el escenario ya montado y las piezas repartidas para su inspección, se detuvo y se imaginó a sí mismo iluminado por los focos. La atención de su público había sido muy cuidadosamente controlada. Si miraba al norte, allí encontraba una inmensa pero aparentemente inofensiva concentración de vehículos camuflados. Aunque esa formación de motas en el desierto resultaba curiosa, los camiones habían permanecido en aquel lugar durante tanto tiempo que no implicaban ninguna amenaza. Los ojos ya se habían acostumbrado a ellos, y la mente los pasaba por alto. La frenética situación en el sur requería una atención más considerable. La tubería de veinte millas había serpeado por el desierto, se habían construido estaciones de combustible para servir a numerosos vehículos a diario, escuadrones aéreos y patrullas terrestres peinaban los cielos y el suelo. Tres regimientos de artillería habían tomado posiciones cerca del frente.

En la retaguardia, centelleando a la luz del día, se extendía el peligro real. Las ametralladoras de los acorazados de Montgomery apuntaban al sur y esperaban el momento de empezar. Fue el 20 de octubre. Era hora de que el mago sellara la caja de

la momia con su valiente ayudante temblando dentro. La hora de extender la sábana sobre la acongojada damisela y prepararse para hacerla levitar. La hora de poner en marcha la sierra eléctrica. Era la hora de hacer trucos.

Muy temprano esa mañana se dio la señal a todo el personal involucrado de que se pusiera en marcha: la transposición tendría lugar al anochecer. Maskelyne y sus hombres pasaron el día cargando tanques de cartón en los camiones —en un camión de cinco toneladas cabía cómodamente una docena de tanques.

En una reunión en el Cine Amariya, Montgomery reveló su plan de batalla a los oficiales de mayor rango del VIII Ejército. Desde ese momento todos los soldados que tuvieran conocimiento de los detalles de «Pies Ligeros» habrían de permanecer en áreas restringidas. Las tropas que patrullaban en el frente de El Alamein no fueron informadas de los planes por si resultaban capturadas. La batalla, avisó Montgomery, «va a ser una trifulca de verdad», pero estaba absolutamente confiado en que sus bien preparados hombres «abatirían a seis enemigos como el que tenían».

Minutos después de que el sol se ocultara el desierto tronó de vida. El VIII Ejército había comenzado las maniobras de transposición del sur al norte. Para ocasionar distracción que cubriera el movimiento, una tripulación esquelética de operadores de radio de la 10.^a Acorazada patearon una gran extensión de tierra como ensayando una operación en marcha. El XIII Cuerpo en el sur realizó una serie de falsas cazas, iluminando, accidentalmente, soldados «chinos» que tuvieron que padecer un importante número de ataques enemigos en sus intestinos de trapo.

Los grupos de tanques y sus vehículos de suministro se desplazaron de las áreas de Murrayfield y Melting Pot hasta alcanzar a los inofensivos camiones que estaban en «Martello». Más allá, a lo largo de toda la cuenca del río, cientos de camiones dispersos y coches preparados llegaban a Murrayfield y Melting Pot para reemplazarlos.

Maskelyne y los de la Cuadrilla iban en el primer grupo de camiones que llegaron a Melting Pot con cargamentos de tanques de pega. En cuanto un vehículo acorazado partía lo sustituía un camión o un coche. Los tanques eran reemplazados por los modelos fabricados en el Valle, que se camuflaban con redes normales. Había sido imposible producir suficientes tanques para la operación «Bertram», así que en algunos casos había que utilizar troncos de palmeras que se depositaban en el lugar ocupado por el tanque real y se cubría con redes.

La 10.^a de acorazados atronó a gran velocidad hacia «Martello». Era un movimiento complicado, porque los tanques viajaban con luces mínimas y tenían que seguir las trazas marcadas por los vehículos que encabezaban el convoy. Jasper observó orgulloso cómo salía de Melting Pot a la luz plateada de una luna menguante el último grupo de tanques equipados con los borradores de huellas. En equipos de dos y tres hombres, habían conseguido crear todo un ejército hecho de pasta, lienzo y

cartón. En tanto este ejército creado en el Valle Mágico se materializaba, a él no le ayudaba pensar en los días lejanos de Farnham, cuando los chicos de Buckley habían conseguido mantenerse a distancia de los soldados regulares en Aldershot por miedo de que cualquiera que perteneciese al ejército de verdad los manchara con su presencia.

Cuando todos los tanques reales llegaron a «Martello», se ocupaban de ellos otros equipos de oficiales de camuflaje que habían de revestirlos con los escudos de sol específicamente preparados para ellos. Los camiones de pega que habían estado en «Martello» durante semanas, fueron desmantelados y cargados en vehículos que los trasladaban a Melting Pot y Murrayfield para que ocuparan las posiciones que habían quedado libres.

Una vez que los tanques y las ametralladoras habían llegado a «Martello», a sus tripulaciones no se les permitía salir de allí. No se permitía encender fuego ni colgar ropa. El menor fallo podía dar al traste con todo el truco puesto en marcha.

En Munassib, en el sector sur, una batería de artillería real reemplazaba los maltrechos vehículos de pega. La transposición duró dos noches. En los amaneceres del 21 y el 22 de octubre el desierto permanecía calmo. Los vuelos de reconocimiento del enemigo hacían sus rondas matinales sobre las áreas informando que la 10.^a Acorazada seguía sin moverse a cincuenta millas de El Alamein. Como era habitual, mantas y sábanas se colgaron de los tanques para que se secaran al sol, y miles de soldados tomaban sus brebajes en los humeantes fuegos del campamento.

Los alemanes no se apercibieron de que el desplazamiento de 1500 vehículos y 1870 tanques y camiones de tres toneladas —tanto reales como de pega— habían sustituido en Melting Pot y Murrayfield en el sur a la 10 de Acorazados, mientras que la verdadera división acorazada se había desplazado hasta «Martello» y ahora se encontraba cerca del sector norte del frente.

El general Schumme se puso en contacto por radio con el cuartel general para informar el día 22 rutinariamente que «la situación del enemigo no ha cambiado». Ese mismo día el general Montgomery canceló todos los permisos. Todas las unidades recibieron orden de permanecer en sus puestos. En El Alamein soldados de infantería permanecían escondidos en las pequeñas trincheras, esperando.

La Cuadrilla contuvo la respiración durante toda la jornada. Esperar les resultaba más difícil que trabajar duro.

—Vamos allá —gimoteó Hill—. ¿A qué diablos estamos esperando? Estamos en posición y estamos listos. Vamos.

—Pronto —le dijo Townsend—, pronto.

—Te digo que todo se va a ir al garete. Piensas que podemos engañar a Rommel tan fácilmente. —Hill sacudió la cabeza—. No, no se puede.

Por la tarde, Maskelyne y Gregory fueron a Alejandría para examinar las lanchas rápidas.

—Sólo falta un día —musitó Jasper.

—No estoy seguro de que aguante tanto —respondió Gregory.

Los aviones de la Luftwaffe siguieron con sus rondas habituales. Se apercibieron de que una batería antiaérea se había instalado cerca de Murrayfield, pero aparte de eso nada había cambiado.

La noche del 22 Jasper esperaba en el Valle Mágico y contempló el crepúsculo escarlata. No había más que hacer. El ejército estaba colocado. La misión de la Cuadrilla no tendría lugar hasta la tarde siguiente. Todo lo que podía hacer ya lo había hecho. Levantó una copa de vino italiano con los últimos rayos del sol. Una noche antes de que se realizara el número de ilusionismo más grande de la historia. Su número de magia. La gran ilusión.

Si las manos del VIII Ejército habían sido más rápidas que los ojos del Eje, el público iba a morirse de la sorpresa.



XVII

En la mañana del 23 de octubre, un «Mensaje Personal del Comandante del Ejército» Montgomery fue leído por todos y cada uno de los soldados del VIII Ejército antes de entrar en combate:

1. Cuando asumí el mando del VIII Ejército dije que mi misión consistía en destruir a ROMMEL y a su ejército y eso es lo que haríamos en cuanto estuviésemos preparados.

2. Estamos preparados AHORA. La batalla que va a comenzar es una de las más decisivas de la historia. Será el punto de no retorno de esta guerra. Los ojos del mundo entero están mirándonos, siguiendo angustiosamente la batalla que está a punto de comenzar. Podemos ofrecer una respuesta: «Haremos nuestro trabajo».

3. Tenemos equipamiento de primera clase, buenos tanques, buenas ametralladoras antitanques, suficiente artillería y suficiente munición, y estamos apoyados por la mejor fuerza aérea de la historia. Todo lo que necesitamos es que cada uno de ustedes, cada oficial y cada hombre, entre en esta batalla con determinación para verla hasta el final —para luchar y matar— y finalmente para vencer. Si lo hacemos sólo podemos obtener un resultado —juntos aplastaremos al enemigo y nos haremos con el control del norte de África.

4. Tan pronto como vencamos en esta batalla, lo que será el punto de no retorno de esta guerra, tan pronto como lo hagamos regresaremos a casa con nuestras familias.

5. En consecuencia, que todo oficial y todo hombre entre en la batalla con toda la fuerza de su corazón, y con la determinación de cumplir con su obligación hasta que le quede un soplo de vida en el cuerpo.

Y no permitid que ningún hombre se rinda en tanto no sea herido y pueda seguir combatiendo.

Recemos en la batalla a Dios Todopoderoso para que nos dé la victoria.

B. L. MONTGOMERY
Teniente General en Jefe del VIII Ejército.

Los de la Cuadrilla se levantaron a las siete de la mañana, en cuanto el frío de la noche empezaba a remitir. Como la mayoría de los demás soldados antes del combate emplearon la última hora en escribir cartas «por si acaso». Las cartas fueron selladas y dejadas en el despacho de Maskelyne formando un mazo para que fueran enviadas en caso de que alguno de los de la Cuadrilla no regresase. Jasper escribió una carta feliz en la que apenas aludía a la ofensiva. «Recuerda siempre —concluía— que te amo por encima de todas las cosas».

El camión, al que esperaban sobre las nueve, no llegó hasta las nueve y media.

—Buen modo de comenzar una invasión —se quejó Hill, aún convencido de que el asalto anfibio de la Cuadrilla iba a ser un fiasco. Cargaron seis pliegos de tanques, los gramófonos y amplificadores, y cajas de armazones destellantes en la parte trasera y a las diez se pusieron en camino hacia el puerto de Alejandría.

Lejos de allí, los infantes del XXX Cuerpo del Ejército seguían tendidos sin moverse en las trincheras diminutas. Cualquier movimiento innecesario estaba absolutamente prohibido y todo lo que no fuera aplastar a un escorpión era considerado innecesario. Los hombres intentaron dormir pero los enjambres de bichos que zumbaban alrededor lo hicieron imposible. Así que permanecieron tendidos, asándose al sol, mirando los juegos de los espejismos y esperando. En pocas horas antecederían a la más grande fuerza acorazada de la historia a través del «Jardín del Diablo», la mampara de medio millón de minas, ametralladoras, morteros y artillería antitanque de Rommel.

Cuando la Cuadrilla llegó a Alejandría su nerviosismo se había convertido en excitación. Por fin iban a estar en el meollo del asunto. Después de tomar algo caliente fueron al puerto a cargar los botes, tres torpedos a motor que ya estaban listos, y tres falúas de madera que se balanceaban junto a las lanchas rápidas. A unos cientos de yardas en el muelle estaban anclados cuatro grandes barcos de transporte.

—Ahí están —dijo Jasper señalando hacia los barcos—, como nos habían prometido.

—¿Y dónde está el resto de nuestra flota? —preguntó Gregory. Maskelyne guardó un precavido silencio.

Se dividieron en grupos para descargar los tanques de cartón y meterlos en las lanchas. Robson se detuvo y comenzó a reírse ahogadamente.

—O sea que vamos realmente a hacer esta locura.

Hill tiró dentro de la barca una sirena aérea y dijo:

—No apuestes.

A las quince horas, ochocientos soldados listos para el combate llegaron a la dársena. Salieron de sus camiones, formaron y luego se dirigieron a embarcar. Simultáneamente unas grúas pesadas depositaron a bordo de los barcos treinta tanques, colocándolos en la cubierta inferior. La carga fue presenciada por trabajadores egipcios que se empleaban en las cercanías, y acudieron inmediatamente a informar a la Inteligencia alemana. Maskelyne y los de la Cuadrilla presenciaron la escena contenidamente ya a bordo de las lanchas. La fuerza invasora de pega empezaba a cobrar forma. Los ochocientos soldados de combate habían sido reclutados de cuarteles de la armada y talleres de reparación de El Cairo. Los tanques eran modelos del Valle Mágico. Tan pronto como desaparecían en las cubiertas de los buques, eran desmantelados y llevados fuera de los barcos en piezas. Luego volvían a componerse y una vez cobrado de nuevo el aspecto de tanques se cargaban otra vez en los buques.

A las cuatro y media los barcos ya estaban cargados y se retiraron las pasarelas.

Incluso las dudas de Hill empezaron a desmoronarse.

—Es un bello espectáculo —admitió—. Eso hay que reconocértelo.

A las cinco en punto los cuatro buques salían del puerto de Alejandría. En unos minutos, las noticias acerca de esa salida llegaban a Libia. A las cinco y media cazas de reconocimiento de la Luftwaffe realizaban sobre el desierto su última inspección de la jornada. Informaron de que las divisiones acorazadas en Melting Pot y Murrayfield estaban asentándose para pasar la noche.

Un poco después de las seis los de la Cuadrilla reexaminaron sus equipamientos. Jasper y Hill tripulaban la primera barca; Fuller y Gregory la segunda; Graham, Townsend y Robson la tercera. Gregory consultó con Maskelyne su reloj: «Tengo las seis y media». Jasper sincronizó el suyo: «las dieciocho treinta». Media hora después las tres lanchas rápidas de la Armada Real, cada una arrastrando una falúa, se deslizaban hacia las penumbras del mar.

Justo después de que anoheciera, como ratas del desierto abandonando sus madrigueras, la infantería del VIII Ejército avanzaría hacia el frente de El Alamein. Miles de soldados se arrastrarían desde sus trincheras. Una comida caliente, la última de la que disfrutarían durante semanas les fue servida, traída desde las traseras de los camiones. Los camaradas comprobaban los equipamientos de sus colegas: cada uno de los soldados llevaba un arma, quince rondas de munición en la cartuchera, dos granadas, una pala para cavar y cuatro bolsas vacías que debían ser llenadas de arena para procurarse protección y una mochila con una cruz blanca de San Andrés que permitía que se vieses unos a otros en la oscuridad. La mochila contenía una manta, crema de afeitar y una cuchilla, carne de ternera para un día, galletas y pastillas de hierro. Cada hombre revisó su propia botella de agua dos veces.

Algunos de los hombres permanecían agrupados mientras esperaban a ser llamados, otros se sentaban solos y escribían cartas o le rezaban a Dios. Las refrigeradas camionetas con sangre, con un vampiro gigante pintado a cada uno de sus lados, permanecían fuera de la vista de los soldados. Tras las camionetas, médicos y enfermeros comprobaban los suministros con los que contaban.

A salvo en terreno germano al oeste de Tel el Eisa, el general Stumme y sus hombres principales se preparaban para cenar. Esperaban que la brisa refrescante de la noche les ayudara a olvidar la situación angustiosa en la que se encontraban, al menos durante un rato. Sólo aquella tarde, la Inteligencia alemana había informado que los británicos podían colocar aproximadamente a 200 000 hombres, 1000 tanques y 1000 ametralladoras en el campo de batalla, más del doble de lo que los alemanes tenían en cada una de esas categorías. Además, las reservas de petróleo de los *panzer* habían quedado reducidas drásticamente —no les quedaba más que para tres días—, los suministros de agua seguían bajando y las provisiones empezaban a escasear.

La Inteligencia hizo notar también que el VIII Ejército no parecía capacitado para emprender una escalada ofensiva al menos hasta dentro de dos semanas. Stumme

confiaba en que los suministros prometidos por Hitler llegarían en ese periodo. El hecho de que sus tropas fueran menos numerosas que las de los ingleses no le preocupaba, pues los hombres del *Afrika Korps* eran los mejores soldados del mundo. Y Rommel, su comandante, que volvería al desierto en cuanto se avisara de la posibilidad de ataque, era un genio militar. La victoria era un asunto de suministros.

La cena comenzó a las 8 de la noche con una ensalada fresca complementada con un Moselle blanco.

El Mediterráneo parecía encrespado y frío esa noche y las tres lanchas rápidas se afanaban bajo sus pesados remolques. Gregory se aseguró consultando a Maskelyne de que alcanzarían su destino a la 1 de la madrugada. La hora cero. A cinco millas de Alejandría pasaron a los buques, que echaron el ancla.

—Ellos estarán en sus literas en casa en tres horas a partir de ahora —le comentó Graham a Robson.

—¿Y qué, Nails? ¿Estás celoso?

El carpintero refunfuñó:

—¿Estás loco?

Ni siquiera Hill dudaba ya de que la misión era real.

—Mira —le dijo a Jasper tristemente—, vamos a pararnos aquí y hacer estallar todo el *show*.

Jasper apenas le escuchaba debido al estrépito del motor de la lancha.

Consultaba su reloj cada pocos minutos. Los intervalos corrientes de tiempo cobraban ahora una dimensión distinta. El segundero tardaba una hora en cubrir un minuto. Cinco minutos eran una eternidad. Su corazón sonaba como la sección de percusión de una orquesta. Se sentó un momento y siguió con el pie el ritmo de sus latidos. Tuvo que colocar su mano sobre la rodilla para que el pie se parara, pero pocos minutos después, como si el pie fuera independiente de su voluntad, volvía a moverse de nuevo.

—Bonita noche —le dijo Hill, y le ofreció una ancha sonrisa.

—Bonita noche —respondió Jasper.

A las 7.30 de la tarde, cerca de El Alamein, policías militares con chirriantes guantes blancos dirigían el tráfico y marcaban las rutas en toda la línea de arranque de la ofensiva. Unidades de Ingenieros y Zapadores, con detectores de metales, iban a la cabeza abriendo brecha, seguidos en estricto orden por depósitos móviles de agua que goteaban mojando la arena para evitar la polvareda, la infantería, y finalmente, los tanques y vehículos acorazados.

El general Montgomery pasó las horas previas al lanzamiento del ataque paseándose entre sus hombres. De vez en cuando se montaba en un tanque y departía

con los de la tripulación de forma informal. A las ocho se retiró a su caravana. Solo. En la pared, encima de su cama, había colgado una fotografía de su contrincante, Rommel, y bajo la foto una cita del *Enrique V* de Shakespeare: «Oh, Dios de la batalla, haz de acero el corazón de mis soldados».

A las ocho y media «Martello» se despertaba. La tranquilidad de la noche del desierto fue rota por el continuo regurgitar de miles de motores. Tanques y ametralladoras móviles salieron de sus escondites. Los transportes de suministros quedaron en la retaguardia. Los pelotones empezaron a formar. El ejército de Montgomery se ponía en marcha. A las nueve los soldados del XXX Cuerpo de infantería levantaban sus mochilas, armaban sus bayonetas y se dirigían hacia sus puestos. En pocos momentos sabrían si el gran número de ilusionismo tenía éxito. Sus vidas dependían de ello.

Mike Hill consultó su reloj. Eran las nueve y cuarto de la noche.

—Hace un poco de frío aquí —le dijo a Maskelyne.

La garganta de Jasper estaba tan seca como si estuvieran en medio del desierto. Se limitó a asentir.

A las nueve treinta, cuarenta y ocho bombarderos Wellington salieron para encontrarse con las posiciones conocidas de las ametralladoras alemanas. Los artilleros británicos en tierra habían recibido la orden de «a sus puestos», y así lo hicieron, la mayoría de ellos llevaban puestos guantes y se habían taponado los oídos con pedazos de algodón. Los soldados se estrechaban las manos y se deseaban suerte y se daban consejos del tipo «mantened la distancia, no os agrupéis, cuidado con las alambradas, y sea lo que sea lo que pase, siempre adelante».

A las 21.40 hora de El Cairo, los mandos de artillería dieron la orden.

—Fuego ordenado, cinco rondas de fuego de artillería.

Luego de una pausa para tomar aire, llegó crispada la orden:

—¡Fuego!

Como todas las batallas durante cientos de años, la batalla de El Alamein empezó con el sonido del tambor de guerra. Los hombres de la artillería pesada del VIII Ejército colocaron sus oídos en tierra para seguir el antiguo ritmo que afirmaba la conexión entre guerreros tan distanciados en la historia.

El bombardeo hizo que temblara todo el desierto bajo los pies de la infantería. Rechinaron las tazas de té a sesenta millas de Alejandría. La artillería del VIII Ejército realizó novecientos disparos por minuto. Exactamente novecientos disparos que cayeron sobre las posiciones conocidas de los alemanes.

En el mar, a ochenta millas de la línea de fuego, Jasper vio un resplandor que tintaba de rosa el horizonte, y segundos después oyó el inconfundible *staccato*

«Pies Ligeros». En el segundo bote Gregory se preguntaba qué estarían pensando los de infantería en aquel momento.

—Si estuvieras allí listo para entrar en la friega —le preguntó a *Union Jack*— ¿en qué crees que estaría ocupada tu mente?

—Acuérdate de escapar —se respondió Fuller emocionado.

Los rastreadores de minas Escorpión encabezaban la marcha del VIII Ejército por los campos minados, seguidos de cerca por los zapadores que transportaban 88 000 lámparas y 120 yardas de cinta blanca con la que marcar la senda despejada. Las anacrónicas carretillas de agua pintadas a mano los seguían.

Justo detrás de las carretillas, rifles y bayonetas, la infantería avanzaba hacia la batalla a cincuenta yardas por minuto. Todas las filas avanzaban separadas entre ellas por tres yardas de distancia, iban desapareciendo en la nube de arena batida como espíritus que se desvanecían en un oscuro sueño. Los rastreadores de minas llevaban a unos centímetros de sus cabezas unas señales blancas para no ser perdidos en la nube y poder guiar a los demás hacia sus objetivos.

En el norte cuatro divisiones del XXX Cuerpo de Infantería avanzaban a intervalos de siete millas, mientras empezaba su ataque embaucador sobre las defensas de Rommel en el sur.

«Bertram» había cogido a los *panzer* por sorpresa. Para cuando pudieron ordenar sus defensas, el VIII Ejército ya había pasado los campos de minas. Incluso entonces, la respuesta alemana fue esporádica y desorganizada. Pero Stumme todavía tenía buenas razones para mostrarse confiado, porque cruzar el «Jardín del Diablo» estaba siendo mucho más laborioso y difícil de lo que Montgomery había previsto.

En la primera hora de ataque la mayoría de los rastreadores Escorpión de minas habían estallado y habían sido abandonados. Quinientos zapadores usando detectores de metal tomaron la iniciativa entonces, ayudados por *Tommies* que se arrastraban o avanzaban de rodillas y buscaban minas con sus bayonetas. Muchas minas estallaron al ser pisadas por soldados. Las minas antipersonas causaron serios daños. Pero dado el número de fuerzas de asalto empleadas en «Pies Ligeros», era un pago aceptable con tal de salir de aquel «Jardín».

Los informes que se filtraron en los cuarteles del ejército Panzer indicaban que los británicos estaban atacando en las cuarenta millas de extensión del frente de El Alamein. Stumme decidió mantener a su ejército dividido en las zonas norte y sur, guardándose las reservas hasta que la situación se aclarara. Pero el XIII Cuerpo realizó un ataque feroz sobre el cerro de Himeimet, lo que le reafirmó en su primera convicción de que el grueso de la ofensiva iba a realizarse sobre el sector sur.

Cuatro horas después de que hubiera empezado, el bombardeo sanguinario del VIII Ejército concluyó. Todavía había hombres tratando de traspasar el campo de minas, lo que había convertido su ordenada marcha del principio en un revoltijo alocado. Era mucho más tiempo del que Montgomery había pedido para trazar los corredores para los tanques, y el intenso fuego de las armas ligeras alemanas se había

cobrado un importante peaje.

Cuando el bombardeo terminó, los de la Cuadrilla estaban asentados en la costa a unas veinte millas aproximadamente tras las líneas enemigas, a una distancia muy pequeña del aeródromo de Fuka. Incluso antes de que se apagasen los últimos ecos del bombardeo, Maskelyne hizo parpadear tres veces su lámpara para dar la señal, y la Cuadrilla Mágica comenzó su invasión.

Las bombas de humo se activaron en cada falúa y las lanchas, escalonadamente, llegaron a la playa dejando que una densa cortina de humo se desplegara entre su posición y los observadores terrestres. Después de media milla recorriendo en paralelo la línea de playa, las lanchas volvieron sobre sus pasos e hicieron una segunda pasada, ahora a salvo gracias al humo que ocultaba.

En tanto pasaban por segunda vez, los tripulantes de las embarcaciones arrojaron desde las armas de cubierta algunos explosivos hacia la playa. Accionaron en las falúas los gramófonos y explotó el sonido que debía enterar a los pocos defensores alemanes aislados de una invasión anfibia que surgía del mar para tomar tierra. Estos vigilantes de la costa estaban abrumados. El denso humo oscurecía su visión, pero podían ver cómo abrían cráteres los explosivos que estallaban en la playa y las señales multicolores que iluminaban el cielo de la noche, y podían oír las ametralladoras de los barcos y cómo caían las cadenas de las anclas y cómo decenas de voces daban órdenes. Podían oler el aceite de los motores ardiendo en el aire. No les cabía duda acerca del hecho de que se trataba del mayor asalto anfibia que se hubiera realizado, y su objetivo probablemente fuera el aeródromo. Empezaron a enviar señales desesperadas a sus cuarteles.

En la falúa de cabeza Jasper iba a toda velocidad encendiendo anillos de luces de artillería, gritando órdenes falsas a hombres que no existían, reiniciando la grabación del bombardeo cada dos minutos, haciendo sonar una campana de barco. Hill hacía ulular la sirena aérea y lanzaba inofensivas granadas de humo a la playa. Estaba tan excitado como un escolar a final de curso, maldiciendo e insultando al enemigo cada vez que hacía un lanzamiento. «Eh, tú, Hitler, tomad esto, malditos nazis hijos de...», les gritaba.

En la segunda falúa Fuller y Gregory se encargaban de la carga de botes de aceite, que arrojaban al aire un olor similar al de los motores puestos al límite de sus posibilidades, y de los cohetes que coloreaban el aire en la playa. Graham, Townsend y Robson se encontraban en la tercera barcaza lanzando granadas de humo, haciendo incomprensibles señales luminosas, y haciendo sonar una bocina de barco tanto como la grabación.

Los vigilantes de la playa pidieron auxilio inmediato, describiendo su situación como insostenible.

—El enemigo está desembarcando —informaron, gritándole al aparato de radio

para que sus voces se impusieran al estrépito que procedía de fuera—. Repito, se está produciendo un desembarco masivo del enemigo...

En medio de la increíble confusión creada por los bombardeos del VIII Ejército y del ataque desplegado sobre la frontera de El Alamein, un asalto al aeródromo de Fuka resultaba del todo verosímil. Los asistentes de Stumme, que habían visto el documento que les informaba de que se habían cargado de material pesado cuatro barcos de transportes en el puerto de Alejandría, supusieron que eran esos barcos de transporte los que estaban llevando a cabo la invasión. Después de deliberar brevemente, se acordó utilizar efectivos en la reserva de la 90.^a Ligera para tratar de detener aquel asalto, y algunos cazas de la Luftwaffe fueron desplazados del frente a la playa.

En tanto eso ocurría, la única batería alemana de la zona empezó a disparar ciegamente a la «flota invasora».

Los primeros casquillos alemanes cayeron a unas miles de yardas de las lanchas de la flota de La Cuadrilla, mientras hicieron una tercera ronda por la playa. Como los proyectiles alemanes habían levantado unas cuantas erupciones inofensivas de agua, Hill empezó a gritar victorioso:

—Están disparándonos, por fin estamos en la maldita guerra.

Se les disparó otra salva de artillería que esta vez cayó mucho más cerca de los botes, haciendo que se balancearan las falúas y asustando a Hill.

—Pero qué demonios... —se quejó, sorprendido y aparentemente ofendido—. Están disparándonos de verdad.

La Cuadrilla realizó cuatro rondas por la playa divididas en cuarenta minutos. Unos cuantos disparos alemanes explotaron lo suficientemente cerca de las falúas como para que corrigieran su regocijo, pero no ocasionaron ningún daño. A la amplificada orden de desembarco de Maskelyne, se separaron de las falúas y gatearon a bordo de las lanchas. Al abandonar su barcaza Jasper encendió un fusible de cartucho, y la huida de la Cuadrilla fue altamente iluminada por un estruendoso bombardeo de pega que obligó a ponerse a salvo a los observadores alemanes.

Los reservistas de la 90.^a Brigada Ligera alcanzaron la playa y se desplegaron allí pocos minutos después de que se fueran las lanchas rápidas de la Cuadrilla. Los Junkers de la Luftwaffe lanzaron un turbión de bombas sobre el humo denso que ocupaba el aire, pero cuando ese humo se disolvió vieron que toda la fuerza de invasión se había desvanecido. Al alba, los pilotos alemanes descubrieron las tres falúas abandonadas y se dieron cuenta de que habían sido objeto de un engaño.

La Cuadrilla volvió a casa al amanecer. A bordo de las lanchas se estrechaban las manos y se felicitaban regocijados y especulaban acerca de cuál sería la reacción alemana cuando descubrieran el embeleco. Hill deliraba recontando cada segundo de la invasión una y otra vez, y en su narración todo adquiría los vivos colores de una leyenda inmortal.

—Cómo me hubiera gustado ver sus malditas caras cuando nos oyeron marchar

—gritaba—. Y no sabían qué les estaba atacando. Mentecatos.

La alegría de Jasper era mucho más comedida. Sonreía a las bufonadas de Hill, pero pasó buena parte del viaje en el puesto de mando, oyendo cualquier información que se refiriera a los avances de la operación «Pies Ligeros». La invasión de la Cuadrilla había sido una artimaña deliciosa, pero el verdadero número de ilusionismo era «Pies Ligeros». Dentro de sí, en las vísceras, sentía un creciente calor iluminándose. Sólo su madurez le prevenía de ponerse a bailar.

Los demás reaccionaron como estaba previsto. Fuller se quedó en la proa de su lancha, mirando la noche. Por fin había estado en la guerra. Había estado bajo fuego enemigo y no se había asustado. *Union Jack* dejaba que el mar salpicara su cara, para que nadie supiera que algunas de las gotas de agua que le caían por el rostro eran lágrimas de satisfacción.

—Lo hicimos, por el amor de Dios, lo hicimos —repetía Graham una y otra vez—. ¿Os lo podéis creer?

El éxito aparente de la misión lo había dejado tan anonadado que era incapaz de mantener una conversación inteligible.

Robson se quedó sentado en la cubierta trasera, contemplando los resplandores de la artillería sobre el desierto. De vez en cuando echaba a reír en voz alta.

Townsend estaba tan entusiasmado como Hill. Su reacción resultaba tan imprevista, tenía que ver tan poco con su carácter, que casi resultaba vergonzosa, como si estuviera bajo el efecto de un ataque de histeria.

Cuando las tres lanchas alcanzaron las aguas de Alejandría toda la «flota invasora» fue dejada en el puerto y los hombres de sus tripulaciones se miraron los unos a los otros durante unos cuantos segundos. Entonces Hill gritó ¡Hurra! y empezaron a abrazarse produciendo una melé, en cuyo centro estaba Maskelyne, que también gritaba con alegría.

El decoro se impuso entre ellos cuando regresaron al Valle Mágico. Habían hecho su papel convenientemente, pero la batalla real se estaba disputando sobre el desierto. Se arracimaron junto al aparato de radio esperando impacientemente que se declarara la victoria, y esa vez la celebrarían como guerreros.

Los primeros informes de la BBC eran optimistas, aunque era aún demasiado pronto para calibrar el éxito de «Bertram». La resistencia alemana se había endurecido después de que inicialmente pareciera noqueada, y los *panzer* estaban contraatacando en numerosos puntos. El general Montgomery aseguraba estar satisfecho con los primeros avances, aunque la 10.^a División Acorazada había fracasado al tratar de superar los campos de minas de Rommel y a la luz del día había retrocedido para buscar posiciones menos expuestas al fuego enemigo.

El general Stumme había sido incapaz de obtener información suficiente para planear la línea de defensa, así que en medio de la noche tomó la decisión de dirigirse al campo de batalla. Acompañado por el coronel Büchting, al amanecer y en un coche sin capota, abandonó su cuartel y se dirigió al corazón de la emboscada. Las

ametralladoras australianas abrieron fuego y mataron a Büchting con las primeras ráfagas. Stumme trató desesperadamente de salir del coche. Su chófer, el cabo Wolf, empezó a dar volantazos tratando de escabullirse de la trampa. El General, cuando el coche se bamboleaba alocadamente por el desierto, sacaba medio cuerpo fuera del coche con cada giro por la puerta abierta. Finalmente fue expelido del auto y cayó a la arena con las manos en el pecho como si quisiera sujetarse el corazón. Sin que el conductor Wolf lo supiera, Stumme había muerto de un ataque al corazón.

Durante lo que quedó de jornada los *panzer* actuaron sin mando, pero combatieron con la valentía y la tenacidad que les había instilado Rommel. Respondiendo a la petición urgente de Hitler, el Mariscal hizo planes para regresar a África.

Cuando el mayor Barkas llegó al Valle Mágico a última hora de la mañana para que se le hiciera un primer relato de «la invasión», Jasper lo presionó para que le diese detalles de la marcha de «Pies Ligeros».

—No hay duda de que hemos pillado a *Jerry* con los calzoncillos bajados —le dijo Barkas— pero mantengamos los dedos cruzados. Parece que no hay seguridad acerca de lo que vayan a hacer. La 21.^a Panzer se mantiene firme en el sur, y eso es bueno, también. La mayoría de los rastreadores de minas Escorpión se rompieron y, da igual lo que diga *Monty*, si Rommel nos pilla en sus campos de minas con toda su fuerza, podemos empezar a hacer los petates ya mismo.

—Y bien, ¿qué dice Montgomery?

El Mayor frunció el ceño:

—Que todo va bien y es precioso, y avanzar y avanzar.

Se encogió de hombros.

—Qué más va a decir.

Vagaron sin rumbo por un lugar que normalmente estaba muy animado. Ahora, en plena batalla, todo estaba silencioso. Nada de lo que se produjera ya en aquellos talleres podría ayudar en este momento. Era un duelo de acero y voluntad.

Después de oír la descripción que hizo Maskelyne de los hechos acontecidos esa noche, Barkas le dijo que había habido excelentes informes.

—Los servicios de Inteligencia interceptaron algunas transmisiones durante vuestro ataque. Y parece que los alemanes creyeron que se trataba de una invasión a gran escala. Enviaron contingentes de reservas y un escuadrón aéreo para dar con vosotros. Me encantaría haber visto las caras de los nazis cuando encontraron las barcas.

Jasper asintió divirtiéndose con la idea, pero siguió caminando con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza gacha.

—No pareces muy complacido.

—Oh, lo estoy —insistió Maskelyne—. Lo estoy. Sólo que un poco fatigado.

Barkas fue comprensivo. Sabía que después de una batalla es corriente un periodo de depresión.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé. Sorprendido mayormente, creo.

—Oh...

A Jasper le estaba resultando difícil entender sus propios sentimientos, así que era doblemente complicado hablar sobre ellos. «Es solo que... Es como si... No sé, no es como pensé que sería, eso es todo». Finalmente había participado en la guerra real, había servido bajo fuego enemigo. Había pasado ese examen. Y no se sentía de modo diferente a como se había sentido antes. La experiencia no había deshecho sus dudas ni había exorcizado los fantasmas de su abuelo y su padre, ni le había provisto de esa purificación de ánimo que había esperado obtener. No estaba deprimido, sólo terriblemente disgustado. Debería haber sido más de lo que había sido. Y esa era la gran sorpresa.

Barkas pareció entenderle.

—Es extraño, sabes, tú más que nadie deberías saberlo, la realidad nunca cumple nuestras expectativas. Incluso la realidad de algo tan magnético como un combate.

Jasper miró la punta sucia de sus botas mientras caminaban.

—Parecía tan anticlimático. No sé qué esperaba que sucediese. Pero algo más...

—Me parece que tú estabas buscando algo que no existe. Mira, no quiero sonar como el típico sabiondo universitario, pero quizás las respuestas que estás buscando no se encuentran en un campo de batalla. Me parece que deberías empezar a buscar dentro de ti mismo.

Barkas se detuvo a encender un cigarrillo y hacer acopio de pensamientos.

—Yo aprendí algo muy importante en la Gran Guerra. Arriesgar tu vida no te hace mejor. Realmente descubrí que en el fondo no necesitas mucho para cambiar de objetivos. Todo lo que necesitas es una increíble mala suerte.

Jasper empezó a reírse.

—Sé que es tonto sentirse como me siento yo, particularmente con la pelea ahí cerca.

—Siéntete orgulloso de lo que has hecho, Jay. Joder, has hecho algunas cosas que ningún hombre en cientos de millas hubiera podido haber hecho. Si arriesgar tu vida es la cuestión, muy bien, la has puesto en riesgo. Caminaste hacia el fuego sin un traje protector. Con pasta o sin pasta.

—Pero sabía que estaba a salvo —protestó Maskelyne.

—No —le corrigió Barkas—, tú creías que estabas a salvo, que es algo muy diferente. Ahora, lamento mucho que estés hecho un lío, pero sencillamente ni te entrenaron ni viniste aquí para ser el hombre bala. Tenías un trabajo que hacer y lo hiciste lo mejor que podías hacerlo. Los resultados de tu pequeño «Bertram» no se conocen todavía, pero la primera impresión es que parece que va a ser un éxito absoluto. Quizá eso no signifique mucho para ti, pero es absolutamente emocionante

para mí.

Jasper se sorprendió asintiendo agradecido a la perorata de Barkas. El Mayor tenía razón, había contribuido con lo mejor de sí mismo, si bien saberlo no hacía que se desvaneciera su sensación de disgusto.

Los *panzer* aguantaron en el frente todo aquel día, aunque ambas partes sufrieron numerosas bajas. Dado que la 10.^a Acorazada había fallado en el norte, era vital que la 21.^a Panzer de Rommel se quedara en el sur hasta que se hiciese un segundo intento de atravesar el «Jardín del Diablo». Para tratar de mantenerlos allí, la 4.^a y la 8.^a de Húsares se dirigieron a toda velocidad hacia «Enero», el campo de minas del sur, avanzando con dos escuadrones de los tanques de cartón de Maskelyne. Los aviones de reconocimiento enemigo informaron inmediatamente de que nuevos escuadrones se preparaban para la ofensiva en el sur. Después de que anoheciera, los húsares, encabezados por carros acorazados que hacían el sonido de una fuerza de tanques avanzando, y acelerando sus motores para crear el engaño, procedieron a crear un corredor.

La 21.^a Panzer respondió a este ataque con furia severa.

En el norte esa noche, la 10.^a Acorazada intentó de nuevo avanzar. En esta ocasión escuadrones de la Luftwaffe alcanzaron una columna de veinticinco vehículos de transportes a los que convirtieron en una descomunal antorcha que iluminó toda la zona. La artillería de la 15.^a Panzer divisó los camiones incendiados y barrió el sector. En una hora veintisiete tanques británicos fueron destruidos.

Espantados ante la vertiginosidad con la que acumulaban pérdidas, los generales de Montgomery le pidieron que detuviera la ofensiva. En una reunión urgente a las tres de la madrugada del 25 de octubre, Montgomery arguyó que novecientos tanques permanecían activos, y amenazó agresivamente con reemplazar a cualquier mando que discutiera sus órdenes.

Maskelyne estuvo al lado de la radio todo el día 25. Parecía que «Pies Ligeros» se había encallado en los campos de minas. Aunque no parecía posible que los alemanes encontraran recursos suficientes como para lanzar un ataque salvaje, de alguna manera habían encontrado el modo de responder al VIII Ejército con fuerza brutal. Graham dijo que había oído que diez mil hombres habían sido muertos o heridos en los primeros dos días de batalla.

—Esos pobres tipos han recibido una buena paliza allí —dijo pesarosamente—. *Monty* no debía haberlos metido en un atolladero semejante. Es una locura.

—Se trata sólo de un rumor —dijo Jasper—. Es exagerado.

Sólo dos días habían pasado desde que volvieran a Alejandría, pero esperaban desesperadamente frente a la radio como si hubiesen pasado dos años. Su breve escaramuza no parecía tener relación alguna con la horrible batalla que se estaba produciendo en el desierto. Jasper se sentía como el componente de un equipo de

relevos que había corrido su parte y que ahora no podía hacer más que quedarse parado viendo cómo se desarrollaban las cosas.

—Seguro que es una exageración —reiteró.

—Bien —murmuró Nails, reflejando la misma frustración que reinaba en el equipo de Maskelyne—. Estoy seguro de que nos gustaría hacer algo más. Quedarse sentado aquí nos va a volver locos.

A última hora de la tarde del veinticinco, una fuerza de tanques alemanes trató de contraatacar a la batería de artillería de pega en Munassib. Las armas reales, que habían permanecido escondidas durante dos días enteros, abrieron fuego y devastaron a los atacantes.

El mariscal Rommel volvió a su cuartel del desierto esa misma noche para ponerse al mando de la batalla y fue recibido con alarmantes informes. En el sector norte la 15.^a Panzer había perdido 88 de sus 119 tanques y no les quedaba combustible para más de tres días. Las principales y más peligrosas ganancias británicas habían sido obtenidas cerca de la carretera de la costa, donde la 9.^a División australiana casi había superado el sector minado y amenazaba con cortar la línea de suministros del ejército Panzer desde Libia.

Para afrontar esta inmediata amenaza, Rommel, de mala gana, echó mano de la 90.^a Ligera y ordenó a la 21.^a Panzer que se trasladara al norte. «Bertram», y el embaucador ataque francés, habían mantenido lejos del corazón de la batalla a esa división durante dos días completos, lo que había hecho posible que se obtuviera ventaja en el norte.

En Abbassia, la Cuadrilla pasó la mayor parte del día andando de arriba abajo nerviosamente. Habiendo degustado el sabor de la acción, ahora querían más. Pero sus especiales talentos no se necesitaban en el tipo de batalla que se estaba desarrollando ahora. No tenían opción en ella, así que hacían tamborilear sus dedos sobre la mesa y movían los pies incansablemente, esperando el informe de la batalla que se daba cada cuarto de hora, y volviéndose locos gradualmente.

Los *panzer* combatieron durante días camino del norte, y contuvieron exitosamente al VIII Ejército en los campos de minas. Después de cinco días de cerrados combates, numerosas unidades británicas no habían alcanzado los objetivos del primer día. Montgomery se negaba a la retirada, como deseaban sus oficiales, y en vez de eso propuso contrarrestar los movimientos de Rommel hacia el norte recrudesciendo la iniciativa de «Pies Ligeros» en el sur. Este intento de romper las líneas enemigas, recibió el nombre de «Supercarga» y fue lanzada la noche del 1 de noviembre.

El XIII Cuerpo, liderados por el general Freyberg de la 2.^a División neozelandesa, consiguió abrir un hueco en las defensas de Rommel, justo en el punto donde confluían las fuerzas italiana y alemana. *Monty* sabía que su oponente resistiría este «huracán real», según lo describió, con cualquier ametralladora de que dispusiera, y estaba dispuesto a aceptar el número de bajas que causaría la operación. A Freyberg

le dijeron que algunos de sus oficiales calculaban el número de bajas en un cincuenta por ciento de los hombres puestos en acción, y le respondió tersamente:

—No estaría mal que así fuera. El Comandante del Ejército ha dicho que está dispuesto a aceptar el cien por cien de bajas.

En el Valle Mágico, la Cuadrilla luchaba contra el inverosímil peso del tiempo libre. No teniendo mejor modo de arrostrar su frustración, empezaron a pelearse unos con otros. Maskelyne trató de mantener la paz y envió a sus hombres a algunas misiones menores tan a menudo como le era posible, pero la tensión estaba en el aire, y se mascaba.

Una vez más fue el imperturbable Barkas el que quebró el desánimo. Se acercó al Valle el día 29 lleno de energía. Aunque Jasper suponía que no había podido dar una cabezada decente en la última semana, se presentó con su apariencia atildada y profesional.

—Espero que no estés demasiado ocupado —empezó a decirle.

Jasper mordisqueaba la punta de su lápiz.

—Depende —le respondió—. La hierba alrededor de este sitio ha crecido peligrosamente. Y empieza seriamente a requerir atención.

—Lástima —siguió Barkas—, porque tengo un trabajo para vosotros.

Townsend se había dejado caer en una litera. Abrió un ojo y suavemente dijo:

—Bueno, tampoco tenemos por qué ocuparnos de la hierba inmediatamente.

Barkas contó a la Cuadrilla que la 21.^a Panzer de Rommel estaba dirigiéndose al norte mientras la XXX Cuerpo de *Monty* se dirigía al sur para preparar «Supercarga». Para cubrir los movimientos de esa división, el General quería que el enemigo viese a algunos pequeños grupos de tanques, tanques de a penique, en el sector norte: tantos como fuera posible.

—Quiere que la gente de camuflaje esté en el campo con los tanques de pega que podamos conseguir. Tu gente conoce el percal, ya lo habéis hecho antes.

La Cuadrilla esperó entusiasmada los detalles de la orden. ¿Dónde estarían? ¿Cuándo se les esperaba? ¿Se unirían a otros equipos? ¿Con cuánto fuel se les proveería?

Dada la presión que ejercía la batalla sobre todas las cosas no habría órdenes oficiales.

—Todo se ha descuidado un poco —admitió el Mayor.

Nails estaba perplejo.

—¿Un poco? ¿Así que se trata de ir a algún lugar del desierto y plantar allí unos tanques de cartón?

Barkas asintió.

—Sí, eso me temo. No es una fiesta formal. Encontrar un buen sitio e instalaos, dejad que os vean, después recogéis y os vais a otro sitio. O sea, tratad de permanecer

fuera del alcance de los colegas acorazados y recordad que hay que agachar la cabeza si disparan.

Townsend bufó contenidamente.

—Una manera bastante divertida de estar en la guerra mundial, si quieres saber mi opinión.

Se inició la búsqueda en los talleres de tanques de pega, los suficientes para que fueran una amenaza. Los remanentes habían sido abandonados en Murrayfield y Melting Pot y quizá habían sido destruidos. *Union Jack* recordó que en Alejandría habían quedado cinco.

—Si es que todavía están allí —dijo Robson—. Quién sabe lo que la Armada habrá hecho de ellos o dónde los han dejado. Hill miró a Jasper.

—Podremos tratar de hacerlos nuevos. Jasper meneó la cabeza.

—Haremos lo que «Pies Ligeros» necesite que hagamos. No creo que tengamos ni dos yardas de lienzo o nos queden botes de pintura. Pero —añadió— hay otro modo de hacer que aparezcan nuestros tanques.

Hill cerró los ojos.

—Allá vamos otra vez.

—Mira, aunque dispusiésemos de lienzo, harían falta dos días para que se secasen. Y luego podríamos meter seis o siete en un camión con nosotros dentro. Pero imagina, sólo supón que pudiéramos crear una brigada entera... que pudiéramos crear quince. O quizá veinte.

—Eso suena muy bien —respondió Townsend—. Y mientras tú estás con eso, tu mente podría estar buscando entre las rocas algunas pepitas de oro.

—Podemos hacerlo —insistió Jasper—. Podemos hacerlo como lo he hecho en un escenario.

Luego vaciló, y echó un vistazo a la habitación, mirando a cada uno de sus hombres. La Cuadrilla. Los hombres con los que había luchado hombro con hombro de la manera más extraña que se puede luchar en una guerra. Sus hombres. Y luego les sonrió, su más ancha y sincera sonrisa, la sonrisa que se había iluminado en teatros de todo el mundo ante incontables audiencias. La sonrisa del mago que está trabajando, desplegando maravillas. La sonrisa que no había vuelto a aparecer en su rostro desde que Frank Knox muriera en Heliopolis.

—Utilizaremos espejos, naturalmente.

—¡Qué! —profirió Hill.

Nails miró a Mike como si estuviera titubeando.

—¿Es que no has oído lo que ha dicho? —preguntó—. Ha dicho que utilizaremos espejos. Naturalmente.

Luego miró a Maskelyne y frunció el ceño.

—Será mejor que tengas un maldito as guardado en la manga esta vez —le recomendó.



XVIII

—¿Espejos? —repitió Bill Robson como si fuera una palabra extranjera.

—Espejos —le repitió Phil Townsend, para asegurarse de que lo había oído correctamente.

—Espejos —volvió a decir Jasper con firmeza. A Hill el concepto le pareció maravilloso.

—Suena aplastante —dijo con sarcasmo— si no fuera por un pequeño problema. No tenemos espejos.

—Ah, por eso no hay problema —contestó Jasper, entonces añadió con la sincronización perfecta de un espectáculo—, realmente no los necesitamos.

—Seguro —espetó Hill, lanzando las manos al aire en señal de rendición—. Este hombre se ha vuelto loco. Que alguien mire si tiene fiebre. Primero nos dice que haremos aparecer tanques que no tenemos con espejos que no tenemos, y después afirma que no necesitamos espejos para hacerlo. ¡Me rindo! ¡Tiro la toalla!

Jasper intentó explicárselo.

—No, espérate un momento, eso no es lo que yo...

Al final Robson rompió en una crisis histérica, riéndose tan fuerte que se tuvo que quitar las gafas para restregarse las lágrimas de los ojos.

—Te has pasado —se las arregló para decirle por fin—, te has pasado un rato. ¿Te imaginas, imagínatelo por un momento, lo que la gente va a decir cuándo intentemos explicarles lo que hicimos durante la guerra?

Robson movió la cabeza con incredulidad y luego imitó a un viejo veterano hablando en tonos estentóreos: «Primero movimos el puerto de Alejandría y entonces escondimos el Canal de Suez. Después de eso nos fabricamos nuestra propia marina de guerra, y entonces Maskelyne caminó en un infierno de llamas sin usar un traje de seguridad, y luego utilizamos espejos que no teníamos para hacer aparecer tanques que no teníamos...». Al final se esfumó su risa, respiró profundamente y suspiró. «Vale, jefe, cuéntenos de qué va. A todos nosotros nos encantaría saber de verdad cómo lo vamos a conseguir esta vez».

Maskelyne les explicó que cuando estaba sacando los tanques simulados de los talleres había reparado en una pila de tableros rectangulares de contrachapado. Sabía

que en el taller de pintura había una gran reserva escondida de pintura color plata que había sobrado de otros proyectos náuticos y aéreos.

—Pongámoslos juntos, y ¿qué tenemos? —les preguntó.

—Contrachapado pintado de plata —le contestó Townsend— pero no espejos.

—Todavía no —le corrigió Jasper— pero espera y verás.

Al unísono, la Cuadrilla se dirigió a los talleres para fabricar los espejos. Distribuyeron los tableros en el patio y los rociaron con pintura plateada. Extendieron la pintura con trapos de manera tan uniforme como les fue posible. Mike Hill se puso a cuatro patas y se hundió prácticamente en la pintura, pero poco importaba si daba capas espesas o ligeras, él no podía ver el reflejo. «Esta vez estoy seguro de que está chalado», murmuró, pero continuó extendiendo la pintura.

Terminaron el trabajo en algunas horas. Mientras los tableros se secaban con el sol de la tarde todos los hombres se retiraron a sus habitaciones y prepararon un equipaje de cinco días.

Antes de que amaneciera a la mañana siguiente ya estaban de camino. En la parte posterior de un camión de cinco toneladas habían apilado veinticinco tableros de contrachapado pintados y cuatro tanques plegables. Jasper y Fuller iban en la cabina, mientras que el resto de la Cuadrilla viajaba incómoda, todos ellos apretados en la parte posterior.

El sol se levantó para asistir al espectáculo del diablo. La operación «Pies Ligeros» había convertido el desierto en un sombrío carnaval. El buen humor de la Cuadrilla desapareció después de dejar atrás centenares de camiones, *jeeps*, furgonetas, blindados y tanques quemados y hechos trizas, algunos de ellos todavía ardiendo ya sin llama, y otros con las masas achicharradas de carne de los que habían muerto en su interior. A medida que la Cuadrilla se iba acercando al frente se encontraban con más cadáveres. Habían matado a un soldado mientras comía y un enjambre de moscas se daba un banquete con la lata de racionamiento que todavía sostenía en su regazo. Otro hombre había muerto montado en su moto y se había estampado en un cerco de alambre de espinos que lo mantenía erguido en su asiento. Cuatro hombres estaban sentados en un *jeep* como si estuvieran dormitando. La brisa transportaba un hedor tremendo. Jasper cerró las ventanas de la cabina y encendió su pipa para cubrir el olor a muerte que reinaba en el aire.

A seis millas del frente se toparon con el 2.ª División Neozelandesa de Freyberg, que se desplazaba hacia el sur. Tuvieron que esperar diez minutos a que se abriera un hueco en el convoy para poder deslizarse y seguir la marcha.

Todo el VIII Ejército parecía estar trabajando cerca del campo de batalla. Los tanques recibían cargas ligeras o reparaciones de campo o se descuartizaban en piezas aprovechables. Las cantinas servían comidas. El servicio postal entregaba correo de emergencia. La seguridad de campo había instalado postes con una interrogación. Filas de soldados entraban y salían en las tiendas que había instalado el hospital. Era como si hubieran escogido secciones enteras del establecimiento militar de El Cairo y

las hubiesen colocado en el desierto. «Lo único que falta», señaló Robson, «es el Club de Hierba. Y me apuesto lo que sea a que si se trajera aquí, ¡podríamos ver incluso a coroneles y generales!». Pero entonces, como si todo se tratara de un espejismo, la Cuadrilla condujo por una loma y se encontró sola en un desierto aparentemente vacío. Lo único inevitable eran los sonidos de la batalla. El desierto resonaba con el estruendo de las ametralladoras, el estallido de los rifles, el *thumpthump* de alguna gran bomba cuando caía sobre la tierra y, de manera incongruente, el rechinar de los martillos que volvían a darle forma al metal.

Durante el primer descanso de la mañana para tomar agua, Jasper mandó a la Cuadrilla que sacara del camión los tableros pintados de color plata y que los frotara con arena. Después de quejarse por tener que hacer un trabajo innecesario bajo aquel calor, todos siguieron sus órdenes. Asombrosamente, a medida que los frotaban, los tableros de contrachapado comenzaron a reflejar luces y sombras. Por más que los hombres los frotaran durante mucho tiempo con partículas finas de arena, no era posible distinguir ningún detalle preciso en estos espejos improvisados, pero reflejaban vagas formas.

—En fin, a mí me... —dijo Graham con placer.

—¿A quién se supone que van a engañar estas cosas? —se preguntó Hill.

—A Rommel —le dijo Robson—. ¿No lo sabías?

A Hill se le escapó una risa ahogada.

La Cuadrilla instaló sus cuatro tanques simulados cuando pararon cerca del lecho de un río seco para almorzar.

—Supongo que quieres que levantemos también los espejos, ¿no? —preguntó Fuller.

—Todavía no.

Se sentaron en el lugar durante una hora. Por las cercanías pasó algo de tráfico aliado, pero la única muestra del enemigo era un avión de rastreo que permanecía a una buena distancia.

—Engreídos —se quejó Hill.

—Por lo menos estamos cerca de la acción —le recordó Fuller.

Al final desmontaron los tanques simulados y se acercaron algunas millas al frente, con una leve inclinación hacia el oeste. En su recorrido hacia esta posición se encontraron con un equipo de la Compañía de Camuflaje Número 85 que venía de esa dirección. «No hay acción en el lugar de donde venimos, compañeros», gritó uno de los hombres de la Número 85 mientras su camión botaba al pasar.

Esta vez se instalaron en una depresión poco profunda entre dos colinas apacibles, el lugar perfecto para que un grupo de tanques descansara o se escondiera. Graham se puso a vigilar desde lo alto de la colina.

—¿Espejos? —preguntó Fuller.

—Todavía no.

La Cuadrilla se pasó todo el día instalando los tanques simulados 460 y luego

desmontándolos, cinco veces en total. Maskelyne nunca empleó los espejos de contrachapado. Sentado alrededor del fuego de campamento aquella noche, Hill se preguntó para qué los estaría reservando.

—No me lo explico —contestó Graham—, yo sólo trabajo aquí. Pero estoy seguro de que él lo sabe —agregó, haciendo un movimiento con la cabeza en dirección Maskelyne—. Al menos eso espero.

El 31 de octubre fue una repetición del día anterior. Mientras «Pies Ligeros» se fraguaba delante de ellos y las tropas de apoyo trabajaban detrás duramente, la Cuadrilla vagaba arriba y abajo por la línea del frente, instalando y después desmontando sus cuatro tanques de cartón; sus miembros comenzaban a sentirse absurdos con toda aquella operación. «¿No hemos hecho ya toda esta parte antes?», sugirió Nails.

Hill se mantenía ocupado intentando anticiparse a Maskelyne.

—Tiene un plan especial para los espejos —dijo con conocimiento de causa—. Sabe lo que va a hacer con ellos, simplemente no quiere que nosotros lo sepamos.

—¿Por qué? —le preguntó Fuller.

—Porque es un secreto —le explicó Hill.

Desde su posición en medio de la batalla no era posible percibir sensación alguna de progreso. Todo el desierto parecía existir en un estado de flujo confuso. Nadie, excepto los tanques acorazados de la 10.^a, que retumbaban hacia adelante cada noche y se retiraban momentos antes del amanecer cada mañana, parecía tener un destino particular. Los conductores de los camiones no hacían más que circular de un punto al siguiente, recogiendo, descargando, trasladando a los heridos, llevando agua. Uno de aquellos conductores de camión mantenía abierta una ambulante partida de cartas, que había empezado el día antes de la batalla.

Por las noticias que la Cuadrilla pudo recibir, «Pies Ligeros» estaba en un punto muerto. Rommel era lo bastante fuerte para evitar que el VIII Ejército se abriera paso en el «Jardín», pero carecía de los recursos necesarios para montar una ofensiva propia. Como había sucedido con la mayoría de las campañas del desierto occidental, ésta se había convertido en una guerra de desgaste.

Ambos lados luchaban contra el sol y el calor. Cada cierto tiempo Jasper observaba un movimiento familiar en medio de la planicie, o percibía un olor en la brisa, o escuchaba un sonido natural, y temblaba de miedo al recordar los días que había pasado muriendo en el desierto. Hill se lo mencionó solamente una vez, preguntándole si alguna vez había pensado en ello.

—Algunas veces —le admitió.

—Yo también, y me da pánico. Hay algo bueno, sin embargo. Con la mitad de Inglaterra moviéndose con desgana ahí fuera parece poco probable que vayamos a perdernos de nuevo.

Mientras se dirigía al norte el 1 de noviembre, la Cuadrilla se detuvo brevemente junto a un pequeño convoy de transporte, que estaba evacuando heridos del campo de batalla, para enterarse de los últimos rumores. El grupo de los que tenían heridas más leves estaba preparando té y, de repente, Maskelyne reconoció a un oficial de rango entre ellos, un mayor excesivamente estricto al que había conocido en Londres, en Hobart House, un centro de reclutamiento de oficiales de reserva. El mayor lo había rechazado, precisando con algo de brusquedad que el ejército era un lugar para soldados, no para magos de mediana edad.

Aquel hombre llevaba el brazo derecho rígido en cabestrillo, sostenido con tablillas de madera, y la cabeza parcialmente vendada; Jasper se enteró de que eran resultado de un balazo directo que había recibido en el hombro y otro que le produjo una herida en el cuero cabelludo. El Mayor lo recordó de inmediato.

—Vi uno de sus espectáculos en El Cairo —le dijo en un tono asombrosamente alegre—. ¿Qué demonios está usted haciendo aquí? Pensé que aún estaría allí entreteniendo a los muchachos.

—De hecho —le explicó Jasper—, he estado intentando acercarme al frente desde que llegué a Egipto.

—¿Para qué? —El Mayor estaba asombrado.

—Para ser parte de él, supongo. Para hacer mi parte.

—Usted no lo dice en serio —se mofó el Mayor.

—Absolutamente —le dijo Jasper.

El antiguo oficial se había transformado desde la última vez que lo vio en Londres. Tenía barba cerrada, llevaba el uniforme de manera irregular y su actitud era apoltronada. Todos los rastros del oficial británico de quintaesencia habían desaparecido.

—El antiguo coraje, ¿eh, Maskelyne? —El Mayor sacudió la cabeza con regocijo—. Y yo que pensaba que usted era demasiado mayor como para creer en esa basura. —Alzó un poco el brazo vendado—. Esto no es una medalla, ¿sabe? Es una maldita herida punzante. Lo sé, todos tenemos que hacer nuestro trabajo, pero le diré una cosa, Maskelyne, da igual lo que usted piense, intenté hacerle un favor cuando vino a Hobart House —le dio un sorbo al té y ordenó sus pensamientos—. Ahora dígame, ¿ha hecho sus trucos con *Jerry*?

Maskelyne le habló sobre el Valle Mágico.

—Hemos diseñado la mayoría de las maquetas que se están utilizando ahí fuera —le dijo con orgullo.

—Bien por usted, bien por usted. Me alegra que uno de los dos haya hecho algo bueno ahí fuera.

—Pero, Mayor, usted parece ciertamente estar de buen ánimo. —Jasper aún no entendía nada.

—¿Y por qué no debería estarlo? —le sonrió el oficial ampliamente—. He salido vivo de ésta.

Más adelante, cuando la Cuadrilla se dirigía más al norte, Maskelyne le repitió la conversación a Jack Fuller. «Si me lo preguntas, suena a tipo raro», le dijo el sargento.

«Quizá», le dijo Jasper, pero el encuentro lo había dejado más confuso que nunca. Quizás Barkas tuviera razón, quizás estuviera buscando la realización personal en el lugar equivocado.

Al final de aquella tarde del 1 de noviembre, como si fuera un viento purificador que barría todo el desierto, el VIII Ejército se vio invadido por un fuerte ánimo. El malestar de los últimos días parecía evaporarse. Las filas parecían de repente más rectas, las órdenes sonaban más seguras, los soldados actuaban con firme resolución. La voz corrió línea abajo: La operación «Supercarga» de *Monty* se iba a lanzar aquella noche.

Al atardecer, la Cuadrilla se instaló con algunos soldados rasos de un equipo de Salvamento de Tanques. La noche comenzó con bastante normalidad, y para las diez, todos habían cavado un agujero bajo la arena aún caliente, se habían echado una manta sobre los hombros, y dormían al arrullo del sonido esporádico de las balas.

Cuatro horas más tarde una sacudida despertó a Jasper. Una increíble onda gutural de truenos se levantó por el sur, lo barrió y pasó sobre él, y se convirtió en una atmósfera sonora que abarcaba todo el desierto. El cielo se encendió como un toldo resplandeciente en la noche abierta. La «Supercarga» había comenzado, y él estaba justo en todo el centro.

A seis millas de distancia, cerca de la cresta de Miteirya, la barrera avanzaba cien yardas cada tres minutos. La infantería y los blindados les seguían tras el polvo. Se perdieron setenta tanques durante la primera hora, pero *Monty* plantó cien más como reemplazo, y con el tiempo, este ejército de acero consiguió adentrarse en las posiciones armadas alemanas, a menudo machacando hasta la muerte a los equipos armados con sus bandas de rodadura. Por la mañana, el campo de batalla era un patio de chatarra con cuerpos y vehículos destrozados, pero habían abierto una brecha en el «Jardín del Diablo» y los hombres y sus armas se deslizaban a través de este fino pasillo. Después de haber pasado más de una semana contenido, el Ejército Británico del Nilo volvía a avanzar de golpe.

Rommel intentó desesperadamente cerrar agujeros ordenando que cualquier unidad que no estuviera directamente implicada con el enemigo se dirigiera al sector. Sabía que la batalla de El Alamein y la campaña del desierto se decidirían aquella mañana.

La Cuadrilla había hecho el equipaje y estaba lista para salir a las 7 de la mañana. Como los blindados de Montgomery se dirigían al sur, Jasper decidió llevar sus tanques simulados al norte.

Habían avanzado unas nueve millas hacia la línea de batalla cuando un camión se

acercó hasta ellos a máxima velocidad. Dio un giro hasta pararse casi justo delante del camión de la Cuadrilla, y un soldado vestido de blanco como un cocinero saltó de su cabina.

—Compañeros, ¿tenéis una radio? —gritó.

—Lo siento —le dijo Jasper—. ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

El cocinero gruñó como si le hubieran golpeado en el estómago.

—Hay un puñado de tanques *jerry* que vienen en esta dirección. Están zigzagueando a través de sus propios campos de minas. Van a intentar dar el golpe por el flanco.

Jasper aprovechó la oportunidad y la agarró con fuerza.

—¿Cuántos hombres llevas en el camión?

—Somos seis, pero sólo somos cocineros. No llevamos rifles. Nos perdimos un poco y hemos llegado a esta cresta, y ¡bum!... —el cocinero unió sus manos en una palmada— venían directos hacia nosotros.

—Muy bien, sargento —ordenó Maskelyne—. Quiero que usted y su gente se venga con nosotros. ¿A cuánta distancia dice que están?

—Quizás a tres o cuatro millas. —El cocinero no estaba seguro—. Pero se tarda mucho en pasar a través de esos campos. Diría que unos buenos veinte minutos, probablemente más. Pero, mire, capitán, ya ve, nosotros sólo somos cocineros y...

—Bien, tenemos algo de tiempo.

El objetivo de esta fuerza de ataque era obvio. Pasando furtivamente a través de sus propios campos de minas, estos *panzer* podrían atacar desde el flanco el pasadizo del VIII Ejército. Con cierta suerte, podrían infligirle el suficiente daño como para atascarlo con acorazados abatidos, y así el ejército Panzer tendría el tiempo necesario para suministrar refuerzos al área. Con algunas horas más, Rommel podría organizar un contraataque y cerrar la herida en sus líneas.

Hill se inclinó hacia fuera en la parte posterior del camión.

—¿Qué está retrasando esta guerra? —gritó.

Maskelyne se fue a la parte posterior del camión y resumió la situación, concluyendo, «creo que podemos engañarlos durante el tiempo suficiente para que uno de los cocineros vuelva y consiga ayuda».

Hill le echó una mirada al resto de la cuadrilla.

—No sé, Jay —dijo finalmente—, éstos que están ahí fuera son tanques de verdad. Tienen armas de verdad. Y no importa lo reales que parezcan nuestros tanques simulados, sólo tenemos cuatro y no son lo bastante como para asustar a *Jerry* si decide avanzar.

Jasper apretó los dientes.

—Eras tú, Mike, el que se quejaba de no estar en la guerra. Ahora tienes aquí tu oportunidad. Digo que podemos frenarlos, y voy a intentarlo. Si alguno de vosotros quiere volver con los cocineros, adelante. Pero tomad una decisión ahora, nosotros no tenemos tiempo que perder.

Hill miró a Robson. Robson vaciló, después agitó una mano de concesión.

—Ah, vamos. He oído decir cosas más ridículas.

—¿Como qué? —preguntó Hill. No podía imaginarse algo más ridículo que pretender parar una fuerza de tanques *panzer* con tanques de cartón y espejos de contrachapado.

Siguieron las huellas que había dejado el camión de los cocineros durante algo más de una milla, parando en la base de una duna que se levantaba suavemente a una altura de 25 pies. La Cuadrilla aparcó detrás y uno de los cocineros se fue con el camión para encontrar una radio y solicitar ayuda aérea. Los otros cocineros ayudaron a la Cuadrilla a instalar los cuatro tanques simulados. Maskelyne subió a lo alto de la duna y contempló el desierto vacío. Al ponerse las gafas de sol para protegerse los ojos de la luz de la mañana, le pareció ver una nube de polvo en la distancia, pero no podía estar seguro de que no fuera simplemente fruto de su imaginación, que quería ver llegar a los tanques enemigos.

Marcó las posiciones para cada uno de los tanques simulados con una separación de unas treinta yardas. Levemente detrás de cada puesto, en un ángulo de unos 45 grados a la izquierda y luego a la derecha, dibujó marcas adicionales en la tierra. En cuanto acabó, les ordenó a los hombres que colocaran los tanques en la base de la duna, cerca de las posiciones señaladas, y que pusieran los tableros de contrachapado boca arriba en las marcas que había señalado.

—Cuando yo os diga —les explicó— pondremos los tanques en posición. Entonces, uno por uno, iremos levantando los espejos. Recordad, no hasta que yo os dé la señal.

Los cocineros fueron a por los espejos.

Jasper miró al horizonte. La nube se estaba acercando.

La cuadrilla esperaba ansiosa junto a los tanques. Graham miró a Townsend.

—¿Nervioso?

—Nah.

—Entonces es mejor que se lo digas a tu pie —bromeó Graham, señalando el pie izquierdo del pintor, que no paraba de dar unos rápidos golpecitos.

—Un poco —admitió Townsend.

Uno de los cocineros miró los tableros plateados de contrachapado y dijo sin rodeos: «Esos no son espejos, ¿sabes?».

El grupo Panzer alemán estaba compuesto por cinco Panzer III y tres de los nuevos Mark III Specials. El comandante del grupo estaba en lo alto de la torre del tanque principal y exploraba el desierto con sus prismáticos. La ayuda de la Luftwaffe que le habían prometido no se había materializado, cosa que no le sorprendía. La fuerza aérea estaba obviamente muy ocupada con la cima de Miteirya. Pero su fuerza de tanques aún gozaba de una ventaja importante: el elemento sorpresa. Los británicos nunca se esperarían un ataque por el flanco. Si continuaba con su racha de suerte...

—Todo listo, Jay —le gritó Graham a Maskelyne— sólo tienes que darnos la señal.

Jasper estimó que los tanques enemigos estarían aún a más de dos millas. Apenas se acercaran un poco más, daría comienzo a su número. Mirando desde la cima a Nails, le respondió a gritos: «Si empiezan a disparar, nos vamos rápidamente de aquí».

Hill dio ánimos.

Esperaron. De vez en cuando se podían oír bombas de artillería que caían con contundencia en el desierto, o un *¡guomp!* que absorbía el aire, y que indicaba que habían golpeado a otro tanque en alguna parte de la línea.

Mientras permanecía tumbado en la cresta de la duna viendo cómo la nube de acorazados se cernía sobre ellos, Jasper se acordó de repente de cuando estuvo tumbado en el interior del refugio de una ametralladora en los campos de Farnham, aguantando la respiración mientras Lord Gort iba en busca de su posición. ¡Parecía haber ocurrido hace ya tanto tiempo!

—¡Que vienen! —le gritó Townsend.

—Los tengo.

Los *panzer* conducían siguiendo la línea de dunas. Jasper se rió entre dientes mientras recordaba a Frank Knox sacando el mango de un cepillo por una ranura. Eran tiempos tan inocentes. Tenía tanta resolución entonces. Resolución y confianza, ¡había sido tan ingenuo!

El *panzer* que encabezaba la marcha cogió por fin velocidad y emergió de su nube de polvo.

—Muy bien. Hagámoslo —les ordenó Jasper—. Vamos. Ahora.

Los hombres levantaron en peso los tanques simulados y los transportaron subiéndolos por la apacible pendiente. Uno por uno los colocaron en posición, con las armas de madera apuntando directamente a la Unidad Panzer que se avecinaba.

Jasper se sacó del bolsillo su mechero de plata y lo utilizó para desviar los rayos del sol de la mañana sobre la planicie del desierto. Hizo cuidadosos movimientos con el mechero, moviéndolo arriba y abajo, arriba y abajo, para generar destellos de luz solar que atrajeran la atención de la columna de *panzers*.

—¿Qué está haciendo ahora? —le preguntó uno de los cocineros a Graham.

—Sólo comprobándose el maquillaje —contestó Nails.

El Comandante de la Unidad Panzer divisó los rayos. A aquella distancia no era posible determinar qué los causaba, pero informó de su existencia inmediatamente a cada uno de sus comandantes de tanques y le ordenó a la columna que redujese la velocidad. Ya resultaba bastante difícil serpentear por un camino a través de un campo de minas sin tener que emprender una batalla.

Jasper esperó otro minuto, sólo mirando, hasta que no pudo esperar más.

—Levantadlos —les ordenó—. ¡Arriba!

Townsend y un cocinero levantaron un tablero que estaba a la derecha de

Maskelyne. Despidió una luz solar en dirección a la columna enemiga de tanques.

Nails se encargó él solo de levantar otro tablero.

En una rápida sucesión se alzaron los otros tableros, como si fueran tanques subiendo a lo alto de una duna.

¡Hey, presto!, Jasper pensó para sí.

El Comandante de la Unidad Panzer preguntó por radio si alguien podía determinar qué estaba provocando aquellas explosiones de luz. Pero era una petición hecha a la ligera. Él lo sabía, lo sabía.

En pocos momentos, los tableros estaban todos en pie.

La columna de *panzers* siguió adelante.

Hill exploró los cielos, intentando convertir en realidad su deseo de que apareciese un escuadrón de la Fuerza Aérea del Desierto. Cada comandante de tanque mantenía sus miras en lo alto de la duna, pero la luz solar que reflejaba hacía imposible determinar cualquier forma. La experiencia del desierto les había enseñado a estos profesionales de los tanques que unas luces de este tipo procedían por lo general de vehículos, aunque estos vehículos en cuestión bien podían ser transporte inofensivo o tanques.

La columna paró por fin, y se mantuvo inmóvil en medio del campo de minas. El comandante sabía que seguir adelante no tenía ningún sentido. Poco importaba que las ráfagas las causaran camiones o tanques británicos, se había perdido el elemento sorpresa. Los camiones tendrían radios. Y si se trataba de una fuerza de tanques que lo estaba esperando al final del campo de minas, su pequeña columna quedaría diezmada.

Entornó los ojos y miró a través de sus gafas una vez más. Pensó que podía distinguir a duras penas las formas características de un Grant americano, pero no estaba seguro. No cambiaba nada. «Retirada», ordenó, agradecido a que el sol de la mañana hubiera revelado la posición británica.

—Están retrocediendo —gritó con júbilo uno de los cocineros—. ¡Míralos!, ¡míralos!

—Te lo dije —gritó Hill—. ¿Te lo dije o no?

Los miembros de la Cuadrilla se abrazaron unos a otros y también a los cocineros, y se pusieron a bailar en grandes círculos. Los cocineros pensaron que estaban locos, pero, después de haber ayudado a derrotar a una columna de *panzers* con cartón y contrachapado, también ellos compartían las ganas de bailar.

Veinte minutos más tarde, mientras desmontaban las maquetas para el siguiente despliegue, seis Spits volaron directamente por encima de ellos en busca de la columna de *panzers*. Fuller los contempló volando hacia el sol, entonces le asaltó un extraño pensamiento. «Eh, capitán», le preguntó a Jasper, «¿qué habrías hecho si hubiera estado nublado?».

Maskelyne lo pensó, y luego se rió abiertamente: «un número de desaparición».

Para el final de aquel profético día, el ejército africano de Rommel había quedado reducido a treinta y cinco tanques alemanes y a cien tanques italianos ineficaces. Sin hacer caso a la orden de Hitler, «permanecer fuertes, no ceder ni una sola yarda y arrojar cada arma y a cada hombre a la batalla», el Mariscal de Campo comenzó a retirarse. Su columna hecha trizas se alargó por cuarenta millas por la carretera de la costa. Cientos de vehículos se quedaron sin combustible durante esta retirada y tuvieron que ser abandonados. En las batallas en El Alamein, había perdido a 32 000 hombres, más de 1000 armas y 450 tanques. Sólo las grandes tempestades de lluvia, que mantuvieron en tierra a la Fuerza Aérea británica, evitaron incluso mayores pérdidas. «Los muertos tienen suerte», le escribió a su mujer, «todo ha acabado para ellos».

El nuevo héroe de Inglaterra, Montgomery, la llamó una «excelente batalla. Una victoria completa y absoluta... los *boches* están acabados... ¡acabados!».

El general Currie de la 9.^a Acorazada, una división que había estado en el corazón de la «Supercarga», había tenido problemas para convivir con la exuberancia de *Monty*. Cuando un compañero oficial le preguntó dónde estaban sus regimientos, señaló doce tanques destrozados y contestó: «Ahí están mis regimientos acorazados».

La retirada de Rommel terminó con la batalla del desierto occidental aunque las fuerzas británicas y americanas lo persiguieron por toda África del Norte durante muchos meses antes de derribar por completo a su ejército.

Esta vez los miembros de la Cuadrilla lo celebraron como combatientes. Esta vez no tuvieron que irse al rincón de la barra como hacían cuando empezaban las jactancias. La historia de su increíble «invasión» se había convertido rápidamente en la leyenda preferida de El Cairo.

—No fue tanto una invasión —le dijo Hill con modestia a un grupo de administrativos embelesados que estaban dando botes por las bebidas que se habían tomado en el Melody—. Allí estábamos con nuestros tres barcos, pero conseguimos convencerlos de que éramos una fuerza completa que tocaba tierra. Deberíais haberlos visto correr por toda esa playa. Había un nazi que...

—De hecho, en realidad no los vimos —interrumpió Robson—. Ya sabéis, estaba oscuro.

Hill no era uno de éstos que dejaba que detalles de este tipo arruinaran una buena historia.

—A ver, escuchadme, ¿cuál es la diferencia? Seguro que sabían que estábamos allí. La mitad de la maldita Luftwaffe se fue hacia nosotros y allí estábamos moviéndonos de un lado para otro detrás de aquella cortina de humo...

—Quizás no la mitad de su fuerza aérea —le corrigió Fuller— y ciertamente no lo hicieron hasta que nosotros ya nos habíamos marchado. La sorpresa fue la clave del éxito de la operación.

Hill frunció el ceño y meneó la cabeza.

—¿Me vas a dejar que cuente la historia o no? —le preguntó a *Union Jack*.

—Pero es que los detalles son importantes, Mike —le contestó Fuller.

—Bien, tengo todos los detalles, sargento, pero simplemente ¡no quiero entrar en pormenores!

Jasper se sentó con el mayor Barkas en el cuarto oscuro. Mientras intentaba sin éxito pasar una moneda a través de sus dedos, volvieron a cambiar detalles de la batalla de El Alamein por enésima vez.

—No me cabe ninguna duda —declaró Barkas—, cayeron por completo en la trampa de «Bertram». Sin duda ninguna. El propio Von Thoma lo dijo.

Habían capturado al general Ritter von Thoma, uno de los comandantes superiores de Rommel, al final de la batalla. Le admitió a Montgomery que el *Afrika Korps* se había llegado a creer que el ataque se llevaría a cabo en el sur, frente a Munassib, y se preparó para ello.

«Después está también el informe de su sección de Inteligencia», le recordó Jasper a Barkas. Mientras lo hacía, la moneda se le cayó de nuevo. Sentía los dedos como troncos, en tan baja forma que llegó a dudar de si podría volver a actuar frente a un público. El sumario del Ejército Panzer al que se refería pronosticaba que el VIII Ejército atacaría por el sur, aunque sugería que podrían ocurrir algunas arremetidas desviadas en el norte.

Los italianos también habían mordido el anzuelo. En un mapa que les arrebataron, preparado por su Inteligencia, se indicaba que las divisiones acorazadas de Montgomery se estaban apostando en el sur, señalando que su reunión en la zona de Martello no presentaba ninguna amenaza.

Maskelyne levantó su vaso.

—¡Por «Bertram»!

—¡Por «Bertram»! —respondió Barkas.

El hecho de que Rommel hubiera mantenido una parte sustancial de su fuerza armada en el sector sur durante los primeros días cruciales para la batalla constituía una prueba de que había caído en la mayor trampa de la historia militar.

Jasper dejó su vaso y serpenteó la moneda a través de sus dedos, la atrapó con la palma, cerró el puño, entonces hizo un giro con la mano y la abrió enseñándole la palma a Barkas. Estaba vacía.

—¡Hey, presto! —le dijo.

—Lo siento mucho —se quejó Barkas— pero ésa es mi moneda.

El 11 de noviembre, el primer ministro Winston Churchill se dirigió a la Cámara de los Comunes. Después de rendir tributo a los líderes y a los hombres del VIII Ejército, continuó diciendo: «Debo decir unas palabras sobre... sorpresa y estrategia. Gracias a un maravilloso sistema de camuflaje, conseguimos una completa sorpresa táctica en el desierto. El enemigo sospechaba —de hecho, lo sabía— que un ataque era inminente, pero cuándo, dónde y cómo eran datos ocultos. El X Cuerpo de Infantería, que había sido divisado desde el aire entrenándose a unas cincuenta millas en la parte posterior, abandonó silenciosamente su posición durante la noche, dejando

un simulacro exacto de sus tanques allí donde había estado, y así procedió a sus puntos de ataque. El enemigo sospechó que el ataque era inminente, pero que no sabía cómo, dónde o cuándo, y, sobre todo, no tenía idea de la escala con la que iba a ser asaltado».

El mago de la guerra hizo una reverencia.

En la mañana del primer domingo de diciembre en que iba a unirse a la Cuadrilla para celebrar el compromiso de Michael Hill y Kathy Lewis, Jasper condujo hasta Giza para concluir cierto asunto importante. Como ya había hecho en una ocasión mucho tiempo antes, se puso a cuatro patas para acceder por el estrecho pasaje que conducía a la Cámara del Rey en la Gran Pirámide. Estaba solo allí, aunque podía oír el zumbido electrónico del centro de comunicaciones del cuartel general del VIII Ejército, trabajando en una cámara cercana.

No se sentó en el suelo de piedra porque no esperaba permanecer allí durante mucho tiempo. No esperaba imposible a que los magos antiguos quisieran comunicarse con él. Estaba allí para descubrir de una vez por todas si pertenecía a los grandes magos de todos los tiempos, y se había dado cuenta de que nadie podría decírselo. Él lo sabría.

Había puesto en práctica todas las ilusiones que le habían pedido, ilusiones mucho más asombrosas que cualquiera de las de los hombres que habían construido aquellos monumentos masivos. Había hecho que aparecieran grandes ejércitos en el campo de batalla y había hechizado sus armas. Había lanzado flotas enteras de naves y había hecho desaparecer canales e incluso había movido aparentemente la propia tierra. Había realizado su magnífico número de ilusionismo.

Se quedó allí de pie, contemplando las paredes frías, pensando en su abuelo, el ilustre John Nevil Maskelyne, y en su padre, Nevil Maskelyne. Se había puesto a prueba de maneras que ellos bien conocían, y había pasado cada una de ellas. Sabía que podría estar ahora a la misma altura de sus antepasados.

Había aprendido tanto en el desierto. La magia verdadera existía en este mundo, ahora estaba seguro de ello. Pero no tenía nada que ver con elaboradas producciones o con una diestra prestidigitación. Era el simple milagro del amor y la pérdida y la renovación e incluso la muerte. Mary se lo había enseñado, estando a su lado a cada momento a pesar de las miles de millas de distancia. La Cuadrilla se lo había enseñado. Frank Knox se lo había enseñado.

Quizás, pensó allí de pie en pleno reino de la magia, haya un mago verdadero.

Jasper respiró profundamente el aire del Faraón. Sus hombros se relajaron, dejó caer las manos a su lado, y se sintió cómodo. Su búsqueda había terminado. Sabía que podría permanecer allí tanto como quisiera, porque había encontrado lo que buscaba.

Decidido, se dio la vuelta y se marchó. No quería llegar tarde al compromiso con

sus amigos. Aquella tarde habría magia.



EPÍLOGO

La conclusión exitosa de la campaña del desierto occidental difícilmente iba a ser el final de las hazañas increíbles de Jasper Maskelyne durante la Segunda Guerra Mundial. Para cuando las Fuerzas del Eje se rindieron incondicionalmente, él ya había sido ascendido al rango de mayor y había servido en dieciséis países, entre ellos Italia, los Balcanes, India, Birmania, Malaya y Canadá. En Canadá estableció la Estación M —la «M» como símbolo de Mágica— donde creó ilusiones de alto secreto que se utilizarían por todo el mundo. Mientras trabajaba en la Estación M, recreó la ilusión que había utilizado en Farnham para convencer a Lord Gort de que el acorazado almirante Graf Spee navegaba río abajo por el Támesis, esta vez haciendo que el director del FBI americano, J. Edgar Hoover, creyera que los cruceros alemanes estaban manos a la obra en el lago Ontario.

Aunque su trabajo durante la guerra era supuestamente secreto, sus contribuciones se hicieron bien conocidas entre los planificadores de guerra. En Delhi, la India, en una recepción poco después de la llegada Maskelyne, Lord Louis Mountbatten se lo presentó a Lady Mountbatten como «Jasper Maskelyne, al mando de todas las invenciones de camuflaje e ilusionismo que estamos utilizando».

En el lado oscuro de las líneas de batalla, la Gestapo de Hitler agregó su nombre a su infame «Lista Negra», y le puso un alto precio a su cabeza.

Gran parte de su trabajo después de la campaña del desierto occidental iba destinado a los servicios secretos de las Fuerzas Aliadas y sigue clasificado. Entre los numerosos dispositivos que inventó estaba una forma de comunicación entre aviones y estaciones de control de tierra por medio de rayos infrarrojos y un método de fabricación de aviones invisibles a los focos desde bajas alturas. Pero quizás más intrigante es una fotografía que aparece en su álbum personal de la época de la guerra, en la que se ve un submarino en miniatura enganchado al fondo del casco de un gran barco. «Este es el submarino que utilizamos para torpedear la nave alemana que llevaba desde Escandinavia hasta Alemania “el agua pesada” necesaria para la creación de armas atómicas», puede leerse en la leyenda escrita a mano. Una gran X aparece en la parte superior de la página. No hay disponible más información sobre este submarino.

La Cuadrilla Mágica de Maskelyne se separó poco después de la batalla de El

Alamein, pero los talleres del Valle Mágico, bajo la supervisión de ingenieros industriales, continuaron proporcionando maquetas y señuelos a los ejércitos aliados hasta el final de la lucha en Oriente Medio y en el Lejano Oriente.

Michael Hill fue transferido a la India y ascendió al rango de sargento. En 1946 se casó con Kathy Lewis en Inglaterra. «Union Jack» Fuller dejó el ejército cuando cesaron las hostilidades, pero se quedó en Oriente Medio con un empleo en una importante empresa de exportación. Murió allí en 1965. Bill Robson regresó a Inglaterra después de la guerra y se convirtió en un famoso ilustrador de moda y en profesor de Bellas Artes en una universidad de Londres. Con el tiempo Philip Townsend se convirtió en director de anuncios para televisión y volvió a casarse felizmente. Theodore Graham retornó al oficio familiar y abrió una tienda de carpintería en un barrio a las afueras de Londres.

Jasper volvió con Mary y sus hijos en 1946. Durante los desesperados años de la posguerra en Inglaterra había poco interés en la magia sobre el escenario, y el proyecto de un *tour* con los Misterios Mágicos de Maskelyne falló.

En 1948, los Maskelyne emigraron a Kenia. Allí, a principios de los años 50, Jasper volvió de nuevo a coger su varita mágica y trabajó para la Policía Nacional en la guerra contra los Mau Mau. Durante esta guerra se las arregló para poner en práctica con un número de ilusionismo que había prometido en numerosas ocasiones: proyectar una imagen del líder de los Mau Mau, Jomo Kenyatta, en el cielo sobre el monte Kenia.

Después de que la guerra hubiera terminado Maskelyne dirigió el Teatro Nacional de Kenia y, con el tiempo, se instaló en una pequeña granja a las afueras de Nairobi.

Mantuvo el contacto con los miembros de la Cuadrilla Mágica durante algunos años después de la guerra, pero a medida que los recuerdos de la guerra se fueron borrando, la correspondencia llegó a su fin.

Jasper Maskelyne, el mago de la guerra, murió en Kenia en 1973.

Acabóse de imprimir este libro en los talleres gráficos de Taller de Libros, por encargo de Editorial Almuzara, el 11 de junio de 2007. Tal día como éste, en 1774, se inició un experimento (conocido como experimento Schiehallion) para la determinación de la densidad de la Tierra de modo práctico. Este experimento se realizó a sugerencia de Nevil Maskelyne, entonces Astrónomo Real y director del Observatorio de Greenwich en la corte del rey Jorge III. Durante 5 meses se midió la atracción gravitatoria de una montaña de granito (el monte Schiehallion, en Perthshire) por medio de una plomada y una serie de teodolitos especiales. Con sus resultados Charles Hutton calculó la densidad media terrestre en 4,5 veces la del agua.

NOTAS

[1] Aquí el autor utiliza el verbo *hurling*, que además de significar arrojar, es el nombre de un característico juego irlandés parecido al hockey. (*Nota del Traductor*)

<<

[2] Armas de defensa antiaérea, abreviatura del inglés *antiaircraft*. (N. del T.) <<

[3] Con este nombre se describía a los locutores de radio alemanes que retransmitían en inglés. «Haw haw» es una onomatopeya parecida a la del rebuzno con la que pretendían burlarse de su acento. Aunque en general se refería al locutor William Joyce, del programa de radio «*German calling*», Lord Haw-Haw también se empleaba para otros profesionales de este medio, que distribuían propaganda nazi en lengua inglesa. (N. del T.) <<